HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA.
TOMO XVIII.
HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA.

CONTINUACIÓN
DE LAS
TABLAS CRONOLÓGICAS
desde el año 1640 hasta el de 1665
POR EL DOCTOR
DON JOSÉ SABAÚ Y BLANCO,
CANÓNICO DE SAN ISIDRO, ELECTO ARCEDIANO
DE ALIAGA DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA
ZARAGOZA, E INDIVIDUO DE LA REAL
ADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO XVIII.

MADRID MDCCCXXI.
EN LA IMPRENTA DE D. LEONARDO NUÑEZ DE VARGAS,
CALLE DE LOS REMEDIOS NÚM. 20.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

6103765267
PREFACIO DEL EDITOR.

La tregua con la Holanda que había reparado un poco las fuerzas de la España en los últimos años del reinado infeliz del Sr. D. Phelipe III, debía hacer conocer á los hombres sabios que éste era el único medio de hacer recobrar á la nación el esplendor y autoridad que antes había tenido. Mas por una desgracia fatal entró á ocupar el trono Phelipe IV, joven de diez y seis años con todos los vicios de su padre, y sin haber tenido ninguna educación que lo hiciera capaz del gobierno. Tenía talento, penetración y amor á sus súbditos. Por poco que se le hubiera instruido y puesto á su lado hombres prudentes y virtuosos, la posteridad se gloriaría de haber tenido un Rey que habia dado una nueva vida al reyno, y hecho la felicidad de la nación. Se entregó á la indolencia y á las diversiones, dejando la administración de los negocios públicos al arbitrio de otro joven ambicioso sin experiencia ni talento, y se abandonó á los vicios, teniendo una vida sensual y voluptuosa. La corte siguió su ejemplo, y mas parecía la de un despota mahometano del Asia, que la de un Príncipe cristiano. El contagio se comunicó rápidamente hasta los pueblos mas infelices de la monarquía, y los españoles perdieron en poco tiempo aquel carácter valeroso y robusto, y aquellas nobles cualidades que en todos tiempos los han distinguido de las demás naciones.

Los consejos que su augusto padre le dió en la hora de la muerte, las instrucciones de buen go-

TOMO XVIII.
PREFACIO

bierno, la exhortacion enérgica que le hizo para que se aplicase por sí mismo al conocimiento de los negocios públicos, y no se fiase de los Ministros, pues estos defectos que él mismo había tenido le causaban en aquella hora crueles remordimientos, le obligaban a hablarle como padre que deseaba su bien y su felicidad, y como Soberano que debía interesarse por sus súbditos. Estas instrucciones que debían hacer una impresion profunda en su corazón por las circunstancias que las acompañaban, se borraron de su memoria tan pronto como salió de su presencia. Revestido del poder supremo, inmediatamente confía su autoridad en manos de D. Gaspar de Guzman, hombre vano, orgulloso, vengativo y avaro, sin experiencia ni luces para gobernar la España en tiempos tan difíciles, en que la mayor parte de las potencias de la Europa deseaban abatirla, y sin más mérito que haber contribuido a su corrupción quando era Príncipe dándole dinero para satisfacer sus gustos.

Su primer cuidado fue asegurarse en el ministerio, apartando del lado del Rey los que podían trastornar su fortuna ganando su confianza; y así sacrifica a sus celos al Duque de Uceda mayordomo mayor de palacio, al P. Aliaga confesor que había sido del difunto Rey, y aparta de sus cargos y destinos a los que habían sido sus amigos, y substituye en estos empleos personas de quienes no podía tener sospecha alguna. Lo mismo hizo con los gobiernos de Italia, de los Países Bajos, de Portugal y de las dos Indias. No olvidó nada para ganar el pueblo y hacer cesar las murmuraciones desacreditando el gobierno anterior, demostrando con papeles públicos los abusos que se cometían en la adminis-
tracion, el deplorable estado que tenían los negocios,
y las reformas que pensaba hacer. Al mismo tiempo
hizo llamar a todos los desterrados, y esto le gran-
geo la estimación del pueblo y de toda la corte. Ase-
gurado en la opinión pública se empeñó en engran-
dercer la gloria de la nación y del Rey; y como si sus
armas victoriosas hubiesen triunfado de los enemi-
gos y recobrado todo lo que se había perdido en el
reyado anterior, hace dar públicamente el título de
Grande à Phelipe, y ya no se le conoce dentro y
fuera del reyno sino con este nombre.

Se empieza la guerra contra la Holanda con el
mayor vigor, que tiene diferentes vicisitudes. Mien-
tras España está al frente de los ejércitos,
triunfa Phelipe de los enemigos. Este General, Gon-
zalo de Córdova, el Cardenal Infante, Wett, y otros
muchos se llenaron de gloria en los campos de Flan-
des, de Francia, y de Alemania; pero después nos
abandonó la fortuna y no experimentamos sino des-
gracias, señalando cada campaña la pérdida de
muchas plazas. Se enciende entre Francia y Es-
paña una guerra larga y cruel, que aunque al princi-
pio es fea para nosotros, el fin es funesto para
nuestros intereses. Los ejércitos son derrotados por
todas partes, y nuestras esquadras batidas en to-
dos los mares. Los Holandeses se apoderan de casi
todo el Brasil y de las colonias de las Indias.

El Conde Duque obstinado en llevar adelante su
proyecto de abatir a los enemigos, sin embargo de
estas desgracias hace esfuerzos para repararlas.
Exáusto enteramente el erario, y sin medios para
continuar la guerra, busca dinero exigiéndolo de los
particulares, de las comunidades, de la Iglesia y
de los Grandes, vende muchos pequeños estados de
los que el Rey tenía en Italia, hace levas de hombres en los países extranjeros, compra naves, y las construye en nuestros puertos. Jamás se ha visto actividad mayor; y si toda su atención y cuidado la hubiera puesto en esto, su ministerio no hubiera sido reprendible.

Lo que no podrá jamás justificarse en la conducta de este Ministro es, que para continuar la guerra por tantas partes con el fin de engrandecer a la nación, laprimiese con impuestos excesivos, y la despoblase reponiendo todos los años los egérícos con las gentes que arrancaba del arado y de los talleres; pues aunque quiso remediar estos males convidando a los extranjeros para venirse a establecer en España ofreciéndoles tierras, no fueron aceptadas sus promesas. Procuró fomentar los matrimonios concediendo a los nuevos casados muchos privilegios; pero estas leyes no produjeron el efecto que deseaba.

Los grandes males que sufría la nación eran efecto de su poca habilidad y del despotismo con que gobernaba, porque no respetaba las leyes y los fueros particulares de las provincias. Todas ellas se daban por muy ofendidas de estas infracciones, murmuraban en secreto, y los ánimos se disponían para una convulsión. Los tribunales supremos de la corte conociendo las consecuencias que había de tener este empeño de extender tanto la autoridad y el poder del Soberano, le representaban con mucha sumisión el diluvio de males que amenazaban a la España por una conducta tan irregular y tan contraria a las leyes; pero lejos de mostrarse mas moderado, hacía vanidad de ostentar mayor poder por lo mismo que sufrían los pueblos con tanta paciencia. Las
DEL EDITOR.

Injuri as particulares y públicas de los súbditos se gravan profundamente en el corazón como la materia volcánica en el cráter; y cuando llega a encenderse la ira, hace la explosion con tanta violencia, que rompiendo los diques de la autoridad, todo lo pone en confusión y desorden.

Los Catalanes, pueblo fiero y valiente, menos sufrido que los demás habitantes de la península, o mas celoso de sus leyes y fueros, cansados de sufrir el desprecio que hacia el orgulloso Ministro de ellos, levantan los primeros el grito de insurrección, y tremolando el estandarte de la libertad en las torres de Barcelona y de Monjuich, en un momento este pueblo industrioso se convierte y agita desde las extremidades del Rosellón hasta los confines de Aragón. El mismo interés les une a todos, y enciende en sus pechos un odio mortal contra los Castellanos, los persiguen por todas partes, y quantos encuentran son víctimas de su furor. El Ministro quiere apagar con ríos de sangre el fuego que él mismo había encendido. Envia al Marques de los Velez con un ejército poderoso, y se enciende la guerra mas cruel y mas obstinada que dura muchos años, y deja desierta aquella provincia, destruidos los pueblos, y sepultados millares de Españoles para reducirlos. Ministro insensato, tirano cruel, que así sacrificas tantos hombres para vengar, no la injuria hecha a la Magestad, sino el desprecio que tú mismo has hecho de sus leyes! Tú mismo has irritado sus ánimos insultando al augusto congreso de sus cortes, que sus Condes y sus Reyes miraron con el mayor respeto!

Portugal se levanta al mismo tiempo, y por las mismas causas sacude el yugo Castellano. Elige por...
su Rey al Duque de Braganza: sus habitantes se llenan de entusiasmo, y toman las armas resueltos a sostener un trono que acaban de restablecer. El ejemplo de estas dos revoluciones conmueve los estados de Italia, Milán, Nápoles y Sicilia. En todas las ciudades de estas provincias fijan los facciosos con la mayor audacia estas palabras: exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis. Mas, o porque los espíritus no estaban tan encendidos, o porque los Virreyes y Gobernadores tomaron mejores medidas, se apaciguó pronto, y con el castigo de las cabezas se restableció el orden.

Phelipe quedó atónito con estas novedades, pero no salió de su letargo, y contentándose con mandarle al Conde Duque que diera las providencias correspondientes para reducir a los rebeldes, se volvió a sus diversiones. A qué peligros exponen los tronos más bien asegurados los Ministros orgullosos que inspiran el despotismo a los Soberanos! El que les aconseja que desprecien las leyes debe ser mirado como el mayor enemigo del trono y es reo de mil muertes, pues expone la tranquilidad del reyno y compromete la seguridad del Príncipe. Los gritos de la nación obligaron a Phelipe a arrojar del ministerio al Conde Duque, y después muere en su destierro con tranquilidad llevándose al sepulcro la exécracion de la nación.

D. Luis de Haro su sobrino le sucede siendo incapaz de sostener el peso de la monarquía que amenaza ruina por todas partes, pues no tenía talento, ni instrucción, ni experiencia de los negocios; no era General ni político, y siendo Ministro debía ser todo esto. Sin embargo de su ignorancia suma en todos los ramos de la administración, no dejaba de estar instruido en el arte de adular, y sabia complacer al So-
berano con más decoro y dignidad que su tio; le servía con más zelo y desinterés; amaba a los pueblos y procuraba remediar sus males; recibía las gentes con mucha afabilidad, y se interesaba en sus pretensiones; administraba justicia con la mayor rectitud, y sin aquella severidad que muchas veces la hace muy odiosa; los desgraciados y desvalidos encontraban en él un protector; y estas nobles virtudes, acompañadas de una gran modestia, le graneáron la estimación del pueblo y del Soberano. No le faltaba para ser un gran Ministro sino las luces y la instrucción que no le habían dado en su educación, un vasto genio, una profunda política, y la experiencia en el manejo de los negocios. Sola una vez mandó el ejército ofreciendo al Rey que tomaría la plaza de Elvas. La puso sitio en forma con unas fuerzas superiores a las de los enemigos, las líneas eran impenetrables, todo aseguraba el éxito de la empresa; pero se perdió por su poca habilidad y vigilancia. Los Portugueses atacaron nuestro campo y forzaron las líneas. El Ministro fue el primero que oyó resonar la artillería. El ejército fué derrotado enteramente quedando en el campo mas de seis mil muertos, y en poder de los enemigos una infinidad de prisioneros, la artillería y el bagaje; y lo que es peor, el honor de nuestras armas combatiendo con una pequeña nación que siempre tratábamos de rebelde. A tanto abatimiento había venido la España en este reinado infeliz. La paz de los Pirineos, sanctionada con el matrimonio de la Infanta Doña María Teresa con Luis, había puesto fin a la guerra de Francia que había sido tan fatal a nuestra nación.

Todas las fuerzas se vuelven contra Portugal y apenas podemos levantar veinte mil hombres, cuando
viii

PREFACIO DEL EDITOR.

en otro tiempo poníamos en campaña en muy poco tiempo doscientos mil. El Rey envía los Generales más acreditados, se pone a la frente del ejército el famoso D. Juan de Austria, nacido para la ruina de la España, mas célebre en el arte de la guerra por sus desgracias que por sus victorias. La batalla de Estremoz llena de oprobio nuestra nación, y será siempre un monumento eterno de la impericia y de la poca habilidad de este hombre vano y orgulloso.

Esta derrota llena de dolor a Felipe, abate su ánimo, se apodera de su corazón una profunda melancolía por los males que sufre, y dispertándole de su letargo le hacen conocer los errores que ha cometido poniendo la administración del rey no en manos tan ineptas como las del Conde Duque, y de su sobrino D. Luis de Haro. Las ideas funestas que se presentan a su imaginación sobre la suerte de su hijo D. Carlos, que ha de ocupar el trono siendo tan niño, agravan su mal, y le precipitan al sepulcro.

Este Príncipe a quien el orgulloso Conde Duque dio el título de Grande perdió el Rosellón, una gran parte de los Países-Bajos, la provincia de Artois, la Alsacia, Cataluña, Portugal, parte de los Estados de Italia, y quarenta batallas que sacrificaron milrares de gentes, dejó el rey no sin dinero, sin soldados, sin agricultura, sin fábricas, sin industria, sin comercio, sin población, y sin marina. La España que algunos años antes había sido la señora de las naciones, ahora era el desprecio de todas ellas.
TABLA XX.

Continuacion del reynado del Señor Don Felipe IV.

Los ánimos dispuestos para el levantamiento no esperaban sino una ocasión oportuna para ejecutarlo, que no tardó en presentarse. En el mes de Junio acostumbraban a venir a Barcelona muchos segadores que bajan de las montañas formados en varias quadrillas, reuniéndose en ellas los hombres viciosos, disolutos y facciosos, que no dexan de causar alborotos en los lugares donde se las recibe; pero la necesidad de su servicio obliga muchas veces a tolerar y disimular sus excesos. Las personas bien intencionadas temían su llegada a la capital, porque el estado de las cosas públicas podía dar ocasión a que por su audacia turbasen la quietud. Su venida regularmente era la víaspera del Corpus, pero este año se adelantaron algunos de los más atrevidos llamados sin duda alguna por los sediciosos ocultos que habian en la ciudad, los cuales querían servirse de ellos para los primeros movimientos; y por las mismas intrigas se cree que hicieron venir mas que los años pasados, siendo muy verosímil que acudirían los facciosos del Principado disfrazados con el traje de segadores. Esta novedad, y sus conversaciones demasiado libres, daba mucho que pensar a todos los hombres buenos y prudentes.

El Virrey, que temía los males que amenazaban, hizo presente a la ciudad que convendría muchísimo, por no turbar la quietud del pueblo que andaba ya algo alborotado, que no se les permitiera entrar en una festividad tan grande; pero los Conselleros de Barcelona, que son los cinco Ministros de su magistratura, deseando poner remedio a los males de la república aunque
fuera de una manera violenta se excusaron diciéndole, que los segadores son hombres sencillos, nada bulliciosos, incapaces de excitar algo rotos, porque no piensan sino en sus labores; y que son tan necesarios, que sin ellos no se podrían cortar las mieses, y se perdería toda la cosecha con grave perjuicio de la república y de los particulares: que si se les cerraba las puertas, se causaría mayor turbación, porque siendo tantos usarian de la fuerza y se burlarian de la orden que se diera.

De este modo procuraban atemorizar al Virrey para que procediese con más moderación, y ponerse a cubierto del resultado que podía tener. Sin embargo a fuerza de las instancias que les hizo, armaron algunas compañías de la ciudad para conservar la tranquilidad, haciéndole presente que ellos no podían hacer más, y que a él mismo le tocaba tomar otras medidas y servirse de los medios más eficaces que eran propios de su oficio y de su autoridad. El Conde no se atrevió a instarle más, por no exponer su autoridad a un desaire, o por no darles a entender que en tan grande peligro no esperaba el remedio sino de sus manos, lo que les hubiera hecho más orgullosos.

El siete de Junio, que era el día de la gran festividad del Corpus, entraron por la mañana dos mil segadores, y se dice que pasaban de tres mil, entre los cuales había muchos hombres malvados, llenos de crímenes, y perseguidos por la justicia; y que venían especialmente llamados para una gran empresa, y armados de diferentes armas para acometerla con más seguridad. Discurrían por las calles y plazas, se juntaban en corrillos, hablaban con calor de las cosas públicas, censuraban el gobierno del Virrey y su violencia. De estos objetos pasaban al estado en que se hallaba la provincia, de la prisión del diputado y de los consejeros, de la licencia de los soldados, de los intentos de los Castellanos, y de sus privilegios y fueros violados. Procuraban familiarizarse con los naturales lamentándose con ellos de su desgraciada suerte; y cuando estaban ya bastante encendidos se separaban y paseaban.
Las amenazas. La mayor parte de los Castellanos consternados del furor público que se había manifestado de la manera más horrorosa, se escondían en los lugares más secretos y más indecentes: otros contando con la fidelidad de los moradores se daban por seguros. La justicia procuró contener los primeros movimientos queriendo averiguar los autores de ellos para ponerlos presos; pero esto no hizo más que dar nueva audacia a los facciosos encendiendo su furor para librarse de la cuchilla de la ley. Entre los segadores un ministro de la justicia observó a uno de los hombres más facinerosos y terribles, que siendo procesado se había escapado de sus manos; quiso prenderle, y se armó entre los dos una gran contienda de la cual salió herido el segador: se juntaron los demás para socorrerle, y con este refuerzo quedó vencedor su partido. Los soldados del palacio del Virrey dispararon un tiro al grupo de las gentes del tumulto que no causó daño ninguno, porque quizás no tuvieron por objeto sino dispersarles...
con el miedo; pero sucedió todo lo contrario por-que fué como la señal del combate, y yá no se oyó sino los gritos de venganza, libertad, viva Cataluña y los Catalanes, y muera el mal gobierno de Phelibe. Estas voces llenaron de terror a los mas prudentes porque preveían el abismo de males en que iba a sumirse el Principado. Todo era des-órden, confusion, peligro y espanto, y cada cual temía ser víctima del furor del pueblo que rara vez dexa de llegar a los últimos extremos. Sola la fuerza superior le inspira temor y le hace volver a entrar en el órden; y por esta razón, dice Tácito, que el fuego de la sedicion no se puede apagar sino con la lluvia de sangre. Los gritos de los furiosos resonaban por las calles, mataban o herían a los que encontraban, buscan-ban con ansia a los Castellanos, llamando así a todos los que no eran Catalanes, y si los descu-brian los mataban sin remedio.

Las Milicias que la ciudad decía que había armado para conservar la quietud y contener a los reboltosos encendía mas el tumulto. Muchas compañías de segadores acompañados de los mismos naturales cercaron la casa de Santa Coloma; y los consejeros y diputados, temiendo algún desacato, acudieron inmediatamente aíí, lo que lejos de aliviar y consolar al Conde le llenó de mayor confusion. Procuraron persuadirle que saliera de Barcelona con la mayor brevedad, pues las cosas estaban en tal estado que no era fácil contener a los alborotados; que había en el muelle dos galeras Genovesas, y podia salvarse en ellas. El Virrey estaba tan turbado con esta novedad, que no era capaz de tomar ninguna determina-cion. Luego que volvió en sí, y se sosegó, despidió a todos los que le acompañaban para que salva-sen sus vidas, ya que era imposible librárle de la triste muerte que le amenazaba; porque pare-ciéndole indecoroso á su dignidad dexar el man-do, resolvió mantenerse firme y exponerse á todos los peligros de la fortuna. Los Magistrados eran combatidos casi á un mismo tiempo del te-mor y de la alegría porque les parecía que con este artificio conseguirían la humillacion del Virrey como se habian propuesto, siendo en secreto los
primeros resortes del alboroto; pero viendo que la tempestad se había hecho más recia de lo que se prometían, temían con mucha razón que no podrían aplacarla, y que la nave del Estado necesariamente se había de estrellar con ellos.

El Conde revolvió mil cosas en su imaginación, y discurría mil medios para precaver los daños y los males que afligían al pueblo dando órdenes, pero nadie las obedecía. Los Ministros reales deseaban que su nombre fuese enteramente olvidado pues de nada podían servir, y los provinciales ni querían mandar ni obedecer. Finalmente resolvió desagraviar al pueblo dándole satisfacción de los agravios de que se quejaban, y designandoles a su propio arbitrio el remedio; pero en vano, porque lo tenían en su mano y no querían deberlo a otro, y aunque quiso justificar su conducta no fue oído.

Viendo que era inútil su asistencia a la ciudad, y que su vida estaba en el mayor peligro, resolvió hacer esfuerzos para salvarse, creyendo que de este modo quedaría aplacado el furor del pueblo; pero ¡qué tanto se engañó el miserable! Intentó irse a las galeras cuando los sediciosos ocupaban la atarazana y baluarte del mar que a cañonazos las habían apartado, y le fue preciso desistir de su propósito. Se volvió a su casa, y los sediciosos a fuerza de armas la querían entrar sin que nadie se atreviera a estorbárselo. Toda la ciudad estaba en la mayor confusión, sin oírse más que el ruido de las armas y los alaridos de los miserables moribundos y heridos. Cada casa era un campo de batalla entre los moradores y los facciosos: muchas ardían, y las llamas y el humo que obscurecía el sol añadía mayor tristeza: algunas venían al suelo con grande estrépito, a nadie se respetaba, y todo lo atropellaba la furia: los templos eran profanados, se arrancaba de la clausura de los monasterios a los miserables Castellanos que se habían refugiado en estos asilos venerables, y los llevaban arrastrando por las calles cosidos a puñaladas; y muchos de los naturales con achaque de traidores porque abrian sus puertas a los afligidos, o las cerraban a los malvados, eran igualmente asesinados. Abrieron

TOMO XVIII.  a 3
TABLAS CRONOLÓGICAS.

las cárcel para que los facciosos juntándose con ellos cometieran iguales atrocidades.

El Virrey oía las voces de los que le buscaban pidiendo su vida, y gritando muera el Conde. Entonces continuando en su intento de salvarse en las galeras salió hasta la lengua del agua, envió su hijo adelante con algunos pocos para que llegando al esquife de la galera lo detuviese un poco. El mozo llegó a la embarcación, pero no fue posible que se detuviera un momento por el fuego vivo que le hacían desde la ciudad, y con toda presteza y sumo riesgo llegó a la galera que estaba fuera de tiro. Su padre, perdidas las esperanzas y volviendo los ojos a la galera, derramó lágrimas y encaminó sus pasos a las peñas que llaman de S. Beltrán por el camino de Monjuich.

Los furiosos no habiéndole encontrado en su casa le buscaban por todas partes, y era imposible que se ocultase a los ojos de tantos como le miraban con deseos de hacerle pedazos. El calor del día era muy grande, la congoja mayor, las fuerzas muy pocas, el ánimo abatido, el peligro inminente, viva la imaginación de su afrenta, y la sentencia de muerte irrevocable, cayó en tierra el infeliz cubierto de un mortal desmayo; y se dice que habiéndole encontrado los que le perseguían en este estado le diieron cinco puñaladas en el pecho y le quitaron la vida. Así acabó D. Dalmau de Queralt Conde de Santa Coloma. Lastimosa tragedia que nos hace ver la vanidad de los honores y grandezas humanas. El que poco antes era temido de todos, fue el ludibrio de aquellos mismos que no se atrevían a hablárle.

Las casas de los Ministros reales todas fueron saqueadas, exerciendo el mayor furor en la de D. García de Toledo, Marqués de Villafranca y General de las galeras que hacía algunos días que había salido del puerto, pues fueron asesinados todos los criados que había en ella. No debemos pasar en silencio un caso extraordinario que sucedió en esta ocasión en el saqueo de esta casa. Los facciosos encontraron un reloj de un artificio maravilloso entre las alhajas que robá-
ron, el cual teniendo las ruedas en la figura de un mico, con su movimiento daba muestras que estaba realmente vivo doblando las manos y volviendo los ojos. Embriagados del furor y del vino levantaron un horrendo alarido publicando que habían cogido al diablo en casa del Marqués, y poniéndolo en la punta de una lanza, lo pasearon con mucha algazara por las calles de la ciudad como en triunfo. Desgraciado de aquel que se hubiera reído o llorado de tamaño desatino, en el momento mismo hubiera sido sacrificado a su diabólico furor. Lo llevaron a la inquisición para entregarlo a sus ministros acusando a su dueño de brujería, y prometiéndoles que harían informaciones del caso y que lo castigarían como fuera justo, se retiraron muy contentos de haber dexado al diablo en la inquisición.

Esta novedad extraordinaria y ridícula libró de infinitos escándalos y atrocidades a la ciudad en aquella tarde; y no contribuyó poco para hacer cesar en parte el tumulto y los excesos el haber llevado por las calles y las plazas con grandes aplausos del vulgo al diputado Tamarit y los Conselleros que la misma mañana habían sacado de la cárcel. Aunque no faltaron muchas gentes que, despreciando estas aclamaciones, no pensaban sino en saciar su rabia y su codicia con la sangre y los bienes de los que miraban como enemigos.

Muchos de estos por librarse de la muerte se refugiaron en el convento de San Francisco, casa de mucha reverencia en aquella ciudad, y de allí los llevaron a sacar aunque los religiosos procuraban resistirlo; pero ¿qué podían sus débiles fuerzas contra unos frenéticos sino hacerlos mas obstinados y furiosos? Rompieron las puertas, entraron con violencia, registraron el convento, y quantos encontraron fueron asesinados con la mayor inhumanidad. Entre estos infelices perecieron muchos hombres principales concediéndoles por una gracia especial que se confesaran, aunque alguna vez impacientes porque tardaban tanto salpicaban con la sangre inocente los hábitos del ministro de J. C. que los oía; otros medio muertos por la calle acababan su miserable vida.
Tablas Cronológicas.

Principio de la Guerra Civil en América.

Los nueve tratados de paz no fueron traspasados a un mismo tiempo de muchas espadas, sino que se pudiera saber la mano horrenda que primero le había quitado la vida. Los cuerpos de estos miserables eran arrastrados y despedazados. A unos les cortaban la cabeza y se divertían con ella como si fuera una pelota; a otros les arrancaban los ojos, las narices, las orejas, y los miembros que el pudor no permite nombrar, haciendo servir todo esto de juguete y de risa entre sus manos ensangrentadas. ¡Día de amargura, de ira y de calamidad, que jamás se podrá llorar como merece! pero que instruye a la posteridad quán peligroso es soltar las riendas al pueblo, que perdido el temor, todo lo atropella y lo destruye. Es una bestia feroz que desde el momento que se vio suelta no hay fuerza humana que pueda contenerla devorando a aquellos mismos que la soltaron de la cadena.

Cansados de cometer atrocidades pusieron fin al desorden, temiendo que la obscuridad de la noche los exponda a la venganza de los ofendidos. La noticia del asesinato del Virrey que se derramó en un momento por la ciudad, penetró de dolor a los ciudadanos pacíficos, los cuales estaban llenos de congoja, ó por el terror de los males presentes, ó de los que en adelante se habían de seguir de este triste suceso. Los Consejeros mandaron salir a Rafael Cervera con la compañía de los zapateros a traer su cadáver, y habiendo precedido información de peritos por la cual constaba que su muerte había sido violenta, publicaron pregones ofreciendo seis mil escudos al que descubriese el agresor; mas no se pudo averiguar nada, ni aun indicio alguno para fundar sospechas. El viernes continuaron los mismos furores hasta el sábado al medio día en que se restableció la tranquilidad.

Estando la ciudad sin justicia, ni ministros, ni jurisdicción, ni persona que la ejerciese, porque todos habían sido asesinados, ó se habían escondido en lugares donde no se les podía hallar, sacaron del convenio de S. Francisco de Paula al Regidor con buena guardia de mosque-
La revolución de Barcelona se hizo pública con mucha rapidez en todo el Principado, y todas las ciudades quisieron imitar un ejemplo tan detestable, juzgándose por mejores patricios los que mostrasen mas audacia en seguir esta pasión ciega de vengar los agravios que pretendían haber recibido. Este furor fue más violento en los pueblos donde el ejército del Rey estaba alojado, o por las contiendas que habían precedido, ó porque la memoria de las injurias estaba en ellos más viva. Lérida, Balaguer, Gerona y otras villas se levantaron con la noticia de la capital, y los miserables Castellanos eran perseguidos y asaltados por todas partes, en todos tiempos, y por toda clase de personas. En las poblaciones y en el campo estaban con el mayor peligro, y no gozaban un momento de reposo ni seguridad. D. Luis de Monçuar ocupaba el castillo de Tortosa, ciudad situada sobre el Ebro en los confines de Cataluña, Valencia y Aragon, con tres mil soldados bisofios y desarmados. Este Comandante era Baile general del Principado, y fiel a su Príncipe. Habiendo tenido noticia de los movimientos que intentaba la ciudad, trató de abastecer el castillo de víveres y municiones, pero con gran disimulo, ayudándole para esta operación un caballero natural de la misma ciudad llamado Oliveros en extremo aficionado al partido del Rey, y noticioso el pueblo de esta diligencia le estorbó. Monçuar estaba seguro que si podía llevar al castillo las municiones de boca y guerra con los tres mil infantes que tenía, sería dueño de la ciudad y la conservaría a devoción del Rey contra todo el Principado, especialmente siendo
sosorroído por los Aragoneses y Valencianos como no lo dudaba. Pero sus esperanzas fueron vanas, porque se sublevó de repente el pueblo, asaltó de improviso a los soldados que estaban desarma-
dos, y se hizo dueño del castillo. Los sediciosos
templaron su furia contra estos inocentes, y les
dieron la libertad y la vida haciéndolos salir por
diversas partes, después de haber prestado el ju-
ramento de no volver a entrar en Cataluña con
pena de la vida. Descargaron su furor contra el
Baile, y el Veedor general que allí asistía llamado
D. Pedro de Velasco, el qual fué hecho pedazos
por una quadrilla de estos sediciosos.

Luego que se manifestó el tumulto acudieron
todos los párrocos y el cabildo llevando en procesión
el Santísimo Sacramento, y con su presencia se
templó de repente el furor que amenazaba gran-
des daños en vidas, honras, y haciendas. Los
que estaban perseguidos de la plebe furibunda,
si podían escaparse se acogían a este sagrado
asiéndose de las varas del palio, y otros se cubrían
con las mismas ropas de los sacerdotes. Monsuar,
que era principalmente el objeto de su furor, y
contra quien deseaban descargar su venganza,
siendo embestido de muchos tuvo la felicidad de
escaparse, y echarse a los pies del sacerdote; y
siendo allí mismo sin ningún respeto acometido
con las espadas, fué defendido con la propia cus-
todia. Se detuvo el furor de estos canibales cu-
bierto con la casulla sacerdotal, contentándose el
pueblo conseguirle e infamarle con dictieros. Así
pudo entrar en la Iglesia y salvó la vida, prosi-
guiendo el tumulto y cometiendo los amotinados
muchos excesos.

Todos los pueblos y ciudades de Cataluña
resonaban con la horrorosa voz de via fora so-
meten, que junta las gentes y los llena de furor.
Con esta señal el populacho reunido acometía a
los soldados en sus cuarteles que muchos estaban
descuidados, y eran víctimas de su furor asesi-
nándolos con la mayor crueldad. Los tercios del
Marqués de Mortara, de Juan de Arce, de D.
Diego Caballero, de D. Leonardo Moles, y el
de Módena, antes de la muerte de Santa Coloma
estaban alojados en los pueblos del Ampurdan y
de la Selva. Ausente el de Mortara, Arce que era mas antiguo y mas apreciado tomó el mando del tercio, y siendo mas soberbio y mas insolente cometía los mayores excesos. Disimulaba la libertad de los soldados con tal que fueran obedientes y exactos en el servicio militar.

El paisanaje le aborrece de muerte, y para librarse de su furor huyó con tiempo del peligro retirándose á un convento distante dos leguas de Olot, que era el alojamiento de Mortara, con quien pretendía juntarse para resistir mejor al furor de los paisanos. Luego que llegó se fortificó lo mejor que pudo, y se le juntó parte del otro regimiento para socorrerle. Los paisanos le acometieron en número de tres mil, pero sin orden y con gran confusión: se defendió fácilmente de éstos, y aun los persiguió hasta las puertas de Gerona; y habiéndosele juntado los otros tercios formaron un cuerpo de quatro mil infantes. A las doce de la noche llegó a las puertas de la ciudad, y puesta en consternación se retuvo y se juntó todo el pueblo, y sin atreverse Arce á tomar resolución se retiró habiendo perdido dos capitanes. Tomó el camino de S. Feliu para Blanes juntándose la infantería que había podido escapar de los amotinados. Los paisanos se emboscaron entre estos dos pueblos en número de doscientos tiradores para asaltarlas quando pasasen. La escaramuza duró un gran rato, pero como hallaron resistencia todos huyeron sin haber recibido dano considerable.

La caballería que estaba a quartelada hacia los confines de Aragón mandada por el caballero napolitano Phelipe Filangieri dexó improvisamente de noche sus cuarteles, y se salvó entrándose en aquel reyno donde fué bien recibida. D. Fernando Cherifios, que mandaba mas de quatrocientos caballos Andaluces con título de comisario general, estaba alojado en Blanes. Este fué el primero que sintió los movimientos del Principado, y procurando salvarse se retiró con diligencia á la ciudad. Esto mismo fué causa de su desgracia, porque sospechando los pueblos que iba á vengar los alborotos de la capital, se juntaron muchas bandas de los facciosos y ocuparon...
los montes por donde había de pasar; y en las angosturas de los valles le atacaban y le causaban gran daño. Este Comandante como no tenía experiencia del arte de la guerra, no sabía ni defenderse ni ofenderles. Así se entretuvo algunos días sin atreverse a romper contra ellos; y los Catalanes mas audaces con su temeridad le acometieron con grande impetu, degollaron la mayor parte de la tropa, y se hicieron duenos de los caballos y de las armas escapándose pocos de la prisión o de la muerte.

Arce y Moles, á quienes todos los días les llegaban noticias funestas de sus compañeros de armas, conociendo que no estaban seguros en Blanes resolvieron acercarse al Rosellón, y antes de ejecutarlo los soldados saquearon el arrabal y talaron los campos para vengar las injurias cometidas en otras partes contra la tropa. Los Catalanes no los persiguieron, y persuadiéndose que era por miedo que les tenían, se llenaron de orgullo y abrasaron los lugares del camino por donde pasaban. Montino, Palafrugell, Rozas, Aro, Calonge, y Castelló de Ampurias, sufrieron esta suerte. Los paisanos que cogían los presentaban á Arce, que parecía mostrar compasión por ellos; pero los soldados entendiendo lo que les quería decir, cuando cogían otros los ahorcaban ó cosían á puñaladas sin presentarlos á su gehe. Estas crueldades hicieron perder la reputación á las armas del Rey en esta provincia, y aumentaron el alboroto por todas partes, la audacia de los facciosos, y el desorden general.

El doce de Junio llegó á la corte la noticia de la sedición y de la muerte de Santa Coloma, y llenó de lástima y de dolor á toda la gente, especialmente á los Ministros que veían comprometido el sosiego público, y que el suceso era de tal calidad que había de tener terribles consecuencias. Conocían muy bien que los Catalanes son gente arriesgada, y serían causa que se encendiese la guerra dentro de España, que era la desgracia más fatal para la monarquía que siempre había gozado de mucha paz. Unos decían que sí se arrepentían de lo hecho, y querían pedir el perdón, se les debía conceder sin dificul-
tiene en sus manos la espada para castigar los facinerosos y proteger los buenos. De este modo, y con semejantes razones, se juzgaba y se discutía en la corte. Los Ministros que temían las consecuencias que podía tener este suceso, eran más recatados y estaban más indecisos: esperaban con paciencia que los descontentos, conociendo el tsd para no llevarlos a la desesperación. Otros eran de parecer que habiendo ofendido y ultrajado al Rey se debía hacer en ellos castigo ejemplar vengando la injuria hecha a sus Ministros, pues no estando protegidos de este modo, nadie querría servir las Magistraturas por no exponerse a una muerte cierta; que los malvados con la impunidad se hacen más atrevidos; que el Rey tiene en sus manos la espada para castigar a los facinerosos y proteger a los buenos. De este modo, y con semejantes razones, se juzgaba y se discutía en la corte. Los Ministros que temían las consecuencias que podía tener este suceso, eran más recatados y estaban más indecisos: esperaban con paciencia que los descontentos, conociendo el yerro, volviesen en sí; manifestaban que no sabían lo más abominable que había sucedido, y que se debía usar más de mafía que de fuerza.

Ya hemos insinuado que los Catalanes desde el principio de los movimientos habían enviado a Madrid a Fr. Bernardino Manlleu religioso del Carmen descalzo, de mucha virtud y sabiduría, y muy respetable entre ellos. Por medio de este religioso presentaron un memorial al Rey informándole de todo lo que había sucedido, las quejas que la provincia tenía, los agravios que había sufrido, y los excesos que los soldados habían cometido en algunos pueblos. Al mismo tiempo insinuaba el remedio que podía aplicarse, que principalmente consistía en que el Principado se aliviase de las armas que le oprimían, ofreciéndose ellos mismos a su defensa sin necesidad de soldados extranjeros. Esta representación fue altamente despreciada, y la embajada fue del todo inútil, porque el Ministro tenía por indecoroso tratar con hombres inquietos, desobedientes, y poco afectos a su Soberano; por cuya razón deseaban apartar de la provincia a los soldados, y a todas las personas zelosas del servicio de S. M., para obrar con mas libertad y resistir con mayor audacia a sus órdenes.

Desde luego se trató de enviar un nuevo Virrey para calmar los ánimos, reparar los daños hechos, y precaver con su sabiduría y prudencia los que podrian nacer. Se puso los ojos para
este destino en el Duque de Cardona D. Enrique de Aragon, varon muy respetado por la grandez de su casa y por sus muchas virtudes personales, conocido ya entre ellos porque antes de ahora habia sido Virrey, y se habia mostrado zeloso por el Rey, y manso y apacible con los naturales. A éste se le encargó el gobierno de la provincia, manifestando el Ministro que el Rey confiaba en su prudencia y zelo; que sabria arreglar las cosas de manera, que ni la magestad perdiese nada del decoro que la es debido, ni los quejosos la esperanza de alcanzar el perdón.

El Duque conocia muy bien las dificultades que ofrecia un cargo tan peligroso en un tiempo en que la borrascas era tan deshecha, que arrastraba la nave a su precipicio. Porque quando los malos y los ignorantes se apoderan del mando de la república su ruina es segura. Esta eleccion no fué desagradable a los Catalanes, porque el Duque era natural de la provincia, y se prometian que ora los castigase, ora los defendiese, siempre lo haria con la mayor ternura e interés.

Las cosas públicas estaban en el mayor desorden, porque los que se creian perdidos por sus enormes delitos, añadian otros de nuevo desesperando del perdón. Los que no podian tolerar los agravios, persuadidos que no se les habia de dar la satisfaccion correspondiente, estaban resueltos a juntarse con los sediciosos para vengarlos. Después que Cardona hizo varias consideraciones sobre el estado de la república, y tomó consejo de los hombres mas prudentes e ilustrados, conoció que la quietud pública del Principado dependia principalmente de la de Barcelona, cuyo exemplo seguian los demás pueblos; que esta ciudad manifestaba querer continuar en el desorden; que era preciso formar la causa con la mayor brevedad, y castigar á los que resultasen culpables de sedicion, porque si las primeras chispas no se apagan, en un momento se convierten en un incendio horroroso.

La ciudad con las providencias que se tomaban se encaminaba al reposo; pero en las subalternas y los pueblos continuaban los movimientos con bastante calor, porque los curas párrocos
y los religiosos desde los púlpitos los inflamaban persuadiendo al pueblo que defendiera sus leyes y su libertad, y que no sufriera más tiempo los agravios que se les hacían con manifiesta violación de los fueros y privilegios que sus mayores les habían dexado; no pretendiendo con esto sino animarles a defender una causa justa, persuadidos que no hablaban así sino por el zelo de la gloria de Dios. Pero se engañaban torpemente, porque no era el zelo de Dios ni el amor de la justicia lo que les hacía hablar de este modo, sino el deseo de venganza, que si debe desterrarse del corazón de todos los hombres, mucho más del de los Ministros del Dios de la Paz que deben inspirarla en toda su conducta, especialmente en las conversaciones e instrucciones públicas que se hacen en la Iglesia, donde se debe predicar la verdad sin ninguna lisonja, e inspirar la caridad, la paciencia, y el perdón de las injurias con el ejemplo del hijo de Dios, que se nos debe proponer delante de nuestros ojos para que lo imitemos y arreglémos por él nuestra conducta. Las revueltas que hubo en esta provincia en tiempo de D. Juan segundo Rey de Aragón fueron excitadas por los sermones sediciosos de Fr. Juan Galvez, hombre fanático en extremo, libre y súmamente exaltado.

En este tiempo el Obispo de Gerona que hacía ya algunos días que conocía de los excesos escandalosos cometidos por los soldados del tercio de Arce y Moles, pronunció sentencia de excomunión y anatema contra estos regimientos, declarándoles herejes sacramentarios por haber cometido horrendos sacrilegios en Riu de Arenas, y en Santa Coloma de Fornes. Las gentes se llenaron de indignación, y con el pretexto del zelo de la religion entraron en furor para castigar gentes tan abominables y sacrílegas. Y así luego que se vio mezclada la causa de Dios con sus pasiones, no guardaron medida alguna; y aun los que tenían algún respeto a la autoridad real, se juntaron con los inquietos para defender según decían la religion ultrajada por las tropas del Rey.

No debemos dudar que habría entre ellos gen-
No representamos sino los hechos exteriores, se reunióron estas gentes con este fin, levantaron banderas negras en testimonio de su tristeza llevando en ellas pintado J. C. crucificado con inscripciones y geroglíficos acomodados a su intento, alentándose con esta vista los Catalanes, y consternándose de confusión y de terror los Castellanos.

Los tercios llegaron a Perpiñán con grandes peligros y miserias, donde pensando hallar amparo se vieron envueltos en mayores dificultades. Mandaban en el Rosellón por ausencia de los gesos principales el Marqués Xeli, General que había sido de la artillería en la campaña pasada, y Martin de los Arcos, Gobernador del castillo de la ciudad, dos militares de mucha experiencia, los cuales dieron las órdenes correspondientes para recibirlos de manera que pudieran reposar de sus fatigas, pero sin que se turbase el sosiego de la plaza. Pedían cuarteles capaces dentro de la ciudad para poderse alojar cómodamente; pero el Magistrado procuró excusarse para evitar discordias y disensiones entre los paisanos y la tropa, alegando sus fueros y privilegios, y la orden que Santa Coloma les enviara que nadie se diera alojamiento. Xeli no quiso admitir excusa alguna sino que de todos modos quería que se les diese alojamiento; pero los ciudadanos se obstinaron en negarse, sin considerar que el castillo que dominaba la ciudad tenía una guarnición fuerte de tropa veterana, y estaba bien provisto de municiones, y junto á sus muertos más tropa de infantería que ellos podían juntar. Sin embargo de esto cerraron las puertas, guarnecieron los puestos por donde podían ser acometidos, y no hacían caso de los fieros y amenazas de los soldados, resueltos unos y otros a defender su causa con las armas.

Desesperando la tropa de conseguir con buenas razones lo que deseaba, de improviso asaltó
La puerta llamada del Campo la infantería que estaba mas cerca de ella. Los ciudadanos acudieron con armas á su defensa; la contienda se acaloró de manera que mas parecia que los enemigos asaltaban la plaza, que no que era una porfia entre Españoles mismos. La noche que habia entrado hacia mayor el peligro y el espanto de los unos y de los otros. Xeli trató de favorecer desde el castillo á la tropa mandando disparar contra la ciudad con toda la artillería, no dudando que de este modo les obligaria á dar por fuerza lo que no querian de buena voluntad. El Gobernador Arcos se oponia á esta determinacion diciendo que no era bien tratar con tan ta severidad á los que todavía eran vasallos del Rey; pero el General despreciando esta razón mandó que las baterias de cañones y morteros empezasen el fuego, y en muy poco tiempo disparó contra la ciudad mas de seiscientos cañonazos con gran multitud de bombas destruyendo una tercera parte de ella, y sepultando una infinidad de inocentes debajo de sus ruinas. De este modo los soldados se apoderaron de la mayor parte del pueblo, saquearon mas de mil y quinientas casas, y cometieron los excesos mas escandalosos.

Los naturales viendo que no podian resistir, y que necesariamente habian de perecer, implo raron la clemencia del General subiendo el Obispo con sus vestiduras sagradas y la custodia del Señor con el clero secular y regular al castillo. Xeli con todos los oficiales Españoles le salió á recibir, y despues de algunas razones de una parte y de otra, templó su ira, y prometió que usaria de misericordia con el pueblo. Cesó el daño, mas como unos y otros estaban resentidos, por la mas leve causa se cometian desorde nes muy graves. Los soldados fieros y orgullosos con su victoria trataban á los vencidos como esclavos, los desarmaron, tomaron el mando civil y militar, plantaron horcas, pusieron cuerpos de guardia en diferentes partes de la ciudad, y atropellaban sus fueros y privilegios. No hacian caso de sus usos y costumbres para poner terror y es panto en sus ánimos; de modo que ni les era li-
cito quejarse, ni dar muestras de sentimiento, ni comunicar por cartas sus dolores, procurando la tropa estorbar la correspondencia para que no supieran lo que pasaba en el Principado. Tan miserable era el estado de esclavitud a que estaba reducido este pueblo infeliz por el orgullo y la insolencia de la tropa.

Muchos ciudadanos se huyeron con sus mugeres y hijos a la montaña esperando mejor coyuntura para vengar sus agravios permitiéndoles salir sin ningún impedimento al principio, y alegrándose que los dexasen dueños de sus casas, y superiores en número y fuerzas a los que quedaban. Habiendo reconocido que la salida de tanta gente era muy perjudicial por faltar brazos para las necesidades de la república, lo quisieron impedir, pero ya no era tiempo. Empezaba a sentirse la miseria de muchas cosas precisas. Faltaba leña, harina y agua; no había quien cuidase el ganado; las tiendas estaban cerradas; los obradores vacíos; en fin se sentía la falta de todo lo necesario para comer y vestir.

Fué preciso que la tropa hiciera excursiones en la campaña, y todo lo llevaba a saco sin perdonar lo sagrado ni lo profano. Pueblos, granjas, casas de campo, todo estaba expuesto a la rapacidad y a la ira del soldado que no dexaba por todas partes sino incendios y ruinas. Los paisanos por librarse de su furor se retiraban a los bosques con las mugeres y niños, y muchos de estos desamparados de sus padres iban errantes por las sendas. El Duque de Cardona, que se ocupaba en el sosiego de Barcelona, recibió con el mayor dolor la noticia de estos tristes desastres, y resolvió pasar al Rosellón para poner remedio a tantos males, viendo que la calma estaba establecida en la capital.

Resuelta su partida, pidió a la diputación y a la ciudad un diputado y un conseller que lo acompañasen para asegurar mejor su obediencia con los Ministros de la provincia, y castigando en su presencia los desacatos y excesos darles una prueba que procedía con justificación. Partió pues con estos dos Magistrados, y llegado a Perpiñán empezó a tomar informaciones de todo lo
que había sucedido para castigar a los delinquientes, especialmente a los que la voz pública acusaba; pero rebajando mucho de la culpa, porque no dudaba que con el odio que habían concebido contra los cabos, no dexarían de exagerar sus excesos. Mandó prender a Arce y a Moles y llevarlos a la cárcel común de los malhechores. Lo mismo hizo después con muchos otros oficiales y soldados, y luego quiso oír las querellas que unos contra otros tenían para que todos temiesen y esperasen. Hecho esto, dio cuenta al Rey de su deliberación informándole que con un leve castigo a su parecer se podría recobrar la autoridad real, y reducir las gentes a la sumisión y a la obediencia: que si se apartaba de los ojos la ocasión de sus escándalos, olvidarían fácilmente lo pasado: que enviando presos a la corte a los dos cabos se podrian ocupar en otra provincia, sin que por esto se les hiciera mucho agravio, refiriendo al mismo tiempo los excesos cometidos como los había entendido por las informaciones que había tomado. Hasta este tiempo los Ministros no habían conocido bien estos movimientos, porque el Rey parece que hacía poco caso de ellos; y el Conde Duque, que miraba con desprecio a los Catalanes, le era indiferente su obstinación o su arrepentimiento. Esta confianza que exteriormente se manifestaba en la corte engañó a muchos que juzgaban de lo cosa por solas las apariencias.

Las señales de humildad que mostraban algunos Catalanes aumentaba la soberbia del Ministro, y encendía su cólera para tomar una venganza mas terrible. Las diligencias que Fr. Bernardino hacía con los Reyes para que usase de misericordia con el Principado, el cuidado de los diputados de la ciudad y de la diputación en enviar embaxadores para dar satisfacción al Soberano, la seguridad que le daba su Protonotario con algunos confidentes de que los Catalanes estaban con gran confusión y temor, todo concurrió para engañarle. Por todos estos motivos escribió de orden de S. M. que no procediese contra los presos, ni por sí solo castigase a nadie, sino que diese de todo cuenta a la junta que se había man-
El Duque conoció que el gobierno no aprobaba su conducta, y este sentimiento le causó tanta congoja que se debilitó su salud, y así enfermó de una calentura lenta que en pocos días le quitó la vida. Rara vez el que manda está libre de pesadumbres, de parte de sus superiores o de sus súbditos, que al paso que le quitan la tranquilidad de su corazón, le hacen perder la fama, la fortuna, y muchas veces la vida. La muerte de este Virrey dejó en libertad a los Catalanes, porque su autoridad servía de freno a los unos para que no cometiesen excesos, y de protección a los que estaban llenos de temor. Se reunieron con esto casi todos en una misma voluntad y propósito, los movimientos se aumentaron, y la tranquilidad se desvanecía en casi todos los pueblos.

El Principado envió al Rey unos días antes embajadores de los tres estamentos, del clero, de la nobleza, y del pueblo, y uno de parte de la ciudad, para pedir misericordia; mas los Ministros despreciándoles mandaron que fuesen detenidos en Alcalá de Henares con el fin de saber antes que llegasen a la corte qué era su ánimo y con qué fin venían, porque el Conde Duque no permitía que se acercase nadie al Rey para informarle de las cosas de Cataluña, ni mucho menos para justificarlas y defenderlas. Con esta severidad quería intimidarlos para que se volviesen sin llegar a la corte, y en el caso de insistir en querer venir no hablasen con libertad. En sus papeles públicos los Catalanes achacaban al Ministro todos sus males sin ningún disimulo, y por esta razón procuraba desacreditar sus clamores y impedir de todos modos que no llegasen a oídos del Rey, lo que le era muy fácil porque no veía, ni oía, ni sabía sino lo que el Conde Duque quería. No hay desgracia más fatal para el Príncipe y para su rey que entregar su voluntad y albedrío a otro, porque se hace esclavo de un súbdito suyo.

Los Catalanes escribían al Rey sus lástimas, y hablaban con sencillez de sus trabajos y
dolores, mostrando como con el dedo la parte ofendida y la causa de la ofensa. Escribieron a la Reyna, al Príncipe, a los Ministros suprimentos, y al mundo entero, y pusieron de manifiesto por un escrito que titularon *Proclamación Católica*, su razón y su justicia, acusando al Conde y a su Protonotario de ser autores de su ruina. Irritados estos dos hombres por las injusticias que contra ellos publicaban, se esforzaron en desmentirlas y disimularlas, apocando en su lugar las acciones que suponían haber hecho el Principado en servicio del Rey; de manera que el medio de que se sirvieron para alcanzar el remedio, no sirvió sino para su ruina. Las negociaciones para la pacificación estaban en este tiempo por industria y artificio del Ministro mas vivas que nunca.

De parte del Rey se pretendía que los diputados pidiesen públicamente perdón con grandes muestras de humildad y reverencia en nombre de la provincia, y que habiendo cometido los excesos como gente engañada y que no sabía lo que hacía implorasen la clemencia, y pusieran por intercesores al sumo Pontífice, y a otros Príncipes amigos, asegurándoles el Duque que con esta satisfacción y algún servicio particular en dinero, no sería difícil que el Rey condescendiera con sus súplicas; y prometía que se pondría la justicia Catalana en su primera autoridad y fuerza para la seguridad de la provincia. Muchos no convenían en que se pidiera perdón, porque decían que era confesar que toda la nación era culpable, siendo así que el yerro había sido de pocos. Sin embargo de esto los diputados trataban sobre ello con los Embajadores, lo que les fué reprendido en secreto por el Principado reprobando su conducta, y encargándoles pidiesen el alivio de las armas y el castigo de los cabos, porque se temían que por medio de ellas se había de vengar el gobierno, y deseaban verlas fuera de la provincia.

Estos temores y sospechas se aumentaban en la corte y en el Principado por las personas que en Madrid y en Barcelona trataban de la concordia, todas con artificio y mucha política; y
para conseguir lo que intentaban representaban el estado del pueblo y el del Rey como les hacía más a ciento. D. Joseph Sorribas, Maestre de campo, y escapado de Cataluña por temor de los suyos, luego que llegó a la corte se hizo mucho lugar con el Conde Duque, porque conoció que podía servirse de él como hombre práctico e industrioso para la ejecución de sus designios. Tenía en Barcelona parientes y amigos de autoridad, y por este motivo le fiaba todos los secretos, y éste los trataba con sus amigos; pero no debió corresponder a la confianza del valido, pues después de algún tiempo fue puesto en una cárcel pública.

A principios de Agosto se guardaba un profundo silencio sobre los negocios de Cataluña, y con esta aparente serenidad muchos creyeron que estaban compuestos á satisfacción del Rey; pero otros que miraban con más reflexión las apariencias, se temían con mucha razón que esta calma vendría a parar en una furiosa tempestad.

La corte nombró Virrey á D. Garcia Gil Manrique Obispo de Barcelona, hombre pacífico y docto, estimado de los Catalanes pero ya muy viejo, y por esta razón poco á propósito para este destino en las circunstancias presentes que pedían un sujeto activo, de espíritu y resolución. Los Ministros que miraban la revolución con otros ojos que al principio, lo eligieron de propósito para que templase un poco la furia de los Catalanes. Estos lo tuvieron por buen augurio porque se imaginaban que procedería con lentitud, y les daría tiempo para prevenirse a defender su libertad en el caso que se les quisiera atacar. Juró con las acostumbradas ceremonias cuando entró en su dignidad, y comenzó a asistir al gobierno; pero con muy poca autoridad, ó por su timidez natural, ó intimidado por el fin que sus predecesores habían tenido; y así exhortaba ántes que mandaba, reducido casi solamente a solo el oficio de pastor, y no teniendo sino el nombre de Virrey.

Las cosas estaban perdidas en toda la provincia, y continuaban los alborotos por todas partes sin que los Magistrados se atrevieran á contener
a los sediciosos: reyaba la violencia y no había nadie que administrase justicia. Los jueces reales unos estaban escondidos, otros ausentes, y todos eran aborrecidos. Los empleados de guerra y hacienda amedrentados. El Virrey lleno de temor por los trágicos ejemplos que estaban muy recientes. Los sediciosos cada día más atrevidos y soberbios porque nadie les contenía. Todo estaba en la mayor confusión. Los hombres prudentes preveían males inmensos, y procuraban ocultarse de manera que no quedase memoria de ellos ni fuese conocido su nombre. En la corte se decía públicamente que los Catalanes habían recibido al Obispo por Gobernador para que no se enviase otro y pudieran ellos exercer toda la autoridad sin obstáculo ninguno, pues los sediciosos habían ofendido sucesivamente a los tres anteriores, al primero quitándole la vida con sus manos sacrílegas, al segundo á pesadumbres, y al tercero que era el Obispo lo tenían como preso.

Los Catalanes se quejaban del gobierno, porque en tiempo que se necesitaba amor, poder, y ingenio para pacificar la provincia, les enviaban un hombre que no tenía ninguna de estas calidades, porque siendo extranjero poco podía interesarse en sus cosas: que era incapaz de castigarlos por su dignidad, y no tenía experiencia para la administración de la república: que los Ministros artificiosamente habían procurado que el Pontífice no le diera la facultad para castigar los delitos como suele concederla a los eclesiásticos que administran la justicia, y darles la satisfacción conveniente. Estas quejas mútuas se aumentaban todos los días enconándose mas los ánimos, si con razón o sin ella no es fácil averiguarlo.

En medio de estas negociaciones y contiendas se admitió á los Embaxadores para quitarles este motivo de queja. Estos representaron de palabra lo mismo que tantas veces habían dicho por escrito: que deseaba el Principado la quietud, y que ésta no podía conseguirse sino apartando la causa que la había turbado: que era necesario castigar a los cabos y demás culpables, y sacar la tropa de la provincia; y que ella sola se defendería de los enemigos sin necesidad de su auxilio.
El Ministro les respondió que el Rey estaba pronto a restituirles por medios benignos, y no por la fuerza, la justicia, de la cual les habían privado los sediciosos, y que estaba pronto a recibirlos con los brazos abiertos arrepintiéndose de lo que habían hecho. El Conde Duque resuelto a hacer la guerra para justificarse con la nación, y con toda la Europa, juntó en su casa los demás Ministros, varios Magistrados y consejeros del de Castilla y Aragon, y otras personas principales de las más ilustradas y prudentes, y de mayor experiencia en los negocios del gobierno, para deliberar con madurez sobre un negocio tan grave en que se interesaba tanto el honor del Rey y el bien del Estado.

Estando juntos todos estos personajes, habló poco y con mucha gravedad, ocultando artificio-samente su designio; pero preparando la resolución de tal modo que las personas más libres necesariamente debían resolver lo que él mismo tenía pensado, y rogarle que lo ejecutase. Hizo leer por el Protonotario un papel intitulado Justificacion real, y descargo de la conciencia del Rey, el cual decía: Que la Magestad Cathólica no había dado ocasion alguna á los perturbadores del bien y quietud del Principado: justificaba la causa de los alojamientos y quarteles en Cataluña: que éstos no eran contra sus fueros: que los delitos de los soldados no eran como decían los Catalanes: que los ejércitos nunca dexan de cometer excesos: que eran supuestos los sacrilegios que se imputaban á los de Arce, y de Moles: que era justo que se castigase los delitos que se justificasen haberse cometido: hablaba del caso de Perpiñán con ambigüedad: elogiaba mucho la elección de S. M.: agravaba los excesos de los Catalanes en haber invadido las tropas reales, sucedo de las cárcel al diputado, y otros presos que lo estaban por crímenes cometidos contra la magestad real, y por sediciosos y perturbadores de la tranquilidad pública: que habian quemado bárbaramen te á Monredon, Ministro real que estaba en servicio del Rey: que habian muerto al Dr. Gabriel Berreres de la Audiencia sin culpa alguna: que amonstrados y sediciosos mataron a un Virrey, y hu-
bieron hecho lo mismo con el otro si no le hubiera sorprendido la muerte natural: que perseguían todos los Ministros fieles al Rey: que tenían impedida la justicia sin que fuera posible obrar como se debía: que no obedecían al Obispo que era el Gobernador nombrado por el Rey: que se estaban armando y fortificando sin saber contra quien lo hacían sino contra su Señor natural, faltoando a la fidelidad y sumisión que se le debía dando un ejemplo pernicioso a los demás reynos.

Esta proposición del Conde Duque hecha a la junta conmovió los ánimos de casi todos, y manifiestaron con palabras y señales exteriores la indignación que les causaban unos hechos tan injustos y tan atroces, y la mayor parte hablaron conforme a los deseos del Ministro que aguardaba tranquilo y misterioso la resolución. Cuando llegó el tiempo de votar a D. Iñigo Vélez de Guevara Conde de Oñate, Presidente del tribunal de órdenes y del consejo de Estado de España, de edad de setenta años, de muchas luces, y de grande experiencia y práctica en los negocios, se levantó y dijo: Que el negocio de que se trataba era de los de mayor gravedad que en su vida se le habían ofrecido; que aunque en muchos años no se había hublado de rebelión en España, el suceso presente le hacía creer que la tranquilidad que reynaba, mas debía atribuirse a la ignorancia de la desobediencia, que a la templanza de ánimo de muchas gentes: que siendo la nación Catalana de un genio avara y vengativo, temía los efectos de la ira, y que se precipitase fácilmente en el abismo haciendo derramar lágrimas de sangre a toda España: que los afligidos abrazan cualquier medio que los libra de la calamidad presente, sin reparar en los nuevos males en que los pueda precipitar, como el esclavo que por huir del azote y de las manos coléricas de su amo, se despeña por la ventana con mayor riesgo. ¿Quién sabe si los Catalanes amenazados con el castigo no se arrojarán por su rebelión a los pies del mayor émulo del Rey: yo creo que es mas fácil pasar de la sedición a la rebelión, que de la tranquilidad a la sedición; la mano diestra del genete doma el caballo feroz y desbocado, no la aguda espuela que se le aplica. La
historia de los tiempos pasados nos manifiesta que esta gente ha sido siempre dura y valerosa, calidades que son muy propias para las armas.

En los tiempos modernos han vivido en paz y olvido de sus glorias pasadas, no se han ocupado sino en pendasias civiles dividos en bandos y facciones, conservando siempre el valor que los llenó de gloria en los tiempos antiguos. Por cuya razón es muy peligroso disipar esta dura nación y amesitarla en el uso de la guerra contra nosotros. Carlos puso el mayor estudio en hacer olvidar a los Holandeses el uso de las armas y exercitar en ellas a los Españoles, porque muchas gentes sienten mejor a los Príncipes con lo que ignoran que con lo que exrcitan. La causa con que esta nación provoca la indignación de nuestro Soberano es muy grande, y no se si se hallará un castigo igual al crimen de los delinquentes, y si yo lo conociera desde luego lo adoptaría para vengar las injurias, pero si cualquiera pena que se escogiese por severa que fuera es muy inferior al delito, ¿cómo se podrá dar una satisfacción igual? Creo que no se puede hallar esta igualdad sino en la clemencia, virtud que aunque no es tan propia de los Reyes como la justicia, muchas veces la contingencia de los castigos les obliga a abrazarla perdonando sin razón, y contra los gritos de aquélla por evitar mayores males.

Si el Rey y el padre pueden olvidar o perdonar la culpa de los hijos ó de los súbditos sin que de esto resulte daño al estado ó a la familia, no se repara en las dificultades que hay de parte de los ofendidos, porque la dignidad de Rey y el amor de padre las disipa fácilmente todas. El odio en los particulares pide sangre y venganza; mas el amor solamente enmienta. Cataluña ha cometido los trágicos sucesos que hemos oído, pero está arrepentida de su culpa, y la confiesa de palabra y por escrito: pone por intercesores para que se le conceda el perdón al sumo Pontífice, a las repúblicas y a los Reyes: pide justicia contra los perturbadores de la provincia, que son muy pocos y los nombra: propone un medio fácil de concluirse esta desavenencia; y con sola esta condición promete fi- delidad; pues ¿por qué no la hemos de creer?
¿por qué hemos de tener por vanas y fingidas esas protestas? ¿qué utilidad nos resulta de nuestra incredulidad y desconfianza? La desesperación del perdón hace más audaces a los culpados. ¿Por qué no se les ha de conceded lo que piden reduciéndose a que se aparte de su provincia tres o cuatro cabos del ejército? Sin entrar en la discusión de las culpas y de las quejas, se puede asegurar, que es más fácil que cuatro o cinco hombres se engañen que no toda una provincia.

Pero me direís que es difícil sacar estos hombres de la provincia con reputación. Esta dificultad no debe detener a nadie, porque aunque la perdieran, sería por la tranquilidad de la patria; y quién ignora que es una obligación indispensable a todo buen ciudadano sacrificar sus intereses más preciosos por ella? ¿qué mayor gloria puede tener un ciudadano, que saber que con su vida y con el abandono que ha hecho de sus intereses ha conservado la salud del Estado? ¿es acaso perder la reputación hacer un sacrificio por el cual se consigue una gloria inmortal? No hay miseria que se iguale a una guerra civil, porque ésta arrastra todos los males a que puede estar expuesto el hombre más miserable en este mundo. Si Cataluña se hubiese de humillar a la primera amenaza que se le hiciera, al primer golpe que se le diera, sería yo el primero que diría amenazada y castigada. Pero si se hace con esto mas obstinada y toma las armas para su defensa, expondremos la autoridad del Monarca a la suerte de dos o tres batallas? ¿qué ejemplo sería para los demás reynos si estos rebeldes consiguieran la victoria? ¿quién podría contener a tantos reynos y provincias de que se compone esta corona, tan diversos en leyes, usos y costumbres, tan impacientes en sufrir el yugo castellano, y con deseos tan vehemente de sacudirlo, que no esperan sino una ocasión favorable?

Pero supongamos por un momento que nuestra suerte es feliz, que la victoria corone nuestros esfuerzos, que entramos en aquella provincia, que talamos los campos, abrasamos los pueblos, y lo destruimos todo, ¿qué ganamos con esto? Montes desertos, ciudades y pueblos quemados, y ruinas de plazas. ¿Es esto conquistar y reducir a Cataluña?
No, esto es perder España una provincia. Y mientras ocupamos las tropas en castigar y someter a los Catalanes, abandonarémos la Flandes a su suerte, no socorreremos la Italia, nuestras armadas no saldrán de los puertos, y seremos por todas partes el juguete de nuestros enemigos, que nos insularán impunemente vengándose de la humillación en que los hemos tenido. Así nuestras pérdidas serán mayores que las ganancias. Mientras conquistamos una provincia dentro del recinto de la península, perderemos quarenta fuera de ella. Y se podrá llamar esto triunfo? ¿Podremos celebrar esta victoria que nos habrá costado tan cara? Cansados de pelear por todas, partes descansábamos dentro de España donde no se oía el ruido de las armas; y ahora ¿dónde hallaremos reposo y consuelo? Flandes, Lombardía, la Alsacia, el Brasil están en conmoción; Nápoles y Sicilia amenasadas; nuestras costas, y los estados de las dos Indias infestados de los enemigos. Peligroso es por cierto emprender una guerra de esta naturaleza; ¿qué sería si al ejemplo de los Catalanes se armasen contras nosotros otras naciones, mientras nuestras fuerzas estuviesen ocupadas en esta empresa? ¿No tendríamos que sufrir y tolerar mucho más de lo que ahora sufrimos? ¿No nos expondríamos a mayores peligros? ¿No nos veríamos acaso reducidos a la desesperación, y viendo que no hallábamos medio para salir de ellos, maldeciríamos a los que habían aconsejado esta guerra fatal? Por otra parte, el Rey es benigno y tan piadoso, que abrazará con más gusto los consejos de la clemencia que los de la ira. La clemencia llena de gloria a los Reyes, porque levanta triunfos en los corazones de los que perdona, que se conservan perpetuamente en la memoria de los hombres. Por el contrario, la ira y la venganza no dexa tras de sí sino monumentos de horror y de llanto que hacen su memoria execrable a las generaciones futuras. ¿Qué glorioso será para nuestro Soberano, cuando en los siglos venideros se diga que pudo destruir con facilidad a Cataluña por los insultos que le había hecho, y venciendo su ira quiso más perdonar a los subditos rebeldes!

Así pues mi dictamen es que se oiga a los Catalanes, se enjague sus lágrimas, no se les arroje...
Esto discurso del Conde de Oñate pronunciado con la gravedad que le era propia, hizo una impresión tan fuerte en los ánimos de todos, que aun aquellos que estaban inclinados a la guerra, convencidos con razones tan poderosas, hubieran mudado de propósito si el Conde Duque que se hallaba presente no manifestara en su semblante el disgusto que le había causado.

Después habló el Cardenal D. Gaspar de Borja y Velasco, presidente del Consejo de Aragón, señor de mucha prudencia y de grandes luces para el gobierno, y habiéndose levantado estando todos muy atentos, dijo:

Si estuvieran nuestras cosas en otro estado, yo sería el primero que pediría que se usase de clemencia con los Catalanes; pero habiendo llegado su osadía y orgullo al extremo que veemos, ya es preciso usar de la fuerza para castigar su rebeldía y domar su obstinación. La clemencia debe usarse con los que se humillan, y la piden con sumisión reconociendo su falta; pero cuando se pide con amenazas sería pusilanimitad y cobardía, y aun vileza concederla. El perdón en este caso sería un vicio, no una virtud. La demasiada benignidad que hasta ahora ha usado el Rey con los sediciosos, les ha hecho más arrebatados en vez de reducirlos a la enmienda; no hablo por pasión, pues por mi estado y por mi carácter soy inclinado a la moderación. He examinado la culpa y los motivos, he comparado la fidelidad con el respeto, he pesado la justicia con las quejas; y puedo asegurar con toda verdad, que la culpa me ha parecido excesiva, y el castigo inexcusable. La indigencia en los súbditos es uno de los delitos que tienen consecuencias más terribles y causan mayores males al Estado, y como el incendio no se puede apagar sino con mucha agua, el fuego de la infidelidad y de la rebelión no se puede extinguir.
<table>
<thead>
<tr>
<th>Año de</th>
<th>TABLAS CRONOLÓGICAS.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>y. C.</td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

<table>
<thead>
<tr>
<th>año de</th>
<th>TABLAS CRONOLÓGICAS.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>y. C.</td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

sino con ríos de sangre. Las dignidades, los tronos y los gobiernos de cualquiera clase que sean, no están fundados sino sobre la obediencia. ¿Qué imperio estaría seguro sobre hombres ligeros, inconstantes, e inquietos? ¿qué justicia podría administrar el Príncipe, o qué premios dar si dependiese del capricho del enojo de sus vasallos? ¿qué Rey más miserable que el que necesita en su gobierno de la aprobación del vulgo ciego, incapaz de juzgar lo que es útil o pernicioso para el Estado? La obediencia y el mando constituyen el orden y la hermosura del gobierno, y en desconcertándose estas dos cosas todo está perdido. La razón es el superior que tienen los Reyes, y a la luz de la justicia y del bien público deben caminar siempre. Pero el bien del Estado es tan complicado, y resulta de tantas combinaciones, que es imposible que lo conozca sino el que ve los movimientos de las ruedas de esta máquina. El pueblo conoce y ve uno a otro desorden, y juzga precipitadamente que todo vá mal, cuando por este pequeño mal se consiguen muchos mayores bienes. Tí as vistas las materias de estado a diferentes luces y en diversos aspectos, unas veces parecen justas, otras injustas; y las providencias dictadas por la sabiduría mas perfecta, y pesadas en la balanza de la justicia, se censuran muchas veces como injustas e imprudentes. Por esta razón el vulgo no puede juzgar de ellas; ni es decente al Soberano manifestar al pueblo los motivos y razones que le obligan a obrar.

El vasallo que niega la obediencia a su Rey, le usurpa una parte de su imperio, hace agravio a su corona, y merece un castigo proporcionado a su delito. Las leyes en esta parte en todas las naciones han sido muy severas. Es evidente pues que los Catalanes merecen el castigo por los excesos que han cometido, y por su misma disculpa se confiesan delinquentes. El vasallo que pretende servir en una cosa y en otra no, se puede y debe reputar por no vasallo ni súbdito, pues pende de su arbitrio la obediencia y el servicio. Así como el Príncipe debe velar siempre y dirigir todas sus providencias para el bien público y la felicidad de los súbditos, de la misma manera éstos en todas las cosas deben estar sometidos a las ór-
TABLAS CRONOLÓGICAS.

Años de

TABEAS
CRONOLÉGIC.
JHlw
!
dmes
del
Soberano.
Quando
concede
los privi-
legios,
recompensa
los
servicios;
pero
no
quiere
hacer
ingratos,
ni
mucho
ménos
perjudicar
al
bien
común
del
Estado,
sino
animar
con
ellos
do
los
demás,
pasa
que
sirviendo
con
celo
del
patria
se
hagan
acreadores.¿

Pero
qué
Rey
querrá
ser
li-
beral,
si
con
sus
beneficios
no
hace
mas
que
enemi-
gos?

Quando
todos
están
prontos
dasacificar
su
vida
por
la
sdlud
pública,
solo
estos
hay
arreglar
sus
acciones
por
la
interpretación
duo-
sosa
de
sus
hermanos
viejos,
y
pretenden
fundar
su
obstinación
y
terquedad
en
la
grandezas
y
libera-
lidad
de
sus
Reyes.

El
amor
desordenado
de
sus
intereses
sofoca
en
su
corazón
del
Monarca
y
del
Estado,

desprecian
el
honor,
y
no
llegan
da

cognecer
ni
la
necesidad
ni
la
utilidad
de
nuestras
guerras:

juzgan
las
insenciones
del
Soberano
se-
gun
su
capricho,
y
censuran
aprobaban
sus
pro-
videncias
dos
antojos.

No
es
esto
un
gratísimo
desacato
y
delito?

Además
de
esto
la
piedad
de
nuestro
Soberano
los
hace
mas
audaces
para
insultar
su
magentud,

queriendo
introducir
tratos
y
partidos
con
su
Rey
como
si
fuera
su
igual,
implorando
por
una
parte
su
clemencia
confesándose
delinquientes,
y
por
otra
exigiendo
condiciones
como
si
hubieran
justicia
y
se
les
debería
de
derecho,
dando
a
entender
al
mundo
que
sus
quejas
están
bien
fundadas,
y
que

no
han
solicitado
sino
que
se
les
guarde
sus
fue-
rros
y
privilegios.

¿No
se
ha
hecho
esto
mientras
la
tranquilidad
de
nuestro
Estado
lo
ha
permitido?

Se
ha
puesto
en
peligro,
y
los
enemigos
han
venido
d
invadirlo:

¿examinemos
que
se
apoderen
de
nuestro
reyo
porque
los
Catalanes
conserven
sus
pri-

vilegios?

¿Se
sacrificará
toda
la
cnación
duna
pequeña
provincia?

¿No
es
este
un
crímen
atroz
cometido
no
contra
el
Rey
solamente
sino
contra
todo
el
reyo,
y
contra
todos
los
particulares?

Este
es
un
delito
de
la
mas
alta
traición,
que
no
puede
castigarse
bastante
sino
con
el
fuego
y
la
espada,

condenando
esta
gente
tan
pértida
y
maldita
al

anarema
mas
atroz
dela
guerra.

Todos
los
medios
se
han
probado
para
reduce-

los;
las
promesas,
las
amenazas,
la
clemencia,
la

industria,
y
todo
ha
sido
ínutil
y
despreciado
por
esos soberbios. La Europa tiene fijos sus ojos so-
bre nuestro Soberano para ver la conducta que ob-
seña con estos rebeldes. ¿Os parece que será de-
coroso dexar sin castigo un puñado de rebeldes den-
tro de nuestro mismo reyso, habiendo domado las
naciones mas feroces por todo el mundo? ¿No se
creeía con razón que habíamos degenerado de nues-
tros mayores, y perdido aquel valor que nos había
hecho temer y respetar de todos? Si dexamos a esta
gente sin castigo, ¡qué males amenazan á nuestro
Estado! Vosotros sabéis que los vencidos siempre
llevan el yugo con repugnancia, y que si no lo
arrojan de sí es porque temen el castigo; pues si
dexeis libres á estos que están dentro del mismo
reyso, ¿qué nación por cobarde que sea no intenta-
rá lo mismo con su ejemplo? Es preciso que S. M.
se arme para oírles y responderles si quereis que
sus respuestas sean atendidas; la magnitud sin
el poder es despreciada, y con el temida y acata-
da. Que salga el Rey de la corte para presentarse
á los rebeldes, pero con un ejército de veteranos
y con buenos capitanes para triunfar de su obsti-
nación; pues no es bien fundar la victoria en el
arrepentimiento de los malos, sino en el poder y
en la justicia. De este modo llenará de terror á los
mas obstinados, los quales viendo que les amenaza
con justo castigo, abandonarán el país que fué el
teatro de sus maldades, ó pagarán la pena que
tienen merecida; y servirán de ejemplo á los pre-
sentes, y á las generaciones futuras, de que no se
insulta impunemente á la majestad de los Reyes.

Todos los oyentes quedarón conmovidos con
este discurso; pero estaban indecisos y dudosos,
y no sabían qué partido habían de tomar, porque
las razones del Conde de Oñate los tenía en
balanza. El Ministro que estaba presente, para
acabar de dar el último impulso á sus voluntades,
dixo en pocas palabras: Que aunque tuviése
una vida muy larga no sería bastante para llorar
una desdicha tan grande como la que acababa de
suceder, ora se considerase de parte del Rey, ora
de parte de los mismos Catalanes; pues el Rey no
había hecho nada por donde mereciese un desacato
tal y tan grande que no tiene ejemplar en la histo-
ria antigua ni moderna de parte de aquella pro-
TABLAS CRONOLÓGICAS.

1681

année

crónicas,

porque unos hombres uiles y desarmados
perturbaron la república formando cuerpo, se amo-
tinaron, se apoderaron del mando, y obligaron a
los buenos y pacíficos a imitar y favorecer sus
desiertos: que en otras partes los nobles suelen
llevar tras la plebe, pero en esta provincia,
la nobleza había servido a la vallania: que preten-
den capitalizar con su Rey, despreciando el perdon
que les ofrecían, y le quieren obligar a derramar la
sangre de sus vasallos, y poner nota en la antigua
fidelidad de sus suyos: que no conviene ni es posible
disimular mas tiempo para que se pueda aplicar to-
do el cuidado en los negocios de fuerza que piden re-
cursos pronto por la necesidad en que se hallan, y la
alteración de esta provincia los tenía detenidos y en-
torpecidos: que se debe castigar esta nación tanto
por remediar su culpa quanto por contener a las de-
más en la obediencia con la pena: que tomaba por
testigo a Dios que quisiera a costa de su propia san-
gre impedir el derramamiento de la agena y la ven-
ganzas de aquella provincia: que sentía que en su
tiempo la malicia se hubiese atrevido a obscurecer
las luces de la verdad, y de la justificación del
Rey y de sus Ministros: que se prometía que el
suceso manifiesta de parte de quien estaba la
razón: que el único consuelo que tenía en la aflicción
que le acongojaba, era el considerar este triste su-
ceso mas como una desdicha que como un demérito;
y que era de parecer que se ordenase luego el
castigo, pero que él se conformaba con el duciámen
de la mayor parte.

Con este pequeño discurso se disiparon todas
las dudas de los de la junta, y se conformaron
con los deseos del Conde Duque, resolviendo que
el Rey debía salir de Madrid con el pretexto de
celebrar cortes a toda la corona de Aragon para
restablecer la administración de la justicia, cas-
tigar a los perturbadores de la tranquilidad pú-
blica, y dar consuelo y satisfacción a todos aque-
los vasallos que estaban tan afligidos por las
novedades y revueltas que se habían levantado;
pero que para hacerse obedecer debía ir delante
un ejército numeroso, el cual ajustadas las cosas
de Cataluña, y sosegados los alborotos, podría
pasar a la frontera de Francia para impedir la
invasion de los enemigos: que si los Catalanes se ponían en defensa, se podría castigar su insolencia y reducirlos a un estado que jamás pudieran rebelarse: que se encargase al Gobernador del Rosellón que procurase descubrir las intenciones de los paisanos: que se juntase la tropa que había en Guipúzcoa, Alava y tierra de Campos para esta expedición: que se sacasen para este mismo fin las guarniciones de las plazas de Portugal, Galicia y Aragon: que se llamase a los soldados y oficiales retirados sin que se diese licencia a ninguno de los que actualmente servían: que se obligase a tomar las armas a todos los que estaban en la corte: que se pidiesen los seis mil hombres que debían dar los señores de Portugal: que se llamase a las dos partes de las cinco milicias de Castilla, León, Andalucía, Extremadura, Granada y Murcia: que de Navarra acudasen dos de los cuatro tercios, y que se pidiese gente a Valencia y Aragon: que el Virrey de Mallorca pasase a España con su tercio, y la nobleza de la Isla: que se executasen con la mayor brevedad las levas, y se reuniese toda la caballería y los ginetes de la costa: que la artillería de Pamplona y Segovia se pusiera inmediatamente en marcha: en fin que toda la gente de guerra, así de infantería como de caballería, se acercase por Aragon y Valencia a la entrada de Cataluña, aquartelándose en las riberas del Ebro hasta la mar, nombrando por plaza de armas a Zaragoza, esperando allí los oficiales para la formación del ejército donde iría a tomar el mando el General que nombrase el Rey; y que para ayudar a esta operación y proveerle de víveres las galeras y bergantines acudiesen a Vinaroz. Esta fué la resolución de aquella notable junta que se acomodó con los deseos del Ministro, y sirvió a sus venganzas con grave perjuicio del bien común, aconsejando al Rey lo contrario de lo que entendían, y precipitando el Estado en infinitos males y peligros por no tener valor para decir la verdad y resistir al valido.

Tomada esta resolución se trató de nombrar General a quien encomendar empresa de tanta importancia, y que fuera capaz y de talentos...
para ejecutarla, pues aunque había muchos eran poco hábiles y diestros en el arte de la guerra. Entre éstos se contaban cuatro en quienes se podía confiar, porque habían dado pruebas de su valor y capacidad mereciendo la aceptación pública. El primero fue el Marqués de Espinola, pero era aborrecido de los Catalanes, y en el caso de renovar las negociaciones para una concordia, sin necesidad de venir a las manos, se temía con razón que no se podría concluir nada; y a muchos les parecía mal que siendo extranjero se dexasé a su arbitrio el castigo de los Españoles, por cuya razón se enconarían más los ánimos, y quizás se entregarian a la desesperación. En fin casi todos se oponían por diferentes razones a esta elección, y él mismo viendo esta contradicción la resistía. Después de éste pusieron los ojos en el Almirante de Castilla, que era de sangre ilustre, estimado de todos, y tan feliz en la guerra que había conseguido la victoria cuantas veces había combatido. El Conde le tenía envidia porque no le debía sus ascensos, y no le parecía conveniente darle nueva materia para añadir a su buena fama otros aplausos; y así procuró apartarle de la consideración de los que le deseaban con pretextos honestos dexándolos contentos a todos, aunque a la verdad los que le conocían bien y le habían tratado de más cerca, confesaban que no tenía los talentos necesarios para una empresa tan grande.

Otros propusieron a D. Francisco de Acevedo y Zúñiga Conde de Monterrey que había gobernado a Nápoles, y entonces era presidente del consejo de Italia: tenía el concepto de mediano político, y era primo y cuñado del Ministro, creyendo que con esto lisonjeaban su gusto y sus deseos. El Conde Duque también esclavú a éste de la elección porque era poco conforme a su genio, y por otros motivos ocultos que no era fácil atinar. En fin el quarto que la voz pública designaba para esta empresa era el Marqués de los Vellez, Adelantado mayor del reyno de Murcia, el cual en los destinos mas brillantes que había ocupado mostró mucha prudencia y un gran juicio, y se reputaba digno de mayores empleos.
En este tiempo estaba en Madrid, y no era desagrable al Ministro porque asistía a su corte y manifestaba mucha modestia, quizás para poder mejorar su fortuna ayudando con este artificio a su ambición. Este fué preferido a los demás, no sé si por tener mayores méritos, o por mejor fortuna, o porque siendo descendiente de la casa del comendador mayor D. Luis Requesens, y teniendo en aquella provincia muchos parientes y amigos, se consideró el más a propósito para conciliar los ánimos. Se le llenó de títulos y sueldos para hacer más recomendable su persona, nombrándole Virrey de Aragon y Capitan General del ejército que se había de formar en aquel reyno, Mayordomo mayor del Infante D. Fernando, Capitan General del mar de Flandes, y dándole una de las mejores Encomiendas de Castilla. ¡Todo el mundo sabe lo que influye esto para hacer feliz a un General en sus expediciones.

El Marqués, que no conocía la naturaleza y las dificultades que ofrecía la empresa, aceptó con la mayor satisfacción esta comisión, creyendo que no hallaría resistencia en los Catalanes, y que triunfaría de los enemigos sin necesidad de combatir. Pero ¡cuán falaces son las esperanzas de los hombres! ¿cómo se engañan en sus juicios! Este General se vió después en tantos aprietos, que desesperó conservar su reputación en el mando que había tomado.

Mientras en Castilla se gastaba el tiempo en tratados, consejos y deliberaciones, no estaban ociosos los Catalanes. Luego que llegó a Barcelona la noticia que en Perpiñán se habían hecho algunas prisiones con el pretexto de ser afectos y tener trato con los Franceses, acusando igualmente a la ciudad que había enviado un comisióndo a tratar con el señor de Espesán que era Gobernador de la Leucatta, se encendieron más los ánimos; y conociendo que sería forzoso defenderse con la fuerza, resolvieron fortificar la ciudad. Levantaron dos compañías de caballería y alistaron algunas de mosqueteros. Después representaron al Obispo Virrey que era preciso mudar la pólvora que había en la atarazana, por-
que sabían de cierto que permaneciendo allí la ciudad estaba expuesta al mayor peligro, pero habiéndose resistido a condescender con su solicitud por tener orden de la corte para enviarla a Rosas se apoderaron de ella, y de este modo se proveyó la ciudad de armas y de todo lo necesario para la guerra.

Por otra parte conociendo que ésta no podía hacerse con suceso sino con consentimiento de toda la provincia, resolvieron convocar cortes para que de común acuerdo se determinase lo que debía hacerse en circunstancias tan peligrosas y difíciles. Y usando la diputación de la autoridad que tenía por su oficio, en defecto de los Lugartenientes del Soberano, llamaron según la forma que de tiempos muy antiguos se había usado a todos los que tenían voto en cortes según sus fueros sin omitir ninguno, ni aun aquellos que suponían estaban por el Rey, porque jamás se les pudiese culpar de haber procedido de mala fe en este negocio. Y así se envió la carta convocatoria al Duque de Cardona, a los Marqueses de Aytona y de los Velez, al Conde de Santa Coloma hijo del difunto Virrey, y a todos los que tenían estados o baronías dentro del Principado fuesen naturales o extranjeros, a todos los Obispos y Prelados, Ministros y tribunales, sin exceptuar el de la Inquisición. En esta convocatoria declaraban el aprieto en que se hallaba la patria y la común miseria de la república; justificaban su conducta con el enojo del Rey, y la indignación de sus Ministros; las prevenciones que se hacían en Castilla para entrar por fuerza en el Principado; y concluían pidiendo que acudiesen todos a ayudarles con sus consejos para salvar la patria.

Algunos se excusaron porque consideraban el negocio de mucho peligro debiéndose tratar sin anuencia del Soberano a quien pertenecía este cuidado. La diputación ofendida más que satisfecha con semejantes respuestas, reiteró su amenazación procurando disipar sus dudas y temores, señalándoles nuevo término, les representó con mayor viveza los males de la patria, y la necesidad que tenía del consejo de aquellos que por
Catalanes que asistieron no hubo sido buena, porque no deseaban sino tratar de los medios de hacer cesar el desorden y los males que los afligían. Todos ellos amaban a la persona del Rey, pero aborrecían al Conde Duque y su Protonotario, porque estaban persuadidos que eran los autores de todos sus males y tenían enemistado al Rey; y así deseaban el servicio del Señor con tal que apartase de sí a estas dos personas, y a ellos se les guardasen sus fueros y privilegios.

En fin se juntaron las cortes, y se presentaron todos los papeles auténticos que manifestaban los medios y diligencias que había usado la diputación general para enterar al Rey de los males que sufría la provincia, de las causas de ellos, de la inocencia de la mayor parte de sus habitantes, de la facilidad con que podría restituirse la autoridad perdida y la justicia, castigar a los rebotosos, y gozar todos de la paz y tranquilidad como en tiempo de sus predecesores, a quienes el Principado había dado siempre los testimonios más auténticos de su amor, respeto, obediencia y fidelidad. Que esto no solamente lo habían representado al Rey por escrito, sino que habían enviado embajadores para este fin. Se leyeron después sus respuestas y las de sus primeros Ministros, los avisos que tenían de sus designios perniciosos, del ejército que se formaba en Aragón, y del refuerzo que de Italia había venido al Rosellón.

Leídos todos estos documentos se empezó a tratar generalmente de los males que los afligian; de la poca esperanza de remedio, y de los peligros que les amenazaban. Renovaron la memoria de sus últimas pasadas contando los robos, los incendios, los estupros, adulterios, homicidios y sacrilegios; todo esto quizás con intención de irritar más los ánimos, y obligarles de este modo a tomar una resolución violenta, porque no se
puede dudar que entre los mismos diputados habia algunos enemigos del gobierno de Castilla; y desosos de novedades, porque estaban entusiasmados por la libertad, porque creyéndose injuriados querian vengarse de este modo. Ensalzaban la justicia de su causa, y no dudaban que Dios la protegería, especialmente siendo el motivo principal que les movía a tomar esta determinación el desagravio de los ultrajes escandalosos que le habían hecho. Decían que los Ministros que encendían este fuego deseaban los remedios que podían encontrar en la clemencia del Rey, que era tan benigno y piadoso; pero que importaba poco que tuviera buen corazón, si obraba más a impulso de los cortesanos que le dominaban por sí solo. Que de nada sirve la bondad de los Principes sino la exercitan, o hacen cosas contrarias a ella, por estar dominados de sus vicios, o de sus Ministros: que no basta que el Soberano tenga las virtudes de un particular, sino posé las que son propias del que debe gobernar a muchas gentes. Por último, que había poco o nada que esperar de un Soberano que no conocía su bien y el de sus súbditos, sino por medio de Ministros mal intencionados.

De este modo caminaban al abismo de la desesperación, teniendo por único recurso la protección de la Francia y la de las demás potencias, y esperando de solas ellas su remedio; no conociendo los grandes peligros a que se expusieran, de los cuales sería muy difícil poder librarse y salir sin grandes pérdidas, y sufriendo mayores males que los que ahora padecían. Así ciega Dios a los hombres quando los quiere despertar. La guerra les parecía inevitable en vista de los grandes preparativos que se hacían de parte del Rey. Sin embargo de todo esto, pedían a los estados con mucha instancia que propusieran medios para alcanzar la paz y aplacar el ánimo del Rey, para dar satisfacción a los pueblos que estaban quejosos, y seguridad a las personas que envueltas en el torbellino de los desórdenes se hallaban muy inquietas y sobresaltadas. En estas pláticas estuvieron algunos días ocupadas las juntas sin poder adelantar, proponiendo cada uno

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años de</th>
<th>Era de</th>
<th>TABLAS CRONOLÓGICAS.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>G. C.</td>
<td>España</td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

39
su modo de pensar diferente de los demás, pero sin convenirse en nada; y se convirtió todo en confusión y llanto, por no hallar ningún medio para salir del aprieto.

Cuando los ánimos estaban ya más sosegados, volvieron a juntarse, y se empezó a votar con más regularidad y sin oír ninguna discusión, puesto que las conferencias no hacían más que encender las pasiones e impedir que se tomará ninguna resolución conveniente. Porque en los grandes concursos nunca faltan algunos hombres ambiciosos, que aspirando más a la gloria que al acierto, procuraban con palabras estudiadas y exquisitas, que siempre son misteriosas para los ignorantes, conciliarse el aplauso, y están contentos y satisfechos con este vano triunfo aunque hayan sacrificado el bien del Estado. La mayor parte de los diputados se inclinaba a la defensa con las armas, conviniendo en este punto, aunque con razones diferentes y con mayor aspereza o moderación. Cuando tocó hablar al Obispo de Urgel, que era Canciller de la provincia, y en su juventud había tenido alguna práctica de los negocios curiales por haber sido auditor de Rota en Roma, habló de la manera siguiente:

"Siendo de los últimos votos de esta junta, no puedo menos de confesar que me pongo a hablar lleno de desconsuelo y de espanto, porque veo que hasta ahora no se ha puesto la consideración en lo que tenemos entre manos. Salí de mi Iglesia a fuerza de instancias que me hicisteis para asistir a esta junta, y me tendría por el hombre más desdichado si se me hubiera admitido mi excusa, porque creo que puedo hacer un servicio muy interesante en lo que vos voy a decir si quereis oírme benignamente. Me parece que habeis hablado con demasiada pasión, y por lo mismo temo que apartándoos del camino de la verdad os precipitéis en un abismo de males, y causeis la ruina de la república queriéndola salvar. Soy viejo, y nada tengo que esperar, pues me hallo en una fortuna superior a mis méritos, veo la patria en el mayor peligro, y me conduzco de ella. Por mi estado estoy exento de facción, libre de pasio-
eres verdaderos como vuestro campafiero y amigo. Todos juzgais que para reparar los males que hoy padecemos por la insolencia de los forasteros, conviene tomar las armas en defensa de los naturales y de los famosos privilegios que nos han dexado nuestros mayores. Confieso que nuestra causa es justísima; tan poco se pueden negar las desgracias que opri- men el Principado, pues yo mismo he oído muchas veces las lástimas y quejas de nuestros pa- rtícipes, y conozco la licencia de los soldados, pero por qué no probarémos otros remedios más suaves y proporcionados antes que el vi- leno de tomar las armas, del qual podrémos usar en cualquier tiempo? Pretendeis vengar la patria de la insolencia y excesos de los solda- dos, y quereis introducir otros tantos de nuevo. Pues qué serán estos segundos mejores que los primeros? Y si éstos os injurian y cometen vio- lencias, quién podrá contenerlos? La insolencia es propia del soldado por su oficio, no por su nación. Estos, de quienes con tanta razón os quejáis no han cometido los excesos que tan- nto os irritan porque son Castellanos, sino por qué son soldados. Lo mismo fueron los Roma- nos, los Griegos, los Godos y los Catalanes en el Oriente quando emprendieron aquella expedi- ción que ha llenado á nuestro Principado de una gloria inmortal. En todos los soldados de cualquiera nación que sean se vén las mismas costumbres licenciosas; y así no dudeís que los Catalanes que ocupáreis en este ejercicio, serán tan gravosos á vosotros y á todos los pue- blos del Principado como los Castellanos que no podeis sufrir. El carácter de los naturales es mas duro que el de aquéllos, y debeis temer mucho su orgullo si la necesidad os obliga á ponerles las armas en la mano. Qué suerte se- rrá la vuestra si llamais á los extrangeros, y quiénes serán éstos? Las demás provincias de
España todas respetan al Soberano, y casi no hay nación en la Europa donde no extienda su imperio. Francia os animará ofreciéndoos su protección y sus fuerzas, y porque hace mucho tiempo que triunfa estáis llenos de confianza en ella; pero lo que á vosotros os alienta á mí me desanima, porque estoy creyendo que la fortuna inconstante se cansa yá de sostenerlos, y vá á derrubiarlos de la cumbre del poder donde los habíamos elevado, y arrojarlos en la obscuridad para favorecer á otros, pues esta es su costumbre antigua. Pero dexémonos esta consideración, y decidme: quién os asegurará que habiendo armado hace poco tiempo contra ellos, y vencido en diferentes encuentros, ahora os vendrán ayudar, olvidando la injuria y la humillación en que los hemos puesto? Ignorais que ésta es una nación vana y orgullosa que quiere siempre dominar? Que si alguna vez ha sido abatida, le queda siempre impresa en su corazón la injuria y el deseo de vengarla, pasa de padres á hijos, y no queda jamás contenta hasta haber lavado esta mancha. Pero supongamos que os ayuden; ¿qué caro os ha de costar este socorro? y cuándo os llegará? ¿será bastante para lo que vosotros intentais? ¿qué podeís hacer sin él? Todo el mundo sabe que los Franceses son muy inconstantes, y que nunca obran sino por su interés. ¿Qué hareis si después que emprendéis la guerra declarándoos contra vuestro Rey os abandonan, ó por su capricho, ó porque reciben menos de vosotros que lo que su codicia insaciable les proponía? Considerad bien lo que vais á determinar. Vosotros obráis en nombre de vuestro pueblo, y del juicio pende la salud ó la ruina de él; y así mirad bien que no se corrompa su inocencia en vuestra pasión. Pero supongamos que todo nos suceda prósperamente, ¿qué es lo que pretendeis? ¿quedaros república libre? ¿y cómo os podreís sostener en medio de dos monarquías poderosas? ¿quiereis nombrar nuevo Príncipe? Si de los naturales, ¿qué discordias habrá pretender diciendo todos subir á un imperio que está vacante; creyéndose dignos de ocuparle? y no encen-
**TABLAS CRONOLÓGICAS.**

<table>
<thead>
<tr>
<th>Año</th>
<th>Evento</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td></td>
<td>dería esta contienda una guerra civil mucho más funesta que todo lo que hasta ahora hemos sufrido? Sí llamáis un extranjero, ¿os persuadís que será siempre propicio y benigno?</td>
</tr>
</tbody>
</table>
|     | "Decís que la libertad de vuestros fueros os permite tomar las armas en defensa de ella; pero habiéndola recibido de la pura liberalidad y magnificencia de los Reyes, ¿cómo podréis excusaros de ingratisimos si queréis vengaros de su misma generosidad? No tratamos si es lícito seguir los principios de nuestra religión; pero preguntó, ¿es esto conveniente para la república y para los particulares? Dos cosas son precisamente necesarias al que emprende la guerra, que se conozca a sí mismo, y que conozca al contrario. Deteneros un momento en esta consideración, y decidme quién somos nosotros y contra quién nos armamos. Nuestro país como todos vosotros sabéis está en una situación que puede ser invadido fácilmente por mar y tierra, y quizás la Providencia divina nos ha puesto en esta disposición para que seamos más moderados y templemos nuestro genio. ¿Qué causales tiene la provincia? Lo que os hace ricos no es la cantidad de las riquezas, sino la modificación. Vuestras minas son una rígida economía. Bien sabéis todos vosotros hasta donde se extienden los términos de nuestra república. Dentro de ella no hay trato, ni comercio, ni navegación. De nuestros puertos no salen sino unas miserables barcas de pescadores. Los campos son tan avaros que regados con el sudor del infeliz labrador apenas le dan que comer. Sin riquezas no se puede gobernar el imperio, ni mucho menos hacer la guerra. ¿Hacia qué parte quereis hacer conquistas, y qué capitanes teneis para mandar los ejércitos? Bien sé que me direís que cada uno de vosotros está pronto para sacrificar su vida por la patria, y yo lo creo así; pero no es lo mismo el valor que el arte militar. Esta ciencia se adquiere mas por la práctica que por la lectura de los libros; ¿y vosotros qué práctica habeis tenido hasta ahora? ¿qué tiempo habeis militado? ¿qué campañas habeis hecho? ¿con qué enemigos habeis
¿combatido? Y pensais que de repente habéis de ser Generales capaces de llevar la tropa recién formada delante de los soldados veteranos, y de Generales que han encanecido en el ejercicio de las armas. Yo sé que el entusiasmo de la libertad os arrebata; pero cuando no está dirigido por la razón, no sirve sino para precipitar a los pueblos en el abismo de su perdición. ¿Dónde teneis las esquadras para guardar vuestras costas? ¿dónde están los caballos para formar vuestros esquadrones? ¿qué ingenieros teneis para delinear las fortificaciones? Pues si yo que no entiendo el arte militar veo que faltan infinitas cosas para poder poner en ejecución vuestros designios, quántas más estarían de méritos los que estuviesen practicos en la guerra de quienes debérais aconsejaros. Mirad pues donde os lleva vuestro enojo, y después de haber considerado lo que sois, y el estado en que os hallais, volved los ojos al que quereis tener por enemigo.

¿Quién es éste? Phelipe Quarto Rey de las Españas. ¿En qué nación del mundo dejas de ser conocido su nombre, su poder, y sus riquezas? A la menor orden que dé se pondrán en movimiento tantos regimientos que no cabrán en Cataluña. Nada le costará juntar gentes contra vuestro atrevimiento, porque los vascos fieles se ofrecerán a porfía para servir de instrumento á vuestro castigo. Vendrán de Flandes, Lombardía, Sicilia y Nápoles algunos escuadros de soldados veteranos sin perjudicar a los ejércitos que mantien en aquellos países, y no deixarán las armas de la mano hasta haber vengado a sus hermanos oprimidos de nuestra furia. ¡Quántos famosos Capitanes estarán hoy solicitando en la corte que se les fie una parte de vuestra ruina! Vosotros habéis de pedir a otros que os defendan; él por el contrario, será regado de los que quieren vengarle. Sus armadas infestarán vuestras costas, y harán desembarcos donde quiera sin que nadie se los pueda impedir. Cuando tuviesteis contienda en otro tiempo con D. Juan el segundo de Aragon, la España estaba dividida en muchos reynos, y los
mas fuertes ayudaban á levantar al cuerpo mas débil de vuestra república: D. Enrique de Castilla os envió socorros: D. Pedro de Portugal se puso en vuestras manos: Renato de Francia os admitió por vasallos; y á qué Príncipe no ofrecisteis nueva servidumbre para sacudir el yugo de vuestro legítimo Soberano, y al fin fuisteis subyugados? Ahora no están las cosas en la disposición que entonces, y debeis temer no perdais la justa libertad que gozais por que no rera extender demasiado.

Un solo Rey habeis ofendido; pero tened por cierto que se armarán muchos para vengar una injuria que les ofende a todos. En qué paró la ligera inquietud de los Vizcaínos el año treinta y tres? Primero se supo el castigo que su levantamiento. ¿Qué sucedió á los Portugueses quando el año treinta y siete se alborotaron? Luego que supieron que el ejército del Rey se junta ía en Mérida, templaron su orgullo y se sometieron. Los Aragoneses que son nuestros vecinos y amigos, después que D. Alonso de Vargas les empezó á castigar, y á no se atrevieron á chistar, sino que se humillaron y sufrieron con paciencia el yugo castellano; y en mucho tiempo no se acordaron de reclamar sus fueros y privilegios que los tenían tan bien establecidos como los nuestros. Los fueros son una arma débil cuando no hay fuerza para defenderlos. Los Valencianos no conservan sino el nombre del reyno, en lo demás están enteramente sujetos á Castilla. Los Navarros tan privilegiados como nosotros, se están quietos, y obedecen mal que les pese las órdenes del Rey aunque sean contrarias á sus fueros; porque siendo gente prudente mas quieren sufrir un pequeño mal que ser el objeto de la ira de un Príncipe tan poderoso, sin embargo de que esta nación es muy vecina de la Francia y tiene con ella desde muy antiguo cierto parentesco. De todos los vasallos nosotros somos los menos gravados, ó porque estamos en la extremidad del reyno, ó porque se nos respete por la fama que tenemos de valientes. Nuestro Rey al mismo tiempo que
TABLAS CRONOLÓGICAS.

nombre Católico. Tened por cierto que no des-
preciará nuestra justicia, especialmente si le re-

presentamos con humildad nuestra miseria. Mos-

mirémonos fieles, y no se hará sordo a nuestras

 Voces. Enviémos para informar al Rey de nues-

tra situación y de nuestros males una persona

 de probidad, agena de todos los respetos huma-

nos, zelosa y amante de la verdad; y de este

modo justificarémos nuestra causa con Dios, con

él, y con todas las naciones. De esta manera con-

 seguirémos el sosiego y la paz que tanto desea-

mos, y podrámos esperar con confianza el so-

corro del Omnipotente, que es Dios de los exér-

citos, Rey de los Reyes, amparo de los débiles,

 y consuelo de los afligidos. Os he hablado con

sinceridad, y lo que me parece mas justo y mas

 conveniente. Dios que vé mi corazón, y conoce

 mis intenciones, es testigo que digo verdad, y

 nos protejo que en adelante siempre explicaré

 del mismo modo mis sentimientos.

Este discurso pronunciado con toda la grave-

 dad que le daba el carácter de su dignidad, hizo
derramar lágrimas a los oyentes; pero nadie se

 atrevió a retratar su voto teniéndolo por una li-

gereza, y en las circunstancias que se hallaban

 por un gran delito. Los mas entusiastas por la

 libertad, que no querian sino alborotos para

 mandar, lo oyeron con el mayor desprecio e in-

 dignación. Se continuó la votación en el mismo

 sentido que se había empezado, hasta que llegó a

 los diputados generales Quintana que representa-

 taba la plebe, y Tamarit la nobleza, los cuales

 confirmaron la opinión mas comun, y casi con

 las mismas razones y palabras. D. Pablo Claris

 que lo era del estado eclesiástico, hombre arden-

 te y fanático por la libertad, y de una ambición

 extrema, persuadido interiormente de que era de

 mas talento que los otros, no podía sufrir que se

 le dexase en el olvido y la obscuridad, y por es-

 ta razón fomentaba la revolución deseando darse

 a conocer para subir al mando que hasta entón-

 ces no había podido conseguir sin reparar en los

 medios, porque le importaba poco sacrificar el

 pueblo, las villas, las ciudades y las familias al

 idolo de su ambición. De tiempos atrás aborrecia
fue su Obispo, y esto solo era bastante para oponerse à su dictámen. Hasta entonces había callado oyendo con indignacion lo que decia. Concluido su discurso se levantó para hablar, estuvo mucho tiempo pensativo mirando a unos y à otros con un rostro triste y melancolico, como un hombre lleno de angustias, porque sabia perfectamente el arte de fingir, aunque en esta ocasión la ambición que habia encendido su ira le tenia suspendida, hasta que tranquilizado un poco su ánimo habló de esta manera.

"Señores, ni mis lágrimas, ni vuestro dolor me permiten que me dilate mucho en mi discurso; pero la materia es en si tan grave, que no sé si podré hablar tan breve como yo quisiera, porque éste es tiempo mas de obrar que de discursar. Habeis oído el discurso del Obispo mi prelado, ahora os suplico que presteis atencion à mis razones, que examineis con cuidado unas y otras, y estoy seguro que deseando lo que él os propone, os declarareis por mi opinión. Yo creo que ha explicado con sinceridad y sin ningun artificio los sentimientos de su corazón en el consejo que os ha dado, y seria una impiedad persuadirse que intente el Pastor poner en las garras del lobo las ovejas que tiene a su cuidado para que las devore. Los que están criados con la leche de la servidumbre no conocen la generosidad y valentia de ánimo que necesita un diputado del pueblo para saber defender sus intereses, especialmente la libertad, que es lo que se debe apreciar mas. ¿Es acaso mas prudente y moderado que todos vosotros? No por cierto, la ventaja que nos lleva es que a fuerza de haber exercitado la paciencia en sufrir oprobios de otra naturaleza, ha llegado à hacerse insensible. ¿Quereis vosotros arreglar vuestras acciones y sentimientos por las humillaciones y lisonjas de un antiguo cortesano? Catalonia hasta ahora ha sido esclava de insolentes que han hecho servir a nuestros pueblos como de anfiteatro para sus espectaculos, su avaricia nos ha despojado de nuestros bienes, y han exercido su ira en nuestros edificios. Los caminos que estaban seguros por la vigil-
lancia y actividad de nuestros Magistrados,
ahora están tan infestados que nadie puede via-
jar sin exponerse a caer en manos de bandidos
y facinerosos. Usan de las casas de los nobles
como si fueran suyas, y entregan a las llamas
y al fuego las pinturas y los muebles más pre-
ciosos que hay en ellas, sin mas causa que ma-
nifestar el espíritu de insolencia que les anima,
y el desprecio con que nos tratan. Pero ¿cómo
han de respetar las casas de los particulares los
que con una sacrílega impiedad no reparan en
incendiar los templos del verdadero Dios? En
vista de tantos ultrajes como estamos sufriendo
hace tanto tiempo, ¿es posible que haya hombre
de juicio que se atreva a proponernos la pacien-
cia, la mansedumbre, y que renovemos las ne-
gociaciones interrumpidas? ¿será acaso para dar
mas tiempo a nuestros tiranos, para que juten
sus tropas, y nos acometan quando estemos mas
descuidados y menos prevenidos? No me puedo
persuadir que el Obispo tenga sentimientos tan
cruels contra la patria. Cosa excelente es la
clemencia, y es una virtud verdaderamente
real; pero quando se trata de la honra de la
casa de Dios, el mismo Jesucristo nos enseña
del modo que debemos tratar á sus enemigos
quando los echó del templo con un latigo, por-
que en vez de respetarlo hacían de él una cue-
va de ladrones. Nos aconseja que usemos de
medios suaves, ¿no es esto acusarnos de que
nos hemos excedido, y que nuestra conducta
no ha tenido toda la prudencia que era neces-
aria? Con estas expresiones, lejos de justificar
nuestra causa lo hace más odiosa, dando á en-
tender que somos hombres delicados, quisqui-
illosos, y poco sufridos. ¡Quánto tiempo hace
que sufrimos con mucha paciencia esperando
que se remediarán nuestros males!
Hemos representado; nos hemos quejado
como un hijo con su padre; no hemos perdona-
do diligencia alguna; todo lo hemos hecho con
la mayor humildad y respeto no llegando al
trono sino temblando; y, ¿qué hemos consegui-
do? ¿se han aliviado nuestros males? Vosotros
sabéis que se han aumentado hasta el término
...de no poderlos sufrir. Desde el año veinte y seis... 

...está nuestra provincia sirviendo de cuartel de soldados: el treinta y dos creemos que el Príncipe que vino a nuestra capital informado de las vejaciones daría algunas providencias para que cesasen; pero todo se puso en mayor confusión, y por las intrigas del orgulloso Ministro, persuadiéndole que saliese del Principado porque corriera peligro estando en él, y lo hizo tan arrebatablemente que sin despedirse ni cerrar las corpiñes se marchó.

...Hemos probado todos los medios suaves: hace mucho tiempo que lloramos, pedimos, y representamos; pero nadie nos consuela ni oye. El que sufre y disimula mucho tiempo los males, frecuentemente no consigue otra cosa sino agraviarlos aumentando la audacia del opresor.

...Estad persuadidos, señores, que ahora quizás podríamos atajarlos con una demostración generosa, lo que después no se podrá con muchos años de resistencia.

...Si el Príncipe es tan piadoso como se nos dice, por lo mismo no castigará nuestra defensa. Porque qué cosa más natural que procurar nuestra conservación por los medios que Dios nos ha dado? Los Reyes están hechos por los hombres para que los defiendan; en el trono se olvidan de sus obligaciones, y creen que pueden devorar los que los han colocado en él, como si fueran una manada de carneros. Aunque hablo así no creais que quiera comprendernos en el número de estos Príncipes desnaturalizados á nuestro Rey, antes bien reconozco en su Real persona muchas virtudes dignas de amor y reverencia; pero qué importa para el vasallo que sea oprimido por ignorancia ó por malicia, si sufre los males sea cual fuere la causa? Si nuestra paciencia nos lleva á la perdición, podemos de conducta. No es necesario deliberar si debemos defendernos cuando nos acometen con mucha furia, sino reconocer que en este caso la defensa no solamente es útil, sino necesaria y de obligación natural.

...La dificultad la podremos tener solamente en los medios; pero debeis saber que si los buscamos...
con diligencia los hallaréis, pues no nos saldrán amigos que nos ayuden y nos socorran.

¿Todas las provincias de España no están cansadas de sufrir vejaciones? ¿No llevan el yugo pesado del imperio con mucho disgusto? Pues en sacudiéndolo una, y rompiendo las cadenas de la esclavitud, seguirán todas las demás.

Sed vosotros los primeros en acometer esta empresa, y no cedais a nadie esta gloria que os hará dignos de las mayores alabanzas. Vizcaya y Portugal os han manifestado sus sentimientos; y si ahora callan, no es porque estén satisfechos y contentos, sino porque no se atreven con solas sus fuerzas. Aragón, Valencia y Navarra comprimen su voz; pero no los gemidos ni los deseos de mejorar su suerte. En secreto lloran su desdicha, y cuando parecen tan humildes están más cerca de la desesperación. Castilla soberbia por ver subyugadas a las demás, no dexa de estar en el mayor abatimiento; y si llega a conseguir en sus cortes algún pequeño triunfo, es después de muchas opresiones. La gente Castellana, acostumbrada de muy antiguo a arrastrar las cadenas, se contenta fácilmente cuando se le dexa gozar algún tiempo de una pequeña parte de la libertad como a los esclavos. Es gente sencilla y grosera, que no conoce ni el valor de la libertad ni la dignidad del hombre. Sin embargo estoy cierto que si vén que nosotros hacemos esfuerzos para defenderla, nuestra conducta llamará su atención, y no tardarán en conocer lo que hasta ahora han ignorado; y envidiando nuestra suerte entrarán en deseo de imitarlos. Todas las provincias de España, admiradas de vuestro valor, en su corazón os aplaudirán y desearán hacer alianza con vosotros para poder recobrar con vuestro auxilio su libertad y sus fueros.

Tampoco será difícil que las naciones extrangeras se declaren por vosotros. De la Francia no se puede dudar, pues el pueblo está inclinado a vivir exento y con libertad, y no puede de menos de favorecer la causa de los que la defienden. El Rey mira con envidia la grandeza de España, y desea abatirla. ¿Qué mejor oca-
TABLAS CRONOLÓGICAS.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años</th>
<th>de</th>
<th>Ev</th>
<th>C</th>
<th>de</th>
<th>España</th>
</tr>
</thead>
</table>

»sion se le puede ofrecer que la nuestra para
»conseguirlo, abriendole nosotros las puertas pa-
»ra que entre con sus ejércitos, y ayudándole
»para que penetre hasta Madrid. ¿Teneis ser sub-
»yugados por ellos? Dexam esos vanos temores,
»porque saben muy bien que siendo vosotros sus
»enemigos nada podrian adelantar, y perderian
»todo lo que hubieran conseguido. Os querrán
»siempre por amigos, y no por enemigos. Los
»Ingleses, Venecianos y Genoveses no están uni-
»dos con Castilla sino por su interés, porque sa-
»can de ella el oro y la plata; y si estos tesoros
»tomasesen otro camino, desde ese momento se
»acabarla su amistad y alianza. Los Holande-
»ses, viendo que nosotros siguiendo su ejemplo
»emprendemos la misma carrera que los hizo tan
»gloriosos para recobrar la libertad, no nos ne-
»garán su asistencia si la pedimos, pues tienen
»un grande interés en que no se envien socorros
»a Flandes; y el medio mas eficaz para impedir-
»lo, es que se haga la guerra dentro de España.
»La situación de nuestro pais es la mejor del
»mundo para esta empresa, porque tenemos mu-
»chos puertos por donde nos pueden entrar so-
»corros sin que nadie lo pueda estorbar: estamos
»por la parte opuesta rodeados de montañas in-
»transitables, y por los dos lados confinamos con
»las dos mayores potencias de Europa siempre
»enemigas y ribales entre si, lo que contribuye
»infinito para nuestra seguridad. Todo os convi-
»rda a la libertad, Catalanes. Pues ¿qué es lo que
»os falta sino la voluntad? ¿no sois vosotros
»descendientes de aquellos famosos hombres que
»resistieron con tanta gloria a las fuerzas de los
»Romanos, y triunfaron de la intrepidez de
»los Africanos? ¿no corre por vuestras venas
»aquella famosa sangre de vuestros antepasa-
»dos, que vengaron las injurias y la perfidia del
»imperio oriental domando la Grecia, y ha-
»ciéndose dueños de otras provincias? Yo creo
»que sois los mismos, teneis el mismo valor y
»la misma intrepidez, y que en presentándose la
»ocasion dareis pruebas de vuestro ánimo. Pues
»¿qué mas justa y mas gloriosa se os puede ofre-
»cer que la de salvar vuestra patria, y salir de

d 2
la esclavitud? Fuisteis a vengar agravios de extranjeros, y ¿sufiríeis como insensatos los vuestros? Mirad los cantones de los Suizos, gente "tística, grosera, sin poética, de religión incierta, y con sus esfuerzos sacudieron el yugo imperial, y ninguna otra potencia después los ha podido domar, antes bien llenos de admiración, los Reyes mas poderosos solicitan su amparo y sus auxilios. Los Bátavos han triunfado de todo poder de la España; y siendo antes una nación despreciable y pobre, ahora es la potencia mas rica, mas poderosa, y mas respetable de la Europa. El entusiasmo de la libertad, y los esfuerzos generosos que hicieron para recuperarlo, los ha puesto en esta altura. Si ninguno de estos ejemplos hace impresión sobre vosotros para arrojar de vuestro corazón el temor de que quizás no seréis tan dichosos, volved los ojos á las piedras de esta nobilísima ciudad, y ellas os dirán que D. Juan el segundo de Aragon la puso sitio, hizo una resistencia tan famosa que le obligó a capitular y acomodarse a los pactos que le propuso con grande admiración de las demás naciones, y que no entró en ella como vencedor, sino como vencido, recibiéndolo nosotros como triunfantes. ¿Temeis la grandeza del Rey Católico? Consideradla un poco más de cerca, y veréis qué es su poder. ¿Qué progresos ha hecho; qué conquistas ha conseguido? ¿qué victorias ha ganado? ¿qué empresas ha tenido felices? Por donde quiera que ha llevado las armas ha sido batido.

Si se ha de medir su grandeza y su poder por las pérdidas, pocos Príncipes habrá mas grandes. Flandes, Borgoña, Lombardía, os presentarán innumerables plazas que fueron de sus predecesores, y en su tiempo han pasado á otras manos. Parece que no es necesario sino quererlas conquistar para adquirirlas. ¿Qué diréis de las dos Indias? Apénas quedan ya provincias para la España en aquellas vastas regiones. Sus armadas son presa de las olas, del fuego, o de sus enemigos. Sus Generales en otro tiempo tan ilustres todos desaparecieron. Esta Monarquía
que fue tan poderosa, ya no es sino un cadáver. Su espíritu y su aliento ha pasado a otras naciones, que saliendo de la obscuridad se han hecho ilustres. Quién sabe si nos sucederá lo mismo a nosotros. Si además de lo dicho teméis que la presencia del Rey os ha de llenar de confusión, dexad esos vanos temores, no sois de tanta estimación a juicio de los que le aconsejan que venga a presentarse delante de vosotros a la frente de su ejército. Cuando mas estareis destinados al despojo de algun ambicioso esclavo que vendrá con algunas tropas para querer saquearos. En este estado se hallan, señores, vuestras cosas. Si os parece que es necesario sufrir mas tiempo, en hora buena, que se haga, con tal que se hallen medios convenientes a la moderaeion de nuestros males. Yo no digo que armeis a los naturales para dar batallas que nos puedan ser muy perniciosas, ni que se comitan excesos para irritar al Rey, ni que le neguéis el nombre de Señor. Mi dictámen es que se tomen inmediatamente las armas, y defendais con ellas valerosamente vuestra libertad y vuestras fuerzas: que pongais en estado de defensa vuestras fortalezas: que repareis las fortificaciones de las plazas proveyéndolas de tropas y municiones: que hecho esto pidais generosamente satisfacción de los delitos que han cometido los bárbaros que nos oprimen, y que se les aparte de nuestra tierra para siempre: que si no alcanzáis esto con las súplicas, lo ejecutéis vosotros con las armas.

Pero si aún os parece dura esta resolucion, _abandonemos juntos esta miserable provincia, dexemos que otros hombres mas generosos vengan a habitarla, para que haciendo esfuerzos por conservar su libertad sean mas dichosos, no permitiendo que sea jamás ocupada por esclavos viles, y dominada por tiranos._ Os hablo con esta libertad, porque siento infinito vuestros males; pero si alguno piensa que porque estoy libre del peligro me explico de este modo, y expongo la provincia a sufrir mayores desgracias, desde luego renuncio a mi empleo, y dexo en vuestras manos mi destino de dipu-

TABLAS CRONOLÓGICAS.

**TOMO XVIII.**

```mermaid
graph LR
B --> C[Primer contacto con los nativos]
C --> D[Construcción de una base]
D --> E[Desarrollo económico]
E --> F[Apoyo militar]
F --> G[Consolidación del poder]
G --> H[Desarrollo cultural]
H --> I[Periodo deConflictos]
I --> J[Restablecimiento del orden]
J --> K[Período de Prosperidad]
K --> L[Desastre]
L --> M[Reconstrucción]
M --> N[Período de Estabilidad]
N --> O[Final del periodo]
O --> P[Anexo]
```

---

**TOMO XVIII.**
Ivpestad y el peligro de la patria, me presenta!

*iré cargado de cadenas delante del Monarca en el prado para que nombreis otro que os gobierne. 

Volved en hora buena a los pies del Soberano, suplicad y llorad en su presencia, implorad su clemencia, para que con esta humildad se hagan mas insolentes los enemigos que os persiguen, y sea yo el primero acusado en sus tribunales; y si con mi muerte ha de cesar la tempestad y el peligro de la patria, me presentaré cargado de cadenas delante del Monarca enojado, y acusaré mis propias acciones que no han tenido otro fin que el bien de la patria. 

Muera, y muera hoy, aunque sea en el suplicio mas infame, con tal que respire y viva la afligida Cataluña.*

Oídas estas razones que Claris acababa de decir con tanta vehemencia, animado al parecer del amor de la patria, todos se declararon por su opinión, como la única que podría salvar su libertad y librarse de los males que les afligian; y de común consentimiento resolvieron tomar las medidas para su defensa, y resistir con vigor a las fuerzas de los enemigos. Señalaron plazas de armas aquellos pueblos por donde podrían ser acometidos. Estas fueron Cambrils, Bellpuig, Granollers y Figueras. Distribuyeron en tercios distintos las veguerías o distritos. Nombraron los oficiales quedándose la diputación con toda la autoridad militar y lo que pertenecía a la guerra. Se alistó la gente capaz de llevar las armas, y se nombraron comisionados para reparar las fortificaciones. Llamaron a los hombres prácticos en el arte de la guerra que había dentro de la provincia y a los que estaban fuera. En fin se hicieron con la mayor prontitud y actividad todos los preparativos para defenderse. Sin embargo de estas disposiciones conoció los Catalanes que no podían resistir a las fuerzas del Rey por sí solos; y discutiendo a qué nación podrían dirigirse para implorar su protección, ninguna les pareció ni más fuerte ni más bien dispuesta para prestarles el auxilio que la Francia, por estar más cerca y por ser enemiga declarada de la España, y desde luego trataron de entablar negociaciones con esta potencia. Para este efecto enviaron en secreto a Almeis de Se-
menat, caballero muy principal de Cataluña, para avistarse con el Señor de Espehan Gobernador de Leucatta, y saber si en el caso de declararse abiertamente la guerra, podrían esperar un poderoso socorro de hombres, dinero, armas y municiones de parte del Rey Cristián-simo. Espehan le prometió que escribiría a la corte dándole aviso de esta novedad, y de la solicitud que hacía la diputación. Pero antes quiso informarse exactamente de las fuerzas y disposición de los Catalanes, y tomó medidas para mantener una secreta correspondencia con Semenat, y después envió al Cardenal una relación muy extensa de todo lo que le enviado de los Catalanes le había contado.

Richelieu estaba entonces en Amiens con el Rey, y viendo que se le venía a las manos una ocasión tan favorable de incomodar a la España, y de quitarle una de las mas bellas provincias, creyó no deber despreciarla. Encargó al Señor de Plesia Besanzon esta negociación con especial comisión para esto y con poderes amplios del Rey, dados en la misma ciudad con fecha del 29 de Agosto, para tratar en su Real nombre con los diputados de los Catalanes, con el fin de establecer una república bajo la protección de su Magestad siendo la capital Barcelona. También ofreció darles la asistencia que necesitarían, y convenir de la seguridad de los ejércitos que se enviarían a su socorro con todo lo necesario para la ejecución de un proyecto, y concluir los tratados que tendría por convenientes en la mejor forma que se podría, teniendo por firme y valedero lo que negociase ó determinase sobre esta materia, sin contravenir a ello ó permitir que se contraviniera en ningún modo. Plesis se fué a Leucatta con esta comisión, y cuando llegó supo que Semenat había sido preso en Perpiñán.

Los Catalanes, deseando con ansia llevar adelante su empresa, nombraron para continuar la negociación a Francisco Villaplana pariente del canónigo Claris, que era muy conocido en las fronteras de Francia, para pasar a aquella cor-te en calidad de Embaxador, hombre de pocas
luces, pero muy fiel y lleno de entusiasmo por la libertad, y de odio contra el gobierno. Esto partió con cartas de los diputados muy las- timosas para el Rey, la Reyna, para el Cardenal, y otros principales de aquella corte, en las cuales referían el estado miserable del pueblo, la opresión en que estaba, las razones que les habían movido para tomar la resolución de defenderse y levantar gentes, el peligro en que estaban, y la necesidad del socorro. Luego que llegó fue recibido con las mayores demostraciones de alegría, y acariciado por el pueblo que sin ninguna reflexión ama y aborrece lo que ignora. Los políticos juzgaban de diferente modo de esta novedad. Unos deseaban esta guerra porque abría una nueva carrera de triunfos a sus armas, y teniendo por amigos a los Catalanes podrían internarse en España, y abatir fácilmente el poder de esta nación que tantas incomodidades les había causado. Otros temían empeñarse en una nueva guerra que podía serles muy fatal, porque juzgaban que se podía contar poco con la buena fe de los Catalanes, pues si habían abandonado a su Rey por los agravios recibidos, mucho mejor los abandonarían a ellos, y acaso volverían sus armas contra su ejército para dar pruebas de su fidelidad y reconciliarse con su Soberano: que su tropa no podía menos de causar algunas vejaciones que irritarían al pueblo: que si tomaba las armas cuando se hubiesen internado, era forzoso que fuesen derrotados; y lejos de aumentar la gloria de sus armas se llenarían de ignominia.

Los Ministros de Francia, especialmente el Cardenal, decía que era muy propio de un Rey justo y cristianísimo amparar a una nación cristiana y oprimida, sin advertir que no conviene a los Soberanos favorecer y ayudar a los sediciosos por el mal ejemplo que dan a los descontentos de su reyno, que puede ser muy nocivo para la quietud de sus mismos pueblos y de su corona. Bien que por otra parte es muy cierto que si los hombres en general arreglan su conducta por la utilidad y no por la justicia, mas particularmente lo hacen los Príncipes, porque
es más fácil en ellos justificar en apariencia sus acciones con los pretextos comunes de injurias y agravios que pretenden haber recibido.

Richelieu decía para justificar esta conducta que no se debe guardar fidelidad al que no la guarda: que el Rey Cathólico y su valido habían fomentado en su Reyno las discordias del año 35 y protegido a los rebeldes; que favoreciendo a los Catalanes no hacían mas que vengarse de los alborotos y movimientos que los Españoles habían causado en el Poitú; que la posteridad juzgaria por muy necio e imprudente al Ministro y al Rey, si estando tan encendida la guerra en ámbas provincias, no se aprovechase de esta ocasión para sus mejoras: que al enemigo en tiempo de guerra debe hacerse todo el daño que se pueda para disminuir sus fuerzas, castigarle por las violencias cometidas, y tomar de ellas la satisfacción competente: que el que por demasiada confianza, por humanidad, ó alguna otra causa le perdona, tarde ó temprano viene a arrepentirse de su imprudencia porque acostumbra a pagarla con su ruina; y así resolvió introducirse en el manejo de las cosas de Cataluña, y concertarse con sus comisionados.

Luego se enviaron a Barcelona al Mariscal de Campo Serifian y al Señor de Plesis Besanzon, dos hombres astutos y hábiles para semejantes negociaciones.

Villaplana volvió con estos dos a Barcelona, y se empezó a tratar la negociacion que se concluyó muy pronto a satisfacción de ámbas partes, pues la deseaban con ansia por sus intereses particulares, sin que ni el temor ni la desconfianza que tenían unos y otros pudiera retardarla un momento. En fin después de algunas juntas en que se examinó el negocio amistosamente, y al parecer con la mayor prudencia y buena fe, se conviniéron en que el Principado haria los mayores esfuerzos para resistir a los Castellanos y arrojarlos de la provincia: que el Rey Cristiánsimo les socorrería por espacio de dos meses con dos mil caballos y seis mil infantes que se pagarían por la generalidad, y que el Rey no enviaría sino los cabos y oficiales que le pidiesen: que mientras
los Catalanes resistirían a las armas Castellanas, los Franceses no invadirían ningún lugar del Principado sino los que fuesen ocupados por ellas: que la diputación pondría en manos del Rey Cristiánísimo nueve rehenes tres de cada orden; y que no se ajustaría con su Rey sin la intervención de la Francia. Concluido así este tratado, los comisionados Franceses se volvieron a París contentos y alegres por haber desempeñado su comisión como lo deseaba la corte, y conforme a las instrucciones que habían recibido, quedándose las dos partes llenas de diferentes esperanzas.

Resuelta la guerra por el Rey contra los Catalanes, se despacharon órdenes a todas las plazas marítimas del Principado, mandando a los Gobernadores que hicieran los preparativos para la defensa de las plazas. Este cuidado se encargó principalmente a D. Juan de Garay, Gobernador de las armas del Rosellón, que estaba en Perpiñán desde la muerte del de Cardona. Garay había pasado por todos los grados de la milicia, y había adquirido una grande habilidad en el arte de la guerra, industrioso y activo, y de una fidelidad a toda prueba por el Rey. Se había hecho recomendable por su prudencia en las comisiones que había tenido, de las cuales siempre había salido con felicidad, y por esta razón el gobierno tenía la mayor confianza en este hombre.

D. Pedro Faxardo Marqués de los Velez, de la sangre de los Requesens, llegó a esta sazon a Zaragoza desde donde empezó a tener correspondencia con los Catalanes, deseando componer las diferencias por medio de la negociación sin tener que recurrir a las armas. Escribió a la ciudad de Barcelona avisándole que el Rey le había nombrado Virrey y Capitán General de la provincia, y deseaba entrar con las tropas de su cargo, así para la seguridad de su persona como para sostener la autoridad Real: que amaba tan tiernamente a los Catalanes, y se reconocía tan obligado a su lealtad y servicios, que tenía resuelto enviar su ejército a Barcelona solamente para restablecer la paz pública de que algunos sediciosos les habían privado, poner en libertad sus Ministros retirados, y reintegrar la justicia que es-
I 

obstáculo, causando mucha alegría 

los que eran fieles al Rey. 

Los desafectos viéndose perju 

que si la marcha del exército 

se retiraron por no ser castigados. 

El comandante español fortificó la ciudad y 

el castillo para contener al pueblo de quien no 

tenía mucha confianza. Pocos días después fuéron 

presas algunas cabezas de los sediciosos, y formado el proceso en breve fuéron condenados a muerte. La entrega de Tortosa fué muy útil para el exército del Rey, porque facilitaba el paso del Ebro á las tropas, y servía de ejemplo para que otras ciudades hicieran lo mismo. Esta noticia llenó de consternación á la diputación vien 

do qué tan pocos podían fiar de los mismos Catala-
nes, que sin causa ninguna y sin hacer defensa se entregaban.

D. Juan Garay salió de Perpiñán con una división de infantería y caballería de más de cinco mil hombres, y la artillería competente para castigar a los de Ylla que tenían trato frecuente con los Franceses. Esta villa está situada en la Cerdania en un llano, y no tenía sino unas débiles fortificaciones, por cuya razón estaba persuadido que presentándose delante de ella la tomaría sin ninguna resistencia. El 23 de Setiembre se puso en marcha con su gente acompañándole los Obispos de Urgel y de Elna, y aquella misma noche se alojó en Millás que le abrió las puertas. Al día siguiente se puso delante de Ylla, batió una torre vieja que á pocos cañonazos fué destruida, y acercándose por esta parte la tropa hasta el fosó sin abrir brecha tentó el asalto. Los paisanos solos que estaban en la muralla se defendieron con tanto valor y obstinación que fueron rechazados los soldados, habiendo perdido en el combate doscientos hombres entre muertos y heridos y siete capitanes. Corrió la voz que los Franceses venían al socorro de los sitiados; mas como después se supiese que los enemigos no se habían puesto en movimiento, hizo venir de Perpiñán artillería más gruesa y acometió de nuevo la plaza. Puso el sitio en forma, plantó las baterías, y disparó contra ella con tanto impetu, que á poco rato abrió una brecha de más de quince toses de ancho. El Mariscal de Schomberg y el Señor de Espenan llegaron el 29 á las once del día á media legua de la plaza con mil y quinientos hombres de infantería, tres compañías de caballería, y algunos ginetes de la nobleza que el Mariscal recogió al paso en las cercanías de Narbona y de Carcasona. Se apoderaron de una altura, y hicieron entrar en la plaza un refuerzo de doscientos Catalanes que Villaplana había enviado, lo que reanimó á los sitiados, y luego se pusieron á trabajar en reparar la brecha. Garay se apresuró á dar el asalto después de haber derribado diez y ocho varas
de muralla; pero quando la tropa se acercó a la brecha los sitiados hicieron una descarga de mosquería que los detuvo, sin que ni la voz ni el ejemplo del General que se puso delante de ellos pudiera animarlos. Viendo su cobardía, y que los Franceses querían atacarlos por la espalda, resolvió volverse a su campo. Esta desgracia no contribuyó poco para confirmar a los Catalanes en su rebelión, persuadidos que si los paisanos habían vencido con tanta facilidad a las tropas más aguerridas del Rey, no sería difícil triunfar de las demás cuando atacasen los pueblos más fuertes, ó viniesen a las manos en el campo de batalla.

Aunque las cosas habían llegado a este estado, no desconfiaban los Ministros del Rey de llegar a un concierto sin reparar mucho en las condiciones, porque estando resueltos a no cumplirlas, no pondrían dificultad en admitirlas por gravosas que fueran, pues la fuerza enmendaría después lo que la flaqueza había obligado á admitir. Se discurrieron muchos medios sin hallar ninguno que pareciera á propósito para esto.

El Marqués, que veía las cosas de mas cerca, juzgó que por la mediacion de la Iglesia se podría vencer la dureza de los eclesiásticos, que no influyó poco en la obstinación de los paisanos; porque entre ellos había muchos seculares y regulares que eran ardientes defensores de la libertad y de los fueros de la provincia, y comunicaban al pueblo los mismos sentimientos en las conversaciones familiares, en los sermones y por escrito, animándolos con la mayor vehemencia á la defensa de sus privilegios. Con este aviso el Conde Duque llamó al Nuncio del Papa que residía en la corte, para que con su autoridad, y usando de las facultades que tenía, procurase reducirlos á la obediencia de S. M.; pero no pudo conseguir que saliese de Madrid excusándose que no podía dejar su legación sin consentimiento de su Señor, ni emplearse en negocios ajenos para los cuales no tenía jurisdicción. Sin embargo por no conci-
liarse el odio de los Ministros, y darles prue-
bas de los vivos deseos de la paz que le an-
imaban, escribió al clero de aquella provincia
y llamó al canónigo Claris enviando las car-
tas para este efecto por su confesor, el qual
luego que llegó a Lérida avisó a la diputa-
ción de la comisión que tenía para poder en-
trar con toda seguridad con su licencia. No
tardó en recibir la respuesta diciéndole que
remitiese las cartas y no pasase de aquella
ciudad. Este fin tuvo esta negociación, que solo
sirvió para aumentar las esperanzas de los Ca-
talanes y hacerlos más osados en sus preten-
siones, viendo que se les temía y por tantos
medios se solicitaba su concordia, como lo
había previsto el Nuncio que sabía mejor el
arte de gobernar á los hombres que el Conde
Duque.

Conociendo el Ministro que si continuaba
la insurrección en Cataluña infaliblemente se-
rian sostenidos los rebeldes por los Franceses,
y podría comunicarse el incendio á las demás
provincias del reyno, resolvió hacer los ma-
yores sacrificios para aplacarlos y restablecer
la calma en el Principado. Escribió á la di-
putacion, que el Rey estaba pronto á sacar
las tropas de la provincia si la ciudad de Bar-
celona consintiese en dexar fabricar dos fuer-
tes, uno en Monjuich, y otro en la casa de
la inquisición, para asegurar con ellos la tran-
quility de la ciudad. Con esta propuesta se
irritaron más los ánimos de los Catalanes, que
no querían ver á los Castellanos armados en
su provincia, y mucho menos alojados en fuer-
tes desde donde pudieran dominar su capital.
Mas no por esto abandonó su propósito el Conde
Duque, sino que como era fecundo en artifi-
cios discurrió otro que no tuvo mejor éxito.
Encargó á D. Pedro de Aragon Marqués de
Pobar, hijo segundo del Duque de Cardona,
que fuese á Barcelona con pretexo de haber sido
llamado á las cortes que se celebraban en aque-
lla ciudad, y también para consolar á su ma-
dre que estaba viuda y afligida por la muerte
del Duque su marido, y contribuir en lo que
Le fuera posible al alivio de la patria, haciéndole grandes promesas a él y a todos los que cooperasen para el buen éxito de esta negociación. La llegada del Marqués excitó la atención de muchas gentes, sospechando todos que venía enviado desde la corte para promover sus pretensiones contra la libertad, y así fue recibido con mucho disgusto aun de los hombres prudentes. Conocían que no tenía la habilidad necesaria para una empresa tan delicada, y no dudaban que por su imprudencia la pondría en peor estado, especialmente estando los ánimos tan alterados que no darían oídos a la razón. Los más acalorados le observaban con el mayor cuidado, y pocos días después con el pretexto de librarlo de la furia del pueblo, lo encerraron en una prisión muy áspera, para librarse de este modo de todos los temores que les causaba su presencia.

El Marqués de los Velez trabajaba con la mayor actividad en acomodar la tropa que llegaba de Aragon y Valencia. Envió a D. Pedro Pablo Fernandez de Heredia Gobernador de Aragon con muchos otros comisarios para que recibiese el mayor grueso de gente que entraba por la villa de Molina; pero su gran cuidado era ganar los ánimos de los naturales de aquel reyno para apartarlos del sentimiento de los Catalanes sus vecinos, pues aunque estas dos naciones son entre sí muy opuestas, temía que el ejemplo de aquellos no excitase en éstos el deseo de recobrar sus fueros y privilegios, de los cuales eran no menos zelosos, y ya en otro tiempo habían intentado esta empresa que no estaba borrada de su corazón. Persuadió a la ciudad de Zaragoza que tomase a su cargo el mediar en esta diferencia, no porque creyese que había de conseguirlo, sino para hacerlos sospechosos a los Catalanes introduciendo por este medio entre ellos su desconfianza.

Los jurados de Zaragoza de antemano se habían ofrecido al Rey para esta obra, y lejos de recibir las gracias habían visto en las respuestas amenazas encubiertas, lo que no era extraño,
porque el Conde Duque sabía que estos deseaban la libertad como los Catalanes, y que si se ofrecía ocasión oportuna no dejarían de juntarse con ellos. El Marqués había observado el poco tiempo que estaba en Zaragoza que obraban con la mayor lentitud, dando bien a entender que entraban de mala voluntad para sujetar a los Catalanes. Por esta razón les instaba para que emprendiesen de nuevo esta obra a fin de conocer mejor sus intenciones, porque estaba seguro que si esta nación se levantaba después que el ejército entrase en Cataluña, todo estaba perdido sin remedio. Los Aragoneses, que conocían los recelos del General, no quisieron ni negarse ni excusarse de lo que se les pedía porque no les era muy gravoso, y con este buen oficio lo tendrían contento para que no exigiese de ellos nuevos sacrificios.

Tratóron de enviar su embajada a Barcelona antes que la guerra (que empezaba a encenderse en el Rosellón) abrasase aquella frontera y quedase suspendido todo lo tratado. Deliberaron sobre si convendría enviar con esta comisión al jurado en Cap que es el presidente del gobierno civil de la ciudad; pero no pareció decente ni oportuno comprometer la autoridad de un hombre tan respetable, y resolvieron enviar a un caballero principal llamado D. Antonio Francés, el cual partió luego por la posta a Barcelona, y fué recibido con mucha cortesía. Se empezó a tratar del negocio, no con buena fe de parte de los Catalanes, porque viendo la quietud y tranquilidad en que estaba Aragón sin embargo de haberles convidado a que se juntasen con ellos para defender sus fueros, les eran muy sospechosos y auguraban mal de aquellos nuevos oficios con que se les ofrecía. La envidia excitó el odio en sus corazones, porque entendían que no entraban en estos tratos sino porque pretendían tener derecho preeminentemente a la corona de Aragón que comprendía su Principado.

Se dio audiencia al enviado en la diputación a presencia del concejo, entregó sus cartas, habló con la mayor moderación haciéndoles presente que el reino de Aragón, y especialmente la ciudad de Zaragoza, les pedían como hermanos y
amigos se dignasen admitirlos por medianeros en la diferencia que tenían con la Magestad Cathólic
ica, y que si fiaban de su amor les descubriría un medio acomodado a la quietud y satisfacción de manera que unos y otros quedasen contentos. A esto respondieron con mucho comedido
dando gracias al reyno por las pruebas de afecto que les daba interesándole tan de veras en su bien, diciéndole al mismo tiempo que las cosas de la paz no se trataban bien con el estruendo de la guerra: que eran cosas incompatibles ofi-
cios amistosos y ejércitos; Generales y medianeros:
que ellos deseaban la concordia más que nadie:
que apartase el Rey las armas con que les amena-
zaba y mandase cesar las hostilidades en el Rose-
llon, dando con esto pruebas que deseaba con
sencillez la quietud y la paz, y no ganar tiempo para mejorar su suerte artificiosamente: que con
esta condición estaban prontos a aceptar y aun a pedir ellos mismos los partidos más convenientes para la quietud pública. El Embaxador se
volvió a Zaragoza con esta respuesta, que mani-
festando el ánimo firme en que estaban de llevar adelante sus intentos, y no daba lugar de ser
irse de otros medios que se habian pensado sino
de la fuerza, que no dudaban sería bastante para
reducirlos, porque suponían que ascendería el
ejército a cincuenta mil hombres de infantería y
seis mil caballos; pero las órdenes no se habian
executado con puntualidad, y el número de la
tropa de todas armas era muy inferior.

Se mandó al Marqués de los Velez que for-
mase tres divisiones de todo el ejército: que la
una entrase por el llano de Urgel ocupando a
Balaguer para hacer frente a Lérida: la otra pas
sase el Ebro por Tortosa y ocupase el Coll de
Balaguer, y allanase todos los lugares del cam-
po de Tarragona sin separarse de la costa de la
mar para ser provisto de víveres, y que se ad-
lantase hasta Martorell que se estaba fortificando,
y desde allí por las costas de Garraf bajase a
Barcelona; y que la última division se quedase en
Aragon en la frontera de Cataluña para acu-
dir a entrar cuanto conviniese, siendo ésta la
mayor de todas y de soldados escogidos, porque
El Rey la había de mandar en persona. A Garay se le dió orden que se pusiese en marcha con dirección a Barcelona, para que llegando todos a un tiempo pudiesen atacar la ciudad y tomarla.

Garay como mas diestro y mas práctico en el país, escribió cuando recibió esta orden que convenía muchísimo que las demás divisiones, sin detenerse en sitiar ni tomar plazas, atravesasen toda la provincia y vinieran a juntarse con la tropa que tenía á su mando para ocupar el país de Conflent que era muy fértil, situado entre el Rosellón, Cerdania y el Ampurden, desde donde les sería fácil socorrer las plazas marítimas, y recibir de ellas los auxilios que necesitasen; pues el mayor esfuerzo debía hacerse por aquella parte, porque los Franceses aumentaban considerablemente sus tropas y se debía impedir la unión con los Catalanes, porque el invierno en que iban á entrar no era bueno para sitiar las plazas, y bajando el ejército por los lugares pequeños se podía mantener sin gasto, y sin ningún trabajo ni peligro. Este dictámen tan sabio y tan prudente fué desechado, y se le mandó que dexando guarnecidas las plazas se embarcase en las galeras que allí se enviaban con toda infantería que pudiese sacar juzgando que llegaría á seis mil hombres, y que con éstos y todo el tren de artillería que había en Perpiñán prevenido para la invasión de los Franceses, fuera á unirse con el ejército que marchaba hacia Tarragona. Al mismo tiempo se dió orden al Conde Gerónimo Rho, Milanés, oficial de poco crédito, que pasase al Rosellón con dos mil soldados bisoños que llevaba para tripular aquellas plazas.

En este tiempo llegó de Madrid á Zaragoza Carlos Caracciolo Marqués de Torrecusa de nación Napolitana, oficial de alguna reputación mas por su valor que por su prudencia, el cual iba con el cargo de Maestre de Campo general del ejército de la vanguardia, que era el que debía entrar por Lérida. Poco después llegó Carlos María Coracciolo su hijo Duque de S. Jorge, mozo de grandes esperanzas, y tomó el mando de la caballería ligera. D. Alvaro de Quiñones estaba á la frente de los caballeros cruzados, pero no
tenía ninguna de las prendas que hacen recomendable a un Comandante aunque había servido mucho tiempo. El Marqués Xeli, que había servido de General de la artillería en la Alsacia, llegó también a Zaragoza para ocuparse en el mismo destino en la guerra de Catalufia.

El Marqués de los Velez mandaba todas las fuerzas con título de Virrey de Aragon; pero no se tenía en la corte la mayor confianza en él para empresa de tanta importancia, y deseaban los Ministros que se pusiera otro en su lugar de más talento y de mayor experiencia en la guerra. Y así unos decían que se debía nombrar al Marqués de los Balbases, otros al Almirante de Castilla, otros á Monterrey, y cada uno juzgaba de la suficiencia de las personas según su afición, y no según la necesidad. Estando en esta incertidumbre se daban órdenes con la mayor confusión, y nadie las ejecutaba con la presteza y puntualidad que pedía el caso. Así se pasaba el tiempo sin hacer nada, y el Marqués estaba en la mayor aflicción, porque la diversidad y obscuridad de las órdenes que se le enviaban le ponían en la precisión de pedir explicaciones, al mismo tiempo que se le mandaba que formase los ejércitos con la mayor presteza, cuando de nada dependía menos que de él. Lleno de temor daba sus providencias con la mayor actividad para acabar las cosas sin poner cuidado en hacerlas con la perfección que se debía. Se hallaban mil dificultades insuperables, y se inutilizaba todo lo que se había hecho sin poder adelantar nada. Los tercios viejos que habían bajado de Cantabria eran la mayor parte soldados veteranos y muy aguerridos, y oficiales excelentes capaces de las empresas más difíciles. Entre estos se distinguía el tercio de los hijosdalgo de Castilla mandado por D. Pedro Fernandez Portocarrero Conde de Montijo y Fuentidueña. El Marqués envió á éste con un tercio de infantería Portuguesa mandado por el Maestre de Campo Pablo Paradó á ocupar á Fraga, ciudad situada sobre el Cinca, último pueblo de Aragon, por aquella parte vecino á Lérida, donde los enemigos tenían bastantes fuerzas, y era de temer no
quisieran apoderarse de él. Juntamente con los dos tercios envió una parte de la caballería que se había levantado en Aragón para que defendiesen la ciudad y su partido. Los Aragoneses, especialmente la gente vulgar, en secreto favorecían a sus vecinos y miraban muy mal la guerra, y ayudaban a los soldados para que escapasen y se volviesen a sus tierras, pues casi todos iban forzados. En esto tenían el mayor interés, porque los pueblos se libraban de tantos alojamientos que les eran muy gravosos.

Esto puso en gran cuidado al General, y todos los días le llegaban partes de los cabos y oficiales dándole noticia que los soldados así como llegaban se volvían, y que el ejército estaba disminuido más de la tercera parte. Los pueblos de Castilla se quejaban también, porque aquellos a quienes había tocado la suerte de la quinta, apenas habían salido volvían dentro de muy pocos días, lo que no sabían á que atribuirlo sino á falta de cuidado de los gебes, y resultaba de esto que jamás salían de la obligación de dar el número que les cabía. Se procuró poner remedio a este desorden enviando á Alcañiz al Marqués de Torrecusa que estaba en medio de los quartos para formar los tercios de la tropa que fuese llegando, y dar las órdenes correspondientes para impedir las deserciones, hacer volver á los que se habían escapado, y castigarlos con arreglo á las leyes. Torrecusa empezó á ejecutar la comisión con la mayor puntualidad dando aviso de todo al General, y diciéndole al mismo tiempo que la gente que había en los quartos no llegaba al número que se había prometido, y que era preciso acomodar las disposiciones y los planes á las fuerzas con las cuales podían contar. Aunque el Marqués informaba á la corte de todo nada podía conseguir.

Quando los Catalanes vieron las grandes fuerzas que estaban preparadas en las fronteras para entrar en el Principado repartieron sus tropas para resistirlas. Mandaron á D. Guillen de Armengol que se suese á Portus con su tercio y vivieres bastantes para impedir que las tropas del Rey que estaban en el Rosellón pudieran unir-
se con las que debían invadir a Cataluña, o con las que había en Rosas y Colibre. El castillo de Portus está situado en la cumbre de una gran serranía, que es un ramal de los Pirineos que corre de Septentrion a Mediodía, entre el Ampurdán y Conflent, y son de tanta fragura que solo se pueden penetrar por donde está este castillo, y el camino es tan angosto y áspero, que con poca gente de valor se puede impedir el paso a un ejército numeroso, y así siempre se ha considerado como inexpugnable por su situación. A una legua de este mismo paso está Bellegarde, fortaleza que construyeron en otro tiempo los señores de Barcelona, y después la reedificaron los Franceses según el método moderno, conociendo bien la importancia de ella para la defensa de su frontera. El diputado D. Joseph Miguel de Quintana, que el 15 de Setiembre salió de Barcelona para visitar las ciudades de la frontera de Aragón, de cuyos moradores se tenía alguna sospecha que no querían apartarse de la fidelidad que debían al Rey, llegó al campo de Tarracona para excitar los ánimos a la defensa, y dar las órdenes para levantar gente y formar los tercios. Mientras esto se ejecutaba se acercó a la plaza de Tortosa habiendo enviado delante al Dr. Joseph Monfort, natural de la misma ciudad, con una carta para los regidores avisándoles que iba con la comisión de fortificar la ciudad, y proveerla de todo lo necesario para su defensa, por si los enemigos intentaban apoderarse de ella. El mismo día despacharon el enviado con la respuesta de que sí el diputado quería venir solo le recibirían con gusto, pues no necesitaban de auxilios de fuera siendo por sí mismos bastantes para defenderse de cualquiera invasión, y estando seguros que las armas del Rey no habían de infestar a vasallos tan leales.

El 28 del mismo mes estando el diputado en el pueblo de Ginestar, situado en la ribera del Ebro a cuatro leguas de aquella ciudad, recibió orden de la diputación que se apoderase de la ciudad y quemase el puente sin embargo que no tenía ejército, ni dinero, ni ninguna otra prevención. Y así viendo que era imposible ejecutarlo,
representó los inconvenientes que había, y los infinitos males que podían seguirse aun cuando pudiera efectuarse; que sería mucho mejor fortificar el Coll de Balaguer, con lo cual por esta parte quedaría impenetrable la entrada del país, y se podrían emplear las fuerzas en las fronteras de Lérida que estaban más expuestas, y necesitaban de mayores socorros.

Convocó con la mayor presteza, sin esperar respuesta, los labradores de la comarca, los tercios de Monblanc, Tarragona, y los de Villafranca de Panadés que estaban destinados para la plaza de armas de Cambrils; y desde luego mandó que el alférez Benito Mollol ocupase con ciento y treinta hombres los puestos de las dos riberas del Ebro, y en particular los molinos del azud, lo que se ejecutó inmediatamente sin resistencia. Los de Tortosa que fiaban poco en las pequeñas y débiles fuerzas de la diputación, y alentados por otra parte con las promesas que de parte del Rey les hacia el Prior Ysern que volvia de Madrid, resolvieron apartarse de la diputación y entregarse al Rey. El diputado envió alguna gente de noche para quemar el puente; pero no pudo conseguirlo, y sus intentos no sirvieron sino para hacer más vigilantes a los habitantes, y poner más gente en la plaza para no ser sorprendida. Desesperando de poderse apoderar de ella, quiso a lo menos conservar la castellanía de Amposta que abunda de víveres y forrajes, y para este fin nombró al Maestre de Campo D. Juan de Copons, caballero de la orden de S. Juan, encargándose la defensa de los pasos de Aragon, que siendo de ocho leguas de extensión era muy difícil guardárlas.

Poco satisfecha la diputación de la actividad de Quintana, por no haberse apoderado de la ciudad, envió a su conseller en Cap D. Juan Luis de Caldes con la tropa de D. Joseph Gardena, los mosqueteros de Joseph de Molins, con artillería y las municiones correspondientes. Pero qué podía hacer un viejo respetable sin conocimiento del arte militar, sin práctica, ni ninguna habilidad mas que el entusiasmo de la libertad y el deseo ardiente de defender la patria? A prin-
cientos de Octubre, este hombre inútil para la comisión que se le había confiado, llegó a Cambrils donde estaba el diputado con las dos compañías que llevaba.

El conseller en Cap creyó encontrar un cuerpo de ejército con el diputado, y éste que el otro le traía un gran refuerzo. Pero qué fué su sorpresa cuando se vieron con solos seiscientos hombres alistados, sin armas, sin víveres ni municiones, y todos bisoños y sin saber el ejercicio de las armas, y cómo era posible emprender la expugnación de una plaza bien provista de todo. Desesperaron pues de la empresa, y resolvieron sostener los pueblos ocupados y fortificar el Coll de Balaguer. Encargóse esta comisión a D. Luis de Peguera, soldado veterano que había militado muchos años en Flandes, y dado pruebas de su intrepidez y valor en el sitio de Salsas.

La defensa de los pueblos se encomendó a D. Sebastián Durán, Sargento mayor que tenía práctica del arte militar, era mozo y de valor, el cual a la frente de los mosqueteros de Barcelona fue a ocupar a Cherta con orden de fortificarse en este pueblo. Hecho esto el conseller dió cuenta a la diputación del estado de las cosas, y de la falta que había de todo lo necesario para la guerra.

Se mandaron apresurar las levas de las veuguerías de Panadés, Monblanc, y del campo de Tarragona, porque de esta última no habían llegado a la ribera sino trescientos hombres mal armados, y una compañía al Coll de Balaguer. Sin embargo de los avisos que daba el conseller del estado de las fuerzas que tenía a su disposición, la diputación insistía siempre en que tomase a Tortosa, y que partiese inmediatamente a las ciudades de Lérida, Balaguer, y a la plaza de armas de Belpuig, donde hallaría los pertrechos necesarios y quince mil infantes destinados para la defensa de aquella frontera, dándole por consultor al Señor de S. Pol, aventurero francés, que fué el primero que vino a ofrecer sus servicios a Barcelona huyendo de la justicia de su país que le perseguía por sus delitos. Entre tanto se aumentaba el ejército del conseller en Cap en las
tablas del Ebro con los tercios que le iban llegando, contentándose solo con saquear los pueblos, talar y quemar los campos; pero sin acercarse a Tortosa, lo que tenía muy descontenta a la diputación, y se empezaba a murmurar altamente de su conducta y de la lentitud con que procedía. Llegaron al mismo tiempo quejas contra el de ciertos Almugávares, y los envidiosos de este viejo se sirvieron de este pretexo para que se le exonerase de su cargo como inútil, y se le llamó a Barcelona; pero con tanta precipitación, que el pueblo se persuadió que era un traidor, y se vio precisado andar de noche por caminos extraviados para librarse de su furor. Luego que llegó a la ciudad, por el mismo motivo se vio en la precision de ocultarse de las gentes. En su lugar se nombró para el gobierno de la plaza de Cambrils, y de las tropas de la ribera al Conde de Cavella, Maestre de Campo del tercio de Tarragona, encargándole muy particularmente la defensa del Coll de Balaguer; pero la gente que tenía era poca para defender tantos pasos, los soldados sin disciplina, inobedientes a sus gejes a quienes muchas veces insultaban; y tratándoles de traídores quisieron muchas veces matarlos, y sin poderlos detener abandonaron el servicio y se retiraron a sus casas. Toda la gente estaba disgustada y arrepentida de haberse levantado.

El diputado que fué a Lérida, Beipuig, y Balaguer, donde debían haberse reunido de estas vecerías quince mil hombres, no encontró sino muy poca gente sin armas ni municiones. Empezó a dar las órdenes para la leva en Manresa, Cervera, Tárraga, Pallás, Agramunt, y las demás; pero se ejecutaron con poca actividad, porque la cercanía del peligro los tenía consternados. Sin embargo se animaron por las amenazas, y aunque de mala gana levantaron la gente que se pedía, y se pusieron en marcha. El primer tercio que llegó a Lérida con algunas piezas de artillería fué el de Galzeran Cortes de Barcelona. A éste siguió la compañía de caballos de D. Joseph Amat, y otras de los tercios de Cervera y Tárraga. Con esta guarnicion quedó la
ciudad puesta en estado de defensa, y destruidas las intrigas de algunos que querían entregaría las tropas del Rey, porque temían exponerse a su indignación si hacían resistencia.

Estando todas las cosas así dispuestas, la artillería no estaba habilitada; mas llegando una parte de la que esperaba, la mandó marchar por el camino de Valencia dividida en dos trozos, el primero a cargo del teniente Arteaga, y el segundo al de Orteiano. El Marqués salió de Zaragoza el ocho de Octubre después de haber mandado que todos los oficiales se fueran a reunir con sus propios cuerpos, y dexando por su lugar teniente al juez más antiguo de la audiencia con orden que ejecutase sin dilación las providencias que le comunicase, pues así convenía al servicio de S. M.

Por el camino visitó algunos cuarteles hasta llegar a Alcañiz donde estaban convocadas las cortes, y la primera cosa que hizo fué prorrogar el término de la convocación porque el Rey no pensaba todavía en venirlas a celebrar, y solo había querido con esto entretener los ánimos de los Valencianos y Aragoneses. Luego después pasó revisada general a la tropa para saber con qué fuerza podía contar, y de qué calidad era. Recibió el título de Virrey y Capitan General de Cataluña, y para Aragon se nombró a D. Francisco Garraf, Duque de Nochera, mandándole que pasase luego a Fraga donde debía poner el quartel general para que estuviese pronto a entrar por aquella parte en Cataluña.

A Velez se le mandó pasase a Tortosa con la mayor prontitud, y que allí se le jurase Virrey del Principado; que se alojase el ejército en los lugares circunvecinos, y si podía ser en los inquietos. Avisado el Rey por el Capitan General de Valencia y el Marqués que los Aragoneses y Valencianos esperaban con impaciencia la celebración de sus cortes, y que convenía muchísimo para la salud pública de aquellos reynos que concurriría á esta augusta junta para tranquilizar con su presencia los ánimos de los naturales, juzgó por conveniente mantener la credulidad en que estaban de su venida, dando órdenes para ha-
cer los preparativos para su viaje, confirmando con estas demostraciones sus promesas. Mandó salir para Aragon su caballeriza con la acostumbrada pompa y magnificencia; pero todo iba con tanta lentitud que se entendía bien que no eran más que apariencias y promesas vanas sin ánimo de ejecutarlas.

Todos los grandes políticos de la corte opinaban que no era decente a la majestad del Rey empeñarse en un negocio tan grande sin ver antes a qué parte se inclinaban las cosas, porque no era justo que fuera a presenciar tristes y desgraciados sucesos, y ser testigo de sus propias injurias. Otros opinaban que su presencia era absolutamente necesaria para aplacar los ánimos de los Catalanes, y restablecer la tranquilidad en aquella provincia; mas este dictámen que quizás era el más seguro para prevenir la guerra fue desechado. Entre tanto los Catalanes recibieron aviso que las tropas que estaban en Fraga, Tamaripe, y toda aquella frontera que está enfrente de las plazas de Lerida y Balaguer, se habían retirado tierra adentro, por donde los hombres crédulos juzgaban que el tratado se concluiría como lo habían propuesto sin necesidad de venir a las manos. Pero luego salieron de su engaño y se desvanecieron sus esperanzas, porque las tropas volvieron a ocupar los mismos puestos, conociendo por esto que habrían ido a la revista general dexando en los cuarteles las guarniciones necesarias como era la verdad.

Estando todas las cosas así dispuestas, y dadas las órdenes necesarias, el Marqués partió de Alcafiiz y llegó al lugar de Aguasvivas distante cuatro leguas de aquella ciudad, situado a la falda de la montaña que divide el reino de Aragon del de Valencia. En este pueblo pasó revista a la infantería; y aunque procedía el General con la mayor actividad, en la corte se le acusaba de lentitud. Se envió orden a D. Gerónimo de Fuenmayor, Alcalde de corte de Valladolid, hombre de ingenio astuto y muy activo, que pasase a Aragon para ayudar al General, y reducir y castigar la gente que se huyese del ejército, y al mismo tiempo para que informase al Conde Duque con
la mayor puntualidad y verdad de todos los sucesos. El Marqués que conocía el artificio de su comisión, de propósito le metía en dificultades que ya él mismo tenía vencidas, para que se enredase en las dudas y viese por sí mismo cómo resolverlas, haciéndole conocer por su propia experiencia cuán difícil es poner en movimiento un cuerpo tan vasto y tan pesado como un ejército compuesto de una multitud de hombres dispersados por tantos lugares y a diferentes distancias, y teniendo necesidad de infinitas cosas que no pueden estar prontas sino con mucha lentitud. En fin Fuen-mayor atónito y confuso con el estruendo de tantas cosas, que no conocía ni tenía alguna idea, se iba amansando poco a poco, y perdió aquel zelo y severidad con que se había presentado para fiscalizar las acciones del General, conociendo su inocencia, y que en la corte se le acusaba injustamente de poca actividad, creyendo más a las calumnias de los que le inflamaban, que a la verdad de los hechos que justificaban su conducta.

Concluida la revista se pusieron en marcha los tercios en buen orden para sus respectivos destinos. La mayor parte del ejército se dirigió a Tortosa donde se encaminaba el Marqués. El regimiento Real mandado por su teniente coronel D. Fernando de Ribera iba en la vanguardia por la ribera del Algas, pequeño río que por aquella parte divide a Aragón de Cataluña, y junto al lugar llamado Fayon entra en el Ebro. Los Catalanes que estaban al otro lado del río se juntaron en gran número al parecer con el ánimo de disputarles el paso, y empezaron a decirles denuestos, injurias, y palabras feas y despreciables contra el Rey y sus Ministros, y después les dispararon algunos tiros. Los soldados irritados por su audacia deseaban tomar la venganza debida de este atentado, pero los oficiales retenían su cólera. Sin embargo algunos más impacientes y más codiciosos pasaron el río sin ser vistos, entraron en los pueblos, robaron y saquearon las casas, mataron a las gentes que encontraron, y después los entregaron a las llamas, hasta que acudieron los oficiales y les hicieron re-
TABLAS CRONOLÓGICAS.

pasar el río y volver a sus cuarteles. A este si-
guieron los demás tercios, y se alojaron todos en
las arcañas de Tortosa esperando que el Mar-
qués llegase, el cual pocos días después hizo su
entrada en la ciudad con grande pompa y apa-
tado, acompañado de quinientos caballos man-
dados por el comisario general de la caballería
ligera Filangieri. Esta tropa era la más lucida y
mejor disciplinada de todo el ejército.

El Magistrado de la ciudad lo esperaba en el
puente con los oficiales de su cabildo, y luego
que llegó uno de ellos le hizo presente la fi-
delidad de la ciudad, el amor y respeto que en me-
dio de los alborotos sus habitantes habían con-
servado al Rey, que estaban resueltos a sufrirlo
todo por su causa, suplicando que se hiciese ob-
servar la disciplina y buena orden a la tropa, y
que se usase de misericordia con su patria que
estaba alterada por algunos genios malignos y
sediciosos. El Virrey les respondió en pocas pa-
labras agradeciéndoles sus ofertas, y prometien-
do que haría toda diligencia para procurarles
con las armas de su Rey la satisfacción que de-
seaban. En derechura se fue a la Catedral don-
de le esperaba el cabildo eclesiástico con su Obis-
po electo Fr. Juan Bautista Campaña, General
que había sido de los religiosos franciscanos, que
con orden del Rey había venido a la ciudad para
que con su autoridad contribuyese a reducir el
pueblo.

Llamóse por edictos públicos a los Síndicos
y Procuradores del Principado para asistir al ac-
to del juramento del Virrey que debía hacerse
en Tortosa, pues sin esta formalidad no podía
según las leyes de la provincia ejercer su oficio.
Los de los lugares inmediatos que estaban ex-
puestos a sufrir el castigo de la desobediencia
acudieron puntualmente, pero de los demás nin-
guno se presentó. Habiéndose juntado las perso-

16, 1, 177

ra

dos que habían concurrido con el Magistrado de
la ciudad, el Obispo de Urgel que se hallaba
en ella, el Baile General, y algunas otras per-
sonas, como que representaban todo el cuerpo y
estados de la provincia, el Marqués hizo el ju-
ramiento acostumbrado en manos del Obispo de
guardar y observar los fueros y privilegios del Principado a presencia del escribano y testigos. Este juramento parecía enteramente contrario al ánimo y disposiciones que se tomaban, y a las órdenes que tenía, lo que atormentaba mucho su conciencia no dexándole un momento de quietud, y no sabiendo cómo podría salir de sus dudas. Mas su confesor le libró de sus escrúpulos aconsejándole que podía jurar guardar al Principado sus fueros y privilegios mientras fuese obediente a las órdenes de su Soberano, pues con esta condición se los habían concedido sus predecesores, y no sometiéndose estaba libre de aquella obligación; y así con esta condición, que fue aprobada por los Ministros de la provincia, el Marqués quedó tranquilo.

Los Catalanes sabían que este juramento se había de hacer en Tortosa, y tomaron las providencias correspondientes para que se le reconociera por un acto violento y nulo por todos derechos, y no se le diera fuerza y vigor; antes bien se reputaría como no hecho, y como una nueva violación de sus fueros y un insulto atréz que se hacía al Principado. La diputación determinó que los pueblos que siguiesen el partido de la ciudad de Tortosa y obedeciesen al Virrey, serían segregados del Principado, y reconocidos como extraños y enemigos privados e incapaces de ningún oficio de guerra y de paz. De este modo quisieron castigarlos, y anular el decreto que el Marqués fundaba en su juramento, y el reconocimiento de los pueblos. Al mismo tiempo tomaron otras providencias para su defensa. Mandaron que D. Ramon de Guimerá pasase con el tercio de Monblanc a fortificar la villa de Xerta y los pasos de Alnover junto al Ebro, en la parte opuesta a Tortosa, para cortar a los realistas la comunicación con los lugares de Aragón. D. Joseph de Biure y Margarit pasó con el tercio de Villafranca que mandaba a guardar el paso de Tibisa, D. Juan Copons fue enviado con el regimiento de la veguería a guarnecer el lugar Tivenys distante dos leguas de la ciudad, y en la misma ribera casi enfrente de Xerta, dándose la mano los tres Gefs para socorrerse mú-
tuamente siendo necesario, y que algunas com-
pañías de miqueletes mandados por Cabañas y 
Cassellas acudieran donde lo pidiese la necesidad.
pues esta tropa era de la mayor confianza y 
estaba en gran reputación de valor. Estos sol-
dados no tenían disciplina militar, ni guardaba-
ban ninguna orden; eran como compañías de 
bandidos y facinerosos, que por sus maldades 
y robos se habían hecho temibles, imitando el 
exemplo del famoso Miquelot de Prats de quien 
tomaron el nombre, el cual se hizo célebre en 
la guerra de Nápoles en tiempo del Rey Ca-
thólico por sus atrocidades.

En medio de todos estos movimientos, la di-
putación para persuadir a la nación que proce-
día de buena fe, y que su causa era justa, mani-
festaron que la principal defensa de su república 
habían de esperar de Dios cuya causa defen-
dían, pues tomaban las armas para vengar los 
insultos hechos al Santísimo Sacramento. Para 
esto fin mandaron celebrar por todo el Principa-
do fiestas solemnes en desagravio y alabanza de 
Dios sacramentado y ofendido, pretendiendo con 
esto dar a entender al mundo cristiano que al 
 mismo tiempo que un Rey católico les intimaba 
la guerra, ellos se ocupaban en alabar y reve-
 renciar los misterios de nuestra santa 
 fe, porque 
así se conociese mejor la justicia de su causa. El 30 
de Noviembre por costumbre antigua la ciudad 
de Barcelona mudaba sus conselleres que tienen 
el gobierno político de ella. Muchos opinaban que 
en atención a las circunstancias en que se halla-
 ban, no debía hacerse la elección de los nuevos 
sino continuar los mismos que habían dado tantas 
pruebas de su fidelidad y zelo por la patria, y que 
con su gobierno habían prosperado los negocios 
 públicos; que parece que la Providencia había ele-
gido estos instrumentos para salvar su patria; y 
podría ser muy peligroso nombrar otros de cu-
ya industria y zelo no se tendría ninguna ex-
periencia.

Otros por el contrario decían que habiendo 
tomado las armas para defender sus leyes las de-
bían observar con el mayor respeto, y no dar 
 lugar a que los Castellanos les echasen en cara
que así como la necesidad les había obligado a suspender la observancia de sus estatutos, la misma les había forzado a ellos a que se la alterasen: que todos los naturales estaban llenos de entusiasmo por la patria, y que en cualquiera que recayera la elección seria generalmente aprobada: que todos estaban seguros de los presentes por las pruebas que habían dado de su patriotismo, y que era necesario que otros hicieran lo mismo para estrechar mas la union trabajando con mayor zelo para imitar a los que dexaban sus destinos. Por estas y otras consideraciones se resolvió proceder á una nueva elección conforme á sus estatutos, y aun en el concejo de los Ciento se hizo alguna mutacion, y asi quedó arreglado el gobierno con gran satisfacción del pueblo. Para que no faltase solemnidad alguna a esta ceremonia, y dar al mismo tiempo una prueba auténtica que reconocian al Rey por su Soberano, enviaron un correo á Madrid con un pliego pidiendo la aprobacion de su gobierno como se hacía en tiempo de paz.

Los cabos que estaban fortificados en las cercanías de Tortosa hacian correrías por todas partes saqueando los pueblos, interceptando correos, e impidiendo la entrada de víveres en la ciudad. Tejada Gobernador de ella estaba con el mayor cuidado por esta causa, y luego que llegó el Marqués se trató de poner remedio á este daño, encargándose de esta comision el mismo Gobernador porque era mas práctico y tenia noticias mas exactas de la tierra. Al anochecer se puso en marcha con mil y quinientos infantes escogidos de su tercio y otros muchos aventureros, y doscientos caballos mandados por D. Antonio Salgado y D. Francisco Ibarra. Pasó el puente del rio, y conducidos por José Cintis, natural de Tortosa y Sargento mayor, se dirigieron á Xerta marchando con el mayor orden y cautela. Los batidores se encontraron con las centinelas de los enemigos, y se toco al arma en el cuerpo de guardia que estaba cerca del lugar de Aldover media legua distante de Xerta, y atemorizados los Catalanes abandonaron las trincheras, y se subieron á una altura que domina el camino. La
I donde los capitanes pusieron guarnición que no fueran insultadas. Después del saqueo la en-\[\text{...}
\text{tregaron a las llamas, y se quemó la mayor parte de la villa que era muy hermosa, situada en un terreno fértil y ameno en la ribera del Ebro, y de las más ricas de toda aquella comarca.}

Dexada guarnición en este pueblo, D. Fernando pasó adelante persiguiendo a los Catalanes; pero la tropa sin guardar el órden y la disciplina se dispersaba para robar. Los Catalanes bajando de los montes se pusieron en la orilla opuesta del río, y desde los matorrales donde estaban escondidos disparaban contra la tropa sin hacerles ningún daño. Arrojados los enemigos de aquellas cercanías, y dexando quinientos Walones de guarnición en Xerta, se volvió D. Fernando a Tortosa, sin que Guimerá se atreviera a reconquistar aquel pueblo a pesar de las instancias que le hacían sus moradores, que viéndolo arder deseaban con ansia vengarse de los Realistas.

Enviar a D. Ramón de Aguaviva con cien miqueletes a observar las fuerzas que había en el lugar, y este capitan ejecutó la comisión con tanta intrepidez y valor, que entró en la villa sin ser sentido de los Walones que estaban todos ocupados en la rebusca de los despojos, y vivían con el mayor descuido y seguridad. Los miqueletes ocuparon algunas casas desde do donde mataron algunos soldados de la guarnición, y habiéndose tocado al arma se reunieron las tropas y se trabajó una pendencia muy reñida, en la cual percibieron muchos Catalanes, y entre ellos su capitan, y de los que huyeron escaparon pocos. Los soldados de Margarit que acudieron a la defensa llegaron tarde. Los moradores de aque-
Illa tierra viendo que perdían sus bienes sin remedio se quejaron amargamente de los cabos, y teniendo éstos ser acometidos en sus mismas defensas aumentaron la guarnición de Tivenys hasta dos mil hombres. Estas prevenciones obligaron a los capitanes Reales a pedir refuerzos, y se resolvió que saliese de Tortosa una división y acometiese la retaguardia de los enemigos. Encargóse de esta expedición D. Diego Guardiola, teniente coronel del gran Prior de Castilla, con el regimiento de la Mancha y algunas compañías de veteranos, y dos de caballería al mando de los capitanes Blas de Plaza y D. Ramón de Campo.

Los Catalanes tuvieron noticia de que se les iba a atacar y se retiraron a Zibisa, y los Castellanos se apoderaron de Tivenys sin resistencia.

Entre tanto Velez introdujo en Cataluña un edicto que le habían enviado impreso de la corte, haciendo saber a los Catalanes había llegado el Rey a entender que el pueblo seducido y engañado por algunos sediciosos se había juntado en deservicio suyo, causando muchísimos daños al Principado: que como buen padre se dolía de estos males y había resuelto para poner remedio a ellos castigar a los sediciosos, restablecer el orden, y conservar en paz y justicia a los demás; y en consecuencia de esto les mandaba que se separasen de los malos y se volviesen a sus casas, y no obedeciesen ni a la diputación, ni a los magistrados y conselleres, ni otra persona alguna en esta parte, ni pagasen impuesto ó derecho alguno antiguo ó moderno, pues de todo los relevaba S. M.; que les perdonaba todo delito ó movimiento pasado, ofreciéndoles dar satisfacción de las injurias que hubiesen recibido de cualquiera clase de personas; y haciendo lo contrario de lo que en este edicto les mandaba, los declaraba traidores y rebeldes, y por el hecho mismo reos de muerte, mandando a los Generales que sin otra formalidad ejecutasen inmediatamente esta pena y confiscasen todos sus bienes intimándoles guerra a sangre y fuego.

Este edicto causó la mayor confusión en algunos lugares que deseaban vivir seguros sin entrar ni tener parte en los alborotos. Los de la
vecindad de Tortosa, como estaban más cerca del peligro, llenándose de terror y espanto, prestaron su obediencia y pidieron perdón de las culpas pasadas; y lo hubieran hecho muchos otros a no estorbarlo la diputación y las tropas cuando llegó a sus oídos el nombre de perdón, que es tan eficaz para conmover los ánimos de la plebe, y hacerle abandonar las empresas temerarias a que han sido arrastrados por los sediciosos. Los Catalanes se sirvieron del mismo artificio, haciendo correr en el ejército del Rey un escrito prometiendo a los soldados que, abandonado el servicio pasasen al de su república, serían bien recibidos y pagados ventajosamente con tal que no fuesen Castellanos, y que a los extranjeros que quisieran retirarse a su país se les proporcionarían medios convenientes. Después de esto enviaron órdenes a los lugares de la ribera del Ebro para que todos acudiesen a defender los pasos donde podían ser acometidos; pero creyendo que el exército Real tenía pocas fuerzas para tan grande empresa, no hicieron caso de estos avisos, ni quisieron por su indolencia cobardía exponerse a los peligros.

Entre tanto, el Marqués estaba discutiendo y tratando con los más inteligentes de los medios de proveer el ejército, deseoso de tenerlo todo dispuesto para ponerse en marcha. La provisión de víveres se había encargado a Gerónimo de Ambes hombre de bastantes conocimientos, pero poco práctico en esta materia, porque no conocía la naturaleza de los ejércitos, la necesidad que tienen de abundísimas prevenciones, y la actividad y diligencia que se debe poner en esto. Debia ayudarle para esta gran empresa D. Pedro de Santa Cilia que mandaba los bergantines de Mallorca descargando en Vinaroz y los Alfaques los bastimentos necesarios, especialmente el grano para la caballería; pero era muy difícil en esta estación pasar de Valencia a Cataluña por los vientos contrarios que ordinariamente reynan.

Dadas estas órdenes, el Marqués pasó revista general al ejército, y halló que se componía de veinte y tres mil infantes efectivos, tres mil ca-
ballos, veinte y cuatro piezas de artillería, ochocientos carros del tren, dos mil mulas que los tiraban, y doscientos y cincuenta oficiales de artillería. La infantería era de Castellanos, Aragoneses, y de otras provincias de España, con algunos regimientos de Irlandeses, Portugueses, Walones y Italianos. La caballería estaba dividida en dos cuerpos: uno de las Ordenes militares de España al mando de D. Álvaro de Quiñones, y el otro lo mandaba S. Jorge y Filangieri. Parece que todas las dificultades estaban ya vencidas, y que podía inmediatamente ponerse en marcha el ejército; pero la estación que era a principios de Diciembre era poco acomodada para las operaciones de la guerra, sin embargo que por aquella parte de España el invierno es muy benigno, y apenas se siente el frío. Por otra parte el Marqués se prometió que los pueblos recibirían a la tropa con agasajo, y sentiría poco las incomodidades.

Cuando estaba para ponerse en marcha llegó aviso al General que los enemigos habían inhabilitado algunos pasos angostos en el camino Real del Coll para que no pudieran pasar la artillería y los bagajes; y fue necesario que Philipe Vandestraten sargento mayor de Walones, y Clemente Soriano Español, oficiales de mucha reputación, se adelantasen con doscientos gastadores y alguna infantería y caballería para allanar las cortaduras, y derruir el camino; y aunque algunas partidas de los Catalanes procuraron impedirlo, les obligaron a retirarse y la obra quedó pronto ejecutada. Los enemigos ocupaban Perelló, lugar pequeño puesto en la mitad del camino en una situación fuerte, y estaban resueltos a resistir a todo el impetu del ejército. Vandestraten fue a desalojarlos de allí con un cuerpo de infantería y caballería, tomó las alturas del camino que dominaban toda la campaña hasta el Coll, de modo que los socorros que pasasen a Perelló necesariamente habían de ser descubiertos. Desde estas posiciones los Castellanos hacían salidas por todos los lugares obligándolos a las contribuciones necesarias, y persiguiendo a los enemigos por todas partes.
Los cabos de los insurgentes avisaban a todo Barcelona pidiendo socorros, pues con las pocas fuerzas que tenían no podían resistir al enemigo. La diputación enviaba órdenes por toda la provincia para levantar gente con la mayor prontitud, pero no se ponía en ejecutarlas la diligencia que pedía el peligro que les amenazaba. La guarnición de Perelló, que se componia de gente colectiva no acostumbrada al ruido de las armas, luego que se acercó la tropa del Rey no aguardó a ser acometida, y la mayor parte se escapó de noche y se fué a sus casas.

El General con estos avisos que le dio Vandeztraen mandó salir de Tortosa el ejército el día siete de Diciembre. El Duque de S. Jorge Conde de Torrecusa gobernaba la vanguardia, y el cuerpo de batalla el Marqués de los Velez. En el costado derecho estaba D. Alvaro de Quiñones con seiscientos caballos de las Ordenes, y en el siniestro Filangieri con otros tantos. A poca distancia seguía la retaguardia con todo el tren de artillería, carros de municiones, y bagajes. Este orden se observó constantemente en toda la marcha, sin más diferencia que mudarse todos los días la tropa; de modo que los tercios que habían estado en vanguardia pasaban a la retaguardia, y éstos a aquella. En esta forma salió el ejército de la ciudad en un día muy malo, y el Marqués que salió de noche se perdió porque las guías erraron el camino, y no pudo llegar al quartel sino tarde y con muchos trabajos.

La vanguardia hizo alto en un llano a dos leguas de Tortosa, y la retaguardia no pudo seguirle sin embargo de que estaba a tan poca distancia. La segunda jornada determinó hacerla el Marqués hasta el pueblo de Perelló que estaba ocupado por los enemigos. Ribera y Torrecusa se adelantaron con sus tropas y algunas piezas de artillería, y luego que llegaron cerca del pueblo empezaron a alojar la tropa de manera que lo cercasen y estrechasen por todas partes. Los enemigos se defendieron todo el día aunque fueron batidos con la artillería, hasta que uno lleno de temor a la vista de tanta gente les abrió una puerta y fué entrado el lugar. El Marqués con
los que le seguían se alojó dentro; mas el ejército se quedó fuera en torno de él, y por mas precauciones que se tomaron para impedir la entrada de los soldados, algunos penetraron y pusieron fuego en las casas, las cuales ardiérón con tanta violencia que las llamas arrojaron á los que estaban alojados dentro; pero se apagó el fuego, y solo quedaron abrasadas algunas casas. D. Pedro de la Barreda se quedó para la guarda de este pueblo con doscientos infantes y cincuenta caballos, y el ejército continuó su marcha dirigiéndose al Coll de Balaguer por un camino salto de aguas, pues no había sino unas lagunas ó charcos encenagados y casi enjutos que era muy fácil cegarlo enteramente; pero la tropa estaba ya en tal disposición que era forzoso pasar adelante, y buscar con la industria y el valor remedio á un mal inevitable.

Los Catalanes discurrieron un medio muy extraño para arruinar el ejército del Rey. El Conde de Zaballa, que era Gobernador de las armas de aquella frontera, escribió á Metrola que mandaba en el Coll ordenándole que envenenase las aguas de los cenagales con unos polvos, enviándole para esto el artífice y artificio, y preveniéndole al mismo tiempo que lo hiciese con el mayor secreto y cautela: ¡resolución cruel e inhumana, poco usada aun entre las naciones mas salvages! Este detestable proyecto no se ejecutó. Llegado el ejército á la campaña de las lagunas, los soldados cansados del camino y sedientos se pusieron á beber con ansia del agua cenagosa y turbia, y de este modo apagaron la sed que los abrasaba. Estando á la vista del Coll asentó sus cuarteles en los parages mas oportunos. D. Diego de Bustillos, teniente de Maestre de Campo general, salió á reconocer la campaña con una compañía de caballos y algunos voluntarios, y á poco rato se encontraron con los batidores de los enemigos, y mandó que se adelantasen los aventureros á quienes hicieron una descarga y se retiraron dexando muerto un soldado del ejército Real llamado Josef de Agramonte, que fue el primero que perdió la vida en esta guerra por su Rey, y por esta razón es justo que su nombre
pase a la posteridad. Torrecusa envió cuatrocientos infantes para apoderarse de las torres que estaban en la costa, las cuales tenían guarniciones Catalanas; y si los enemigos se obstinaban en su defensa, les dió orden que las derribasen o quemassen. La tierra donde está situada la fortaleza del Coll es áspera y fragosa, á un lado y otro del camino tiene unos valles muy profundos que hacen muy difícil el paso, y algunos montes y precipicios cerca de ella; de manera que el castillo por su naturaleza es fuerte, y el arte lo ha fortificado tanto, que se reputaba en este tiempo como inconquistable. Los Catalanes, poco diestros en el arte de la guerra, para asegurar mejor su defensa habían abierto grandes cavas, y echado muchos árboles cortados en los caminos angostos, como si esto hubiera de detener la marcha de un ejército aguerrido. La mayor fuerza del Coll era una trinchera de piedra de forma quadrada a manera de fuerte, capaz de contener dos mil infantes que tenía de guarnición. En la eminencia superior de la mano derecha, no muy distante de la fortaleza, tenían una plataforma con dos cañoncitos. En la cumbre opuesta á la mayor fortificación construyeron un reducto que no tenía ninguna comunicación con los demás, por estar separado por el valle que divide ambos montes, y en él habían puesto una parte de su infantería. Los quartellos los tenían puestos en la tierra que cae hacia el campo de Tarragona, y no podían ser vistos ni ofendidos desde el pie de Coll, y eran capaces de mucho mayor número de gentes que las que tenían. Todas las posiciones las habían tomado muy bien, y si las hubieran sabido fortificar, sin duda alguna se hubiera detenido mucho tiempo el ejército del Rey en sitiarlo, y no lo tomaría sino perdiendo mucha gente.

S. Jorge y Torrecusa reconocieron en persona su situación y el estado de las fortificaciones para dar las órdenes del ataque. Mandó adelantar los piquetes de artillería que llevaba, no dandose que luego que empezasen á hacer fuego se llenarían de terror los Catalanes por ser gente bisoña, y no acostumbrada al ruido del cañón. Los esquadrones se formaron a la raíz del monte,
y el tercio de Martín de los Arcos con el regimiento de Vélez se puso en marcha por la parte del mar para abrir camino con orden de cercar el fuerte por aquella parte, y no detenerse hasta llegar a desencovar al campo de Tarragona para impedir al enemigo la retirada por esta parte, que era la única que le quedaba libre en el caso que quisiera hacer resistencia. D. Fernando de Ribera subió por el camino ordinario con trescientos mosqueteros divididos en tres compañías. Literalmente mandó que todos los escuadrones se pusiesen en orden de marchar y acometer a la primera seña que se les diese.

Los Catalanes, que no habían visto hasta ahora sino la menor parte del ejército del Rey, estaban llenos de confianza teniendo por imposible que siendo ellos tantos, el lugar áspero, y a su parecer tan bien fortificado, pudieran ser desalojados; y su audacia llegó a tal punto, que algunos salieron de las trincheras mostrando de este modo que despreciaban su fuerza. D. Fernando y los que subían no se detuvieron por esto, sino continuaron su marcha aunque con alguna lentitud. Al mismo tiempo empezó a disparar la artillería de Torrecusa, que aunque no llegaba a ofender a los enemigos, no dejó de llenarles de consternación. Estos hicieron también uso de sus cañones, pero como la mayor parte del ejército estaba al pie del monte no podían hacerles daño, solamente los que subían y habían empezado la escaramuza estaban expuestos a sus tiros; pero no por esto daban de subir los Castellanos con la mayor intrepidez. Media hora estuvieron haciendo fuego unos y otros tonando sin cesar la artillería. Luego que vieron los enemigos que toda la vanguardia se ponía en movimiento con el mayor denuedo, desampararon las fortificaciones, arrojaron las armas y huyeron, y la tropa Real ocupó sus puestos y alojamientos que halló bien provistos de víveres y municiones.

Metrola, que era Gobernador de la fortaleza, dió aviso el día antes al Conde de Zaballa que el ejército Real se preparaba para atacar la plaza, y que le enviaría cuanto antes socorro. El Conde salió inmediatamente del pueblo con un
adelante algun fuerte donde se retiraban para hacer en mayor defensa. Entre tanto el cuerpo de infantería y una compañía de caballos para socorrerle; pero en el camino encontró a muchos de los que huían, los cuales le informaron que la fortaleza estaba en poder de los enemigos, y se retiró con ellos. Abandonadas las fortificaciones quisiéron defenderse en los cuarteles; pero fueron echados de ellos por las tropas de S. Jorge que los acometieron, y se retiraron a los montes dexando todo el llano en poder del ejército Real. Desde los montes donde estaban reunidos acometían a los Castellanos que dispersados y sin orden entraban a saquear los pueblos, y mataban muchos con la mayor ferocidad extendiendo su rabia hasta los mismos cadáveres; los que escaparon llegaron fatigados y hambrientos a los cuarteles. Torrecusa juzgaba que habiéndolos vencido tan fácilmente tendrían más adelante algun fuerte donde se retiraban para hacer en él mayor defensa. Entre tanto el Marqués que estaba en el cuerpo de batalla, o en el centro del ejército, no hacia movimiento alguno esperando la rendición de las torres. Tomado el Coll le avisó Torrecusa que convenía muchísimo que adelantase con el ejército para juntarse con la vanguardia, y al mismo tiempo le llegó la noticia que las torres estaban tomadas; y desde luego mandó que los tercios se pusiesen en marcha, y envió orden a Torrecusa que bajase al campo de Tarragona.

La vanguardia continuó su marcha hasta el fuerte llamado Hospitalet donde había estado alojado el Conde de Zaballa. Algunos caballos y gente suelta llegaron al pie de la muralla, y quisiéron entrarla por fuerza; pero no daban de conocer que sería muy difícil. Dentro de la fortaleza solo había sesenta hombres, los cuales se intimidaron viendo tanta gente y se rindieron. Entró el ejército dentro, y como el sitio era muy acomodado y provisto de todas las cosas necesarias, se detuvo algunos días para que descansase la tropa de sus fatigas y alarmas con que se le había moleestado en su marcha. En esta plaza se encontró entre la ropa del Conde de Zaballa el libro en que se registraban las órdenes que recibía y daba para la guerra, y otras cosas que fue...
ron de grande utilidad para la expedición. Por las noticias de este libro se supo que la diputación estaba poco segura de la fidelidad de la ciudad de Tarragona, porque había algunas personas conocidamente afectas al partido Real. Esta noticia, y otras que hallaron en el mismo libro, fueron tanto más apreciables cuanto no se sabía nada de lo que pasaba entre los enemigos.

La noticia de lo que había sucedido en el Coll y Hospitalet llegó pronto a Barcelona, y se puso en gran temor toda la ciudad, porque entendiéron que habiéndose perdido con tanta facilidad la mayor defensa que tenían, pocas esperanzas les quedaba que una gente inexperta hiciera mayores esfuerzos en otra parte; y así no confiando en esta tropa colectiva, y resueltos a llevar adelante su proyecto, despacharon con gran prontitud correos a Espeñan que estaba encargado del mando de las tropas que el Rey de Francia enviaba al socorro de los Catalanes. En ellas le decían que habían perdido los mejores pasos: que no dilatase un momento su venida, porque el enemigo orgulloso con sus victorias iba siempre adelantando, aumentaba sus fuerzas y reputación, los ánimos de los naturales se abatían, y todo el Principado estaba expuesto a perderse. El General Francés se puso inmediatamente en marcha con tres regimientos de infantería y mil caballos, tomó la posta, y dexando orden a la tropa que siguiese sin detenerse, entró en Barcelona y fue recibido con el mayor aplauso y alegría; y poco tiempo después entraron los regimientos del Duque de Anguien, de Espeñan, y de Seriñan con los mil caballos, lo que levantó los ánimos de los Catalanes que estaban muy abatidos, y se empezaron a ejecutar las levas prevenidas en las cofradías o los gremios, de las cuales se formó el tercio de Santa Fulalia que se puso bajo el mando del tercer conseller Pedró Juan Rosell.

Espeñan confiando en las promesas de esta gente, después de haber descansado su caballería, marchó a Tarragona creyendo que hallaría en esta ciudad ocho o diez mil hombres como le habían prometido los Catalanes, pero sus esperan-
las se frustraron, porque habiéndose atemorizado con la derrota del Coll y del Hospitalet los naturales, habían arrojado las armas y se habían vuelto a sus casas, y la ciudad estaba con muy poca gente y casi abandonada. Sin embargo se encerró en ella con la poca tropa Francesa que llevaba, y algunas milicias del país que se pudieron recoger con mucha precipitación. El Marqués salió del Hospitalet y se dirigió a Cambrils creyendo que en esta plaza encontraría una gran resistencia, pues se decía que las tropas que se habían dispersado se habían reunido en esta villa con resolución de defenderla y impedir la marcha del ejército para dar tiempo a la diputación para hacer las levas, y poner en estado de defensa a Tarragona y las demás ciudades.

Antes de acometer la villa de Cambrils, el General envió a la guarnición y a sus habitantes un religioso capuchino de los que había traído de Aragon, con el fin de servirse de su autoridad para sossegar sus ánimos y facilitar sus operaciones. El religioso que envió era un viejo venerable por sus canas y su virtud llamado Fr. Ambrosio, con orden de ofrecerles el perdón si reconocían su falta y se arrepintieran. Le escoltó una compañía de caballería con un trompeta, y cuando llegó a la vista de las trincheras lo deixaron haciendo llamada, y fue recibido con mucha reverencia, pero con gran cautela, temiéndose los Castellanos que cometieran con él algún desman. El día siguiente lo despidieron sin haberle hecho daño alguno, pero sin haber dado oído a su propuesta; antes bien le dieron los cabos de aquella plaza, que estaban resueltos a morir en defensa de su libertad.

El religioso refería que según se decía en el pueblo había en él quince mil hombres, y que el ruido que había oído le parecía de mucha gente. Poco después llegó a la ribera de la mar una barca que se había escapado aquella misma mañana del puerto de Tarragona, y contó que la ciudad y el campo estaban llenos de confusión; que se recogía en ella la riqueza de los lugares vecinos; que quando salió habían llegado muy pocos socorros; y que sus habitantes estaban incli-
nados a hacer un concierto luego que se presenta el ejército del Rey. Informado el General del ánimo y de las disposiciones de aquellas gentes, juzgó que era muy conveniente acercarse a las plazas con la brevedad posible para aprovecharse de la ocasión, que acaso le proporcionaría reducirlas a la obediencia del Rey sin derramar mucha sangre. Tomada esta resolución mandó preparar la tropa para la marcha, y aquel mismo día antes de salir los jueces Catalanes y el Auditor general que lleva consigo, condenaron a muerte nueve de los prisioneros por dar cumplimiento al bando que se publicó, y llenar de terror con la severidad de este ejemplo a todas las gentes. Fueron ahorcados en las almenas del Hospitalet, haciendo de este edificio de caridad y refugio de los pobres y miserables, un lugar de afrenta y de suplicio de los delinquientes. Los paisanos que estaban en las fortificaciones del Coll para su defensa, para cubrir la ignominia de haberla abandonado, con tanta cobardía sin haber hecho ningún esfuerzo, acusaron de traición al Conde de Zaballa, y por evitar su furor se escuspó. D. Antonio Armengol, que era cabo de la gente del campo de Tarragona y gobernador de la plaza de Cambrils, Jacinto Vilosa, y Carlos Metrola, sargento mayor de su tercio, tres hombres llenos de patriotismo y de valor, entraron con su gente en la plaza con ánimo de defenderla hasta sepultarse en sus ruinas; pero qué podían hacer estos hombres con su generosa resolución, si los soldados que tenían, lejos de estar subordinados y sujetos mandaban con arrogancia y furor, y obligaban con amenazas a los jefes a obedecer a sus caprichos y ejecutar sus imprudentes resoluciones? Luego que llegó la noticia que el ejército del Rey iba a acometer la plaza, todas las gentes se pusieron en la mayor confusión saliéndose los más timidos de ella por librarse del peligro; y los más osados, de los pueblos vecinos, iban a encerrarse en ella para hacer ostentación de su valor.

Cambrils es una villa pequeña de doscientos vecinos situada en la costa de la mar, sin mas fortalezas que unas débiles murallas medio con-
sumidas del tiempo y casi arruinadas; de modo que la multitud de las gentes que se encerraban en ella mas servian de estorbo que de servicio para su defensa. Cuando estaban en la mayor agitacion se presento delante de ella D. Alvaro Quiñones, que aquel dia estaba en la vanguardia, y la acometio con quinientos caballos. Los dividió en esquadrones creyendo que los enemigos estarian fuera de la villa para impedirle que ocupase los puestos convenientes para el ataque, y a poco rato se trabo entre una multitud de ellos una pequena escaramuza que duró muy poco tiempo, porque los Catalanes no guardaban orden, ni sabian defenderse ni huir. No tenian plan, ni se veia subordinacion a ningun gefe, obrando cada uno de por si como gente colecticia que no resiste jamas a un pequeno numero de tropa disciplinada. En un momento fueron todos dispersados, quedando muertos en el campo mas de quatrocientos hombres, muchos heridos y estropeados, dexando huir por compasion a los demas, que por hacerlo con mayor ligereza arrojaron las armas y se volvieron a sus casas. Algunos soldados Castellanos fueron muertos y otros heridos, porque los Catalanes puestos detrás de los troncos de los arboles donde no se les podia ofender, disparaban desde alli a su salvo mientras se peleaba con los demas; mas luego que empezaron a huir, los que quedaron no se atrevieron a disparar y siguieron su ejemplo, siendo mas cobardes que los que se habian expuesto en campo abierto a los tiros de los enemigos.

Estando el Marques en marcha con el ejercito, le llego el aviso de esta accion, y mandó a la vanguardia que adelantase para sostener a la caballeria; pero guardando siempre el orden, porque no fueran acometidos de los enemigos cuando estuviesen mas descuidados, pues se podia temer que se hubieran reunido en los bosques los que se habian dispersado, y atacarlos con todas sus fuerzas. Los de la plaza viendo que se aumentaba tanto el numero de los enemigos, y que era muy superior a las fuerzas que tenian, se dieron por perdidos. Enviaron pues un religioso carmelita descalzo al General pidiéndole que
TABLAS CRONOLÓGICAS.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años de C. y.</th>
<th>Era de España</th>
</tr>
</thead>
</table>
| mandase suspender las hostilidades por espacio de quatro días mientras daban aviso a Barcelona, con el fin de engañarle y ganar tiempo para que llegase el socorro que esperaban. El Marqués, conociendo el artificio, les respondió que si entregaban la plaza antes de ser atacada les concedería la vida; pero que si le obligaban a usar de la fuerza para reducirla, los pasaría a todos a cuchillo, y que tuviesen entendido que en acabando de llegar las tropas empezaría a batirla.

Quifiones, ahuyentados y dispersados los que estaban fuera de la villa con su caballería, repartió sus cuerpos de guardia por las avenidas, y con lo restante de sus caballos ocupó los puestos importantes. Se apoderó del convento de S. Agustín que estaba enfrente de la puerta principal donde se podía colocar una batería para hacer fuego a la villa, sin que los religiosos que salieron a su defensa pudieran impedirlo; antes bien sucedieron muchos estragos y escándalos, porque un religioso hirió de un pistoletazo a un soldado. Entraron los demás en furia y vengaron con la muerte de muchos este agravio, y después de haberlo saqueado quedó todo en poder de la tropa.

Junto ya todo el ejército y repartidos los soldados en sus cuarteles se dio la orden de ataque, y se empezó a batir la villa con las piezas menores que hacían muy poco estrago, animándose por lo mismo los de dentro a defenderse con más brio. El General salió con algunos que le acompañaban a ver una plataforma donde estaba más empeñada la acción haciéndose un fuego muy vivo por una y otra parte, sin que las tropas del Rey pudieran adelantar nada. El Marqués fue herido, y cayendo en tierra con su caballo, todos le tuvieron por muerto. Luego se levantó con mucha serenidad, y subió en otro caballo sin mostrar ninguna alteración en su semblante. Continuóse el sitio, y los Catalanes se defendían con el mayor valor. El ejército se hallaba en mayor miseria sin víveres ni medios para tener provisiones causando el mayor desconcierto a los Generales, porque las quejas de los soldados llegaban a sus oídos, empezaban a perder la sumi-
sión, y se temían desórdenes mayores. En esta triste situación resolvieron enviar la caballería a traer provisiones de los lugares vecinos, y las hallaron abundantes en Monroig, Alcover, la Selva, y en algunos otros. Reus por librarse de la furia del soldado las ofreció voluntariamente. Valle y algunos otros más entrados en la montaña prometieron lo mismo. De este modo fué socorrido el ejército, cesaron las quejas y las murmuraciones, los soldados recobraron las fuerzas que el hambre les había quitado, y continuaron con mayor vigor el sitio y los ataques. Este remedio causó en adelante mayor daño, porque cuando los soldados se hallaban en la misma necesidad, abandonaban sus puestos y la disciplina, y se iban por los lugares a proveerse comiendo mil excesos, y encendiendo el furor de los paisanos. Estos tomaban las armas para defenderse, y mataban a muchos en los mismos pueblos, o saliendo a los caminos para asesinarles cuando se volvían a su campo.

La plaza se batía de continuo, y la artillería gruesa contenía al enemigo y hacía estragos en ella. Se acercaron las baterías, y la tropa que miraba a los sitiados tenía la temeridad de ponerse a tiro de fusil sin ninguna precaución; y costó la vida a muchísimos soldados porque no tenían trincheras ni ningún reparo para cubrirse de su fuego. En fin viendo que los sitiadores estaban para dar el asalto, el pueblo se amotinó pidiendo capitulación; y aun se dice que para obligar a la guarnición a rendirse, maliciosamente se arrojó en un pozo gran cantidad de pólvora. Perdida toda esperanza de remedio hicieron llamada por el quartel de Ribera con el fin de tratar de rendirse. Después arrojaron un papel abierto pidiendo tregua por cuatro días, y ofreciendo admitir un justo acomodamiento. Este aviso le llegó al General cuando estaba con todos los cabos del ejército en su tienda, y lo recibió con tanta indiferencia que ni mostró alegría ni desprecio. Despidió al que le había traído el pliego sin hablarle palabra, y platicó con los que le acompañaban sobre otros asuntos. Torrecusa que se hallaba presente, hombre de natural colérico e im-
TABLAS CRONOLOGICAS.

El Marqués que deseaba interiormente dar oídos a los sitiados no se atrevía a manifestar sus pensamientos, porque Torrecusa que era extranjero, con el achaque de zelo del Rey se mostraba tan inexorable contra ellos, lo que le dío motivo para discorrir el modo de conciliar estas contradicciones. Torrecusa entre tanto embevido en sus ideas, y ocupado enteramente su pensamiento en el estado en que se hallaban las armas del Rey, sin hablar, ni mirar, ni oir á nadie, como si estuviera fuera de sí, al cabo de algún rato se levantó en pie, y habló al Veíez en la forma siguiente: Que conociendo que sus opiniones y modos de pensar eran frecuentemente singulares y opuestos á los demás, sin que pudiera remediarlo porque sentía dentro de sí mismo una inclinación fuerte que le arrastraba á contradecir todo lo que era contrario á sus ideas, le suplicaba no le emplease en los consejos, sino en la ejecución de los planes que con los demás Generales formase; que había hablado con poca consideración en lo que había dicho, y habiendo pensado mejor para prevenir los males que podía causar si se adoptase su modo de pensar, se decidía y revocaba su opinión: que el ejército estaba fatigado, sin vísperas ni esperanza de tenerlos; que los sitiados se defendían con vigor, y si continuaban así como eran de esperar por la obstinación que manifestaban, era de temer que la tropa cayese en la desesperación, y tomase un partido violento que podía ser funesto a los intereses y á la gloria de S. M.; que si se resolvía dar el asalto antes de tiempo, necesariamente se había de perder mucha gente aun de la mas principal, la cual procuraría dar pruebas de su valor en esta primera acción arrojándose con intrepidez en medio de los peligros; que los sitiados eran vasallos del Rey, y que reconociendo sus faltas y entregando la villa era justo perdonarles, pues el Rey no enviaba su ejército para arruinar y destruir, sino para reducir á la obediencia á los rebeldes con el menor rigor que fuera posible, poniendo de este modo remedio á los males. Y así
Todos quedaron admirados de lo que acababan de oír, porque siendo un hombre tan violento y obstinado jamás quieradesistir de su modo de pensar, que por lo regular siempre era duro y severo acomodado a su carácter. El Marqués se alegró mucho de oírle, pero no quiso manifestar que se inclinaba a su modo de pensar, sin consultar ántes y oír el voto de los demás Generales, los cuales se explicaron todos de la misma manera, y celebraron con los mayores elogios lo que acababa de decir Torrecusa. El General mostrando con artificio que estaba algo dudoso de lo que debía hacer, y que quería meditarlo con más reflexión, dió el permiso al Maestre de Campo D. Francisco Manuel para que se viese con él Ribera, encargándole en secreto, que los dos ajustasen el negocio sin hablar de tratado en forma, pues no era decente que el ejército del Rey capitulasen con los rebeldes, pero que la plaza se recibiese de cualquiera manera que fuese.

D. Fernando había convenido con los sitiados una suspension de armas por dos horas para avisar en este tiempo al General que estaba algo distante, y luego que llegó la respuesta hicieron llamada los sitiadores; y habiéndose juntado los diputados de una y otra parte al pie de la muralla quando empezaban a tratar del negocio, se tocó al arma improvisamente en los cuarteles y en la villa sin saber la causa de esta novedad, y se retiraron sin concluir nada. Los Irishones que estaban mas cerca y habian recibido mayor daño, no sabiendo la orden que el General había enviado, concluido el tiempo de la tregua empezaron a hacer fuego a los que se presentaban en las murallas, y esto dió motivo a romperse la negociacion, hasta que D. Fernando se la comunicó al conde de Tiron su comandante. Se continuó la tregua y volvieron a juntarse los diputados. La negociacion duró muy poco tiempo, porque el Baron de Rocafor, Vilosa, y Metrola, que eran los diputados de los Catalanes, no estaban practicos en esta especie de tra-
TABLAS CRONOLÓGICAS.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años de G.C.</th>
<th>97</th>
<th>Era de España</th>
</tr>
</thead>
</table>

...tados; y así sin papel ni escritura, ni otra ceremonia, prometieron simplemente que la plaza se entregaría al Marqués de los Vélez en nombre del Rey, esperando que les trataría con benignidad y clemencia.

Concertada de este modo la entrega se dió aviso al General, que recibió la noticia con el mayor aplauso, y aprobó todo lo que se había hecho teniéndolo por conveniente al estado de las cosas, sin ofensa de la magestad del Rey, y del decoro y reputación de sus armas. Se decía la entrega al día siguiente para evitar los excesos que son tan ordinarios en semejantes ocasiones, tomando entre tanto las providencias oportunas para reprimir la ira, la ambición y la avaricia del soldado, que en estas circunstancias cree que todo le es permitido y debido. Se pusieron dos compañías de caballos delante de la puerta por donde habían de salir los de la plaza, y estando presente Torrecusa, y algunos Maestres de Campo, empezaron a salir; pero se juntaron tantos soldados a verlos, que la presencia de los Generales y oficiales no pudo contener la licencia y el desorden. Insultaron con la mayor insolencia a los Catalanes de palabra y de obra queriendo desbalajarles. Algunos pusilánimes lo sufrían con paciencia, y lo perdían todo; pero otros más animosos se defendían con la mayor valentía. Un soldado se metió entre los caballos para quitarle a un rendido la capa con que iba cubierto, el cual la defendió con el mayor esfuerzo, y viendo que no desistía de su intento le hirió con el alfange que llevaba. Los soldados de a caballo quisieron vengar lo que llamaban atrevimiento, siendo una justa defensa contra la desvergüenza de un ladrón atrevido, y todo se llenó de confusión escapando cada uno por donde podía para salvar su vida. Los demás, que no sabían la causa de este alboroto, persiguieron a los que huían dando cuchilladas para detenerlos, y luego se levantó la voz en el ejército traición, traición, sin saber de dónde había salido, aunque es verosímil que alguno de los heridos viéndose injustamente maltratado se quejaria de este modo, y correría por todas partes sin examinar la verdad del su...
ceso. Todos gritaban traición, todos la tenían, nadie se fiaba ni aun de sus mismos compañeros. Todo estaba lleno de quejas, llantos y alaridos.

El campo cubierto de heridos y muertos, y la tierra regada en sangre. Por todas partes peleaban unos contra otros con el mayor furor sin saber por qué. Los capos y oficiales procuraron sossegar el tumulto, pero el estrago era tan grande que había tendidos más de seteciento, hombres. Todo el ejército estaba sobre las armas sin saber por qué ni con qué orden. La caballería se soslayó cuando ya no había infelices contra quienes descargasen su furia. En fin se serenó aquella horrible tempestad; y todos se llenaron de dolor, de afrenta y de compasión.

El Marqués salió del cuartel luego que tuvo aviso de este triste y desgraciado suceso, y aunque todos procuraron disimularlo ó disminuirlo, juzgó por la inquietud en que estaba la tropa que era mucho más grave de lo que le decían; y sin quererse acercar al campo donde había sucedido, se retiró a su aposento, y en todo el día no se dexó ver sino de los más íntimos amigos. Condenó este hecho abominable con palabras llenas de enojo y de conmiseración por haberse derramado injustamente la sangre de aquellos miserables; y en muchos días no tuvo sosiego acordándose de este tristísimo suceso. Torrecusa y los demás Maestres de Campo trabajaban sin cesar para restablecer el orden y la disciplina en la tropa, valiéndose de todos los medios capaces de inspirar respeto y obediencia a la tropa, y al fin lo consiguieron aunque con mucho trabajo. Mandaron enterrar los muertos, y publicaron relaciones poco fieles de este hecho para quitarle el horror que en sí tenía, y borrar el escándalo en la memoria de los hombres. Reducida la villa se trató qué castigo se daría á los rebeldes, pues por el bando Real que había publicado todos eran reos del crimen de alta traición y dignos de muerte, sin que pudieran escusarse con el tratado, puesto que no se les había concedido mas que la esperanza del perdón, que quedaba solo á arbitrio del General si lo tenía por conveniente, ó alguna razón política le obligase á concederlo.
Después de una larga deliberación se resolvió castigar a las cabezas para intimidar a los poderosos que gobernaban, y usar de clemencia con los demás. El Veler, aunque era el alma de todas las deliberaciones, quiso echar de sí la odiozidad entregando a los jueces Catalanes que llevaba consigo este negocio, para que obrasen libremente y procediesen a lo que hubiese lugar en justicia. Estos hombres ambiciosos, que querían contrariar mérito con las apariencias de fidelidad, juzgaron que era preciso derramar la sangre de sus miserables patricios para la satisfacción de un crimen que la política pedía que se tratase con alguna indulgencia.

Mandaron prender a los cabos que eran Rocafort, Vilosa, y Metrola, y a los jurados y Baile. Formaron el proceso tan pronto que aquella misma tarde sin hacerles los cargos, ni darles ninguna defensa, los condenaron a muerte, y por la noche les dieron garrote en secreto, amaneciendo por la mañana colgados en las almenas de la plaza con sus insignias militares y políticas, para que se entendiese que la misma pena amenazaba a todos los que excurciesen los mismos empleos en deservicio del Rey. La muerte de estos infelices llenó de furor a los Catalanes, y de enojo al ejército. Unos declaran que se había quebrantado el tratado, porque aunque expresamente no hubieran especificado la cláusula de salvar las vidas, estaba necesariamente comprendida; no siendo verosímil que teniendo las armas en la mano, y siendo dueños de la plaza, quisieran entregarla para que se les degollase inhumanamente. Nadie concierta esto por grande que sea el peligro en que se halla, especialmente siendo hombres de valor y habiéndose defendido con tanto honor. Todos los que negociaron el tratado pensaban de este modo, y llevaban muy a mal que se hubiera hecho violencia a lo convenido con mengua y descrédito de ellos. Los demás que estaban en esta villa fueron tratados de diferente manera, según los pueblos de donde eran naturales; porque los que eran vecinos de los lugares o villas que estaban sometidas al Rey salieron libres, los otros condenados
à galeras. Para aumentar el terror y espanto se mandó arrasar la muralla; mas como en tan breve tiempo no podía ejecutarse, se contentó el General con que se derribase una cortina principal, y volar con una mina la torre mayor.

Los hombres fáciles e inconsiderados alegres con tan buenos sucesos creían que la guerra se acabaría pronto, que todo lo hallarian llano, y que si les hacían alguna resistencia no serviría sino para aumentar sus triunfos; mas los hombres prudentes juzgaban de otra manera, no dudando que estos pequeños sucesos encenderían en el corazón de los Catalanes el furor, la rabia y la desesperación, y harían esfuerzos heroicos para no ser víctimas de la inhumanidad de un General que no conocía la buena fe y los sentimientos de horror, y que se derramarían ríos de sangre Castellana para vengar la poca que con tan mala fe se había vertido en Cambrils: que lejos de borrarse de la memoria de los habitantes del Principado este horroroso atentado, daría en todas las plazas y los combates nuevo valor a las tropas: que los manes de estos miserables les representarían sin cesar la suerte que les esperaba si rendían las armas; y que la guerra sería eterna hasta purgar el suelo de Cataluña de semejantes monstruos.

El Marqués estaba cerca de Tarragona, ciudad bien fortificada y con una guarnición de tropas aguerridas auxiliares y propias, y no se atrevía a dirigirse a ella para atacarla porque no tenía artillería gruesa. Se hallaba sin víveres el ejército, y no le habían llegado ni las galeras, ni los seis mil infantes que Garay le traía según los avisos que había recibido de la corte. Sin estos requisitos era imposible salir bien de la empresa, de la cual pendía la quietud y tranquilidad de todo el reyno. Estando embebido el General en estos pensamientos, y lleno de dudas sobre lo que debía hacer, se le presentó el Duque de S. Jorge, hombre mas temerario que prudente, y amigo de conseguir gloria en las empresas árduas y difíciles, y le ofreció ganar a Tarragona la noche siguiente por sorpresa. Este loco no había visto la ciudad, no sabía la guarnición que tenía para
su defensa, ni en qué estado estaban sus fortificaciones; sin embargo dixo tales cosas, y dió tales razones, que el Marqués estaba inclinado a darle esta comisión; pero quiso dilatarlo hasta el día siguiente en que puesto el negocio en consulta con los Generales mudó de propósito, y determinó que se pusiése en marcha todo el ejército levantándose mil dudas sobre el camino que debía seguir.

Unos querían que se atacase el fuerte que está en el puerto de Salou, que se decía lo tenían presidiado los Catalanes, pues no debía dexarse en las espaldas ninguna plaza en poder del enemigo, desde donde podrían hacerles mucho daño interceptándoles los socorros que les vendrían por mar y tierra. Que si a este tiempo llegasen las galeras de España y la gente que esperaban del Rosellón, no tendrían puerto donde recogerse, y estando en medio del invierno podría levantarse alguna tempestad que les expondría a peligro de perderse; y que por otra parte, los rebeldes podrían recibir socorros que acaso causarían la ruina de todo el ejército. Así discurría Torrecusa, concluyendo que su voto era que se tomase a Salou antes de invadir a Tarragona.

Marco Antonio Gandolfo, ingeniero mayor del ejército, hombre de mucho talento, y que conocía muy bien las fortificaciones, decía que había examinado y reconocido con mucho cuidado el fuerte de Salou, y que era de tan poca consideración que en presentándose los escuadrones se rendiría sin hacer ninguna resistencia: que teniendo noticia que en Tarragona se trabajaba sin cesar en hacer los preparativos para la defensa, no se debía dilatar un día en acometerla, pues todo lo que se tardase era darlos el tiempo que deseaba la diputación y las tropas que tenía dentro, y hacer más difícil y costosa su conquista; que su opinión era que el ejército se pusiése inmediatamente delante de esta ciudad, y desde el campo se podría enviar alguna gente para intimar la rendición a Salou; y en el caso de resistirse atacarlo con la fuerza, pues para todo tenían gente bastante.

El Marqués estaba más inclinado a seguir este
último dictámen, mas como el Maestre de Cam- 
po general lo impugnaba con gran vigor desis-
tió de su intento, y mandó que el ejército si-
guiese sus órdenes. Se puso en marcha y fue a
alojarse en un llano que tiene poco mas de media
legua entre Salou y Villaseca, estando ésta al Sep-
tentrión y aquél al Mediodía, pero ambos forti-
cicados, donde los enemigos tenían alguna guar-
nición para impedir que el ejército pasase a Tar-
ragona. Estando en el camino recibió una carta
por la qual se le informaba del estado en que
se hallaba Barcelona, del ánimo de sus mora-
dores, de los afectos al partido Real, de la mo-
deración que convenía guardarse en algunos pue-
blos, con otras advertencias importantes, para no
irritar los ánimos. Torrecusa y Xeli acometieron
estos dos puntos, y no tardaron en apoderarse de
ellos. Santa Colomba teniente de Mariscal de
Campo defendía a Villaseca con trescientos na-
turales y algunos Franceses, y el fuerte de Salou
estaba encomendado al Señor de Aubiní con al-
gunos Franceses y muchos paisanos mandados
por Francisco Gimineles. Estos se defendieron
con mayor valor y obstinación que los de Villa-
seca. Unos y otros quedaron prisioneros, y fue-
ron tratados con gran diferencia. Espeñan que
estaba mandando en Tarragona pidió al Marqués
que se hiciera el cange de prisioneros sin diferen-
cia de Catalanes y Franceses; y habiendo tenido
consejo de guerra para deliberar sobre este punto,
se resolvió que se le preguntase primero por qué
motivo estaba dentro de los reynos de España ha-
ciendo la guerra, si como capitán del Rey Cri-
tiansísimo que era enemigo del Cathólico, ó co-
mo auxiliar de una nacion rebelde a su Señor
natural. Esta respuesta se le dió con el fin de
ganar tiempo, y poder resolver con mayor ma-
durez en un negocio de tanta importancia; y
para darle a conocer que entendían el arte de la
guerra, y sabían hacer la diferencia que se
debía en ella. Por otra parte querían abatir su
orgullo haciéndole temer lo mismo que ellos te-
mían, aunque estaban resueltos de dar quartel
como lo solicitaba.

El General Francés tardó en responder por-
que se hallaba embarazado con la pregunta. Con este motivo se dió libertad a Sta. Colomía para pasar a Tarragona, y tratar con él la materia y venir a algún convenio, dándole noticias exactas de las fuerzas del ejército que los Franceses engañados por los Catalanes creían muy inferiores. Al mismo tiempo que por esta parte se continuaban con tanta felicidad las operaciones militares, prosiguiendo su marcha esta división casi sin hallar tropiezos, S. Pol que gobernaba las armas en Lérida resolvió hacer entrada en Aragón y saquear los lugares de la frontera para llamar la atención de los enemigos y impedir los progresos del ejército, dando aviso a D. Juan Copons para que hiciere lo mismo por tierra de Tortosa acometiendo la ciudad o la villa de Orta. Junto S. Pol la gente que se componía de siete tercios y algunos caballos, y resolvió acometer la villa de Tamarite de Litera, lugar abierto y sin ninguna fortaleza, situada a la misma frontera a poca distancia del Cinca, que era el quartel de los tercios de Navarra que mandaba el Señor Abli- tas, y para cogerle más descuidado fingió dirigirse a otros pueblos. D. Alexo de Gilabert sargento mayor del tercio de Pallás, que era muy conocido de los habitantes y práctico del terreno y situación de la villa, fué el que tuvo la principal parte en esta expedición que se emprendió por la noche. Luego que los enemigos llegaron cerca del pueblo se dieron las órdenes correspondientes para atacar el quartel, y se hizo con todo ímpetu apoderándose de él sin mucha resistencia, quedando todos muertos o prisioneros.

Copons con su tercio y algunas compañías de Almogávares acometió la villa de Orta, y aunque el Gobernador de Tortosa envió quinientos infantes bajo las órdenes del sargento mayor D. Diego de Mendoza a socorrerla, los Catalanes se apoderarón de ella. Con estas dos victorias cobraron ánimo los rebeldes, y perdiéron mucho crédito las armas del Rey. Rendidas Salou y Villeseca, el ejército del Rey dirigió su marcha a Tarragona. El Duque de S. Jorge se adelantó con mil caballos y cuatrocientos mosqueteros para apoderarse de los puestos que están sobre la ciu-
dad, y le seguían dos mil infantes para formarse en aquellas partes que eligiese. Cuando Espenan-vió que los Españoles se acercaban a la plaza con mayores fuerzas que él pensaba, empezó á afligirse porque no tenía tropas bastantes para resistirles, y sabia que no podía contar con los moradores, de los cuales muchos estaban muy afectos al partido del Rey, y los demás querían república ó estaban indiferentes. Tampoco podía contar con los socorros de fuera, pues aunque se los había ofrecido no tenía noticia de haberse tomado las providencias para enviárselos tan pronto como los necesitaba. Las murallas eran demasiado extensas para poderlas defender las pocas tropas que tenía; no había forrages, ni víveres, ni municiones; en fin se hallaba desprovista de lo necesario para un largo sitio. Todo esto le tenía en la mayor confusión, y sin esperanza de poder rechazar al enemigo.

Sentía haber entrado en la ciudad, y mucho más haberla de abandonar; y no sabía qué partido tomar en estas circunstancias. Después de muchas reflexiones se convenció que no estaba obligado á defender á aquellos que no querían contribuir á su defensa, y por esta misma causa debía reputarlos por enemigos ocultos que maquinaban su ruina, y que no esperaban sino la ocasión de declararse. Por estas y otras razones que Sta. Colomba le dió informándole del poder del ejército del Rey, y de la inclinación de los Generales para hacer un acomodamiento con él, resolvió tratar con ellos y retirarse. El 21 de Diciembre envió á Barcelona á Francisco Villaplana, teniente General de la caballería del país, con pliegos para los diputados, en los cuales decía que aunque se hallaba sin los medios necesarios para defender la plaza, estaba pronto á sacrificarse por la patria con tal que le enviaran alguna tropa, pues lo más que podía hacer con la suya era desmontar la mitad de la caballería para defender las murallas, y con la otra mitad saldría á la campaña para inquietar á los enemigos. Los diputados sin saber por qué motivos dilataron responderle, y por esta razón el Gobernador envió á Sta. Colomba al Marqués con
las instrucciones necesarias para concluir el trata-
dado; y disueltas algunas dificultades y dudas
que ocurrieron, convinieron en los artículos si-
guientes.

1.° Que el Maestre de Campo Espenan sal-
drá con las tropas del Rey de Francia de Tar-
ragona.

2.° Que igualmente llevará consigo y se re-
tirá con las tropas de infantería y caballería
que tiene a su cargo, y están entre esta ciudad y
la de Barcelona.

3.° Que no entrará en ningún lugar fuerte
del Principado, ni defenderá ninguna plaza que
le sea encargada por la diputación.

4.° Que hará cuanto pueda para reducir al
servicio del Rey Católico al tercer conseller de
Barcelona Coronel del tercio de Sta. Eulalia, y
que se reuna con el ejército Real.

5.° Que hará cuanto pueda para que se pon-
ga en manos del Marqués la venerable insignia
ó pendón que está dentro de la plaza.

6.° Que aconsejará a la ciudad, que por me-
dio de sus diputados se presente al Marqués
a solicitar la gracia del Rey pidiendo perdón de
sus yerros.

Aquella misma noche se firmaron por ambos
Generales las capitulaciones, y el día siguiente se
viéron en el campo español y comieron juntos los
cabos Españoles y Franceses. Los diputados del
cabildo eclesiástico y secular salieron a humillar-
se al Marqués con aquella pompa que acostum-
bran en semejantes ceremonias; mas no quiso ad-
mitirlos sin que primero se despojasen de aquel
aparato y se presentasen con la mayor humildad,
puesto que venían a pedir perdón e implorar la
clemencia del Rey; y desde luego obedecieron,
no sin gran temor de que se les hiciese sentir los
efectos de su enojo. El Veles los recibió a pie y
cubierto habiendo salido algunos pasos de su
quartel. D. Antonio Moncada canónigo de la
Iglesia fué el primero que habló por el estado
eclesiástico y luego los diputados de la ciudad,
que todos dixeron casi unas mismas cosas. El
Marqués les respondió con mucha gravedad y
entereza, que recibía en nombre de S. M. Cató-
lica aquella ciudad en su obediencia, creyendo
que sus ánimos se arrepentían de los errores pa-
sados, y que en adelante darian pruebas del amor
y fidelidad sirviéndole con prontitud en satisfac-
tión de sus culpas pasadas.

Mientras se hacia todo esto, y Espenan con
los suyos estaba en el campo español ocupado
en combites y cortesías, el conseller Coronel
acompañado de los que quisiéron seguirle de la
ciudad y de los suyos salió secretamente llevan-
do el pendón de Santa Eulalia. El dia siguien-
te 24 de Diciembre se hizo la entrega de la pla-
za, escusándose el General Francés de no poder
cumplir el artículo tercero y quarto del tratado
por haberse escapado en secreto el conseller. El
Duque de S. Jorge entró en la ciudad para obser-
var con cuidado la caballería que tenía y su cali-
dad, la cual había salido y estaba formada en el
campo fuera de la puerta llamada de Barcelona
en diez y siete batallones que se componían de
mas de mil caballos. Esto se había dispuesto así
para que la tropa Catalana, que no estaba com-
prendida en el tratado, pudiera retirarse con mas
seguridad protegida por la Francesa.

Desocupada la plaza entró el Marqués como
en triunfo y se alojaron en ella cuatro tercios de
infantería, repartiéndose los demás por los luga-
res vecinos. Luego se presentaron en el puerto
diez y siete galeras de España y Genova, man-
dadas por D. García de Toledo, y el mismo día
llegaron los bergantines de Mallorca con provi-
sión de granos para la caballería; pero no traían
socorros de hombres para el ejército. Solo venía
en las Galeras D. Juan de Garay conforme á las
órdenes que de la corte se le habían comunicado,
escusándose de no traer la infantería del Rosellon
porque estando allí la guerra mas viva, y te-
niando que defender muchas plazas, no había la
tropa suficiente. El Marqués quedó poco satis-
fecho con esta respuesta, y aunque recibió con
mucha cortesía y muestras de estimación á uno
y otro General, no tardó mucho en entrar en
zelos contra Garay porque temía se le dieran por
compañero en el gobierno del ejército, ó se sepa-
rase algún cuerpo de tropas para que obrase
por sí. Se dio orden para desembarcar la artillería que traía en número de 20 piezas con todos los pertrechos necesarios para su uso. Luego que llegó a Barcelona la noticia de la rendición de Tarragona, se llenó de consternación, tocáron las campanas a rebato, se llenó de furor el pueblo, y se puso en armas como si el enemigo estuviera á las puertas. Con el motivo de haber dicho un cochero que había en la casa de la inquisición castellanos escondidos se excitó un motín horrible que amenazaba grandes males. Los furiosos fueron allá, y habiendo encontrado tres oidores, los asesinaron y arrastraron sus cadáveres por las calles hasta la plaza del Rey, donde los pusiéron en la horca. Esta sedición llenó de terror y espanto á los buenos ciudadanos que temían á todos momentos que sus casas serían saqueadas y ellos víctimas de los sediciosos. Los ánimos estaban tan caídos, que si se hubiera presentado un pequeño cuerpo del ejército Real, indudablemente se hubiera apoderado de la ciudad y acabado los males de esta guerra horrorosa.

Llegado Espenán á S. Feliu escribió á su corte avisándola en secreto el estado en que se hallaba, y preguntando qué debía hacer después de haberse visto en la precision de capitular y entregar la ciudad de Tarragona. Mientras estaba en este pueblo esperando nuevas órdenes tuvo disputas muy acaloradas con los diputados, acusándose estos de haber capitulado con el Marqués sin consulta suya no siendo más que un estipendio de la provincia, y le hicieron un cargo escribiendo al Cardenal de Richelieu; y se dice que hubiera sido castigado si el Príncipe de Condé no le hubiera justificado. Se convocó el someter general, y apénas se juntaron en S. Feliu cuarenta mil hombres.

Mientras en Cataluña estaban las cosas en este desorden encendiéndose la guerra por todo el Principado, se formó en Portugal una conjuración que separó aquel reino para siempre de la corona de Castilla. Desde que Felipe segundo se apoderó de este país con la fuerza de las armas defendiendo los derechos que pretendía tener á él por su nacimiento, llevaban con impaciencia
el yugo castellano quejándose continuamente de los agravios que los Virreyes y Gobernadores les hacían, atribuyéndolos principalmente a las instrucciones que suponían les daba la corte de Madrid cuando los enviaba. Decían que Phelipe segundo siendo de un carácter artificioso y disimulado, cubría las opresiones que les hacía sufrir con pretextos honoríficos: que Phelipe tercero su hijo que era mas franco y sincero manifestaba claramente sus designios, y que seguía la misma política de su padre para abatir a los Portequesés a fin que no pudieran rebelarse: que Phelipe quarto, gobernado enteramente por el Conde Duque, desde el principio de su reinado había procurado despojarles de todos sus privilegios.

Entre las muchas quejas que hacían contra el gobierno de este buen Rey, la primera que les había incomodado en extremo era haber convocado las cortes generales fuera de su reyno con expresa violación de sus leyes, porque estando los diputados dentro de Castilla y no teniendo el apoyo del pueblo, no podían hablar libremente ni proponer lo que convenía para corregir los abusos del gobierno. Pues cuando no hay peligro en decir lo que se siente, todos expresan sus sentimientos con la franqueza que les dicta el interés ó la pasión, y el público y el gobierno pueden sacar una utilidad grande de estas ideas. Se convocaron pues los estados en Castilla, y se mandó a los Portugueses que enviasesen diputados, pero no llegó a verificarse. 2.a De que se proveían los cargos del Estado en Castellanos, y no en los naturales, contra lo que se había establecido en las cortes de Tomar en tiempo de Phelipe segundo, obligándose por su hijo y sus sucesores a establecer un consejo en el reyno compuesto solo de Portugueses, el cual con el Virrey gobernaría todos los negocios del reyno. 3.a Que se les ponía tributos y contribuciones insoportables, arruinando por esta causa el comercio, las artes, y la agricultura. 4.a Que se trasportaba los hombres a los países extranjeros, y quedaban desiertos los pueblos y las ciudades. 5.a Que los nuevos impuestos que últimamente se habían establecido sobre los comestibles, lejos de servir para las
urgencias del Estado, el Ministro se servía de ellos para sus caprichos, siendo inútiles quantas representaciones habían hecho pidiendo la reforma de todos estos abusos; pues el orgulloso Conde Duque no les había dado otra respuesta sino que las necesidades de un gran Rey no se arreglaban según la miseria de los pueblos, y que se usaba de mucha moderación y modestia cuando se pedía con decoro lo que se podía exigir por la fuerza.

El pueblo, lleno de indignación mas contra el Ministro que contra el Soberano, llevaba el yugo con mucha impaciencia. Conocía que el autor de todos sus males era el Conde Duque, que éste le hacia quebrantar los privilegios y fueros que gozaban desde la fundación de su monarquía renovados por el Sr. D. Phelipe segundo, y solemnemente jurados en su advenimiento al trono. Todo esto tenía al pueblo en un silencio espantoso, prenuncio de la explosión terrible que amenazaba el volcán. No hay cosa mas peligrosa para los gobiernos que el dexar de cumplir los tratados que han hecho con los pueblos. El Príncipe los debe observar con la misma religiosidad que los que hacen entre sí los particulares. No puede faltar á sus juramentos sin exponerse á que los subditos quebranten el que han hecho de serle fieles. La justicia, la religion, la política, y el decoro, exigen inviolablemente que observen y guarden su palabra, que debe ser tanto mas sagrada quanto está mas elevado que todos los hombres. Si falta á ella, los pueblos murmuran, se quejan, de las quejas pasan al odio, de de éste á las facciones y rebeliones que son tan funestas al Estado y al trono.

Comunmente los Soberanos no son la causa inmediata de la desgracia de los pueblos, sino los Ministros. Por esta razón deben velar mucho sobre su conducta, y moderar el poder y la autoridad que les confían. El Conde Duque que gozaba de toda la autoridad soberana por la indolencia, la inaplicación, y las diversiones en que lo tenía continuamente ocupado, no se servía de ella sino para optimizar los pueblos.

Todas las provincias de España gemían bajo
TABLAS CRONOLÓGICAS.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años de</th>
<th>Era de España</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Y. C.</td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

El yugo tiránico de este cruel Ministro en quien el Rey tenía puesta la mayor confianza. Nadie había gobernado con tanto despotismo. Fiero, orgulloso, cruel, vengativo; y el que se atrevía a contradecirle era inmediatamente víctima de su furor. Era preciso adularle o no acercarse a él: toda falta por leve que fuera era castigada severamente; ¿y qué no reputaba por falta un hombre de este carácter? Las quejas más justas, las representaciones más modestas, eran calificadas de injurias hechas a la Magestad.

Por esta razón estaba tan irritado contra los Portugueses que se quejaban sin cesar de que se violaban sus fueros; y los Grandes de este reyno que estaban acostumbrados a hablar con una generosa libertad a sus Reyes, no queriendo humillarse delante de este insolente Ministro que había ya abatido toda la grandeza de España, le acabaron de poner en furor y resolvió gobernarse con un cetro de hierro. Para conseguir el plan que había formado se sirvió de dos Portugueses llamados Diego Suarez y Miguel Vasconcelos, uno y otro hombres de talento, diestros, artificiosos, de gran política, y de mucho ingenio. Ambos poseían con toda perfección el arte de adular, y estaban devorados de la ambición más excesiva. Al primero hizo el Conde Duque secretario de Estado de Portugal mandándole que residiese en Madrid, y al segundo honró con el mismo cargo para ejercerlo en Lisboa con orden de dar cuenta de todo a Suarez, y éste al Ministro.

Vasconcelos era generalmente aborrecido, despreciado por su orgullo y su avaricia. Hablaba con audacia y mandaba con mas imperio que el Soberano, queriendo que sus órdenes se cumpliesen sin réplica y que se respetasen todos sus caprichos. Se dice que un día por una falta muy leve mandó rasurar la cabeza y cortar la barba a un sujeto y después lo envió a Galeras; y que habiéndole preguntado el Arzobispo de Braga, que era del consejo de la Virreyna, con qué autoridad se atrevía a tratar tan indignamente a este hombre, le respondió: Con la misma que mandaré a
TABLAS CRONOLÓGICAS:

| Años de | Era | V. S. I. que vaya a residir a su diócesi si se muto a criticar con demasiauda libertad mis acciones. De la misma manera trataba a la Virreyna, a quien el Conde Duque no había dexado sino una sombra de autoridad. Suárez y Vasconcelos gobernaban todos los negocios de Portugal con un poder absoluto; ellos disponían de todos los empleos a su arbitrio; y regularmente excluían y no los daban sino a los que estaban enteramente afectos a la corte, o por mejor decir al Ministro. Parece que no aspiraban sino a la opresión de su patria, sin conocer que con esta injusta conducta trabajaban en su ruina, y que insensiblemente abrían un abismo en que tarde ó temprano habían de ser ellos mismos sepultados siendo víctimas del furor del pueblo. Justa y ordinaria recompensa de los traidores y malvados. El ministro no hacía nada en los negocios de Portugal sin el consejo de estos dos hombres a quienes especialmente había encargado que observasen con el mayor cuidado y vigilancia la conducta del Duque de Braganza. Vasconcelos cumplía con la mayor exactitud esta comisión, informándole con puntualidad hasta de sus menores acciones, y según estos informes la corte ó le favorecía ó le perseguía. Los que aprobaban la conducta perversa de Vasconcelos eran protegidos y recomendados al Conde Duque para ser colocados en los destinos; mas por el contrario, los que censuraban su ministerio eran castigados severamente; pero principalmente trabajaba en introducir la discordia y la división entre los Grandes. Estos indignos tratamientos que se extendían a muchas personas excitaron el odio general, y ya no deseaban sino una ocasión favorable para vengarse de tantos agravios que no tardó en presentarse. Un ministerio que no está fundado sobre la justicia, excita tarde ó temprano funestas tempestades que casi siempre recaen sobre los que las han causado. Cuando entendieron que el Ministro pensaba reducir a provincia el reyno se entregaron a la desesperación, la cual se aumentó cuando llegó la Duquesa de Mantua en calidad de Virreyna con algunos Castellanes que debían formar su
Madrid acusó a los principales de la nobleza por no haber hecho diligencias para prevenir lo que otros habían informado y pedido, suponiendo siempre que las resoluciones eran con arreglo a lo que se había representado.

Cuando se descubrió este artificio se quejaron de Diego Suarez secretario de Estado, acusándole de haber violado y vendido los decretos del consejo. La Virreyna se dio también por muy ofendida y escribió al Rey; y el Conde Duque se burló de todos, y con falsos testigos justificó la conducta de Suarez, y este hombre insolente se hizo más atrevido para cometer los mayores atentados. Este despotismo, y los esfuerzos que se hicieron para abatir a los Portugueses, fué precisamente el medio de levantarlos. Así se burla la Providencia divina de los insensatos proyectos de los hombres. Cansados los pueblos de sufrir tantas vejaciones, insultos y crueldades de este bárbaro Ministro, concibieron el proyecto audaz de ponerse en libertad y de sacudir para siempre un yugo que tanto les oprimía. Las quejas, el descontento y las murmuraciones eran generales. Su paciencia había llegado al último extremo, y se había convertido en furor, y solo faltaba un punto de reunión para hacerlo sentir con toda su fuerza.

En las ciudades principales se habían excitado algunas sediciones, tristes anuncios del levantamiento general que amenazaba. La corte de Madrid acusó a los Grandes y a los principales de la nobleza por no haber hecho diligencias para preverlas o para aplacarlas, a los cuales se mandó venir; y el Conde Duque después de haber comunicado a los tres Arzobispos de Lisboa, de Braga y de Évora la orden de S. M. que imponía un tributo excesivo sobre todo el reino de Portugal para castigar a sus habitantes por su rebelión, propuso a los Grandes que consintieran en la unión de Portugal a la corona de Castilla,
La convocatoria de todos estos personajes a Madrid tenía en grande inquietud a los Portugueses, porque temían que se hubiera formado algún proyecto contra su libertad para estrechar más las cadenas que arrastraban, o para quitarles la vida como se había hecho en tiempo de Ordoño segundo Rey de León, o como sucedió a los Condes de Egmont y de Horn, a quienes el Duque de Alva después de haberlos llamado para tratar de los negocios importantes del Estado, los hizo morir en un cadalso, y al Duque de Arscot en una prisión. Todos estos ejemplos desgraciados, antiguos y modernos que estaban en boca de los Portugueses, les hacía temer que sus Grandes no tuviesen en la corte de Madrid una suerte funesta teniéndolos en su poder el cruel y ven-gativo Ministro. Llenos de estos temores tomaron las precauciones necesarias para evitar los males que les amenazaban, estando todos resueltos a hacer los mayores esfuerzos para defender su libertad.

Suárez que llegó a sospechar los proyectos de sus conciudadanos, persuadió al Conde Duque que enviase las tropas portuguesas y la nobleza a la guerra de Cataluña, mandando al Duque de Braganza que se pusiese a su frente. De este modo quedará Portugal sin fuerzas, y sus habitantes sin este apoyo no se atreverán a levantarse, y obedecerán sin repugnancia las órdenes que se les comunique. Este medio pareció muy oportuno para lo que se intentaba, y luego se puso en ejecución comunicando las órdenes a la Virreyna para que la tropa se pusiera en marcha con la mayor prontitud que fuera posible. El Rey escribió a los grandes, especialmente al de Braganza, que se preparasen para pasar a Cataluña sin pena de ser castigados y confiscados sus bienes.
Estas órdenes llenaron de indignación a la nobleza porque les hacía abandonar sus casas y familias y salir de su país, y resolvieron exponerse a los últimos peligros por defenderse de semejante violencia.

¿Sufriremos, decían, que nos enviemos a un país distante de nuestra patria para derramar nuestra sangre en una guerra que nada nos interesa? ¿Nos expondremos a mil peligros sin la esperanza de ninguna recompensa? Si hemos de perecer, ¿lo menos pereceremos en el seno de nuestra patria, en medio de nuestras familias, defendiendo nuestra libertad y nuestros privilegios, y resistiendo a la tiranía espantosa que tanto nos degrada y envilece. Estas conversaciones encendían la ira en sus corazones. El clero y el pueblo tomaba parte en ellas porque se violaban con tan poca reserva sus fueros y privilegios, se quejaban de la injusticia, se decía públicamente que era necesario poner un término a sus males, y que sus humildes representaciones no habían servido sino para agravarlos y hacer más pesadas sus cadenas: que se debían tomar las armas para conseguirlo; que los eclesiásticos estaban en esto tan interesados como los seculares; y que siendo esta causa común a todos, era necesario perecer o conservar sus bienes, su honor, su libertad, y sus privilegios.

Aunque se hablaba así en los corrillos nadie se atrevía a declararse el primero, ni a formar un plan concertado de revolución para asegurar el suceso. Algunos insinuaban que se debía poner sobre el trono al Duque de Braganza porque pretendían que le pertenecía de derecho el reino, siendo el sucesor más inmediato que había querido de la casa Real. Esto se hacía en secreto y con mucho artificio.

No había en Portugal sino el Duque que tuviera en grande inquietud al gobierno de Madrid. Este hombre era de un carácter pacífico y moderado, afable con todos y muy bondadoso, magnífico y generoso, amigo de las diversiones, y especialmente de la caza: entendía con mucha facilidad los negocios, y sabía manejarlos cuando se aplicaba a ellos; pero era indolente y poco
...juzga los principios de la política, nadie era menos propio que este para una empresa tan arriesgada, que pedía un hombre exaltado y resuelto a exponerse a todos los peligros. Sin embargo, la Providencia se sirvió de este débil instrumento para poner en libertad a los Portugueses.

El Duque Theodosio su padre, que fue de un carácter impetuoso y enemigo irreconciliable de los Castellanos, había procurado inspirarle desde muy niño el odio contra ellos, representándoles como usurpadores de una corona que le pertenecía de derecho, para encender por estos medios tan poderosos la ambición en su corazón, y prepararle para que cuando la edad se lo permitiese, o se presentase alguna ocasión favorable, acosmésé la empresa peligrosa de recobrar su trono. D. Juan estaba lleno de estas ideas que con el tiempo habían hecho una impresión muy profunda en su espíritu y en su corazón; pero no tenía ni el fuego, ni la actividad, ni la resolución de su padre para este efecto, y quizá estaría aun Portugal unido con la España si su carácter indolente y voluptuoso no le hubiera hecho mirar con desprecio, y como incapaz de una empresa tan grande. Es muy verosímil que descubierta su ambición y su actividad, la corte de Madrid no le hubiera dexado en medio de su país, ni con tantos bienes que le pudieran facilitar la ejecución de sus proyectos ambiciosos.

Para no hacerse sospechoso no se mezclaba en ningún negocio: no aspiraba a ningún mando ni dignidad que lo pudiera hacer visible al pueblo; vivía en el retiro ocupado salamente en sus diversiones. El palacio de Villaviciosa donde pasaba su vida era el teatro de las fiestas, ocupándose con los que iban a visitarle en la caza y en todo lo que puede hacer la vida del hombre agradable, y esto libraba a la corte de Ma-
dríd de los temores que pensase jamás un hombre de este carácter subir al trono. Mas estas cualidades naturales producían un efecto contrario en los Portugueses, haciéndoles esperar si lo colocaban en el trono un gobierno suave, sabio, y lleno de moderación. Por más distante que estuviese de ello, al fin la corte de Madrid empezó a entrar en algunos celos, porque en las conversaciones se hablaba de él con mucho elogio, se manifestaba el grande afecto que el pueblo le tenía, y se trató de tomar providencias para impedir los funestos efectos que podían nacer de esta consideración y amor.

Se resolvió pues en el consejo asegurarse de su persona y hacerlo salir de Portugal. Se le ofreció el gobierno de Milan, pero no lo aceptó, representando que no tenía los conocimientos necesarios de los negocios de Italia para desempeñarlo como se debía, y que su salud estaba algo quebrantada para hacer un viaje tan largo. El Ministro se mostró satisfecho de estas razones, pero luego le armó otro lazo para atraerlo a la corte. Le escribió que debiendo hacer el Rey un viaje a Aragon para castigar a los rebeldes de Cataluña, era justo que le acompañase poniéndose a la frente de la nobleza de aquel reyno para juntarse con la de Castilla en una expedición que quería mandar en persona. El Duque conoció el artificio, y le respondió que la escasez de sus rentas no le permitían presentarse con el decoro debido a su nacimiento, suplicándole a mismo tiempo que haciendo presentes al Rey estos motivos poderosos inclinase su ánimo a que los recibiera con agrado.

Esta resistencia obstinada ponía en gran cuidado al Ministro, temiendo que sin embargo de su genio pacífico e indolente no le hubieran hecho conocer los derechos que tenía, y que los deseos de sentarse en el trono no fueran más poderosos en su corazón que el amor al retiro y a la tranquilidad; y como era tan fecundo en artificios no desistió del intento de apoderarse de su persona que juzgaba que era absolutamente necesario para la tranquilidad del Reyno. Le hizo mil caricias y le manifestó la mayor confianza,
todo con el pretexto de seducirle y engañarle; porque estando ocupadas las tropas en la guerra de Cataluña le parecía muy peligroso usar de la fuerza, que podría encender una revolución general por el grande amor que los pueblos tenían a la casa de Braganza. Estando en guerra la Francia y la España se temía que la esquadra del Arzobispo de Burdeos que infestaba nuestras costas, y había hecho en ellas algunos desembarcos, y saqueado los pueblos que estaban desprovidos, haría lo mismo en Portugal. Con estos motivos, al parecer tan justos, ocultó el Conde Duque la mayor traición teniendo por cierto que el lazo estaba tan bien armado que el Príncipe había de venir a sus manos.

Le envió una orden con autoridad absoluta para visitar todas las costas por donde podían desembarcar los Franceses y ponerlas en estado de defensa, visitar las plazas, y dar las providencias necesarias para reparar sus fortificaciones, poner las guarniciones correspondientes, disponer de los bageles que estuviesen en los puertos, y en fin con esta comisión parece que se ponía todo el reino a su disposición. Esta entera confianza que se hacía de él le hizo entrar en mayores sospechas, y proceder con más cautela en el ejercicio de su cargo haciéndose acompañar de mucha gente de valor, y de su mayor confianza. Al mismo tiempo se envió una orden en secreto a D. Lopez Osorio que mandaba la flota de España, que si sabía que el Príncipe estaba en algún puerto entrase en él con cualquier pretexto, le convidase en su bage, y estando en él lo prendiese y lo enviese inmediatamente a la corte. La Providencia le libró de esta asechanza cruel en que hubiera pericdo el hombre más prudente. Una tempestad dispersó las naves, y Osorio no pudo acercarse a las costas de Portugal.

Sin embargo de que se frustraron las esperanzas que el cruel Ministro tenía puestas en estos dos medios que a su parecer eran la obra más consumada de su política para cometer una maldad exécrable, no por esto desistió de su intento. Discurrió otro medio para engañarle. Le escribió como al amigo más íntimo en términos que ma-
manifestaban la confianza que tenía en él, con quien si pudiera, partiría el ministerio y el gobierno del Estado. Se quejaba de la desgracia que había padecido la flota, con la cual hubiera podido defender fácilmente las costas de Portugal; que sentía mucho la aflicción de su ánimo viéndose privado de este socorro; que no sabía cómo hacer ni de qué medios se había de servir, pero que no dudaba el Rey que su fidelidad y el zelo que tenía por su servicio le haría hallar recursos que serían imposibles para otras personas que no tuvieran los mismos sentimientos; y que para levantar tropas y los gastos que se le ofrecerían en los viajes, se había enviado orden para que se le entregasen quarenta mil ducados. Los gobernadores de las cuidadelas, que la mayor parte eran Españoles, tenían orden si se presentaba ocasión favorable de prenderle y remitirlo inmediatamente a España.

Estas demostraciones de confianza que le daba el Ministro, lejos de adormecerle le hacían más vigilante, de manera que procuró sorprenderle con sus mismos artificios. Respondió al Conde de Duque que aceptaba con la mayor satisfacción la comisión y el nombramiento de General que el Rey le daba, y que procuraría justificar la elección que había hecho de su persona por su aplicación y zelo que pondría en su desempeño. Desde este momento empezó a reconocer que no sería imposible subir al trono de sus mayores, y para prepararse el camino y allanar las dificultades, puso a sus confidentes en los destinos que podrían serle más útiles en adelante. Con el dinero que se le dió ganó muchos amigos, y visitó las plazas tan bien acompañado de gentes resueltas y de valor, que fue imposible a los Gobernadores ejecutar las órdenes que tenían de prenderle. La corte de España murmuraba altamente del Ministro porque le había dado una autoridad tan absoluta, no sabiendo las razones que le habían movido a obrar de este modo. Se decía que era una imprudencia nombrar General de todas las tropas de Portugal a un hombre que pretendía tener derechos al trono, a quien el pueblo miraba con un afecto particular, y que podia ser
que se sirviese de las mismas armas para levantar contra su Soberano. El Rey viendo que el pueblo no conocía el motivo por qué se hacía, ni penetraba el misterio, estaba lleno de satisfacción, y por la misma razón juzgaba que el Ministro era el más profundo político, y que su resolución debía llevarse á efecto, no dudando que con ella se conseguiría el fin que se habían propuesto.

El Duque de Braganza visitó todo el reino libremente por medio de esta comisión entrando en las cumbres con aparato y magnificencia Real. Todas las gentes concurrian á verle, las recibía con benignidad y agrado, oía sus quejas y las remediaba. Reprimía las violencias de los soldados, acariciaba á los oficiales, respetaba al clero secular y regular, y á todo el mundo decía con la distinción que merecía su clase y su dignidad. Derramaba beneficios por todas partes grangeándose de este modo el amor y la estimación del noble y plebeyo, de los religiosos y eclesiásticos, de los magistrados y de los soldados, y en fin de toda clase de gentes que deseaban con ansia verle colocado en el trono. De este modo lo que el Conde Duque había preparado para su ruina no sirvió sino para su elevación. Sus partidarios trabajaban con la mayor actividad en ganarle amigos, especialmente Pinto Ribeyro mayordomo de su casa, el cual estaba enteramente ocupado en formar el plan de su elevación, porque siendo él mismo ambicioso creía que al mismo tiempo trabajaba en establecer su propia fortuna, no dudando que si llegaba con su actividad e intrepidez á colocarle en el trono, tendría una gran parte en el gobierno y ocuparía un lugar distinguido en la corte. Rara vez el hombre se pierde de vista á sí mismo, aun cuando parece que está enteramente ocupado en los negocios de otro.

En las conversaciones familiares que tenía con él le había manifestado que si tenía ocasión de recobrar el trono de sus mayores no lo perdería, pero que tampoco se expondría á una empresa tan arriesgada como un hombre que nada tiene que perder; que procurase ganarle amigos pero sin comprometerle, ni manifestar que tenía en esto ninguna parte. Pinto, que era de un ge-
de 1.000 a 1.014

nicio vivo y penetrante, y estaba muy versado en el manejo de los negocios y el arte de la intriga, empezó luego a trabajar en el plan que se había propuesto con la mayor disimulación y artificio.

Observaba en Lisboa quiénes eran los que estaban más descontentos, y procuraba aumentarlos, censurando las operaciones del gobierno y haciendo correr quejas contra él: unas veces con mucha moderación, y aun procurando en algún modo justificarle, pero de manera que siempre lo dexaba gravemente culpable en los agravios que suponia hacia a los particulares y las violencias que comitía contra el pueblo: otras veces hablaba con la mayor vehemencia pintándole con los colores más negros para hacerlo odioso, acostumbrándose en las conversaciones al genio, a las opiniones y a la inclinación de los que le oían; porque siendo de una prudencia consumada, evitaba con el mayor cuidado de exponerse al peligro por sus conversaciones temerarias, aunque el odio que los Portugueses tenían a los Castellanos no necesitaba de ninguna de estas precauciones deseando todos verlos fuera de su rey y librarse de su dominación que sufrian con la mayor impaciencia. ¿Cómo unas gentes de este carácter harían traición a los secretos de Pinto? A los principales de la nobleza les recordaba los empleos y distinciones que sus mayores habían ejercido con tanta gloria, y que en el día estaban ellos excluidos y se daban a extranjeros ineptos que no pensaban sino en enriquecerse cometiendo mil violencias: que ahora se les obligaba a tomar las armas para ir a la guerra de Cataluña, donde regularmente perecerían lejos de sus pacientes y amigos, en un país extraño, y entre unas gentes bárbaras: que si tenían la fortuna de conservar su vida en medio de tantos peligros sufrirían trabajos inmensos, gastarían sus caudales quedándose pobres para toda su vida, y lo que sobre todo era insoportable que los expondrían a los mayores peligros con el fin de acabarlos, insultando de este modo la gloria de sus mayores que dominaron el mundo con su valor, y que jamás pudieron en esto igualarse los Castellanos con los Portugueses.
TABLAS CRONOLÓGICAS.

Años de g. c.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años</th>
<th>Tablas cronológicas</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>100</td>
<td>A los labradores, comerciantes y artesanos les hablaba conforme a su genio, diciéndoles que era una lástima como estaba el reyno por el mal gobierno: que los campos estaban incultos porque se llevaban los jóvenes para las guerras extranjeras, y por ende en ellas, faltando de este modo los brazos necesarios para el cultivo: que empezaba a sentirse yá la escasez de los frutos, y que tendrían que venir de fuera y los comprarian muy caros: que el comercio de las Indias lo habían trasladado los Españoles a Cádiz, y que Lisboa iba perdiendo todos los días de su grandeza porque su puerto era poco frecuentado de las naciones extranjeras, y que sin duda alguna esta capital que había sido cerca de dos siglos el mercado general de toda la Europa, iba a caer en la obscuridad y el desprecio, no acordándose nadie de que de su puerto salieron los vencedores del África, del Asia, de la América, de las Islas de aquellos mares, y en fin de todo el mundo: que hicieron temblar sus mayores en todos los países que estaban sujetos a su imperio; y que por esta razón cuando se presentaba la ocasión, todos hacían esfuerzos para sacudir el yugo como lo había hecho la Holanda y Cataluña: que Aragon y Navarra harían de buena gana lo mismo, pero desde que los Castellanos dominaron estos países perdieron sus habitantes aquel vigor natural y aquella intrepidez que los hizo tan célebres en los siglos pasados: que en el día estas gentes habían perdido por la opresión en que estaban los sentimientos de honor y generosidad, y que estaban tan abatidos que no se atrevían a pensar en su libertad que era tan protegida por sus fueros. Un gobierno tiránico lo destruye todo sin remedio, y degrada a los hombres hasta reducirlos casi a la clase de bestias. Este es el estado, les decía Pinto, en que se halla nuestro reyno, y no seremos felices sino recobramos la libertad, que es la que da a los hombres la energía necesaria para</td>
</tr>
</tbody>
</table>
hacer esfuerzos heróicos en todas las artes y negocios de la vida.

Representaba a los eclesiásticos que se habían violado sus inmunidades y privilegios: que los mejores y más ricos beneficios que debían ser la recompensa del mérito y de la virtud se daban a Castellanos ignorantes y viciosos: que aunque las leyes y los fueros de Portugal prohibían expresamente que los extranjeros poseyeran dignidades, cargos, empleos, ni destinos seculares y eclesiásticos del reyno, y juraban su observancia los Reyes el día de su coronación, desde que los Castellanos habían entrado a reynar se había convertido en una mera fórmula que se olvidaba tan pronto como se pronunciaba en la augusta ceremonia a presencia de los representantes de la nación. A los que estaban descontentos del gobierno les hablaba de las calidades excelentes del Duque para saber de qué modo pensaban y descubrir sus inclinaciones. Se quejaba de que este hombre que podía remediar tantos desórdenes estuviese sepultado en la obscuridad, apartado enteramente de los negocios, y sin mostrar ningún afecto por su país, ni tener cuenta con su propia dignidad. Cuando veía que estos discursos hacían alguna impresión sobre los oyentes, y que eran bien recibidos, hacía elogios a los unos lisonjeándoles con el glorioso título de libertadores de la patria para animarlos y conservarlos en los mismos sentimientos; a los que estaban quejosos de los agravios y violencias que padecían, procuraba encender la ira en su corazón exagerando las injusticias por la calidad de las personas, las circunstancias del tiempo, de los lugares, y de las mismas familias, sirviéndose de todos aquellos medios que son más eficaces y más propios para irritar a los hombres. En otros que estaban abatidos y despreciados excitaba las esperanzas de mudar de fortuna con la variación de gobierno.

Pinto sabía perfectamente el arte de mover los corazones, y a todas sus razones la pasión de que estaba animado les daba un nuevo colorido que convencía y persuadía enteramente a los que le oían. Ganados muchos a su partido, resolvió juntar una parte de la nobleza para deliberar so-
bre un negocio tan peligroso para ellos, y de tanta importancia para la nación. Los más considerables se juntaron el doce de Octubre en el jardín de D. Antonio de Almada, y se hallaron en esta junta él y su hijo D. Luis, D. Francisco de Melo, montero mayor, y D. Jorge su hermano; Pedro Mendoza, Antonio Saldaña, D. Rodrigo de Saa, mayordomo mayor, D. Rodrigo de Acufia, Arzobispo de Lisboa, que estaba muy picado contra la Virreyna porque le había preferido para el Arzobispado de Braga, que es primado de Portugal, a D. Sebastián Matos de Noroña y le daba toda su confianza, siendo así que él era de mucho talento e instrucción, y de una de las familias más ilustres del reyno. Este desprecio no podía tolerarlo, y entró en la conjuración para vengarse. También estuvo en la junta D. Luis Acufia su sobrino y algunos otros oficiales de la casa Real, que ya no conservaban sino el título después que se había agregado el reyno a la corona de Castilla.

D. Miguel de Almeyda, viejo venerable, se distinguió entre todos estos por el amor decidido de su patria, y estaba lleno de indignación porque la veía reducida a la servidumbre por los Castellanos, y nunca pudiesen persuadirle sus amigos y su familia que se presentase al palacio de la Virreyna, y que hiciera la corte a los Ministros, por cuyo motivo le tenían por sospechoso. Pinto, conociendo su carácter firme y sus nobles sentimientos, fué el primero con quien se explicó, no dudando que siendo de tanta consideración si se declaraba por el proyecto que había formado, la nobleza le seguiría. Estando pues todos juntos se levantó el Arzobispo y les hizo un discurso representándoles con la mayor viveza el estado miserable del reyno y la opresión en que lo tenían los Castellanos, repitiendo en particular los agravios e insolencias que estaban en boca del pueblo, y renovando la memoria para excitar en su corazón el odio contra el gobierno Español y sus Ministros. Estas palabras hicieron tan ta impresión en ellos, que empezaron a quejarse amargamente, refiriendo las injusticias que cada uno había sufrido. Uno de-
cia que había perdido sus bienes injustamente; otro que el Ministro le había quitado los cargos y dignidades que eran hereditarias en su familia para darlos a sus favoritos; éste que había estado mucho tiempo sepultado en los calabozos por simples sospechas sin que se pudiera justificar ningún delito; aquél se lamentaba de haber sido detenidos en Madrid o enviados a Cataluña como rehenes infelices de su fidelidad, sus padres, hermanos, hijos o amigos. En fin todos hallaban en el interés general una injuria particular que vengar. El viaje de Cataluña lo miraban como una medida que se había tomado para destruirles, por cuyo motivo se llenaban de furor y desesperación; y aunque no hubieran tenido tantas injurias que vengar, esta sola los hubiera determinado a tomar las armas para sacudir un yugo que les era insoportable; y no viendo algún remedio a sus males, se acusaban de indolentes y cobardes conviniento todos que era preciso arrojar a los Españoles de su reyno, pero estaban divididos sobre la especie de gobierno que convenía establecer.

Unos querían que se erigiese una república federativa como la de Holanda: otros estaban por la monarquía, y deseaban un Rey, pero se hallaban discordes en el que había de ser, porque unos proponían al Duque de Braganza, otros al Marqués de Villareal, y en fin otros al Duque de Aveyro, que los tres eran de la familia Real; pero en esta elección no consultaban sino el interés particular y su afición. El Arzobispo que era muy afecto a la casa de Braganza, sirviéndose de la autoridad que le daba su dignidad, les representó que no podían mudar nada en la forma de gobierno habiendo jurado fidelidad al Rey de España sin quebrantar su juramento, sino restituir la corona al que de justicia se le debía que era el Duque de Braganza; y no les quedaba mas arbitrio que elegir á éste ó quedarse para siempre bajo la dominación Española: que este era el hombre mas poderoso que había en Portugal, y que no poniéndolo á su frente como cabeza era imposible arrojar á los Españoles: que para obligarle era
preciso ofrecerle la corona, aun cuando no tuviera derechos incontestables a ella, como primer Principe de la sangre; les representó sus buenas cualidades, su prudencia, su bondad, y su afabilidad y dulzura, y que no se le podía tratar sin estimarle: en fin díos tales cosas en su favor, que todos quedaron persuadidos que se debía elegir por Rey y hacer los mayores esfuerzos para que entrase en este proyecto. Así se separaron conviniendo antes en los días y las horas en que debían juntarse para deliberar sobre los medios más eficaces y facilitar el éxito feliz de su empresa.

Tomada esta resolución, Pinto escribió en secreto al Príncipe dándole aviso de todo, y que convenía que se acercase a Lisboa para animar a los conjurados con su presencia, y tomar las medidas precisas para la ejecución de su plan. Este hombre intrépido sin manifestarse ponía en movimiento todos los resortes para esta empresa peligrosa como si estuviera transportado del amor del bien público, no estando agitado sino de la ambición más desmesurada. Afectaba dudar que el Duque quisiera entrar en este proyecto, porque no era su genio para las empresas peligrosas y que pedían mucha aplicación, proponiendo además algunas dificultades que aunque parecían suficientes para borrar toda sospecha de que estuviese de inteligencia con su amo, pero no para detener la empresa, antes bien ponían en sus ánimos mayor ardor y les empeñaban más en su ejecución.

Recibida la carta de Pinto el Duque salió de Villaviciosa y se vino a Almada, castillo que está al otro lado del Tajo casi en frente de Lisboa como si llegase a visitar esta plaza en virtud de su comisión. Iba con un tren magnífico, acompañado de muchas gentes no vulgares, y de muchos oficiales de guerra; y estando tan cerca de la capital fue preciso que visitase a la Virreyna. La nobleza le acompañó, y cuando entró en Lisboa se juntaron tantas gentes para verle, que estaban llenas las calles y las plazas. La alegría era extraordinaria, solo faltó que alguno diera viva el Rey D. Juan para que desde aquel mo-
mento fuera proclamado. Pero en este caso la conjuración quizás hubiera tenido un éxito funesto, porque el pueblo es inconstante, tan pronto aborrece como ama, pasa rápidamente de la estimación al desprecio, y de los honores a los insultos. Empresas de esta naturaleza piden genio, constancia, intrepidez, y mucha sabiduría y prudencia para concertar bien los medios más fáciles y proporcionados para la ejecución de un objeto tan grande, y el pueblo carece de todas estas virtudes. Es una máquina de una fuerza enorme que sigue el impulso de la mano que la dirige, tan propia para destruir como para edificar, para establecer un nuevo gobierno como para reducirlo a nada en un momento. El pueblo hace y deshace a su arbitrio, levanta y abate, y no hay fuerza que pueda resistirle y contenerle en el momento de su furor; mas en pasándose el primer arrebato cede a la más pequeña fuerza, y si se impiden las reuniones se le hace llevar el yugo más pesado, y arrastrar las cadenas más enormes sin que tenga valor para quejarse.

Después que cumplió con la visita de la Virreyna se retiró a Almada sin dejarse ver en la ciudad por no causar zelos a los Españoles, que estaban ya algo incomodados con los movimientos del pueblo. Pinto hizo observar a sus amigos la timidez de su amo, y las precauciones excesivas que tomaba para evitar la mas leve sospecha: que si estando tan cerca no le manifestaban su proyecto, y le obligaban a entrar en él haciéndole violencia para aceptar la corona, todo se desvanecería como el humo y ellos estaban perdidos: que era necesario, o morir con la espada en la mano, o en un cadalso. Los conjurados convinieron en esto, y encargaron a Pi
to que pidiese hora para recibir la comisión. El Duque consintió en oírles con tal que no hubiese mas de tres, pues no le parecía bien explicarse delante de muchas gentes. Aquella misma noche fueron a su casa Miguel de Almeyda, Antonio Almada, y Mendoza, y entraron en su gabinete por una puerta escusada sin ser vistos de nadie.

Almada le representó el estado infeliz del
rey no sufriendo todas las injusticias y violencias de los Castellanos; y que él mismo sin embargo de ser un Príncipe tan grande no estaba libre de esta desgracia, pues el cruel Conde Duque se valía de mil artificios para perderle: que no le quedaba otro arbitrio para librarse de estas asechan-
zas sino el trono, y que ellos venían en nombre de muchas personas principales a ofrecerle la corona: que todos estaban resueltos a sacrificar sus bienes y su vida para este fin, y librarse de este modo la nación de la tiranía de los Castellanos: que no había que temer el poder de esta nación porque había perdido una gran parte de sus vastos dominios, y estaba ya sin fuerzas para resistir a tantos enemigos que estaban conjurados contra ella para vengar las injurias que les había hecho: que la Francia y la Holanda que le hacían la guerra, cada campaña le quitaban alguna plaza y una parte de sus estados: que sola la Cataluña, que acababa de tomar las armas para defender sus leyes y privilegios, ocupaba todas sus fuerzas: que se hallaba sin hombres, sin dinero, y gobernada por un Príncipe tan débil y de tan pocas luces que no conservaba sino el nombre de Rey, habiendo puesto todo el poder supremo y la autoridad Real en un Ministro que por su orgullo, sus injusticias, y despotismo, se había hecho odioso a toda la nación: en fin que en un reinado tan débil, no era necesario para recobrar la libertad y librarse de la opresión sino intentarlo.

Que podía contar con la alianza y protección de otros Príncipes de la Europa, enemigos declarados de la casa de Austria: que todos hacían esfuerzos para abatirla: que el Ministro de Francia, hombre de gran talento y de infinitos recursos, era implacable en su odio contra ella, especialmente contra la corte de España: que hay muchos puertos en Portugal por los cuales será fácil recibir los socorros que los aliados le envíen: que las fortalezas del reino tienen pocas guarniciones Españolas por haberse enviado al ejército de Cataluña. En una palabra, que no se había presentado jamás una ocasión tan favorable para defender los derechos que tiene al trono,
poner en seguridad sus bienes y su vida, y librar a la nación de su opresión y del yugo insoportable que la oprime.

Este discurso aunque tan lisonjero no dió a su ánimo aquel impulso y energía que los comisionados se habían prometido. Su carácter frío y timido tenía su espíritu en un estado de reflexión que parecía insensibilidad; y así les respondió en unos términos que ni les daba esperanza de entrar en su proyecto, ni se las quitaba, lo que quizás era efecto de una prudencia consumada para no obrar con precipitación en un negocio de tanta importancia y tan peligroso.

Les dijó que conocía muy bien el estado deplorable en que estaba el reyno, y los peligros a que estaba expuesta su vida: que su zelo por el bien de la patria era digno de los mayores elogios, y que él mismo les estaba súmamente agradecido por el grande interés que tomaban en todas sus cosas; pero que dudaba que fuera tiempo oportuno para usar de remedios tan violentos como los que le proponían, que cuando no tenían todo el efecto que se deseaba causaban infinitos males. Acompañó esta respuesta con tantas demostraciones de benevolencia, agrado, y afabilidad, dándoles las gracias más expresivas, que conocieron que la comision le había llenado de satisfacción y de alegría con la propuesta que le había hecho, y que si no manifestaba exteriormente su consentimiento, era porque esperaba el resultado de esta empresa.

Tomadas con Pinto algunas resoluciones se volvió a Villaviciosa lleno de cuidados que no le daban un momento de quietud, ni hallar gusto en aquellas diversiones y pasatiempos en que se ocupaba antes de tener las esperanzas del trono tan vivas. Entretanto los conjurados tomaban las medidas para la ejecución de su plan, y resuelto el día que había de ser, y de qué manera, enviaron al Duque á Pedro Mendoza para saber su última resolución. Pasando por Évora informó al Marqués de Ferreyra y al Conde de Vizminso, que eran también de los conjurados, la resolución de la junta, y procuró explorar la voluntad de los principales habitantes de esta ciu-
Continuó su camino, y habiendo llegado a una quinta donde estaba el Duque le fué a ver al campo donde estaba cazando, y hallándole solo y sin testigos, le dijo: Vengo de parte de la nobleza a ofreceros la corona de Portugal que es la herencia de vuestros mayores. El pueblo os va a proclamar Rey aunque no consultéis en ello, pues en vos solo tiene puesta la esperanza que lo libra- reis de la tiranía de los Castellanos. Los derechos incontestables que tenéis al trono, el voto de la nación, y la salud de la patria, os llaman. Aceptad pues, Señor, la oferta que os hacemos, poned fin a nuestras desgracias; vuestra tranquilidad, la felicidad del reyno, la justicia, y la religion exigen este sacrificio. Después de haber estado un poco en silencio, le dijo: Que no consultase con su secretario Antonio Paez Viegas este asunto, porque temía que se lo disuadiese.

El Duque no le respondió sobre el último artículo porque tenía una entera confianza en su secretario, que era hombre hábil, de mucha prudencia, de una gran fidelidad y experiencia en los negocios más difíciles. Tampoco contestó a la oferta de la nobleza, porque llegó a la sazón el Obispo de Elvas, y no quería explicarse delante de testigos. Volvió pues a su casa, y encerrándose en su gabinete pensó seriamente en lo que se le acababa de proponer. Conocía que el reyno se arruinaba, y que los pueblos gemían en la opresión y deseaba librárlos de sus vejaciones; pero veía las grandes dificultades, porque los Españoles y sus partidarios poseían todos los cargos y magistraturas, y que los que tenían algún poder en el reyno estaban por ellos: que había guarniciones fuertes en tres plazas de los Algarves: que en Lisboa ocupaban la ciudadela y algunos fuertes desde donde dominaban la ciudad, y podían en un momento destruirla: que además tenían en la Extremadura un cuerpo de tropas que á qualquiera novedad que hubiera en el reyno entrarian y disiparían los sediciosos. Por otra parte amaba la vida solitaria en que se había
criado apartado del tumulto de los negocios del mundo, y esta costumbre inveterada le hacía mirar con indiferencia o desprecio todo lo que podía sacarle de su tranquilidad por glorioso que fuera. Estas consideraciones tan poderosas que hacía por sí mismo le tenían indeciso y casi inclinado a despreciar una proporción que le iba a exponer a tantos peligros, y abandonar una empresa que no estaba sostenida sino por la audacia de los pocos que la habían formado.

Pero volviendo después los ojos al resplandor y a la gloria del trono, se decía a sí mismo: "siendo Rey podré remediar todos los desórdenes y abusos que hay en Portugal; y si no admito la propuesta por mi interés particular, seré responsable a Dios de haber preferido mi tranquilidad al bien público de todo el reyno, y al de la religión y de la gloria de Dios." Esta consideración fue tan poderosa, que se resolvió a aceptar la corona que el pueblo y la nobleza le ofrecía. El hombre sabe cubrir su ambición más desmesurada con el manto de la religión, cuando ésta es un medio poderoso para llegar al fin que se propone. Sin embargo, antes de manifestar su consentimiento determinó consultar a Viegas, y llamándolo a su gabinete le propuso las dudas que tenía, y las reflexiones que había hecho sobre este asunto.

El secretario le dió: Señor, antes de hablar sobre este negocio que parece tan difícil de resolver, permítame que os haga una pregunta. ¿Si todo el reyno resolviese erigirse en república, preferiríais sus intereses a los de Castilla? El Duque le respondió, que indudablemente se declararía por su país. Pues si esto es así, es inútil que yo os dé consejo, porque ya sabéis el partido que debéis abrazar. El cielo os ofrece una corona, y la ocasión de vengaros de vuestros enemigos aprovecharos de ella; porque quizás si la dexais escapar no se os ofrecerá jamás otra igual. Pero sobre todo, estad cierto que un negocio tan importante como este pide prudencia, prontitud y actividad, y así corresponde a los deseos de los que tienen puesta su esperanza en vos. Yo estoy ya resuelto, respondió el Duque, mas ¿de qué ma-
nerea debo gobernarme? Señor, continuó Viegas, después de haber reflexionado maduramente sobre un negocio tan grande, y tomando las medidas que dicta la prudencia, es necesario dexarse llevar de la corriente, porque es imposible conocer los medios ciertos para la feliz ejecución presentándose mil circunstancias que no pueden preverse, las cuales obligan a variar el plan, y a veces mudarlo enteramente. El que quisiera preverlo todo en negocios árduos en que los hombres tienen mucho interés, jamás se determinaría a ninguna cosa. Es preciso dexar mucho a la contingencia. Suceda lo que sucediere, cuando hay derechos incontestables a la corona como los que vos tenéis a la de Portugal, nada debe omitirse para defenderlos, aun cuando se tuviera certeza de sucumbir, porque el defenderlos es cosa gloriosa, y el abandonarlos ignominiosa. En fin consultad a su Alteza vuestra esposa, pues tiene capacidad, grandeza de alma, inteligencia en los negocios, nobles pensamientos y una prudencia consumada. Y así lo que ella os aconsejare seguidlo sin dudar.

Doña Luisa de Guzmán Duquesa de Braganza era Española, hija del Duque de Medina Sidonia, de un genio vivo, de una penetración singular, y de la mayor habilidad para el manejo de los negocios. Conocia perfectamente los hombres, y acostumbrada desde el tiempo que fué capaz para este estudio tan interesante, rara vez se engañaba en los juicios que formaba; y por mas que los cortesanos procurasen disimular sus intenciones, siempre llegaba a penetrarlás. Esta heroína jamás se divertía en las bagatelas que son propias de las personas de su clase y de su edad, sino en lo que podía instruir y formar la exactitud de su juicio.

Lo que principalmente componía su carácter particular era la nobleza de sus pensamientos, la intrepidez para emprender las cosas difíciles, la grandeza de alma superior a todos los peligros, y la facilidad de conocer los medios más eficaces para las empresas mas árduas. Y así luego que el Duque la informó de la proposición, le respondió sin detenerse: que valía mas morir con una corona, que vivir quieto y tranquilo arrastran-
do toda la vida las cadenas: la muerte se espera en Madrid, acaso también la hallarás en Lisboa; pero en la corte de España morirás como un miserable prisionero con ignominia, y en la de Portugal cubierto de gloria y como Rey. Esto es lo peor que te puede suceder. Pero contemos con el afecto del pueblo, con la justicia de sus derechos, y con la protección divina, y desprecia todos los vanos temores. El Duque tenía suma confianza en la Duquesa, y la consultaba siempre en todos los negocios. Convencido con estas pocas palabras de lo que debía hacer, mandó llamar a D. Pedro Mendoza, y le dió: Me determino aceptar la corona que has venido a ofrecerme, porque considero que la salud de la patria es primero que mis propios intereses, y así lo puedes asegurar a los que te han enviado. Mendoza se echó a sus pies para besarle la mano, pero el Duque no lo consintió diciéndole que aún no era tiempo, que era necesario trabajar antes en asegurar el éxito de la empresa. Se despidió muy satisfecho de haber salido bien en su comisión, y se fué a Mourao, pueblo situado en la provincia de Alentejo que era de su familia, y desde allí informó a D. Miguel de Almeyda del éxito de su comisión, pero con palabras tan obscuras y enigmáticas que los conjurados se llenaron de confusión. Pinto solo entendió el misterio, y la llegada de Mendoza confirmó que había comprendido el sentido de su carta.

El número de los conjurados se había aumentado, y sabida la resolución del Duque cobrarán ánimo y no dudarán que llevarían a efecto su empresa. Rogaron a Pinto que fuese a Villaviciosa para tratar con el Príncipe el día y la manera de consumar la obra porque todos estaban impacientes con la tardanza, y temían que por algún accidente se desgraciase. Este se escusó con el motivo de que estando observado de cerca por el gobierno, por ser mayordomo del Duque, era muy peligroso que saliese de Lisboa; y entrando en sospechas de que se tramaba alguna conspiración, acaso se descubriría todo y se perderían sin remedio. Persuadidos de estas razones tan poderosas, pensaron a quién podían encargar esta comi-
TABLAS CRONOLÓGICAS.

Entre tanto el Duque estaba en la mayor inquietud porque no recibía ninguna noticia de los conspirados, y sabiendo que Mendoza estaba en Évora le escribió pidiéndole que le informase en qué estado estaba el negocio; y éste le respondió con tanta obscuridad que aumentó su confusión, y resolvió hacer venir a Pinto para salir de sus dudas, pero con el pretexto de consultarle sobre un negocio que tenía con la casa de Odemira. Desde luego se puso en disposición de partir, pero antes dio aviso a D. Miguel de Almada de las órdenes que tenía, para que con acuerdo de los conspirados le diesen las instrucciones de lo que debía decir al Duque. Partió, le dió cuenta del estado del negocio, y le aseguró, que aun cuando todo saliese mal en Lisboa, él levantaría la provincia de Alentejo y haría que los Castellanos saliesen del reyno.

Entre tanto tuvo aviso que algunas personas que podían saber o sospechar la conjuración iban a Madrid, y que la Virreyna ponía el mayor cuidado en hacer observar a todos los señores. Esta noticia le obligó a enviar con prontitud a Pinto con orden a los conspirados de empezar la sedición por la capital, y no por la provincia de Alentejo como pensaban. El mayordomo quiso besarle la mano cuando se despidió asegurándole que pronto sería su Rey, mas el Duque la retiró diciéndole que no debían felicitarse de la victoria ni celebrar el triunfo antes de combatir. Todo sucederá como deseamos, replicó Pinto, y partió con dos cartas una para Miguel de Almeyda y otra para Pedro de Mendoza, las cuales llenaron de alegría a los conspirados, y la misma noche se juntaron en el quarto de Pinto que vivía en el palacio del Duque, observando la mayor precaución para no ser descubiertos. Entraban de uno en uno y de dos en dos, a obscuras y sin ser vistos de nadie, porque se había mandado retirar a los criados, y se apeaban de los caballos y de sus coches muy lejos para que los lacayos y cocheros no supieran donde iban. La primera noche no
concurrieron sino siete, las siguientes algunos mas hasta quince, y dando estos cuenta puntual a los demas de lo que pasaba en estas juntas nocturnas, que continuaron hasta el 20 de Noviembre, al fin resolvieron consumar la obra el primero de Diciembre, y empezar en este dia la revolucion en Lisboa como el Duque habia dispuesto, pues dándose principio a ella en Evora como querian se hubiera sofocado facilmente. Se acordó tambien entre los conjurados que para hacer general en todo el reyno la sedicion se enviassen personas que la excitasen a diferentes partes, y principalmente a las ciudades.

Dispuestas asi todas las cosas se preparo al pueblo para esta gran revolucion, pero sin confiarle el secreto porque no se descubriese, aunque era imposible que siendo sabido de tantos quedase oculto. Y asi algunos tomaron a su cargo preparar los animos hablándoles de los mismos agravios de que se quejaban, y manifestándoles como se podrian remediar. Esto era muy facil, porque el pueblo, y especialmente los comerciantes, oyen con gusto a los que censuran las operaciones del gobierno sobre los impuestos, porque teniendo puesta toda su aplicacion en aumentar los caudales, no pueden sufrir que se les disminuya aun la mas leve cosa. Los principales de esta clase que fueron iniciados en el secreto se encargaron de ganar a los demas, y al tercer estado. Tambien entraron en el partido de los conjurados algunos religiosos que tienen una influencia muy grande, y especialmente en los magistrados y letrados.

Los encargados de ganar partido para la conjuracion, se valian de todos los resortes que tienen mas fuerza en el corazon de los hombres. A unos les hacian promesas magnificas de empleos, dignidades, pensiones, privilegios y preeminencias; a otros les amenazaban con una esclavitud perpetua si no sacudian pronto el yugo de los Castellanos, recordándoles la gloria de sus mayores y los beneficios que gozaban en tiempo de sus Reyes naturales; y asi todos o casi todos se resolvieron a entrar en la conjuracion para mudar de gobierno.
Los conjurados principales eran quarenta; pero los otros se aumentaron tanto en pocos días, que se puede decir que en esta gran ciudad eran todos en la conjuración, hombres, mujeres, eclesiásticos, religiosos, artesanos y letrados. Lo que debe causarnos la mayor admiración es que siendo tantos no hubo uno que revelase el secreto al gobierno, prueba evidente que era generalmente aborrecido y detestado por la nación. En las juntas que se tuvieron en el cuarto de Pinto convinieron todos en que se había de asesinar a Vasconcelos como una víctima que se debía al odio del pueblo, y algunos querían que se hiciera sufrir la misma suerte al Arzobispo de Braga que había estado siempre decidido por los Castellanos, y era de temer que si se ponía a la frente de ellos podía trastornar todos sus proyectos; pero Almada se opuso, haciéndoles ver que este asesinato excitaría el odio de los eclesiásticos contra ellos y la empresa se malograría, porque esta clase de gentes (decía) es muy poderosa y tiene tanta influencia en el pueblo que le da el movimiento que quiere. Se desistió del intento, pero se resolvió velar sobre su conducta el día de la ejecución, y si era necesario asegurarse de su persona.

Entre tanto la corte de Madrid estaba en la mayor inquietud, porque las demostraciones de alegría que había manifestado Lisboa cuando el Duque entró en ella para visitar a la Virreyna, llamaron la atención del gobierno y dijeron mucho que pensar al Ministro. Desde luego empezó a sospechar que en aquella ciudad había reuniones secretas, y las voces confusas que corrian aumentaban sus temores. Después de haber tenido muchos consejos para deliberar sobre una materia que pedía toda la atención del gobierno, se resolvió hacer venir inmediatamente a la corce al Duque de Braganza para quitar de este modo el único apoyo que podía tener el pueblo de aquel rey no en el caso que se rebelase. El Ministro le escribió que el Rey deseaba saber en qué disposición estaban las plazas y las tropas de Portugal, y quería que él mismo le instruyese de palabra; y no debía dudar que sería recibido con el
decoro y dignidad que se debía a su nacimiento y a su mérito.
Esta carta le llenó de consternación, porque el empeño que tenía el Ministro y los artificios de que se servía para hacerlo salir de Portugal no le dexaban duda que su perdición estaba resuelta; que se había llegado a entender alguna cosa de la conjuración, y por no usar de violencia se servía el gobierno de estos pretextos para apoderarse de él y hacerle perecer en un cadalso. Estos tristes pensamientos en que estaba ocupado de continuo le tenían como fuera de sí, y sin saber qué resolución debía tomar creyéndose precipitado en un abismo de desgracias. La Duquesa le aconsejó que enviase a Madrid un criado que fuera de su confianza y talento con la respuesta al Ministro de que estaba preparando sus cosas para el viaje y no tardaría en verificarlo, y que al mismo tiempo avisase a los conjurados la novedad y el peligro en que se hallaba. Tomó este consejo que era tan prudente, encargando al mensajero que escusase su tardanza con diferentes pretextos, y por este medio disipó la tempestad y ganó tiempo para adelantar la conjuración.

Luego que el gentilhombre del Duque llegó a Madrid, aseguró al Rey y al Ministro que su amo venía inmediatamente; para confirmar esta noticia, y hacerla enteramente creible, tomó una gran casa y la hizo amueblar con mucha magnificencia, y puso en ella los criados correspondientes vestidos con libreas muy ricas como convenía a la persona que habían de servir. Todos los días hacía gastos excesivos, y se valía de otros mil medios para tener a la corte en la ilusión. Pasado algún tiempo fingió que había caído enfermo; pero como se había de desvanecer pronto, presentó una memoria en nombre del Duque pidiendo al Rey que arreglase la calidad y el tratamiento que debía tener en la corte. El Ministro que conocía que todas estas escusas eran vanos pretextos y artificios para eludir la orden, persuadió al Rey que se le enviara una absoluta para que sin dilatar un momento se presentase a la corte. Los conjurados viendo el peligro en que estaba el
Duque resolviéron adelantar la ejecución de su proyecto. Unos decían que debía salir de Villaviciosa y presentarse a Lisboa al momento que se empezase la sedición para que el pueblo se anímase; pero este dictamen fué desechado porque exponía demasiado su vida y la de todos los conjurados. D. Antonio Almada procuraba en este momento atraer al partido de la conjuración, que podía ser muy útil por su crédito, sus luces, y la oposición que siempre había mostrado a los Castellanos, a D. Juan Costa, hombre de valor y de un genio vivo y resuelto, pero al mismo tiempo muy sagaz y prudente. Almada le habló del proyecto, persuadiéndole que no dudaría un momento en abrazarlo. Pero qué fué su admiración quando le oyó que no quería entrar en él porque le consideraba como la empresa mas temeraria y desatinada: Porque no teneis, le dijo, ni ejércitos de tierra, ni esquadras para sostenerle. Al menor movimiento que hagáis se llenará Portugal de tropas Castellanas: el pueblo con quien contais os abandonará cobardemente: el Duque de Braganza se reconciliará con la corte de Castilla, y solos nosotros seremos las víctimas que sacrificará a su venganza para asegurar la tranquilidad del Estado; y así yo considero esta empresa como un abismo en el cual nosotros mismos os vais a precipitar.

Almada encendido en cólera, le dijo: Insame, indigno Portugués, tu falsa probidad me ha engañado; pero si me ha arrancado el secreto, es preciso también que mi mano te quite la vida, y le acometió con su espada. Costa le detiene, diciéndole que está resuelto a entrar en la conjuración y hace juramentos terribles de guardar un secreto inviolable; mas le observaban de continuo con el ánimo de asesinarle a la menor sospecha que tuviesen. Este accidente que parece debía haber apresurado la explosión la retardó algunos días, encargando a Pinto que informase al Duque de todo; mas el mayordomo, que era el alma de la conjuración y le daba la dirección que quería, persuadido que sería muy peligroso dilatar la obra le escribió dos cartas: en la primera le avisaba lo que los conjurados le habían encargado; y en la
TABLAS CRONOLÓGICAS.

segunda le decía que no hiciera caso, y ejecutase por su parte el plan como se había convenido, pues estaba persuadido que se haría lo mismo en Lisboa a pesar de los temores que el suceso de Costa había excitado.

Luego que se pusieron con alguna tranquilidad, volvieron a insistir en consumar la empresa el día señalado manifestándose Costa uno de los más ardientes. La víspera el Ministro Vasconcelos pasó al otro lado del Tajo persuadiéndose que informado de la conjuración iba a buscar las tropas que estaban en los lugares del otro lado del río. Consternados con tan funesta noticia, muchos de los conjurados les parecía ver la imagen horrorosa de la muerte con los tormentos que acompaña el castigo de semejantes delitos. El miedo y su conciencia les representaba su casa rodeada de ministros de justicia para prenderles, y algunos para salvar su vida estaban resuelto pasar a Africa o a Inglaterra. La mayor parte de la noche la pasaron en estas agitaciones suspensos entre la vida y la muerte. Los que habían quedado en el puerto de observación les libraron de todos sus temores dándoles noticia de la vuelta del secretario que había salido a celebrar una fiesta a que había sido convocado. En fin estando seguros que no había ningún movimiento en palacio se retiraron todos contentos. Era ya muy tarde y faltaban pocas horas hasta el momento de la ejecución, y en este intermedio sucedió un accidente que turbó la paz de algunos conjurados. Estas empresas son siempre muy peligrosas por más precauciones que se tomen para ejecutarlas, y muy inciertas porque es muy difícil guardar el secreto entre muchas personas, y rara vez dexan de descubrirse por el temor de los suplicios o la esperanza de las recompensas.

Jorge Melo hermano del Montero mayor vivía en casa de un pariente suyo en los arrabales mas distantes de la ciudad, y estando tan cerca el momento de la ejecución, para que su pariente que era también su amigo, no se quejase que no le había comunicado un negocio de tanta importancia, le confió el secreto persuadido que no solamente se alegraría, sino que entraría gustoso en
la trama que se había urdido para libertar la patria del yugo castellano, y lo llevaría consigo al lugar donde los conjurados debían juntarse. El amigo sorprendido de esta noticia manifestó que se alegraba, dio gracias a Melo por la confianza con que le honraba, y le aseguró que expondría su vida a los mayores peligros por una causa tan gloriosa. Con esto se separaron para dormir algunas horas antes de ir al lugar señalado. Melo se puso luego en gran cuidado por haber confiado el secreto tan inconsideradamente, poniendo el destino de tantos hombres principales en manos de uno que no estaba seguro ni tenía pruebas de su fidelidad. Este pensamiento le atormentaba sin cesar pareciéndole que había observado en sus ojos y en todo su cuerpo señales de la inquietud que le había causado la consideración de una empresa tan peligrosa, y temía que el temor o la esperanza no le determinase a descubrirlo.

Agitado con estos pensamientos pasándose por su quarto como si estuviera fuera de sí sin poder gustar las dulzuras del sueño, oyó un ruido confuso de gentes que hablaban en voz baja y como en secreto: abrió la ventana, y vio a su paciente a la puerta de la casa que iba a montar a caballo. Trasportado de furor baja con la espada en mano, y le pregunta con un aire amenazador dónde iba, y por qué salía de casa a una hora tan intempestiva. Este hombre le responde turbado, y procura justificar su salida con malas razones. Melo le amenaza con la muerte si no vuelve a subir a su quarto, lo cierra en él, y se lleva las llaves, y cuando llegó la hora de la ejecución le obligó a juntarse con los del partido. Es una cosa de las más extraordinarias que jamás se ha visto en sucesos de esta naturaleza, que en la misma corte tan suspicaz y tan astuta, en medio de una multitud prodigiosa de Castellanos, casi todos amigos o parientes, y frecuentando las casas de los conjurados, se haya podido formar una empresa tan grande en la cual habían entrado tantas personas de estado y de sexos diferentes, sin haber descubierto ni podido en tanto tiempo traslucir nada. Las mugeres sabedoras de la conjuración
guardaron el más profundo silencio, y animaron a sus maridos, hermanos, hijos y amigos a combatir denodadamente por la libertad de la patria. Doña Phelipa de Villena Condesa de Atoigia armó con sus propias manos a sus dos hijos D. Gerónimo de Atayde y D. Francisco Coutiño, y les dixo: hijos mios, id a pelear por la patria: si me lo permitieran mis fuerzas y mi sexo, yo os acompañaría, y iría a vencer o morir con vosotros por la salud de mi pais. Otras madres hicieron lo mismo. Tan violento y tan general era el odio que tenían al gobierno Español.

En fin pareció el día en que se había de ver si triunfaba la rebelion o el gobierno, y si el Duque de Braganza había de ser coronado Rey de Portugal, o morir como un rebelde en un cadalso. Al amanecer fueron los conjurados a las casas de los tres principales como estaba convenido para armarse, y llegada la hora de las ocho, que era la destinada para la execucion, salir divididos en quatro bandas y dirigirse al palacio. Unos debian atacar la guardia Castellana y otros la Alemana; aquellos debian entrar en el quarto de Vasconcelos para asesinarle y arrojar su cuerpo por las ventanas para intimidar con esta accion horrorosa los partidarios de Castilla; y estos ocupar la sala de palacio y todas las avenidas, para animar y excitar al pueblo que gritase viva la libertad, viva el Rey D. Juan Quarto de Braganza.

A las ocho de la mañana sábado dia primero de Diciembre de este año 1640 se pusieron en marcha los conjurados todos armados y entraron por dos partes en la gran sala. Pinto disparó una pistola que era la señal para los que debian atacar la guardia Castellana y Alemana, y D. Miguel Almeyda se puso a correr por todas partes gritando libertad, libertad, viva D. Juan Quarto Rey de Portugal; y desde las ventanas, dixo al pueblo: Bravos Portugueses, nuestras miserias se han acabado y hemos recobrado nuestra libertad. El Duque de Braganza es nuestro Rey y Señor legitimo: le restituimos la corona de Portugal, y extinguiemos para siempre la tirania castellana: que el cielo le restituya su antiguo esplendor; y su pos-
severidad no se acabe jamás. Estas pocas palabras, las pronunció derramando lágrimas de contento, y el pueblo no cesaba de hacer resonar los aires con las repetidas aclamaciones de libertad, viva el Rey D. Juan, y perezcan sus enemigos y la tiranía.

Al mismo tiempo Jorge de Melo, Esteban de Acuña, Antonio de Melo, con algunos otros, acometieron la compañía Castellana que estaba de guardia en un lugar de palacio llamado el Fuerte, y se echaron con espada en mano contra ella. Un sacerdote del lugar de Ajembuza iba delante de ellos con un crucifijo en una mano y la espada en la otra animando al pueblo con una voz terrible dándoles ejemplo con su intrepidez y valor. Los atacaba con el mayor furor, y todos huían sin que nadie se arreviera a defenderse ni a huirle porque llevaba en sus manos el objeto que nos enseña a reverenciar la religión; y después de alguna resistencia se riñó el oficial con sus soldados obligándoles los fáciosos para perdonarle las vidas a gritar con los demás viva el Duque de Braganza Rey de Portugal.

D. Miguel de Almeyda, Alfonso de Meneses, Gaspar de Brito, Freire Marco, Antonio de Acevedo, Pedro de Mendoza y Tomas de Sousa sorprendieron la guardia Alemana, y en un momento se hicieron dueños de ella sin defenderse ni dar combate, porque los cogieron descuidados y sin armas. Pinto a la frente de su banda penetró en palacio en busca de Vasconcelos, y se encontró con el teniente civil de Lisboa D. Francisco Suárez de Alberguería que salía de su quarteto, el cual creyendo que habían reñido estas gentes entre sí por alguna pendencia particular, quiso interponer su autoridad para ponerlos en paz. Los conjurados se pusieron a gritar viva Juan Quarto, viva el Duque de Braganza nuestro Rey. El teniente respondió: viva Felipe Quarto Rey de España y de Portugal. Le dispararon un pistoletazo y le quitaron la vida. Continuaron su marcha, y encontraron a Antonio Correa primer comisionado de Vasconcelos, hombre insolente y enemigo de la nobleza, a quien dijeron algunas puñaladas y le dexaron por muerto tendido en el suelo...
mas después que se vió solo se salvó, y los con-
jurados llegaron al quarto de Vasconcelos.

Diego Garcés Pallea, capitan, que estaba en
la puerta, echó mano á la espada para deténerlos;
pero habiéndole acometido y dado muchos golpes
se arrojó por una ventana, y se salvó en la casa
de la compañía de Indias habiéndose roto una
pierna. En su caída Vasconcelos estaba muy tran-
quilo en su quarto no sabiendo nada de lo que
pasaba, hasta que Manuel Mansos de Fonseca le
avisó del peligro instándole que huyese, ó se es-
condiese con la mayor presteza si quería salvar
su vida. El Ministro le respondió con mucha tran-
quillidad: que informado César que se le quería
asesinar en el Senado, no por eso dexó de ir; yo le
imitaré poniéndome en manos de la fortuna. Una
muger anciana que le servía, viendo la desgracia
que le amenazaba, lloraba amargamente sin sepa-
rarse de su compañía: sus lágrimas le enterne-
cieron; oyendo el ruido de los conjurados que
se acercaban se llenó de terror y espanto, y se
ocultó en un armario que había en la pared de
su quarto. Apénas acababa de entrar en él llega-
ron los que le buscaban, lo registraron todo, y
no hallándole amenazaron á la vieja con la muerte
sino descubría donde estaba escondido su amo.
El miedo le hizo faltar á la fidelidad, y se apo-
deráron del infeliz sin que tuviese valor para
pronunciar una sola palabra. Tello le tiró un
pistoletazo, y los demás le atravesaron con sus
espadas hasta dexarlo muerto en el mismo sitio,
y después arrojaron su cuerpo por la ventana con
los gritos: el tirano ha muerto, viva la libertad y
D. Juan Rey de Portugal.

El pueblo que se complace en los expectácu-
los nuevos por mas horrorosos que sean, acudió
de todas partes á ver el cadáver, y desahogó su ra-
bia haciéndole mil insultos. Uno le daba un pun-
tapie, otro le arrancaba la barba, aquél le qui-
taba los ojos, éste la ropa hasta dejarlo desnudo
á la vista de todo el mundo: otros azuzaban los
perros para que lo devorasen divirtiéndose con
estas acciones bárbaras y crueles; en fin todo el
día y hasta la mitad del siguiente lo arrastraron
por las calles de la ciudad con gran bulha y al-
gazara sin que su furor quedase satisfecho con tantos insultos. Pinto dando muestras de piedad mandó a los hermanos de la Misericordia que lo enterrasen, pero el pueblo lo resistió hasta que interpuso su autoridad D. Gaston de Coutinho y cedió, y envolviéndole en un paño viejo que se compró con el dinero que dijeron algunos hombres caritativos que estaban presentes, lo llevaron a la Iglesia para sepultarle. Este fin tuvo Vasconcelos que poco antes tenía en sus manos todo el poder de Portugal, y hacía temblar a todo el mundo dexando un ejemplo memorable de la inconstancia de las grandezas humanas a la postergiedad. No se puede negar que era un político profundo, vigilante, activo, sumamente laborioso; de una habilidad singular para los negocios; de una invencion rara para aumentar por mil artificios las contribuciones siendo inhumano, inflexible y duro hasta ser cruel; no tenia parientes ni amigos, ni nadie que le pudiera hacer desistir de sus empresas; insensible para todas las cosas, se dexó llevar de la vil pasion del oro, y recogió inmensas riquezas que fueron la mayor parte presa de los sediciosos y del pueblo, vengándose de los agravios que pretendían haber recibido en el tiempo de su ministerio. Aunque había nacido en Portugal, de corazón era español, y por esta razón se aumentó el odio que le tenían. Su muerte funesta enseña a los que gobiernan y ejercen alguna autoridad sobre el pueblo, que usen de ella con moderacion, que sean justos y equitativos, que obren con rectitud, que traten con dulzura y suavidad a los suyos, sin dexarse llevar del fausto y del orgullo que de ordinario acompana el poder y la prosperidad, porque la violencia y la injusticia tarde o temprano reciben su justo castigo.

Pinto se fué con los otros conjurados sin detenerse para apoderarse del palacio y de la Virreyna, y cuando llegó ya estaba todo hecho, porque los que se habian encargado de esa comision habiéndose presentado a la puerta de su cuarto, con otras muchas gentes del pueblo que les seguia, empezaron a forzarla para abrirla, amenazando que si se resistian iban a ponerla
Las luces de la ciudad se extinguieron en la oscuridad. La Duquesa de Mantua aterrorizada contuvo el aliento, su voz se perdió en el viento. La Virreyna quería replicar, pero Almeyda la detuvo. Entonces, D. Antonio de Meneses le respondió que tantos hombres principales no habían tomado las armas solamente para quitar la vida a un miserable que debía perderla por mano del verdugo, sino para poner en la cabeza del Duque de Braganza una corona que de derecho le pertenecía, y que todos estaban prontos a sacrificarse para defenderle. La Virreyna quiso replicar interponiendo la autoridad del Rey, pero Almeyda le interrumpió diciéndole que Portugal no reconocía por Rey sino al Duque de Braganza, gritando los conjurados viva D. Juan Rey de Portugal. Viéndose despreciada quiso salir de palacio para presentarse al pueblo, que creyéndola abandonada de la nobleza se compadecía y saldría a su defensa; pero D. Cárlos Norofia se lo impidió suplicándole que se retirase a su cuarto donde sería servida con el mismo respeto y atención que antes, y que no convenía que se expusiera a los insultos del pueblo que estaba exaltado por la libertad. Esta respuesta le hizo comprender que la intención de los conjurados era tenerla prisionera y arrestada, y le dijo con mucho enfado:
¿que puede hacermel pueblo? Norafia respon-
dió con indignación: Señora, nada mas que arro-
jar a V. A. por la ventana.

El Arzobispo de Braga que estaba al lado de
la Virreyna, y era hombre colérico, impetuso y
violento, indignado con este desacato, arrancó la
espada a un soldado con ánimo de vengarlo a
costa de su misma sangre. D. Miguel Almeyda le
detuvo y le apartó de allí por fuerza diciéndole,
que no correspondía a su dignidad obrar de este
modo, que pensase que iba a perder su vida por-
que le aborrecían de muerte, y con mucha di-
cultad había conseguido que le perdonasen. De
esta manera le templó y le libró del peligro a que
se exponía, y reprimió su cólera por entonces con
ánimo de vengarse en adelante. Todos los prin-
cipales Españoles fueron arrestados sin que hu-
biese ninguna resistencia, porque los cogieron
desprevenidos y la mayor parte estaban aun en
la cama. D. Antonio de Saldaña acompañado de
algunos de sus amigos, y de muchas gentes del
pueblo, subió a la cámara soberana llamada de
la Relación, y estando en ella hizo presente a los
del consejo que Portugal había recobrado su Rey
legítimo, que la tiranía había sido destruida, que
se restablecería en breve el imperio de las leyes
bajo un Príncipe tan sabio y tan justo. Estas pa-
labras fueron oídas con el mayor aplauso hacié-
donos vivas aclamaciones. Gonzalez de Sousa
Macedo, que era el presidente de este supremo
tribunal, pronunció los decretos desde este mo-
mento en nombre de D. Juan Rey de Portugal.

Quando Saldaña hacía reconocer por este tri-
bunal al nuevo Rey, D. Gaston Coutifio sacaba
de las cárcel a todos los presos que tenían pues-
tos en ellas los Ministros de España por causas de
estado, o por su rigor excesivo. Estos infelices lle-
nos de gozo y de reconocimiento por verse libres
de los temores de la muerte, formaron una nueva
compañía para restablecer la libertad de la patria
y defender los derechos del Duque de Braganza.

Sin embargo de estos prósperos sucesos no dexa-
ban de estar inquietos, porque los Españoles aun
eran dueños de la ciudadela desde donde podían
hacer mucho daño a Lisboa y a sus habitantes, y el
Rey de España tenía siempre una puerta por la cual le sería fácil entrar en la ciudad y hacerse dueño de ella. Por esta razón creyendo los conjurados que sería inútil lo que hasta aquí habían hecho si no se apoderaban de la ciudadela, se presentaron a la Reyna y la pidieron una orden para que el Gobernador se la entregase. Desechó con indignación la proposición preguntándoles si querían hacerla cómplice de la rebelión. Almada enfurecido con esta pregunta que miraba como un insulto, le respondió que si no firmaba la orden iba a degollar todos los Españoles que había en Lisboa: intimidada con esta amenaza hecha por un furioso la firmó, y D. Álvarez de Abranches, Thomas de Sousa, y D. Francisco de Faro, acompañados de muchas gentes del pueblo, fueron a llevarla al Gobernador llamado D. Luis del Campo, hombre tímido, de poco talento, y de menos resolución.

La Princesa cuando la firmó tenía por cierto que no se ejecutaría porque era fácil conocer que se la habían arrancado por fuerza; pero se engañó, porque el Gobernador viendo tanta multitud de gentes a la puerta amenazándole que le harían pedazos a él y a todos los que estaban dentro sino se entregaba, se sirvió de la misma orden para cubrir su infame cobardía abriéndoles las puertas. Rendida esta plaza se obligó a la Virreyna a que firmase iguales órdenes para que los que tenían a su cargo los fuertes de Belen, de Cabeza Seca, de San Antonio, y de Almada los entregasen, y se ejecutó de la misma manera. No teniendo ya nada que temer por esta parte creyeron que era preciso que se presentase el Rey para conservar el entusiasmo en las gentes animándolos con su presencia, y le enviaron a Mendoza y al Montero mayor para informarle que todo estaba vencido y que no faltaba para la felicidad del pueblo sino su presencia, la cual contendría a los descontentos y a los tímidos, y llenaría de alegría a los demás.

Los que no habían tenido parte en la conjuración estaban descontentos de ella por envidia o por otros motivos secretos, y observaban un profundo silencio, indicio cierto de su incertidum-
bre y desaprobación; y algunos se atrevían a
decir que el Príncipe no aprobaría una acción
tan atrevida, que necesariamente había de tener
consecuencias fatales para su familia y para toda
la nación. Los que eran del partido de los Espa-
fioles estaban llenos de consternación encerrados
en sus casas para no excitar la indignación del
pueblo, que con el pretexto de defender su libe-
tad cometía toda clase de desórdenes. Así espe-
taban tranquilos el éxito del alboroto, y quáles
serían las intenciones y designios del nuevo Prín-
cipe, y qué podrían prometerse o temer de él.
Mas los que sabían toda la intriga continuaban
con el mayor ardor su proyecto hasta consumar
la obra, dando para este efecto las órdenes cor-
respondientes hasta que llegase el Rey.

Elijieron presidente del consejo y teniente
general por el Rey al Arzobispo de Lisboa, que
por la ambición y la venganza había entrado en
la conjuración, y era uno de sus más firmes apo-
yos. Al principio se excusó, representando que el
estado de las cosas pedía un General hábil y no
un hombre de su carácter, y de este modo quería
ocultar a los demás la pasión que le dominaba;
pero fingiendo después que cedia a las instancias
y súplicas que le hacían sus amigos, consintió
en firmar las órdenes con tal que se le diera al
Arzobispo de Braga por compañero para el des-
pacho de los negocios antes que el Rey llegase.
Este hombre ambicioso armó este lazo al de Bra-
ga que aborrece para perderle, porque si aceptaba la comisión se hacía enemigo de los Espa-
fioles por quienes se había mostrado siempre tan
apasionado, y por otra parte el ambicioso Arzo-
bispo de Lisboa no le hubiera dado sino un
vano título, apoderándose él mismo de todos los
negocios para abatirle y humillarle con este des-
precio; mas si por el contrario no admitía el nom-
bramiento se hacía odioso al nuevo Rey, y su
rival se podía prometer de verlo desposeído de
su silla, y ocuparla como lo había deseado con
ánima desde su vacante.

El Arzobispo de Braga que tenía talento y
conocía todos los artificios de los cortesanos no
cayó en el lazo, se excusó con varios pretextos.
de tomar parte en un gobierno que detestaba en su corazón mirándolo como un atentado y una rebelión contra su legítimo Soberano. El de Lisboa quedó solo encargado del gobierno, dándole por consejeros a D. Miguel de Almeida, a Pedro Mendoza, y D. Antonio de Almada. Se fue a palacio donde estaba reunida una multitud de gentes del pueblo, las cuales pidieron a gritos que se abriesen las puertas de la cámara del consejo, para que entrando el Arzobispo, los Grandes, y el pueblo, se desplegase el estandarte Real. Inmediatamente dio órden para satisfacer sus deseos, y se entregó el estandarte a Alvarez de Abranches para que acompañado del pueblo fuese por las calles de Lisboa a proclamar al nuevo Rey con las voces acostumbradas de viva D. Juan Quarto Rey de Portugal. Las gentes repetían que viva y reyne él y su posteridad; es nuestro Príncipe, nuestro Rey, y el heredero legítimo de este reyno. Unos seguían al que llevaba el estandarte, otros se iban por otras calles clamando y gritando todos libertad, libertad, abrazándose y felicitándose mutuamente sin acordarse de los negocios de sus casas y familias. Tan agradable es el nombre de libertad, y tan poderoso para borrar de la memoria en algunos momentos todos los intereses, embriagando a unos para que se entreguen sin remordimiento a todos los horrores del crimen, y dexando a otros como estúpidos y extáticos.

Los Portugueses en méns de tres horas pasaron a manos de un Príncipe de su propia nación sin que costase la vida mas que a dos o tres personas que se consideraban como enemigos de su propia patria; y viéndose libres enteramente del yugo de los Castellanos que les era insoporable, se entregaron sin reserva a los sentimientos de alegría, no acordándose ya de los males pasados sino de la libertad que gozaban en aquel momento, en que estaba suspendido el ejercicio de todas las autoridades y cada uno podía hacer lo que quería. ¡Desgraciado el pueblo que en estos tristes momentos los malvados no estuviesen embriagados y absortos con este dulce lenitivo que calma las pasiones hasta que el órden
se restablece! Uno de los primeros cuidados del Gobernador fue apoderarse de tres grandes galeones que los Españoles tenían en el puerto. Se armaron algunos barcos poniéndose en ellos muchos jóvenes para dar pruebas de su valor, y se apoderaron de los galeones antes que por alguna novedad entrase gente Española para guarnecerlos.

El Arzobispo envió aquella misma tarde correos a las provincias con orden a los Magistrados y a los que de cualquier modo ejerciesen autoridad, que diesen en público gracias a Dios porque los había librado de la tiranía de los Castellanos, se proclamase al Duque de Braganza Rey de Portugal con el nombre de D. Juan Quarto, se asegurasen los Españoles que con cualquier motivo se hallasen en los pueblos, y se pusieran en libertad a los que estaban presos. Después de esto dio las órdenes correspondientes para que se hiciesen en Lisboa con la mayor prontitud los preparativos necesarios para la entrada del Rey. Hizo entender a la Virreyna que saliese del palacio para ocuparlo el Rey y toda su familia, y se trasladase a la casa Real de Xabregas que estaba en un extremo de la ciudad donde se le había preparado su alojamiento. La Princesa consintió en esto, y salió con un aire fiero y sin decir una sola palabra atravesando la ciudad acompañada de sus damas y del Arzobispo de Braga, que sin embargo del peligro que corría su vida no quiso desampararla, dándole siempre muestras de reconocimiento y del singular y sincero afecto que le tenía. Las mugeres, niños y los hombres de todas clases cuando la veían pasar no cesaban de gritar libertad, libertad, viva Juan Quarto Rey de Portugal. Lo que causa admiración es que en medio del furor que corria su vida no quiso desampararla, dándole siempre muestras de reconocimiento y del singular y sincero afecto que le tenía. Las mugeres, niños y los hombres de todas clases cuando la veían pasar no cesaban de gritar libertad, libertad, viva Juan Quarto Rey de Portugal. Lo que causa admiración es que en medio del furor que agitaba todas las gentes no se le hizo ningún insulto personal, y fué tratada con el decoro y respeto debido a su nacimiento. Mientras estuvo como prisionera en Lisboa, y cuando se volvió a Castilla, los Gobernadores de las ciudades y la nobleza le dijeron pruebas de su estimación y respeto acompañándola hasta la frontera de su reyno; y estaba tan contenta de los honores que la hicieron, que solía decir, que
los Portugueses aun en su misma ira eran hombres atentos y urbanos con las señoras.

Entre tanto el Duque estaba en la agitación más cruel por la incertidumbre de su suerte revolviendo en su espíritu las ideas más lisonjeras, y las más tristes, pasando rápidamente de unas a otras, sin que su imaginación pudiera fijarse en ninguna de ellas. La distancia de Villaviciosa a Lisboa, que es de treinta leguas, no permitía que pudiera tener las noticias tan pronto como deseaba, y no sabía sino que aquel mismo día se decidía de su vida y de su fortuna. Aunque había resuelto hacer levantar las ciudades y los pueblos de su distrito, no quiso ejecutarlo hasta tener noticias positivas de lo que había sucedido en Lisboa para arreglar su conducta conforme a lo que habría sucedido en aquella ciudad; y si lo que él se prometía se desgraciaba, retirarse a los Algarves o a la ciudad y fortaleza de Elvas, donde podría estar con seguridad y defenderse de haber tenido parte en la conjuración, lo que no hubiera sido difícil en unas circunstancias en que la corte de Madrid tenía interés en que se creyera que era inocente.

Pinto le escribió luego que el Gobernador de la ciudadela la puso en manos de los conjurados, y esta fué la primera noticia que recibió y empezó a ponerle tranquilo. Poco después llegaron a Villaviciosa Mendoza y Melo para anunciarle el éxito de la empresa, darle cuenta de todo lo que había pasado, y suplicarle que cuanto antes viniera la capital. Luego que estos llegaron fueron recibidos por el Duque y la Duquesa con las más expresivas demostraciones de alegría y de reconocimiento, se echaron a los pies del Príncipe, y por esta acción respetuosa y la alegría que se veía en su rostro mejor que por sus palabras, le manifestaron y él entendió que era Rey de Portugal. Quisieron darle cuenta por menor de todo lo sucedido, pero sin detenerse en estas menudencias trasportado de gozo los llevó al quarto de la Duquesa y la saludaron con el mismo respeto que si estuviera en el trono; y para manifestarla que la reconocían por su Soberana, la trataron siempre de Magestad, siendo así que
hasta entonces no se había dado a los Reyes de Portugal otro tratamiento que el de Alteza. Todo el palacio resonó con los gritos de alegría, y habiéndose derramado la noticia por todas partes se llenaron las inmediaciones de gentes, y manifestaban todos el más vivo interés en un suceso tan extraordinario.

El mismo día fue proclamado Rey en todos los pueblos de su distrito, y Alfonso de Melo hizo lo mismo en Elvas. De todas partes concurrieron a prestarle sus homenajes y respeto con mayor sinceridad que los cortesanos, porque siempre le habían mirado como su padre por el interés que tomaba en su felicidad socorriendoles generosamente en sus necesidades. El Arzobispo de Lisboa le despachaba sin cesar correos representándole que apresurase la venida, porque su presencia era de suma importancia. El Duque salió de Villaviciosa para la corte con gran acompañamiento, pero iba con mucha lentitud, porque conocía bien la inconstancia de las cosas humanas. Sin embargo de un principio tan feliz no estaba todavía libre de sus temores. Recibió el último pliego del Gobernador a mitad del camino en el llano de Montemor, donde se entretenía en la caza algo apartado de las gentes que le acompañaban, estando solamente con el Conde de Vimioso y el Marqués de Ferreyra, pues Mendoza y el Montero mayor habían ido a Évora para hacerlo proclamar en aquella ciudad y en toda la provincia de Alentejo. Leída la carta del Arzobispo tomó el Rey la posta, y se fue a un lugar llamado Aldea Gallega distante diez leguas de Lisboa, y habiendo entrado en una barca de pescadores atravesó el Tajo que en este sitio tiene tres leguas de ancho, abordó en la plaza que está delante de palacio, y sin embargo que estaba llena de gentes que esperaban su venida no fue conocido de nadie. Pasó como un particular por medio de tantas personas, entró en la casa de la compañía de Indias que en otro tiempo era el almacén de todas las riquezas de aquellas provincias, y entonces estaba pobre y desierta.

Luego que se supo en la ciudad que había
Illegado, el pueblo dejó sus labores y se entregó a los trasportes de alegría, y hubo fuegos artificiales en todas las plazas y iluminaciones generales sin necesidad de que el gobierno lo mandara. Se determinó que haría su entrada pública el sábado día ocho del mes. Las calles por donde debía pasar estaban llenas de gentes manifestando todos con las demostraciones más vivas la alegría que tenían de ver la casa de Braganza colocada en el trono de sus mayores. El pueblo en este día de regocijo se entregó sin ninguna medida a los movimientos de su corazón, unos saltando y bailando delante del Rey, otros se echaban a sus pies y le besaban las manos, y el aire resonaba continuamente con las aclamaciones de “viva nuestro Rey, que es enviado de Dios para quebrantar el orgullo de los Castellanos, restablecer nuestro honor, asegurar nuestra libertad para llenarnos de gloria, y restituir a Portugal su antiguo esplendor.” En fin, entró en la casa de la compañía, y como muchos por el gran concurso no lo habían podido ver pidieron que saliese al balcón, y condescendió con los deseos del pueblo ponéndose a la vista de todos renovando sin cansarse las mismas aclamaciones, y resonando sin cesar el ruido de la artillería. La ciudad quiso dar al pueblo diversiones públicas, pero el Rey no lo consintió, diciéndoles: “Nosotros celebraremos fiestas después de haber hecho los preparativos para defendernos contra nuestros enemigos.”

Tomó posesión del palacio de sus mayores que se había adornado en el poco tiempo que había habido con la mayor magnificencia, y dió los primeros cargos a las personas más principales conforme a la costumbre antigua, y los otros a los hombres distinguidos por su mérito personal, dando de este modo pruebas de su discernimiento, de su bondad, de su reconocimiento, y de su justicia. Dió forma al gobierno para restablecer el orden público, y hacer cesar la confusión que casi siempre acompaña las grandes revoluciones; y luego se vieron los buenos efectos de las providencias que daba, porque en pocos días desapareció el desorden en la capital y en todo el reyno, aplicándose todos a sus labores y exerci-
TABLAS CRONOLÓGICAS.

D. Fernando de la Cueva, que era Gobernador de la ciudadela de S. Juan que está en la embocadura del Tajo, fue el único que no quiso entregarla. Toda la guarnición era de Españoles, cuyos oficiales llenos de sentimientos de honor y del valor que siempre los han caracterizado, despreciaron las intimaciones que les hicieron, de manera que fue necesario situar en forma la fortaleza. Se abrió trinchería, y sin embargo del fuego vivo de la plaza y de las salidas que hacían los sitiados con la mayor intrepidez, los Portugueses llegaron a la contraescarpa. Viendo que si se había de tomar por la fuerza se perdería mucha gente, resolvió el Rey servirse de la negociación que es el arma más eficaz y menos sangrienta; hizo proposiciones muy ventajosas al Gobernador para que entregase la plaza ofreciéndole cantidades considerables de dinero con una encomienda pingüe del Orden de Cristo, y deslumbrado del oro, tuvo la vileza de faltar a la fidelidad que debía a su Soberano, y la rendió cubriendo su infamia con el pretexto que no tenía las tropas suficientes, siendo así que los oficiales llenos de honor no quisieron firmar la capitulación. Reducidas todas las plazas, y reconocido en todas las provincias, luego que llegó a ellas la noticia de la revolución, resolvió hacerse coronar para que su persona fuera más augusta a los ojos de los hombres con la santidad de esta ceremonia, con la cual se estrecha más el vínculo que los une con los pueblos, y es como un...
sello sagrado y la mayor solemnidad del contrato que lo hace irrevocable por una y otra parte, obligándose el Rey delante del altar y poniendo por testigo al Omnipotente que protegerá los pueblos, les administrará justicia, y se ocupará sin cesar en su felicidad; que no abusará del poder para oprimirlos, y que no les hará agravio ni en sus personas ni en sus bienes; en fin, que gobernará conforme a la ley, y que no se apartará jamás de ella; y los pueblos por su parte les prometen obediencia, sumisión, y fidelidad. Señaló el quince de Diciembre para esta ceremonia convidando a los señores principales de todo el reyno, y a la nobleza de segundo orden.

Se levantaron dos tablados en la plaza de palacio adornados magnificamente, y se puso un altar con la cruz y los Evangelios. Cuando llegó el día señalado se presentó el Rey acompañado del Marqués de Villareal, del Duque de Aveyro y del de Camilla, del Marqués de Ferreyra, de D. Mauricio de Silva, del Marqués de Govea su mayordomo, de Juan Rodriguez de Sa Conde de Penaguiano, su camarero mayor, y de otros muchos; del Arzobispo de Lisboa, del de Braga, del Inquisidor general, y de muchos otros señores y prelados. Sentado el Rey se trajo la cruz y los Evangelios, se puso de rodillas, y a presencia de todos hizo el juramento de regir y gobernar el reyno y de administrar justicia, y todo esto con la prudencia, sabiduría y moderación que le fuera posible; de mantener los usos, costumbres, privilegios y derechos del reyno concedidos y confirmados por los Reyes sus predecesores con el sello de Dios y el santo Evangelio; y los tres estados compuestos de la nobleza, de la clerecía, y del pueblo, después de este juramento por su parte, y en nombre de toda la nación, se prometieron obediencia y fidelidad con la misma solemnidad, recibiéndole por su Rey legítimo y Señor natural. Concluida esta ceremonia fueron a la Catedral con la misma pompa, resonando de continuo el aire con las aclamaciones del pueblo y el ruido de la artillería, y cantada la Misa y el Te Deum el Rey se volvió al palacio.

Algunos días después vino la Reyna a Lis-
boa con una comitiva numerosa, y cuando llegó cerca de la capital, el Rey acompañado de los Grandes salió a recibirla. Luego que se encontraron se dijeron las demostraciones más vivas de estimación y alegría que tenían de la mutación de su estado. El Príncipe D. Theodosio y las Infantas Doña Catalina y Doña Juana hicieron la reverencia al Rey su padre, el cual abrazándolas no pudo contener las lágrimas de gozo; y después de haberse detenido un poco para descansar, pasaron el Tajo y entraron en Lisboa el 26 de Diciembre con las aclamaciones del inmenso pueblo que había concurrido a esta fiesta.

La noticia de esta revolución causó en la corte de España la mayor admiración, no llegando a entender cómo un suceso de esta naturaleza que debía haberse preparado mucho tiempo antes, entrando en la intriga un gran número de personas, no se había descubierto por la Virreyna y su Ministro. Los políticos acusaban la indolencia de aquélla, y la falta de actividad en Vasconcelos. Condenaban la conducta de los Gobernadores de las fortalezas por haberlas entregado con tanta facilidad como si estuvieran acordes con los Por- tugueses. No se puede dudar que esta empresa es uno de los sucesos más extraordinarios que presenta la historia, y que solamente el odio violento que ardía en el corazón de todos los Portu- gueses contra los Castellanos, y el deseo de vengar de tantas injurias que creían haber recibido de ellos, puede hacernos entender que conservó entre tantas gentes el secreto inviolable.

El Conde Duque se llenó de furor y de desesperación, porque se hallaba en circunstancias que no podía vengarse y castigar a los rebeldes. En toda la corte se hablaba de este suceso con toda individualidad; todos lo sabían, y solo lo ignoraba el Rey, no atreviéndose nadie a decírselo por no incurrir en la indignación del Ministro. Mas temiendo éste que algún enemigo suyo se lo dijese de una manera que excitarase su indignación y le hiciese perder su favor, resolvió darle por sí mismo la noticia quitándole todo lo que tenía en sí dolorosa y desagradable. Y así presentándose con un rostro alegre y lleno de
confianza le dijo: "Señor, traigo a V. M. una noticia muy agradable." ¿Qué es?, replicó el Rey.

"La de haber ganado en un momento un Ducado y muchísimas bellas tierras." ¿Cómo es eso, Conde?, le dijo el Rey sorprendido. "Porque el Duque de Braganza ha perdido la cabeza, y se ha dexado engañar por un populacho que le ha proclamado Rey de Portugal, y por el hecho mismo sus bienes quedan confiscados y reunidos a la corona."

Aunque el Rey tenía poca penetración no se dexó deslumbrar con las esperanzas tan lisonjeras que le daba el Ministro, y comprendió muy bien que no era cosa fácil lo que le proponía; mas como era tan débil, y estaba enteramente domino de su favorito, solo le dijo que se debía trabajar en extinguir la rebelión que podía tener consecuencias funestas, no pudiendo entender por la falsa relación que el pérfido Ministro le hacía, que todo Portugal estaba levantado por el Duque, y que no poseía en todo aquel reyno un palmo de tierra.

El Conde Duque avisó al Marqués de los Vélez lo que acababa de suceder en Portugal, y le instruía en lo que debía hacer teniendo reservada la noticia para que no llegase a oídos de los Catalanes ni de los soldados Portugueses que tenía en el ejército, porque aquéllos no tomaran mayores ánimos, y éstos no desertasen y se pasasen a los Catalanes para ser enviados desde sus puertos a Portugal, como lo habían ofrecido por el edicto que habían publicado. El Cardenal de Richelieu, enemigo implacable de la España, tuvo una gran parte en esta revolución, y fomentó a los conjurados ofreciéndoles la protección de la Francia y de sus aliados para debilitar las fuerzas de la España encendiendo la guerra dentro de su mismo reyno, persuadido que si podía separar de la corona a Portugal y Cataluña, le hacía una herida mortal que necesariamente había de arruinar del todo esta potencia.

Al mismo tiempo trabajaba en apartar de la alianza de España los dos Príncipes de Saboya Thomás y el Cardenal que habían tomado con tanto calor su partido. A fuerza de promesas consiguió su intento, y el dos de Noviembre hi-
ciéron un tratado con el Señor Mazarini, que tenía plenos poderes de la corte para este efecto, y con el Conde de Harcourt, con condiciones muy ventajosas al Cardenal que quería dexar el estado eclesiástico y casarse con su sobrina, hija primogénita de Victor Amedeo, pidiendo que se le concediesen tierras para mantenerse con el decoro debido a su clase, la pension que los Españoles le pagaban, una cierta cantidad para pagar las deudas que tenía, y algunas otras cosas. Los plenipotenciarios que tenían órdenes precisas de separarlos de cualquiera manera que fuera de los intereses de la España, conviniéron en todo lo que pedía.

No fué tan fácil concordarse con el Príncipe Thomas por estar unido con la España con vínculos mas estrechos, porque tenía su muger y sus hijos en la corte de Madrid, y antes de abandonar el partido de los Españoles era preciso recobrar prendas tan preciosas. Solicitaba además por su propio honor que se reestuyesen las plazas que los Franceses ocupaban en el Piamonte, haciendo lo mismo los Españoles con las que tenían, lo que el Cardenal no quería consentir aunque no se atrevía a negarse abiertamente por no romper la negociación; y así escribió a Mazarini que declarase al Príncipe que la Francia está pronta a restituir las plazas con tal que los Españoles de su parte hagan lo mismo y remitan la Princesa de Carín con su muger con sus hijos, y que las que se restituyeran por las dos partes se asegurarían para el joven Duque de Saboya poniendo en ellas guarniciones no sospechosas. Por éstas se entendía solamente las Francesas, y como no se había de cumplir esta condicion el tratado no debía tener efecto. Tampoco era verosímil que las potencias de Italia quisieran reanudarse para este fin, por no excitar contra sí la indignación de la corte de España, y mucho menos que ésta soltase las prendas que tenía. El Príncipe conoció el engaño del artificio Richelieu, y sin embargo concluyó un tratado secreto con Mazarini y recibió una suma de cien mil francos, y sin cumplir nada de lo estipulado se sirvió de este dinero para continuar la guerra contra los Franceses tomando.
las armas el mismo día que se había obligado a emplearlas en su servicio. El Cardenal rompió también el tratado que había hecho, y los dos Príncipes se quedaron unidos al partido de la España viendo la mala fé con que procedían los Franceses.

El Marqués de los Velez, descansado el exército en Tarragona, hacía los mayores preparativos para ponerse en marcha a la capital, la cual con la noticia de la retirada del Francés estaba puesta en la mayor confusión. La diputación había esforzado para persuadir a Espenan que se detuviera, y juntando sus tropas con los tercios Catalanes ocupase a Martorell e impidiese los progresos del enemigo, lo que sería muy fácil aunque no tuviera tanta gente como los Castellanos, porque los pasos son angostos, y el río dificultoso de atravesar. Al mismo tiempo se hacían las levas con una presteza extraordinaria, y todos los días llegaban gentes nuevas de los diferentes partidos que aumentaban el ejército. La diputación envió para dar calor a este negocio al Doctor Ferran, oidor eclesiástico, sin conocimiento alguno del arte militar, pero muy exaltado por la libertad de su patria. Luego que llegó a Martorell procuró con mucho zelo dar las providencias que creyó más oportunas para la defensa así en la construcción de las fortificaciones como en la formación del campo, pero todo fue inútil.

Trabajaban sin cesar una multitud de gentes, pero sin que ninguno tuviese los conocimientos necesarios para dirigir la obra. Los jóvenes más ardientes que los demás les obligaban a seguir su parecer desatinado, y trabajando según sus planes no se adelantaba nada la obra. Los temores de la ciudad se aumentaban con las noticias que tenía la diputación de los intentos de Velez, y no cesaba de instar a Espenan que con su caballería y algunos infantes Franceses entrase en el Panadés donde se encaminaban los Catalanes, para que juntos disputasen el paso al ejército Real que quería ocupar este partido para proveerse mejor, pues se hallaba muy faltó de bastimentos, y las partidas de los Catalanes interceptaban los convoyes que llegasen...
vivieres a su campo. Espeñan resuelto a cumplir el tratado seguía siempre con su intento dándoles buenas palabras para no desesperarles, aunque sus acciones manifestaban todo lo contrario.

La diputación que Dudaba de sus intenciones por haberse puesto en la retaguardia de Martorell envió a su diputado eclesiástico presidente del consistorio, para que tratando con él procurase saber su última determinación. Luego que llegó al campo asistido de Ferran y del conseiller tercero tuvo una conferencia con Plesis para que con su influjo le redujese a consentir en lo que se le pedía, y en el caso de obstinarse le mandase imperiosamente que su caballería pasase luego al Panadés y con la infantería guarneciese la villa; pero que si los enemigos estaban apoderados de ella, se retirase a Martorell para hacer en este lugar su defensa.

Arregladas así las cosas creyó el diputado que no era necesaria su presencia y se volvió a Barcelona, pero apenes salió del campo todo se puso en la misma confusión que antes, porque no se cumplía nada de lo que se había estipulado. Volvió segunda vez con ánimo de explorar las intenciones de Espeñan, y estando presentes Plesis y Serifian le estrechó para que resuelta mente declarase si quería seguir la suerte del Principado y su servicio, o retirarse a Francia conforme lo había estipulado en Tarragona. Ofreció seguir el primer partido permitiéndole avisar al Velez las causas que tenía para no cumplir su tratado, previniéndose con esta respuesta para lo que pudiera suceder en adelante. Así se libraba de los apuros en que estaba, porque si se explicaba que quería retirarse en cumplimiento del tratado, tenía contra sí los naturales que llenos de furor por verse abandonados le habían de perseguir con toda su indignación para vengarse de su engaño, y si faltaba a lo que había convenido con el Marqués, temía con razón ser castigado conforme a las leyes de la guerra si caía en sus manos. Estos temores le tenían en gran confusión y sin saber qué hacerse hasta que llegase la resolución de su corte, a la cual había avisado dándole noticia de todo lo sucedido, para que comu-
El seis de Enero recibió aviso del Ministro que cumpliese los pactos que había hecho con el Marqués y se retirase a Francia: el siete se puso en marcha con todas sus tropas dexando a la diputación sin los socorros ofrecidos, y abandonó el Principado a sus propias fuerzas a tiempo que el ejército Real se acercaba a la capital. Estando prevenidas todas las cosas para ponerse en marcha el Marqués, encomendó la plaza de Tarragona al Maestre de Campo D. Fernando de Tejada con la tropa suficiente para defenderla de las incursiones que pudieran hacer los enemigos. Una sola cosa hallaba el General que acomodar, que siendo la más difícil y la más necesaria, hasta el momento de la salida no había hecho mucho alto en ella. El ejército había de pasar por un país estéril, arruinado, y sin ningunos víveres, porque los pocos que habían quedado a los naturales los habían entrado tierra adentro en los países escabrosos para guardarlos de los defensores y de los ofensores, pues ambos se los quitaban y los consumían dexándose en la miseria; y así era preciso conducirlos al campo por mar o por tierra desde la ciudad que iba a dexar. Por tierra era imposible por falta de acémilas, y por las partidas de los miqueletes que infestaban los caminos; por mar era más fácil encargándose de esta comisión el Marqués de Villafranca que era General de las galeras; pero siendo éste de un carácter altivo y vano, tenía el Velez poca confianza en él, porque los poderosos mas cuenta tienen con los intereses que con los de la república. Se interpuso por medianero Garay, haciendo presente a D. Garcia de Toledo cuanto se interesaba el servicio del Rey en que se emplease en esta comisión, que salvaría el ejército y contribuiría a reducir a los rebeldes. A todo se hizo sordo eludiendo con destreza cuanto se le proponía, sin otro motivo verdadero que no querer contribuir a la gloria ni servir de instrumento a lo aciertos de otro, dexando el ejército abandonado a los rigores del hambre y imposibilitado de obrar, contribuyendo con su obstinación a
que el partido de los rebeldes se fortificase con gran descrépito del Rey.

Desesperado de que por mar se pudiese abater el su ejército, resolvió que se pusiese en movimiento el de Nochera que mandaba en Fraga, porque llamando de este modo la atención y las fuerzas de los Catalanes le dexarian libre el paso, y le irían los convoyes de Tarragona y de los lugares que dexaba atrás sin ningún peligro, y el ejército estaría bien provisto de todo. Desde luego se diéron las órdenes convenientes para que la division de Fraga se pusiera en disposicion de emprender su marcha.

Nochera salió de Zaragoza con el Maestre de Campo general el Prior de Navarra para dar la forma correspondiente al ejército de la raya de Aragon, y empezar á entrar por aquella parte en Cataluña. El General pedía lo que necesitaba para la ejecucion pero no se le socorria, antes bien el Ministro le respondía de una manera poco decorosa atribuyendo á cobardía los avisos prudentes que le daba. Por otra parte se encendió la discordia entre los dos gefes porque entrámbos eran de un carlicter orgulloso, y cada uno quería seguir su propio capricho y someter al otro á sus proyectos. Esta division tuvo la tropa en la inaccion, y se entorpecieron las operaciones militares con gran perjuicio de la causa comun y deservicio del Rey.

El ejército que había salido de Tarragona se dirigía á Villafranca del Panadés llevando la vanguardia S. Jorge con la caballería. Villaplana, teniente General que la ocupaba, no teniendo fuerza bastante para defenderla se retiró sin esperar que le acometieran. Las tropas Reales la ocuparon y no quisieron perseguirle temiendo alguna emboscada, y esperaron que el ejército se juntase.

Esta pérdida causó mucho sentimiento á los habitantes de Barcelona, quejándose vivamente de la perfidia del General Francés que los abandona baba, y los ponía en peligro de caer en poder de los Castellanos. Sin embargo del furor que ardía en sus pechos contra los Franceses, hicieron nuevos esfuerzos para hacerlo volver del camino, pues después de muchas deliberaciones los dipu-
Los diputados encendidos y animados con las declaraciones del exaltado canónigo Claris, resolvieron convocar los brazos para que viendo el estado de las cosas, y la falta de medios, delibersen lo que debía hacerse. Habiéndose juntado se propusieron mil medios para salir de sus apuros, pero todos inútiles o poco proporcionados para la gravedad de los males que les amenazaban; y así determinaron apartarse enteramente de la obediencia, porque habiendo faltado el Rey D. Felipe a su juramento habían recobrado su libertad y no debían reconocerle. Esto decían los más sediciosos siguiendo el voto del furibundo Claris, y resolvieron entregarse a la Francia. Los Síndicos de los cabildos y universidades no quisieron votar, porque decían no tener poder de sus principales para una cosa tan árdua y de tanta consideración. Pero el consejo de los Ciento se conformó con la diputación para librarse del riesgo que corrían sus personas y calmar la inquietud del pueblo, con la esperanza de conservar su libertad con la protección de un Rey tan poderoso como era el de Francia. Esto se decía en público, pero en secreto su intención era entregarse enteramente a esta nación, persuadidos que mirándolos como súbditos hacían mayores esfuerzos para defenderlos que siendo solamente sus aliados.

Llegado todo el ejército Real a Villafranca salieron los caballos ligeros para apoderarse de S. Sadurní poco distante de Martorell, donde se sabía que estaban fortificados los enemigos con la mayor parte de sus fuerzas resueltos a hacer una vigorosa resistencia, porque estando todo lo demás
del camino expedito hasta Barcelona, no dudaban que si perdían esta posición se apoderarían pronto de la ciudad. El pueblo que está situado en una eminencia fue asaltado con grande ímpetu, y los Catalanes lo defendieron con bastante valor; pero siendo inferiores en fuerzas lo abandonaron y se retiraron a las fortificaciones de Martorell, a donde no podía llegarse si no por unos valles profundos cercados de dos cordilleras de montes que unos bajan de las serranías de Montserrat, y otros corren tierra adentro pasando poco distantes de Barcelona.

Los Catalanes ocupaban estas cordilleras y tenían puestas en ellas algunas fortificaciones en los lugares que juzgaron más convenientes, no por el arte de la guerra en la cual no estaban instruidos, sino por solas sus luces naturales, creyendo que por estar en lugares altos y libres de la furia de la caballería podían defenderse fácilmente, y aun tenían esperanzas de triunfar de todo el ejército Real, y lo hubieran podido conseguir si estuvieran más excitados en el arte de la guerra. Pero qué podían hacer hombres sin experiencia ni disciplina militar, sin más vigor ni ánimo que el que dá la seguridad de un lugar que se reputa por inconquistable. Los bárbaros son insolentes en todas las naciones cuando creen que el enemigo no los puede ofender; pero desde el momento que ven frustradas sus esperanzas, ponen toda su salud en los pies del abatimiento. El Marqués aunque conocía muy bien la situación del pueblo de Martorell por ser suyo, y de todo el país, sin embargo quiso tomar informes de algunos naturales para saber las fuerzas de los enemigos, pues no quería emprender temerariamente su conquista considerándolo como el antemural de su capital. Por las noticias que le diéron los paisanos supo que las fuerzas las había gobernado días antes el oidor eclesiástico Ferran acompañado de D. Pedro Desboch y D. Francisco Miguel, los tres llenos de zelo patriótico y de mucha fidelidad, pero de ningún conocimiento en el arte de la guerra. Luego que se supo la marcha del ejército Real la diputación llamó de Ampurdán a Francisco Tamarit, diputado

| Años de J.C. | Aquí falta el contenido de la tabla cronológica. | Era de España |
TABLAS CRONOLÓGICAS.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Año</th>
<th>Evento</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>164</td>
<td>Militar que mandaba las armas en aquel país para defenderlo de las tropas del Rosellón, creyendo que con la corta pericia que había adquirido en poco tiempo, podría resistir con los siete mil hombres que había en las fortificaciones a todo el poder del Marqués.</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>Antes de salir del Ampurdán dexó el mando de las tropas y el gobierno de aquella provincia a los Maestres de Campo D. Antonio Casador, D. Dalmau Alemany, D. Bernardo Monpalau, D. Juan Sanmenat, y el Vizconde de Joch, todos de mucho valor y de no menos fidelidad, los cuales aunque no tenían tantas fuerzas como el Gobernador del Rosellón, podían hacerle frente impidiéndole sus progresos por la calidad de las tropas y la práctica del país, y ser muy estimadas de los naturales a quienes eran poco gravosas por la disciplina rigorosa que observaban. Tamarit entró en Barcelona con las compañías de caballos de Enrique Juan, Balie de Falsa, y de Manuel de Aux, y fue recibido con los mayores aplausos. Pocos días antes entraron también Plessis y Serián con un regimiento de infantería francesa y trescientos caballos (no estando esta tropa comprendida en la capitulación de Tarragona), con cuyos socorros se alentaron los ánimos de los habitantes de aquella ciudad que estaban muy abatidos con la proximidad del ejército Real, y no dudaban que con tan buenos Capitanes se defenderían con vigor las fortificaciones de Martorell.</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>Todo el Principado tenía puestos los ojos en aquella acción juzgando que de ella dependía su buena o su mala suerte, y por esta razón los cabos aplicaron toda su industria y valor en esta defensa. Avisaron a D. Josef Margarit, que emboscó con sus tropas en las sierras de Monserrate daba frecuentes asaltos a los enemigos, que pasase al campo de Tarragona para incomodar a los Castellanos por la espalda y cortar los convoyes de víveres y municiones. Recibida esta orden se fué con la gente que le quiso seguir y algunos Almogávares a tentar fortuna procurando quitar al enemigo los lugares del campo. Se acercó a Constanti poco distante de la ciudad, que</td>
</tr>
</tbody>
</table>
tenía un castillo de poca importancia situado en una eminencia que domina todo el pueblo y sus cercanías, y servía de hospital y de cárcel a los Castellanos y Catalanes: acometió de noche la villa, y con mucho brio se hizo dueño de las puertas: al amanecer entró en el castillo, aunque los soldados que lo guardaban hicieron la mayor resistencia. Treinta Castellanos quedaron muertos, y trescientos prisioneros Catalanes recobraron su libertad.

Esta acción merecería los mayores elogios si estos bárbaros no la hubieran afeado con su crueldad, porque asesinaron quatrocientos soldados heridos y enfermos que yacían en el hospital, sin que la humanidad ni la religión pudieran amansar la ira de aquellos ánimos feroces, que con la victoria estaban tan insolentes que querían vengar con un atentado tan atroz el suceso horroso de Cambrils, que resonando por todos los ángulos del Principado había llenado de indignación y de rabia a todos los Catalanes. El Gobernador de Tarragona envió un cuerpo de caballería y de infantería contra Margarit para recobrar la villa, puesto que los daños causados no podían remediar. El capitán Cabafias que era hombre de valor estaba fuera del pueblo de reserva para entretenerlos mientras se juntase la gente que estaba ocupada en el saqueo. Luego que se presentó la tropa del Rey se trabó un combate muy refunfido que dió lugar a que se formasen los Catalanes en batalla, y abandonaron la villa conociendo que no podían conservarla. El Marqués estando a la vista de las fortalezas de Martorell llamó a consejo a los capitanes para deliberar cómo se habían de atacar, y se resolvió acometerlos en las mismas; y si se obstinaban en defenderse dar el asalto por la parte que se pudiera, pues de todos modos era preciso dejar aquel paso expedito: mas que si fuese esto imposible se trabase el combate con el fin de entretenerlos, y entretanto un trozo del ejército de los más escogidos trepase las montañas por la mano izquierda, bajase por el collado del Portell, y pasando el Llobregat les cogiese por la espalda, les cortase la retirada, y les impidiese que les llegasen socorros.
Quando Tamarit se encargó de la defensa de Martorell, y reconoció las fuerzas que había y la calidad de ellas, conoció que no podía resistir al enemigo, y pidió nuevos socorros a Barcelona haciendo presente a la diputación que los cabos que se retiraron se llevaron una tercera parte, y los que habían quedado eran bisoños y se podía contar poco con ellos. Esta noticia fue recibida con mucho disgusto, y se empezó a murmurar del jefe y a desconfiar de su habilidad. Sin embargo se resolvió enviarle los socorros que pedía, y se dijeron las providencias más activas para juntar gentes, pues si por su desuido llegaban a penetrar los enemigos apoderándose de estas posiciones tan ventajosas, la ciudad estaba en mucho peligro de perderse. Las parroquias, gremios, cofradías, conventos, y universidades, todos a porfia mostraron el mayor zelo por la defensa de la patria, ofreciéndose sin reserva a sacrificar su vida y sus intereses por salvarla; y así como se iba juntando la gente se enviaba sin detención. Compañías de clérigos y frailes armados con el fusil iban con las de los sastres y zapateros midiendo las fuerzas y el valor por el deseo de conservar sus fueros. En muy poco tiempo se juntaron mas de tres mil personas de esta condición, que aunque armadas de todas armas, no conocían ni el uso de ellas, ni tenían sino la apariencia de militares, y eran mas propias para impedir las operaciones y defensa de las fortificaciones que para ayudarlas.

Entre tanto el ejército Real viendo que por el frente era imposible penetrar se dividió en dos trezos. Torrecusa, que mandaba la vanguardia con seis mil infantes y quinientos caballos, subió por la aspereza de las sierras hasta la montaña, que por tenerla por impenetrable los Catalanes la habían dexado desguarnecida. El Marqués mandó atacar las trincheras y reductos, que estaban bien guarnecidos de gente, para que estando ocupados en la pelea no advirtiesen la marcha de la vanguardia. Los Castellanos hacían los ataques vivos, pero siempre eran rechazados con mucho valor, o porque se retiraban de propósito, o porque no tenían valor para penetrarlos. Sea lo que
se fuere de esto, es cierto que en vanecidos los Catalanes con la victoria no pensaron ni sospecharon que parte del ejército enemigo pudiera acorralles por la espalda. Todo el día primero estuvieron ocupados en el ataque del Marqués, el segundo se vieron atacados por el costado siniestro, y después por tres partes á un tiempo, lo que les llenó de espanto. Luego descubrieron las tropas de Torrecusa que estaban algo mas distantes de lo que se esperaba porque quemó un lugar que le hizo resistencia; pero habiendo llegado a Martorell, y oyendo los Catalanes los clarines á la espalda, se dijeron por perdidos. Los que atacaban de frente lo hacían con mayor vigor no dudando de la victoria. La artillería resonaba de continuo con el mayor estruendo multiplicándose en el seno de los valles vecinos llenándose todo de horror y confusión, de manera que Seriñán conociendo el peligro en que se hallaban empezó á tratar de salvarse.

Tamarit, el tercer Conseller, Seriñán, y D. Josef Lacosta, y otros cabos, tuvieron consejo de guerra y resolvieron que Aubifii saliese á reconocer las fuerzas de Torrecusa que venia por la espalda, que era lo que más cuidado les daba; y habiendo visto que bajaba con mayor número de tropas que la que ellos tenían, resolvieron salvar su pequeño ejército y no exponerlo por defender á Martorell, pues si éste se perdía era imposible salvar el Principado; que quizás en Barcelona ó en otra parte tendrían fortuna más próspera pudiendo aumentarse las fuerzas con las nuevas levas que se hacían por todas partes; que en Barcelona tendrían los socorros más prontos; que siendo una ciudad tan populosa reducidas a la desesperación los habitantes tomarían todas las armas; que era una temeridad exponerse á un peligro cierto é inevitable; que acometidos con fuerzas tan superiores por todos lados no se podía resistir; y que si se dilataba un poco les sería imposible retirarse y serían presa de los enemigos. Persuadidos de estas razones resolvieron que se executase con buen orden la retirada, pero se temía mas á los propios soldados que á los enemigos, porque aquellos indómitos y feroces se le-
Los Castellanos los apretaban con frecuencia contra los propios ge
nes en estas ocasiones, tratándoles de traidores y atribuyéndoles sus desgracias, y no solamente no les obedecían sino que les quitaban la vida.

Los Castellanos los apretaban con mayor vigor para impedirles la salida deseando acabar en una sola acción la guerra, no dudando que si podían destruir este ejército en que tenía puesta la confianza la diputación, Barcelona se quedaba sin recurso y se entregaría, y lo demás del Principado se sometería sin resistencia al vencedor.

Por esta razón el Torrecusa y el Marqués atacaban con grande furia estrechándolos por todas partes, más como los Catalanes conocían mejor el país hicieron desfilar la caballería por parajes desconocidos, y a su abrigo seguían los infantes. Los Castellanos que se acercaron a las baterías a tiro de arcabuz se detuvieron, porque el francés Senese que la mandaba les hacía un fuego muy vivo, para dar lugar a que los Catalanes abandonasen sus puestos y fuesen siguiendo a los demás. Torrecusa en fin entró en Martorell, y los soldados llenos de furor lo pasaron todo a cuchillo, sin perdonar edad ni sexo, para vengar la pérdida que habían tenido de muchos soldados y algunos oficiales, entre los cuales se contaba a D. Josef Saravia muy distinguido por su valor y prudencia. De los Catalanes quedaron más de doscientos entre muertos y heridos, los demás escaparon pasando el río Llobregat unos a bado, y otros por el puente de piedra que era muy angosto. La caballería de Torrecusa, teniendo por segura la victoria, se entró en los pueblos vecinos para divertirse y robar, y algunos se acercaron al lugar de S. Feliu con pretexto de cortar los socorros que podían venirles de Barcelona. Ya había en el pueblo muchos de estos que fueron los primeros que con mayor zelo tomaron las armas para socorrer a la república que estaba amenazada y en gran peligro. Se hallaban descansando de la poca fatiga que habían tenido, que para ellos era insosportable por no estar acostumbrados al trabajo siendo los más eclesiásticos y artesanos; y habiendo llegado las avanzadas con la noticia que los Castellanos estaban muy cerca,

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años de F. C.</th>
<th>TABLAS CRONOLÓGICAS.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td></td>
<td>Días de España.</td>
</tr>
</tbody>
</table>
fué tal la confusion y el miedo que no sabían tomar resolución alguna ni de huir ni de quedarse para resistir al enemigo, hasta que alentados por los más animosos se juntaron con un cuerpo de infantes Franceses y se pusieron en forma para esperarle.

Subieron a una colina que era un sitio excelente para su defensa, siendo flanqueados por el capitán Borrel con una compañía de caballos. Luego que llegó parte de la tropa del Rey se preparó para acometerlos; pero no teniendo valor para defenderse se escaparon por la montaña, y se entraron en los bosques donde hallaron mayor seguridad que en la resistencia, dexando libre en manos de los vencedores el lugar que les sirvió de quartel para descansar de sus fatigas. Todo el ejército se detuvo un día en este sitio, y el Vélez contemplaba con dolor las ruinas de Martorell por ser pueblo de la familia de Requesens. En esta villa y en S. Feliu dexó la guarnición competente para asegurar los convoyes que de necesidad habían de venir por este camino, yadas las providencias convenientes resolvió continuar su marcha.

El día siguiente salió con buen orden hasta los lugares de Molins de Rey, S. Feliu y Esplugas, para que en llegando el cuerpo del ejército se formase en batalla del modo que fuera más conveniente. La vanguardia se apoderó de todos los pueblos vecinos sin hallar ninguna resistencia, porque toda la tropa de los Catalanes se había dispersado y huido a las montañas. Los pueblos estaban entregados al silencio sin oírse en ellos ningún ruido, porque sus habitantes llenos de temor, ó se habían huido al campo, ó estaban escondidos en sus casas para librarse del furor del soldado Castellano y salvar sus vidas. En fin el ejército ocupaba todos los pueblos vecinos a Barcelona, y llegado el Vélez juntó los cabos principales y otras personas inteligentes para deliberar en un consejo de guerra lo que debía hacerse, pues no quería determinar por sí mismo un negocio tan grande, ni aventurar su buena opinión al fin de una expedición tan gloriosa.

Asistieron pues D. Luis Monsuar Baile ge-
general de Cataluña, que estaba muy instruido en las cosas del Principado y desde el principio de la revolución había sido muy fiel al Rey, D. Francisco Antonio Alarcon del consejo Real de Castilla que acompañaba el ejército de orden del Conde Duque para fiscalizar las acciones del Marqués, aunque con otros pretextos honrosos, bien que este hombre no entendía nada en lo que se iba a tratar, pero podía servir infinito para justificar la conducta del General informando al Duque de la prudencia con que procedía.

Estando pues juntos el Marqués les hizo presente, que puesto que el ejército se hallaba tan cerca del lugar donde se habían cometido al principio delitos tan grandes, y continuaba en la misma obstinación negando la obediencia al Rey, no se debía tratar sino del modo que debían castigarle, pues ya habían visto por la experiencia que era una gente vil y despreciable, sin ningún valor ni intrepidez, incapaces de resistir, y que cedían sin pudor ni vergüenza a un pequeño número de soldados, aunque ellos fueran muchos, como lo habían visto en los días pasados: que castigada Barcelona era necesario hacer lo mismo con las demás ciudades del Principado que se habían hecho tan culpables como la capital: que todas las naciones de la Europa tenían puestos los ojos en ellos, y debían dar el primer golpe sin detenerse para seguir después con los demás: que dentro de la ciudad tenía muchos fieles al Rey que el temor los tenía acobardados, los cuales en viendo tremolar los estandartes Reales levantarian la voz, y los perjudicados de su crimen se esconderían en lo más oculto de sus casas: que no hallarían ninguna resistencia, pues sino habían tenido valor para defenderse en el sitio mas a propósito, mucho menos lo tendrían dentro de la misma ciudad: que sin embargo de que hablaba así tuviesen entendido que aquella empresa ni la persuadía ni la disuadiaba: que antes de determinarse considerasen bien sus fuerzas y las comparasen con la multitud y obstinación de los habitantes de una ciudad tan poblada: que no tuviesen por ciertas las señales que recibieran sus armas y aclamarian su
nombre, pues la astucia de los afligidos es tal que no reparan en hacer promesas para salir de sus trabajos y librarse de los males que los afligen o amenazan: que si consideraban algun otro modo mas conveniente de castigarlos que el sitio y las armas, él estaría muy contento y el Rey muy satisfecho, pues siendo tan clemente y de un corazón tan bondadoso, mas deseaba el acierto y la enmienda que la venganza y el castigo: que los alborotos del rey pedian que no se usase de las armas sino con mucho juicio y prudencia, y quando una necesidad extrema lo exigiese. Concluyó este discurso por el qual dexó los ánimos indecisos y dudosos de lo que se debia hacer porque no manifestaba el General su modo de pensar, antes bien encubría sus intenciones con ideas al parecer enteramente opuestas y contradictorias. Mandó que hablase el Gobernador de Munjuich que era Catalan y la noche antes se había pasado al exército, no por ser fiel al Rey, sino por ser tímido y cobardé; y este en pocas palabras informó del estado del castillo y de la ciudad de una manera que agradase a los Generales y al Marqués, y no como eran en sí, porque con ellas que ría conciliarse su afecto y benevolencia. Después hizo leer la carta del Rey y las órdenes del Conde Duque por las cuales se mandaba que con la mayor prontitud se tomase la ciudad proporcionando los medios para remover los obstáculos y conseguir fácilmente la victoria; pero el Ministro disponía en su gabinete el plan á su arbitrio, y así le era muy fácil adaptar los medios para expugnar la ciudad. Todos los del consejo tenían por desatinada la resolución de la corte, pero ninguno se atrevía á contradecirla: conocían que era muy dificil tomar la ciudad, que tenía buenas murallas guarnecidas de mucha artillería, una multitud de gentes desesperadas resueltas á vencer ó morir, muchos soldados veteranos y artilleros excelentes, el mar abierto para recibir toda especie de socorros, los puestos principales ocupados, oficiales intrépidos y de mucha práctica en el arte militar, y los afectos al Rey pocos, y estos tímidos y cobardés.

Por otra parte el exército Real estaba muy
TABLAS CRONOLÓGICAS.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años de F.C.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

disminuido por la gente que se había perdido en
las marchas y fatigas, y en las diferentes accio-
nes con los enemigos; pero principalmente por
las guarniciones que se habían dexado en los
puestos más ventajosos. La falta de provisiones lo
tenía muy descontento, porque ni por tierra ni por
mar podían llegar sino con mucho trabajo y escas-
sez, pues las partidas de los enemigos lo inter-
ceptaban todo, y había mucha desavenencia entre
sus comandantes. En estas circunstancias si eran
derrotados se perdía todo el ejército, y los socor-
ros de las demás provincias llegaban muy tarde
y todos de jóvenes, que no estando acostumbrados
da la fatiga enfermaban y se hacían inútiles.

Por todas estas consideraciones juzgaban que no
era acertado atacar la ciudad.

Garay que decía al principio que se debía
hacer la guerra por el Rosellón insistía ahora en
la misma opinión, no teniendo por conveniente
poner sitio á Barcelona, ó por mejor decir, juz-
gando por muy perjudicial y arriesgada esta em-
presas. Torrecusa opinaba por el sitio, persuadido
que una ciudad grande no podía resistir mucho
tiempo. Xeli tenia por difícil y peligrosa la em-
presas atendidas las pocas fuerzas del ejército
Real. El oidor Alarcon instaba porque se cum-
pliesen las órdenes del Rey, y los Catalanes que
le seguían hacían lo mismo sin considerar más
que sus propios intereses. De los oficiales meno-
res algunos opinaban que el ejército vagase por
la provincia talando y saqueando los pueblos,
castigando de este modo la rebelión sin detenerse
en sitiar ningún lugar, pues el enemigo no tenía
fuerzas para impedirlo; que los habitantes cansa-
sados de sufrir tantos males conocerían su yerro,
y para enmendarlo volverían á la obediencia del
Rey. El Marqués estaba inclinado á esta opinión;
pero el silencio de Torrecusa, de Garay, y de
Xeli, le impedia explicarse con libertad.

En fin se resolvió de común consentimiento
acercarse á la ciudad, ocupar el lugar de Sans
que dista media legua, y que se intentase la ex-
pugnacion; que se reconociese á Monjuich que
es el punto más importante para rendirla, porque
tomado éste sería feliz el éxito de la empresa; que
se atacassen las fortificaciones exteriores para con-

necer mejor la fuerza que tenían; y que se con-

vidase segunda vez á los Catalanes con el perdón.

Tomada esta resolución se puso en movimiento el exército para ocupar el lugar señalado, y todo el día se gastó en reconocer los puestos y partes para atacar la plaza. Torrecusa con algunos otros oficiales se ocupó en este trabajo. Antes de em-

pezar las operaciones del sitio se envió por un trompeta á la ciudad la carta del Rey con otra del Marqués, en la cual les decía: “Que hallán-

do con un exército sobre la plaza, les adver-

rría que solo venía á castigar á los perturbado-

res de la paz pública, y así que le recibiesen

como Ministro de justicia y no como General;

que el Rey les ofrecía el perdón por los excesos

pasados estando pronto á recibirlos como á hijos:

que éste era el medio mas eficaz de evitar los

gravísimos daños que causa el furor del soldado:

que interesado en su conservación como natu-

ral del país, y como amigo, no podía menos de

darles este consejo, y advertirles el peligro á

que estaban expuestos para que procurasen evi-

tarle con todo cuidado.”

La ciudad se hallaba en la mayor turbación

afligidos todos por los males sucesos anteriores,
y llenos de temor por los males que les amenaza-

ban, y así hicieron á Dios plegarias muy fervo-

rosas para aplacar su ira. Los Ministros del altar

no cesaban de predicar y exóitarles á la peniten-

cia y á la confianza en Dios que tendría compa-

sión de ellos, y los libraria de los males que te-

mían. A este tiempo llegaron las cartas que les

causaron el mayor cuidado, porque se temían al-

gun artificio que estando acompañado de la fuer-

za podía serles muy perjudicial. Se leyeron en

concejo, y viéron por ellas que solo se procuraba

seducirles con palabras blandas para ejercer des-

pués la violencia y la crueldad; y así le respon-

dieron: “Que los progresos que había hecho el

exército manifestaban bien á las claras lo que

se podía esperar: que las obras desmentían sus

palabras; que la misma violencia y crueldad ha-

había usado hasta ahora con los que se entregaban

que con los que se defendían: que para hacer
bien y procurar la quietud no se necesita el es-
truendo de las armas: que apartase las tropas, y
se podría negociar con facilidad la paz sin nin-
gun miedo y con toda libertad: que siendo éste
el primer paso de la concordia, debía abrazarlo
si la deseaba, y se preciaba como decía de ser
"paisano, amigo, y cristiano."

Entre tanto el ejército se disponía para em-
bestir la ciudad, y luego que recibió la respues-
ta, irritado de la insolencia y desprecio que se
hacia del Rey y de su persona, y con parecer de
los cabos, se formaron dos divisiones de la gente
mas escogida, y tomando el mando de ellas el
Maestre de Campo D. Fernando de Rivera, y el
Conde de Tyron Maestre de Campo de los Irlan-
deses, subieron la montaña de Monjuich por los
do costados con orden que el primero le atacase
por la izquierda entre la campaña y fuerte de
la eminencia, y el segundo entre la ciudad y la
montaña; que a estos dos cuerpos siguiesen ochon
mil infantes que debían alojarse en la falda del
monte en forma de batalla acercándose cuanto les
fuera posible a las dos divisiones, y para cubrir
toda esta gente el Duque de S. Jorge que se apos-
tase con sus esquadrones en la parte más llana
de aquel costado; que lo restante del ejército
reducido a esquadrones como lo permitiese la
forma del terreno hiciera frente a la ciudad; que
la caballería de las Ordenes se colocase en un pe-
quieso valle que estaba en el cuerno izquierdo
para impedir a la enemiga si intentase penetrar
por aquella parte; que el teniente Chavarria con
algunas piezas ocupase un puesto ventajoso, y
colocando las baterías fulminase sin cesar el fuer-
te; que el General con el estado mayor queda-
ria en el Hospitalet para dar desde allí las or-
denes correspondientes; que llegando las prime-
eras divisiones hiciesen lo posible para apoderarse
de él socorriéndolas todos los tercios de la van-
guardia; y que Torrecusa como Maestre general
mandase esta acción y Garay la otra, ayudán-
dose mútuamente cuando la necesidad lo exigiése.

Los de la ciudad reducidos al último apuro
no sabían qué partido tomar, siendo así que no
les quedaba más arbitrio que entregarse a dis-
creción del vencedor, y exponerse a sufrir lo que el enojo y la venganza dictase al Marqués y al Ministro, ó defenderse hasta morir con las armas en la mano. Juntáronse otra vez en concejo para deliberar sobre un negocio que parecía desesperado en número de doscientos votos, á quienes los diputados hicieron presente las pocas fuerzas que tenían, el poderoso ejército que estaba á la vista, la imposibilidad de resistirle, los males que les amenazaban si se apoderaban de la ciudad, la intención del enemigo, y la justicia de su causa. Esto dió lugar á mil reflexiones que encendieron la ira y el temor en sus corazones, de manera que no se entendían unos á otros ni resolvían nada, hasta que en fin después de muchas disputas propuso Juan Francisco de Vergos elegir al Rey de Francia por Conde de Barcelona con los pactos y condiciones que hacía en los tiempos antiguos, añadiendo otros á propósito de conservar intacta su libertad. Los sindícios protestaron y se opusieron; pero el ambicioso Claris que era el resorte que daba movimiento á toda esta máquina se servía de este hombre idiota, pero de un genio exaltado que por su influjo había sido puesto en el concejo de los Ciento, y en el de la Veintequattrena que entendía de las cosas de la guerra, para recompensarle de la prisión que había sufrido en tiempo de Santa Colomba por faccioso y cabeza de motín. El pueblo lo tenía en el más alto concepto, y seguía ciegamente sus determinaciones por insensatas que fueran, porque las suponía dictadas por el amor de la patria, no habiendo en él sino una ambición excesiva acompañada de la vanidad más estúpida. Por esta causa en las juntas se seguían siempre sus votos sediciosos, que no eran sino la expresión de lo que tenía concertado con D. Pablo Claris, el cual precipitaba al Principado en un abismo de males sacrificándolo todo á su cruel pasión.

Uno de los sindícios que amaba verdaderamente á su patria, y veía las desgracias que la amenazaban si se adoptaba lo propuesto, les representó con mucha viveza que por el pronto de nada les podía servir elegir al Rey de Francia
por su Conde, no teniendo exército cerca para defenderlos y librárselos del peligro presente en que estaban, y sí por sus propias fuerzas llegaban a vencer al enemigo concedían ignominiosamente el fruto de la victoria al que nada había contribuido a ella. Esto lo reputaban por una locura indigna de hombres que pretendían obrar con razón. Por otra parte siendo vencidos, esta desatada resolución no serviría sino de agravar sus cadenas y de ser tratados justamente como pérpidos y rebeldes a su Rey y Señor natural, infamia que había de caer sobre toda la nación de la cual no se podía lavar jamás en las generaciones futuras. Que era enteramente inútil entregarse a los Franceses para conservar su libertad, cualquiera suerte que fuera la suya con el exército Real, porque si eran vencidos, y el Rey de Francia en virtud de los pactos y la entrega llegase a echar las tropas de los Castellanos del país, los miraría como gente despreciable y sin valor, y los trataría con el mayor despotismo y tiranía teniendo fuerzas superiores en toda la provincia, pues se habían entregado cuando no podían disponer de sus personas ni de sus bienes, y el derecho que el Rey Cristianísimo tendría sobre Cataluña no lo fundaría sino sobre la conquista.

Nuestro país será el teatro de la guerra, y no podremos gozar en quietud de nuestros bienes ni de nuestra misma vida. El Rey Católico empleará todas sus fuerzas en recobrar esta provincia; primero abandonará a Flandes, la Italia, y las demás posesiones que tiene en aquel país que la Cataluña; y así los Monarcas más poderosos de la Europa tendrán sus exércitos dentro de nuestro país disputándose la posesión y nuestra libertad. Nuestras haciendas serán el despojo de los soldados y nuestras vidas pendientes de un luto. Finalmente si por nuestras propias fuerzas obligamos al Marqués a que se retire, ganarémos mucha gloria con todas las naciones, y el Rey hará una estimación particular de nosotros; y admirado de nuestro valor alcanzaremos mejores condiciones, y aseguraremos para siempre nuestros fueros y privilegios. Sin embargo de estas
reflexiones tan llenas de juicio se resolvió por las
intrigas de Claris que se eligiese por Conde de
Barcelona al Rey de Francia, para que recono-
ciéndolos por sus súbditos hiciera mayores es-
fuerzos para librarnos del yugo castellano. Le
eligieron por su Soberano por un nuevo trata-
dó de que se firmó en Barcelona el 23 de Enero de
este año de 1641, quando el Marqués tenía si-
tiada la ciudad y se preparaba para atacar a
Monjuich, y los tres rehenes que habia en París
como garantes del primer tratado tuvieron orden
de presentarse al Rey; y quando les preguntó si
querían ser recibidos como súbditos o como Mi-
nistros de un pueblo libre, los tres se pusieron
de rodillas y respondieron: Señor, como vasallos.
Aceptó su homenaje y les dió a besar la mano.
No obstante esto hasta mitad de Setiembre no se
les contestó.

Plesi y Serifian habían negociado este tra-
tado con los diputados sirviéndose de los mas
exaltados para este efecto, haciéndoles promesas
magníficas de ayudarles el Rey con todo su po-
der para librarnos de la tiranía castellana. Bien
cонocían la mayor parte de los del concejo que
este era un artificio; pero intimidados del parti-
do que tenía Claris y el bárbaro Vergos con la
plebe, no se atrevieron a oponerse para que no
se les tratara de traidores, y fueran víctimas de
su furor. En este tiempo de exaltación no se per-
donaba a los hombres sensatos y de juicio, sino
de los malvados, que eran los esclavos mas viles
del pueblo a quien adulaban, para ser colocados
en los mas altos destinos. Algunos lo hicieron
por su interés particular esperando que de este
modo se libraran de la indignación de su Señor
natural, y el nuevo Rey les sería propicio por
sus buenos oficios y mejorarian de fortuna. Este
hecho infame procuraron justificarlo entonces por
algunas razones políticas y morales, y todo el
pueblo se llenó de alegría quando se publicó es-
ta eleción aprobándola y haciéndose cómplices
del mismo delito, que no pudo lavarse con ríos de
sangre que se derramaron los diez y nueve años
siguientes.

Desde este momento los cabos Franceses tu-

TOMO XVIII. m
viéron parte en la administracion del Principado en señal de posesion. El gobierno universal de las armas lo encargaron a Tamarit, al conseller en Cap de Barcelona, y a Plesis. Para el consejo de guerra nombraron a Serfian, D. Miguel de Rerrassas, Francisco Juan de Vengos, y Jayme Da- mia. Encomendaron la defensa de las fortificaciones, murallas, y baluartes de la ciudad a cabos Catalanes y Franceses, hombres de probidad, zelo, y declarado patriotism, como convenia en las circunstancias presentes. Monjuich tenia unas malas fortificaciones cuya defensa se encargó a Aubifi que tenia trescientos soldados franceses veteranos, algunas companias de milicianos formadas de los artesanos de Barcelona, gente feroz y brava que no queria obedecer a sus ge- fes sino mandar a su capricho. Esto obligó al Maestre de Campo D. Josef Rocaberti que los mandaba a pasarse al ejército Real para librarse de su furor, queriendo matar la misma noche que ejecutó esta resolucion. Parte del tercio de Santa Eulalia y el Capitan Cabanias estaba tambien con doscientos miqueletes.

Los Franceses, mas expertos que los Catala- nes en las cosas de la guerra, lo dirigian todo con la mayor prudencia y actividad mirando el Principado como cosa propia suya. Mandaron al Conseller tercero que estaba en Tarrasa con la gente que se habia escapado de la rota de Martorell, que con esta, y la que pudiera juntar de aquellos pueblos, bajase luego que tuviese noticia que los enemigos habian sentado sus reales en torno de Barcelona, para incomodarles y no dexarles tiempo para fortificarse, pues estaban persuadidos que tardarian algun tiempo en embestir la ciudad. A Margarit se le mandó que se fuese con su tercio a la sierra de Monserrate, y desde alli hiciese ex- cursiones para interceptar los convoyes del ene- mig, y si la necesidad le obligaba a retirarse, procurase ocupar los pasos y hacer todo el daño que pudiese.

Estando todas las cosas asi dispuestas por una y otra parte, el 26 de Enero empezó a ponerse en movimiento el ejército Real a las ocho de la ma- ñana executando el plan que se habia propuesto,
y según el orden que se había dado a la tropa, la cual tendida por toda aquella campiña hacia una bellísima perspectiva con la diversidad y hermosura de las armas, lo arreglado de sus movimientos; el sonido marcial de las cajas, clarines y trompetas infundía a los soldados mayor intrepidez y valor, marchando con tanta confianza como si la victoria fuera delante de ellos para abrirlas las puertas de Monjuich. Los oficiales estaban llenos de alegría viéndolos con tan buena disposición. Pasaron por delante del Marqués de los Velez y de los demás Generales que le acompañaban, y estando algunos cerca, les dijo en pocas palabras: "Que no necesitaba manifestarles la justicia de la causa por que peleaban, pues a todos era bien conocida, ni mucho menos animarles con el ejemplo de sus mayores para esta empresa en que tanto se interesaba el servicio del Rey y la gloria de la nación, porque el valor es y ha sido siempre el carácter que distingue el soldado Español de los otros. Nadie se muestra cuando lo pide la ocasión ni más intrépido, ni mas fiel a su Rey. Veis esta ciudad rebelde que tanto tiempo se ha obstinado en insultar a nuestro Soberano con el mayor orgullo, hoy está abatida con la memoria de su delito, y viendo sobre sí el justo castigo que la amenaza, no resistirá un momento a vuestros esfuerzos; pero si la desesperación les obliga a hacer algunos, serán vanos, solo servirán para aumentar con su crimen el castigo y la venganza."

Oídas estas razones resonó por toda la montaña, y la ciudad un grito en todo el exército de viva el Rey, viva nuestro General, echando los sombreros al aire en señal de alegría, y continuando su marcha se presentaron los batidores a la vista de Barcelona por la cruz cubierta que mira al portal de S. Antonio. La ciudad se llenó de aiboroto, temor y confusión con esta noticia. Tamarit, Plesis, y Serifian, visitaban entonces la muralla y los puestos, y viendo muchísima gente que tenía vueltos los ojos a la parte del campo por donde pasaba la tropa enemiga, conociendo que ésta era la causa de la turbación en que estaban, Tamarit para animarles pidió el silencio y
les habló de la manera siguiente: “Temeis, valerosos Catalanes, al enemigo que se muestra a vuestras ojos tan insultante y amenazador. Sabed que si os esforzais, pronto será vuestra prensa, y el triunfo de vuestra libertad. Su ejército se compone de soldados bisoños, timidos y desnudos; todos están descontentos, y cuando pueden se vuelven a sus casas abandonando las banderas: el General sin experiencia, los oficiales divididos entre sí devorados de envidia, en el campo no hay disciplina, rey el mayor desorden, entregados todos a los vicios más escandalosos, irritando la ira de Dios en una manera tan pública, que descargará los rayos de su venganza contra ellos, y os los entregará como víctimas de su furor. ¿Qué teméis, pues, si el cielo, la tierra, y los elementos están conjurados para su ruina? Vosotros teméis a vuestro favor la justicia, habéis pedido la protección del cielo con fervorosas oraciones, oíra vuestros votos y vuestra causa triunfará. El mundo tiene puestos los ojos sobre vosotros, y hoy se ha de decidir si habéis de ser libres o esclavos, si habéis de morir en un suplicio infame o vivir con reputación, en fin si os habéis de cubrir de gloria o de ignominia. Esta acción vaya a definir para siempre la suerte de nuestra nación. ¿Temeis al enemigo porque ha vencido hasta ahora? Pues sabed que nunca es menos temible que cuando está victorioso, porque embriagado con sus triunfos vive más descuidado, el asiento de la gloria le atormenta menos, y el desprecio del enemigo le quita el vigor porque no lo cree necesario. Así por lo mismo que nos han vencido tantas veces tenemos más segura la victoria si nos acordamos que defendemos la libertad, y ellos solo pelean por arrastrar las cadenas siendo viles esclavos de un déspota, y nosotros hombres libres y generosos. Yo mepondré a la frente de vosotros, seguidme, la victoria coronará nuestro valor, y tendrémonos la gloria de establecer para siempre nuestra libertad arrojando de nuestro suelo los satélites del tyrano.”

Cuando acabó de hablar el diputado los ca-
TABLAS CRONOLÓGICAS.

bos Franceses les ofrecieron la protección y los socorros de su Rey, con lo cual se templó el dolor que tenían, y se avivaron las esperanzas que la tristeza y el espanto tenía casi apagadas. Luego se dió orden para que la infantería de los principales tercios guarneciese las murallas. El regimiento de Serián se encargó de la defensa de la media luna de la puerta de S. Antonio, que era la de mayor peligro. Los capitanes de caballería Franceses y Catalanes formaron batallones para oponerse y resistir: en el llano de Valdonceillas se prepararon las baterías en las murallas, y se separó la gente para el socorro del fuerte; la de reserva para acudir a la defensa de la ciudad cuando lo pidiese la necesidad; se señaló gente para servir las municiones y retirar los muertos y heridos destinando hospitales para su curación. Unos animaban con gritos a los soldados, otros iban a los templos a implorar la protección del cielo. Se ofrecían premios a los que se distingiesen más por su valor. Todo el mundo estaba en la mayor inquietud por la incertidumbre de su suerte, aunque se la prometían feliz por el ardor que se veía en el pueblo.

El ejército continuaba su marcha con alguna lentitud y con mucha precaución. La primera división de la vanguardia que estaba destinada al ataque de Monjuich hizo alto cuando llegó a los molinos, y la segunda hizo frente a la ciudad teniendo a su izquierda a la artillería y la caballería en los parajes señalados. A las nueve del día el esquadron volante mandado por el Conde de Tiron que subía por la colina opuesta a Casteldefels, empezó el ataque subiendo con mucha intrepidez para asaltar las fortificaciones, sin que las descargas continuas que hacían los Catalanes con los mosquetes y el cañón pudieran detenerlos; pero fue necesario usar también del arma, más como estaban parapetados les causaba poco daño. El Conde de Tiron murió atravesado de un balazo, causando esta desgracia un sentimiento universal, porque era muy estimado por su valor, y tenía mucha experiencia de la guerra. Habiendo parado el batallón volante por este triste suceso, D. Simon de Mascareñas que mandaba el
de Portugueses que seguía a aquel, tomó el mando de los dos poniéndose a su frente, y empezó a adelantar con extraordinario denuedo: la mosquetería del enemigo no cesaba haciendo estrago en los dos batallones, mas no en el de Rivera que subía por un barranco que vía a terminarse en frente de la antigua torre de la Atalaya, y repentinamente cayó sobre los que defendían la eminencia.

D. Diego de Cárdenas y Luson, Sargento mayor que mandaba el esquadron que fué de D. Martín de Arcos que hacia pocos días que había muerto, se llenó de gloria en este ataque por su valor y prudencia, porque siendo muy práctico en el arte de la guerra, dispuso que unas mangas de mosqueteros se revolviesen por el costado derecho y atacasen por la espalda a los enemigos, los cuales viéndose perdidos se retiraron al fuerte después de haber causado gran daño a los Españoles quedando el Sargento mayor muerto de dos balazos, el Maestre de Campo D. Simon herido levemente en la cabeza, y mataron muchos otros oficiales y soldados.

El puesto de Santa Madrona y San Ferriol lo defendía el capitan Gallet y Valencia, pero con mas descuido de lo que pedían las circunstancias, lo que advertido por los nuestros fué atacado con mucho brio, y en poco rato se apoderaron de él sin que el capitan y los oficiales pudieran detener a los Catalanes ni con sus palabras ni con su ejemplo. Se retiraron en buen orden, y cuando estuvieron fuera de peligro el capitan pidió a Aubini algunos Franceses de socorro para que juntándose con los suyos les inspirasen valor y confianza.

Seriñan observó que S. Jorge ocupaba aquel puesto con sus tropas con el ánimo de impedir que subiesen de la ciudad socorros a Monjuich, y que la gente que estaba en la fortaleza se retirase, y luego resolvió apartarlo de allí. Mandó al capitan Aux que saliese a incomodar y eschararuzar contra el enemigo con algunas compañías de caballos Catalanes y Franceses abrigados de una manga de mosquetería que puso a la margen opuesta de la caballería de S. Jorge parapetada
con la misma tierra, que no estando igual le servía como de trinchera, y a su salvo podía hacer descargas causando mucho daño. Salieron algunos esquadrones de caballería Española contra el Francés que les provocaba al combate, pero éste se retiraba con grande artificio sin querer venir a las manos, dando tiempo a la infantería que hiciese sus descargas causando estrago en ellos. S. Jorge conociendo el estratagema del Francés, pidió a Garay, que mandaba los esquadrones del frente, que le enviese doscientos mosqueteros para desalojar a los enemigos del lugar que ocupaban, pues sin esta diligencia no era posible sostenerse en aquel sitio. Garay que estaba lleno de envidia no quiso contribuir a su gloria, y se escusó diciéndole que sufriesse cuanto pudiese la carga del enemigo, pues si lo arrojaba de allí, y lo ocupaba con sus tropas, estaría mas expuesto a las baterías.

Poco satisfecho de esta respuesta pidió infantería a los esquadrones más inmediatos resuelto a arrojar a los enemigos del puesto que ocupaban. Llegado el refuerzo acometió con tanta furia que les obligó a retirarse a la muralla y media luna del portal de S. Antonio, y los batallones Españoles se formaron en el sitio que habían ganado. Serían mandó batirle con la artillería, y tras de esto salió alguna caballería Francesa que embestía, y luego se retiraban, para persuadirle que en ella consistía toda su fuerza. S. Jorge sediento de gloria, y con vivos deseos de grangearse la estimación de la tropa dando pruebas de su intrepidez y valor, resolvió acometer a los Franceses con el mayor ímpetu si volvían al combate; y para conseguir una victoria completa de ellos avisó a Quiñones que ocupaba con la caballería de las Ordenes lo mas hondo del valle, que en embistiendo los enemigos los cogiese por la espalpa para cortarles la retirada, y de su parte acometería a Aux con toda la furia luego que viniese a incomodarle, no dudando que conseguiría de este modo una victoria completa.

El Francés tardó poco en volver a provocarle y se trabó el combate mas refiido, pero retirándose poco a poco para atraerlos mas cerca del
baluarte y de las baterías; al mismo tiempo la mosquetería y artillería de la muralla no cesaba de disparar haciendo estragos en la caballería castellana, y deteniendo el impetu de los que eran menos arrojados; pero el Duque acompañado solo de un batallón de corazaeros, y del de Filangieri, acometió con valor ciego y temerario a dos compañías mandadas por dos capitanes excelentes llamados Halle, y Godenes, los cuales viendo el pequeño número que los perseguían volvieron sobre ellos con la mayor valentía, y se renovó la escaramuza con mayor ardor haciendo el Duque prodigios de valor, mas viéndose perdidos empezaron a desesperar de la victoria y de sus vidas. La única esperanza que les quedaba era el socorro de Quiśnie; mas éste que conocía que su movimiento no podía servir sino para aumentar la pérdida que tenía por inevitable, se estuvo quieto en su puesto mirando desde allí la lamentable desgracia con indiferencia siendo con razón censurada su conducta, pues si hubiera ejecutado el movimiento que se le había prevenido, no podía salvarse la caballería de los enemigos, el fuerte de Monjuich hubiera caído en poder de nuestras tropas, la ciudad no podía resistirse, y reducida se acababa la guerra.

S. Jorge llegó combatiendo con el tropel de los enemigos, y envuelto en medio de ellos, hasta los reductos de afuera que defendían la puerta de S. Antonio expuesto a toda la mosquetería que había en ellos, y habiendo sido herido mortalmente cayó de su caballo. Filangieri con algunos soldados y oficiales de los mas valientes corrieron a socorrerle, y hiciéron los mayores esfuerzos para llevarle muriendo muchos en esta generosa contienda, entre otros los capitanes D. Mucio y D. Fadrique Espatafora, D. García Cavanillas, y Filangieri quedó gravemente herido. Acudieron muchos otros penetrando por medio de los esquadrones Franceses, y así pudieron aunque con gran trabajo retirarse medio desangrado y muerto, librando tambien al mismo Filangieri que estaba tendido en tierra cubierto de heridas. El Marqués de Torrecusa padre del Duque de S. Jorge estaba á media ladera de la
TABLAS CRONOLÓGICAS.

La montaña, desde donde lleno de gozo le vió acostarse el enemigo con tanta gallardía que no daba sitio su compañero en la victoria que se prometía como certa. Continuó subiendo con gran resolución a las trincheras recibiendo continuamente aviso de los tristes sucesos que procuraba remediar con todo cuidado.

Los tercios tenían casi ocupada toda la eminencia, y los que estaban más cerca de las fortificaciones sufrían más por estar al descubierto expuestos a sus tiros. Caían muchos muertos y heridos por los esquadrones sin que ellos pudieran ofendérselos, lo que les hacía desesperar de la victoria, y aun de la vida, perdiendo tanto el ánimo que no pensaban sino cómo podrían retirarse con honor de la empresa. Los Catalanes que eran pocos en número, viéndose cercados por tantos enemigos estaban llenos de temor, y tenían por cierto que aunque se defendiesen con el mayor valor al fin sería preciso rendirse. Daban de continuo señales a la ciudad pidiendo socorro, creyendo que los Españoles habían cesado de combatir para descansar y volver con mayor impetu al asalto. Los que estaban enfrente de la ciudad al mismo tiempo procuraban con las baterías apartar la gente de las murallas con el fin de lo podían conseguir de entrarla o por asalto o por las puertas. Grandes eran los apuros de la fortaleza y de Barcelona.

El capitán Monfort y Sorts que mandaba la artillería de la ciudad asistió algunas baterías contra los esquadrones de los Castellanos, y disparó con tanto acierto que les mató mucha gente, haciéndoles desconfiar de poder tomar la plaza y el fuerte. La detención de los Españoles hizo creer a los de la ciudad que no se atrevían a acostarse y dar el asalto, y estos temores aumentaban el valor y la osadía de los Catalanes. Diéron aviso por señales a los de Monjuich que trataban de enviarles socorro cuanto antes, y que entre tanto se defendieran y resistieran con valor el impetu de los enemigos. Mandaron entresacar gente de la guarnición de la ciudad para enviarla a la fortaleza, y se presentaron voluntariamente muchísimos corriendo a la puerta por
...de la muchedumbre dos mil mosqueteros de los más robustos y más ágiles para que pudieran llegar con más prontitud, los cuales salieron con mucha presteza por el camino cubierto que iba al fuerte, al mismo tiempo que muchos pescadores habiendo desembarcado al pie de la montaña la subían con la mayor velocidad.

Los que atacaban la fortaleza unas veces se acercaban y otras se retiraban, según la resistencia que hallaban en los defensores, y el valor y la intrepidez de los que los mandaban. Hubo algunos que llegaron hasta tocar las mismas defensas y trincheras, pero otros llenos de espanto a la vista del peligro no se atrevían a tanto. En esta agitación estaban unos y otros creyéndose unas veces vencidos y otras vencedores, ocupado su corazón alternativamente entre el temor y la esperanza, y dexándolo entregado a la incertidumbre de su suerte. A este tiempo llegó Torrecusa lleno de confianza que en un momento iba a determinarse la suerte feliz de la empresa ocupando el fuerte y haciendo resonar el grito de la victoria hasta el centro de la ciudad; pero quién fué su sorpresa cuando vió los soldados desmaya-dos, los capitanes desesperados y sin valor! Empezó a dar voces y a animarles á todos, representándoles que las mayores dificultades estaban vencidas, que no se necesitaba sino un pequeño esfuerzo para hacerse dueños de la fortaleza, y descansar de los trabajos que hasta entonces habían sufrido.

Con las voces y autoridad del que mandaba, cobráron ánimo y se acercaron á las fortificaciones, pero reconocieron que no teniendo escalas era imposible subir á las murallas. Un artillero Catalan que estaba en aquella parte del fuerte por donde se acercaba la vanguardia disparó contra ella un pedrero con tanto acierto que mató muchos soldados, mas no por esto desistieron de su empresa, y pasaron adelante con la mayor intrepidez acercándose al fuerte. Convencido el Marqués de Torrecusa por la experiencia que era imposible dar el asalto á la fortaleza sin tener los
instrumentos necesarios, avisó al Marqués de Xelí, General de artillería que con la mayor brevedad enviase suficiente número de escalas pues había resuelto quitar a los enemigos el fuerte, encargándole al mismo tiempo que continuase batien-

do la ciudad para impedirle de enviar socorros al Monjuich. Atacaba con el mayor vigor el castillo, y aunque hacia poco daño a los Catalanes, sin embargo, viendo el empeño que tenían en tomarlo temieron que al fin resolverían asaltarlo, y que siendo tan pocos no podían resistirlo. Algunos trataban darse a partido con las mejores condi-

ciones que podían.

El Marqués de los Velez que lo estaba observando todo revolvía en su imaginación las ideas más tristes augurando muy mal del éxito de la empresa, porque lejos de dar señales de rendirse la ciudad, sus habitantes se defendían con el ma-
yer resoluto no cesando de hacer un fuego vivísimo contra la tropa, matando tanta gente, que los soldados y oficiales perdían el ánimo y trataban de retirarse sin tener valor para continuar el ataque. Cuando los de Monjuich estaban en la mayor de-
sesperación, el sargento Ferrer salió a la plaza su-

perior del fuerte para ver desde allí por qué par-
te acometían, y descubriendo la gente que de la ciudad y de la marina subía a su socorro, anunció esta noticia tan alegre, que reanimando sus esperanzas les inspiró nuevo valor y osadía, y llenó de terror a los enemigos. Luego que entró-

ron en la fortaleza los nuevos soldados, se hicie-

ron las descargas más vivas, derramando la muerte por todas partes en el ejército Real, perdiendo la vida los más atrevidos, que despreciando el peligro atacaban con el mayor denuedo pretendo-

ando aventajarse a los demás por sus acciones gloriosas, y así murieron lastimosamente en este día D. Antonio y D. Diego Faxardo sobrinos del General, y otros muchos oficiales, cuyos nombres no nos ha conservado la historia de esta malogra-

da expedición.

Por la parte de San Ferriol se había aumentado la gente para embestir a un mismo tiempo; pero como estaban descubiertos a las baterías de la ciudad, las culebrinas hicieron grande estrago.
en la caballería Española. A las tres de la tarde se combatía aún en Monjuich con el mayor furor por los dos partidos, sin que se pudiera conocer por qué parte se declararía la victoria. Los soldados eran tantos en el fuerte, que sucediéndose sin intermisión unos a otros haciendo fuego a los enemigos, se oía un estruendo continuado de los mosquetes y del cañón. Los Españoles cansados de tanta fatiga sin adelantar nada, murmuraron públicamente de la ignorancia del General que los llevaba a la muerte sin ninguna utilidad. Torrecusa oía sin alterarse estas quejas, y aunque conocía el peligro en que estaba quería conservarse firme en el puesto que ocupaba, teniendo por cierto que los Catalanes se rendirían si había costancia en atacarles. Instaba con nuevas órdenes a Xeli que le enviase escalas y otros instrumentos para asaltar las fortificaciones y cubrirlse, pues había tenido la imprudencia y temeridad de emprender el sitio de esta plaza sin haberse prevenido de los medios necesarios para conseguirlo. Acaso pensaría que acometiéndola con fuerzas superiores, los sitiados no darían lugar al asalto y la rendirían.

Los Españoles deseaban una ocasión honesta de escapar la vida, que se les presentó muy pronto, porque habiendo salido de la fortaleza algunos Catalanes, y acometido nuestro campo con mucha intrepidez se apoderó de ellos un terror pánico creyendo que los enemigos venían a atacarles con todas sus fuerzas. Revolviéndose los squadrones empezaron a bajar la falda de la montaña quejándose amargamente y bramando de coraje contra el General. Los primeros que huyeron los que estaban al pie de la fortaleza, y después se precipitaron confusamente unos sobre otros con mucha violencia arrojando algunos las armas para huir con más ligereza; otros para evitar esta desgracia se tiraban por los precipicios; nadie mandaba ni obedecía; los más pedían socorro, y no se lo daban; los oficiales mayores procuraban detenerlos, pero sus esfuerzos eran vanos, porque ninguno oía más que la voz del miedo ó del antojo que le hablaba al oído, arrastrado del deseo de librarse de la muerte.
Los enemigos se hicieron más atrevidos con este desorden, y saliendo de tropel una multitud del fuerte con espadas, chuzos, alfanges, hachas, y otras armas, los acometieron furiosos, y en muy poco rato dexaron el monte cubierto de cadáveres. Muchos por librarse de su furor se despeñaban por las zarzas y ribazos, y perdían la vida; otros detenidos en las zarzas y malezas morían a sus manos; algunos se quitaron la vida a sí mismos por no ser víctimas de estos furiosos. En fin las lanzas y mosquetes arrojados por los que huyen, embarazando a los que venían detrás, les impedían haciéndolos caer, y eran causa de su muerte. En esta vergonzosa retirada se hallaron muchos hombres de honor que contra su voluntad fueron arrastrados del torrente de los cobardes, sin que hubiera fuerza humana para resistirles. Las pruebas que habían dado de su valor en los diferentes combates manifestaban bien el interés que tomaban por la reputación de las armas, y hubieran querido perder su vida para salir con honor de esta acción que una desgracia fatal hizo muy ignominiosa y funesta.

Las banderas de Castilla que poco antes tremolaban victoriosas a la vista de los enemigos, entonces estaban abatidas en el suelo, pisadas y despreciadas, de manera que ni para trofeos y monumentos de su victoria querían levantarlas, ocupándose solamente en hacer sentir a los Españoles los efectos de su rabia y de su venganza. Torrecusa recibió en este tiempo la noticia de la muerte de su hijo, y le llenó de tanta amargura y dolor, que se despojó de las insignias militares, se entregó al llanto, reduciéndose a la soledad sin querer ver ni oír a nadie. Los que atacaban la ciudad estaban asombrados de la suerte de sus compañeros no sabiendo a qué atribuirla; los esperaron constantes para contener al enemigo, y salvar a los que con tanto desorden se retiraban. Velez informado que el Torrecusa había dexado el mando encargó a Garay la dirección de todo.

La primera diligencia que hizo, admitida la comisión, fue dar orden mandando a los squadrones que estaban enfrente de la ciudad marchasen hacia fuera, y que la caballería detuviera.
a los que bajaban en desorden pasándoles a cuatro chillos sin obedecer. El Velez salió con su trozo llevando en medio la artillería; y Garay al frente de una división recibía los tercios desordenados, a quienes ni su presencia, ni su autoridad, ni la voz y amenazas de los oficiales podían reducir a la razón. Tan poderoso era el miedo que se había apoderado de sus ánimos que los hacía insensibles a los gritos de la razón y del honor. Si los Catalanes les hubieran perseguido, todo el ejército hubiera perecido. La ciudad se llenó de alegría cuando vió que el enemigo se retiraba de la montaña, porque tenía por segura la victoria y que estaba libre de la opresión que la amenazaba.

Garay trabajaba sin cesar en formar los esquadrones obligando a todo el mundo que se reuniera a sus banderas, y con mucha diligencia y desvelo consiguió lo que deseaba; y empezó a respirar porque estaba en disposición de defenderse, y resistir a las empresas que podía intentar el enemigo. Estando formado de nuevo el ejército se juntaron los cabos para determinar lo que debían hacer hallándose en un estado tan deplorable y con tan pocas fuerzas.

El Marqués de los Velez que presidía el consejo no habló palabra, mas ocupado en considerar su suerte desgraciada que en los medios de reparar la ruina del ejército. Todos convinieron en que debían volverse a Tarragona por el mismo camino que habían venido; y antes de amanecer se pusieron en marcha con tanta precipitación, que se hizo en dos días un viaje que había costado veinte, para huir del furor de los Catalanes que creían les perseguirían sin dejarlos descansar. Atravesaban los pasos difíciles sin detenerse, porque nadie les hacía resistencia. En fin llegaron a Tarragona llenos de dolor y confusión, y el Velez informó al Rey desde esta ciudad de su suerte desgraciada pidiendo su retiro. Se nombró para ocupar su lugar como General del ejército y Virrey de Cataluña a Federico Colona Condestable de Nápoles y Príncipe de Butera, que a la sazon era Virrey de Valencia.

Entretanto D. Juan Quarto se aseguraba en el
trono de Portugal siendo generalmente reconocido por las potencias de la Europa enemigas de la casa de Austria, y haciendo con ellas estrechas alianzas para ser protegido en el caso de ser acostumbrado por los Españoles. La noticia de su exaltación al trono fue recibida con el mayor aplauso en los establecimientos Portugueses de las dos Indias, y proclamado Rey con el mayor entusiasmo. Desde el mes de Enero convocó las cortes generales para que en ellas se reconociese y jurase por Rey de Portugal, y él mismo renovase a presencia de la nación representada por los diputados la promesa de observar los fueros y privilegios, y gobernar conforme a las leyes. Las cortes se juntaron el día señalado, le reconocieron por su Rey legítimo, y al Infante D. Theodosio su hijo mayor por sucesor en la corona, y unos y otros prestaron los juramentos acostumbrados en la mayor solemnidad.

Concluida esta ceremonia el Obispo de Elvas dixo a las cortes: "La primera ley de la naturaleza enseña a los hombres a unirse entre sí por los vínculos de la sociedad, formando de este modo ciudades y reynos que por la misma ley de la union se defienden en tiempo de guerra y se sostienen en el de paz. La discordia por el contrario no sirve sino para arruinarlo todo como tenemos un ejemplo bien claro en nuestro reyno destruido y entregado a los extranjeros por nuestra discordia, y por nuestra union lo hemos recobrado y restituido a sus verdaderos señores. Por esta razón nuestro Rey ha juntado las cortes generales para deliberar unánimemente, y de común acuerdo, lo que conviene hacer en las circunstancias presentes por lo que toca a la Religion y al Estado en tiempo de paz y de guerra. No se puede observar la Religion sino conservando con el mayor cuidado la pureza de la fe, ni poner el Estado floreciente sino gobernándose por consejos sabios y prudentes. S. M. espera de la prudencia y del zelo de sus fieles y buenos súbditos, que con sus buenos consejos concurrirán eficazmente al bien general, del qual depende el de los particulares. Demos pues gracias a Dios que nos ha dado un Rey
192 TABLAS CRONOLÓGICAS.

| años de |
| y.c. |

"que no quiere reynar sino conforme a las leyes,
estando bien persuadido que no debe conse-
guir sino de la voluntad de sus súbditos los so-
ecursos necesarios para sostener la gloria y ex-
plendor. S. M. que os ama, y sabe que vosotros
le amais, me manda que os diga que desde este
día feliz y oportuno quedan abolidos todos
los impuestos con que os oprimían los Reyes de
Castilla mientras dominaron. ¿Qué diferencia en-
tre vuestro Rey legítimo y aquellos! Éste quiere
por todos los medios posibles haceros felices, y
los de Castilla no procuraban sino arruinaros y
destruir vos. D. Juan Quarto se contenta con su
patrimonio para la manutención de su casa, y
dexa á vuestro arbitrio todas las rentas del Es-
trado para defenderos de un enemigo peligroso
que os amenaza con la esclavitud. Usémos pues
de ellas para sostenerle sobre el trono, y para
disipar los proyectos de nuestros comunes ene-
migos. Nuestro zelo y reconocimiento nos obli-
gan á sacrificarlo todo por él. ¿Qué dulce es po-
der sacrificarse voluntariamente por su Rey y
por el Estado!"

Francisco Rebello Homen se levantó, y en
nombre de las cortes dió gracias al Rey por los
deseos que manifestaba de hacer la felicidad de
la nación y de gobernarla conforme á sus leyes.
Después de haber declarado el derecho incontes-
table que tenía á la corona enviaron Embaxado-
res á varias cortes, especialmente á la de Francia,
para dar cuenta á Luis XIII de lo que acababa de
suceder, y renovar la antigua correspondencia y
amistad que había entre los dos reynos antes de
haberse apoderado del trono de Portugal el Rey
de España. Enviaron de Embaxadores extraordinarios á Francisco de Melo y Antonio Coello de
Cabello, y por secretario á Cristobal Suarez de
Abreu, los cuales llegaron á la Rochela el 5 de
Marzo, y de allí fueron á Paris, y el 25 del mis-
mo mes les dió audiencia el Rey.

Desde luego se enviaron órdenes á Holan-
da para equipar diez bageles para Portugal, y
tratáron con el Cardenal de Richelieu de los ne-
gocios importantes de su reyno; y haciéndoles
ver que su mayor interés era estar siempre uni-
dos con la Francia para oponerse al poder exce-
ativo de la casa de Austria, que no aspiraba a mé-
nos que tener en la esclavitud a las demás poten-
cias de la Europa, y que todas tenían un interés
particular en unirse y juntar sus fuerzas para aba-
tirlo y destruirlo; que Portugal podía contribuir
infi nito a su ruina privando a la España de
sus principales fuerzas por consistir en las rique-
zas que sacaba del comercio de las Indias, y que
podían atacarla en su mismo seno mientras que
los Catalanes ocuparan una parte de sus mejo-
res tropas.

Habiéndoles hablado de este modo los despi-
dió, y después se arreglaron en una junta los ar-
tículos del tratado de Alianza entre las dos cor-
tes, y el Cardenal hizo partir una flota para Por-
tugal al mando de Breze. Esta alianza no era
basta nte para proteger a los Portugueses, y éstos
acudieron a la Inglaterra enviando de Embaja-
dor para este efecto a D. Antonio Almada y a
Francisco de Andrade Lestam, llevando por se-
cretario a Antonio de Sousa Macedo, los cuales
acometidos por siete fragatas de Dunquerque es-
tuieron a pique de caer en manos de los Espa-
ñoles; pero por fortuna pudieron desembarcar en
Plimouth y desde allí pasaron a Londres, y ha-
biendo tratado de los negocios públicos de su
reyno concluyeron un tratado de paz renovando
la alianza estrecha que había antiguamente. Por
él se permitía a los súbditos de los dos reynos el
comercio mútuo, se concedía a los Portugueses
poder comprar armas y municiones en Inglaterra,
y a los Ingleses servir a su arbitrio en los exérci-
tos de Portugal. D. Francisco de Sousa Coutiño
fué de Embajador a Dinamarca para renovar los
tratados antiguos, y desde Copenhague pasó a
Stokolmo con la misma calidad a renovarlos con
los Suecos.

Tristan Furtado de Mendoza pasó a Holanda
de enviado para informar al Príncipe de Orange
y a los Estados Generales de la revolución de
Portugal, y concluyeron una tregua de diez años
entre las dos naciones, no queriendo convertirla
en una paz só lida y perpétua por no restituir las
plazas y establecimientos que habían conquistado
en la guerra que tenían con la España, de los cuales sacaban riquezas incalculables, preten-
diendo que los habían adquirido justamente. Los Portugueses contestaban que se les debían res-tituir porque eran de su corona y no de la de Cas-
tilla, y que no era justo que siendo amigo y aliado su Soberano de la república, sufriese por\nmano de ellos unos perjuicios que solo los habían hecho al enemigo común de las dos naciones para vengarse de sus agravios. Conociendo los Dipu-
tados la fuerza de estas razones les respondieron que el negocio era muy grave, y que hasta que se juntasen los Estados Generales no se podia de-
teminar, lo que se tardaría bastante tiempo, pues los principales miembros se hallaban en las Indias orientales y occidentales y no podrían vol-
ver tan pronto, y que entre tanto no solamente consentían en suspender la guerra sino ayudarles contra los Castellanos.

Concluido de este modo el tratado enviaron una esquadra a Portugal bajo el mando del Al-
mirante Arnaldo Cysely con orden de cumpli-
mentar al Rey en nombre de la república, jun-
tarse con la Francesa que mandaba el Marqués de Bresé, y persiguiesen a la de los Españoles; pero poco después se separaron, y la de Holanda se retiró a sus puertos ofreciendo que volvería siendo necesario. Sin embargo de esta promesa no daban de hacer a los Portugueses una guer-
ra cruel en las Indias; y habiéndose quejado a los Estados, éstos se disculparon atribuyendo los insultos a la compañía de Indias, pero no dieron ninguna providencia para hacerlos cesar.

Estando el Rey asegurado de la protección de estas poderosas naciones, con las cuales había hecho alianza, se trató en el consejo si se envia-
rian Embajadores a Roma. Algunos opinaban que debían ir sin dilación para prestar al Papa la obe-
diencia como cabeza de la Religion Cathólica, siendo ésta una costumbre generalmente estable-
cida entre los Príncipes cristianos, y observada en Portugal desde los tiempos mas antiguos; que de este modo se grangearía la estimación del Santo Padre, y quizás le obligaría con esta demostra-
ción de respeto a reconocerle por Soberano lega-
Los que eran de opinión contraria no se li-
sonjeban con tan buenas esperanzas, pues sa-
bían que la corte de Madrid tenía grande ascen-
diente en la de Roma, y no dejaría de trabajar
en secreto para que no se recibieran los Embajada-
dores; y así juzgaban que no debía tomarse esta
determinación sin estar asegurados de ser admiti-
tidos. Sin embargo de estas consideraciones se
resolvió enviarlos bajo la protección de la Francia.

Nombró el Rey para esta comisión a D. Mi-
guel de Portugal Obispo de Lamego, hermano del
Conde de Vimioso, y a D. Pantaleón Ruiz Pacheco
del consejo supremo de la Inquisición y después
Obispo de Elvas, y por secretario a D. Rodrigo
Ruiz de Lemos, los cuales salieron de Lisboa
el 15 de Abril; pero se detuvieron algún tiempo
e Francia, y no llegaron a Roma hasta fines de
Octubre. El Marqués de los Velez que era Em-
bajador de España, y D. Juan Chumacero que
tenía mucha reputación, hicieron cuanto pudié-
ron para impedir su entrada; y no habiéndolo
podido conseguir, solicitaron que no les diera au-
diencia S. S. haciéndole presente por escrito que
el Duque de Braganza era un sujeto rebelde
del Rey Católico, que por medio de una conju-
racion y con el auxilio de unos malvados había
usurpado el trono; que si los recibía por el mis-
mo hecho le reconocía como Rey legítimo contra
los derechos de su Soberano, y que no podrían
menos de salirse de Roma. El Papa movido de
estas razones resolvió no admitirlos por más ins-
tancias que hiciese el de Francia para este efecto.

Los Portugueses se quejaron por escrito de la
injuria que se hacía a su nación; los Españoles
respondieron con vigor, y los ánimos se acalorá-
ron tanto, que se representaron escenas escanda-
losas y sangrientas en las calles de Roma por es-
ta causa, teniendo en ellas una gran parte el Em-
bajador Francés que los había admitido bajo su
protección por orden de su corte como aliados
suyos. El Marqués de los Velez, a quien se acu-
saba como el primer autor de las violencias y ex-
cesos que se habían cometido, salió de aquella
corte con los Cardenales Españoles para dexar
pasar la tempestad, y evitar otros insultos a que
Estaba expuesto. Estando ausente, el Obispo de Lamego presentó al Papa otro escrito pidiendo la audiencia, y que se le reconociera como Embajador; mas como no se quería ofender a la corte de Madrid por más instancias que hizo, por más memorias que presentó, y por más amenazas que fulminó el Embajador de Francia hasta salirse de Roma, el Papa estuvo inflexible; y los de Portugal, después de haber estado un año solicitando, se volvieron a su país sin ser reconocidos.

En este tiempo se puso en prisión el Infante Eduardo, hermano del Rey de Portugal, que servía de Teniente General en los ejércitos del Emperador, y había dado en muchas batallas pruebas de su valor y habilidad. Éste no sabía lo que pasaba en Portugal por D. Francisco Lucena, Secretario de Estado, a quien se había mandado que le informase de todo lo que había ocurrido, para que con estos conocimientos pudiera tomar las medidas para retirarse con seguridad, no lo había ejecutado por inadvertencia ó por malicia, pues se le acusaba de haberse querido vengar de este modo de ciertas injurias que en otro tiempo el Infante le había hecho. Los Ministros del Rey Católico que estaban en Viena, luego que tuvieron noticia de la rebelión de Portugal pidieron al Emperador que le mandase asegurar, porque siendo hermano del usurpador tenían un gran interés en que no volviera a su país por ahora, pues siendo un oficial de reputación podría causar mucho perjuicio a la causa de Phelipe declarándose por los rebeldes.

El Emperador se resistió al principio, y no quiso tomar una medida que era contraria a las libertades del Imperio, y opuesta a la fe pública y a los derechos de hospitalidad; y habiéndole servido tan bien el Infante consideraba como una negra ingratitude que le llenaría de infamia si le mandase prender, sin haber dado causa o motivo alguno que pudiese justificar esta acción detestable. El Archiduque Leopoldo tomó su defensa con calor elogiando los servicios que había hecho, y diciendo que no se debía violar la fe pública ni tratar con tanta ignominia a un Príncipe. Otros muchos personajes de la corte se
clararon abiertamente por él, y el Emperador no se atrevió a condescender con las súplicas de los Ministros de España; mas al fin lo consiguieron, y fué preso en Ratisbona el 14 de Febrero del año 1642 llevándole primero a Passau, después a Gratz, y últimamente lo entregaron a los Españoles y fué encerrado en la ciudadela de Milan, donde murió sin poder conseguir su hermano por ningún medio su libertad.

El Rey de Portugal, que formaba alianzas ofensivas y defensivas con las potencias enemigas de la casa de Austria, trabajaba con la mayor actividad en poner el reyno en estado de defensa, no dudando que los Españoles harían los mayores esfuerzos para reconquistarlo y arrojarle del trono. Mandó fortificar a Lisboa, y toda clase de personas contribuía para esta obra con tanto gusto, que en muy poco tiempo se vieron construidas nuevas fortificaciones y colocadas las baterías, de manera que quedaron tranquilos los ánimos de sus habitantes sin temor de ninguna sorpresa. Las demás plazas se repararon también muy pronto. Hecho esto se dió orden para que se instruyese en el ejercicio de las armas a todos los habitantes sin excepción alguna (fuera de las personas consagradas al ministerio del altar que no conviene ni es decente para su estado, y de los que por su vejez o enfermedades fueran incapaces), queriendo hacerlos a todos de este modo soldados y hábiles para la defensa de la patria. El amor extraordinario que tenían al Rey, y el odio contra los Castellanos, era la mejor disposición para que en poco tiempo todos se esforzaran a instruirse en la táctica militar. Cuando hay amor al gobierno todo el mundo está pronto para defenderlo; pero cuando se aborrece y detesta se mira con indecencia y aun se desea su ruina.

Los Portugueses no necesitan de tanto estudio en el arte militar como otras naciones, porque son naturalmente valientes, intrépidos, inclinados a él, y buenos soldados de mar y tierra; mas como hacía mucho tiempo que estaban en paz, se había extinguido en ellos toda emulación y no conocían la disciplina militar. Por esta razón se nombraron oficiales en todos los pueblos para
excitarlos y hacerlos capaces de todos los exer-
cicios de la guerra; se arregló la infantería y ca-
ballería dividiéndola en batallones y esquadro-
nes; se enviaron armas por todas partes; y en
breve tiempo no solamente se pusieron las fron-
teras a cubierto de todo insulto, sino que estu-
vieron en estado de hacer alguna empresa contra
los enemigos, los cuales tardaron poco en empe-
zar las hostilidades y medir sus fuerzas con los
rebeldes.

El puente de Olivenza, que está sobre el Gua-
diana y facilita la comunicación de los Portu-
gueses con los Castellanos, estaba bien fortificado
y con alguna gente para su defensa, no dudando
que los Españoles intentarían hacer por esta parte
alguna incursión. El Conde de Monterrey que
mandaba en Badajoz no tenía fuerzas bastantes
para acometer a Portugal, porque la mayor parte
de la tropa estaba ocupada en Cataluña. Sin em-
bargo se recogieron bastantes soldados para for-
mar un cuerpo y hacer algunas invasiones; pero
ante todas cosas destinó a Mérida por plaza de
armas y la fortificó. Después de reunido un pe-
queño ejército tomó el mando el Marqués de To-
ral, hombre más atrevido que prudente, que sin
calcular bien las fuerzas, ni conocer las dificultad-
es de la empresa, se figuró que podía entrar en
Portugal y llevarlo todo a sangre y fuego, matar
da la nobleza, y hacer cortar la cabeza al Duque
de Braganza. Monterrey le envió desde Mérida
tres compañías de caballería, y con ellas empe-
zó las hostilidades. Los primeros días se ocupó
en pequeñas escaramuzas como para ejercitar la
tropa, y en ensayarse para otra empresa mayor.
El nueve de Junio atravesó el Guadiana al ama-
nerar y entró en Portugal, y habiéndose sepa-
rado catorce soldados de los tres batallones se en-
contraron con una partida de diez Portugueses,
los cuales aunque inferiores en número encendi-
dos en ira porque los Castellanos volvían a pisar
su suelo, los acometieron con mucha osadía y de-
nuevo. Estando en el combate llegaron otros Es-
pañoles y los hiciéron prisioneros. Uno de ellos
llamado Roque Antunez se defendió hasta que
cubierto de heridas cayó de su caballo, y pregun-
tándole quién vive, respondió medio muerto: Dios, y D. Juan Quarto Rey de Portugal; y por mas que le instáron que dixera sola una vez viva el Rey D. Phelipe ofreciéndole que le darian quartel y le salvarian la vida, les replicó: Matadme, porque por este precio la vida me será odiosa; y indignadostos los Castellanos de esta obstinacion le acabaron de matar.

Concluida esta pequena expedicion se volvieron a Badajoz con los prisioneros y algun ganado que recogieron en los campos. Llegada a Elvas la noticia de esta invasion todo el pueblo quiso salir al instante para vengarla, pero el Gobernador les hizo entender que aun no estaban en estado de ponerse en campafia, y que siendo mas aguerridos los Espafioles podian armarles algunas asechanzas y apoderarse de la ciudad. Con estas reflexiones se calmaron y sufrieron con paciencia aquel insulto resueltos a vengarse en la primera ocasión oportuna que se les ofreciese. Con tan feliz suceso se animaron los Espafioles, y el día siguiente hiciéron otra salida con quatrocientos caballos y mil infantes, y se pusieron en batalla à la vista de los Portugueses enfrente de Elvas. El Comandante de esta plaza puso en emboscada aquella noche ochocientos infantes con alguna caballeria, y D. Gaspar de Sequeyra salió con alguna gente a provocarlos con el fin de atraerlos. Un destacamento se presentó inmediatamente, y los Portugueses haciendo alguna resistencia se retiraron con lentez creyendo que los perseguirian, pero conociendo el engafio los dexaron ir sin incomodarlos; y viendo que les habia salido mal su artificio se presentaron todos para atacar el pequeno destacamento y se entráron en Badajoz. Desde esta plaza continuaban haciendo incursiones en los pueblos inmediatos saqueándolos y matando muchas gentes sin que se atrevieran a resistirles; y aunque les armaban algunas emboscadas siempre eran derrotados y vencidos con mucha perdida.

El Comandante de Elvas, irritado contra la audacia de nuestras tropas, juntó toda la caballeria e infanteria que pudo con ánimo de combatir en campo raso, se acercó al puente de Oli-
venza, y se formó en batalla en un llano a la vista de los enemigos desafiándolos; mas se burlaron de su baladronada dexándole todo el día sobre las armas sin incomodarlo. El día siguiente se volvió a Elvas lleno de vanidad por haberles intimidado según decía; mas apá enlargado a su destino cuando se pusieron en movimiento, y entrando en los pueblos se llenaron de botín y se retiraron, sin que el Comandante Portugués que salió a socorrerles se atreviera a disputarles la presa.

Monterrey hacia en Mérida grandes acopios de municiones, y no se dudaba que su intención era atacar la plaza de Olivenza. Cinco Irisheses que abandonando el ejército Español pasaron a los Portugueses confirmaron esta noticia, añadiendo que el 15 de Julio estaría en Badajoz con diez mil hombres de infantería y un cuerpo considerable de caballería. Luego que llegó a esta ciudad envió quatrocientos caballos a saquear, quemar, y talan los campos y pueblos de las cercanías de aquella plaza, y aunque el cabildo de aquella Iglesia se quejó no dejó de continuar las incursiones hasta la vista de Elvas. Antonio Gallo Sargento mayor y D. Juan Albavíz Barbuda salieron a resistirles con un cuerpo numeroso de tropas. Hubo entre las partidas algunas acciones en las cuales la victoria se decía siempre a favor de los Españoles, no sirviendo la tropa de los enemigos sino de testigos de las desolaciones que a su vista hacían por todas partes sin tener valor para disputarles su presa.

Entre tanto la infantería puso sitio a Olivenza, y habiendo colocado una batería abrierón brecha y diéron el asalto; pero fueron rechaizados tres veces con alguna pérdida, y desesperando de tomarla se retiraron dexando muertos en el campo trescientos soldados de sus mejores tropas.

Monterrey para vengar esta afrenta envió algunas compañías de caballería y de infantería para saquear los pueblos que están en las cercanías de ellas, y cuando se volvían cargados de botín, y sin orden ni disciplina, fueron asaltados de los enemigos sin darles tiempo para formarse. Fuéron muertos muchos, otros hechos prisione-
ros, y los demás salvaron sus vidas huyendo. Esta desgracia humilló su orgullo y les hizo más cautos, pero levantó los ánimos de los Portugueses que estaban muy abatidos. Monterrey envió a la plaza de Elvas tres mil hombres de infantería con quinientos caballos, puso una parte en emboscada, y los otros se presentaron a la vista del enemigo para provocarle al combate. En vano con la victoria pasada salió de la plaza un cuerpo de mil trescientos hombres, y los Españoles se iban retirando para atraerlos a la emboscada; pero Costa que le mandaba, sospechando el engaño, se subió a ocupar las eminencias que hay entre Elvas y Badajoz desde donde incomodaba a nuestras tropas cuando salían a hacer excursiones. Los habitantes de Campo Mayor, de Olivenza y de Orguella, animados con la última conquista que habían dado a los Españoles, se juntaban en gran número y entraban en sus pueblos con mucha intrepidez a saquearlos para vengarse de los insultos que habían recibido.

Se volvió a hacer otra tentativa para sorprender a Olivenza, pero después de un recio combate que no tuvo ningún suceso se retiraron, habiendo perdido entre muertos y prisioneros cerca de quinientos hombres, entre los cuales había algunas personas de distinción. Monterrey estaba lleno de consternación, porque la corte atribuía estas desgracias a su poca habilidad; y aunque quiso justificarse atribuyéndolas a la mala fe de Juan de Melo Portugues, que estaba al servicio de la España, se le quitó el mando y en su lugar se envió al Marqués de Ribas, dándole por adjunto a D. Juan de Garay Maestre de Campo y de un mérito distinguido. D. Martín Alfonso de Melo General de los Portugueses, que era hombre activo, y deseaba distinguirse por alguna acción, resolvió atacar la villa de Valverde situada en un valle delicioso, y fortificada en cuanto lo permitía el terreno. Tenía sus trincheras, parapetos y algunos reductos. Estaba en ella de guarnición D. Juan Tarrasa con ochocientos hombres de tropa arreglada y trescientos caballos. El Comandante era hombre de valor y de mucha práctica en el arte de la guerra, y en muchas accio-
El General Portugues recogió todas las tropas que había en las cercanías, y desando asegura
da la plaza de Elvas, y otras que están cerca
de ella, se puso en marcha dirigiéndose a Jura-
mesía sin descubrir a nadie su designio. El Con-
de de Fiesco mandaba la vanguardia, Aires de
Saldaña el centro, D. Juan de Costa la reta-
guardia, y Melo se puso a la frente del ejército.

Cuando llegó a las montañas de Fosna, Pedre-
gais, y Buscavida, volvió al puente de Olivenza
y lo pasó de noche sin ser visto del enemigo. De
día hizo alto el ejército para descansar, y conti-
uó su marcha por la noche para que el enemi-
go no tuviera ninguna noticia, y por la mañana
se halló a una legua de Valverde. Luego que
Tarrasa tuvo noticia del enemigo, se preparó pa-
ra la defensa. El ejército Portugues se dividió en
tres cuerpos, y se puso la caballería en un lugar
cómodo. La de los Españoles salió de la villa para
colocarse en una eminencia llamada de los Má-
tires. Los Portugueses le disputaron este puesto,
y la obligaron a entrarse en el pueblo y abando-
nar su proyecto. Atacaron inmediatamente la
villa, y sin embargo del fuego que se les hacía
se apoderaron de ella en muy poco tiempo. Los
habitantes se refugiaron a la Iglesia, y el Gene-
ral les perdonó por respeto al lugar santo donde
estaban, y llenos de botín se volvieron a Oliven-
za donde mandó curar los heridos. Desde allí se
fué a Elvas y entró en la ciudad como en triun-
fo habiendo salido a recibirle el Obispo y los ca-
nónigos, los Magistrados y todo el pueblo, y en-
traron en la Iglesia a cantar el Te Deum en acción
de gracias. Los Españoles tuvieron en esta acción
muchos muertos y heridos, y cincuenta y dos pri-
sioneros. Una parte de los habitantes pereció
con las armas en la mano. A los Portugueses les
costó cara la victoria quedando muchos soldados
muertos por las calles, entre los cuales había al-
gunos oficiales, y se llevaron a Olivenza carros
cargados de heridos. No se puede negar que Melo
formó y ejecutó muy bien el plan de esta expedi-
dición, la cual hubiera sido mas gloriosa atacada
la villa con fuerzas iguales; pero estando el
pueblo en un valle cercado por dos partes de colinas que le dominan, teniendo la villa por fortificaciones unas malas tapias, y por guarnicion ochocientos soldados de infantería con trescientos caballos, ¿qué podían hacer contra cuatro mil hombres que sin peligro de ser heridos podían desde las colinas reducir la villa a cenizas? Un General merece pocoselogios por las victorias que consigue en semejantes circunstancias. Casi todos los días había escaramuzas entre los habitantes de los pueblos de la frontera que se hacían la guerra a manera de los salvages con talas, incendios y saqueos.

La que se hacía por la parte de Galicia era con más furores. El Marqués de Tarrasa que mandaba en esta parte, deseando vengarse de las correrías y saqueos que los Portugueses hacían en los pueblos confinantes, resolvió atacar a Chaves que es la capital de Tras-las-Montes, no dudando que con las fuerzas que tenía se podían fácilmente de ella, y recompensándose de los agravios que habían sufrido los Españoles, adquiriría al mismo tiempo una gran reputación. Se puso en marcha y entró en Portugal con un cuerpo considerable de tropas, y llegando a la vista de Chaves saqueó y quemó tres pueblos. Después fué a sentar sus reales cerca de la ciudad, y habiendo estado un día entero sin emprender nada se retiró. Los habitantes se juntaron y formaron tres batallones con ánimo de vengar los desórdenes que habían cometido en los pueblos de Portugal. Marcharon enderechura a la villa de Monterrey divididos en varios partidos, unos por los montes, y otros por los caminos ordinarios; y entrando de improviso en la Galicia talaban los campos, quemaban los pueblos, y mataban a sus habitantes. Se dice que en esta incursión quemaron y destruyeron más que cincoenta pueblos cometiendo las mayores atrocidades con los habitantes, y con las mugeres los desórdenes más vergonzosos. Esta expedición es de las más bárbaras y feroz, que nos presenta la historia de las naciones salvages. Las gentes atemorizadas de estos crueles excesos se retiraban tierra adentro o a los montes, dexando en poder de estos
caníbales todo lo que tenían en sus casas para saciar su infame avaricia y violenta rapacidad.

Tarrasa temiendo su furor se encerró en el castillo de Monterrey, y aun en él no se daba por seguro si llegaba a ser atacado por la poca tropa que tenía para su defensa. Mientras estaba con estas angustias, los feroces Portugueses entraron por otra parte de la Galicia y cometieron los mismos excesos, sin embargo que acompañaban a estos fanáticos Monges, Sacerdotes, y Canónigos del monasterio de Bouro del Orden de S. Bernardo, los cuales tomaron las armas llenos del mismo furor que los seculares. Los Españoles construyeron un fuerte en Lamas-de-Mouro, pueblo situado dentro del país de los Portugueses, para contener su furor. Gaston Coutifio que mandaba en la frontera hizo tomar las armas a los habitantes de Braga, Guimarãens, y Viana, para arrojar de ella a los Españoles que tenían una garrnición de seiscientos hombres con todo lo necesario para su defensa. Atacaron la fortaleza y en un momento se hicieron dueños de ella, y después de esta conquista los arrojaron de los demás puestos de la frontera entrando en el territorio Español, quemaron la villa de Lobros y otros cuatro lugares, sin perdonar ningún edificio fuera de las iglesias y monasterios.

El Rey se ocupaba sin cesar en restablecer el orden en todos sus dominios sirviéndose de los hombres más hábiles para dictar sus providencias, y de aquellos que habiendo contribuido tanto a su elevación estaban colocados en los empleos más distinguidos. Pinto solo, que había sido el alma de la conjuración, no estaba colocado en ningún destino brillante; pero tenía la mayor influencia en el gobierno, porque el Rey conociendo su zelo y su fidelidad tenía con él la mayor confianza y no resolvía ninguna cosa sin consultarle. Cuando parecía que el reino estaba con la mayor seguridad y los súbditos alegres, en secreto se formaba una conjuración detestable en la capital. El Conde Duque, viendo con dolor burlados todos los artificios que había empleado para impedir la revolución de Portugal, tenía deseos ardientes de vengarse del Duque de Bragan-
El Arzobispo de Braga que gozaba de toda la confianza de la Virreyna, y era uno de los Ministros, estaba despreciado y sin esperanza de recobrar su antigua autoridad si no se restablecía el gobierno Español, y aun temía que su suerte sería más desgraciada luego que el nuevo Rey estuviera asegurado en el trono y enteramente establecida su autoridad, no dudando que sus enemigos especialmente el Arzobispo de Lisboa trabajaria en secreto para comprenderlo en la proscripción general, y le haría perder su diócesis. Por otra parte el afecto que tenía a la Virreyna era tan grande, que estaba pronto expuesto a los mayores peligros por servirla.

No podía sufrir con paciencia verla presa en el país donde debía reinar, y por los mismos que habían sido sus súbditos. Esto le llenaba de desesperación; y lo que sobre todo le puso en mayor furor fue la providencia que se dió para que ni él, ni ninguna de las personas principales que la visitaban con frecuencia entrasen en su casa, porque se decía que en las conversaciones que tenían les inspiraba sentimientos de rebelión. Y así para mostrarse agradecido a los favores y gracias que le había hecho, resolvió vengarla de sus enemigos, ponerla en libertad, y restablecerla en la autoridad que había tenido formando el horrible proyecto de quitar la vida al Rey. Discurrió los medios más prontos y más eficaces para verificarlo antes que se le mandase retirar a Braga donde le sería imposible ponerlo en ejecución.

Conoció muy bien que no podía contar con el pueblo por el odio que tenía a los Españoles, ni tampoco con la nobleza que había formado la conspiración para poner al Rey sobre el trono, porque habiendo recompensado sus servicios llenándolos de honras y colocándolos en los em-
pleos, no tenían interés en la mudanza del gobierno. En los Grandes podía hallar medios poderosos para su designio, porque habiendo sido su igual lo miraban con envidia. Asegurado pues de la protección del Conde Duque con quien había consultado su proyecto, resolvió hacer con mucho disimulo la primera tentativa con el Marqués de Villareal, diciéndole: "Que siendo el nuevo Rey de un espíritu tímido y desconfiado procuraría abatir su casa para asegurar el trono a sus sucesores, porque la experiencia ha enseñado que las familias muy poderosas siempre son temibles en una monarquía; que por esta razón sin duda alguna no había querido dar ningún empleo ni a él ni al Duque de Aveyro que eran de la sangre Real, habiendo distribuido los principales cargos en los sediciosos, sin tener mas mérito que el haber tomado parte en la conjuración: que los hombres de bien se compadecían de su suerte, porque le trataban con tanto desprecio que le obligaban a retirarse a una provincia para vivir en una indigna ociosidad: que siendo de un nacimiento tan grande, y poseyendo tantos bienes, era muy ridículo que estuviese sujeto a un soberano tan pequeño que hasta ahora había sido su igual, habiendo perdido por el atentado de unos facciosos un Rey tan poderoso como era el de España, que podía colocarlo en los destinos correspondientes a su nacimiento por el gran número de reynos y gobiernos que tenía que proveer."

El Marqués oía con gusto estos discursos, con los cuales el Arzobispo lisonjeaba su vanidad y ambición, y cuando vió que habían hecho una impresión fuerte en su corazón, y que podía hablarle con libertad contando que entraría en la conjuración, le dijo, "que tenia orden de la cor te de España de ofrecerle el Virreynato de Portugal en recompensa de su fidelidad." Mas no era esta su intención, pues solo deseaba poner en libertad a la Virreyna y restablecerla en su autoridad para ocupar él mismo el lugar que tenía en su confianza. Estas consideraciones encendieron en el corazón del Marqués una ardiente
ambición de que se hiciesen tomar la resolución de emprender este proyecto con el Duque de Camina su hijo. Ganados estos dos Príncipes volvió los ojos al Inquisidor general, que siendo su amigo no dudaba que abrazaría el partido. Con su influencia podría contribuir mucho al éxito de la empresa haciendo entrar en ella a todos los oficiales de la Inquisición que estaban esparcidos en todos los pueblos del reyno, y tenían muchos amigos.

Para atraerle a su partido se sirvió de otros motivos bien diferentes, diciéndole: "Qué habiendo hecho juramento de fidelidad al Rey de España cometían un perjurio sometiéndose a un rebelde que había usurpado el trono: que si las cortes le habían reconocido, no por eso podían darle un derecho que no tenía: que el pueblo se había sometido por el temor de la violencia: que una obligación contraída por las amenazas y por el miedo, la razón y la misma religión les daban por ninguna; y que así a pesar de que el Duque de Braganza ocupaba el trono y se le había prestado el juramento de fidelidad como verdadero y legítimo Soberano, no lo era sino el Rey de España, pues la violencia y la fuerza no es título justo y legítimo para adquirir los derechos: que además tuviese entendido que si continuaba el usurpador, ni uno ni otro podrían prometerse conservar mucho tiempo sus empleos, pues ya habían visto que su plan era dar los destinos a las gentes decididas a su favor por indignos que fuesen de ocuparlos."

El Arzobispo trabajaba de continuo en aumentar el número de los conjurados sirviéndose de todos los medios que le sugería su imaginación acalorada. Su principal confidente era un hidalgo llamado D. Agustín Manuel, de mucho talento, de un genio audaz y fértil en expedientes; intrigante, tramposo y hábil para el manejo de los negocios; eloquente, y tenía un arte singular para ganarse el afecto de las gentes porque sabía adular con gracia; en fin era capaz por todas estas cualidades de grandes cosas buenas y malas. Este hombre estaba descontento del gobierno porque no le daba ningún destino, siendo
TABLAS CRONOLÓGICAS.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años de F. C.</th>
<th>Tabla Cronológica</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

así que se colocaba todos los días a otros que le eran muy inferiores en todo; era pobre y deseaba mejorar de suerte, y estas razones le hicieron entrar con facilidad en la conjuración.

La esperanza de adelantar fortuna, junto con la vanidad y otros vicios, es capaz de arrojar a los que se creen de talento en las empresas más peligrosas y atrevidas. D. Agustín Manuel seducido por las ideas de grandeza que se proponía si se realizaba el plan, se entregó enteramente a la voluntad del Arzobispo, y se encargó de buscar un hombre para enviarlo a la corte de Castilla. Desde luego pensó que nadie podía servir mejor para esta comisión que un judío amigo suyo llamado Baeza, porque era muy rico, y conocido en Portugal y en España por su gran comercio. Había hecho grandes servicios al Conde Duque de Olivares, y en recompensa le había honrado con el Orden de Cristo causando indignación general en la nobleza. Este judío aborrecía el nuevo gobierno porque había mandado al Inquisidor general que velase sobre su conducta. Luego que Manuel le propuso el plan de la conjuración, no solamente lo abrazó con gusto, sino que ofreció cien mil escudos para contribuir al buen éxito, y hacer entrar en él todos los judíos. Baeza ganó también a Lorenzo Pires, tesorero de guerra, a quien prestaba muchas veces sumas considerables para salir de sus apuros.

El Arzobispo, Manuel, y Baeza, hicieron entrar mucha gente en la conjuración. Las personas mas principales fueron D. Rodrigo de Meneses hijo del Conde de Castañeda, D. Pedro de Meneses nombrado para el Obispado de Porto, Nuño de Mendoza Conde de Val de Reys, el P. Luis de Melo del Orden de S. Agustín nombrado para el obispado de Málaga, D. Francisco de Faria Obispo de Martiria, el comisario de Cruzada, el Conde de Armamor sobrino del Arzobispo de Braga, el Conde de Balletais, y muchos otros de los más considerables de la corte, la mayor parte afectos a los Españoles de quienes tenían sus empleos y cargos, y no podían conservarse en ellos ó restablecerse por la mutación del gobierno. Los conjurados se juntaron muchas veces para tomar sus
medidas, y discurrir los medios mas oportunos para la ejecución, pero en todos halaban infinitas dificultades. Usaban de mucha reserva para no ser descubiertos. Necesitaban de muchas personas para vencer tantas dificultades, y no se atrevían a confiarse de ellas aunque les hubieran servido muy bien. No sabían si pedirían socorro por mar o por tierra a la corte de Madrid, ni de qué manera podría introducirse la tropa estando todos sobre las armas. La mayor parte de los conjurados opinaba que si este socorro no entraba en el reyno para protegerles, era imposible que tuviera buen éxito el proyecto; que si se pudiesen corromper los Comandantes de las plazas, este sería el medio más seguro para hacer entrar tropa Española; pero que esto parecía imposible siendo todos ellos afectos a la casa de Braganza, y aun cuando se llegase a conseguir, tan pronto como entraría la tropa Española el Rey se retiraría, y la guerra sería eterna sin que pudiera realizarse el proyecto.

Algunos conjurados se resolvieron pedir la protección de la corte de Madrid. Aunque estaba prohibida la comunicación con Castilla, el Arzobispo, el Marqués de Villareal, y Baeza, escribían con frecuencia y recibían las respuestas. Este último escribió al Conde Duque enviándole pliegos por el Marqués de Ayamonte, que era Gobernador de una de las plazas de la frontera de España. Este Marqués era pariente muy inmediato de la Reyna de Portugal. Sorprendido de ver sellados los pliegos con el gran sello de la Inquisición, y dirigidos al Ministro de España, la curiosidad de saber lo que contenían se hizo leer, y viendo todo el plan de la conjuración que se tramaba contra la casa Real, los envió inmediatamente al Rey con quien tenía correspondencia reservada. Mandó juntar el consejo, se leyeron las cartas, y se tomó la resolución de lo que debía hacerse guardando el mayor secreto. El cinco de Agosto, día señalado para dar principio a la revolución, juntó toda la nobleza, y hizo entrar las tropas que estaban en las cercanías de Lisboa con pretexto de pasarles revista. Al mismo tiempo fingiendo que quería tener con-
se lo llamó al Arzobispo de Braga y al Marqués de Villareal, los cuales no sospechando que se hubiese descubierto la conjuración fueron al palacio, y sin estrépito ni ruido se les prendió. Se dió orden para que se hiciera lo mismo con el Duque de Camina, y a otros conjurados, que eran quarenta y siete.

La ciudad se llenó de horror luego que se supo la conjuración, especialmente la nobleza, que deseaba se le entregasen los traidores para hacerlos pedazos. Mandó hacer el proceso para que constase el delito, y se les castigase conforme a la ley. Resultó de sus declaraciones que habían concertado con el Ministro de España que la noche del cinco de Agosto los Judíos pondrían fuego al palacio y a muchas casas de la ciudad para ocupar al pueblo, y con el pretexto de apagar el incendio entrarían los conjurados y asesinarían al Rey: que el Duque de Camina se apoderaría de la Reyna y de sus hijos para servirse de ella para hacer entregar la ciudadela: que otros pondrían fuego en la flota: que el Arzobispo y el Inquisidor General con sus oficiales saldrían por las calles para sosegar al pueblo, y el Marqués de Villareal se encargaría del gobierno hasta que llegasen las órdenes de España. El Rey mandó a los jueces que no se sirviesen de las cartas que se habían interceptado para no comprometer al Marqués de Ayamonte, pues la corte de Madrid descubriría por este medio que tenía correspondencia con S. M., y que por aquél se había descubierto la conjuración; pero sin hacer uso de ellas se descubrió todo el plan hasta las menores particularidades. Baeza se turbó en sus declaraciones y no respondió a ningún artículo; pero puesto en tormento confesó su crimen, y declaró que su intención era matar al Rey, que en la casa de la inquisición había muchas armas, y que no esperaban sino la respuesta del Conde Duque para poner en ejecución su proyecto. Los demás confesaron lo mismo. El Arzobispo, el Inquisidor, el Marqués de Villareal, y el Duque de Camina también dixeron sus delitos.

Se formó el proceso con tanta brevedad que el 26 de Agosto estaba dada la sentencia, por la
TABLAS CRONOLÓGICAS.

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años de F.</th>
<th>Re. de E.</th>
</tr>
</thead>
</table>

Qual los dos últimos eran condenados a ser degollados como traídores al Rey y a su país, y confiscados sus bienes. Baeza, Correa, Diego Brito y Nava a ser desquartizados; el Arzobispo de Braga y los demás Obispos a ser encerrados en las prisiones hasta que la corte de Roma decidiera de su suerte. Antes de ejecutarse la sentencia hizo presente a su consejo que temía que el suplicio de tantas gentes principales no fuera funesto a la tranquilidad del rey, pues las cabezas eran de las primeras casas y todos serían enemigos suyos: que para vengar su muerte tramarián muchas conjuraciones, y aunque se descubrieran algunas, el reino y el trono estaría expuesto a gran peligro: que si concedía la gracia a algunos y se les imponía a los otros una pena menos rigorosa que la muerte, con su clemencia se grandearía la estimación de todos, y en adelante sus parientes y sus amigos reconocidos a este beneficio le serían mucho más fieles; pero que aunque se inclinaba a la clemencia los había juntados para que cada uno diera su parecer.

El Marqués de Ferreyra habló el primero diciendo: “que debía ejecutarse sin dilación la sentencia, y que el Rey en estas ocasiones no debe escuchar sino sola la justicia, pues la clemencia no serviría sino para animar a otros facciosos a cometer semejantes atentados: que se atribuiría a la debilidad del Príncipe o al temor que se tenía de sus amigos ántes que a su bondad: que la impunidad haría despreciable su gobierno: que al principio convenía que diera algún ejemplo de severidad para intimidar á los que fueran capaces de intentar semejantes atentados; que los reos no solamente habían cometido un delito contra S. M. sino contra el Estado que iban á trastornar; y en fin que debía considerar más la justicia que debía á su pueblo, que consultar la inclinación de su corazón á la clemencia.” Todos opinaban de la misma manera, y habiéndose conformado el Rey se ejecutó el día siguiente la sentencia.

El Arzobispo de Lisboa se interesó con la Reyna para salvar á uno de sus amigos creyendo que nada de quanto pidiera se le podía negar por
sus grandes servicios. La Reyna, aunque era de un corazón bondadoso y muy inclinada a la clemencia, conocía que las circunstancias del día exigían un castigo severo, que no se podía hacer la gracia que solicitaba sin irritar a los amigos y parientes de los otros, y que una acción de clemencia en esta ocasión sería injustísima; y así le respondió con un tono que no le permitió replicar: "La mayor gracia que usted puede esperar de mí sobre lo que solicita, es que olvide para siempre que me haya hablado de ella." La pena del Arzobispo, del Inquisidor, y de los demás Obispos, la mudó en cárcel perpetua por consideración a la casa de Austria, y de la corte de Roma que no quería admitir sus Embajadores. Pero poco después se publicó que había muerto de enfermedad el Arzobispo, accidente que es bastante ordinario a algunos prisioneros de Estado que la política no permite hacerlos morir en un cadalso.

Por mas diligencias que hizo el Conde Duque para saber cómo se había descubierto la conjuración no pudo averiguarlo.

Al mismo tiempo los Españoles hiciéron prendar a D. Juan Rodriguez de Vasconcelos y Sousa, Conde de Castel Melhor y Gobernador del Brasil, el qual había defendido con tanto valor aquel país de los Ingleses. Fué acusado de que quería entregar aquel reyno a Portugal; pero no se le pudo convencer, ni por el tormento se le pudo arrancar la confesión de este crimen. Todos le abandonaron fuera de su confesor; pero siempre conservó la esperanza de recobrar su libertad, porque sus dos amigos Antonio de Abreu y Domingo de Silva se habían escapado, y no dudaban que intercederían con el Rey para ello como se verificó. Los Españoles pasaron al Conde a Cartagena, y el Comandante encargó al Gobernador de la ciudad que dexara entrar a su confesor con frecuencia donde estaba, que era lo que deseaba para ejecutar su proyecto y sacarlo de la prisión.

Mas como él solo no podía completar esta obra, se sirvió para que le ayudase de uno de los del castillo llamado Antonio Rodriguez, el cual a la mas leve insinuación prometió que lo emprende-
ría todo para ayudarle a salir de su cautiverio. Entre tanto Abreu y Silva estaban acuclilados en una isla cerca de Cartagena. Una fragata Hol-
landesa que se acercó para atacarles creyendo que eran Españoles, luego que los conoció y supo el fin porque estaban allí les ofreció su auxilio. Entre tanto Rodríguez que había ganado a dos soldados Portugueses ejecutó su promesa, sacó al Conde del castillo con una cuerda, lo entregó a Silva que lo esperaba con la chalupa en la ribera, y desde allí se fueron todos a la carabela y dijeron la vela para Portugal. Llegaron a las Islas Terceras donde fueron recibidos con grande ale-
gria por el Comandante Manuel Sousa Pacheco; y después de haber descansado algunos días con-
tinuaron su navegación a Lisboa, donde el Rey le dio pruebas de lo agradecido que le estaba de su fidelidad.

En este tiempo D. Gaspar Alonso Pérez de Guzmán Duque de Medina Sidonia, que era Gobernador de Andalucía, para purgarse de las sospechas que se tenían en la corte de haber querido entregar la ciudad de Cádiz al nuevo Rey de Portugal, se fué con algunas tropas a la plaza de Valencia de Alcántara para desmentir de este modo la calumnia que contra él se había levantado y justificar su conducta. Era pariente del Conde Duque y hermano de la Reyna de Portugal, por cuyas calidades, y sus muchas ri-
quezas y poder, era estimado y temido. Vivía como un Soberano en su gobierno, y estando lleno de ambición y vanidad exigía respetos que no se le debían, no estando contento con las sem-
isiones que suelen prestar a semejantes Magis-
trados. Llevado de su vanidad y orgullo formó el atrevido proyecto de hacerse Rey de Andalu-
cia, imitando el ejemplo que su cuñado el Duque de Braganza le había dado. El Marqués de Aya-
mon te su pariente era de un genio intrépido y ardiente, que tampoco quería vivir en la obscu-
ridad, y estaba siempre dispuesto para cometer las empresas mas atrevidas si por ellas podía hacerse famoso. La mayor parte de sus tierras las tenía en la embocadura del Guadiana, y esto le pro-
porcionaba una comunicación más frecuente con
el Duque de Braganza aun después que había subido al trono. La continuación de este trato se hubiera reputado por un delito grave digno de los mayores castigos, y por esta razón abrió los pliegos que Baeza le había enviado para saber si contenían alguna acusación contra él por la correspondencia que conservaba con los enemigos de Castilla, y remitió estos pliegos al Rey de Portugal avisándole que para ayudarle a mantenerse en el trono iba a excitar una rebelión en Andalucía pensando servirse del Duque de Medina Sidonia para la ejecución, porque sabía que estaba muy descontento del Ministro aunque fuese pariente suyo, y su desmesurada ambición le haría atropellar con todas las dificultades.

Procuró persuadirle abrazar este proyecto haciéndole presente que la monarquía Española estaba casi arruinada, los Países-Bajos perdidos, Cataluña libre de su yugo, y Portugal tenía su nuevo Rey; que había pocas tropas en el reino, y estas mal pagadas; que el erario estaba exhausto y los pueblos cansados de guerra; que si sabía aprovecharse de la ocasión podría hacerse con facilidad independiente y Soberano de Andalucía, pues ocupaba las mejores plazas, y Portugal estaba pronto a socorrerle con todas sus fuerzas; que con la esquadra que le enviaria podría apoderarse de los galeones de Cádiz, y mantener mucho tiempo la guerra; que el Conde Duque era generalmente aborrecido y detestado de toda la nación, y que si era desgraciado, lo que regularmente sucedería, todo el odio recaería contra su casa y familia; que era necesario prevenirse con tiempo; que no había que detenerse sobre la justicia de la causa, porque el suceso justificaba las empresas mas injustas y más temerarias; y le aseguraba que si tenía la audacia de emprenderla, el éxito la coronaría, y el mismo Conde Duque la favorecería en secreto porque engrandecía su casa. Medina Sidonia lisonjeado con estas esperanzas, que eran tan conformes a su carácter vano y orgulloso, adoptó el plan que le proponía el Marqués, y le envió a uno llamado Luis de Castilla para arreglar las medidas que debían tomarse. Después de haber tenido muchas
Velasco, el cual pasó a aquel rey con el pretexto de tratar del rescate de un Grande de España que hacía mucho tiempo que lo tenían en la prisión. Luego que este religioso entró en Portugal fue preso y llevado a Lisboa donde se le encerró en una cárcel, y pasado algún tiempo se le dio libertad para tratar del rescate ocultando de este modo el plan de la conjuración; pero al mismo tiempo concertando con el Rey y sus Ministros los medios necesarios para ayudar en su empresa al Duque de Medina Sidonia, a quien escribía todo lo que se resolvía por medio del Marqués de Ayamonte, y por éste recibía las instrucciones convenientes para la negociación. Este religioso estaba de continuo en la corte, y se veía que tenía un trato muy frecuente con el Rey y los Ministros, lo que hizo sospechar a los cortesanos que estaba por algún negocio muy grave. Un Castellano llamado Sancho que estaba prisionero con otros de su nación en Lisboa, luego que supo el favor que gozaba el franciscano entró en las mismas sospechas que los demás y aun quiso penetrar el misterio. Le escribió una carta pidiéndole que se interesase por su libertad porque era de la familia del Duque de Medina Sidonia, el cual le agradecería mucho este buen oficio, y para convencerle de lo que le decía le envió cartas que le había escrito el Duque, y quedó con este testimonio enteramente persuadido de la verdad del hecho. Pidió pues al Rey su libertad y se la concedió sin ninguna dificultad, y él mismo fué a sacarlo de la cárcel y hacerlo incluir en unos pasaportes que se despachaban a los criados de la Duquesa de Mantua para irse a Madrid. Todo esto convenció a Sancho que el franciscano tramaba en Lisboa alguna intriga. Le dió gracias por los buenos oficios que había hecho por él, pero que no se arrebataría ir a la corte.
porque habiendo sido tesorero del ejército antes de la revolución, el Ministro severo e inexcusable le haría dar cuenta de su caza no obstante que había sido robada. El franciscano se dió por satisfecho de esta respuesta sin embargo que era tan despreciable. Añadió, para descubrir mejor su proyecto, que pensaba irse a Andalucía donde estaba el Duque su amo. Pareciéndole que podía servirse con toda seguridad de este hombre para informar al Marqués de Ayamonte del estado de la negociación le comunicó todo el secreto, y le manifestó que el mismo Marqués había descubierto al Rey de Portugal la conspiración del Arzobispo de Braga, que luego que el Duque de Medina Sidonia sería Rey le haría Obispo, que tenía esperanzas de llegar a Cardenal, y que en cuanto a él siendo fiel debía contar con la fortuna más brillante.

Sancho le dió las gracias asegurándole de su fidelidad y del afecto que tenía al Duque, y le hizo partir con dos cartas para el Marqués de Ayamonte. Luego que salió de Portugal tomó el camino de Madrid y fue a ver al Conde Duque, le informó de la conspiración que se tramaba, y en prueba de ello le entregó las cartas que el franciscano le había dado para el Marqués de Ayamonte y para el Duque de Medina Sidonia. El Ministro quedó consternado con esta noticia, alabó la fidelidad de Sancho, y prometiéndole la recompensa se despidió encargándole el secreto. Dió cuenta al Rey de esta novedad, y le mandó que hiciera examinar por tres consejeros de Estado las cartas del franciscano. El Duque, viendo que todo se dexaba a su disposición, hizo hablar a Sancho para que disculpase al de Medina Sidonia, pero siempre estuvo firme en que no solamente era culpable sino cabeza de la conjuración. Sin embargo, el Conde Duque informó al Rey que no había ninguna prueba cierta contra el Duque, que sin duda se había sobornado al fraile para perderle; pero que él había dado orden para que entrasen tropas en Cádiz para defenderla en caso de que los rebeldes pensasen atacarla, y había mandado que prendiesen al Marqués de Ayamonte y que Medina Sidonia se pre-
sentará en la corte. Con efecto había enviado a D. Luis de Haro con orden al Duque de que
inocente ó culpable viniera con la mayor brevedad, pues si lo dilataba un momento estaba per-
dido.

Obedeció aunque con mucho dolor con la es-
peranza que Olivares aplacaría al Rey y le salva-
ría del castigo. Llegado a Madrid el Ministro le
presentó a S. M., se echó a sus pies, confesó su
crimen y pidió perdón, y compadecido de verlo
en esta postura humillante le perdonó; pero para
que en adelante no pudiera cometer semejantes
atentados, le confiscó una parte de sus bienes, se
puso guarnición en Medina Sidonia, y se le man-
dó que viviera en la corte. No contento el Duque
con esto, para justificar más su conducta en pú-
blico puesto que no había sino rumores que no
pasaban de sospechas, quiso que desafiase al Du-
que de Braganza, lo que se hizo derramándose
copias por la España y por toda la Europa, seña-
lando para el combate un llano cerca de Valen-
cia de Alcántara que sirve de límites a los dos
reyños, ofreciendo que esperaría ochenta
días empezando desde primero de Octubre.

El Duque de Medina Sidonia fué allá acom-
pañado de D. Juan de Garay Maestre de Campo
general de las tropas Españolas, y viendo que
nadie parecía cansado de representar una farsa
tan ridícula se retiró a Madrid. El Marqués de
Ayamonte fué traído preso; y habiéndole ofre-
cido el perdón si confesaba su crimen, no se
guardó la palabra y fue condenado al suplicio,
al qual fué con tanta entereza que sorprendió á
los espectadores. Así se terminó una conjuración
que podía haber causado muchos males a la Es-
paña. Martín Alfonso de Melo, que estaba en la
frontera con poca gente, temiendo que el Duque
quando se acercó a Valencia de Alcántara quería
entrar por aquella parte a hacer correrías se puso
en mucha inquietud, mas luego que se retiró sal-
rió de todos sus cuidados. El invierno, y las llu-
vias y nieves hicieron cesar las hostilidades, y
no hubo de parte de unos y otros sino algunas
correrías para coger ganado.

Mientras que España estaba tan revuelta,
la guerra se continuaba con el mayor calor en Flandes. El Mariscal de la Melleraye puso sitio a la ciudad de Aire el 17 de Mayo, porque el Duque de Enguien que debía hacer esta segunda campaña no llegó al ejército hasta el 17 de Junio. Los sitiadores hiciéron prodigios de valor perdiendo y reconquistando muchas veces varias obras de la plaza, y los sitiados hacían salidas con la mayor intrepidez e inteligencia. Los Franceses perdiéron en los asaltos que dieron los soldados mas escogidos y muchos oficiales distinguídos; sin embargo la plaza se rindió el 26 de Julio después de haber hecho en su defensa todo lo que el arte y el valor de la tropa y oficiales era capaz de hacer. El Cardenal Infante que estaba a la vista tenía poca gente para atacar el campo Francés, y no fue sino espectador del sitio. Rendida la ciudad a Bethuna, el mismo día envió un destacamento de tres mil hombres para atacar la ciudad de Liliers, y después de un combate muy resfido tomaron dos medias lunas; mas viendo el Gobernador desalentada la tropa capituló el día siguiente.

El Cardenal Infante pasó el río Laquette con todo el ejército sin que el Mariscal Melleraye que estaba muy cerca se lo pudiera impedir. Se cañoneáron de una parte y de otra, pero sin venir a las manos. Los Franceses siguiendo a los Españoles abandonáron sus trincheras y tomaron el camino de Turena; mas éstos aprovechándose del descuido de aquéllos se apostáron en las mismas, las fortificáron, y sitiáron la ciudad de Aire para obligarla a rendirse por hambre. La corte de Francia envió al Mariscal de Breze con un refuerzo considerable a su ejército, y estos dos Mariscales quisieron obligar al Cardenal a levantar el sitio atacando las plazas de los Españoles. Breze sitió a Lens y se rindió a los tres días, la Melleraye se apoderó de la Baise en pocos mas, y después reunieron los dos Mariscales sus fuerzas viendo que los Españoles se obstinaban en continuar el sitio sin hacer ningún movimiento. Llegaron hasta las puertas de Lila desolándolo todo y quemaron los arrabales de esta ciudad, sin que estas desgracias pudiesen hacer mudar de propó-
sito al Cardenal Infante, ni sacarlo de sus líneas. Atacaron los Franceses a Bapaume plaza muy bien fortificada, y la tomaron en ocho días capitulando la guarnición que sería conducida a Do- bay. S. Preuil Gobernador de Arras los acometió al anochecer, y les quitó su bagage violando la fe pública y el derecho de gentes, por cuyo aten- tado la corte de Francia le castigó para manifestar a la Europa que no autorizaba las infraccio- nes de los tratados.

Los Españoles pusieron sitio a la plaza de la Basee mientras que los Franceses atacaban a Ba- paume, pero como esta última se rindió pronto abandonaron su empresa y se retiraron. El Ma- riscal de Guiche sustituido al de Breze que pasó a Cataluña no se atrevió atacar el campo de los Españoles que estaba delante de Aire, y esta plaza se rindió con una honrosa capitulación después de un bloqueo de cuatro meses. Pero el Car- denal Infante, que había emprendido el sitio y lo continuó con tanta resolución, no vió el fin, pues habiendo caído enfermo fue llevado a Brus- selas donde murió el nueve de Noviembre de una fiebre maligna que le acabó en poco tiempo con gran sentimiento de todos porque era muy esti- mado por sus buenas prendas, y uno de los me- jores Generales que la España ha tenido. Después de su muerte fueron gobernados los Países-Baxos por un consejo compuesto de D. Francisco de Me- llo, del Marqués de la Velada, del Conde de Fuentes, y del Presidente Rosa. El Rey nombró a los dos primeros para mandar los ejércitos que estaban en la frontera de Francia, y al tercero dió el mando del que defendía la de Holanda, aunque el ejército del Príncipe de Orange que era pagado por los Franceses hizo muy pocos progresos este año.

En la Italia el Vizconde de Turenna y el Con- de de Hesíos que quedaron encargados del mando de las tropas, después de la partida de Harcourt, no estuvieron ociosos en su ausencia: se apoder- raron de Montcalvo, pusieron sitio a Ivrea, y cuando llegó el General mandó dar el asalto, y después de haber perdido mucha gente se re- tiraron a su campo. El Príncipe Thomas se acer-
batalla esperando al enemigo, y tuvo éste que combatir solo con sus fuerzas. Todo el día duró la batalla sin que la victoria se decidiese por ninguna de las partes, pero cada una se atribuyó esta honra. Para obligarles a levantar el sitio de Ivrea acometió a Chivas y la asaltó a las dos de la mañana, pero fue rechazado con mucha pérdida; mas no por esto desistió de su empeño, sino que la sitió en forma, y cuando estaba trabajando en las obras Harcourt voló a su socorro. El Príncipe Thomas aprovechándose de este momento hizo entrar municiones y tropa en ella, y pasó el Pó con todas sus tropas, dexando de este modo burlado al Francés que no se atrevió a salir hasta que recibió refuerzos de Francia.

Empezó las hostilidades por el sitio de Cebà que se rindió cuando se iba a dar el segundo asalto, habiendo resistido el primero con el mayor valor; Mondovi cayó también en su poder: la de Coni se resistió algún tiempo, pero al fin capituló el doce de Setiembre. El Príncipe Thomas asaltó por tres veces la plaza de Querasco sin poderla tomar aunque perdió mucha gente. Los Españoles se apoderaron de Montcalvo, y se retiraron a quarteles de invierno; y los Franceses se establecieron en Cabanez. El Conde de Harcourt se fue a Turín a saludar a la Regenta, y ofrecerla en nombre del Rey la ciudad de Coni. En fin la campaña acabó por la conquista que hicieron los Franceses de las plazas de Revel y de Demon.

Entre tanto hacían los preparativos para defender a Cataluña que la consideraban como suya, y a mediados de Febrero empezaron a entrar tropas en el Principado para formar con los naturales, de quienes no se fiaban mucho, un ejército considerable. El Conde de la Motta Houdancourt fue nombrado General y entró en Barcelona el día 20 del mismo mes. El canónigo Claris se llenó de alegría por ver realizado su pro-
lyecto, pero le duró poco su satisfacción, porque habiendo sido acometido de apoplejía murió el último del mes con gran sentimiento de todos los pueblos que le miraban como padre y restaurador de la patria.

Un escritor Catalan de aquel tiempo dice de él, que era de pequeña estatura, de aspecto fezoz, de cabellos herizados, de ojos vivos, de genio violento, y de muy poca instrucción; pero de una ambición excesiva, del patriotismo más exaltado con el fin de hacer su fortuna, y declarado por los Franceses porque Duplessis le había ofrecido la mediación de la Francia para conseguir la púrpura. El Arzobispo de Burdeos llegó a las costas de Cataluña a fines de Marzo con su esquadra compuesta de doce galeras y veinte naves; y habiendo sabido que en Portvendre había una esquadra que mandaba Juanetín de Doria que llevaba víveres y municiones a la plaza de Rosas, envió contra ella una division de diez galeras y ocho bageles, y se apoderaron de unas y otras sin hacer ninguna resistencia, lo que se atribuyó a dolo y perfidia de los marineros. Animado con tan feliz suceso mandó adelantarse cincuenta galeones para infestar las costas de Tarragona, los cuales habiendo descubierto una nave que estaba en el puerto bajo el cañón, no dexaron de acercárse y dispararle algunos tiros que no le hicieron ningún daño, pero su viage no fue inútil porque cayeron en su poder algunas presas.

El nueve de Abril se habían ya juntado en Montblanc y sus cercanías las tropas, y se hallaba el Conde de la Motta dispuesto para ponerse en campaña. Su ejército se componía de nueve mil infantes y dos mil y quinientos caballos, la mayor parte Franceses. El Dr. Pedro Juan Rosell conseller tercero de Barcelona mandaba su tercio. Se pusieron en marcha para el campo de Tarragona por Ylla y Cabra, dirigiéndose a Valls, donde la guarnición pudiera haber hecho alguna resistencia, pero tenía órden del General D. Fadrique de Colona de retirarse luego que los enemigos se acercasen sin hacer ninguna defensa. Desde esta villa pasó por la Selva a Reus, y quedó dueño de todo el campo de Tarragona fue-
Habiendo tenido aviso la Motta el 5 de Mayo que habían salido algunas tropas, y que marchaban por la orilla de la mar a la Pineda, camino de Tortosa, mandó avanzar a Boisac General de la caballería para cortarles, ó a lo menos detenerles hasta que pudiese llegar la infantería que le seguía. Los Castellanos salieron a forragear, y cuando se retiraban se encontraron con la caballería Francesa y se trabó un combate muy reñido, y aunque muy inferiores á los Franceses entraron todos los carros en la plaza habiendo perdido entre muertos y prisioneros ciento cuarenta hombres, y de los enemigos quedaron muertos algunos oficiales y muchos soldados, y tan mal herido el General, que tuvo que retirarse á Francia sin que pudiera volver á servir. La Motta estaba indeciso en Reus sin saber qué hacerse, porque no tenía fuerzas para atacar la ciudad ni la artillería competente. Mas como era dueño del campo resolvió apoderarse de Constanti, villa distante de la ciudad poco mas de dos millas que tenía en un pequeño castillo trescientos hombres, los cuales á la primera intimación lo entregaron vilmente. El día siguiente se presentó delante de Tarragona la esquadra del Arzobispo de Burdeos y se rindió Salou, y el ejército de la Motta se aquarelo en los pueblos de Constanti, Reus, Valls, Villaseca, Caller, Torre de Embarra, Altafulla y Tamarit, quedando de este modo cerrada la ciudad por tierra y por mar el 12 de Mayo proponiéndose reducirla por hambre.

El Arzobispo no aprobó esta empresa, y representó que no tenía fuerzas para impedir que entrasen socorros en la plaza porque la flota de los Españoles era superior á la suya, y si viniesen á atacarla y tuviese la desgracia de salir maltratada del combate, se perdería enteramente y le obligarían á abandonarla ó á retirarse al puerto de Salou, y que entre tanto no sería difícil que los enemigos introdujeran lo que necesitasen los si-
tiados. Estas consideraciones se despreciaron porque Condé escribió al Cardenal de Richelieu que las fuerzas de los Españoles no eran tan grandes, ni estaban en disposición de prepararlas tan pronto; que lo único que podía suceder era que el sitio fuese un poco más largo, pero que al fin la plaza se rendiría. Informado así el Ministro envió orden al Arzobispo que cerrase con toda la flota el puerto, y le fue preciso obedecer. Entre tanto el Señor Argenso, del Consejo de Estado del Rey Cristóstomo y su plenipotenciario que estaba en Barcelona, pidió a la diputación cuatro cosas que consideraba muy precisas para la defensa de la provincia, es a saber, 1.a que se fortificasen las plazas, 2.a que se pagasen las guarniciones con la mayor puntualidad, 3.a que se aumentasen los sueldos de los Franceses, y 4.a que se tuviese siempre en pie un cuerpo fijo de Catalanes compuesto de cinco mil y quinientos infantes y quinientos caballos, porque la gente que se levantaba se volvía luego a sus casas, y siendo bisoña e indisciplinada de nada servía. Habiendo sabido el Arzobispo que en S. Juan de los Alfaques había dos naves y cuatro polacras Españolas envió una división para apresarlas, y el 19 del mismo mes se apoderó de ellas sin resistencia. Al mismo tiempo las galeras le apresaron un galeón sobre las costas de Rosas, y descargaron trescientos sacos de harina en Colliubre para socorrer las plazas del Rosellón.

Los Franceses entraron en él a fines de Mayo con ocho mil infantes y mil caballos con el fin de apoderarse de todo el condado, y tener expedito el camino para que sus tropas pasasen a Cataluña. Condé que mandaba este ejército atacó la plaza de Elna a principios de Junio, y a fines del mes la rindieron los Walones con poca reputación. Tomada esta ciudad quedó interrumpida la comunicación de Perpiñán con Colliubre. La guarnición de Rosas derrotó el tercio de Catalanes que mandaba Canter y el Baile de Fraza en el Ampuridan. En el campo de Tarragona hubo el once del mismo mes una pequeña acción, que aunque al principio fue gloriosa para los Castellanos al fin fueron derrotados. La guarnición
con esta pérdida se llenó de terror, y no se atre-
vio a hacer ninguna salida aunque se hallaba en los mayores apuros. El Conde Duque enviaba las órdenes más precisas al Marqués de Leganes que era Virrey de Valencia, y al de Villafranca que mandaba las galeras que estaban en aquella cos-
ta prevenidas con víveres, que de todos modos socorriesen a Tarragona; mas estos dos hombres, sin embargo que tenían treinta galeras ponían tantas dificultades, que viendo que se perdía sin remedio la plaza le escribió Juanetín de Doria que mandaba la esquadra de su padre el Duque de Turín facilitando la empresa, y se dio orden al Marqués sin dilación ninguna se emprendiese pues era esta la voluntad del Rey.

Mandó cargar inmediatamente algunos berg-
chantes y siete galeras de harina, vizcocho, vino, y otros bastimentos necesarios, y hacié-
dose á la vela amanecieron el quatro de Julio so-
bre Tarragona. El Arzobispo dispuso su armada de modo que ocupando casi todo el espacio que hay desde el promontorio de Salou hasta el de Bondinar, pretendía con esto cerrarle la entrada del puerto. El Marqués fiado en el número supe-
tor de sus galeras ordenó su esquadra en tres di-
versiones, y al rayar el alba poniéndose en la vanguardia penetró por medio de los enemi-
gos, y entró en el puerto sin haberse perdido mas que la galera S. Phelipe que por rezaga-
da la rindieron los Franceses. Después de ha-
ber socorrido la plaza salió con treinta y tres galeras por la parte de levante acercándose mucho á los escollos de S. Miguel, porque el Arzobispo arrimado á la costa le hacía un fue-
go muy vivo con su artillería; pero viendo que no le causaba daño, ni le podía alcanzar, se aplicó á inutilizar el socorro. Se acercó al mue-
lle cuanto fué posible, y desde allí disparaba sin cesar; después pegó fuego á cinco brulotes para quemar con ellos las galeras y los bergantines. Esta tentativa mató muchas personas, entre las cuales fueron el Capitan Francisco Priñano y el Maestre de Campo D. Leonardo Moles, ambos Napolitanos; y los demás consternados, y temien-
do el incendio que no se verificó, se huyéron de-
sándose todo abandonado. El Conde Duque empeñado en sostener esta plaza hizo un esfuerzo extraordinario para socorrerla antes que se le acabasen las provisiones que le habían entrado. Mandó reunir con la mayor prontitud una flota poderosa que se componía de treinta y seis galeones, treinta y tres galeas, y cuarenta y cuatro barcas. Estaba mandada por el Duque de Maqueda General de los galeones, por D. Melchor de Borja General de las galeras de España, y por el Duque de Fernandina General de las de Nápoles. Serfían que guardaba con su regimiento el Coll de Bajaguer, avisó el 17 de Agosto que había entrado en los Alfaques, y el 20 del mismo mes se vio en la altura de Tarragona. El Arzobispo hizo cuanto pudo para cerrar el puerto empeñado en disputarles la entrada; pero teniendo el viento contrario, y siendo tan superiores el número de los Castellanos, se vio obligado a retirarse, y aunque le persiguieron no pudieron alcanzarle, huyendo a toda vela a las costas de la Provenza. La plaza quedó enteramente socorrida. La Motta se retiró entre Valls y Constanti. Los Catalanes se quejaron al Arzobispo acudiendo que se había dejado sorprender, y no se había defendido; y por más esfuerzos que hizo para justificarse, Richelieu le atribuyó siempre esta desgracia; y lleno de dolor por ver tan mal recompensados los servicios que había hecho, y la injusticia con que se le trataba, hizo dimisión de su empleo y se retiró a Carpentras.

Temeroso la Motta que el Arzobispo de Burdeos no quisiera justificar su conducta en perjuicio de la suya propia, y hallándose sin fuerzas bastantes para poder atacar a los Españoles y emprender alguna cosa considerable, persuadió a los diputados y a la ciudad de Barcelona que enviasen una diputación al Rey para informarle del estado de las cosas, y desde luego nombraron para esta comisión a D. Josef Margarit y D. Francisco Vergos, dos personas bien conocidas por su zelo y fidelidad, los cuales llegaron a París el 24 de Octubre, y el 19 de Noviembre les dió audiencia el Rey en el palacio de S. German. El Cardenal y todos los los Ministros les ofrecieron socorros poderosos asegurándoles que
misma razón se haría el esfuerzo extraordinario para arrojar de Perpiñán a los Españoles y dejar el camino expedito hasta Barcelona; pero que ternaria no se cansasen los Catalanes de las incómodidades de la guerra y se reconciliasen con su Rey, y faltando á su tratado hiciéran inútiles todos los preparativos que S. M. hacía. Margaret le respondió que si la Francia no faltaba á lo que había convenido los Catalanes cumplirían su palabra, y para seguridad de lo que decía estaba pronto á entregar en rehenes sus hijos. Pues bien, replicó el Cardenal, yo me burlaré de las fuerzas de España, la daré la ley, y os manifestaré pronto qué se servirán de las proporciones que me ofrece la provincia de Cataluña.

Desde luego resolvió enviar un poderoso ejército al Rosellón, y de ir el mismo con el Rey para animar á la tropa y á los Generales, y que al mismo tiempo el Mariscal de Breze y el Conde de la Motta atacasen las plazas que conservaban aún hasta arrojarlos enteramente de esta provincia; que Condé volviera á París para mandar y gobernar la ciudad en ausencia del Rey, nombrando por Generales del ejército del Rosellón á los Mariscales Schomberg y la Melleraye, y que el Marqués de Breze mandaría una numerosa flota para defender las costas de Portugal y disputar á los Españoles el imperio de la mar. Estos grandes proyectos había formado el soberbio Ministro, y se los había manifestado á los...
| Años de F. C. | diputados de Cataluña para animar sus esperanzas y tenerlos más afectos a su partido. El comisionado del Rey de Francia Argensó presentó el 24 de Setiembre cartas a los Diputados, Obispos, Abades y Cabildos eclesiásticos manifestándoles el Rey el aprecio que hacía de todos ellos, y lo que se prometía de su fidelidad, haciéndoles por su parte promesas muy lisonjeras. Esto le dio motivo para que pidiese con instancias mas vivas que se resolviera la formación del cuerpo de tropas Catalanas siempre subsistente a cargo de la provincia. Todo se resolvió con mucha facilidad, y sin grandes disputas, porque se habían puesto imprudentemente en la necesidad de sucumbir al poder Francés de grado ó por fuerza. La Motta se hallaba sin socorros para su ejército porque no recibía dinero de Francia, ni el Principado se lo podía dar; y no sabiendo cómo mantenerlo resolvió recurrir al saqueo en los pueblos de la frontera de Aragon, que siendo del Rey Cathólico se consideraban como enemigos. Su primera furia la descargó contra la villa de Tamarite de Litera, en la cual se presentó ofreciendo no cometer ninguna violencia y pidiendo que se le diese alojamiento, asegurándoles que era amigo de los Aragoneses y daría orden para precaver toda violencia. Los habitantes, que eran labradores y gente sencilla, no acostumbrada a los artificios y engaños creyeron todo cuanto este hombre tramposo les decía, y procuraron agasajarlo como amigo ofreciéndole lo mejor que tenían, dándose por muy honrados con que el Francés quisiera admitir las expresiones del amor sincero que les tenían; pero apenas anocheció, este perfido ejecutó el plan de rapacidad que había concebido. Con el pretexto de una pendencia que fingió mandó tocar al arma, y entregó el pueblo inocente al saco y brutalidad de los soldados, invocando aquellos infelizes la venganza del cielo contra unos hombres inhumanos que los trataban como enemigos después de haber recibido los mayores favores.

En Monzon y la ribera del Cinca había una division de dos mil caballos y más de tres mil infantes al mando de D. Francisco Toralto Maes.
La expedición de campo general del ejército de Aragón, el cual pudiera haberla socorado; pero no quiso porque habían admitido a los Franceses, como si hubieran tenido fuerzas para impedirlo la entrada. Por hallarse enfermo encargó a su teniente D. Jacinto Loris la expedición de Almenar, tres leguas distante de Tamarete a la parte del Oriente. Esta villa tenía un castillo antiguo con fortificaciones medio arruinadas. El capitán Jaime Guerri estaba encargado de su defensa con cien mosquereros. Plantó una mala batería para reducirlo, pero habiendo acudido la Motta con mil caballos a su socorro les obligó a levantar el sitio; y aunque volvió segunda vez no pudo reducirlo, y se contentó con saquear el pueblo y huir vergonzosamente de los Franceses que con fuerzas inferiores le acometieron. Estos tristes sucesos fueron del mes de Octubre y de primeros de Noviembre.

Entre tanto con el pretexto de la necesidad urgente de la administración de justicia, aunque el Rey no había prestado el juramento que prescriben los fueros del Principado, se admitió por su Lugarteniente al Mariscal de Breze, y jurando obedencia aunque no había entrado en la capital. Resolvieron enviarle embajadores, los cuales hallándose en la Junquera fueron recibidos y tratados con poco decoro y estimación, empezando de este modo a conocer por su propia experiencia lo que podían esperar para adelante; cuando los Franceses estuviesen más asegurados en el mando. La armada que había llegado al puerto de Rosas con los socорros se componía de ciento once velas, y los temporales la detuvieron todo el mes de Noviembre sin poder desembarcar ocho mil infantes y mil caballos, y la abundancia de socorros que había. Esto dio tiempo a Breze para juntar gente y fortificarse en la montaña de Argelés alargando sus trincheras hacia la mar, para cerrar enteramente el paso al enemigo que era indispensable pasarse por aquella parte.

Torrecusa que tenía noticia de todo desembarcada su gente y artillería se puso en marcha por el collado de la Manzana el 15 de Diciembre. D. Josef Zacosta la defendía con su tercio de Ca-
talanes, los cuales dormían con tanta tranquilidad como si no tuvieran enemigos. Torrecusa degoló las primeras centinelas, y llegó con facilidad donde estaba el cuerpo del regimiento, que habiéndose despertado por casualidad escaparon todos medio desnudos y sin armas dexando dueños del monte a los Españoles, y batando por la falda con cuatro piezas de campaña arrojó a los Franceses de la loma en que se remataba la trinchera; pero no sin hallar en ella alguna resistencia, en la qual murieron algunos soldados y dos capitanes de parte de los Franceses. Desde aquí Torrecusa dió aviso al de Mortara Gobernador del Rosellon del estado en que se hallaba, y convinieron que el dia tercero de Pasqua se juntasen al paso del Zanjón, no lejos de sus quartele, para resolver el plan de sus operaciones. Mortara salió con los tercios del Conde Duque mandados por los Maestres de campo D. Phelipe de Guevara, D. Diego Caballero, y con el que el mismo mandaba el de otro.

1642. Llegaron al punto señalado sin ser sentidos del enemigo. Torrecusa por la misma causa no se puso en movimiento. Al amanecer el Francés atacó a Guevara viéndole desordenado, y luego se empeñó una acción muy sangrienta, en la qual los Españoles hicieron grandes esfuerzos y llegaron a juntarse con Torrecusa, que no tenía sino seiscientos caballos todos inútiles. Toda su confianza estaba puesta en la infantería que era de siete mil soldados veteranos los de mas valor de todo el ejército, y luego se trabajó una acción muy refrenda en la qual quedaron muchos muertos y heridos del ejército de Breze y algunos oficiales distinguidos. Este se retiró a Salsas dexando buena guarnicion en Argelés y en el fortín que estaba entre la villa y el mar, pero uno y otro fueron tomados muy en breve por Torrecusa, que trató con la mayor benignidad a los Catalanes aunque no estaban comprendidos en la capitulacion.

Después de esta famosa batalla en que se llevaron de gloria las tropas Españolas habiendo vencido al Mariscal Breze y a sus dos tenientes el Vizconde de Arpajon y el Señor de Argecourt, y la multitud de Catalanes auxiliares, en
TABLAS CRONOLOGICAS.

El Gobernador de Santa María de la mar rindió la plaza a la primera intimación sin que sus tropas dispersasen un cañonazo. Introdujo Torrecusa las provisiones necesarias de boca y guerra en Perpiñán para un largo sitio, reforzó la guarnición, y se retiró a Colliubre. Breze volvió a salir de Salas con mayor número de tropas, y reconquistó a Santa María que consideraba como un punto muy importante; y dadas las órdenes para poner en estado de seguridad las otras plazas que habían conquistado, se fue a Barcelona donde lo esperaban con impaciencia. El 23 de Febrero hizo el juramento acostumbrado como Virrey en manos del Vicario general del Cap en la Iglesia, y después hizo en dos diferentes días su entrada pública en la ciudad, una como Virrey, y otra como General del ejército.

El Marqués de Hinojosa que había recibido un refuerzo de ochocientos corazaerios resolvió salir a campaña y arrojar del campo de Tarragona a los Franceses. Derrotó dos compañías en el Pla, sorprendió la villa de Alcober, que por ser grande y estar en los límites del campo era cuartel del tercio de Barcelona y de la tropa de D. Josef de Pinos. Toda ella rendida la villa se hizo fuerte en la Iglesia, pero a poco tiempo capituló y fue tratada por el Marqués con el debido decoro, procurando por los medios suaves apacizar los ánimos que estaban irritados por la demasiada severidad del Marqués de los Velez. La Motra le acorrió con gran furia estando en Villalonga, muy persuadido que por tener tropas superiores lo haría prisionero. Los Españoles se defendieron con tanto mayor valor, cuanto siendo inferiores en número, su victoria había de ser mas gloriiosa; de modo que lo que en otras ocasiones les hubiera acobardado, en ésta no hizo mas que darles nuevos espíritus encendiéndolos sus ánimos. Los enemigos por mas esfuerzos que hicieron no pudieron entrar al pueblo, y después de mucha pérdida se retiraron a Montblanc y abandonaron el campo. El castillo de Constanti donde se habían encerrado unos Catalanes desesperados mandados por Grau Raset no quisieron rendirlo aun des-
pues de derribada una cortina y fueron pasados a cuchillo, obligando su obstinación a usar de severidad abandonando la clemencia que se había propuesto ejercer con todos los rendidos. Altafulla, la Torre de Embarra, Bendrell, y Tamarit, que tenían guarniciones Catalanas, cayeron en poder usando de la debida moderación con los soldados y el pueblo.

Al paso que el Marqués se llenaba de alegría con tan buenos sucesos, tuvo el mayor sentimiento de que Juanetín de Doria cayese en poder de los enemigos por una desgracia fatal que no le fué posible evitarla. Volvia este hombre intrépido con sus galeras del Rosellón á mediados de Febrero, y fué acometido de una tempestad que dispersó sus naves. La capitana que él montaba, arrastrada de la violencia de las olas, encalló en la costa de Blanes, y fue hecho prisionero y llevado á Francia. Los dos hijos de la Duquesa de Cardona D. Antonio y D. Pedro, que habían estado tanto tiempo presos en Barcelona, y en peligro de ser víctimas de los sediciosos por sospechas de ser traidores á la patria, luego que recobraron su libertad en este año quiso emplearlos el Conde Duque en esta guerra, aunque no habían profesado el arte militar ni tenían los conocimientos ni el talento necesario para mandar. Al primero le nombró General de las galeras que se habían de aprestar en las costas de Valencia para correr las de Cataluña y proveer de víveres el ejército, y á D. Pedro le nombró General del ejército de Aragón á donde había de pasar la Duquesa y fijar su residencia en Huesca, desde donde podría tener correspondencia más pronta y más útil con algunas personas del condado de Pallás que podían ser muy necesarias á la causa pública. Los hombres creen con facilidad lo que desean, y no abandonan sus preocupaciones hasta que el suceso y una experiencia sensible les hace ver los fundamentos débiles en que estaban. Riados en las promesas que daban los afectos á la Duquesa que la Conca de Tren cansada de la revolución deseaba una ocasión para declararse por el Rey, fué allá D. Vicente de Aragón, quarto hijo de la Duquesa, con quinientos infantes y
algunos caballos, le cerraron las puertas, y con
óprobios y denuestos le obligaron a retirarse.

D. Pedro su hermano preparado y dispuesto
su ejército se puso en marcha para Tarragona,
pasó el Cinca por Escarpe, y se dirigió por Cas-
teldases, montaña de Uldemolins, y Coll de Al-
forja, y llegó al campo sin haber tenido más resis-
tencia que la de este último pueblo, por cuyo
motivo fué entregado á las llamas. En aquella
ciudad debía embarcarse para pasar al Rosellón
y juntarse con Torrecusa; pero luego que hicié-
ron alto sus tropas tuvo competencias sobre el
mando con el Marqués de la Hinojosa, que se
aplacaron conviniendo los dos Generales amist-
osamente que cada uno mandase sin dependen-
cia del otro sus propias tropas. El viaje que se
le mandaba hacer al Rosellón era casi imposible
teniendo que atravesar ciento cincuenta millas
por un país enemigo, por carrajes angostos en
que muy pocos podían defenderse y destruir un
ejército numeroso, sin víveres ni medios para
trasportarlos; y aun cuando no hubiera estos in-
convenientes de parte del país, ¿cómo era pos-
sible vencer las dificultades que se ofrecían de
parte de los capitanes Franceses a quienes no se
les podía ocultar, y por lo mismo habían de re-
unir sus fuerzas para impedirlo y destruir todas
las tropas?

El Conde la Motta estaba en Montblanc ob-
servando todos los movimientos de los Españoles:
el Mariscal de la Melleraye formaba un ejército
en el Rosellón; Breze prevenía socorros en Bar-
celona, y daba las órdenes para ponerlos en mo-
vimiento. Todos estos inconvenientes que podía
conocer el hombre más estúpido, los hizo presen-
tes al Conde Duque el Maestre de Campo D. Mar-
tin de Muxica, que D. Pedro de Aragon Mar-
qués de Povar envió á Madrid para este efecto;
pero el Ministro se hizo sordo á todo, y obstina-
do y ciego en su idea dió una nueva órden para
que inmediatamente se pusiese en marcha; y así
salió de Tarragona el 23 de este mismo mes con
dos mil doscientos caballos, doscientos dragones,
seis mil infantes y algunas acémilas. Dividió
su tropa en tres cuerpos, D. Francisco Toralto
mandaba la vanguardia llevando en ella los dragones, el Marqués mandaba el cuerpo de batalla, y la retaguardia estaba a cargo del Comisario general D. Vicente La-Marra. Llegó sin tropiezo hasta Villafranca de Panadés, y pasó el Llobregat a vado casi al pie de la sierra de Monserrat, y desde allí se fue hasta Vallés sin que nadie le detuviera.

Antes de salir acordó con el Marqués de la Hinojosa que llamaría la atención de la Motta amenazando por el Coll de Cabra para impedirle que le siguiera; pero nada de esto hizo, sea por emulación o porque deseaba vengarse de la contienda sacrificando sus propios resentimientos el bien de la patria. Lo que hizo su conducta atrozmente criminal, y digna de los mayores suplicios, fue que habiendo recibido una orden que revocaba la primera mandando que se quedase en Tarragona, no quiso enviársela por D. Rodrigo de Herrera General de la caballería de las Ordenes, el cual se ofrecía alcanzarlo en dos marchas con cien caballos, y la fió de un villano traidor que luego que la recibió la llevó con la mayor diligencia al enemigo, y fue causa con esto que todo aquel ejército se perdiera miserablemente.

Libre la Motta de sus temores por haberse retirado la Hinojosa, resolvió perseguir al Marqués de Povar, y se puso luego en marcha con ochocientos caballos y quinientos mosqueteros, y alcanzó a La-Marra entre la Grua y Montmayor al tiempo que el Marqués estaba en la Reca tres millas distante. Avisóle del peligro en que estaba, y que necesitaba pronto socorro; y como el enemigo estaba para atacarle puso en orden de batalla la tropa, y sin esperar que le acometieran arremetió con tanto denuedo que los puso en desorden. Los Catalanes abandonaron las armas y huyeron no parando algunos hasta entrar en Barcelona. Los Franceses volvieron a formarse, y se renovó con mayor animosidad la pelea que hizo morder el polvo a muchos Catalanes que estaban en el batallón de la vanguardia. Quedaron muertos en el campo el Maestre de Campo D. Juan de Copons, D. Juan Tamarit, D. Ramón Villalba, D. Gaspar de Lupiá, y muchos heridos.
Divulgóse por el exército que D. Josef Margarit ocupaba la puente de S. Saloni, y que la tenía tan bien fortificada que sería imposible penetrarla. Esta triste noticia abatió mucho el ánimo de la gente que estaba muy fatigada de la pelea y del camino. Los montes vecinos de día se veían llenos de hombres y de noche se observaban en ellos muchos fuegos, porque la Motta conociendo la habilidad de nuestros Generales veía sin cesar temiendo ser sorprendido. El hombre afligía a los Castellanos, y los caballos de tanta fatiga y de lo poco que comían se les caían muertos, y así resolvieron en consejo de guerra volverse por el mismo camino. El domingo 30 llegaron a la Grana, aldea de Panadés seis leguas distante de Tarragona, y media de Villafranca, donde la Motta llegó aquella misma noche. Al amanecer los Castellanos abandonando el camino real por no encontrarse con los enemigos tomaron el del Coll de Santa Cristina, que aunque frágoso es más breve, y llevando buenas guías no tenía peligro ninguno de perderse; pero por una desgracia fatal, si no fue por malicia de los que guían después de haber andado muchas horas de noche y sin luz, cansados, hambrientos, y sin fuerzas, se hallaron al amanecer en el mismo sitio de donde habían salido. La Motta se presentó, y casi todos se rindieron. Este desastre unos lo atribuían a D. Pedro acusándole de traición o de ignorancia, calumnias injustas, pues había dado pruebas bien claras del amor y fidelidad al Rey habiendo sufrido con tanta constancia tan larga y tan penosa prisión en Barcelona; y aunque es verdad que no tenía los conocimientos militares para una empresa tan árdua, sus tenientes eran capaces por su valor y prudencia de mandar ejércitos mayores y en tiempos más difíciles. La verdadera causa de todos estos males era el Marqués de la Hinojosa.

El Mariscal de la Melleraye luego que reunió sus tropas se fúe a poner sitio a Colliubre dando orden a Trevilla que al mismo tiempo atacase a Argileres. Esta última plaza que tenía trescientos ochenta hombres de guarnición se defendió poco tiempo, pues apenadas se habían dispara-
do contra ella ciento sesenta tiros de cañón capituló y quedó prisionera la guarnición. El 16 de Marzo fue embestida la primera, en la cual estaba el Marqués de Mortora con tres mil hombres. Luego que Melleraye se acercó a la plaza arrojó a dos mil que ocupaban las alturas que la dominaban, sin que la diligencia era imposible empezar las obras del sitio. Los Españoles se defendieron con valor, y con una obstinación que les costó muchos hombres, y los pasaron a cuchillo en recompensa del valor con que lo habían defendido, y para vengar la muerte de otros tantos que les había costado el ataque. Los Suizos se apoderaron con una gran pérdida de otro fuerte que estaba más cerca de la ciudad, y la noche del 17 al 18 se abrió la trinchera por la parte de la torre de Santa Theresa. La siguiente los sitiados salieron por dos partes a atacar a los sitiadores, y fueron rechazados con mucha pérdida. El día siguiente hicieron otra salida mas bien dirigida y sostenida con mayor valor. Seiscientos cincuenta hombres de infantería sostenidos de ciento cincuenta caballos salieron de la plaza con mucho silencio, atacaron la trinchera que defendían los regimientos de Conti y de Enguien, se apoderaron de ella en un momento derramando la muerte por todas partes, y dexándola cubierta de cadáveres se apoderaron de seis piezas de artillería. Cuando estaban destruyendo la obra fueron atacados con fuerzas muy superiores, y tuvieron que abandonarlo todo y retirarse a la plaza. El fuerte de la torre de Santa Theresa fue tomado por asalto y los que lo defendían pasados a cuchillo. Una de las bombas que disparaban los enemigos cayó en la cisterna del agua, que era la única que tenían los del castillo, y les obligó a capitular el once de Abril.

La Motta se acercó a Tortosa porque sabía que la plaza estaba medio abandonada, con poca guarnición y provisiones, y según entonces se dijó, confiado en que los partidarios que tenía dentro le abrirían las puertas y se la entregarían. A fines de Abril se puso sobre ella con cinco mil
infantes y mil caballos por la parte de Cataluña, y más de dos mil por la parte de Valencia porque no le pudieran entrar socorros. El Maestre de Campo Bartolomé Medina que era Gobernador de ella, que poco antes de llegar el Francés fue advertido de su designio, tomó con la mayor presteza las providencias necesarias para su defensa. Todo el pueblo, animado por la nobleza que le daba ejemplo, tomó las armas sin excepción de persona alguna, mostrando en esta ocasión hasta las mismas señoras un ánimo valeroso. El clero secular y regular hizo lo mismo estando a su frente el reverendo Obispo D. Juan Bautista de Campaña para animarlos a todos.

El enemigo empezó a batirle con el mayor vigor, y a poco rato tenía abierta una brecha muy ancha para poder dar el asalto, el cual lo ejecutó con mucho ímpetu; mas los sitiados se defendieron con tanto valor, que lo rechazaron dexando ochocientos hombres muertos en los fosos. La mañana siguiente se retiró lleno de ignominia, y la ciudad quedó libre por la intrepidez de sus habitantes. Este General, que no sabía estar un momento quieto, aumentado su ejército resolvió entrar en Aragon persuadido que encontraría muchos descontentos que facilitarían su empresa, y ayudado de ellos llegaría á la capital.

Emprendió su marcha desde Lérida donde había descansado algunos días, y se presentó delante de la villa de Tamarite de Litera con dos mil caballos y siete mil infantes; mas lejos de amoralizarse sus habitantes, que en todas ocasiones han dado pruebas de la mayor intrepidez y patriotismo, resolvieron defenderse hasta sepultarse debajo de sus ruinas. Conocían ya la perfidia de este hombre cruel, y no se fiaban de sus buenas palabras. Le resistieron con tanto brio que le mataron más de quinientos hombres, entre ellos algunos oficiales, hasta que vencidos del número muchos se huyeron á los montes, y otros se hicieron fuertes en la torre de la iglesia mucho tiempo sin querer admitir ningún partidario. Se dice que algunas mujeres habiéndose quedado solas en sus casas, desde los mismos tejados arrojaban piedras á los Franceses cuando entraban
formados por las calles, y que una de ellas mató de un ladrillazo a un coronel que iba a la frente de su regimiento. Llenos de furor los Franceses entregaron el pueblo a las llamas, reduciendo a cenizas todas las casas menos cinco, quedando sepultados en sus ruinas muchos heridos y las heroínas, que no quisieron abandonarlas sino hacer de cada una de ellas un baluarte para venganza de los insultos que poco tiempo antes estos bárbaros habían cometido con ellas. La Motta que deseaba pasar adelante, y se avergonzaba que un lugar abierto le hubiera hecho tanto resistencia y perder tanta gente, propuso a los que estaban en la torre de la Iglesia una capitulación honorífica si querían rendirla. Éstos aunque se hallaban sin municiones y sin víveres respondieron con generosidad “que querían vivir, y morir libres.” Esta respuesta le hizo conocer su última resolución, y sin desenerse más tiempo en querer reducir a un pequeño número de gentes pasó adelante con su ejército.

El 25 de Mayo se puso sobre Monzon, villa situada en la ribera del Cinca y defendida con un buen castillo, al cual se refugiaron hasta cuatro mil personas las más de ellas inútiles para la guerra, y el Gobernador las recibió bajo su protección. La falta de agua y de mantenimientos que se acabaron en muy poco tiempo, le obligaron a rendirse con una capitulación honorosa cuando los paisanos se habían juntado en número considerable para socorrerla. En esta plaza se terminaron los triunfos de la Motta en Aragón, pues viendo la fidelidad al Rey y el odio a los Franceses, conoció que si se internaba más se exponía a perder su ejército, y se volvió a Lérida.

La escuadra Española mandada por el Duque de Ciudad-Real estaba en las costas de Cataluña para socorrer á nuestros Generales. Se compo- nía de diez galeras, treinta y cuatro galeones, y algunos brulotes. La del Marqués de Breze el mozo estaba en el puerto de Barcelona, y era de veinte y dos galeras y cincuenta y nueve bagetes con algunos brulotes. Los dos Almirantes deseaban con ardor venir á las manos, y así el Francés luego que supo que se avistaba...
la enemiga salió del puerto en busca de ella para trabajar batalla, y no se tardó mucho rato en empezarse a batir con el mayor furor el 30 de Junio. Los Franceses perdiéron nueve bageles y más de dos mil hombres con un gran número de heridos, y los demás buques quedaron tan mal tratados que fue necesario retirarse a las islas Baleares para repararse. De los Españoles fueron echados a pique tres, pero se salvó mucha gente, y algunos fueron muy mal tratados.

Entretanto el Rey resolvió hacer su jornada a la frontera de Cataluña acercándose a los exércitos para animar a los oficiales y soldados como lo hacía Luis XIII el de Francia, que se acercó a Perpiñán para ver las cosas mas de cerca, y dar las órdenes mas activas para adelantar las conquistas. El 26 de Abril salió de Madrid para Aranjuez donde se detuvo algunos días, y desde allí pasó a Cuenca dando tiempo para que se jun tasen las tropas; y luego que estuvieron dispuestas se puso en marcha y entró en Zaragoza el 27 de Julio, pero con tanto aparato y acompañamiento con tanta grandeza y magnificencia, que mas parecía que iba a celebrar un soberbio triunfo que no presentarse a unos exércitos que iban a combatir.

Los Generales Franceses corrian orgullosos por Cataluña y el Rosellon sin que se les pudiera detener, aumentando todos los días las conquistas, y afligiéndose mucho el corazón del Rey con tan tristes noticias. En el Rosellon tomada Collioure los dos Mariscales fueron a poner sitio a Perpiñán estando Luis en Narbona, desde donde pasó al campo luego que la ciudad quedó perfectamente cercada. Acabadas las líneas estuvieron sin ningún cuidado porque no podía entrar nada en ella, y en poco tiempo era forzoso que se rindiese. Los soldados tenían orden de no permitir a nadie que saliese, y que disparasen al que lo intentase. Los sitiados empezaron a economizar sus víveres, y aunque al principio hacían frecuentes salidas, en este tiempo eran muy raras y con poco vigor, lo que manifestaba que tenían pocas esperanzas de poder conservar mucho tiempo la plaza. El exército enemigo que la sitiaba se componía...
de veinte y dos mil hombres de infantería y quatro mil caballos. Empezaron el sitio en el mes de Abril, pero con ánimo de reducirla por hambre y no por fuerza, y así hubo muy pocos ataques.

Los sitiados esperando el socorro llegaron a sufrir el hambre hasta comerase los caballos, mulos, asnos, perros, gatos, los cueros, y los pergaminos. Mas quando vieron que ya no les quedaba ningun recurso, enviaron el 26 de Agosto dos oficiales á los Mariscales Melleraye y Schomberg para pedir capitulacion, y admitidas las proposiciones se firmó el 29, la cual estaba reducida á los articulos siguientes.

1.° Que el Marqués de Flores de Avila y su consejo de guerra entregáran la ciudad, el castillo y la ciudadela á los dos Mariscales el 9 de Setiembre no siendo antes socorrida.

2.° Que no se reputára socorrida sino entrando dos mil hombres de infantería y mil caballos con doscientas cargas de víveres.

3.° Que entretanto habrá tregua entre la ciudad y el ejército, la cual cesará desde el momento que las tropas del Rey Cathólico se presenten á la vista de la plaza.

4.° Que la guarnicion saldrá con todos los honores de la guerra, seis piezas de cañon y municiones para veinte tiros, y que irá á alojarse á Elna el 9, el 10 á Colliubre, el 11 á Bafios, el 12 á la Selva, y el 13 á Rosas.

5.° Que el Marqués de Flores podrá enviar un oficial á Tarragona para dar aviso á los Generales de S. M. C. de este tratado.

6.° Que este oficial á su vuelta no podrá entrar en la plaza, sino que dará cuenta de su comision á un oficial de la guarnicion en presencia de los del ejército, y aunque no vuelva al tiempo señalado la capitulacion tendrá siempre su efecto.

La tregua fue exactamente observada, y los dos Mariscales permitieron á los sitiados venirse a comprar víveres á su campo para el consumo del dia. El señalado en la capitulacion entregaron la plaza y los Franceses entraron en ella. Encontraron en el arsenal armas para veinte mil hombres, mas de cien piezas de cañon de diferentes calibres,
inmensa cantidad de pólvora, una gran multitud de cureñas, utensilios y otros instrumentos; de todo lo cual se publicaron listas exactas para que conocieran los pueblos la grandeza del poder de la España en medio de la debilidad en que se hallaba después de tantas pérdidas como había tenido. Rendida esta ciudad ya no quedaba a los Españoles en el Rosellon sino Salces situada en la ribera del estanque de Malpas, y resolviéron los dos Generales hacerla sitio porque sabían que la guarnición no estaba en disposición de defenderse mucho tiempo.

Apénas se empezó el sitio, D. Enrique de Quiroga que era su Gobernador, envió diputados a los dos Mariscales que estaban en Perpiñán para arreglar la capitulación que fué firmada el 15 de Setiembre, obligándose aquél a entregarla el 20 a las ocho de la mañana no habiendo sido socorrido, concediéndole todos los honores de la guerra, y todo caso en la misma forma que la de Perpiñán. Concluida esta conquista el Rey de Francia quedó dueño de toda la provincia del Rosellon, y los Españoles no la han vuelto a recobrar. Nada sintió el Rey D. Felipe tanto como esta pérdida, porque sus predecesores habían conservado siempre con el mayor cuidado este condado, y si alguna vez salió de su poder emplearon sus fuerzas y trabajos para recobrarlo. El Torrecusa quería recompensarse de la pérdida de Perpiñán con la conquista de Lérida creyendo que estaba sin la guarnición suficiente, y que sería fácil apoderarse de ella; pero más bien informado de su estado, y que no estaba tan desprovenida como se suponía, desistió de su proyecto temiendo perder inútilmente la gente y su reputación.

El Marqués de Leganés fue nombrado General del ejército de Cataluña que se aumentó hasta diez y ocho mil infantes y cerca de seis mil caballos, fuerza suficiente para reconquistarlo dirigida por un militar hábil. Pusose en movimiento a los últimos de Setiembre desde las fronteras de Aragón en busca de la Motta y pasó el Segre por el lugar de Aytona. El siete de Octubre encontró al Francés que estaba apostado en una
colina frente de Lérida a la parte de Oriente; llamada de los quattro Pilares. Tenía doce mil infantes y tres mil caballos, y Leganés mandó atacarlo inmediatamente. D. Rodrigo de Herrera comisionado general de la caballería de las órdenes acometió denodadamente por lo mas ágrio de la cuesta con trescientos caballos, y se apoderó del puesto y de una batería que tenía en él huyendo con gran desorden y confusion su infantería. Los oficiales enemigos hicieron los mayores esfuerzos para contenerlos, y al fin lo consiguieron; y volviendo de su susto se formaron en batalla y acometieron con gran furor resueltos a vencer o morir. D. Diego de Ovando capitan de la guardia no tuvo valor para resistir a su impetu, y huyó con toda su compañía poniendo en desorden a los demás; de manera que fue necesario hacer una descarga contra ella por los que estaban detrás para contenerlos, y se renovó el combate que duró desde las diez de la mañana hasta la noche que se retiraron los Españoles dejando dueños del campo a los Franceses. Todo el tiempo de la batalla estuvo nuestro ejército en la mayor confusion, de modo que ni se entendían bien las órdenes del General ni se ejecutaban, y cada oficial peleaba con los suyos según su capricho y no según el plan general. Las relaciones de aquel tiempo hacen subir nuestra pérdida a dos mil muertos y otros tantos prisioneros; pero la Motta en una carta que escribió a su gobierno tres días después haciendo relación de este suceso, dice que quedaron muertos en el campo de batalla quatrocientos, y que nos hicieron sesenta prisioneros todos hombres de condición la mayor parte caballeros de las Órdenes, y que ellos solo tuvieron quarenta hombres muertos y treinta prisioneros.

Lo cierto es que el Marqués de Leganés dexó obscurecida toda su gloria con esta accion desgraciada; que el ejército que había costado tantos trabajos para juntarlo se disolvió sin poderse emprender nada en mucho tiempo, quedando los enemigos muy orgullosos dueños de Lérida y de todo aquel pais. El Rey lleno de tristeza se volvió a Madrid atribuyendo la causa de esta
TABLAS CRONOLÓGICAS.

En Flandes fueron mas felices nuestros Generales, pues habiendo puesto sitio D. Francisco de Melo a la plaza de Lens al segundo dia capituló; pero su Gobernador Danisi, que tenia mil hombres para defenderla, fue condenado por un consejo de guerra a ser decapitado por haberla rendido con ignominia y haberse refugiado al pais de los enemigos, y la sentencia se ejecutó en esta ciudad en la ciudad de Perona. Los Mariscales Harcourt y Guiche no se atrevieron a atacar las líneas de los Españoles que sitiaban a la Basee; y se apoderaron de esta ciudad que les dejaba la puerta abierta para hacer invasiones dentro del pais de los Franceses. Se acercaron a Honnecourt con un ejército de veinte y siete mil hombres y atacaron al del enemigo, y la batalla duró desde medio dia hasta las seis de la tarde, disputándose unos y otros la victoria con la mayor obstinacion, hasta que habiendo destruido el ala derecha hicieron pedazos los Españoles toda la infanteria. La caballeria huyó, y fue tal la derrota, que se apoderaron los nuestros de la artilleria, bageles, municiones, y de muchas banderas y estandartes. El Mariscal huyó a S. Quintin con cinco esquadrones, los oficiales casi todos quedaron muertos o prisioneros, y el campo cubierto de cadáveres; de manera que de once o doce mil hombres de que se componia el ejército fueron muy pocos los que pudieron escapar. Esta victoria que podia haber facilitado la conquista de algunas plazas importantes, no sirvió sino para adormecerles y causar divisiones entre los Generales. Recibieron orden del gobierno para ir a atacar al Mariscal de Guebriant y juntarse con las tropas Imperiales y Bávaras mandadas por Hasfeld, lo que no podia ejecutarse sin haber arrojado de los puestos que ocupaban al Mariscal y al Príncipe de Orange, y no se arrevieron a emprenderlo con las pocas fuerzas que tenian. Los Holandeses entraron en los Países-Baxos para llamar su atencion, y apartarles del proyecto de atacar las plazas de la república.
Cansado el ejército con tantas marchas resolvió los Generales darle algún descanso enviando una división de cinco mil hombres de infantería y mil y quinientos caballos bajo el mando de D. Cantelmo al país de Boloña, el cual en seis días se apoderó de siete fuertes que cubrían la plaza de Ardres, a la cual quería poner sitio; pero como los Franceses habían tenido tiempo para reunir sus tropas, el Conde de Harcourt fué allá y le obligó a retirarse, recobrando los fuertes y haciendo arrasar las fortificaciones de Ca- to-Cambresis y de algunas otras plazas poco considerables, para que los Españoles no pudieran abrigarse en ellas y hacer correrías en el país.

En Italia fue más desgraciada nuestra suerte, porque habiéndose reconciliado la Duquesa de Saboya con sus cuñados, se reunieron por las intrigas de la corte de París contra los Españoles con el pretexto de que intentaba destruir, ó a lo menos debilitar su casa usurmando las plazas que a ella le pertenecían, no dejando en las que conquistaban guarniciones Piamontesas como estaba estipulado por el tratado. Para manifestarles su indignación no quisieron entregar la ciudad de Niza al Marqués de Siruela Gobernador de Milan, y obligaron a la guarnición Española a salir de la plaza. El Príncipe Thomas fue nombrado General de las tropas Francesas para estrechar bien los vínculos de la Confederación, y empezó la campaña poniendo sitio a la ciudad de Cresentino que se rindió pronto con capitulaciones honrosas. El Cardenal su hermano, que después que dejó el capelo se llamaba el Príncipe Mauricio, se casó con su sobrina con las dispensas necesarias, con lo cual quedó más consolidada la reconciliación. Los pueblos se cansaron de llevar el yugo extranjero, y volvieron a la obediencia de su legítimo Soberano. Los Españoles no hallando en los naturales del país los recursos para continuar la guerra se iban debilitando. El Duque de Longueville y el Príncipe Thomas que atacaban las plazas cada uno con una división separada, arrancaron de sus manos a Niza de la Palla y otra fortaleza cerca de Ivrea. Reunidas sus fuerzas acometieron a Tortona, y al cabo de
mes y medio desistió apoderándose de la ciudad. El castillo se resistió más tiempo, y no se rindió sino después de haber llenado de cadáveres de los sitiadores los fosos, y reñido en sangre sus murallas. Cuando los Españoles son mandados por un oficial bueno, nunca dejan de hacer esfuerzos generosos para conservar la gloria de las armas y de la nación.

La guerra con Portugal se hacía con mucha lentitud y poco vigor por una y otra parte, los Españoles porque estaban demasiado ocupados en la de los países extranjeros y la de Cataluña, y los Portugueses porque no tenían tropas disciplinadas y capaces de emprender conquistas; y así no se hacía sino con la pluma y los papeles insultándose mutuamente las dos naciones, tratándose de tiranos y de usurpadores, no perdonando ni dejando de atribuirse todos aquellos nombres y títulos más denigrativos que hacen odiosas y detestables a las naciones. La tropa que estaba en la frontera hacía correrías para saquear, robar y quemar los pueblos y talar los campos. El Gobernador de Campo Mayor llamado Saldaña puso una emboscada a una milla de Alburquerque, en la cual cayó incautamente una partida de Españoles y fue hecha pedazos sin que escapasen sino muy pocos. Garay envió para vengar la muerte de estos infelices dos mil quinientos hombres de infantería y seisientos caballos mandados por D. Luis de Alencaster General de artillería, los cuales sin ninguna compañía destruyeron todos los pueblos de las cercanías de aquella plaza, y sacrificaron infinitas víctimas inocentes. Melo que era General de las tropas Portu
guesas de la frontera juntó las compañías Francesas y Holandesas que estaban al servicio de Portugal y les obligó a retirarse. Hecho esto se fué a castigar a los habitantes de Codiceya que hacían impunemente excursiones en las campañas de Aronches y Onguela, se apodera por asalto de la fortaleza, y entregó la villa al saco no perdonando sino la Iglesia y a los que se habían refugiado a ella. D. Juan Garay para vengarse de este insulto resolvió sorprender a Olivenza, y aunque hizo los preparati-
vos para esta expedición fueron descubiertos por el Gobernador; mas no por esto desistió de su empresa, antes por el contrario fué un motivo para apresurarla. Arne de Saldaña que estaba muy vigilante enviaba de continuo partidas al campo por diferentes direcciones, las cuales encontrándose con los Castellanos no dejaban de tener acciones muy vivas que jamás se concluían sin derramarse sangre por una y otra parte. Habiendo sabido Garay que los de las cercanías de Campo Mayor estaban ocupados en recoger la cosecha partió con sus tropas, los sorprendió, y lo desoló todo. Salió la caballería Portuguesa de la ciudad y fué hecha pedazos.

Poco tiempo después tuvo Garay una acción mas reñida cerca de Olivenza con Antonio Gallo que mandaba un cuerpo de infantería y caballería, y después de haber combatido unos y otros con la mayor obstinación se separaron los dos cuerpos atribuyéndose mutuamente la victoria. Los Portugueses entraron sin ningún temor en las tierras de los Españoles por la parte de Carzola; pero fueron atacados por nuestra tropa, y Melo huyó con la mayor precipitación temiendo no le hubiesen cortado el puente de Olivenza. En esta acción perdiéron toda la presa que habían hecho, y tuvieron algunos hombres muertos y prisioneros. Por parte de Galicia mandaba las tropas Españolas el Gran Prior de Navarra que era Gobernador y Capitán general de aquel reyno, y se hallaba en Monterrey con un cuerpo bastante considerable haciendo los preparativos para entrar en la provincia de Tras-Montes. D. Manuel Tellez de Meneses y D. Diego Melo Pereyra, que eran comandantes de la provincia, se adelantaron a la frontera con Viola de Atthis Maestre de Campo, entraron en Galicia con cinco mil hombres por el llano de Ciosto, y no tardaron mucho tiempo en encontrarse con los enemigos. Tellez mandaba el ala derecha con la caballería, Melo la izquierda, y el Maestre de Campo el centro, extendiendo su cuidado por todas partes para hacer observar el orden y la disciplina, reunir los soldados, y obligarles a guardar la formación en quanto lo permitía la
situación de un país desigual y escabroso. De esta manera llegaron hasta Corveglia donde se alojaron y el día siguiente lo quemaron, continuando su marcha desolando todo el país por donde pasaban y los pueblos que encontraban. El Prior de Navarra aunque tenía fuerzas muy superiores no quiso empeñar ninguna acción dejándolos libremente insultar nuestro país, pudiendo haber ocupado los desfiladeros por donde pasaron, y haberlos hecho retroceder o castigar su atrevimiento.

El Rey de España por no tener fuerzas bastantes les dejó en paz en los establecimientos de África. Tenían un gran interés en conservarlos especialmente el reyno de Angola por las riquezas que les proporcionaba por su comercio, y por la misma razón los Holandeses hacían los mayores esfuerzos para arrojarlos, no obstante la tregua que tenían hecha y las demostraciones de amistad que se habían dado; pero cuando está de por medio un gran interés, se procuran justificar las más evidentes infracciones de tratados. Estos codiciosos comerciantes escusaban su conducta diciendo que este país y la isla de Sto. Thomas pertenecían al Rey Católico cuando la habían conquistado, siendo así que la tomaron en el tiempo de la revolución; pero ¿quién busca la verdad en los hombres cuando están decididos a sostener las mayores usurpaciones y injurias?

Los Holandeses se sirvieron de la traición para verificar su proyecto, pues cuando los Portugueses estaban más descuidados en Loanda y en la fortaleza que tenían cerca de esta ciudad sobre el río Bengo comerciando con ellos, recibiéndolos como amigos, y tratándolos con la mayor confianza, se levantaron de repente, y matando la mayor parte se hicieron dueños de todos estos establecimientos. El Rey se quejó de estas violencias, pero no recibió ninguna satisfacción. En este tiempo envió una nueva embajada a Francia nombrando para esta comisión a D. Vasco Luis de Gama Conde de Vidigueyra, mozo de gran talento y juicio, y no habiendo hallado al Rey en París pasaron a Narbona don-
de estaba con el Cardenal para activar la guerra del Rosellón y poner sitio a Perpiñán. Richelieu estaba enfermo, y no obstante esto empezaron a tratar sobre los asuntos para que habían venido, que eran, la libertad del Príncipe Eduar do, la embajada de Roma que el Papa no quería recibir, y la liga ofensiva y defensiva que habían contraído las dos coronas; mas como la enfermedad del Cardenal se agravó, se fueron con él a París para continuar la negociación, y antes de concluirla ni determinar nada murió. Esta muerte libró a la España del más terrible enemigo que tenía.

Este Ministro célebre formó el proyecto de abatir el poder de la casa de Austria excitando las demás potencias contra ella, y no lo consiguió. Siendo de un genio sublime, y de vastos conocimientos, en un momento concebía la relación y enlace de las diferentes partes del gobierno interior de su reyno, y combinaba en su imaginación los intereses recíprocos de las demás potencias, y de qué modo podía hacer servir sus fuerzas para el engrandecimiento de la Francia, haciéndoles entender que solo obraban por su propio interés; de este modo arreglaba desde su gabinete la suerte de todos los Estados y Príncipes de la Europa. No se había visto aun un hombre de estado de ideas tan grandes y de tan vastos proyectos, y de un genio tan fecundo en expedientes para ejecutarlos; parece que todas las cosas se disponían conforme a sus deseos para concurrir a la gloria de su ministerio, y al aumento del poder de la monarquía que gobernaba. Todos los obstáculos los vencía con facilidad, y nadie se atrevía a resistirle ni dentro ni fuera de su reyno. Él era la alma, y el principal resorte de todos los sucesos memorables de su tiempo. Hizo conocer a la Francia sus fuerzas, y que era capaz de triunfar de todas las potencias de la Europa si sabía hacer buen uso de ellas; pero lo más particular es que con sus intrigas y artificios persuadió a las demás potencias de la Europa a reunirse con la Francia para salir de la opresión del poder del Austria, no conociendo que con el pretexto de la libertad no hacían mas que mu-
IX. El embajador Portugués continuó la negociación con el Cardenal Julio Mazarino que le sucedió en el ministerio. Entretanto sucedieron en Portugal unas turbaciones de poca importancia. Francisco de Lucena secretario de Estado, hombre íntegro, se concilió muchos enemigos por su severidad y se conjuraron para perderle. Empezaron haciéndolo sospechoso por haber sido muy amigo de Vasconcelos, y después le acusaron de tener correspondencia secreta con la corona de Madrid donde tenía su hijo, publicando maliciosamente muchas cosas contra su persona procurando desacreditarle en público y en el concepto del Rey, y llegaron a persuadirle que le hacia traición. Por este motivo lo hizo presurar para dar satisfacción: nombró comisarios para formarle proceso, y que no fuera víctima del furor del pueblo. El mismo quiso asistir al tribunal y oir los testigos. Resultó culpable, y fue puesto en el fuerte de S. Juan.

A este tiempo llegó a Lisboa D. Juan de Costa y tuvo una conferencia secreta con el Rey, de cuyas resultados prenderon al hermano del secretario con tres de sus criados, un monge Inglés, y un caballero de la Orden de Cristo. Lucena fue trasladado a la cárcel pública y se le formó el proceso por el tribunal ordinario, y convencido de haber descubierto a la corona de Madrid los secretos de la de Portugal, fue condenado a muerte como traidor al Rey y a la patria, y sus bienes fueron confiscados. Esta desgracia fue muy sensible al Rey de España, y resolvió hacer los mayores esfuerzos para recobrar a Portugal. Consultó sobre este gran negocio no solamente a los Ministros y consejeros sino también a los Grandes, y todos convenían que era preciso hacer esfuerzos para recobrar este reyno. Se hicieron los preparativos para juntar un ejército poderoso,
Las desgracias que afligían a la España, atribuyéndose a la impericia y orgullo del Conde Duque, excitaron la indignación general contra este Ministro, y se formó la tempestad que lo derribó pronto del ministerio. El Rey lo miraba ya con poco afecto, y los cortesanos que lo observaban todo con mucho cuidado conocieron que no sería difícil hacerle perder la confianza del Soberano y arruinarse enteramente. Los enemigos de este soberbio favorito eran demasiado penetran tes y poderosos para no aprovecharse de las disposiciones que veían en el Soberano para oír las quejas que tenían contra él. La Reyna estaba a la frente de todos ellos, y podía darle los golpes más terribles y con mayor seguridad. Se había ganado la estimación y confianza del Rey por la sabiduría y habilidad con que había administrado los negocios durante su viaje a Zaragoza. Por otra parte deseaba vengarse de los desprecios que el Ministro y su mujer habían hecho de su persona, atribuyéndoles la causa de que el Rey no viviera familiarmente con ella, ni le diera los testimonios de ternura de que era tan digna por su virtud y por su hermosura. Esta Señora resentida por estas causas contra el Conde Duque, se aprovechó de estas circunstancias para hacerle sentir los efectos de su indignación. Le hizo presente el estado miserable en que estaba la monarquía, las grandes pérdidas que había tenido, la decadencia en que estaba, y que de todas estas desgracias era la causa el Ministro incapaz de sostener el peso del gobierno por sus pocas luces y habilidad para un empleo tan importante. Le presentó al Príncipe D. Baltasar, y con los ojos bañados en lágrimas, le dijo: "Aquí tienes a vuestro hijo, el cual sino separais al Ministro que ha puesto la monarquía en el próximo peligro de su ruina, lo vereis reducido a la última miseria." Estas palabras dichas con toda la energía que es propia de una madre, hicieron una profunda impresión en su corazón y le dejaron...
muy pensativo; pero por la debilidad de su carácter, o por el grande imperio que tenía sobre su espíritu el Conde Duque, no era posible que tomase la resolución de apartarlo de sí.

Muchos cortesanos se juntaron con la Reyna para conservar y aumentar en su corazón las impresiones de disgusto que sabía darle en aquellos momentos en que las mujeres hacían sentir su imperio a los maridos. El Conde de Castrillo, que tenía mucho influjo con el Rey, y le servía muy de cerca, se unió para esta empresa porque estaba también resentido del Conde Duque por sus intereses particulares. ¿Cómo era posible que pudiera sostenerse en el favor teniendo enemigos tan poderosos? Un favorito que empieza a caer de la gracia de su señor es perdido sin remedio porque le atacan sin cesar con mayor atrevimiento, y los Soberanos tienen la desgracia de creer con más facilidad el mal que el bien de las personas colocadas en los destinos más altos. Por esta razón los favoritos astutos ponen el mayor cuidado en que los cortesanos no adviertan la decadencia de su favor. Si el Conde Duque hubiera podido ocultar el disgusto con que le miraba la Reyna, muchas personas de la corte no teniendo un apoyo tan firme no se hubieran atrevido a declararse contra él para perderle.

Desde luego conoció que sería víctima de sus enemigos porque el Rey no le tenía el afecto que hasta entonces le había manifestado, y que lo sacrificaría con mucha indiferencia a su venganza. Estas tristes reflexiones le hicieron pensar que su suerte le sería funesta si no abandonaba cuanto antes el puesto que ocupaba; y así le escribió un billete suplicándole que le concediera el permiso de descargarse del peso del gobierno, hacer dimisión de sus cargos, y retirarse a Loeches para pasar en reposo lo que le restaba de vida y recobrar su salud quebrantada, pues todas las desgracias que habían sucedido a la monarquía durante su ministerio se le imputaban causándole esta injusticia mucho sentimiento. El Rey le respondió que continuase ejerciendo sus funciones ordinarias.

Este hombre se había hecho tan odioso por
su conducta, que no habia nadie en la nacion que

no desease su caida creyendo que con el nuevo

Ministro se mejoraria la suerte de la España; por-

que el pueblo creé que quitado el antiguo que

considera como causa de todos los males que le

afiligen están luego remediados, y se promete ma-

travillas con el que de nuevo entra a ocupar el

destino. Los cortesanos estaban divididos sobre

la eleccion del sucesor, unos estaban por D. Luis

de Haro y otros por D. Miguel de Borja, uno y

otro incapaces de desempeñar un empleo que pi-

de tantas luces y tan vastos conocimientos.

Al primero se queria elegir porque era muy

conforme al genio, al humor y a las inclinaciones

del Rey; y al segundo porque era muy estima-

do por su genio suave y su integridad. El

Conde Duque, aunque sabia que se disputaban

el destino que él ocupaba, fingia que lo ignoraba;

esperaba que la emulsion entre estos dos con-

currentes haria nacer divisiones entre ellos, y po-

dria servirse de las armas que le darian para per-

derlos a entrambos sin comprometerse con los que

querian arruinarsle en el espiritu del Soberano, de

los cuales no podia vengarse por ser de muy alta

gerarquia. La Duquesa viuda de Mantua Virrey

na de Portugal se juntó tambien con sus enemi-

gos por haberla mandado salir de la corte por sus

intrigas, porque no informase al Rey de los verda-

deros motivos de la revolucion de aquel reyno.

Esta Señora se presentó en Madrid el quatro

de Enero con grande admiracion del Ministro,

de modo que aunque estaba tan versado en el

arte de fingir, no pudo disimular su sentimiento.

Sospechaba que alguna persona poderosa la sos-

tenia, y juzgaba que ésta seria la Reyna. En lo

exterior decia que la miseria la habia hecho salir

de Ocaña no teniendo medio de subsistir, pues

desde que habia vuelto de Portugal no habia per-

cibido sino una parte muy pequena de su sueldo

para poderse mantener con su familia con mucha

escasez, por mas instancias que habia hecho su

mayordomo Bayneti.

Es cierto que estaba tan despreciada y redu-

cida a tanta pobreza, que dos conventos de mon-

jas le diéron de comer quince dias por no tener
con que mantenerse. El gobierno a fuerza de ins-
trancias le mandó dar tres mil escudos; pero ha-
biéndose excusado de pagarlos el tesorero de Oca-
ña con diferentes pretextos, el hambre la obligó
venir a Madrid para pedir al Rey su sueldo ó
el permiso para vovsese a Italia a la casa de sus
hermanos.

Todo su exterior presentaba la imagen de la
pobreza, y no se veía ni en sus vestidos ni en
sus criados señales de la opulencia que distin-
guian a las personas de cierta clase ó de un naci-
miento distinguido, aunque en medio de tanta
miseria no dejaba de descubrirse una alma im-
periosa con porte majestuoso, y un genio domi-
nante que la hacía despreciable a los Grandes y
da los demás personajes principales de la corte.

La Condesa de Olivares luego que supo que
había llegado fue a visitarla, y la acompañó al
quarto que tenía destinado en el monasterio de la
Encarnación; pero el Conde Duque no quiso
guardar esta atención, antes bien procuró impe-
dir con sus artificios que viera al Rey; mas la
Reyna la introdujo en su quarto no una sola
vez sino muchas, hablando en sus conversaciones
de los desastres y desgracias que habían sucedi-
do a la España en el ministerio del Conde Duque,
atribuyendo a su falta de talento la rebelión de
Portugal como podía demostrarlo por sus mismas
cartas. Convencido el Rey que el Ministro era
causa de todos los males por su poca habilidad,
por su orgullo y su falsa política, les ofreció que
lo iba a separar del ministerio y desterrarlo de
la corte.

El Marqués de Grana Embajador del Aus-
tria, que aborrecía al Conde Duque y deseaba
vengarse de él, ayudó también para su ruina.
Sin embargo de todas estas representaciones no
podía echarle de su corazon: le aborrecía en
aquel momento que se hablaba contra él, pero
luego se olvidaba de todo lo que se le había di-
cho y ocupaba en su estimación el mismo lugar
que antes; y así fue necesario para arrancar
los restos de afecto que le conservaba servirse de
Doña Ana de Guevara, que había sido ama del
Rey y la tenía mucho cariño.
Esta muger habló al Rey con la mayor entereza de los males de la nación y del peligro en que estaba la corona por la impericia y mala política del Ministro, el que habiendo abandonado las reglas antiguas del gobierno por vanidad, lo había trastornado todo poniendo el estado en una disposición que si no se ponía pronto remedio se destruiría la monarquía: que todos los pueblos resonaban de quejas contra él, sin que estos clamores llegasen a los oídos de S. M. porque tenía gran cuidado de que no supiera el estado miserable del reyno: que la fidelidad, y el zelo que tenía por el bien de la corona, le obligaba a descubrirle con libertad estas cosas.

Este discurso le hizo más fuerza que cuanto hasta entonces se le había dicho por personas de mayor carácter, y la respondió dando un gran suspiro que estaba convencido de todo lo que le decía y procuraría poner pronto remedio. Todo parece que estaba dispuesto para abatir al Ministro más poderoso y al favorito más despotas que jamás se había visto en España, sin que fuera posible librarse de los tiros que por todas partes se disparaban contra él por manos tan poderosas y tan diestras.

Los Grandes se reunieron para darle el último golpe y derribar este coloso. Las Señoras que el Rey estimaba con preferencia todas entraron en este mismo empeño. Las causas que tenían para procurar con tanto calor la ruina de este Ministro eran las injurias que suponían haberles hecho, que aunque en sí diversas, los medios para vengarlas eran los mismos. En fin cansado el Rey de oír tantas quejas resolvió echar al Conde de su ministerio y quitarle todos sus empleos.

El 17 de Enero antes de salir a cazar le escribió de su propio puño un billete por el cual le decía, que quejándose sus súbditos de que no los gobernaba por sí mismo, y queriendo hacerlo, había juzgado conveniente darle el permiso de retirarse como lo había solicitado, asegurándole que estaba satisfecho de su conducta y de sus largos servicios. Esta resolución le llenó de consternación y le hizo derramar muchas lágrimas; pero su muger, afectando mucha constancia, ...
en su desgracia, procuró consolarle representándole que el apartamiento del ministerio se debía considerar como el mayor beneficio que le hacía el Soberano porque lo libraba del furor de los enemigos, y le proporcionaba poder gozar una vida tranquila en donde mejor le acomodase. La caída llenó de alegría no solamente al pueblo de Madrid sino a todos los de la monarquía, celebrando por todas partes la generosa resolución de S. M. de gobernar por sí mismo. Los cortesanos acostumbrados a ver estas escenas, y conociendo el carácter inconstante del Rey, disimulaban sus sentimientos temiendo que no fuese sino aparente esta caída, pues después que se le había comunicado la orden, asistió a dos consejos de Estado, y hablaba con la misma autoridad y altanería que antes.

Esta desgracia considerada en sí misma era muy diferente de los otros favoritos, pues el Rey les daba las mismas pruebas de amor y afecto que antes. Esto hacía creer a muchos que la caída era un estratagema del Ministro para conocer las inclinaciones de los cortesanos, o que el Soberano no estaba enteramente resuelto a apartarle de su lado. Así discurrían los cortesanos, pero el pueblo que muchas veces conoce mejor la verdad de los hechos de esta naturaleza juzgaba de diferente manera; porque su caída la celebraba como justa y acertada, y cuando el Rey salía de palacio hacía resonar las calles con las voces vivas el Rey, acompañando su coche y manifestando de este modo la aprobación de su resolución; y en las puertas mismas de palacio se fijó un pasquin que decía: Ahora serás Felipe el Grande, pues el Conde Duque no se hará pequeño.

Este temiendo algún insulto del pueblo salió de Madrid un día antes que se decía, y nadie supo su partida sino el Rey y el Conde de Graical que fué con él hasta el Buen-Retiro donde tomó su coche, y acompañado solamente del P. Ripalda su confesor se encaminó a Loeches con resolución de acabar allí el tiempo que le restaba de vida. Llegado allá no recibía visitas de nadie, ni otras cartas que las del Soberano o de la Condesa su esposa, apartándose en-
TABLAS CRONOLÓGICAS.

Térmamente de los negocios de la tierra para ocu- 
parse en los del cielo.

El 26 de Enero dió aviso el Rey al consejo 
de Guerra por un billete de la mutación que ha-
bía hecho en la administración del gobierno con-
cediéndole al Ministro el permiso de retirarse de 
da corte como se lo había pedido muchas veces, y 
de hacer dimisión de todos sus empleos, porque 
la falta de salud no le permitía ocuparse de los 
negocios públicos, y que estaba muy satisfecho 
de su conducta y del desinteres y zelo con que 
le había servido; que ahora quería encargarse 
por sí mismo del peso del gobierno, y que por 
todo lo que pertenecía al desempeño de sus car-
gos podían dirigirse enderechura a S.M.

La desgracia del Ministro no se extendió a 
sus amigos y parientes, antes por el contrario en 
esta ocasión el Rey les hizo varias gracias. A 
Carrero su secretario le dió la secretaria de su 
Cámara que era uno de los empleos mas honör- 
ficos, y a la Condesa de Olivares le permitió ir a 
palacio con la misma libertad que antes. De ma-
nera que su caída no causó mas mutación que en-
cargarse por sí mismo el Rey del gobierno, y tra-
bajar en reparar las pérdidas. Asistía a todos los 
consejos, y mandó que se le diera una cuenta 
exacta de todo lo que pasaba en los diferentes 
estados de su vasta monarquía para aplicar los 
remedios convenientes á las necesidades públicas. 
Todos se persuadian que si continuaba en esta 
resolución se remediarían los males, que se resta-
blecería la nación, y se volvería á poner en aquel 
grado de explendor y grandeza que había tenido. 
Al principio no mostró predilección á ningún 
Ministro tratándolos á todos igualmente, y co-
 municándoles los negocios sin ninguna distinción. 
Llamaba á los que creía que eran mas hábiles 
y estaban mas instruidos, hablaba con ellos para 
adquirir por la conversacion lo que no había po-
dido por la experiencia y poder gobernar bien 
el reyno. Restableció los consejos en el estado 
que tenían, y mandó ejecutar con la mayor pun-
tualidad sus deliberaciones para que los subditos 
no padeciesen ningun agravio por su lentitud.

Dadas estas órdenes para el buen gobierno
interior, se trató en el consejo examinar con mucha atención los proyectos de la campaña próxima, sobre lo cual estuvieron un poco divididos, porque unos querían que se empleasen para reducir a Portugal las mayores fuerzas, y que por parte de los Catalanes se estuviese solo a la defensiva, pues ellos se cansarían luego de tener dentro de su país a los Franceses haciendo disputas y divisiones entre los unos y los otros, y esto solo quizás les obligaría a someterse a su legítimo Soberano sin necesidad de recurrir a la fuerza de las armas. Además que estos rebeldes confirmados y sostenidos por la Francia no eran tan fáciles de domar como los Portugueses. Esta rebelión era mas reciente y los socorros más distantes teniendo pocas plazas fuertes, y de parte de la España sería fácil penetrar en lo interior del país. Así díese a todo esto que la nobleza aunque se hubiese declarado al principio por el Duque de Braganza, quizás después envidiosa de verle en una fortuna tan alta no le asistiría sino débilmente. En fin que no se debía dejar que el nuevo Rey hiciese alianzas con las potencias enemigas de la casa de Austria para que con sus auxilios no se firmase en el trono, y después fuese necesario una larga guerra, infinitos gastos, y derramar mucha sangre.

Los de la opinión contraria declaran que estas pocas tropas que se podían poner en campaña no eran suficientes para reducir a Portugal, y si resistir a los Franceses que no hacieran progresos en Aragon, donde no había ninguna plaza fuerte, y podían fácilmente penetrar en el centro de la España y perderse para siempre Cataluña. Por esta diversidad de opiniones se inclinaban a hacer la paz que consideraban sería fácil negociarla después de la muerte de Richelieu, que hasta entonces había perpetuado la guerra. La corte de Madrid estaba resuelta, para quitar todas las dificultades que podrían oponerse a negociación, proponer el matrimonio de la Infanta María Teresa de Austria con el Delfín de Francia, tomando todas las precauciones y seguridades posibles para que la corona de España jamás pudiera reunirse con la de Francia en virtud de este casa-
I

miento. Pero como no quería usar de este medio sino en el último extremo y cuando no tuviera ningún otro recurso, no dejaba de nego-
ciar en secreto con los Holandeses para separar-
los de la alianza con los Franceses, y persuada-
díles de hacer un tratado particular con la España
y llegar a consolidar la paz sin necesidad de dar la
Infanta al Delfín, o a lo menos librarse de temo-
res de parte de la Holanda y emplear todas sus
fuerzas contra la Francia, y obligarla a aban-
donar a los Catalanes y Portugueses, para que
estando sin este apoyo los pudiera reducir fácil-
mente.

Los Españoles estaban persuadidos que no se
harían mucho de rogar los Holandeses y que en-
trarían a tratar por las ventajas que les había de
proporcionar, porque miraban con celos las con-
quistas que los Franceses hacían en Flandes y el
demasiado poder del Príncipe de Orange, que
confiado en las poderosas alianzas que había he-
cho obraba yá como Soberano de aquel pais, y te-
mían que si continuaba la guerra ayudado de las
armas podría destruir la república y la libertad.

El consejo de Estado miraba la paz con la
Holanda como un medio eficaz para salir del laber-
into en que se hallaban envueltos; pero el pue-
blo y los cortesanos ponían sus esperanzas en la
liga que se proyectaba hacer con el Papa y los
demás Príncipes Italianos. Para adelantar la ne-
gociacion enviaron pleno poder al Duque de
Medina de las Torres que era Virrey de Nápoles
para firmarlo, no dudando que los artículos esta-
ban ya convenientes. El Conde Duque antes de su
caida estaba persuadido de lo mismo, y habló de
este negocio al Marqués de Grana Embajador
de Austria, asegurándole que si se verificaba re-
sultarían infinitas ventajas á la España y al Im-
perio; pero que dudaba de la buena fe de los
Cardenales Barberinos por mas que le escribies-
sen que trabajaban con gran zelo para que se
concluyera. Deseaba que este Embajador explo-
rase la intención del Nuncio para conocer cómo
pensaba el Papa, y si entraría en el tratado. El
Marqués habló con él, y entendió por lo poco que
se explicó que no sería fácil formar la liga como

TOMO XVIII.
se creía en Madrid, y que aun cuando se verificase no accedería a su solicitud. Por estas palabras se empezó a descubrir el misterio, y a entender que los Barberinos habían propuesto la confederación y liga con la España para apartar, con este artificio las armas de todos estos Príncipes que iban a caer contra el estado de Roma, ganar tiempo con esta negociación, y con las dificultades que necesariamente habían de hacer, hacerles olvidar la pretensión de la restitución del estado de Castro a Parma que ellos habían prometido; pero que el Papa no quería consentir, y que habiendo llegado a este término les sería fácil romperla.

Los Grandes que habían sido tan abatidos por el orgulloso Ministro, y vivían en la oscuridad sin presentarse a la corte, manifestaron una alegría extraordinaria celebrando con pompa y magnificencia el triunfo que había conseguido la nación con haberle quitado la administración pública de los negocios. Fueron destituidos de los empleos todos aquellos que los debían más a sus vilezas adulaciones que a su capacidad y sus méritos, y se colocaron en ellos hombres dignos de ocuparlos. La corte y el gobierno se renovó enteramente aplicándose el Rey con particular cuidado al despacho de los negocios. Los tribunales fueron restablecidos en la forma que antes tenían, y así la nación entera creyó que recobraría pronto su antiguo poder y esplendor. Se hicieron los mayores preparativos para continuar la guerra por todas partes, porque el Cardenal Mazarino que había sucedido en el ministerio a Richelieu, seguía las mismas máximas y el proyecto de abatir la casa de Austria, y quitarle a la España los estados de Flandes y de Italia sosteniendo con el mayor vigor la guerra en Cataluña y protegiendo y ayudando a los Portugueses, para que teniendo divididas por tantas partes sus fuerzas pudiera ser más fácilmente vencida.

Se abrió la campaña por Cataluña poniendo sitio a la villa de Flix situada en la ribera del Ebro. El Mariscal la Motta hizo entrar en ella mil y quinientos hombres de infantería y doscientos caballos; y teniendo que el ejército Francés...
que estaba cerca venía a socorrerla se retiraron.
Laval que era Gobernador de ella se defendió con valor diez y ocho días, y estando los nuestros para dar el asalto llegó la Motta, atacó de improviso el campo de los sitiadores con tanta violencia, que después de una resistencia obstinada se hizo debido de él habiendo perdido sesxcientos hombres entre muertos y heridos. De los Españoles quedaron muertos doscientos, y quienes prisioneros; los demás huyeron abandonando los cañones, las municiones de guerra, los estandartes y los equipages. El terror se había apoderado de nuestras tropas, y ya no se atrevían a sufrir la vista de los enemigos por las derrotas que habían tenido. Los Generales que los mandaban lejos de inspirarles valor no les daban sino exemplos de cobardía y de incapacidad: que podía prometerse la nación y el Rey de unos hombres semejantes sino pérdidas y desgracias repetidas, que ocasionando gastos enormes imposibilitaban las conquistas? El ejército que había en esta parte fue dispersado y casi destruido, y los pocos que quedaron se retiraron a Aragon. Los soldados cuando se veían con alguna libertad abandonaban las banderas y se iban a sus casas; y aunque se habían dado las providencias más severas para hacerlos volver, no se ejecutaban, o lo hacían con tanta flojedad que no servían sino para hacerles salir de sus pueblos y pasar a servir a otros donde no eran conocidos.

Se dieron órdenes para formar el ejército porque el Rey había resuelto pasar a Zaragoza, y después a los confines de Aragon, para recobrar las plazas que los enemigos nos habían quitado. Nombró General a D. Phelipe de Silva, oficial de reputación que había dado muchas veces pruebas de su prudencia y valor. A este hombre activo, que tenía mucho zelo por el servicio del Rey y gloria de la nación, le encargó que pusiera con la brevedad posible sus tropas en disposición de salir a campaña.

Las plazas de la frontera de Portugal se mandaron poner en estado de defensa, no dudando que no habiendo un ejército para contener a los Portugueses, éstos harían invasiones dentro del rey-
TABLAS CRONOLÓGICAS.

Le intimó la rendición, y la primera vez destacó con arrogancia la proposición; mas habiendo abierto brecha y estando para dar el asalto capituló. Los Portugueses saquearon el pueblo, y demolidas las fortificaciones continuaron hasta presentarse delante de Badajoz. La guarnición hizo una salida y la obligaron a entrar en la plaza y atacaron los puestos avanzados, pero fueron rechazados con alguna herida; y no teniendo fuera bastantes para situarlo en forma, se retiraron después de haber desolado todas sus cercanías sin que la guarnición se atreviera a salir para impedirlo. El Rey llevó a mal que sin su orden Obidos atacara a Badajoz exponiéndose a una derrota cierta si el Conde de S. Esteban que era Gobernador de la plaza no hubiera pasado a Mérida con las mejores tropas que tenía. En este caso los Españoles no hallando obstáculo habían de penetrar hasta Lisboa poniendo en el mayor peligro su corona. Por esta razón le quitó el mando y envió a D. Mattas Alburquerque, el cual tenía mucha prudencia y valor, y sin excederse de las instrucciones que le habían dado, no hizo más expediciones que las que eran proporcionadas a las fuerzas que tenía. Acometió las plazas pequeñas con un número de tropas muy superior al que tenían las guarniciones para asegurar la conquista sin exponerse a ningún peligro. Albufeyra, la torre de Mexia, y Almendral, cayeron en su poder, y fueron entregadas al pillaje y a las llamas. Hechas estas conquistas pasó la montaña de Olor, y se fue a atacar la villa de Alconchel que tiene un castillo fuerte por su situación y por el arte. D. Juan de Meneses Soto Mayor, Marqués de Castro fuerte y Señor de la misma villa, mandaba en él. Alburquerque viendo que era inconquistable resolvió reducirlo por hambre, y para que se acabasen más pronto los víveres obligó a los habitantes a retirarse a él disparando la artillería para espantálos.
Ducdo de la villa plantó una batería contra el castillo, y aunque no esperaba poder abrir brecha hizo disparar de continuo. Puso una mina contra una de las torres principales que les incomodaba mucho y la hizo saltar, y espantados con esto los que se habían refugiado obligaron al Marqués a capitular, concediendo a los soldados que salieran con sus armas y su bagaje, y a él con un solo vestido, y con la condición que había de estar quarenta días prisionero en Portugal, y que después se le daría pasaporte para volverse a Castilla. Firmada la capitulación entraron en el castillo los Portugueses y hallaron en él muchas municiones. Figueyra de Vargas, pueblo grande que está a tres leguas del precedente, tuvo la misma suerte. Atacó a Villanueva del Freno que estaba bien fortificada y tenía una guarnición suficiente que se defendió con mucho valor algun tiempo, pero abierta brecha capituló, y dexando un regimiento de guarnición Alburquerque se fué a Lisboa.

Por la frontera de la provincia de Beyra se hacía la guerra de la misma manera haciendo los Españoles entradas en Portugal y los Portugueses en Castilla, sin más objeto que saquear, robar y quemar. D. Álvarez de Abranches que mandaba en ella habiendo juntado dos mil hombres y trescientos caballos entró en las tierras de los enemigos llevándolo todo a sangre y fuego, se apoderó de Albergoria, y no pudo tomar el castillo por defenderle la guarnición con el mayor valor; pero desoló todas las campiñas de las inmediaciones. Entre tanto el Duque de Alba se puso en marcha para poner sitio a Almeyda. Abranches voló a su socorro y le obligó a abandonar la empresa.

Los Españoles fueron a atacar el fuerte que se había construido en Valdemula en el centro de las tierras de Ribacos, que es el país más fértil de la provincia. Los Portugueses les obligaron a retirarse y los persiguieron hasta Ciudad-Rodrigo haciendo estragos por todas partes. En las provincias de Tras-los-Montes y la de entre Dueño y Mifio se hacía la guerra de la misma manera, no produciendo sino ruinas y muertes dejan-
do las cosas en el mismo estado, y no sirviendo mas que para ejercitar el uso de las armas a los Portugueses, y hacerlos mas orgullosos con las victorias que conseguían tomándonos algunas plazas que estaban abandonadas, y sin las prevenciones necesarias para su defensa por no haberse ejecutado las órdenes que se habían dado. Si los Portugueses hubieran tenido tropas arregladas y mejores Generales pudieran fácilmente penetrar hasta el corazón de Castilla, pues se hallaba esta frontera sin fuerzas para su defensa. Una y otra nación por diferentes causas se hallaban en suma debilidad y sin soldados que fueran capaces de ninguna expedición, y lo peor es que les faltaban fondos para mantenerlos.

En Italia mostraron nuestras tropas mayor valor, pues cuando los Franceses se retiraron al Piamonte y los Príncipes de Saboya se separaron en diferentes cuarteles, el Conde de Situela se presentó delante de Tortona con su ejército, y mandó reparar las líneas de circunvalación. El Conde de Plessis Praslain representó estando en París que era de suma importancia aquella plaza y que convenía hacer los mayores esfuerzos para conservarla, y que si se le quería dar cuatro mil hombres entraría en los estados de Milan. Esta proposición fue desechada porque el Rey estaba enfermo, y el mal que todos los días le agravaba no le dejaba pensar en conquistas ni en los negocios de guerra. Los Ministros no se ocupaban sino en las intrigas de la corte discurriendo medios y sirviéndose de sus artificios ordinarios para desgastarse.

Se volvió pues a Italia con el dolor de no haber podido conseguir los medios necesarios para impedir que Tortona cayese en manos de los Españoles, y protestó que si sucedía esta desgracia no debía imputársele a él sino al consejo de Estado que había despreciado sus avisos. Thionville que era Gobernador no teniendo tropa suficiente para la defensa abandonó la ciudad a los Españoles, y se retiró al castillo para defenderlo haciendo trasportar a él todas las armas y municiones que había. Los Españoles atacaron el fuerte de Santo Domingo, pero los sitiados se defen-
diéron con tanto vigor que no lo pudiéron tomar, y después de haber perdido muchos soldados tuvieron que retirarse. El Príncipe Thomas que sabia que la plaza estaba muy apretada no sabia qué partido tomar, si ir enderechura á socorrerla atacando las líneas de los Españoles, ó emprender otra conquista para llamar su atención y obligarle á abandonar el sitio. Lo primero le pareció muy difícil porque no tenia suficiente número de tropas para empresa tan dificil y de tan- ta importancia: lo segundo lo consideraba mas fácil y acaso produciría el efecto que se propo- nia; y asi resolvió entrar en el Milanesado para causar inquietud al General Español y obligarle á venir al socorro de su gobierno.

Puso pues viveres y municiones en la plaza del Cazal y se fué á asistir á Ast. El Conde le dejó tranquilo sin querer abandonar su empresa, solamente envió un cuerpo de caballería para in- comodarle; pero como supo que estaba ya en dis- posición de atacar la plaza se retiró. Los de Tor- tona hiciéron dos salidas con mucha intrépidez, que aunque les costó alguna gente fueron felices, porque en la primera ocupáron un puesto que los nuestros tenian, y sin embargo de haberlo def- endido con valor fueron arrojados de él; en la otra se apoderáron de la ciudad, y siendo due- fios de ella quatro horas hiciéron entrar en el castillo viveres y municiones para dos meses. Ha- biendo vuelto á entrar los Españoles el General mandó dar dos asaltos al fuerte de Santo Domen- go, pero fueron rechazados con mucha pérdida. El Príncipe Thomas y el Conde de Plesis se acercáron al campo con ánimo de atacarle, persuadidos que obrando con tanta lentitud tendrían pocas fuerzas; mas quando vieron las trincheras les parecieron tan fuertes que juzgaron imposible forzarlas, y se retiraron no queriendo exponerse inútilmente en una empresa que no haria mas que aumentar la gloria del enemigo. El castillo viéndose sin esperanza de socorro se rindió con una capitulacion honrosa despues de quatro meses.

En este tiempo se agravó la enfermedad que Luis XIII habia contraído en el sitio de Perpi- ñan, la cual le habia puesto en un estado de de-
bilibidad que se agravaba todos los días sin que ningun remedio pudiera repararla. En el mes de Febrero perdió enteramente sus fuerzas, y quando se acercaba su fin dejó en su testamento regenta del reyno a la Reyna en la menor edad de su hijo solo en el nombre, pero sin ninguna autoridad. Después de haber arreglado todas las cosas, murió el 14 de Mayo dejando á su hijo Luis XIV de edad de cuatro años, ocho meses y nueve días. Este Rey tenia grandes virtudes y pocos defectos; era justo y amante de su pueblo, y aunque no tenia un gran talento sabia conocer á los hombres de mérito y servirse de ellos en los destinos que convenia. El Padre Causino hablando de este buen Rey que se distinguia por su piedad, decia: "que no dice todo lo que pien-

Después de su muerte se continuó la guerra por todas partes contra la casa de Austria, porque el consejo de la Regencia estaba animado de los mismos sentimientos, y el de Estado de Madrid seguia las mismas ideas que el Conde Duque. El gobierno de Flandes tenia orden para abrir pronto la campaña con el fin de hacer una diversion por aquella parte y llamar la atencion de los Franceses. Reunido un exército considerable de diez y ocho mil hombres de infanteria y dos mil caballos bajo el mando de D. Francisco de Melos, del Duque de Alburquerque, y del Conde de Fuentes, se puso en movimiento en tres divisiones. Después se reunieron los tres Generales para poner sitio á la plaza de Rocroy que está en la frontera de la Francia de parte de las Ardennas, no dudando que si llegaban á tomarla podrían fácilmente penetrar hasta la capital y causar una revolucion en el gobierno. Atacaron con vigor para apoderarse de ella antes que le pudieran llegar socorros, no dudando que siendo la puerta de la Champaña habian de hacer los mayores esfuerzos para conservarla. El Duque de Enguiven conocido después con el nombre del Gran-Conde mandaba el exército de aquella fron-

<table>
<thead>
<tr>
<th>Año</th>
<th>Tablas cronológicas</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>1666</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1667</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1668</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1669</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1670</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1671</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1672</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1673</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1674</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1675</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1676</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1677</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1678</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1679</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1680</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1681</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1682</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1683</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1684</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1685</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1686</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1687</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1688</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1689</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1690</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1691</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1692</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1693</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1694</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1695</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1696</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1697</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1698</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1699</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
<tr>
<td>1700</td>
<td>Era de Espinosa</td>
</tr>
</tbody>
</table>
los sitios de Arras y de Aire, y en muchas otras ocasiones. Luego que supo que los Españoles habían puesto sitio á la plaza resolvió socorrerla, para que si conseguía la victoria combatiendo con Generales tan famosos, aumentando su reputación, intimidase a los enemigos de la Reyna y le asegurase la regencia.

El ejército del Príncipe se componía de diez y siete mil hombres de infantería y tres mil caballos. Se puso en marcha bajo las órdenes de los Mariscales Gasion, Hópital, y Espenan, y habiendo llegado cerca de los enemigos mando reconocer su campo; y después sabido que á una legua había un desfiladero envió un detachamento con órden de atravesarlo. Informado que no estaba ocupado, pasó con todo el ejército al otro lado para atacar contra el dictámen del Mariscal Hópital, que tenía órden de la corte de contener su impetuosidad. El Conde de Gasion fué á ocupar con un grueso destacamento el llano. El Príncipe le siguió con el resto del ejército y lo puso inmediatamente en batalla. El campo era bastante espacioso para formar dos líneas con un cuerpo de reserva. El terreno era más elevado que en las inmediaciones, y se extendía insensiblemente en el llano. Enfrente de esta eminencia había una altura casi semejante donde se colocó el ejército Español dándole la misma frente que los Franceses.

El Duque de Engurien eligió el ala derecha teniendo bajo sus órdenes al Mariscal Gasion. El Hópital mandaba la izquierda con el Marqués de la Ferte Senneterre. El Mariscal Espenan estaba en el centro á la frente de la infantería. Y el Baron de Sirot mandaba el cuerpo de reserva. El Duque de Engurien puso en los intervalos de cada esquadón cincuenta mosqueteros. En el ejército de los Españoles el Conde de Melos mandaba el ala derecha, el Duque de Alburquerque la izquierda, y el Conde de Fuentes la infantería que estaba en el centro. Los dos Generales estaban únicamente ocupados en poner las tropas en batalla así como llegaban, sin pensar en escaramuzejar como es costumbre en semejantes ocasiones. Puestos en orden de batalla pasaron en
esta situación la noche del 18 al 19. Los Españoles ocuparon un pequeño bosque que tenían en frente de su izquierda con mil mosqueteros. Al amanecer del 10 el Príncipe los hizo atacar con mucho ardor, y después de una defensa obstinada al fin cedieron al número, y fueron arrojados de este puesto habiendo quedado muertos de la refriega muchos de una y otra parte.

El Duque de Enguén temiendo que no se rompieran los esquadrones atravesando este bosque, mandó al Conde de Gasion que con la primera línea tirase á la derecha mientras que él mismo daría la vuelta por la izquierda con la segunda. Gasion marchando cubierto del bosque extendió sus esquadrones y se puso á la espalda mientras que el Duque la atacaba de frente. Con esta evolución conmovida y como sorprendida su ala derecha al primer ataque fué rota y desordenada. Gasion la persiguió mientras que el Duque volvió contra la infantería. El Mariscal Hospital no fué tan feliz en el ala izquierda, porque habiendo atacado demasiado pronto con su caballería el ala derecha de los Españoles, se defendieron con tanto valor que le pusieron en desorden; y huyó siendo perseguida con tanto vigor que rompieron sus batallones, dejaron el campo cubierto de muertos, se apoderaron de muchas piezas de artillería, y no se detuvieron destruyendo todo lo que encontraban hasta que llegaron al cuerpo de reserva.

Mientras que las dos alas estaban en acción, Espesan marchó contra los Españoles con su infantería, pero sabiendo la derrota de Hospital se contentó con escaramuzar hasta ver por quién se declaraba la victoria. Entre tanto el Duque de Enguén rompió con su caballería á los Walones y Alemanes, puso en huida á los Italianos, y atacó por la espalda la caballería enemiga que perseguía la ala izquierda del ejército Francés, y hallándolos sin orden les rompió fácilmente librando al Marqués de la Ferte que en la derrota había sido herido y hecho prisionero. El Conde de Gasion que llegó al mismo tiempo hizo pedazos los caballos Españoles que quisieron salvarse de los que le perseguían, tratando de forzar la
infantería que se había reunido en un cuerpo cerca de la artillería resuelta a defenderse hasta el último extremo. El Duque resolvió atacarla con solo la caballería que tenía, pero perdió mucha gente, porque habiéndose abierto un batallón quadrado para que pudieran disparar diez y ocho piezas de artillería a metralla, quedaron allí a la primera descarga.

El Duque reunió sus tropas que se habían retirado y dispersado y volvió al ataque, pero tuvo la misma suerte. En fin hizo avanzar el cuerpo de reserva juntándose con él muchos esquadrones de los que volvían de perseguir a los enemigos, y viéndose envueltos por todas partes se rindieron. El Duque se acercó para hablar a los oficiales, y creyendo algunos soldados que volvía al ataque hicieron una descarga contra él. Sus tropas irritadas sin esperar que se les diera la orden se echaron contra ellos con espada en mano, y hicieron una cruel matanza. Esta acción hizo completa la victoria después de seis horas de un combate obstinado, declarándose una vez por los Franceses y otra por los Españoles hasta que al fin se decidió por aquéllos. Esta es la famosa batalla de Rucroy que se dio el 19 de Mayo de 1643 y costó tantas lágrimas a unos y a otros, habiendo sido de los golpes más fatales que hasta entonces había tenido la España, no precisamente por la pérdida de las gentes, sino porque se hallaba enteramente exhausta de hombres y dinero para poderla reparar, y dejaba a merced de los vencedores un país por el cual se había derramado tanta sangre, y se habían consumido las inmensas riquezas del nuevo mundo.

Quedaron en el campo de batalla ocho mil muertos y nos hicieron seis mil prisioneros; perdímos diez y ocho piezas de campaña y seis de batir; doscientas banderas y sesenta estandartes; todo el bagaje y las cajas militares. El Conde de Fuentes que aunque estaba con la gota se hizo llevar en una silla para mandar la acción fue hallado entre los muertos. Este General reunió la infantería en un cuerpo, y resistió con intrepidez los tres ataques; pero cedió al cuarto, y terminó su vida del modo más glorioso, pues no
Franceses ruiéron más de dos mil y muchos heridos. El Conde de Melo recogió las reliquias del ejército y se retiró con ellas. El Duque de Enguien dueño del campo, dadas las órdenes necesarias para su seguridad y para la curación de los heridos, entró en Rocroy, y dos días después se fué a acampar a Guisa para hacer los preparativos y continuar las conquistas, aprovechándose de la victoria y del desorden en que estaban los Españoles.

Resolvió situar a Thionville plaza fuerte que tenía una buena guarnición, y empezó a hacer los preparativos para esta empresa; pero con tanto secreto que no pudieran penetrarlo los enemigos. Para ocultar mejor su designio hizo una entrada en Flandes llenando de temores a los Gobernadores de las plazas, y obligándoles a reforzar sus guarniciones para que descuidaran las de la frontera. Mandó hacer las provisiones para el ejército y traer la artillería de batir a la cam poña con las municiones de guerra necesarias para el sitio. Dadas estas órdenes entró en el Hainaut, atacó las plazas de Emery y Barlemont que se rindieron a discreción. Se apoderó de Maubeuge y se dirigió a Binch que se había reforzado con nuevas tropas, y sin embargo se rindió a discreción. Luego que se le avisó que el Marqués de Gesvres Mariscal de Campo había llegado delante de Thionville con el cuerpo que mandaba, envió al Marqués de Aumont con mil y doscientos caballos para juntarse con él y cercar la plaza.

Después se puso en marcha con el resto del ejér cito por Beaumont y entró en el Rocroy. El Mariscal Sirot llevó la artillería gruesa por Metz, mientras que la infantería con el equipage se fué a Thionville donde el Duque de Enguien llegó el 18 de Junio. Y así estaba trabajando en las obras de la circunvalación de la plaza que tenía tres leguas de extensión y comprendía dentro cinco aldeas.
Esta ciudad situada sobre el Mosela está en forma de semicírculo fortificada con cinco bastiones, dos semibastiones de parte del río, dos medianas lunas delante de las cortinas, rodeada de fosos muy profundos y anchos llenos de agua, y con un camino cubierto. Delante de la puerta del circo tenía una gran obra, la campiña alrededor está rasa, de manera que no se puede llegar a la ciudad sin ser visto. El llano es dominado por algunas partes, lo que hace difícil la circunvalación. Tenía de guarnición mil doscientos hombres, y estaba bien provista de municiones de bocas y de guerra. Llegado el Duque mandó pasar al otro lado del río al Conde de Grancey para impedir que entrasen socorros por aquella parte; y sin embargo de esta prevención el día siguiente entraron por allí mismo dos mil hombres, lo que irritó mucho al Duque porque hacía más difícil la empresa, pero no por esto desistió de ella. Mandó echar sobre el río dos puentes de barcas, uno por la parte superior de la plaza, y otro por la inferior para que las tropas pudieran comunicarse fácilmente. Dividió en cinco cuarteles el ejército. El Conde de Gasion mandaba el principal cuerpo de caballería que estaba acampado por la parte de Metz; el Duque de Enguien tenía en una aldea en medio del llano el quartel general con el principal cuerpo de infantería, y el Marqués de Aumont estaba apostado sobre una eminencia con muchos regimientos de infantería. Anelot mandaba otro quartel, y el Marqués de Gesvres se encargó de guardar el costado de circúnvalación desde el río hasta las montañas. Pallau y Sirot todo lo que estaba al otro lado del río porque el Conde de Grancey había caído enfermo.

Establecidos los cuarteles se continuó el trabajo de las líneas de circunvalación en las cuales se emplearon veinte días. Llegaron treinta y siete piezas de batir de la ciudad de Metz con las municiones y materiales necesarios. Los sitiados mientras estaban trabajando en las obras hicieron varias salidas, y en una de las cuales quedó herido el Conde de Tabanes. Acabadas las líneas se empezó a abrir la trinchera dirigiendo los ataques el 7 de Julio contra los dos bas-
tiones que miraban al medio del llano para poderlos sostener con más facilidad; y a pesar del fuego vivo de los sitiados en cuatro noches la extensiódieron a doscientos pasos de la contraescarpa, y puesta una batería de veinte y cuatro piezas se empezó a hacer fuego. El 14 el Duque de En-guier mandó atacar un molino que había sobre un arroyo y lo tomaron. El 15 hicieron una salida sobre el ataque de la izquierda, pero Andelot les obligó a entrar en la plaza. El 18 el Príncipe mandó atacar el camino cubierto, y por la noche hizo poner mosqueteros por la izquierda y derecha del ataque. Espenán mandaba la derecha y el Marqués de Gesvres la izquierda, y poniéndose los dos a la frente de la tropa marcharon a las empalizadas precedidos de los granaderos con tanto valor y órden que los sitiados no pudieron resistir. Gesvres encontró mucha mayor resistencia y perdió mucha gente; mas el Duque que se hallaba presente dió las órdenes convenientes y se apoderaron del camino cubierto y de las trincheras que había entre los dos ataques: se echó en los fosos un gran número de fajinas para ceagarlos y pasaron los minadores; pero no pudieron trabajar porque los enemigos tenían infantería entre el foso y el pie de la muralla de la media luna. Fue necesario una batería de cuatro cañones contra la frente que en muy poco tiempo arruinó esta defensa, y habiendo abierto brecha en esta última obra el Duque mandó atacarla. Los sitiados la abandonaron, pusieron fuego en una mina que habían hecho, y rebentó antes de entrar los enemigos sin hacerles ningún daño. Desde luego hicieron un buen alojamiento sin otro obstáculo que el fuego que se les hacía del cuerpo de la plaza. El Duque dueño de la media luna mandó minar los dos bastiones mientras que se continuaba en ensanchar la brecha y acercar las galerías que conducían a ellos. Los sitiados hacían la mayor resistencia con la mosquetería y fuegos artificiales para destruir las obras y impedir los trabajos, y no contentos con esto hicieron salidas con la mayor intrepidez apoderándose de una batería de la parte derecha y clavaron los cañones; y en otra pasando el foso
emprender ninguna cosa considerable.

Acabadas las minas el Príncipe mandó dar el asalto a los dos bastiones, y unos y otros hicieron prodigios de valor, pero al fin después de muchos asaltos, en los cuales perdieron algunos oficiales de superior graduación, conoció que defeniéndose los sitiados con tanta obstinación era preciso proceder con mucha precaución; y así mandó al capitán de Minadores que trabajase en derribar los bastiones porque consideraba como imposible tomarlos por asalto, y abrió de nuevo otras minas. Estando ya acabada la obra, hizo advertir al comandante el estado en que estaba para que no diese lugar a que fuese pasada a cuchillo una guarnición tan valiente, y se resolvió a capitular. El 22 de Agosto, treinta días después de abierta la trinchería, salió a la frente de su guarnición con todos los honores. Al principio del sitio tenía tres mil doscientos hombres, y cuando se rindió la plaza no había sino mil y doscientos. El Gobernador había sido muerto, y casi todos los oficiales estaban heridos ó enfermos. El Duque entró en ella acompañado de los Generales y del Señor de Marolle que se quedó Gobernador. Los Franceses tuvieron muchos oficiales mayores heridos, algunos muertos, y un sin número de soldados; de manera que el ejército que se componía de más de veinte mil hombres quedó tan reducido, que el Príncipe no se atrevió a emprender ninguna cosa considerable.

Se ocupó mucho tiempo en reparar las fortificaciones y destruir la obra de las líneas, y después conquistó algunos pequeños castillos entre Tréveris y Thionville para ser dueño del Mosela. El primero de Setiembre fué a atacar a Creq, se apoderó de la ciudad, y hizo batir y minar el castillo. Acabada esta campaña gloriosa por esta conquista, y dejando el mando de la tropa al Duque de Angouleme, se fué a París donde entró con los aplausos que tan justamente le eran debidos. En Italia después de la conquista de Tortona nuestras armas fueron poco felices. El Príncipe Thomas puso sitio a la plaza de Trin el
de Agosto, y el 23 de Setiembre la rindió el Gobernador por una capitulación honrosa. Ast y Pontestura tuvieron la misma suerte después de una ligera resistencia, y cayeron en poder de los enemigos.

El Marqués de Breze que mandaba la escuadra Francesa en el Mediterráneo atacó la nuestra el 3 de Setiembre en la altura de Cartagena: perdimos el del Almirante de Nápoles, otros dos gruesos navíos, y un galeón, sobre los cuales había ciento sesenta piezas de artillería, y entre muertos y prisioneros mil y quinientos hombres. Después de esta derrota D. Phelipe de Silva atacó la plaza de Monzon con seis mil hombres, y después de veinte y dos días de sitio se rindió el 17 de Noviembre. La empresa que hicimos sobre el Cabo de Quiers fué muy desgraciada, porque habiéndole puesto sitio poco días después el Mariscal de la Motta fué a su socorro y se retiraron las tropas en desorden abandonándolo todo, y las persiguieron los Catalanes con el mayor furor.

1644. Cansadas de guerra las potencias de la Europa deseaban la paz, y se entablaron algunas negociaciones en Munster que fueron infructuosas, porque los unos querían ganar mucho y los otros perder poco. Unos querían recobrar lo que habían perdido, y otros no querían abandonarlo por no poner a la casa de Austria en el mismo grado de poder que tenía antes de empezar la guerra. Así todos se prepararon para continuarla en llegando la primavera. D. Phelipe de Silva abrió la campaña a principios de Marzo acometiendo a Lérida con quince mil hombres, y el Rey que había venido de Madrid para mandar el ejército y presenciar el sitio estaba alojado en Fraga. La Motta que tenía orden de fortificar la plaza no lo había podido ejecutar porque las murallas eran viejas y mal conservadas. El castillo y la capital que están en una eminencia que domina la ciudad, que hubiera sido una fortaleza muy respetable, estaban en el mismo estado que tenían antes. La plaza se hallaba falta de víveres y una pequeña guarnición, y así era preciso que no siendo sorprendida pronto cayese en poder de los Españoles.
Antes de acabar las obras del sitio se presentó la Motta, y habiendo hecho un ataque falso entró a socorrer de hombres y municiones, con el cual se defendió la guarnición más de dos meses. El General Español acometió al Francés y se dió una batalla que fué muy refiada. La victoria estuvo algún tiempo dudosa declarándose por los Españoles. La Motta fué derrotado completamente quedando muertos en el campo más de dos mil hombres, prisioneros mil y quinientos, y perdido todo el bagaje y artillería se huyeron los pocos que quedaron por Cervera. La plaza se defendió hasta principios de Agosto, y viéndose sin esperanza de socorro y sin víveres capituló el 6 del mismo mes, y el 7 entró el Rey en la ciudad con grandes aclamaciones.

Para recompensarse de esta pérdida y reparar su honor el General Francés, juntó un ejército de doce mil hombres y fué a poner sitio a Tarrogona por tierra, encargando al Marqués de Breze que la bloquease con su escuadra por mar. El 18 de Agosto quedó embestida y la empezó a batir con gran furia. Le dió varios ataques, pero fué rechazado con gran pérdida. El 24 de Setiembre cansado de la resistencia que hacían los sitiados dió uno general, y habiendo destinado los cuerpos necesarios para él, se empezó con la mayor intrepidez, resistiendo aquellos con tanto valor que se llenaron los fosos de muertos, pero llegaron a apoderarse de la torre, del muelle, y de algún otro sitio importante. Abrieron trinchera, pero las ruinas las repararon con la mayor prontitud. En fin después de haber perdido mucha gente sin poder adelantar nada, y habiendo tenido noticia que venía el Rey al socorro de los sitiados con un ejército poderoso, levantó el sitio el 3 de Octubre y se retiró a Barcelona. Dió a la plaza trece ataques y le disparó siete mil cañonazos. Mas de tres mil Franceses quedaron muertos en el campo, y muchos otros heridos. Los sitiados perdieron quinientos hombres, pero se llenaron de gloria y obligaron a Mariscal Francés a retirarse con mucha ignominia.

En Portugal se reafirmaba más sobre el trono
el nuevo Rey, y con su gobierno dulce y suave se granceaba la estimación de sus súbditos; de manera que la fama de un buen gobierno hacía entrar a las colonias que habían estado hasta ahora indecisas bajo su imperio. Tanger en África, que estaba bajo la obediencia del Rey Católico, se declaró por Juan IV y le reconoció por su Rey, y luego envió a tomar posesión de la ciudad y guarnición para defenderla con las provisiones necesarias de víveres y municiones. Los Castellanos hicieron esfuerzos para recobrarla sirviéndose de súplicas y amenazas, pero todo fue despreciado y no quisieron volver a su obediencia. Habiendo sabido el Portugués que estaba para llegar la flota de las Indias de los Españoles, mandó armar veinte y cuatro galeones para acometerla, y sus esfuerzos y vigilancia fueron inútiles, porque cuando salieron a la mar ya había entrado en Cádiz, y la esquadra portuguesa se retiró a sus puestos dejando seis galeones para perseguir a los corsarios que infestaban su comercio. La flota del Brasil llegó con felicidad a Lisboa cargada de riquezas; y de su producto se mandaron equipar seis bageles, dos para el Brasil, dos para las costas Orientales de África y dos para las grandes Indias, enviando en uno de ellos a González Sequeyra de Sousa en calidad de Embajador al Emperador del Japón para renovar la alianza antigua que había entre los Reyes de Portugal y sus predecesores, no dudando que abriéndose de nuevo el comercio con aquella nación, resultaría mucha utilidad no solamente al Estado sino también a todos los súbditos.

El Rey de Portugal no omitía nada para recobrar por todas partes los dominios que habían sido de sus predecesores, y continuando la guerra con los Españoles envió a la provincia de Alentejo doce mil hombres para entrar en Castilla, pero la frontera de nuestro reyno no estaba descubierta. El Marqués de Torecusa que era General de aquel ejército estaba trabajando en aumentarlo, especialmente la caballería que consideraba más precisa para contener las incursiones de los Portugueses, y con todas las órdenes más activas que comunicó no pudo llegar a juntar sino
siete mil hombres de todas armas. En tan miserable estado se hallaba la España. Sin embargo de tener tan poca gente empezó las hostilidades confiando en el valor de la tropa, y que con ella aunque muy inferior a la de los enemigos le sería fácil derrotarlos. Atacó a Onguella que tenía muy poca fuerza y no la pudo tomar.

Matías de Alburquerque que estaba en Extremoz mandando la tropa, resuelto a medir sus armas con el General Españiol, hizo partir para Montijo a D. Rodrigo de Castro Teniente general de la caballería con doscientos sesenta caballos y dos mil infantes, y luego le siguió Melo con ochocientos caballos para socorrerle siendo necesario. La villa de Montijo tenía una buena trinchería y guarnición competente, además que sus habitantes siendo valientes y acostumbrados al manejo de las armas, podían servir para la defensa como los mismos soldados de línea. Luego que Rodrigo llegó delante de este pueblo hizo descansar la tropa, y atacó la trinchería. La guarnición y los paisanos se defendieron con valor, pero tuvieron que ceder al número, y fue entrada y saqueada la villa. Torrecusa envió mil caballos para defenderla. D. Rodrigo juntó sus gentes con las tropas de Melo que habían ya llegado, y salió al encuentro a los Castellanos lleno de arrogancia por la conquista de Montijo, y habiéndose trabado el combate siendo el partido tan desigual los nuestros se retiraron con alguna pérdida.

Torrecusa para vengarse envió un grueso destacamento de caballería a talar el territorio de Portalegre y de Azumar, al mismo tiempo que D. Nuñez de Mascareñas por orden de Alburquerque hizo entrada en tierra de Españoles para obligarles a retirarse. Atacó el pueblo de Membrillo, y después de un combate obstinado fue tomado y saqueado, y no se salvaron del furor del soldado sino los que se refugiaron en la Iglesia. Talaron los campos de la comarca, y quemaron los pueblos sin que pudieran impedirlo las guarniciones de Valencia y Alburquerque que estando cerca salieron para defenderlos. En fin después de varias incursiones por una y otra parte con las cuales parece que se preparaban a una acción
general, Alburquerque resolvió ponerse en campaña para buscar a Torrecusa y darle la batalla. Su ejército se componía de ocho mil hombres de infantería y caballería, y llevaba seis piezas de artillería, y munición y víveres para veinte días. El Monfero mayor mandaba la caballería, Diego Gomez de Figueyredo la infantería en calidad de Maestre de Campo general, y Gaspar Pinto Peñatano era Comisario general del ejército.

Se puso en marcha para Alburquerque, pero habiendo sabido que la plaza estaba socorrida se dirigió a Villar del Rey y la saqueó. Después hizo lo mismo con la Roca de Mansanto y Montijo. El Marqués de Torrecusa entretanto no se ocupaba sino en asegurar las plazas más importantes abandonando las demás a los Portugueses. Tuvo consejo de guerra para deliberar y resolver el plan de las operaciones. Unos querían que se fuese a atacar a Olivenza; otros se debía buscar el ejército Portugues para dar una batalla de poder a poder con el fin de inspirar confianza a la tropa, reparar las pérdidas pasadas, y castigar el arrebatamiento de los enemigos, que no eran valientes sino cuando acometían a los pueblos que tenían muy pocas guarniciones. Este último dictamen prevaleció.

Torrecusa reunió todas las tropas que solo ascendían a siete mil hombres de infantería y dos mil y seiscientos caballos, y confió el mando al Baron de Monlinguer. Dividió la infantería en nueve cuerpos y la caballería en treinta y cuatro escuadrones, y se puso en marcha en busca del enemigo. Alburquerque viéndose en la necesidad de combatir puso en orden de batalla su tropa. Dividió su caballería en doce cuerpos, puso seis de Portugueses en el ala derecha y los extranjeros en la izquierda. Melo el Monfero mayor mandaba aquélla, y ésta el Comisario general teniendo a sus órdenes al Holandes Piper que mandaba los de su nación. Dispuesta la tropa para el combate, Alburquerque les habló de este modo: "Portugueses, acordados que vuestrros antepasados se han llenado de gloria derrotando muchas veces a estos soberbios Castellanos que quisieron dominarlos. Juan primero con solo seis mil hom-
TABLAS CRONOLÓGICAS.

| Años de | Tablas derrotó un ejército de treinta mil en la ba-
| J.C.    | nalla de Aljubarrota, y vosotros mismos en es-
|         | tos tres años los habéis hecho pedazos quantas
|         | veces han querido resistir á vuestras armas. El
|         | terror se ha apoderado de ellos, y no tienen va-
|         | lor para ponerse en vuestra presencia. ¿Tene-
|         | reís á estos cobardes que les asombra oir el
|         | nombre Portugues? Torrecusa su General ha
|         | sido mil veces batido por los Catalanes, y per-
|         | suadido de su derrota no se atreve á mandar en
|         | persona el ejército por no ser testigo de la ig-
|         | nornia de su nación. Pelead con confianza: la
|         | victoria os espera para coronaros: el día de hoy
|         | vá á decidir si habéis de ser libres ó esclavos.
|         | "Acordaos de vuestro Rey, de vuestra patria, y
|         | de que sois Portugueses." Toda la tropa estaba
|         | llena de ardor y con deseos de que se diera la se-
|         | fiel del combate. Los Castellanos llenos de ira,
|         | viendo los esclavos que se habían escapado de sus
|         | manos, y deseando castigar las violencias que ha-
|         | bian cometido en los pueblos indefensos, acomo-
|         | tiéron con grande ímpetu el ála izquierda de los
|         | Portugueses, y en un momento la derrotaron po-
|         | niéndola toda en desórden y confusión. La caba-
|         | llería del ála derecha acudió á su socorro, pero
|         | fué rechazada con mucha pérdida y tuvo que re-
|         | troceder. Vencida ésta, atacaron la infantería por
|         | la frente y por la espalda, y fue puesta en derro-
|         | ta sin que Alburquerque pudiera reunirla por más
|         | esfuerzos que hizo. Toda la artillería y el bagage
|         | quedó en nuestro poder, y el General Portugues
|         | se retiró con dos mil hombres de infantería y dos-
|         | cientos caballos; los demás se dispersaron. Los
|         | Portugueses perdieron novecientos hombres entre
|         | muertos y heridos: de la caballería muy pocos,
|         | porque desordenados y confundidos á la primera
|         | acometida todos se dispersaron. Los Españoles tu-
|         | vieron poco mas ó menos la misma pérdida. Mu-
|         | chas personas principales de entrambas naciones
|         | quedaron muertas en el campo de batalla, y al-
|         | gunas prisioneras. Los dos partidos se atribuyé-
|         | ron la victoria, y se celebró con fiestas y regoci-
|         | jos en Madrid y Lisboa. Lo que parece cierto es
|         | que ambos ejércitos fueron destrazados, y que
|         | ninguno estaba en disposicion de hacer progresos.

TOMO XVIII.  $ 3
El Marqués de Tabora Capitán general de Galicia quiso vengarse de los insultos y violencias de los Portugueses entrando en los pueblos de las fronteras de aquel rey no, y hallando mucha resistencia abandonó su empresa. En toda la frontera de Portugal y de España había casi de continuo acciones particulares entre unos y otros acompañadas de sangre, desolación y ruinas; pero no es necesario que nos detengamos en referirlas, puesto que no tenían influencia ninguna para mudar el estado general de las cosas públicas. En Flandes los Franceses hacían contra otros la guerra con mayor vigor. El Duque de Orleans que mandaba el ejército resolvió atacar a Gravelina, se apoderó de varios fuertes que podían poner obstáculo a esta empresa, y el primero de Julio llegó a esta plaza estando sobre ella por su orden el Mariscal de la Melleraye con su división. Se puso sitio en forma, la batió, y después de doce días de brecha abierta no habiéndola podido socorrer Picolomini, que mandaba el ejército de España, capituló. Los Holandeses ayudaron mucho para esta conquista habiendo enviado al Almirante Tromp con una esquadra para impedir que les entrasen socorros por mar. A esta rendición se siguió la de Sas de Gand que hicieron los Holandeses sufriendo infinitas fatigas, y los Franceses se apoderaron de los fuertes de Rebus y de Henhuyen que se rindieron en muy poco tiempo. La debilidad de la España se manifestaba por todas partes, y todo el mundo se atrevía contra este costo que en otro tiempo era el terror de todas las potencias. El Príncipe de Saboya que los años pasados era uno de los más inferiores Generales que tenia, ahora arrancaba impunemente las ciudades de sus manos luego que resolvía sitiarlas. En esta campaña se apoderó de Pouson y de S. Ya, que situó en forma y la obligó a rendirse por capitulación.

El Duque de Orleans abrió la campaña en Flandes con tanta felicidad, que en poco tiempo nos quitó los fuertes de Vandeval, de Guesla y Dringuen que habían construido nuestros Generales sobre el río Colma para impedir el paso a los ejércitos enemigos. Las guarniciones se defen-
Los Holandeses invadieron la Flandes al mismo tiempo por parte de la Exclusa, de modo que fue necesario dividir las pocas fuerzas que teníamos en dos ejércitos para resistir a dos enemigos poderosos; y no siendo bastantes, el Archiduque llamó al Duque Carlos de Lorena, el cual poniéndose a la frente de un cuerpo de tropas arrojó de la Flandes a los Holandeses derrotándoles completamente en una batalla que les dió. El Duque de Orleans pasó el río Colma no sin que le costase mucha gente, porque los Españoles guardaban con el mayor cuidado todos los pasajes. Después de algunos combates muy obstinados les obligaron a retirarse, y estas tropas se juntaron con las de Picolomini. El Francés continuó su marcha hacia Mardic resuelto a poner sitio a esta plaza; pero necesitando fuerzas de mar para impedir que le entrasen socorros, los Holandeses sus aliados enviaron a Tromp con treinta bageles, y haciéndose dueño de la rada cerró enteramente la entrada de la plaza. El Duque dividió su ejército en tres cuarteles, el general se puso en el viejo Mardic, el segundo al mando de Gasion entre Dunquerque y la plaza, y el tercero que mandaba el General Rantzau cerca de una Iglesia entre los dos. Se empezaron las obras del sitio con mucha actividad, y el primero de Julio los sitiados con sus salidas las interumpieron y por algunas partes las destruyeron; pero colocadas las baterías se hizo un fuego vivísimo contra la muralla hasta abrir brecha, y viendo que no podían defenderse el 9 del mismo mes capitularon y salieron con todos los honores. El fuerte de Link sin
embargo que tenía quinientos hombres de guarnición se rindió el día 11 en que fué atacado. Bourbourg que los Españoles habían hecho plaza de armas para socorrer a Gravelina fue sitiada en forma, y después de varios ataques y abierta brecha, el Conde Doran que era Gobernador pidió capitulación; mas el orgulloso Francés que debía haber honrado el valor de esta guarnición, no quiso concederla sino que se rindiera a discreción. Bramaron de furor los soldados resueltos a vender bien caras sus vidas antes que consentir en una infamia semejante. El Duque que conocía que una gente reducida a la desesperación podría hacerle comprar la plaza á fuerza de sangre, se resolvió admitirlos con la condición de quedar prisioneros de guerra, y el 9 de Agosto salieron después de haber disputado el terreno á palmos, y hecho morder el polvo á los mejores soldados de los enemigos, por cuyo motivo se les quería obligar á rendirse á discreción. Las ciudades de Menín y de Armentiers tuvieron la misma suerte, y por haberse rendido pronto sus guarniciones se les concedieron todos los honores. Bethune abrió las puertas sin hacer ninguna defensa á los Mariscales Gasion y Rantzau, y Lilers y S. Venant tuvieron la misma suerte. El General Lamboy que mandaba nuestras tropas se apoderó de Moncassel en pocos días de sitio y por sorpresa de Mardic, y reconquistó algunas plazas que estaban en poder de los Franceses.

El ejército de los Españoles estaba dividido en dos cuerpos, uno de ocho mil hombres mandado por el Príncipe Carlos de Lorena, y el otro de dos mil á las órdenes del Conde de Fuentesaldaña, los cuales debían reunirse en Courtray para continuar sus conquistas. Entre tanto Gasion hizo una marcha forzada para impedirlo; y sabiendo que en Rouest y Alsing había seis regimientos de infantería Española y cinco de caballería, se echó de improviso sobre ellos y los derrotó sin darles tiempo para defenderse. Hizo seiscientos prisioneros, y cogió mil y doscientos caballos, diez y nueve vanderas y ocho estandartes. El Príncipe Carlos perdió la plaza de la Motta que se reputaba por inconquistaible. Tres
TABLAS CRONOLÓGICAS.

Mariscales la sitiaron sucesivamente, el Hopital, Magalotti, y el Marqués de Villeroy, que después de mucho tiempo y de ataques obstinados fueron reducidos los sitiados por el hambre y no por el valor de los sitiadores; y por orden de la corte de París se mandaron demoler las fortificaciones para que en adelante no sirvieran de asilo a los que intentasen por aquella parte hacer invasiones en la Francia.

En Italia aunque el Príncipe Thomas se puso muy tarde en campaña hizo grandes progresos por la impericia de nuestros Generales, y las pocas fuerzas que teníamos. El Marqués de Serra que mandaba las tropas en el mes de Junio tomó el pequeño castillo de Capiara, y demolidas las fortificaciones como si hubiera conseguido una victoria insigne se retiró a descansar. El Príncipe reunido su ejército con el de los Franceses entró en el Milanesado, y en muy pocos días se hizo dueño de Vigevano y la Roca. El Gobernador queriendo reconquistarlas salió en campaña, y habiéndose encontrado los dos ejércitos en las riberas del Mora se dió la batalla el 19 de Octubre empezando por pequeñas escaramuzas como es costumbre, y luego se hizo general el combate.

Se peleó algún tiempo con obstinación defendiendo los Españoles las riberas con mucho valor, mas al fin cansados empezaron a retirarse con alguna confusión, y últimamente abandonaron el campo de batalla dejando dos mil muertos y algunos prisioneros y heridos. El Príncipe perdió mucha gente, pero no tanta que no pudiese hacer grandes prodigios después de esta victoria sino se hubiera introducido la división entre él y el Mariscal Du-Plesis. No pudiéndose concordar en el plan que debían seguir dijeron tiempo a los Españoles para reparar sus pérdidas y ponerse en estado de defenderse. Al fin de la campaña el Gobernador acometió la fortaleza de Roca, y después de algunos días de sitio capituló y volvió al poder de los Españoles.

En España el Rey ponía la mayor actividad en el gobierno extendiendo sus cuidados a todas las partes de él, especialmente a la guerra de Cataluña, deseando reducir esta provincia re-
elde y volvería a reunir a su corona. El año pasado estuvo en la frontera de Aragón, y por su orden se atacó a Lérida que después de un largo sitio capituló y entró triunfante en la ciudad, y aunque su presencia se consideraba necesaria para dar mayor calor a los preparativos de la guerra, la muerte de la Reyna Doña Isabel de Borbon que sucedió el 6 de Octubre en Madrid le obligó volver a la corte. Tomadas las providencias necesarias resolvió salir para el ejército de Cataluña, y el 11 de Marzo de este año partió para Zaragoza con el Príncipe D. Baltasar. Convocó cortes que se juntaron el 20 de Septiembre y le juraron como Príncipe y sucesor a la corona, y en Valencia se hizo lo mismo en el mes de Octubre ofreciendo los estamentos al Rey, que se hallaba presente con el Príncipe, dos mil hombres de guerra pagados, armados y vestidos por seis años; y agradecido a tan oportuna y generosa oferta hizo muchas gracias a varios particulares y cuerpos políticos.

Mientras el ejército se estaba preparando en Lérida y toda la frontera para ponerse en campaña, el Conde de Harcourt nombrado Virrey de esta provincia luego que llegó a ella resolvió conquistar a Rosas como lo había determinado la corte, plaza importante que abría la comunicación entre Cataluña y Rosellón. Se encargó esta expedición al Conde Plesis-Pralin, el cual debía emprenderla con el mayor vigor para acelerar su rendición. Éste acometió a Rosas el 22 de Abril, y luego distribuyó su tropa ocupando los puestos convenientes para impedir que no le entrase ningún socorro por tierra, y al mismo tiempo se presentó por mar una esquadra para bloquearla. La plaza tenía tres mil hombres de infantería y trescientos caballos, lo que obligó al General Francés a tomar todas las precauciones antes de abrir trincheras para poder resistir en caso de hacer alguna salida; y así fortificó bien su campo, y hasta fin del mes no se emprendieron los trabajos del sitio. En este tiempo la guarnición hizo varias salidas, unas con felicidad y otras siendo rechazada con mucha pérdida. En fin acabadas las obras y colocada la artillería se batió sin ce-
Hasta abrir brecha, y no pudiendo defenderse capituló con honrosas condiciones y la entregó al enemigo.

Entre tanto el Conde de Harcourt atacó nuestro ejército cerca de Balaguer, y después de una acción muy viva en que perdíamos más de dos mil hombres entre muertos, prisioneros y heridos, abandonamos el campo de batalla, y dispersándose los soldados se libraron del furor de los enemigos huyendo por los bosques y desfiladeros. El General Francés la puso sitio, se rindió sin mucha resistencia, y poniendo fin a su expedición se volvió a Barcelona a sofocar una conjuración que desde el año precedente se había formado con el mayor secreto para entregar la ciudad a los Españoles. La Baronesa de Albes estaba a la frente de los conjurados. Todos fueron presos, y convencidos pagaron con la cabeza, a excepción de aquélla, a la cual se le perdonó por motivos de política con el pretexto de no estar bien justificado su delito, y porque su hermosura había echado un velo muy denso sobre él.

La guerra de Portugal continuaba con alguna lentitud por las pocas fuerzas que unos y otros tenían. La corte de España nombró General del ejército al Marqués de Leganés en lugar de Torrecusa que pasó al Virreynato de Milan, y el Conde de Castel Melhor fue substituido a D. Matías de Alburquerque. Los dos Generales hacían sus preparativos para empezar las hostilidades, poniéndose al mismo tiempo una esquadra en Cádiz para atacar las plazas marítimas de Portugal. Leganés juntó fuerzas bastantes en Badajoz, y el 25 de Octubre se presentó delante de Oli- venza con doce mil hombres de infantería y tres mil caballos, se apoderó del fuerte de S. Antonio, y hizo minar dos arcos del puente para hacerlos saltar en caso que los enemigos se presentasen. Castel Melhor envió quatrocientos hombres de socorro a la plaza por D. Juan Fonseca Barreto Sargento mayor, mas habiéndolos encontrado una partida de caballería se echó sobre ellos y los hizo pedazos. El Marqués hizo saltar los dos arcos, y envió mil caballos para talar y saquear las cercanías de Villaviciosa, y los Portugueses
hiciéron lo mismo por parte de Badajoz llevándose algunos prisioneros. Leganés se apoderó de Telena y construyó un fuerte para que sirviera de asilo a los que habían de hacer correrías en el país, y estando avanzada la estación se volvió a Badajoz. En lo demás de la frontera no hubo sino correrías de una y otra parte. Los Holandeses continuaban las hostilidades en el Brasil y en la India Oriental contra los Portugueses con infracción manifiesta de los tratados. Mas el amor que tenían al nuevo Rey los llenó de entusiasmo, y no solamente defendieron las plazas que ocupaban, sino que reconquistaron otras persiguiendo por todas partes a estos orgullosos republicanos.

El Rey que estaba hacía mucho tiempo en la frontera de Cataluña con el ejército, luego que entró el invierno se retiró y llegó a Madrid el 4 de Diciembre. Los apuros en que se encontraba para continuar la guerra eran tan grandes, que no hallando los Ministros medios para salir de él se aconsejaron que convocasen las Cortes que se celebraron en Madrid el 22 de Febrero, y se trató con mucha prudencia de sujetar a Cataluña y Portugal, pues todos estaban convencidos que era necesario. El Rey nombró al Marqués de Leganés Virrey y Capitán General de aquella provincia, y del ejército de Portugal á Dulinguén que era General de la caballería. El 14 de Abril se fue á Pamplona para que se jurara al Príncipe, lo que se verificó el 3 de Mayo.

El Conde de Harcourt se puso en campaña luego que la estación lo permitió con resolución de dar la batalla al Marqués de Leganés, y en el caso que éste la evitase poner sitio á Lérida. El combate no pudo verificarse, y al fin de Mayo embistió la ciudad, construyó las líneas de circunvalación, y las fortificó de manera que no podía ser atacado: hizo abrir trincheras queriendo reducir á los sitiados más por el hambre que por la fuerza, habiendo dado las providencias para la subsistencia de su ejército por mucho tiempo. El Gobernador que conoció su proyecto distribuyó los víveres con la mayor economía confiando de que el Marqués de Leganés vendría á
su socorro. El General Francés hacía seis meses que estaba sobre la plaza, y en este tiempo los sitiados hicieron varias salidas que interrumpieron los trabajos y destruyeron algunas obras mantando alguna gente. Sin embargo de lo mucho que se economizaban los viveres, se hallaba la guarnición muy apretada del hambre y reducida a la mayor miseria: el Marqués que estaba a la vista de las líneas no se ocupaba sino en interceptar los convoyes sin dar ninguna muestra de que quería atacarlas: en fin fingiendo que se retiraba, hizo dar un largo rodeo a una parte de sus tropas por unos desfiladeros. Harcourt y todos los demás oficiales persuadidos que se había retirado, guardaban las líneas con poco cuidado, y dando vuelta de improviso las atacó, y derrotando las tropas que había en ellas las penetró. Los enemigos procuraron reunirse; pero estaban tan abatidos por las fatigas de un sitio tan largo y del hambre, que no pudieron resistir a los esfuerzos de los Españoles, y se retiraron dejando en el campo muchos cañones, armas, y municiones. Emprendió el sitio con diez y ocho mil hombres y cuatro mil caballos, y cuando lo levantó no llegaba a doce mil de infantería y dos mil de caballería. Después de esta gloriosa expedición el Rey se volvió a Zaragoza donde el Príncipe Don Baltasar cayó enfermo el 2 de Octubre, y el 9 bajó al sepulcro con gran sentimiento de la nación porque no quedaba heredero del trono, y se volvió a Madrid a pasar el invierno y disipar con las diversiones de la corte las ideas tristes que le afligían.

En Flandes continuaban las desgracias. Gasión el 13 del mes de Mayo sorprendió unas compañías de caballería que había en tres pueblos de las cercanías del canal que va de Brujas a Dunquerque. El ejército de los Franceses se componía de treinta mil hombres, y divididos en tres cuerpos entraron en Flandes por tres partes diversas para poder subsistir mejor. El Duque de Lorena mandaba el ejército Español que se había puesto en movimiento y pasado el Escalda para oponerse al proyecto del Duque de Orleans. Luego que supo la marcha de los Franceses le repaso por
Mortagne y se juntó con los Generales Picolomini, Beck y Lamboy. Reunidas estas fuerzas, formaban un ejército de veinte y cinco mil hombres, y fueron siguiendo el de los enemigos estando el río de por medio. Mas debajo de Tour- nay se apoderaron de un pasage y atacaron la ciudad para facilitar los convoyes. El Duque de Enguien se apoderó del castillo de Launoy situado entre Tournoy y la isla. Cuando estaban vencidas todas las dificultades, y no había obstáculo ninguno para emprender el sitio de esta plaza, el Duque de Orleans mudó de propósito y resolvió poner sitio a Courtray.

El 13 de Junio embistieron la plaza los Mariscales Gasion y Rantzau, uno de parte de Lis y otro de la otra. El Duque de Enguien se fué con sus tropas a Tourcoyn, y tomó una posición ventajosa porque supo que los enemigos venían a atacarle. Se atrincheró a una legua de Courtray, y por la noche se fué a esta ciudad donde el Duque de Orleans había llegado el día 14. Delpon- ti, oficial de mucha reputación, pasó por medio de los sitiadores y entró en la plaza con su regimiento y ocho compañías de infantería. Los Españoles se acercaron, atacaron el quartel de Gasion y fueron rechazados; y viendo que no podían socorrer la plaza por esta parte, atrevesaron el río Lis y hicieron lo mismo con el quartel de Rantzau que tampoco tuvo buen suceso; y habiéndose quedado acampados en este lugar no fueron sino expectadores inútiles de la rendición de la plaza. El Duque de Enguien y el Mariscal de Gasion la atacaron a un mismo tiempo por diferentes partes y abrieron trinchera. El Duque de Lorena que se había puesto en una altura que dominaba el campo de los enemigos, colocó una batería que incomodaba mucho a los trabajadores y a la caballería. Los sitiados hacían frequentemente salidas creyendo que el de Lorena que estaba a la vista de las líneas les iba a socorrer. Después de defenderse con mucho valor, el Gobernador rindió la plaza con una capitulación honrosa. El de Lorena cuando se estaba entregando se fué al Lago de Gand a recha- zar a los Holandeses que a solicitud de la
Francia se dirigian á él para llamar la atencion de los Españoles y dividir sus fuerzas. El 19 llegó al llano de Brujas para impedir que los Franceses se juntáran con los Holandeses; pero habiendo sabido que venia todo el ejército enemigo con resolucion de darle la batalla se retiró bajo el cañón de la misma plaza.

El Duque de Orleans ejecutado el plan que se había propuesto se volvió á acampar sobre el Lis, y el 28 atacó la ciudad de Bergues-San-Winoc. El 31 se rindió después de abierta brecha, y la guarnicion salió con los honores acostumbrados. Mardic, que la habían reconquistado los Españoles, al fin de la campaña siguiente fué sitiada de nuevo; y D. Fernando Solis que era su Gobernador hizo una defensa gloriosa, pero desmontadas sus baterías y abierta brecha se rindió y salió con la guarnicion que era de dos mil quinientos hombres con los honores de la guerra. Conquistada esta plaza el Duque de Orleans se volvió á París dejando el mando del ejército al de Enguien, el qual habiéndola puesto en estado de defensa se fué á atacar al Marqués de Cara-cena que estaba cerca de Vulpen con seis mil hombres; pero habiéndose retirado por ser muy inferior en fuerzas, el Duque se presentó delante de Furnes, y á la primera intimacion se rindió sin hacer ninguna defensa. Continuó sus conquistas y puso sitio á la famosa plaza de Dunquerque; y el 5 de Setiembre la reconoció él mismo con las compañias de Gendarmes y su caballería ligera, y tuvo una pequeña escaramuza con los enemigos que le acometerón. El 19 salió el ejército de Furnes, y poniéndose sobre la plaza empezó á trabajar en las líneas de circunvalacion que quedaron concluidas el 24, y el Almirante Tromp la bloqueó por mar. El Marqués de Leda que era Gobernador hacia muchas pruebas de su valor y habilidad, y tenía para defenderla dos mil y quinientos hombres de infantería y trescientos caballos, oficiales muy buenos, tres mil habitantes sobre las armas, y dos mil marineros.

Acabadas las líneas, y distribuidas las tropas en muchos quarteles, el Duque mandó dar dos ataques á un tiempo, el uno al bastion que está
Ayer de la mar, y el otro al cuerno que estaba cerca del mismo. El General Picolomini se acam-
pó en la Abadía de las Dunas cerca de Furnes con la intención de forzar las líneas y socorrer la plaza; pero viendo que no tenía bastantes fuer-
zas abandonó su proyecto. Los sitiados hiciéron algunas salidas y se empeñaron acciones muy vi-
vas, que no sirvieron sino para hacer morir algunas gentes de una parte y de otra. Las obras del sitio estaban tan adelantadas que la plaza se ha-
bía de rendir de necesidad. El Duque se sirvió de la negociación para acabar la obra con mayor brevedad y menos peligro. Hizo entender al Go-
bernador que había cumplido él y toda la guarnición con lo que exige el honor y la fidelidad, y que por su valor eran acreedores a los mejores tratamientos si se resolvían a capitular y no se obstinaban en una defensa inútil; que no podían prometerse ningún socorro; y que si lo dilataban más tiempo se vería precisado a tratarles con todo el rigor de la guerra. El estado de la plaza y la imposibilidad de defenderla mas tiempo le obli-
garon a capitular el 7 de Octubre con la condi-
ción de que no siendo socorridos dentro de cinco días la entregasen en sus manos, y el 22 salió con la guarnición que se componía de mil dos-
cientos hombres de infantería y doscientos y cin-
cuenta caballos después de trece días de estar abierta la trinchera. El Mariscal de Gasón fue a reconocer la plaza de Duxmuda con orden que si no se podía atacar por estar la estación tan ade-
vantada, procurase introducir un convoy en Cour-
tray. Los Españoles le salieron al encuentro y se trataba una acción muy teñida, en la cual unos y otros perdieron bastantes gentes, abandonando los primeros el campo de batalla sin poder impe-
dir que entrase el convoy en la plaza. El Duque de Lorena que mandaba en Flandes los ejércitos de España perdió la plaza de Logwi que era la única que le quedaba en sus estados.

El Cardenal Mazarino, no menos empeñado en arrojar de Italia a los Españoles que Riche-
lien, formó el proyecto de quitarles las plazas que tenían en las costas de la Toscana destinando para este fin un ejército de tierra y una esquadra, el
primero debía mandarlo el Príncipe Thomas y la flota el Duque de Breze, y se proyectó atacar a Orbitello ciudad situada en medio de un lago casi inaccesible por todas partes. El Príncipe se embarcó con una parte de las tropas, y las restantes las envió al Piamonte para servir bajo las órdenes del Marqués de Villa. Las desembarcó para atacar la ciudad por tierra, y habiéndose apoderado de los fuertes de Telamona, de Salinas, y de S. Esteban, se acercó a Orbitello y la sitió en forma cercándola por todas partes; de modo que por tierra no podía ser socorrida sino por las fuerzas de Nápoles, que llegaron después de algunos días de sitio, y sólo pudieron introducir en ella un pequeño socorro que no podía sostenerla mucho tiempo. Cuando estaba para rendirse llegó la esquadra Española mandada por el Marqués de Pimentel y se dió un combate que duró tres horas. El Almirante Francés fué muerto, y derrotados sus bageles se retiraron a Tolon para repararllos. El Príncipe Thomas continuó el sitio, y cuando estaba combatiendo con las tropas que el Virrey de Nápoles enviaba para socorrerla, D. Carlos de la Gatta hizo una salida con la guarnición, arrojó de la trinchera a los Franceses, y destruyó todos los trabajos, obligándolo de este modo al Príncipe a retirarse sin haber conseguido otra cosa que perder la mitad de su ejército y exponer la Provenza al peligro de caer en poder de los Españoles; por cuyo motivo renunciando por sospechoso la Francia le quitió el mando, y envió a Italia al Mariscal de la Melleraye junto con el Mariscal Plesis.

Los Generales se hicieron a la vela el 17 de Setiembre con veinte y nueve bageles Franceses y siete Portugueses, y desembarcaron en la Isla de Elba con ánimo de sitiar a Portolongone, mas antes se apoderaron de Piombino donde hallaron muchas municiones que les sirvieron para el sitio de la primera, y aunque los sitiados se defendieron con mucho valor, después de veinte días de trinchera abierta capitularon el 29, y el 30 salieron con los honores de la guerra. El Duque de Médena rendidas estas plazas se separó de la liga de los Españoles y se unió con los Franceses, los
En 1647, el Rey lleno de gozo con estas noticias tan prósperas se entregaba a las diversiones, y cansado de la multitud de negocios que cargaba sobre él aunque había resuelto despachar por sí mismo con los secretarios, abandonó este propósito que había sido de tanta satisfacción para la nación, y nombró por su Ministro a D. Luis de Haro depositando en él toda su confianza. Pero éste no tenía la sagacidad y las luces que su tío, era de un carácter más suave, y por esta razón se hizo menos odioso. El Rey que se veía sin hijos y había reconocido a uno que tuvo en la Calderona, famosa cómica de Madrid, el cual tomó el nombre de D. Juan de Austria, y a quien el Conde Duque siempre lo había apartado de su lado para que el afecto paterno no le diera parte en el manejo y administración de los negocios, y le hiciera perder a él la confianza, algun tiempo antes le había dado el priorato de San Juan. Mandó ponerle casa en la corte con la magnificencia que correspondía a su nacimiento, pero él quiso mas vivir retirado en Consuegra. Este asio le nombró Generalísimo de mar, dándole para su consejo los Generales D. Gerónimo de Sandoval...
Juanetín de Doria, el Marqués de Monte-alegre, y D. Luis Fernandez de Córdoba.

A petición de las cortes trató el Rey de casarse para asegurar la sucesión en el trono, y resolvió efectuar su matrimonio con Doña Mariana de Austria hija del Emperador D. Fernando III. Se encargó esta negociación que no era muy difícil a D. Diego de Aragon Embajador de Viena: el 2 de Abril estaban convenidos con gran satisfacción de las dos cortes, y el 17 de Julio se publicaron las bodas en Madrid. Ocupado el Rey con la idea de su matrimonio y con otras diversiones no extendía sus cuidados ni a los negocios de la guerra ni a la administración pública de sus Estados, dejando a D. Luis de Haro árbito de todo, obrando con tanta autoridad y despotismo como su tío, pero con menos orgullo y vanidad. Al principio se aplicó este favorito con la mayor actividad en proporcionar medios para continuar la guerra por todas partes con el mayor vigor, especialmente en Cataluña, donde los Franceses habían aumentado sus tropas para quitarnos las plazas que habíamos conquistado la campaña precedente.

La corte de Francia nombró General de Cataluña en lugar del Conde de Harcourt al Príncipe de Condé, y entró en Barcelona el mes de Marzo. Pocos días después llegaron el Mariscal de Grammont y el Duque de Richelieu que mandaba las galeras de Francia, y habiéndose deliberado por dónde se abriría la campaña resolvió que por el sitio de Lérida, y Richelieu se fué a Tolon con sus galeras puesto que nada podía servir para este sitio. Reunidas las tropas, y dadas las órdenes necesarias, salió de Barcelona el 8 de Mayo el Teniente general Marcin con una división, puso su quartel en Villanoveta que dista menos de una Legua de la ciudad, y el cuerpo del ejército que llegó el día siguiente sentó su quartel al otro lado del Segre, en el cual estaba el Príncipe y el Mariscal de Grammont. Las líneas de circunvalación que el año anterior había levantado Harcourt todavía no estaban enteramente destruidas y facilitaban mucho los trabajos del sitio, de modo que el 13 y 14 del mis-
mo meses quedaron ya reparadas. Luego se hizo venir la artillería y las provisiones necesarias sin obstáculo ninguno, porque los Españoles no estaban en disposición de ponerse en campaña tan pronto. La demasiada confianza, que suele hacer salir mas las grandes empresas, fué causa que ésta no tuviera el éxito feliz que se prometían.

D. Antonio Brito de nación Portugues era Gobernador de la plaza, hombre de mucha experiencia y de una prudencia consumada, el cual entendía perfectamente el arte de defenderse, tenía tres mil Españoles de guarnición soldados veteranos y de un valor a toda prueba.

Los enemigos se ocuparon hasta el 26 en arreglar sus cuarteles, concluir la obra de las líneas, y hacer entrar en el campo forrajes y víveres. Brito este mismo día hizo salir su caballería, y acometió con tanto ímpetu y tan de improviso el cuartel de Marcin que casi se apoderó de él, porque habiendo salido mucha gente a forragear tenía poca tropa, y esta salida le costó algunos hombres. El 27 hechos todos los preparativos se abrió trinchera por dos partes. El ataque del Príncipe de Condé fué por cerca de una Iglesia que estaba medio arruinada poco distante de las puertas, y la del Mariscal de Grammont por la derecha por la parte de otra Iglesia, y entrambos llegaron hasta el pie de algunas obras que el Gobernador había mandado construir. Los sitiados hicieron dos salidas contra el ataque del Príncipe, en la primera arrojaron a los sitiadores en modo que para volver a ocupar los puestos que tenían fué necesario que el Príncipe y el Mariscal acudieran con mayores fuerzas, perdiendo en esta acción los Franceses mucha gente; en la segunda arruinaron todos los trabajos de los sitiadores, pero como estaban prevenidos les obligaron a entrar en la plaza.

Los trabajos se adelantaban con mucha lentitud porque se habían emprendido por una parte muy mala. Los sitiados hicieron el día 3 de Junio una salida con treinta hombres armados, y cayendo con grande furia sobre los que estaban en la cabeza de la trinchera los hicieron abandonar su trabajo y huir, hasta que sostenidos por otros les
El 6 se llenaron de consternación los Suizos y abandonaron las trincheras. Los Franceses perdieron entre muertos y heridos más de trescientos hombres, entre los cuales había algunos oficiales y el ingeniero Pomma, hombre muy hábil y de la mayor intrepidez. El 11 hicieron otra salida a mediodía que excitó un movimiento casi general rechazando los sitiados todo lo que encontraban delante de sí, y haciendo morder el polvo a muchos oficiales y soldados. El 13 por la noche, precedido un gran fuego de granadas y artificios, incendiaron una galería que se había puesto en el foso. El 16 fue la última tentativa del todo inútil. Las obras del sitio no se adelantaban nada: la infantería se había disminuido considerablemente por las enfermedades, deserciones, y acciones frecuentes con los de la plaza. Estos motivos hacían creer al Príncipe que le sería imposible tomarla, y que si se obstinaba en el sitio tal vez perdería su reputación. Junto pues el consejo de guerra, y después de una madura deliberación se resolvió abandonarla.

El 17 por la noche retiraron diez y siete cañones que tenían en una batería, y todo lo que había en la trinchería: el 18 desfilió todo el ejército por un puente de barcas que tenían sobre el Segre, y luego que acabó de pasar la tropa y el bagaje a media noche se deshizo. Todo el mes de Junio estuvo entre Villanoveta y el Collège; el 1.º de Julio tomó el camino de Tarragona, puso el quartel general en las Borjas, y Marcin se colocó cerca de la ciudad. El mes de Julio y Agosto estuvo en la inacción porque los calores fueron excesivos: entrado el mes de Septiembre empezó a hacer algunos movimientos extendiéndose por varias partes, mas con fin de saquear y robar que de conquistar. Condé y Grammont se apostaron en Castelld de Farfaha para hacer frente al ejército Español. El Marqués de Aytona se dirigió a Lérida con doce mil infantes y tres mil y quinientos caballos con ánimo de coger por la espalda a los Franceses, hacer nacer alguna revolución en el corazón de Cataluña, y acabar con todos ellos. Para impedir estas operaciones el Mariscal Grammont pasó con
toda diligencia a Tarragona, desde donde podía observar los movimientos de los Españoles, y destruir todos sus proyectos.

Aytuna pasó a las Borjas en busca de los enemigos con ánimo de darles la batalla. Condé se fué a Belpuig, obligándole con este movimiento a volverse a Lerida, y le persiguió sin cesar hasta que pasado el Segre se entró en Aragon. En las fronteras de Portugal no hacían ningún progreso nuestras armas sino acciones pequeñas y de ninguna importancia sobre las riberas del Guadiana, e incursiones para saquear y robar que no deben entrar en la historia de las naciones civilizadas. Entretanto aquella corte no dejaba de preparar una flota para aumentar las fuerzas del Brasil, y arrojar de estas posesiones a los Holandeses que contra la fè de los tratados les hacían una guerra cruel sin que la república hiciese caso de sus quejas.

Los Ministros de Madrid en este tiempo estaban enteramente ocupados en procurar sostener por todos medios los estados de Flandes, que por las pérdidas de la campaña pasada estaban en el mayor peligro; y aunque habían hecho proposiciones de paz á la regencia de Francia por la influencia y intrigas de Mazarino, no menos vano y orgulloso que su predecesor, se habían desechado. La negociación que estaba pendiente con la Holanda también se desvaneció por los mismos medios, y ya no quedaba más arbitrio que pedir socorros al Emperador, puesto que la division que se había introducido entre los Suecos y Franceses le dejaba respirar un poco. El Emperador ofreció auxiliarle con tal que se nombrase Virrey de Flandes al Archiduque Leopoldo con la misma autoridad y facultades que lo había sido el Archiduque Alberto y el Cardenal Infante; y se aceptó este partido creyendo que de este modo cesarían las divisiones que había entre los Generales, las cuales habían sido causa de las desgracias que habían sufrido aquellos estados. El zelo entre los Grandes de aquellas provincias había hecho más fácil la conquista de algunas ciudades, y se tenía por cierto que estos males se remediarían habiendo una sola cabeza en el gobierno. Se hi-
Mientras que se apoderaría de ella porque las fortificaciones eran malas, y algunos habitantes que estaban cansados del yugo Francés habían formado una conjuración para abrir las puertas a la tropa Española luego que se presentase; pero habiéndose descubierto se frustró el proyecto y los conjurados pagaron con la vida. El mismo día que se presentaron delante de ella los tres mil hombres, el Gobernador les acometió y las hizo retirar hasta su campo, conociendo por esta conducta que la empresa no era tan fácil como habían creído, y que debían proceder con mucha precaución. Sintieron en forma esta plaza, y aunque los sitiados hicieron algunas salidas con mucha intrepidez, el 25 estaban reducidos a tal extremo que el Archiduque intimó la rendición, con la amenaza que si en el término preciso de una hora no se entregaban daba el asalto y todos serían pasados a cuchillo. Intimado con esto el Gobernador, y hallándose sin pólvora ni municiones, capituló con condiciones honrosas.

Los Mariscales Gasion y Rantzau juntaron sus tropas para oponerse al enemigo, y acediendo la plaza de Dixmuda la obligaron a rendirse. El Archiduque se fue a sitiar a Landreci el 28 de Junio, y los dos Mariscales volaron a su socorro el primero de Julio. Pasaron el 2 el Sambra por Châtillon llevando veinte piezas de cañón con ánimo de forzar las líneas y introducir el socorro; pero habiéndolas visto tan bien fortificadas no se atrevieron a atacarlas y se retiraron. No teniendo esperanzas de socorro, el Gobernador se rin-
dijo el 12 de Julio después de veinte días de trincheras abiertas, concediéndole una capitulación honrosa. Gasión no habiendo podido socorrer a Landreci se fue a atacar a la Basea el 13 de Julio por no tener en la inacción el ejército. El Archiduque conoció su intento y procuró hacer entrar un refuerzo; pero no lo pudo conseguir porque trabajaron con tanta diligencia los enemigos en levantar las líneas, que cuando llegaron estaba ya cerrada; y no teniendo fuerzas bastantes para forzarlas les fue preciso retirarse, y la guarnición capituló el 19 de Julio. El Mariscal Rantzau se apoderó al mismo tiempo de Kenoque, de Nieufdan y de la Éclusa, y esta última la demo- lió; y cuando se retiraba el Marqués de Carace- na lo atacó pasando por un dique y tuvo una acción muy reñida, en la cual habiendo llegado al arma blanca hubo muchos heridos y muertos por una y otra parte. El Archiduque se apoderó del castillo de Comines situado sobre el Lis con la resolución de acometer después a Courtray, pero los Franceses frustraron su proyecto. Gasión sitió a Lens, y cuando estaba para rendirla fue herido de muerte. Rantzau que le sucedió en el mando continuó el sitio, y la obligó a capitular después de nueve días de trincheras abiertas. El Archiduque en recompensa se apoderó de Dixmude terminando de este modo la campaña. En Italia no hubo ninguna acción considerable sino el sitio de Cremona que se empezó en el mes de Junio. Las lluvias continuadas, la división que se introdujo entre los Generales Franceses, y otras causas, obligaron a levantarle; y habiéndose separado del ejército Frances el Duque de Módena se fueron a ocupar los cuarteles que antes tenían.

1648 La corte de España cuando cesaron las hostilidades no se ocupaba sino en la negociación de la paz con la Holanda, que la tenían muy adelantada el Marqués de Peñaranda y D. Antonio Bruno que estaban encargados de ella. El Rey se hallaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio, porque consideraba que separando esta república de la confederación de la Francia podría emplear mayores fuerzas para vengarse de los insultos que
esta le hacía. En fin después de muchas conferencias secretas con los diputados de aquella república se conviniéron entre sí, y en el congreso de Munster se ratificó el tratado el 30 de Enero con condiciones poco decorosas a la España, reconociendo su independencia, quedándose cada una de estas dos potencias con lo que poseía, y libre la navegación a las dos Indias para entrambas naciones. Mazarino que no supo el tratado sino después que estaba ratificado, quedó asombrado y se quejó altamente de la ingratitude y perfidia de los Holandeses. Conociendo el proyecto de la corte de Madrid se sirvió de todas las intrigas para separar la casa de Austria de la de España, pero por entonces no pudo conseguirlo.

Procuró fomentar la rebelión que se había manifestado en Italia como Richelieu había hecho en Cataluña y Portugal. El pueblo de Nápoles con el pretexto de hallarse oprimido con tributos insortables y de sufrir violencias y vejaciones de los Virreyes que gobernaban a su capricho sin observar las leyes, fueros y privilegios, se sublevó, y también Sicilia. El pueblo de Palermo teniendo a su frente un Calderero cometió los mayores excesos contra los nobles y los ricos saqueando sus casas, y exerciendo todo lo que el furor, la rabia y la sensualidad inspira cuando no hay un poder superior que enentre las pasiones. El Marqués de los Velez que era Virrey consternado por el grito de los sediciosos se retiró a las galeras para librarse de su furor y salvar la vida, esperando que el tumulto pasase para volver a entrar en la ciudad, no conociendo que el gobierno que teme al pueblo lo hace más audaz, y por lo mismo contribuye a su ruina. Léjos pues de sossegar el tumulto se aumentó mas extendiéndose por toda la isla sin conservarse en la fidelidad y obediencia más que la ciudad de Mesina.

En Nápoles la revolución fué mas violenta. El pueblo se puso bajo la dirección de un pescador llamado Mazaniello, joven audaz, de un genio ardiente, y desacreditado por sus vicios. Guíados por éste saquearon y robaron las casas de la nobleza y de los pudientes, degollando y asesinan-
as a muchas personas, y cometiendo sin el menor remordimiento los mayores excesos. El Duque de Arcos que era Virrey les entregó la carta de los privilegios que el Emperador Carlos V había concedido a los Napolitanos, y la hicieron pedazos en su presencia. Los sediciosos cansados de sufrir las insolencias de Mazaniello lo asesinan y ponen a su frente al Conde de Torralba; pero éste tiene la misma suerte que su predecesor, y le substituyen a uno llamado Genaro. Forma el proyecto de erigirse en república bajo la protección de la Francia, lo propone a los sediciosos, es recibido con entusiasmo, y por todas las calles resonaba el grito de la libertad. Destruyeron por todas partes los escudos de las armas Españolas para que no quedase vestigio de haber estado bajo su imperio. Llamaron al Duque de Guisa que estaba en Roma porque descendía de sus antiguos Reyes. Este hombre ambicioso no se hizo de rogar mucho, se puso en camino, y entró en la ciudad aclamado de los facciosos y dándole el título de Dux de la nueva república. Pidió socorro a la Francia para sostenerse, y Mazarino envió una esquadra con fuerzas para sostenerlo, mas no llegó a tiempo para poderlo ejecutar.

D. Juan de Austria y el Virrey entraron en Nápoles con las tropas de la esquadra, a los que se juntó la nobleza, derrotaron a los sediciosos, hicieron prisionero al de Guisa cerca de Capua el 6 de Abril, y traído a España fue encerrado en el alcázar de Segovia de donde escapó disfrazado, pero cogido en Vizcaya fue vuelto otra vez a la misma prisión.

D. Juan de Austria sabiendo que la esquadra Francesa había llegado a aquellos mares salió en busca de ella con la resolución de darle la batalla si la encontraba. La de los Franceses se componía de veinte y nueve bageles y cinco brulotes, y tenía por Almirante al Duque de Richelieu; la nuestra tenía quarenta y dos bageles y veinte galeras. No tardaron a encontrarse, y luego se traba una batalla muy sangrienta que duró seis horas, y la noche puso fin al combate. Los Franceses quedaron muy mal tratados perdiendo seis naves, cuatro echadas a pique y dos apresan-
La guerra en Cataluña no era tan feliz. Schomberg que sucedió a Condé en el Virreynato de esta provincia puso sitio a Tortosa el 4 de Junio, y sabiendo que D. Francisco de Melos venía al socorro de los sitiados le salió al encuentro, mas no llegarón a las manos porque éste tenía orden de no exponerse a una acción general por lo difícil que sería levantar un nuevo ejército, y se retiró abandonando la ciudad a su suerte. La guarnición se defendió con valor, pero abierta brecha y no queriendo rendirse se dió el asalto y se tomó, cometiendo los vencedores todos los horrores que se acostumbran en semejantes ocasiones. En la frontera de Portugal se hacía la guerra como en los años precedentes por correas mutuas para saquear y destruir sin empeñar ninguna acción decisiva, porque las dos naciones estaban en el mismo estado de debilidad.

En Flandes Condé que mandaba aquel ejército acometió la plaza de Ypres, la sitió en forma, y la obligó a capitular. Rantzau emprende la conquista de Ostende y no puede realizar su proyecto: derrota al Conde de Saldaña y a Beck, y toma a Furnes. Condé obliga al Archiduque a abandonar los puestos que había tomado. Los Españoles sientan su campo en las alturas de Lens el 18 de Agosto, y el 19 se forman en batalla en el llano. Los Franceses hacen lo mismo sin que en todo el día hubiera más que algunas escaramuzas de poca consideración con algún cañonazo que no causaba daño considerable, y levantaron el campo el día 20 porque se hallaban sin víveres y no sabían de donde sacarlos. Beck ataca la retaguardia compuesta de diez esquadrones y la hace pedazos. El Archiduque se pone en movimiento con todo el ejército sin el orden y precauciones correspondientes. Los enemigos que estaban picados, y deseaban vengar la derrota de la retaguardia, acometen al Archiduque con el grito de vivá el Rey. El Mariscal de Grammont combate contra la derecha donde estaban los Espa-
Los Franceses iban al ataque en silencio y con mucha lentitud como gentes resueltas a ejecutar un plan bien combinado. Condé mandaba en persona el ala derecha, y atacó con tanto orden y valor el ala izquierda de los enemigos que deshizo en muy poco rato la primera línea; la segunda que se acercó para reparar esta desgracia tuvo la misma suerte, y sin embargo dio tiempo a la primera para reunirse y volver al combate que duró mucho tiempo con bastante vigor por una y otra parte, hasta que habiendo llegado el cuerpo de reserva a socorrer al Príncipe derrotó la caballería de los enemigos y la hizo huir. Chatillon sufrió la descarga sin retroceder continuando su marcha con mucha fiera, y habiendo echado mano a la espada entró por medio de los batallones dejando el campo cubierto de muertos. Gramont halló menos resistencia, porque la caballería Española que solo tenía grandes mosquetes, después de la primera descarga que fué tan terrible que la mayor parte de los oficiales Franceses quedaron muertos o heridos, ya no pudo volver a cargar. Los Franceses se echaron con tanto ímpetu contra ella que pusieron en desorden la primera fila, y aunque la segunda vino a sostenerla, fué atacada con el mismo valor y consiguieron una victoria completa.

Beck y el Príncipe de Ligne fueron mortalmente heridos, y la misma suerte tuvieron los oficiales principales. Perdieron ocho mil hombres entre muertos y prisioneros, treinta y ocho piezas de artillería, muchos estandartes y todo el bagaje. Algunos historiadores aumentan esta pérdida haciendo subir el número de muertos a ocho mil, y el de prisioneros a cinco mil. Otros solo ponen mil y quinientos muertos y ocho mil prisioneros, consultando quizás cada uno más el interés de su nación que la verdad. Lo que no se puede dudar es que el Archiduque, después de haber sufrido una derrota completa se fue huyendo con el resto del ejército. Condé pasó el Lis y mandó a Rantzau que sitiase a Furnes, y pocos días después
Fué él mismo en persona y obligó muy pronto a la guarnición a rendirse. Las turbaciones que en este tiempo se excitáron en París diéron lugar al Archiduque para repararse en sus pérdidas, y poder salvar los Países-Bajos que estaban para caer en manos de los Franceses después de la batalla de Lens, que los llenó de orgullo y a la tropa del Archiduque consternación.

Los gastos extraordinarios que hacía la Francia para mantener la guerra por tantas partes, obligaron al gobierno a recargar los impuestos y contribuciones, produciendo estas medidas tan gravosas un descontento general en el pueblo, y un odio eterno al Cardenal Mazarino. El desprecio con que se le miraba por ser extranjero, la envidia que abrazaba a los cortesanos por la inmensa fortuna que había hecho disponiendo su arbitrio del Estado, fueron las principales causas de la guerra civil que se encendió e inundó de sangre a París. El decreto de union entre el Parlamento y los principales tribunales para pedir la reforma del Estado llenó de indignación al Ministro. El parlamento empezó a juntarse en el mes de Mayo en la cámara de S. Luis para tratar de los abusos que debían reformarse. El Cardenal les pasó una orden prohibiendo que se juntasen; mas sus individuos declararon con firmeza que la resolución que se había tomado el 17 de aquel mes sobre la union de los tribunales tendría su efecto. Este famoso decreto de la union encendió la guerra que causó males infinitos a la Francia dividiéndose en dos partidos los principales personajes, unos a favor de la corte, y otros contra ella con el fin de vengarse de Mazarino y derribarlo del ministerio. Lo que es más extraño, y merece la atención de los filósofos es, que el Parlamento que se podía llamar el santuario de la justicia y la sabiduría de la nación, arrastrado por el furor de dos facciosos, haya dado decretos para encender y fomentar la guerra civil sin conocer las consecuencias fatales que había de tener, y los males que amenazaban al Estado.

La corte de España procuraba aprovecharse de estas divisiones que apartaban los cuidados del Ministro de los negocios de la guerra. Envió
El francés juntó el consejo de guerra para deliberar lo que debía hacerse en las tristes circunstancias en que se hallaban. Muchos fueron de parecer que se arrojase al Pó la artillería y el bagaje y se retirasen; mas el General que era joven de veinte y cinco años, y lleno de ardor y de vanidad, confiando en la tropa que toda era veterana y muy aguerrida, resolvió atacar a los enemigos con deseo de hacer célebre su nombre y llenarse de gloria por una acción tan atrevida, aun cuando no tuviera el éxito feliz que se prometía. Fué por sí mismo a reconocer el país para ver las posiciones que podía ocupar siendo el terreno escabroso y muy angosto, situado entre los dos ríos el Pó y el Oglio. Manifestó á los oficiales que estaba resuelto dar la batalla y fué muy aplaudida. Al mismo tiempo le llegó una carta del Mariscal de Plesis avisándole que dentro de doce días llegaría con seis mil hombres á juntarse con él, y que entre tanto evitase todo combate.

Persuadido de esto determinó atrincherarse para poderse defender en el caso de ser atacado. Reconoció los víveres, y vio que usando de economía podía tener para tres semanas, y sin embargo mandó traer mas de Vigevano. Se puso á la frente de quinientos caballos, y sabiendo que los Españoles estaban en marcha fué á atacar su...
retaguardia si tenía proporción, y sino lo conseguía incomodarles cuanto pudiera. Por la dirección que llevaban conocía que iban a Vige- vano, y con el fin de detenerlos para que el convoy pudiera pasar con seguridad, trabajó una escaramuza que duró el tiempo necesario para ponerlo en seguridad librándolo de caer en sus manos.

Pasados quince días llegó con quatro mil hombres el Mariscal de Plessis, y creyendo los Españoles que traía más fuerzas se retiraron. Construyeron una trinchera desde el Oglio al Pó, y sentaron su campo tras de ella para cubrir a Cremona. Plessis descansó algunos días en Casal-mayor y resolvió atacar a los enemigos. Marchó el 29 de Mayo, y el 30 se puso a la vista de las trincheras sin haber encontrado ninguna partida ni centinelas, conociendo por este descuido que vivian con la mayor seguridad. Las tropas Italianas guardaban las riberas del Oglio, los Suizos y Borgoñones ocupaban las del Pó, y el Marqués de Caracena con los Españoles estaba en el centro. Las fortificaciones eran muy altas, y el foso muy ancho y profundo, por el cual corria agua viva que hacía más difícil el ataque. Los Franceses cuando llegaron al foso se estremecieron viendo que era imposible pasarlo. El General venció esta dificultad cegándolo con fogonera que había mandado formar para el efecto, y atraesándolo formó en batalla todo el ejército acometiendo por tres partes a los Españoles. Las dos alas se dispersaron pronto, y el centro donde estaba la tropa Española con el Virrey combatió con mucho valor; pero siendo acometida por los flancos por haberse dispersado los Italianos y Suizos, le fue preciso retirarse a Cremona abandonoando parte de la artillería y del bagaje, y perdieron dos mil hombres entre muertos, prisioneros y heridos. Los Franceses mil y quinientos, entre los cuales estaba el Conde de Choisenil hijo del Mariscal, y muchos oficiales; pero ganaron una victoria que les fue muy gloriosa.

Después que descansaron algunos días, Plessis se puso en marcha para atacar a Cremona ciudad grande situada sobre el Pó y con buenas for-
El Virrey la había provisto de víveres y municiones, y por el estado de Parma podrían entrarle fácilmente socorros. Tenía cuatro mil Españoles de guarnición de la mejor tropa que había en el ejército. Sin embargo de estas dificultades que hacían muy difícil su conquista le puso sitio en forma, y la guarnición se defendió con la mayor obstinación. Entre tanto el Virrey reunió las tropas dispersadas, y los obligó a abandonar el sitio. La noticia de estas pérdidas hizo poca sensación en la corte de Madrid porque estaba en la mayor consternación por la terrible conjuración que se había formado para quitar la vida al Rey cuando estaba en la caza. El principal autor de este proyecto infame fue D. Carlos Padilla que había sido teniente General en la guerra de Cataluña. Estaban complicados en ella D. Rodrigo de Silva Duque de Hijar, D. Pedro de Silva Marqués de la Vega de la Sagra, Domingo Cabral Portugues, y otras muchas personas de mérito consideración. Se descubrió por una carta que Padilla escribió a su hermano D. Juan que estaba en el exército de Milán, y luego fueron presos los que en ella nombraba y otros muchos que resultaron cómplices. Se les formó el proceso, y algunos sufrieron el tormento con una constancia heroica sin querer confesar, purgando de este modo las sospechas vehementes que había contra ellos. En fin los dos Padillas fueron condenados a ser degollados, y se ejecutó la sentencia en la plaza mayor de Madrid. El 5 de Noviembre el Duque de Hijar pagó diez mil ducados y fue a una cárcel perpetua. El Portugues Cabral murió en la prisión antes de darse la sentencia. El Marqués de Padilla no tuvo parte en la conjuración, y solamente se le condenó al suplicio por haberla sabido y no delatarla al gobierno; y aun esto lo negó siempre, mas sin duda alguna estaría convencido por las declaraciones de los cómplices, ó por alguna de sus cartas. Al mismo tiempo se trataba de casar la Infanta Doña María Teresa con D. Alonso Príncipe de Portugal, porque no habiendo varón era heredera de estos reynos, y de este modo se reunían las dos coronas.
Desde la primavera se habían hecho grandes preparativos para atacar a Portugal con mayor vigor que se había hecho hasta este tiempo. Se nombró General al Marqués de Leganés creyendo que sostendría la reputación de las armas de España, sin embargo que tenían la experiencia de lo poco que sabía en el arte de la guerra. El gobierno le dio sumas considerables para la manutención del exército y para aumentar las fuerzas. D. Martín Alfonso de Melo, que era General de las armas Portuguesas en la provincia de Alentejo, entró en grandes cuidados y pidió socorros á su corte para poder resistir á los enemigos. D. Juan Mendez Vasconcelos también se preparó para impedir las invasiones de los Castellanos, pues no se dudaba que estando junto el exército Español no se había de estar en la inacción. Pocos días después se vió la caballería talar los campos y saquear los pueblos de las cercanías de Portalegre, de Aronches y de Castelvide. Cuando se volvían cargados de botín, Tamaricu Comisario general de la caballería Portuguesa cayó sobre ellos con gran furia, se trabajó un combate muy refiero en que por una y otra parte quedaron muchos muertos, y los Españoles se retiraron dejando algunos prisioneros.

Leganés puso sitio á la plaza de Olivenza con ocho mil hombres de Infantería y tres mil caba-
llos encargando el ataque al Ingeniero Cosman-
der, el qual dividió en cuatro cuerpos la tropa y la acometió por otras tantas partes. Los sitiados se apoderaron de dos baluartes y entraron en la ciudad. Juan de Meneses que era Gobernador puesto á la frente de la tropa y de los paisanos armados les obligó á retirarse, y después de grandes esfuerzos los echó de los baluartes. Esta acción que fue por la noche se hizo con la mayor confusión y desorden durando hasta el ama-
ecer en que reunidos todos los Portugueses con su Gobernador, que aunque herido no dejaba de animarles con sus palabras y sus ejemplos, tuvo el suceso más ventajoso. Cosmander que estaba en una de las puertas fue muerto. Los Castellanos cansados de tanto combatir abandonaron la empresa y se retiraron, y aunque Leganés los
exhortaba al ataque no lo pudo conseguir, y se
vió preciso a volverse a Badajoz dejando muert-
tos o heridos una gran parte de sus mejores sol-
dados. El Conde de S. Lorenzo nos quitó un con-
voy, desoló todas las cercanías de aquella ciu-
dad sin que los Españoles se lo impidieran, y se
volvió a Portugal. La division que se encendió
entre los Generales Portugezes suspendió todas
las operaciones, y fué necesario separarlos. Vas-
concelos se encargó del mando de las tropas de
la provincia de Tras-los-Montes, pero no hizo
ninguna expedicion que merezca referirse.
Sancho Manuel intentó apoderarse de Alcán-
tara, villa fuerte situada en la provincia de Beyra,
pero sus esfuerzos fueron inútiles. El Cardenal
Mazarino ofreció a los Portugezes seis mil hom-
bres para continuar la guerra con mayor suceso
si querian obligarse a pagar ciento sesenta mil
escudos, pero fué desechada la proposicion cre-
yendo que no se hacía sino por solo el interés y
no con el deseo de proteger su independencia.
Francisco de Sousa, que estaba en el Haya con
título de Embajador, reclamaba sin cesar la satis-
facción de los agravios que la compañía de Indias
estaba haciendo a los Portugezes, y restitución
de las plazas que injustamente le habían usurpa-
do; y siendo despreciadas sus solicitudes se envió
una esquadra al Brasil, y después de muchos com-
bates los arrojó de este país sin que los esfuerzos
considerables que hicieron para recobrarlo tuvier-
ran ningún suceso. La república irritada contra
el gobierno de Portugal envió una esquadra de
quarenta bageles de guerra y nueve mil hombres
de desembarco bajo las órdenes del Almirante
Vangoch, pero esta expedición fue muy desgra-
ciada. Apénas había salido de los puertos de Ho-
landa fue acometida de una tempestad furiosa
que maltrató mucho las naves. Después habiendo
llegado al puerto de Arecisa echó la gente en
tierra. Sigismond su General después de haber
descansado se puso en campaña con ocho mil
hombres. Barreto que mandaba a los Portugezes
juntó sus fuerzas con las de Vidal y Vieyra, y for-
máron un ejército de dos mil y quinientos hom-
bres con los cuales acometieron al enemigo, le
derrotaron cerca del monte de Gararapi, le siguieron hasta Arecisa donde le tenían encerrado, y aunque salió varias veces a atacarles siempre fue rechazado con gran pérdida.

Correa Gobernador de Rio-Janeyro salió con catorce bageles a construir un fuerte en Quiconbo en el reyno de Benquela, y antes de ejecutar lo que se le había mandado formó la generosa resolución de reconquistar el reyno de Angola, del qual se habían apoderado los Holandeses contra la fé de los tratados. "Antes de emprender ninguna cosa, decía a los principales oficiales, deberíamos echar de este reyno a los usurpadores que no se muestran nuestros amigos sino para hacernos impunemente toda especie de injusticias. Son pocos, y aborrecidos y destestados por su tiranía. Los Portugueses que hay entre ellos suspiran por la libertad, pues gimen bajo el duro yugo de la opresión en que los tienen. Si el Rey hubiera sabido la situación del país, en lugar de enviarnos a construir un nuevo fuerte nos hubiera mandado conquistar los que son nuestros. Así creo yo que obraríamos conforme á su voluntad si recobramos lo que nos pertenece, y librarnos de la esclavitud á los pueblos que nos llaman."

Todos aplaudieron esta resolución y se hicieron á la vela para Loanda, intimó la rendicion al Gobernador de ella ofreciéndole que dejaría salir libres á los Holandeses con sus familias y sus bienes, pues él venía á vengar á sus compatriotas de las tiranías que contra ellos exercían, y que si no admitían la proposicion que le hacía se serviría de la fuerza. Consternados los Holandeses pidieron ocho días para responderle con el fin de ponerse en este tiempo en estado de defensa. Correa les dijo que si en el día que estaban no le daban una respuesta positiva no daría quartel á nadie. Desembarcó sus tropas dejando un pequeño número para la guarda de los bageles, se apoderaron del fuerte de S. Antonio, obligaron á capitular á los del Morro y nuestra Señora de la Guida, y firmado el tratado entregaron las armas en número de dos mil, los quales fueron llevados al puerto de Cassandama para volverse á
N° 308

**TABLAS CRONOLÓGICAS.**

**Años de F. C.**

**Holanda, y toda la costa austral entró bajo la dominación portuguesa. En las Indias prosperaban igualmente con la buena conducta del Virrey D. Phelipe de Mascareñas.**

La corte de España no cesaba de negociar por sí y por otras personas para hacer una paz sólida con la Francia para poder emplear todas sus fuerzas, y abatir el orgullo y la insolencia de los Portugueses y Catalanes. Estos deseos eran mucho más vivos después que las desgraciadas derrotas que habían tenido los ejércitos del Emperador, y las pérdidas considerables de las ciudades principales y de provincias enteras, le habían forzado a admitir una paz poco decorosa obligándole a no socorrer a la España. ¿Qué podía hacer en este caso Phelipe sino solicitar la paz a cualquier precio que fuese? Mazarino se dejó rogar algún tiempo porque quería dar la ley con condiciones tan duras como si nos halláramos vencidos por todas partes y sin fuerzas bastantes para resistirle, y así tuvo el descaro de ofrecer la paz exigiendo en precio de ella la cesión entera de los Países-Bajos, la del Franco-Condado y del Rosellon. ¿Qué más hubiera podido pedir este soberbio y ambicioso Italiano estando nosotros en el último grado de abatimiento? La corte de Madrid oyó con indignación semejante propuesta, y la desecharon con desprecio. Mandó hacer grandes preparativos para empezar la campaña por todas partes con el mayor vigor, esperando que las divisiones intestinas que despedazaban la Francia le habían de proporcionar ocasión para darle golpes seguros que humillarán el orgullo del Ministro.

D. Luis de Haro procuró fomentar las discordias y encender la guerra ayudando en secreto a uno de los partidos, para que mientras se despedazasen mutuamente, nuestros Generales recobrasen las plazas que habíamos perdido en la frontera, no desesperando que se presentase alguna ocasión para poder llegar hasta París con el auxilio de alguno de ellos, y reducir de una vez para siempre esta ciudad poderosa al estado de no poder pensar en inquietar a las demás naciones. Mientras el Parlamento y el Ministro en nombre
El Rey que se había visto precisado a salir de la corte, se hacían la guerra con el mayor calor haciendo venir los dos partidos tropas de todas partes para sostener sus pretensiones. El Archiduque Leopoldo que gobernaba los Países-Bajos se puso en campaña con su ejército, y en pocos días se apoderó de S. Venant y de Ypres. El Conde de Harcourt puso sitio en forma a la plaza de Cambray, y empezó a trabajar en levantar las líneas de circunvalación; pero antes de acabar la obra los Españoles hicieron entrar un socorro tan grande que le obligó a levantarle.

Pocos días después pasó el Escalda para perseguir a los enemigos, y sentó su campo entre Valencienes y Condé con la resolución de atacar esta última plaza, y poniéndola sitio le obligó a capitular. Maubeuge tuvo la misma suerte, y los Españoles se apoderaron al mismo tiempo de la Motta-aux-Bois.

En Italia fue más feliz el Marqués de Caracena porque se apoderó de Pompanasco, de Gualteri y Castelnuovo. Entró en los estados de Módena y obligó al Duque a hacer la paz y apartarse de la confederación con Francia, echar de sus ciudades a los de esta nación, y admitir guarnición de Españoles en Corregio. El Conde de Oñate Virrey de Nápoles hacía correr ríos de sangre en aquella capital, castigando con el mayor rigor a los cómplices de la rebelión pasada. Esta severidad excesiva irritó los ánimos, y se formó una conspiración para asesinarle y ofrecer la corona a Don Juan de Austria que en calidad de Vicario de Italia que el Rey le había nombrado tenía una autoridad tan grande como si fuera Soberano; pero fiel a su padre y sin dejarse deslumbrar con este pomposo título despreció sus injustas ofertas, y se aplicó con el mayor cuidado en restablecer por todas partes la autoridad de España castigando a los rebellos, y poniendo a los demás en disposición que en adelante estuvieran más sometidos y con más respeto. En Cataluña D. Juan García que mandaba nuestras tropas se apoderó de varias plazas, y aun amenazó a Barcelona confiado en que los afectos al Rey le entregarían la plaza. Marcin que era Virrey hizo
entrar un gran refuerzo de las tropas que ocupaban varios puestos cercanos a la capital, y frustró sus designios.

En Portugal se hizo la guerra con mayor furor que en los años precedentes, no siendo las desolaciones y saqueos más que incentivos de mayor odio entre las dos naciones. Las partidas que se encontraban combatían con la mayor obstinación alternando la victoria, y declarándose regularmente por el mayor número de combatientes más que por el valor, la prudencia y habilidad de los jefes. El Marqués de Tutavilla fue nombrado General de la provincia de Extremadura, y luego que llegó salió con su gente para demoler todos los fuertes que los Portugueses habían construido cerca de Olivenza, y lo ejecutó sin hallar ninguna resistencia. El Conde de S. Lorenzo atacó poco tiempo después la villa de Alburquerque para vengarse de este insulto; pero no pudo apoderarse sino de las arrabales. Morle Gobernador de la villa de Chaves entra en el territorio español, y cuando se vuelve con el rico botín es hecho pedazos por un destacamento nuestro.

Entretanto en la corte no se pensaba sino en hacer los preparativos para las bodas del Rey, porque la Archiduquesa Doña María Ana de Austria su esposa se había puesto ya en viaje. El 24 de Agosto desembarcó en Denia, el 6 de Octubre llegó a Navalcarnero donde el Rey la esperaba, y el 7 el Arzobispo de Toledo D. Baltasar Moscoso los desposó y veló a presencia del Patriarca y de los principales de la corte. Se fueron después al Escorial, el 4 de Noviembre llegaron al Buen-Retiro, y el 13 hicieron la entrada pública y solemne en Madrid.

1650 D. Luis de Haro no omita ninguna diligencia para aprovecharse de las divisiones que habia en Francia y en Inglaterra, porque ocupadas las fuerzas de estos dos reynos en su mismo país, no era fácil que pudieran salir para ayudar a sus aliados. Los progresos que nuestras armas hacían en Frlandes llamaron su atención y calmaron sus ánimos, y temiendo que los enemigos entrasen en Francia hicieron entre sí una con-
I pororecompensados, se unid para hacer la guerra con el Príncipe de Conti su hermano y el Duque de Longueville su cuñado. La Reyna los hace prender, el pueblo celebra su prisión, y luego se encienden de nuevo los partidos por esta medida tan imprudente. La Duquesa y el Mariscal de Turen se fueron a los Países-Bajos para solicitar el socorro de la España, y por este medio poner en libertad a los Príncipes.

Después del suplicio de Carlos I, los independientes fundaron en Inglaterra una república sobre las ruinas del trono declarando la Cámara baja abolida, y la de los Pares como inútil y peligrosa. Mandaron derribar la estatua del Rey, y pusieron en el pedestal esta inscripción: *Exit tyrannus Regum ultimos*. Desapareció el tirano último de los Reyes. Declararon culpable de alta traición a cualquiera que reconociera por Rey a Carlos Stuart su hijo mayor conocido con el nombre de Príncipe de Gales. La España, la Francia, la Suecia, y las repúblicas de Holanda y Venecia reconocieron el nuevo gobierno, y luego envió Embajadores a todas estas potencias. Antonio Ascham vino en calidad de Ministro a Madrid, y dos días después de su llegada estando comiendo entraron en su casa cinco partidarios de la casa de Stuart y le mataron a puñaladas, vengando de este modo la muerte del Rey que él había votado. Los asesinos fueron presos, y el principal de ellos que le mató dos años después pagó con la vida este atentado.

El Mariscal de Turena que se había retirado a Flandes, deseoso de entrar en la Francia con tropas Españolas, procuraba con la mayor actividad que se reuniese el ejército; y cuando estuvo todo preparado se puso en marcha el Archiduque con él dividiendo las tropas en varios cuerpos para acometer a un mismo tiempo diferentes plazas. El Conde de Fuensaldaña con su división se acercó a las fortalezas de Dunquerque y de Basea, y viendo que estaban dispuestas a defenderse abandonó su empresa. Catelet se le
rindió a los cinco días. El Marqués de Sfondrato se acercó a la Chapelle, y a la primera intimación le abrió las puertas: sitió a Guisa y no pudo tomarla. Mouzon se rindió al Archiduque después de haberse defendido algunos días con mucho valor. El Mari-cal de Plessis puso sitio a Rhetel, y en pocos días la tomó. El Archiduque resolvió dar la batalla a los Franceses de poder a poder y con iguales fuerzas. El combate duró mucho tiempo y fue muy sangriento, percayendo de una y otra parte mucha gente y algunos oficiales principales; otros quedaron prisioneros, entre los cuales se contaron Gamar y Fauge. Se perdió gran parte del bagaje, ocho cañones y algunos estandartes. Después de esta batalla se apoderaron de Chato-Porcien que se rindió sin resistencia, y unos y otros se retiraron a cuarteles de invierno. En Italia nos apoderamos de Piombino y Portolongone ayudando D. Juan de Austria con sus galeras.

Los Catalanes que ya se cansaban de sufrir el yugo Francés, y los habían reducido a un estado muy miserable, estaban meditando cómo volverse a unir con Castilla y librarse de la tiranía que los oprimía. Tratáron en secreto con D. Baltasar de Pantoja que era Gobernador de Lérida manifestándole sus deseos, y que estaban resueltos a cooperar a las operaciones militares cuanto les sería posible. Los Franceses llegaron a sospechar de su fidelidad y agravaron más su yugo, ó para castigarlos, ó para recompensarse de sus fatigas en el caso de que hubieran de abandonar el Principado. Esta severidad y las contribuciones excesivas que se exigían militarmente acabaron de irritar los ánimos, y solo esperaban una buena coyuntura para vengar las injurias que sufrían.

El Marqués de Mortara fue nombrado Virrey y Capitán General de Cataluña, y abrió la campaña con un ejército de doce mil hombres, se apoderó de las fortalezas de Flix, Mirabete y Balaguer. Puso sitio a Tortosa, y el Duque de Alburquerque estaba en los Alfaques con seis galeras para que no le pudiera entrar socorro por el río. Apresó en las costas de Tarragona, después de
un largo combate, cuatro grandes navíos franceses cargados de víveres y municiones mandados por el Mariscal de Ligni que los llevaba a la plaza. Éste se dio el 24 de Noviembre, y el 27 perdida la esperanza de socorro se rindió al Marqués de Montara y entró en ella el 3 de Diciembre.

Esta conquista animó mucho a los Catalanes, y se oyeron voces de viva España y murmuraron los Franceses para excitar el pueblo; pero por entonces nada pudieron conseguir. Se pusieron pasquines, que tampoco produjeron más efecto que intimidar al gobierno porque conocía que los ánicos estaban dispuestos para la rebelión, y no tenían fuerzas bastantes para contenerlos. Llegaron muchas gentes de los pueblos del Principado, y todos se quejaban de la opresión en que estaban. El Duque de Mercœur, que era Virrey de Cataluña, y D. Joseph Margarit con los demás Catalanes que eran del partido, estaban estremecidos temiendo un alboroto igual al del año 40 y ser víctimas del furor del pueblo, y resolvieron pasarse secretamente a Perpiñán.

En la frontera de Portugal se hacía la guerra como en los años anteriores por correrías e invasiones sin que hubiese ninguna acción decisiva, ni que merezca que se haga mención de ella en la historia; pero no debe omitirse la generosidad del Rey en haber dado asilo en sus puertos a la armada naval de los Ingleses que seguía el partido de la casa de Stuart, y era mandada por los Príncipes Roberto y Mauricio sobrinos del desgraciado Carlos, hijos del Conde Palatino del Rin. Black que mandaba la escuadrilla de la república la perseguía, y intentó atacarla en Lisboa; mas se le obligó a retirarse despreciando sus amenazas, y para vengarse se apoderó de la floita que venía del Brasil cargada de ricas mercaderías. En aquel reyno continuaba la guerra entre los Portugueses y Holandeses con el mayor furor. D. Luis de Haro no cesaba de instar a los facciosos de Francia para causar una revolución; y la Reyna que veía los ánimos demasiado alterados resolvió poner en libertad a los Príncipes, y hacer salir del reyno al Cardenal para aplacarlos.

Si la España se hubiera hallado con dineros,
estando la Francia en sumo grado de división, sin órden, sin tropas y sin recursos, hubiera podido poner las cosas en mejor estado, porque tenía los mejores Generales del mundo capaces de ejecutar las empresas más difíciles; pero se hallaba absolutamente destituida de medios para continuar la guerra. Los Portugueses estaban en una situación aun peor, y así los unos ni los otros podían emprender ninguna cosa considerable, y se contentaban como antes en hacer correrías. El Infante de Portugal D. Theodosio que solo tenía diez y siete años, viendo los pocos progresos que hacía la tropa en la provincia de Alentejo, se fué al ejército sin licencia de su padre para animar a la tropa y dar pruebas de su valor; mas luego le mandó volver, y lo recibió con mucho desagrado. Esta providencia le causó tanto disgusto que cayó enfermo, y algún tiempo después murió con gran sentimiento de su nación. En Cataluña el Marqués de Mortara, que mandaba nuestros ejércitos, tuvo algunos felices sucesos en el primavera. Los Franceses dejaron a los Catalanes el cuidado de defenderse como pudieron.

En el mes de Julio el Marqués de Mortara puso sitio a Barcelona con once mil hombres, teniéndola al mismo tiempo bloqueada por mar con las galeras de D. Juan de Austria. D. Joseph Margarit que era Gobernador la defendió con el mayor valor, y habiéndose introducido socorros en ella a pesar de la vigilancia de los sitiadores, resistió con la mayor obstinación a todos los ataques que le dijeron. En los Países-Bajos el Archiduque tomó algunas plazas de poca consideración. El Rey D. Philips hizo un tratado con el Príncipe de Condé, y para socorrerle salió de S. Sebastián una esquadra de diez y siete bages cargados de tropas, municiones y dinero, y desembarcarón en Burdeos. El 12 de Julio la Reyna parió a la Infanta Doña Margarita, que después casó con el Emperador Leopoldo.

En Italia el Marqués de Caracena tuvo algunos sucesos felices en el Piamonte; tomó a Casal y la entregó al Duque de Mantua que prometió guardarla con sus tropas. En Flandes el Archiduque se
puso en campaña con treinta mil hombres y aco-
metió la plaza de Gravelinas que se rindió des-
pues de haber estado sitiada sesenta y seis días, 
y sufrido ataques furiosos, en los cuales fueron 
muchas veces rechazados los sitiadores con gran 
pérdida. Animado con esta conquista se sué a si-
tiar a Dunquerque cerrándola por tierra y por 
mar para impedir que le entrasen socorros.

Los Franceses enviaron al Duque de Vando-
ma con una flota para socorrerle. Los Ingleses 
apresaron todas las naves menos dos que se entra-
ron en Flesinga, y Dunquerque se rindió el 16 de 
Setiembre al cabo de treinta y nueve días de sitio. 
El Príncipe de Condé, habiéndose juntado con el 
Archiduque, tomó a Rethel y a S. Meneout; así 
esta campaña fue muy feliz y le llenó de glo-
ria. El Rey de Portugal estuvo siempre a la de-
fensiva, y los Españoles nada hicieron contra los 
Portugueses. Concluida la tregua el año ante-
rion con los Holandeses se renovaron las hostili-
dades en las Indias orientales, y aprovechán-
dose estos de las divisiones que había entre los 
que gobernaban en Goa se apoderaron de Cali-
ture en la isla de Ceylan. Figueyra oficial de re-
putacion se pone a la frente de la tropa que reune 
con la mayor presteza, derrota a los enemigos 
y les quita muchos fuertes, entre otros el de An-
grotota, y después vencen en una batalla al Rey 
de Candea.

D. Juan de Austria continuó el sitio de Bar-
celona por mar y tierra. El Mariscal de la Motta 
 hizo entrar un refuerzo de doscientos hombres. La 
flota Francesa se acercó al puerto para ver si podia 
introducir provisiones de boca y guerra, y todos 
sus esfuerzos fueron inútiles por la vigilancia de 
la esquadra Española, y esta capital se vio preci-
sada a rendirse después de quince meses de sitio. 
Concedió una capitulacion honrosa a la guarni-
cion, y a los habitantes una amnistia general y 
confirmacion de sus privilegios porque la habian 
obligado a rendirse. Exceptuó del indulto a Mar-
garit, Calvó, y algunas otras cabezas de los se-
diciosos que se refugiaron en Francia.

El Rey tuvo cortes en Madrid en las que se 
hiciieron algunas leyes útiles. Después hizo
correr en Francia un escrito en su nombre mani-festando los vivos deseos que tenía de la paz, y de no turbar de ninguna manera a sus vecinos; y que si había sostenido a los Príncipes de la sangre, había sido únicamente para protegerlos contra las violencias y artificios secretos de un Minis-tro Italiano, que por sus intereses particulares violaba las leyes de Francia, y excitaba y sostenía la guerra entre este reyno y sus vecinos.

Al principio del año siguiente el Marqués de Taracena consintió en una corta tregua, de la cual se aprovecharon los Franceses para enviar al Mar-qués de Plesis con un pequeño cuerpo y cubrir el Piamonte, pues el Duque de Saboya desprecian-do las ofertas de la España no quiso separarse de la confederación de la Francia. Reunidas las tropas de las dos naciones formaron un ejército casi igual al del Virrey, y el 23 de Septiembre se dio una batalla junto a la Roqueta. El ejército com-binado fue derrotado por los Españoles, y luego pusieron sitio a la plaza de Verue; pero no pudieron tomarla por la defensa vigorosa que hicieron los sitiados, y por estar tan adelantada la estación.

El Duque de Vandoma fué a bloquear a Burdeos con fuerzas superiores y los Españoles se retiraron. Bourg se rindió, y Burdeos capituló lo mejor que pudo. En los Países-Bajos donde el Rey Luis XIV había llegado en persona para animar la tropa, impidió a Turena, al Conde de Fuentesaldaña y al Archiduque Leopoldo hacer nada; pero Alburquerque batía en las cercanías de Badajoz unas compañías de caballería que habían salido a saquear como tenían de costumbre. Sus fuerzas eran muy superiores, pues de otro modo nunca se atrevían los Portugueses atacar la caballería Española que le excedía mucho en valor y en habilidad. El Rey D. Juan había perdido en gran parte la estimación de sus súbditos, y tenía más que temer de ellos que de los Castellanos. El Obispo de Coimbra, que era uno de los principales Ministros, descontento de la corte for-ma una conspiración para entregar el reyno a los
Españoles; y descubierta por uno de aquellos ca-
os que hicieson dar al Rey el nombre de afor-
tunado, fueron castigados los delinquientes con
el último suplicio, y el Prelado fué encerrado en
una prision. En el Brasil y en Ceylan sus armas
consiguieron muchos triunfos contra los Holan-
deses.

En el mes de Junio entraron en Cataluña el
Mariscal Hocquincourt y D. Joseph Margarit por
Continent con seis mil infantes y tres mil caballos,
no dudando que los pueblos del Principado vien-
do estas fuerzas se declararian por ellos y arro-
jaran a los Castellanos de su país. Pero sus espe-
ranzas fueron vanas porque habian cesado los
ódios antiguos, y cansados de los males de la
guerra deseaban la paz; y así solo aquellas gen-
tes mas perdidas, que ocupadas en el robo y el
pillage entraban en los pueblos y cometian los
mayores desórdenes, se juntaron con ellos para
continuar impunemente el mismo género de vida.
Se apoderaron de Castelló de Ampurias no sin
haber perdido alguna gente, habiendoles hecho
mucha resistencia la poca guarnicion que habia
junta con los mismos habitantes, que sentian caer
otra vez en manos de Franceses.

Sitiaron a Gerona, y después de dos meses
de cerco quando estaban reducidos al último ex-
tremo llegó D. Juan de Austria y obligó al Ma-
rsical á retirarse al Rosellón, el qual para ven-
garse de esta afrenta y reparar su honor fué al
socorro de la plaza de Rosas, y el ejército Espa-
ñol que sufría mucho de la estacion y estaba muy
diminuido y sin fuerzas bastantes para resistirle
abandonó el sitio. Cuando Hocquincourt iba con
un convoy considerable de viveres y municiones
le salió al encuentro cerca de Bordilís un desta-
camento para impedírselo, se emprendió una ac-
ción muy refiada que los Españoles sostuvieron
con mucho valor aunque muy inferiores en nú-
mero, y después de haber combatido con mucha
obstination les fué preciso ceder dejando doscien-
tos hombres muertos y otros tantos prisioneros.
Socorrida Rosas, Ripol, S. Feliu, y algunos
otros pueblos considerables volvieron al yugo
Francés. Otra pequeña division de esta nacion
entró por el valle de Aran en Aragón y Cataluña que hizo muy pocos progresos, y la resistencia de los pueblos le obligó a retirarse sin haberse internado mucho en el rey no. La corte de Madrid, a súplicas del Príncipe de Condé, puso en libertad al Duque de Guisa, el cual llegado a Francia tomó el partido del Rey, lo que llenó de indignación a Felipe. El Archiduque hace prender en Bruselas al Duque de Lorena porque permitía el pillage a sus tropas, y tanta licencia, que hacían odioso el gobierno. Por otra parte se sospechaba que era infiel a los Españoles sin embargo que le daba subsidios considerables y le mantenía sus tropas: fue trasladado a España y encerrado en el castillo de Toledo, y no consiguió su libertad hasta la paz de los Pirineos. Francisco Duque de Lorena su hermano tomó el mando del cuerpo que tenía a sus órdenes. El Archiduque puso sitio en forma el 4 de Julio a la ciudad de Arras. El Mariscal de Turenna que estaba con diez y seis mil hombres en Mouchi-le-Preux determinó socorrerla atacando las líneas de los enemigos. La corte temerosa del éxito de esta empresa mandó suspenderla hasta que recibiese nuevos refuerzos.

El Mariscal Hocquincourt le llevó cuatro mil hombres de infantería y dos mil caballos, y se apostó con esta división en S. Eloy a poca distancia del campo de los enemigos. El sitio se alargaba demasiado por la obstinación del Gobernador, que no quería dar oídos a ninguna proposición esperando que Turenna le había de socorrer. La falta de víveres se hacía sentir porque se interceptaban los convoyes, y el soldado empezaba a murmurar y a quejarse. Condé viendo que se perdía inútilmente el tiempo, y que nada se adelantaba, era de parecer que se levantara el sitio y se fuera a atacar a Hocquincourt, mas Saldaña y el Archiduque se obstinaron en continuar los ataques. Turenna se resolvió a ello, y habiendo examinado los tres Generales el campo del enemigo, determinaron hacerlo por tres partes, y forzadas las líneas los Españoles se retiraron habiendo perdido mucha gente, sus bageles y la mayor parte de la artillería.
TABLAS CRONOLÓGICAS.

El Príncipe de Conti que mandaba las tropas Francesas en Cataluña envió seiscientos caballos y cuatrocientos mosqueteros a la parte de Puigcerdá para obligar a D. Juan de Austria a enviar gente a aquella villa, y dividir de este modo sus fuerzas; pues queriendo entrar por el Ampurdán y apoderarse de la villa de Castillon para socorrer con más facilidad a Rosas que tenían embestida los Españoles con mil doscientos hombres de infantería y ochocientos caballos, sabía que hallaría de este modo menos obstáculos. Envío delante de sí un cuerpo de mil y quinientos hombres para observar al enemigo. Este destacamento llegó el 16 de Julio a S. Juan de Pages, y avisó al Príncipe que era necesario socorrer con la mayor prontitud a Rosas, porque los enemigos juntaban en Ostalric el ejército para sitiarla en forma, y D. Juan aprestaba las galeras para llevar provisiones y bloquear la plaza.

Conti se puso en marcha el 24 dividiendo sus tropas en dos cuerpos. Bougi con tres mil hombres fue por el Coll de Panisas, y el Príncipe pasó por el de Pertus con dos mil y quinientos caballos llevando consigo los Tenientes Generales Busi, Margarit y Tilli. Los Españoles que estaban sobre Rosas luego que tuvieron aviso que venía el ejército enemigo se retiraron. El Teniente General Baltasar que estaba de observación los fue siguiendo, y habiéndoselos presentado una ocasión oportuna los atacó sobre el río Ter, los mató mucha gente, y los dispersó. La infantería se fue a las plazas para guarnecerlas, la caballería se dividió en varios cuarteles, y aunque los Franceses intentarón sorprenderla no les fue posible, porque los habitantes del país les avisaban de todos sus movimientos. El Teniente General Cominges y el Conde de la Serra fueron a atacar a Puigcerdá, y después de un sitio en forma y abierta brecha capituló la guarnición con los honores acostumbrados. Tomada esta plaza se apoderaron de Urgel, de Ripoll, y de otras fortalezas interiores.

El Duque de Guisa que deseaba vengarse de los Españoles con pretexto de que los Napolitanos le llamaban de nuevo para librarse de su yugo, consiguió de la corte una flota de quarenta
bajóse, con la qual se hizo á la vela y se apo-
deró de Castelmare. El Virrey juntó las tropas,
que pudo, y fué con la mayor prontitud al so-
corro de la plaza. Luego que llegó á ella atacó á
los enemigos los quales fueron enteramente der-
rotados, y con mucha dificultad pudiéron em-
barcarse para volverse á Francia los que esca-
páron de esta acción. En la parte del Piamon-
te el Mariscal de Grançé que mandaba las tropas
estuvo en la inacción sin pensar los unos ni los
otros en hacer ninguna conquista.

En la frontera de Portugal se hacía la guerra
como en los años anteriores aunque con méno
actividad, porque ni unos ni otros tenían que ro-
bar. Los Portugueses entraron en nuestra Extre-
madura y saquearon los pueblos de Matamoros y
Santa Ana que están cerca de Sciares. Albur-
querque que apoderá del castillo de la Oliva,
y poniendo en él guarnición se retira. Los Cas-
tellanos por su parte talaron la campiña de Mon-
seras. En el Brasil fueron mas felices sus armas,
porque Francisco Barroto que estaba empeñado
en echar á los Holandeses lo consiguió habién-
dose apoderado de la plaza de Arencisa que era
la única que les quedaba. Irritados estos ambi-
ciosos comerciantes por las derrotas que habían
recibido y las pérdidas que habían tenido, resol-
vieron reparar su honor en las Indias orientales
y acometer con todas sus fuerzas la isla de Cey-
lan, y se apoderaron de ella fácilmente forti-
cándose en varios puntos que después ha sido im-
posible á los Portugueses recobrarla.

En la corte de Madrid no se pensaba en este
tiempo sino en fiestas y diversiones, y D. Luis de
Haro que deseaba restablecer la gloria del trono
procuraba por todos medios abatir á los enemigos,
sirviéndose principalmente de la intriga que es el
arma de las almas débiles. El Conde de Oñate
volvió á Madrid lleno de gloria por haber suje-
tado á los Napolitanos, y trajo mas de trescientas
estatuas de bronce, mármol y estuco para los jar-
dines de los palacios reales. El Panteon del Es-
corial se acabó á principios de este año, y se tras-
ladaron á él los cuerpos de la familia Real desde
Cárolos primero. La Princesa Doña Margarita, Du-

---

**TABLAS CRONOLOGICAS.**

<table>
<thead>
<tr>
<th>Años de</th>
<th>F. C.</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>

---

**Prado de España:**
quesa viuda de Mantua que había gobernado a Portugal, murió el 25 de Mayo en Miranda de Ebro volviéndose á su país poco satisfecha de nuestra corte, que por culpa de los Ministros no la habían tratado con el decoro que se debía á su nacimiento.

Al fin del año precedente el Rey había convocado cortes en Madrid que se celebraron el 7 de Abril, y fué reconocida como Princesa de Asturias y heredera de la corona la Infanta María Teresa hija del primer matrimonio; pero después fué excluida del trono por el Infante D. Carlos que tuvo del segundo. Entre tanto los dos Ministros de España y Francia hacían los mayores esfuerzos para levantar cada uno su nación y deprimir á su rival. Mazarino después de haber triunfado de sus enemigos obraba con un poder tan absoluto como Richelieu; no era tan atrevido y impetuoso, pero sí mas astuto y artificioso, e hizo las mayores bajezas para ganarse el favor del protector de Inglaterra Cromwel. Sacrificó á su diabólica política la hija de Enrique IV esposa del Rey destronado, y obligó á dejar la Francia á su hijo solo por contentar á aquel regicida.

La España solicitaba igualmente su alianza, aunque las dos naciones detestaban su feroz atentado. Este hombre singular fué desconocido en la Inglaterra hasta la edad de quarenta años, que fue nombrado diputado del Parlamento por la ciudad de Cambridge. No había estudiado las ciencias ni era elocuente, pero sus talentos militares y el furor que mostró contra la causa real, fueron el origen de su reputación y de su fortuna. Conocía perfectamente los hombres, y poseía el arte de gobernarlos haciéndolos servir ó de víctimas, ó de instrumentos de sus pasiones. Sabía engañar á unos, inflamar á los otros, manejando con mucha habilidad y destreza los resortes que tienen mas fuerza en el corazón, especialmente el de la religion, y de este modo subió al mas alto grado de poder. Hacia florecer el comercio, la marina y la justicia en Inglaterra, gobernando con el poder mas absoluto bajo el título de Protector. Las cabezas coronadas sin embar-
Ir a la lucha que tenían entre sí Mazarino y D. Luis de Haro para ganar al partido de su nación a este hombre extraordinario, venció el primero, y Cromwel se declaró por la Francia obligándose la corte de París a abandonar a Carlos, y el Protector a unirse con ella para hacer la guerra contra la España. Este tratado fué mas obra de la pasión y vanidad del Inglés que de los intereses de su nación, que pedían conservar el equilibrio entre estas dos potencias, y no engrandecer a ninguna de ellas en perjuicio de la otra; pero quería hacer famoso su rey nado por alguna conquista del Nuevo Mundo, y suavizar por otra parte la suerte de los Hugonotes a los cuales eran mas opuestos los Españoles que los Franceses. La corte de Madrid hizo mil invectivas contra la de París porque había concluido este tratado cuando todo el mundo sabia los esfuerzos que había hecho para atraerlo a su partido. Se dice que el Embajador de España en una de las conferencias que tuvo sobre esto pidiéndole el Protector la libertad de comercio en las Indias y la abolición de la Inquisición como condiciones necesarias, le respondió que estas dos cosas eran los dos ojos de su amo; y le replicó que era preciso arrancárselos de un golpe.

La Inglaterra armó una flota de treinta naves que se puso al mando de Black, la cual se hizo a la vela y se fué al Mediterráneo, donde persiguió a los corsarios berberiscos y amenazó las costas de Italia. Otra salió después bajo el mando de Pen y fué a llevar el terror a la América. Hiciéron una tentativa en las islas de Santo Domingo, Cuba y en Tierra-firme, y fueron rechazados con mucho valor haciéndoles perder mucha gente, y obligándoles a embarcarse con poco honor. Luego acometieron la Jamaica y se apoderaron de ella. Desde este tiempo la han conservado sin quererla restituir, y la han hecho una de las mas ricas plantaciones del universo. Black después de haber llenado de terror las costas de Italia, se vino á esperar las flotas de la América.
cerca de las de España. La corte de Madrid publi-
ció la guerra contra la Inglaterra, y secuestró to-
dos los bienes que los habitantes de aquella na-
ción tenían para recompensarse de la pérdida de
la Jamaica.

En Flandes los Españoles y Franceses se ha-
cían la guerra más obstinada, y deseando poner-
le fin hacían los mayores preparativos para una
empresa considerable. El Príncipe de Condé que
estaba en el ejército Español deseaba recobrar á
Quesnoy que había perdido la campaña anterior,
y la acometió a principios de Mayo. Turena que
mandaba las tropas de Francia hizo varios mo-
vimientos amenazando otras plazas para dividir
las fuerzas del Archiduque, y con este artificio
hizo inútil la empresa. Uno de sus Tenientes in-
vadió la de Catelet, y habiendo enviado Condé
una división para socorrerla, debilitó las fuerzas
del ejército del sitio, y Turena introdujo en Ques-
noy un refuerzo de tropas obligándole á abando-
narlo. La de Catelet fué tomada por asalto ántes
que llegase el socorro que Condé le envia-
ba. Los Mariscales de Turena y la Ferte reuni-
das las tropas que componían un ejército de trece
mil hombres de infantería y quatro mil caballos,
despues de haber hecho diversos movimientos pa-
ra ocultar sus designios, el 18 de Junio pusieron
sitio á Landreci, y el 26 tenían acabadas las lí-
neas de circunvalacion y empezaron á abrir la
trinchera; y aunque los sitiados hicieron algunas
salidas fueron rechazados. En fin el sitio se con-
tinuó defendiéndose con mucho valor los sitiados,
y rechazando un asalto que diéron los France-
ses matándoles mucha gente. La plaza no tenía
yá sino mil hombres y cincuenta caballos, las
murallas arruinadas, y los enemigos estaban para
poner fuego en otra mina que habian prepara-
do; y viendo que era imposible resistir más tiem-
po capituló el Gobernador, y salió la guarnicion
con todos los honores el día 13 de Julio y fue con-
cluida á Valencienes.

El Príncipe de Condé temiendo que atacarian
esta plaza marchó con su ejército para defender-
la. Los enemigos le siguieron, y le fue preciso re-
tirarse porque sus fuerzas eran muy inferiores.
La Ferte pasó el Escalda por dos puentes y la puso sitio el 15 de Agosto. Salió a forrar algunos esquadrones los cuales fueron atacados y derrotados por D. Francisco Pardo, les mató mucha gente, y quince oficiales y cinco estandartes quedaron en su poder sin haber tenido más pérdida que veinte y cinco hombres. El 16 de Agosto abierta la brecha se rindió Condé con las mismas condiciones que la plaza anterior, porque la guarnición se defendió con mucho valor. S. Guillain tuvo la misma suerte, el 10 fue embestida por la Ferte, y capituló el 25 abierta la brecha. Así se acabó esta campaña sin emprender ninguna otra conquista ocupándose solamente en ir a forrar con mucha escolta, y algunas veces llevando cañones porque los enemigos estaban muy cerca y lo impedían.

El Duque de Módena cansado de sufrir violencias del Marqués de Caracena sin poder conseguir ninguna satisfacción por mas representaciones que había enviado a la corte de Madrid, resolvió separarse de la alianza y unirse con la Francia. El Virrey le hizo la guerra entrando con las tropas en sus estados, y puso sitio a Reggio. El Príncipe Thomas entró con las de Francia a socorrerle; mas como el Virrey había aumentado su ejército no le pudo hacer levantar el sitio, y tomada esta plaza acometió a Bersello. El Príncipe lo puso en Pavía para obligarle a abandonar el cerco. El Marqués de Caracena que quería conservar una plaza tan importante como Pavía voló a su socorro, interceptó los convoyes que iban al campo del enemigo, y sin atacar sus líneas le fue preciso abandonar su empresa después de haberla tenido sitiada cincuenta días.

Los Franceses impidieron con los auxilios que enviaron al Duque los progresos de las conquistas que hacia el Marqués de Caracena, y se retiraron a cuarteles de invierno. Sin embargo el Virrey después no dejó de reconquistar a Corregio. En Cataluña nuestras armas no fueron tan felices como en Italia. El Príncipe de Conti que continuaba en el mando tomó el cabo de Quiers, buen puerto de mar capaz de contener una esquadra numerosa, y muy necesario para conser-
| Año | Var | Rosas. Sitió en forma la villa de Castelló, y se rindió después de 22 días de trincheras abierta. Se apoderó tambien de Cadagües mas no supo aprovecharse de estas victorias, porque habiendo cerrado los pasos los Españoles no pudo atravesar los montes para continuar las conquistas, y dejado el mando de las tropas al Conde de Merinville se retiró. Este General era mas activo que su predecesor: se puso en marcha para socorrer a Solsona que sitiaban los nuestros, mas cuando llegó cerca de ella supo que el 7 de Diciembre se había entregado, y retrocedió á la costa de la mar donde rindió algunos pequeños castillos sin ninguna resistencia. D. Juan se apoderó de Berga y de algunas otras plazas. Las dos esquadras Española y Francesa se avistaron a fines de Setiembre en los mares de Barcelona, y luego se prepararon para el ataque que fue muy refinado. Las dos se atribuyeron la victoria; pero si se ha de juzgar por el resultado es preciso confesar que los Españoles lograron lo que intentaban impidiendo que se levantase Barcelona y se declarase por los Franceses como éstos se habían propuesto. En la frontera de Portugal nuestras armas hacían pocos progresos, porque estando persuadidos los Ministros que sujeta Cataluña sería fácil recobrar este reyno, no enviaban la tropa necesaria para conquistarlo, sino para contener las invasiones que los Portugueses podrían hacer dentro del reyno, y así no hubo sino algunas escaramuzas en la provincia de Alentejo. En la de Tras-llos Montes había una especie de tregua entre las dos naciones; pero habiendo dado orden el Rey de Portugal á Juan Mendez de Vasconcellos que mandaba en ella que empezase las hostilidades, luego se vieron en movimiento las tropas de las dos naciones haciendo correrías para saquear, que era lo único que se hacía. Los Gallegos saquearon la villa de Paradella y todo su territorio. Los Portugueses los atacaron en su retirada, les mataron algunos, y les quitaron todo el botín. No contentos con esto entraron en el territorio de Semil y lo saquearon llevándose riquezas inmensas. |
I con las promesas más brillantes para que entregarase el castillo. Soárez fingió consentir en lo que le proponía, con tanto que entraría con treinta soldados disfrazados de mercaderes. Llegado el día concertado se presentaron, y dejándos entrar de uno en uno con el pretexto de disimular mejor los fueron matando a todos, y a Sande lo puso en la boca de un cañón que puso fuego lo hizo saltar en el aire hecho mil pedazos. ¡Acción bárbara y horrible! Con la cual adquirió el odioso nombre de cruel y perdido para lavarse de la mancha de traidor que quizás contraería en las primeras conversaciones con su amigo, teniendo en su corazón ambicioso más poder las promesas que el honor.

La guerra se continuaba con más calor y obstinación en la isla de Ceylan, porque los Holandeses hacían los mayores esfuerzos para apoderarse de toda ella. Su escuadra derrotó la de los Portugueses en la que iba Antonio de Sousa Coutiño, el cual pudo escapar con un patache y llegar a Colombo, y se defendió algún tiempo con mucho valor animando a los soldados con sus palabras y su ejemplo, y sirviéndose de todos los medios posibles para conservar esta plaza que era tan importante para su nación. Los enemigos le dijeron este año un asalto y fueron rechazados con mucha pérdida. Esta desgracia los hizo mas
circunspectos, y conociendo que por la fuerza sería difícil tomarla sin exponerse a sacrificar mucha gente, resolvieron bloquearla para reducirla por hambre.

La corte de Portugal no hacia mas que debilitarse y consumirse en una guerra inútil que tarde o temprano había de causar la ruina del trono. Conociendo el Rey D. Juan que no se podía evitar mandó avivar las negociaciones con las potencias aliadas para proporcionarse medios de defensa. La Francia enemiga eterna de la España que procuraba abatirla por todos los medios posibles le hizo grandes ofertas, pero sin ánimo de cumplirlas, porque deseando casar la Infanta Doña María Teresa declarada Princesa de Asturias con el Rey Luis XIV para reunir este reyno poderoso con el suyo, no quería más que intimidar a la corte de Madrid para llegar por este medio artificioso a lo que su política le dictaba. Mazarino decía al Embajador Portugues que continuaria la guerra con el mayor vigor; pero que no podía menos de estrañar que su Soberano estuviese en tanta inacción pues nada hacían sus tropas, siendo así que podían penetrar en el país enemigo sin obstáculo ninguno. En consecuencia de estas quejas el Rey daba las órdenes más precisas para que se continuasen las hostilidades y entrasen sus tropas en el territorio Español, mas no se ejecutaban sino como tenían de costumbre, aumentándose de este modo las quejas de sus súbditos por las vejaciones que sufrían de las tropas Españolas que para vengarse hacían correrías en el territorio Portugues.

D. Francisco de Sousa Coutiño salió de París para Roma, donde fue recibido y reconocido como Embajador por el nuevo Papa Alejandro VII, mostraba una parcialidad decidida por la Francia; pero por la política artificiosa de esta corte los negocios de su reyno, especialmente el de la confirmación de los obispos nombrados por el Rey se iba dilatando a pesar de las vivas solicitudes que hacía. En fin permitió al Cardenal de los Ursinos que fuera protector de la corona de Portugal, asegurándole al mismo tiempo que despacharía muy en breve su solicitud.
de esta conquista.

El Archiduque Leopoldo informado que Raposo no era de una familia ilustre, y que tenía pocos caudales, creyó que por medio de las ofertas se podrían descubrir los secretos de su misión que estaban envueltos en las mayores tinieblas. El artificioso Portugues no se mostró inexorable a las primeras insinuaciones que le hicieron, sino que se explicó de una manera capaz de encender más la curiosidad y las esperanzas de sus agentes, con el fin de descubrir las intenciones del gobierno Español. El Archiduque le escribió una carta con grandes promesas, y Raposo luego que la recibió la envió a su Rey en prueba de su fidelidad y del zelo ardiente que tenía por su servicio. El Gobernador de los Países-Bajos sintió mucho este engaño, y cansado de recibir desaires por todas partes especialmente por el Conde de Fuensaldafia en quien tenía la mayor confianza el Ministro de la corte de Madrid, resolvió dejar su gobierno. Escribió al Rey pidiendo el permiso para salir de él donde su presencia era inútil, y no podía hacer nada para el servicio de S. M. ni conservar el mando con honor. Esta solicitud reiterada algunas veces fué bien recibida, porque el Ministro deseaba apartarlo del gobierno con algún pretexto honroso; y así se le concedió lo que pedía prometiéndole que en llegando a la primavera se le enviaría sucesor. Esta determinación fué desaprobada de los pueblos de aquel país, que le tenían un afecto particular por sus bellas prendas que lo hacían muy estimable.

El Rey nombró para sucederle a Don Juan de Austria con poderes mas extensos que a ninguno de sus predecesores, y por su Teniente al Marqués de Caracena con la esperanza que sería más feliz que en Italia. El Conde de Fuensaldafia pasó de Virrey a Milan porque D. Juan no estaba contento con él. Estas y otras mutaciones
entre los Gobernadores y Generales hizo el Rey en este año. El tratado que el 9 de Noviembre del año anterior se había concluido con el Du-
que de Lorena que estaba prisionero en Toledo no tuvo efecto, porque todas sus tropas aunque prestaron un nuevo juramento de servir al Rey de España, en la primera ocasión que tuvieron se pasaron al servicio de la Francia.

D. Juan emprendió su viaje para Flandes con quatro galeras; y habiendo sido acometido por un corsario las tres fueron apresadas, y en la quarta que iba él no pudo salvarse sino á fuerza de vela y remo. En Milan fué festejado con las mayores demostraciones de alegría, y recibiendo de Fuensaldáña las informaciones de aquel estado continuó su viaje con felicidad hasta llegar á los Países-Bajos. El Archiduque salió á recibirle y entró como en triunfo en Bruselas con aplauso general de todas las gentes.

El Mariscal de Turena que tenía el mando de las tropas con el de la Ferte, mandó que estuviese reunido el ejército en Chauni el primero de Ma-
yo, y envió á Quesnuy un convoy grande de ví-
veres y municiones. Después llegaron las tropas á Dovay donde estuvieron un día y una noche en batalla. Estando en esta ciudad recibió una ór-
den de la corte para sitiar á Tournay; pero los Españoles habían introducido mil y quinientos hombres y abandonó la empresa. Desde aquí fué atacar á Valenciennes, y llegado la Ferte con su division embistió la plaza el 15 de Junio. El Du-
que de Bournoville que era su Gobernador no te-
nia sino mil y quinientos hombres de tropa arre-
grada, pero podía contar con diez mil habitantes para su defensa. El 26 estaban concluidas las lí-
eas de circunvalacion, y tenían un puente de barcas sobre el Escalda para su comunicación, porque este rio dividía los cuarteles de los dos
Mariscales. El mismo día por la tarde se empezó á abrir la trinchera por dos partes haciendo los sitiados un fuego muy vivo y algunas salidas pa-
ra impedir los trabajos hasta el 2 de Julio. Tres ataques se dieron al camino cubierto hasta el 8 del mismo mes, perdiendo los sitiadores mucha gente sin poderse apoderar de él.
El Príncipe de Condé preparó sus tropas para socorrer a Valenciennes avisando al Gobernador el día que atacaría las líneas, la hora que debían levantarse las exclusas para hacer impracticable el dique, y romper la comunicación entre los dos Mariscales. La noche del 15 al 16 de Julio se puso en marcha el ejército a las órdenes de D. Juan de Austria, el Príncipe de Condé, y del Conde de Fuentesalvía. Pasaron los puentes en tres cuerpos y se formaron inmediatamente en batalla, los Españoles los primeros, los segundos los Walones, los terceros los del Príncipe de Condé, y las líneas fueron forzadas quedando cubiertas de cadáveres. Los Franceses las defendieron con un valor herético; pero nada era capaz de resistir a la intrepidez y resolución de aquellas tropas. Los Walones fueron rechazados tres veces, no sirviendo esto sino de incentivo para hacer mayores esfuerzos; y al quarto ataque lo rompieron todo, y los Franceses intimidados no saber huir fueron degollados sin recurso.

El Mariscal de la Ferte marchó a la frente de diez y ocho esquadrones contra los enemigos, mas aun no había avanzado cincuenta pasos, oyendo esta caballería las voces mata, mata, abandonó al General y se huyó al puente que estaba cerca del cuartel de Gadaigne, el cual estaba sumergido y arruinado por el agua, y levantadas las exclusas, fue tan grande el desorden que se puso entre ella que los soldados se echaron desde una altura a las tiendas de Bolfonds, la Ferte fue hecho prisionero, y un Capitán que quiso salvarle la vida murió de un tiro que se le disparó. Una multitud de oficiales quedaron muertos, y mil y quinientos caballos se ahogaron con sus ginetes. Turena no pudo socorrer a la Ferte porque con la inundación le fue imposible pasar.

Los Españoles hicieron quatro mil prisioneros con muchos oficiales de distinción. Contribuyeron a esta fatal desgracia muchas causas, 1.ª el ataque que se hizo por la noche, 2.ª el haber levantado poco las líneas, 3.ª el tener pocas fuerzas el cuartel de la Ferte, y 4.ª el no haber asegurado el dique. A todas estas se puede añadir...
El valor extraordinario de la tropa Española, y la habilidad singular de los Generales y oficiales.

El ataque empezó a la una de la noche, y Turenza a las seis de la mañana se salió con la tropa que le había quedado dirigiéndose a Quesnoy, pero sin orden de batalla. Dos esquadrones enemigos que seguía la retaguardia de lejos como para observar su dirección, tuvieron algunas escaramuzas con los que iban más atrasados. Este ejército se apostó entre Quesnoy y el bosque de Mormaux, y habiendo hecho la revista se halló que se componía de diez y ocho mil hombres de infantería y cuatro mil caballos. El 28 los Españoles se presentaron delante de Turenza no habiendo sino el río de por medio, y hubo algunas escaramuzas creyendo que el día siguiente atacarían; pero no salieron de su campo. Suspechando este General que este movimiento solo lo habían hecho para llamar su atención mientras se preparaban para sitiá a Condé, envió a esta plaza con toda la presteza posible ochocientos caballos llevando cada uno un saco de trigo para proveerla.

El 20 de Julio levantaron su campo los Españoles al amanecer y fueron atacar a Condé, que capituló a los veinte y cinco días de sitio concediendo a la guarnición todos los honores. Los dos ejércitos se observaron mutuamente en sus marchas y contramarchas hasta el 16 de Setiembre, respetándose mutuamente sin querer venir a una acción general, mostrando los Generales en sus campamentos y movimientos la mayor habilidad. Turenza puso sitio á la Chapelle, y se rindió el 27 de Setiembre porque tenía muy poca guarnición y estaba muy desprovista de todo. Conquistada la plaza envió socorros á Landreci y á Quesnoy, y se retiró á quarteleles de invierno.

El Conde de Fuensaldafia y el Cardenal Tribulcio derrotaron al Duque de Módena; mas luego que recibió los refuerzos que le enviaban los Franceses, se pusieron en marcha para atacar la plaza de Valencia situada sobre el Pó. El 21 de Junio llegaron delante de ella con un ejército de catorce mil hombres mandados por el Duque de Módena y el de Mercœur. Desde luego echaron dos puentes de barcas en el río, uno en la parte
superior de la ciudad, y otro en la inferior para tener libre la comunicación. La plaza estaba bien provista de todo y tenía una fuerte guarnición, y se defendió con la mayor obstinación. Se empeñaron las obras con mucha actividad haciendo los sitiados salidas con mucha intrepidez para impedirlas, y sin embargo de esto se continuaron perdiendo mucha gente. El Cardenal Tribulcio que riendo socorrerla fue a atacar las líneas con tres mil caballos y cinco mil hombres de infantería. Se apoderó de dos reductos que se habían levantado a un cuarto de legua, pero no pudo penetrar más adelante. Poco tiempo después Fuensaldaña hizo otra tentativa que fue tan inútil como la primera. El Gobernador, perdida la esperanza de ser socorrido y estando en los mayores apuros después de haberse defendido ochenta y dos días con el mayor valor, capituló el 31 de Setiembre y salió con todos los honores. La tropa de Módena que iba al sitio de la plaza fue derrotada por los Españoles y obligada a retirarse. En Cataluña no hubo ninguna acción considerable porque los dos ejércitos estuvieron solo a la defensiva, manteniéndose con las correrías y saqueos por no tener fuerzas bastantes para hacer conquistas.

Las tropas que habían en la frontera de Portugal estaban en la inacción sin emprender más que algunas incursiones como tenían de costumbre para saquear. Mas en la isla de Ceylan se continuaba el sitio de Colombo por los Holandeses con el mayor furor, y Coutíño su Gobernador hacía esfuerzos heroicos con la poca gente que tenía para defenderse, sirviéndose de todos los medios que el arte y la prudencia mas consumada puede prestar para este efecto; y no teniendo ningún recurso se resolvió pedir capitulación para salvar los pocos soldados que le quedaban después de tantas desgracias y males como habían sufrido, y por no exponer los habitantes de la ciudad que habían sido tan fieles al furor y a la rapacidad de los soldados. Aprobada esta resolución por los oficiales envió un diputado al General Holandes pidiendo suspensión de hostilidades, que se concedió inmediatamente y se envió...
ron mutualmente rehenes. La capitulacion fue aceptada, firmada y ratificada, y el dia 12 de Mayo sali6 la guarnicion con todos los honores. Los Holandeses se obligaron por el tratado a no hacer ningun daño a los religiosos ni demas personas eclesiasticas, a respetar las Iglesias y Monasterios, y a dejar a los habitantes la libertad de quedarse en la ciudad o retirarse con sus bienes donde les acomodase.

Con esta conquista los Holandeses quedaron enteramente duefios de esta isla que hacia tanto tiempo que era el objeto de su codicia. Los Portogueses la perdieron por sus divisiones, por el odio, la ambicion y codicia de los que estaban a la frente del gobierno en aquellos paises. Por estas causas se hicieron odiosos a todas las naciones, y perdi6n el imperio que sus mayores habian adquirido con tanta gloria.

El Rey D. Juan que hacia mucho tiempo que tenia la salud muy quebrantada se fué agravando poco a poco, sin que los médicos pudieran con ningun remedio ni los recursos del arte aliviarle ni darle vigor, antes bien todos los dias perdian mas sus fuerzas, tanto que viendo el peligro en que estaba su vida fué necesario decirle que se acercaba su fin. Esta triste noticia la recibio con mucha resignacion, y no se ocup6 sino en reconciliarse con Dios. Abrazo a sus hijos, nombr6 regenta a la Reyna, y la instruyo en lo que debia hacer en tiempo de su regencia. Exhorto a sus Ministros y Generales a ser fieles al estado y a su familia, y termino su vida el 6 de Noviembre con gran sentimiento de todos los pueblos a los cincuenta y tres anos de su edad, y los diez y seis menos un mes de su reynado. Este Rey era de mediana estatura, tenia los cabellos crespos, los ojos llenos de fuego, la tez viva y animada, y la fisonomia agradable. Era sencillo y familiar con los pequeños, y serio y grave con los Grandes. No era General, pero si un gran politico. Sabia todos los secretos del gabinete de Madrid, y sus proyectos lo eran tanto que los mismos que trabajaban en la ejecucion de los planes, ignoraban muchas veces a que fin se dirigian. Procur6 gobernar a los sufditos con justi-
cia, y no gravarles con impuestos excesivos. Su piedad era sólida y tenía un respeto sumo a las cosas de la religion. En fin llevó la corona con grandeza y dignidad. Le sucedió en el reyno su hijo mayor D. Alfonso VI de este nombre a la edad de 13 años, era de un genio violento y de muy pocos talentos, incapaz de sostener con honor el peso de la corona; pero la Reyna su madre que era de una alma grande supo gobernar con la mayor prudencia, y reprimir con mucha firmeza el impetu de los Grandes que llenos de ambicion querian sacudir el yugo.

El Papa deseando poner fin a la guerra y restaurar la paz entre la Francia y la España escribió a los obispos de aquel reyno para que por su parte contribuyesen a facilitarla. El Cardenal Mazarino juzgado que convenia manifestar a la Europa que no tenia intencion de perpetuar la guerra, persuadió al Rey que se enviase al Señor de Liona a Madrid con pleno poder para hacer la paz, y después de muchas conferencias nada se pudo concluir porque la corte de España insistió en que se habian de restituir a Conde todos sus estados, prometiendo el Rey Católico que de su parte le daria algunas plazas de la frontera para recompenzar sus servicios. Luis XIV consentia que volviera el Principe, pero no triunfante. Esto es lo que publicó en sus Memorias Liona sobre el rompimiento de las conferencias y de la causa que impidio el exito de su negociacion; mas no fué esta la verdad, ni el obstáculo invenible que se halló, sino el haber insistido el Embajador sobre el articulo del matrimonio de la Princesa Doña María Teresa con el Rey D. Luis para reunir el trono de España a su corona. Philippe IV no quiso consentir jamas porque queria casarla con un Principe de su familia.

La noticia que llegó a este tiempo de la invasión que los Ingleses habian hecho en las islas de Santo Domingo y Cuba, y principalmente la pérdida de la Jamaica, y de las ricas presas que los Almirantes Black y Montagne nos habian hecho cerca de las costas de España, llenaron de dolor al Rey y a toda la corte, no sabiendo por qué motivo hacian la guerra. Se dice que en los
galeones que nos apresaron los Almirantes pero
dimos quarenta y ocho millones de pesos duros, y
otros tantos en los tres que nos echaron a pique
que venían del Perú, y se contaba con estas su-
mas para los gastos de la guerra.

El Almirante Black que esperaba nuestra fle-
ta tuvo noticia que había entrado en la bahía de
Santa Cruz de la isla de Tenerife y se fue a ata-
carla, y después de un combate que duró algu-
nas horas a pesar del fuego de un castillo y siete
reductos, se apoderó de ella y no tuvo tiempo
sino para ponerle fuego. Después de esta expedi-
ción que llenó sus deseos cayó enfermo y se reti-
ró a Inglaterra donde murió con la reputación de
uno de los mayores Almirantes que aquel seyno
había tenido; y Cromwel para honrarle quiso
que se enterrase en la capilla de Enrique VII.
Black aunque republicano por principios, siem-
pre gozó de la confianza del Protector. Solía de-
cir, que se debe combatir por la patria en quales-
quiera mano que esté el gobierno. Este grande
hombre en medio de tantas sacac y que despe-
dazaban la Inglaterra conservó siempre la esti-
mación general que es una prueba evidente de
su mérito, y que no era de estos genios exaltados
y ardientes que declarándose con furor por un
partido se hacen odiados a los demás.

Los Franceses unidos con los Ingleses por el
tratado que habían concluido se preparan para
empezar las hostilidades en la Flandes con gran-
de estruendo. D. Juan de Austria y el Príncipe
de Condé abren la campaña por el sitio de S. Gui-
llain, y en ocho días obligan al Conde de Schom-
berg a rendirse concediéndole una capitulación
hontosa por haberla defendido con valor. Ture-
na en el mes de Mayo tenía reunido su ejército
en las cercanías de Amiens, y se puso en movi-
imiento fingiendo que quería atacar alguna plaza
marítima luego que el Protector le enviase los
seis mil hombres estipulados. Se dirigió a Aix, y
desde el lugar de Colonna envió al Marqués de
Castelnau con treinta esquadrones a atacar a
Cambrai por el otro lado del Escalda, y por su
parte marchó con quarenta esquadrones con tan-
ta diligencia que el día siguiente llegó delante de
la ciudad y apostó la caballería al rededor de ella.

El Príncipe de Condé sospechando que el enemigo iba a invadiría se puso también en marcha para socorrerla. En el camino tuvo aviso cierto del Gobernador que estaba ya sitiada, y tomando inmediatamente diez y ocho esquadrones llegó á sus cercanías la noche del último de Mayo cuando los Franceses trabajaban en las líneas de circunvalación, y distribuyendo sus tropas en tres cuerpos separados mandados por oficiales hábiles, dió las órdenes correspondientes para que se adelantasen á la plaza á las ocho de la noche por tres partes diferentes. El Príncipe se fué con su división por el camino real suponiendo que Turena como General diestro su mayor cuidado y vigilancia la habría puesto en guardar los caminos menos trillados. El primer destacamento pasó sin ningún obstáculo. El Príncipe tuvo que forzar las tropas que estaban mas reunidas. El tercero abierto el paso no halló resistencia. Todos llegaron á la contra-escarpa y Condé entró en la plaza con este refuerzo. Por este motivo Turena abandonó la empresa, y reunidas las tropas en su cuartel se puso en marcha, y en Tupigni el 8 de Junio se le juntaron los seis mil Ingleses.

El Conde de la Ferte fué á sitiar á Montmedí, que es una de las plazas más fuertes del país de Luxembourg estando puesta la ciudadela sobre una roca, y el 12 de Junio fué embestida. Los sitiados hicieron un fuego muy vivo y les mataron mucha gente, porque la calidad del terreno les obligaba á trabajar á cuerpo descubierto los primeros días, pues no hallando tierra era necesario traerla de lejos. Por la misma razón fué muy difícil aplicar la mina porque no se podía penetrar la roca, pero todas estas dificultades se vencieron con el tiempo y con mucho peligro. Los sitiados sostuvieron los ataques vivísimos que les diéron con un valor extraordinario hasta el 6 de Agosto en que viéndose sin recurso pidieron capitulación, y se les concedió con todos los honores como la pidieron por el Rey que se hallaba presente. El Gobernador que era un exce-
lente oficial fue muerto los últimos días del sitio, lo que quizás fue causa de que se rindiera más pronto, aunque hacía treinta días que estaba abierta la trinchera.

Los Españoles al tiempo que los enemigos sitiaban esta plaza fueron a atacar a Calay, y se apoderaron de la parte baja de la ciudad; pero hallaron tanta resistencia para penetrar que abandonaron la empresa. Turená seguía los movimientos del ejército enemigo. El 17 de Agosto puso sitio a S. Venant. El 21 los Españoles se apoderaron de la mayor parte del bagage a media legua del campo sin que los enemigos pudieran recobrarlo. El 27 capituló la plaza. Turená hizo levantar el sitio de Ardres, se apoderó de varios fuertes, y Mardic cayó en su poder sin haber hecho más que una leve resistencia. De este modo se terminó la campaña en Flandes.

En Italia nuestras armas aunque habían recibido un refuerzo de seis mil hombres del Emperador hicieron pocos progresos, porque no pudiéndose pagar la tropa se desprendían los soldados, y no se podía emprender ninguna expedición con confianza. Se introdujo la división entre el Príncipe de Conti y el Duque de Modena que mandaban las tropas de Francia. Aprovechándose de esta ocasión Fuensaldañá situó a València del Pó. El zelo de la gloria de su nación reunió a los dos Generales enemigos y obligaron a levantarle. No contentos con esto acometieron a Alexandria de la Palla, y no pudiendo tomarla por haberles cortado los convoyes el Español, se vengaron apoderándose en su retirada de los fuertes de Varas y de Novi, aquel situado sobre el rio Tamer, y éste en la frontera del Milanesado.

La guerra de Cataluña se hacía con muy poca actividad por una y otra parte, mas por falta de medios que de voluntad. El Marqués de S. Abre que mandaba las tropas Francesas tenía orden de su corte de no emprender ninguna conquista. D. Diego Caballero intentó sorprender la ciudad de Urgel. El Francés y Margarit que tuvieron noticia de su marcha, acudieron con sus tropas y salvaron la plaza. Al fin de la campaña tomó el mando el Duque de Candala, y aunque
trajo un refuerzo de mil hombres de infantería y caballería, no emprendió ninguna cosa considerable y se volvió a Francia. Nuestras tropas estaban la mayor parte ocupadas en Portugal, y no quedaron en Cataluña sino las más precisas para la defensa de las plazas que ocupábamos.

Los Portugueses provocaron la indignación de la corte de Madrid abriendo la campaña con mucha arrogancia; y con gran desprecio de las fuerzas que teníamos en la frontera atacaron un pequeño fuerte, y aunque tenían gran número de tropas para una empresa tan miserable no la pudieron ejecutar. Los sitiados se defendieron con mucho valor, y hicieron útiles todos sus esfuerzos. El Duque de S. German que mandaba el ejército Español tuvo orden de obrar ofensivamente con vigor, asegurándole el Ministro que enviaría los socorros y refuerzos necesarios. Al principio de Abril teniendo preparadas y dispuestas todas las cosas, se puso en marcha y abrió la campaña por el sitio de Olivenza. D. Juan de Silva, que de antemano descubrió sus intentos, introdujo en la plaza un convoy considerable de víveres y municiones, y sin detenerse porque los Españoles empezaban a entrar en el llano donde está situada la ciudad se volvió a Jurumen. Las fortificaciones interiores de la plaza estaban en buen estado, pero las exteriores como los fosos y el camino cubierto, no estaban en el de defensa porque no se habían podido reparar. Tenía de guarnición quatro mil hombres de infantería y cien caballos, y había dos ingenieros. D. Manuel Saldafia que era Gobernador tenía valor y estaba animado de los mejores sentimientos por la defensa de la patria, pero no tenía ninguna experiencia del arte militar.

Llegado el ejército Castellano delante de la plaza empezaron a trabajar en las obras del sitio, abrieron la trinchera, plantaron las baterías, y hicieron un fuego vivísimo contra la plaza al cual correspondían los sitiados, pero con tan poco acierto unos y otros que se hicieron muy poco daño. El Conde de S. Lorenzo quería introducir algunos socorros en la plaza, pero temía exponerse a una acción general que si salía desgra-
ciada exponía todo el reino al peligro de caer en manos del vencedor, y por esta razón la Rey-
a le había enviado una orden expresa de evitar todo encuentro con el enemigo, si la necesidad inevitable no obligaba a venir a las manos. En-
tre tanto Olivenza todos los días estaba más apre-
tada, porque a los enemigos les llegaban refuer-
zos y tenían un ejército de diez mil hombres de
infantería y cuatro mil caballos. El Conde con el
dictámen del Consejo de guerra se puso en cam-
pañía sin esperar los refuerzos que le venían de
todas partes con el fin de impedir que se fortifi-
casen más los Españoles, interceptar sus convo-
yes, incomodarles en sus mismos cuarteles, y sin
necesidad de dar la batalla obligarles por estos
medios a levantar el sitio.

Salió pues de la ciudad de Elvas con diez
mil hombres de infantería, dos mil caballos y ca-
torce piezas de artillería. Pasó el Guadiana por
un puente de barcas en Jurumena y puso su cam-
po debajo del cañón de esta villa, donde se le
juntaron dos mil hombres de infantería y dos-
cientos caballos. El ejército era casi igual al de
los Españoles, los soldados y los oficiales estaban
llenos de ardor y deseaban pelear con los Caste-
llanos, no dudando que conseguirían la victoria
y los echarían de su país; pero les engañaban
sus esperanzas, porque ni los oficiales, ni los sol-
dados, ni los Generales tenían experiencia de la
guerra. La tropa Española también era nueva,
pero los jefes buenos y hábiles. Y así toda la
campaña cometieron los dos ejércitos muchos
errores, y después de gastos inmensos se vieron
unos resultados miserables.

El Conde de S. Lorenzo que era de un genio
intrépido y vano, sin embargo de las órdenes
que tenía de la corte de no exponerse a la suer-
te de una batalla, resolvió atacar el campo de
los enemigos ocupando el monte de Castello-Bel-
lo que estaba a un tiro de mosquete de su cam-
po para asegurar sus convoyes, interceptar los de
los enemigos, y hacerles fuego sin que sus bate-
rías pudieran causarles ningún daño. El General
Portugues se prometía todavía mayores utilida-
des de este plan que creía muy bien combinado,
**TABLAS CRONOLÓGICAS.**

y que sería bastante para impedirles que perfeccionasen las obras del sitio, y que sin necesidad de exponerse a la contingencia de una acción podría salvar la plaza.

El 4 de Mayo se puso en marcha para ejecutar su proyecto. El Duque de S. German creyendo que venía a atacar las líneas dió las órdenes para ponerse en estado de resistir a los Portugueses. Mientras que el ejército se estaba formando en batalla se prendió fuego en las barricadas y tiendas, y en muy poco rato fueron devoradas de las llamas. Los batidores de los enemigos dieron aviso de esta novedad, y no se dudó que los Castellanos habían quemado su campo para retirarse. Aquéllos se entregaron a los mayores transportes de alegría creyendo que eran vencedores, y que podrían alcanzarles en su retirada y quitarles el bagaje y los cañones. Marcharon al campo de los Españoles, y cuando llegaron a descubrirlo viendo todo el ejército formado en orden de batalla se llenaron de consternación. Sentaron su campo en un lugar cómodo tan cerca de ellos que alcanzaba el tirón de sus baterías. El Duque de S. German no supo aprovecharse de la turbación en que estaban los enemigos, teniendo segura la victoria si les atacaba; pero no se atrevió ni aun a incomodarles, y les dexó sentar su real con mucha tranquilidad. El temor de ser atacado le hizo tomar la precaución de doblar las guardias ordinarias.

Los Portugueses pasaron toda la noche sobre las armas. El Gobernador de Olivenza esperaba que el día siguiente el General haría un esfuerzo para introducir socorros en la plaza, y él mismo se preparaba para hacer una salida y dividir las fuerzas de los sitiadores llamando por otra parte su atención para facilitar de este modo la empresa. Sus esperanzas fueron vanas porque el Conde de S. Lorenzo no hizo ninguno movimiento, y no consiguió sino obligar a los Castellanos a interrumpir los ataques de la ciudad. Los Portugueses pasaban el tiempo en consejos de guerra deliberando sobre el partido que debían tomar; unos opinaban que debían intentar forzar las líneas para socorrer la plaza; otros que se debía
adoptó, y para ponerlo en ejecución se envió al General de la caballería con una parte del cuerpo que mandaba a hacer fagotaje en un lugar poco distante de los dos campos. S. German envió un destacamento de caballería con algunos fusileros para impedir sus operaciones, y se retiraron abandonándolo todo fuera de algunos soldados y oficiales que llenos de ardor combatiéron con los Castellanos a la vista de los dos campos.

El General Portugues, viendo que era muy difícil forzar las líneas de los Castellanos, resolvió ir a atacar a Badajoz mientras que el Duque sitiaba a Olivenza, creyendo que de este modo le obligaría a levantar el sitio. Envió delante del ejército al General de la artillería con ochocientos hombres para apoderarse del fuerte de S. Cristóbal, mas una tempestad terrible que sobrevino aquella misma noche que estaba en marcha se lo impidió y le obligó a retirarse a Elvas. El ejército el día once de Mayo abandonó su campo y se fue a Jurumena sin que los Españoles tuvieran noticias de su marcha hasta que estaban algo distantes. El Duque de Osuna les persiguió con treinta esquadrones, pero iban con tan buen orden que no se atrevió atacarles.

Retirado el ejército S. German intimó la rendición al Gobernador con la amenaza que si se resistía trataría con el mayor rigor a la guarnición y a los habitantes. Saldaña le respondió que estaba resuelto a perseverar antes que rendirse, y se continuaron los ataques hasta reducir la ciudad al último extremo. El Conde de S. Lorenzo insistió en el empeño de atacar a Badajoz, y a pesar del fuego de la plaza una división se alojó en los mismos jardines de la ciudad. Mandó dar segundo ataque al fuerte de S. Cristóbal que fue tan desgraciado como el primero, y habiendo llegado el mismo con el cuerpo del ejército resolvió dar el asalto. Preparadas todas las cosas para este desatinado proyecto se presentaron los soldados con
el mayor valor. Los de la plaza los dejaron subir por las escalas, y los rechazaron con tanta intrepidez que los fosos quedaron cubiertos de muertos, y fue necesario abandonar con poco honor y con mucha pérdida una empresa que se había formado sin ninguna meditación.

S. Lorenzo estaba lleno de confusión, y no sabía qué hacerse: enviaba sin cesar correos a la corte y tenía frecuentes consejos de guerra sin tomar ningún partido. Ultimamente resolvió dejar la empresa de Badajoz. Pasó el Guadiana y se fue a acampar en las riberas del Caya, y el día siguiente se volvió a Jurumena para animar a los de Olivenza. El Gobernador le avisó que se le acababan las municiones, y que si no le socorría pronto le sería forzoso rendirse. S. Lorenzo avisó a la Reyna la situación en que se hallaba la ciudad, y envió a Alfonso Hurtado General de la artillería con cuatro regimientos de infantería y seis esquadrones de caballería para atacar la plaza de Valencia de Alcáñiz, fuerte por naturaleza y por el arte. Esta empresa tuvo la misma suerte que las demás, y viendo el General que todo le salía mal determinó socorrer a Olivenza a cualquier precio que fuera.

El Gobernador no habiendo recibido respuesta favorable al avisó que le había enviado, y hallándose sin recursos, pidió capitulación. Arreglados los artículos se enviaron a la Reyna que no quiso aprobarlos, mandó al Gobernador que no firmase la capitulación, y al General que hiciese los mayores esfuerzos para salvar a Olivenza. Luego que se recibió en la ciudad esta orden Saldaña convocó a los oficiales, a los magistrados, y a los principales habitantes para comunicársela. Este quería obedecerla puntualmente, pero la mayor parte se opusieron diciendo que no debían exponerse los habitantes a las funestas consecuencias de un asalto que necesariamente se había de dar muy pronto si no se observaba la capitulación. En consecuencia de esto la plaza se entregó a los Españoles el 30 de Mayo. La guarnición salió con todos los honores de la guerra, y la mayor parte de los habitantes se fueron a otros pueblos, no queriendo vivir sujetos a los Españo-
les por mas que les ofrecieran conservarles sus bienes y privilegios.

La Reyna mandó premiar la fidelidad de los habitantes recompensándoles sus pérdidas y estableciéndolos en las diversas villas y ciudades de la provincia de Alentejo. Saldaña fué preso luego que llegó a Jurumena y encerrado en el castillo de Villaviciosa. La misma suerte tuvieron los principales oficiales sin haber sido culpables en ninguna cosa. Saldaña después de algún tiempo fue trasladado a Lisboa, y desde allí desterrado a las Indias para siempre. La pérdida de esta plaza causó una consternación general. La Reyna y los Ministros la sintieron en extremo, y atribuyeron esta desgracia a cobardía del Gobernador y de los oficiales, pues los Españoles en todo el tiempo del sitio la atacaron con mucha lentitud, y se hubieran podido impedir todos sus trabajos si la guarnición que era muy fuerte hubiera hecho algunas salidas. El General que tenía mayor culpa quedó libre, pues teniendo fuerzas iguales o mayores que los enemigos, debía haber atacado su campo y forzado las líneas introduciendo los socorros necesarios. Cuando no hubiera tenido valor para una empresa tan gloriosa, debía interceptar los convoyes, lo que era muy fácil, y en este caso era preciso que abandonasen el sitio los enemigos.

El Conde de S. Lorenzo era tan ignorante en el arte de la guerra como Saldaña, y con semejantes gentes aun cuando tuvieran muchos medios para la defensa de la plaza no se podía salvar por no saber hacer uso de ellos.

La Reyna temiendo no se le atribuyese esta desgracia, y le hiciera perder la estimación del pueblo y de los Grandes, deseaba que se emprendiera alguna expedición para borrar la impresión funesta que había hecho la pérdida de Olivenza. Mas el ejército Castellano era superior en fuerzas, y muy peligroso exponerse a venir a las manos con él. El General Español reparadas las fortificaciones se volvió triunfante a Badajoz revolviendo en su ánimo grandes ideas que se lisonjeaba realizarlas habiendo tenido tan felices principios. Los Portugueses pusieron con la ma-
yor prontitud las plazas de la frontera en estado de defensa temiendo que los enemigos emprendiesen su conquista antes de pasar adelante con su ejército, que se había aumentado muchísimo en tiempo del sitio con la mucha tropa que le llegaba de todas partes.

S. German guarneció también las plazas de la frontera de España, y se fue á embestir el fuerte de Mourao el 13 de Junio. Este era un castillo viejo con unas murallas débiles y mal conservadas que no podia sostenerse muchos días aunque lo defendiera la tropa mas aguerrida. Sin embargo se había puesto en él una buena guarnicion y abundancia de provisiones de boca y guerra, y de Gobernador a Juan Ferreyra de Acuña, oficial de valor y de algunos talentos militares. El General Portugues se puso en marcha con su ejército para sorprender á los sitiadores y atacar su campo. Se presentó á la ribera del Guadiana, la caballería Española le impidió el paso, y se fue al puente de Moura que está cinco leguas distante de este punto. Los Españoles entretanto diéron un asalto al castillo y fueron rechazados con mucho valor, y quando se estaban preparando para atacarlo de nuevo pidieron capitulacion que les fué concedida con los honores ordinarios de la guerra. Acuña se fue al ejército del Cohde de S. Lorenzo, el qual informado del valor con que se había defendido hizo públicamente su elogio y el de toda la tropa que tenía á su mando.

Tomada la plaza de Mourao y reparadas las fortificaciones el Duque se volvió á Badajoz, y por ser la estacion de los calores que en estos países son excesivos, distribuyó la tropa en quartel para que descansase y emprender de nuevo las conquistas en llegando al otonio. Los Portugueses se volvieron á Jurumena, y en un consejo de guerra que tuvieron resolvieron reconquistar a Mourao informando a la Reyna de su resolucion. Al mismo tiempo que recibió esta carta llegó á Lisboa D. Juan Mendes de Vasconcelos, oficial recomendable por su valor, su prudencia y su habilidad en el arte de la guerra, en quien el pueblo tenía puesta su confianza creyendo que
Se juntó el Consejo de guerra, y leída la carta del Conde de S. Lorenzo, unos opinaron que no debía emprenderse el sitio de Mourao por no ser decente que todo su ejército se emplease en una conquista tan despreciable; otros decían que el Conde había perdido la cabeza, y que para prever mayores desgracias era necesario apartarle del mando y enviar a Vasconcelos. Éste que estaba presente dijo que no se podía dudar que la división que había entre los oficiales del ejército podría causar muchos males, y que se debían tomar providencias prontas y energicas para evitarlos; pero juzgaba que habiendo emprendido el Conde el sitio de Mourao no se le podía llamar sin hacerle una afronta muy sensible; que él partiría al instante, pero que sería para servir de voluntario en el ejército mientras el sitio durase.

Interín se estaba deliberando en el Consejo de guerra, la Reyna llamó al Conde de S. Lorenzo y a D. Manuel de Melo, diciéndoles en la carta que les escribió que el Rey había resuelto ponerse al frente del ejército para tranquilizar el ánimo de los súbditos y reparar las pérdidas que había elegido por sus Tenientes a Juan Mendes de Vasconcelos, y Andrés de Alburquerque que para mandar la caballería en calidad de Maestre de Campo general. Luego que el Conde recibió esta orden partió para Lisboa, y Alburquerque y Sancho Manuel se volvieron a Jurumen con el ejército que estaba para pasar el Guadiana, y después lo enviaron a sus cuarteles. Vasconcelos fué a tomar el mando, y llegado a Estremoz se detuvo algunos días en esta ciudad, y mientras estaba en ella dos cuerpos de la caballería Española talaron los territorios de Montes, Villaviciosa y Elvas. Los paisanos que habían sufrido grandes pérdidas se quejaron a la Reyna de su indolencia porque estando tan cerca no tomaba ninguna providencia para impedir...
Las invasiones de los enemigos, y desde luego se le mandó que librase de todo insulto la provincia colocando y distribuyendo la caballería de manera que pudiera acudir con la mayor prontitud al socorro de los que fueran invadidos, y comunicase al Conde de Prado todo lo que emprendiese. Vasconcelos se fué á Elvas, y envió á Moura á D. Sancho Manuel con cinco regimientos de infantería para guardar el país que hay desde esta plaza hasta Estremoz. Resolvió sitiar la plaza de Mourao que los enemigos habían fortificado, y mientras se hacían los preparativos en las correrías que ejecutaban destacamientos de los dos ejércitos, hubo una acción muy refizada en las cercanías de Campo Mayor, en la cual después de haber combatido mucho rato se retiraron con pérdidas casi iguales, y después de este combate los Portugueses interceptaron un convoy á los Castellanos.

A fines de Octubre disminuido el ejército Español para reforzar el de Cataluña, Vasconcelos salió de Elvas con nueve mil hombres de infantería y mil y doscientos caballos, atacó la plaza de Moura, abrió la trinchera, y plantó inmediatamente las baterías. La guarnición se compónia de quatrocientos hombres de infantería y cincuenta caballos á las órdenes del Gobernador D. Francisco de Ávila. Los enemigos hicieron un fuego muy vivo al cual correspondieron los de la plaza sin interrupción, pero al quarto día se cansaron y pidieron capitulación que les fue concedida con los honores correspondientes, y el 30 del mismo mes la evacuaron y se fueron á Olivenza. El Duque de S. German que reunía en esta ciudad las tropas para socorrer á Mourao, luego que supo que se había rendido se volvió á Badajoz. Vasconcelos se fué á Elvas dejando de Gobernador en la plaza á D. Francisco Pacheco Mascareñas, que la fortificó muy bien y la puso en estado de poder sostener un largo sitio. Distribuidas las tropas en cuarteles de invierno, el General Portugues se fué á la corte para arreglar el plan de la campaña siguiente. En las demás provincias de la frontera los Castellanos no hicieron otra cosa que varias incursiones.
para saquear los pueblos y talar los campos.
Las hostilidades cesaron en Cataluña y Portugal por la crudeza de la estación, y entre tanto unos y otros se preparaban para continuar la guerra sin que hubiera ninguna esperanza de paz. Estando en estos cuidados que le aquejaban bastante al Rey nació el Príncipe D. Felipeso el 28 de Noviembre, y teniendo ya heredero volvió resolvió casar a su hija la Infanta Doña Teresa con el Rey de Francia, lisonjeándose con la esperanza que por este medio se concluiría una paz sólida y podrian respirar los pueblos libres de los tributos que pagaban de hombres y dinero para sostener una guerra tan larga.

Mientras este matrimonio se negociaba, deseado igualmente por una y otra nación por causas y motivos diferentes, se hacían todos los preparativos para emprender la guerra luego que el tiempo permítiera ponerse en campaña. Los Franceses de genio más vivo y más activo fueron los primeros que se pusieron en marcha. Turen salió de Amiens para ejecutar el proyecto que había formado la campaña anterior que el tiempo y la estación se lo habían estorbado. Su ejército llegó a Bergues sin que los enemigos le incomodasen. El terreno que hay entre esta plaza y Dunquerque estaba inundado y parecía imposible sitiar ninguna de ellas, y las aguas impedían la comunicación con Mardic que era del todo necesaria.

El 25 de Mayo vencidas las dificultades que se ofrecían distribuyó los quartele a rededor de Dunquerque, y estableció el suyo en las Dunas de parte de Nieuport. Mandó construir puentes sobre los canales para tener expedía la comunicación, y se empezó la obra de las líneas. La Inglaterra que debía ayudarle en esta empresa envió una esquadra de veinte velas que se presentó al mismo tiempo a la boca del puerto. Los barcos Ingleses tragarón de Calais los víveres y forrajes para las tropas, y las municiones para el sitio, porque era imposible hacerlo por tierra siendo los Españoles dueños de Bergues y Nieuport, y su ejército que estaba en las cercanías tenía como bloqueado el de los Franceses.
La noche del 4 al 5 de Junio se abrió la trinchera de parte de Estran sin que los sitiados impidiesen los trabajos. El 7 hicieron una salida a las cuatro de la tarde con mil hombres de infantería y seiscientos caballos, acometieron las trincheras, todo lo pusieron en desorden y confusión, y después de un combate fuerte fueron rechazados habiendo quedado algunos muertos de una parte y otra y muchos heridos. Después reparó lo que habían destruido los sitiados, y se continuaron las obras hasta el día 12 en que el Mariscal Hocquincourt que se había pasado al partido de Condé vino a reconocer las líneas; y habiendo sido herido en el vientre murió con el dolor de haberse declarado contra su Rey, como sucede a todos los que se hallan en iguales circunstancias.

El 13 D. Juan de Austria y el Príncipe de Condé vinieron a acampar en las Dunas a tres cuartos de legua de la línea. Turena salió a reconocer el campo de los enemigos y se acercó cuanto le fue posible, y habiendo observado que habían echado un puente sobre el canal de Furnes conoció que estaban resueltos a darle pronto la batalla, y vuelto a su campo dio las órdenes para acometerlos el día siguiente.

El 14 determinó las tropas que debían combatir, y las que debían quedarse para guardar las trincheras. Arregló el orden de batalla señalando el número de regimientos que debían ocupar la derecha, la izquierda y el centro, y dadas de este modo las órdenes mandó que descansase la tropa. Al amanecer salió de las líneas y puso el ejército en orden de batalla como lo había arreglado el día anterior. Los Españoles quedaron admirados cuando vieron a los Franceses que salían de su campo y se formaban en batalla. D. Juan de Austria mandaba la derecha del ejército Español, y el Príncipe de Condé la izquierda. Se empezó el combate por los Españoles que pelearon con el mayor valor, pero al fin fueron vencidos y puestos en el mayor desorden. La derrota fué completa, tuvimos dos mil muertos y otros tantos prisioneros; y muchos se ahogaron huyendo de los enemigos. Los Franceses
perdieron muy poca gente. Tres cosas hicieron perder esta batalla a estos famosos Generales: 1.° la confianza que los Franceses no se atrevieron a atacarles estando en su campo, porque encerrados entre Furnes, Bergues, Nieuport y los canales, si perdían la batalla todo el ejército estaba destruido sin recurso, y la Francia abierta al enemigo hasta París: 2.° el no tener la artillería ni toda la infantería habiéndose adelantado dos días para animar a los sitiados; 3.° el no haber puesto D. Juan la caballería sobre el Estran y cuando se formó en batalla porque la marca estaba muy alta, y Turen se aprovechó de este descuido enviando en el calor del combate un cuerpo que pasando por detrás de las Dunas mientras que los Españoles estaban combatiendo contra los Ingleses y cogiéndoles por la espalda los pusieron en desorden, y sin continuar el ataque huyeron para salvar sus vidas.

Esta desgracia fatal tuvo tristes consecuencias. Dunquerque capituló nueve días después, el 23 de Junio, y el 25 salió la guarnición con los honores de la guerra en número de mil trescientos hombres sin los enfermos y heridos, y se entregó a los Ingleses como estaba convenido. Bergues, Dinxmuda, Furnes y todo se rindió al vencedor. Gravelinas plaza más fuerte resistió alguna tiempo, pero a los veinte y siete días capituló. Oudenarde, Menin y Ypres tuvieron la misma suerte. ¡Cuántos males ocasiona un leve descuido de un General! No fuimos más felices en Italia. El Duque de Módena formó el proyecto de atacar a Sabioneta para impedir por la conquista de esta plaza las incursiones en sus estados, pues por aquella parte se podía reputar como la puerta de ellos. El Consejo de guerra que examinó con mucho cuidado el plan de campaña, consideró esta empresa poco útil si no se aseguraba antes y libraba del peligro la ciudad de Valencia que tenían sitiada los Españoles, y hacían sufrir mucho a sus habitantes. Después de una madura deliberación se resolvió socorrer esta plaza sin embargo que para este efecto era necesario atravesar el Adda a la vista de los enemigos, y andar treinta leguas por su país antes de llegar a...
la ciudad. El exército se puso en marcha por los confines de Venecia para ir al Adda, y llegado al sitio donde se junta con el Pó se fortificó y plantó las baterías. Todos los días había algunas escaramuzas porque los Españoles ocupaban la ribera opuesta con las milicias del país. Entre tanto un destacamento de los Franceses se apoderó de un pasage, y atravesando el río ocupó una posición oportuna, y se fortificó para proteger el paso del exército que debía hacerse por un puente y con barcos pequeños. Los Españoles se acercaron con tres mil caballos a reconocer el campo y no se atrevieron atacarlos. El día siguiente los Franceses llegaron a Marignano cuatro leguas distante de Milán poniendo en consternación esta ciudad.

El Conde de Fuensaldaña puso todo su exército detrás, y ocupó con un destacamento de infantería y caballería el camino de Marignano. Los enemigos vinieron a atacarle con dos mil hombres de infantería y caballería, y se trataba una acción muy reñida que fue desgraciada para nuestras tropas porque perdimos más de trescientos hombres entre muertos, prisioneros y heridos, y nos hicieron abandonar las posiciones. El día siguiente Duras Teniente General de los Franceses saqueó a Mons ciudad considerable del Milanesado. El Marqués de Villa pasó el Tesino con las tropas, y se apoderó de Trín que tenía muy poca guarnición; y habiéndose reunido con el Duque de Médena se acercaron a Pavia para obligar a los Españoles a disminuir la guarnición de Mortara, y con ella reforzar la de esta ciudad importante para que no fuera presa de los enemigos. El 6 de Agosto Villa y Navalles embistieron a Mortara y la cerraron de manera que no podía entrarle ningún socorro.

El exército de los sitiadores se componía de cinco mil hombres de infantería y otros tantos caballos. La guarnición de la plaza ascendía a mil doscientos hombres de tropa de línea y ochocientos paisanos armados. Esta ciudad que es la capital del distrito de Lomel está situada sobre el río Gogna. Distribuido el exército enemigo en cuarteles empezó a trabajar con tanta actividad
en las obras del sitio que la noche del 7 al 8 se abrió trincheras, y el 9 puestas las baterías se hizo un fuego muy vivo contra la plaza, y con tanto acierto que desmontó sus cañones. En fin abierta brecha y estando para dar el asalto el Gobernador capituló el 22, y el día siguiente salió de la plaza con los honores acostumbrados. Hecha esta conquista el Duque de Módena se apoderó de todos los fuertes que había en las cercanías de Valencia, y obligó a los Españoles a levantar el sitio. Todo el distrito de Lomelina el más fétil de los estados de Milan cayó en poder del Duque. Se resolvió tomar quartales de invierno en Mortara y Valencia que distaban poco, y de este modo se ponían en disposición de atacar a Milan en llegando la primavera. El Duque que había estado malo toda la campaña determinó irse a Saintia para mudar de aires, pero su enfermedad se agravó y murió en pocos días. Su muerte trastornó el proyecto de los Franceses.

Fuensaldaña intentó apoderarse de Bersello, plaza situada en los estados de Módena sobre el Pó, pero el General Francés se lo impidió enviando a tiempo ochocientos hombres de refuerzo. Viendo que sus esperanzas se habían frustrado por la vigilancia y actividad de Navalles, formó el proyecto de aquartelarse en el país del Duque y tampoco pudo conseguirlo.

En Cataluña no hubo hostilidades de consideración, porque los Franceses tenían tan pocas fuerzas en el Rosellon que no podían emprender nada, y los Españoles se hallaban en el mismo estado. La Reyna de Portugal conociendo la necesidad que tenía de conservar la confederación con las potencias aliadas envió sujetos hábiles a sus cortes para negociar con ellas. El enviado a París que era un monge Irlandes no supo adelantar nada, por su poca habilidad, porque deseando el Ministro que se efectuase el casamiento con la Infanta de España Doña María Teresa no quería estrechar los vínculos de la alianza, y se hizo sordo a todas las solicitudes. La corte de Roma que se había mostrado favorable mudó de sentimientos después de la muerte del Rey, qui-
zás porque la de Francia miraba este negocio con indiferencia, y no quería tomar una resolución que no sabía ni podía penetrar si le sería grata. La Reyna incomodada con una conducta tan inconstante mandó a Francisco de Sousa Coutinho su Embajador, que si dentro del año en que estaban, el Papa no resolvía alguna cosa sobre los asuntos pendientes se retirase, no siendo decroso a la nación estar pendiente de una resolución incierta. Cromwel recibió con mucho agrado a Francisco de Melo, y ratificó los tratados que había entre las dos cortes. Antonio Raposo y Gerónimo Nuñez de Castro que estaban en Holanda procuraban mantener paz con aquella república orgullosa, que estaba muy sentida de la pérdida de Fernanbucuo en el Brasil.

La Reyna que era de un genio vivo y ardiente quiso vengar la pérdida de Olivenza, y para reparar esta desgracia y la gloria de la nación, resolvió hacer la guerra ofensiva a los Castellanos con tanto vigor, que perdiessen para siempre la esperanza de dominar a Portugal. Todos aplaudieron esta resolución, y Vasconcelos ofreció que se apoderaría de Badajoz con diez mil hombres de infantería, tres mil caballos, y la artillería y bagaje correspondiente. Este proyecto fue aprobado por el Consejo de guerra, no oponiéndose a él sino el Conde de Sabugal, el cual opinaba que no teniendo los Españoles fuerzas bastantes para atacar la provincia de Alentejo, sería mucho mejor conquistar el fuerte de S. Luis Gonzaga entre Duero y Miño, con lo cual quedaría asegurada no solamente esta provincia sino las de Traslos-Montes y la de Beyra: que tomada esta fortaleza se podría entrar en Galicia y exigir contribuciones para continuar la guerra: en fin que cuando la empresa de Badajoz fuera tan feliz como nos prometemos, ninguna utilidad se sacaría de ella por la esterilidad y pobreza del país, que habiendo sido el teatro de la guerra los años pasados estaba reducido a tal miseria que era imposible mantenerse en él los ejércitos.

Estas consideraciones fueron despreciadas, y se confirmó la resolución del sitio de Badajoz encargando el mayor secreto hasta que todo estuvie-
se preparado para la ejecucion, á fin que no sabiendo nada los Españoles les cogieran desprevinidos, y sorprendiendo la plaza se apoderasen de ella sin derramar mucha sangre. Así hablaba la Reyna no dudando del éxito de ella. El Duque de S. German, informado de los grandes preparativos que hacían los Portugueses temiendo que esta tempestad viniese descargar sobre esta plaza, la proveyó de víveres y municiones y de todo lo necesario para su defensa. Avisó á Don Luis de Haro de la novedad, el qual la tuvo por tan increíble que le respondió que se sirviese de espías mas fíeles, pues tenía por imposible que pensasen los Portugueses en poner sitio á Badajoz, y que estuviese tranquilo por esta parte.

Vasconcelos, recibidas las órdenes de la Reyna se fué á Elvas para tener todas las cosas dispuestas y abrir la campaña luego que el tiempo lo permitiera. Mandó á Dionisio de Melo y Castro, teniente General de la caballería, que fuese á hacer entrada en el país de los Españoles por Alcántara, para que llamándole por esta parte su atención pudiera trabajar con mayor disimulo en los preparativos de la guerra sin que lo conocieran. El ejército Portugués que nada sabía del proyecto llegó á descubrirlo, y teniendo por desatado y formado solamente por el General, se llenó de admisión. Reunidos los oficiales principales encargaron á D. Luis de Meneses que en nombre de todos ellos escribiese á la Reyna representándole que estaba en tal disposición, que no se podía emprender el sitio de Badajoz sin exponerse á un gran peligro, pues la plaza estaba bien fortificada y provista de todo, y con una guarnición numerosa de tropas veteranas mandadas por excelentes oficiales y de mucha práctica: que la conquista de Alburquerque sería mas fácil y menos costosa, y resultarían de ella mayores utilidades porque se pondrían á salvo las provincias confinantes, y podrían desde ella hacerse incursiones sin ningún peligro en las de los enemigos.

Estas reflexiones le parecieron á la Reyna muy prudentes, y que era cierto quanto decían; pero como naturalmente se inclinaba siempre á lo
mas difícil no sirvieron sino para confirmar su resolución. En el mes de Mayo estaba ya todo preparado para abrir la campaña. D. Rodrigo de Castro que era el segundo Maestre de Campo general había llegado a Elvas, y el Conde de Prado oficial de grande prudencia y valor había tomado el mando del gobierno de esta plaza. Antes de partir se tuvo consejo de guerra al qual asistieron todos los oficiales generales á quienes exhortó Vasconcelos á ayudarle con sus luces y prudencia al buen éxito de esta empresa que tanto deseaba la Reyna, y que se hacía por dictámen del Consejo de guerra de Lisboa donde había Generales tan sábios y tan experimentados que no dudaba que la victoria coronaría sus trabajos, porque sabía que el Duque había sacado tropas de las plazas para guarnecer las otras de la frontera. Mas antes de poner sitio tenía por indispensable apoderarse de la fortaleza de S. Cristóbal.

La mayor parte de los oficiales aprobaron que se conquistara este fuerte antes de ponerse sobre Badajoz. Simon Correa de Silva hizo presente que era mas difícil de lo que parecía porque estaba construido según el método moderno, y que estando bien provisto, necesariamente detendría algún tiempo el ejército mientras que Badajoz se proveía de todo lo necesario para su defensa; que además consideraba su conquista inútil y nada necesaria para atacar á Badajoz. Este oficial tenía mucha razón en lo que decía; pero la resolución estaba tomada, no se hizo caso de sus reflexiones, y el ejército salió de Elvas el 10 de Junio. Se componía de catorce mil hombres de infantería y tres mil de caballería; llevaba veinte cañones, dos morteros, y las provisiones de boca y guerra. Los soldados iban muy alegres, y llenos de ardor. Todo anunciaba que los sucesos serían felices, pero no correspondieron á las esperanzas que se habían formado de tan grande armamento. El entusiasmo de los Portugueses, y los deseos de servir á la Reyna y cooperar al buen éxito de la empresa eran tan grandes, que muchos Señores principales se fueron voluntariamente al ejército.
El día primero de Julio se acampó en las riberas del Caya y construyó el fuerte de S. Antonio, dejando en él la guarnición suficiente para asegurar los convoyes. El 13 asentó su campo en el lugar de Santa Engracia que dista poco del fuerte de San Cristóbal. Mientras se estaba fortificando el campo, la caballería se acercó en buen orden hasta la vista de Badajoz. La Española salió de la ciudad y se formó en orden de batalla enfrente de la Portuguesa, respectándose mutuamente y sin hacer ningún movimiento, hasta que por una pequeña circunstancia como suele suceder se empezó un combate que fue bastante vivo, y quedaron en el campo algunos muertos de las dos partes, retirándose unos y otros a sus puestos.

Badajoz está situada en la ribera del Guadiana, y sus murallas en este tiempo eran altas pero no podían resistir al cañón. Al otro lado del río estaba situado el castillo de S. Cristóbal en una eminencia. En la ciudad había dos puertas principales, la una en frente del puente por el cual comunicaba con el castillo, y la otra que se llamaba de la Trinidad era la que miraba a Castilla. Había de guarnición cuatro mil infantes y dos mil caballos. Dentro de ella estaban el Duque de S. German, que era General del ejército, con D. Diego Caballero Maestre de Campo general, D. Pedro Gizon Duque de Osuna, General de la caballería, y D. Gaspar de la Cueva de la artillería, hermano del Duque de Alburquerque.

Luego que los Portugueses se acercaron a la plaza, el General despachó muchos correos a Madrid informando al Rey del peligro en que estaba, y que si no se le enviaba pronto refuerzos y provisiones de víveres y municiones, la ciudad estaba expuesta a caer en manos de los enemigos. Los Portugueses empezaron a atacar el fuerte de S. Cristóbal con el mayor vigor, pero se tenía gran cuidado de renovar por el puente con frecuencia la guarnición para que pudiera resistir mejor. Después de algunos días de sitio resolvieron atacar el camino cubierto que defendía el puente de comunicación, y dar el asalto. Destinaron para esta acción la noche de la vigilia del día de S. Juan. D. Juan de Silva, Comisario general de
caballería se puso con seis esquadrones en la entrada del puente para impedir la comunicación de la ciudad con el fuerte. Diego Gomez de Figuereyo Maestre de Campo debía atacar las líneas de comunicación que corrian desde el río hasta la puerta de la ciudad. Alfonso Hurtado de Mendoza, el Baron de Albito, y Simon Correa de Silva, fueron destinados para atacar la plaza. Pedro de Almada se apostó contra los pequeños fuertes que la cubrian. Los demás regimientos con la caballería debían estar sobre las armas para acudir donde fuera necesario. Toda la tropa estaba dispuesta a ponerse en marcha a la entrada de la noche. Diego Gomez atacó las líneas de comunicación y se apoderó de ellas, mas en lugar de marchar por el camino cubierto se detuvo allí causando con esto un perjuicio muy considerable. Luego que Diego Hurtado supo que estaban tomadas mandó dar el asalto. Los regimientos destinados para esto entraron con valor en el foso. Los Castellanos espantados se retiraban, mas el Marqués de Lanzarote que era Gobernador hizo a los enemigos un fuego tan terrible que les obligó a retroceder dejando el foso cubierto de muertos y heridos. El Duque de S. German al amanecer mandó hacer una salida a la tropa de la ciudad, y hallando el regimiento de Pedro Almada lo hizo pedazos. Los Portugueses tuvieron una pérdida tan considerable que Vasconcellos lleno de dolor estaba inconsolable, y le aconsejaron dos de los primeros oficiales que se renovase el asalto, pero el General lleno de temor no quiso exponerse a perder su reputación. Sin embargo se continuaron los ataques inútilmente, y resolvió abandonar el fuerte y atacar la ciudad cuando estaba ya provista de todo.

Antes de empezar la acción se deliberó en el consejo de guerra que juntó para este efecto, á fin de que no se pudiera condenar su conducta si salía mal. Andres de Alburquerque opinó que se informase á la Reyna de todo lo que había sucedido, y que se suspendiese el ataque hasta saber su resolución. Apenas había salido el correo para Lisboa recibió cartas de sus amigos que generalmente se censuraba su conducta, y que la Rey-
na estaba tan disgustada que se decía que quería restablecer en el mando del exército al Conde de Sousa, y que no podía evitar esta afrenta sino por un suceso pronto y feliz que disipando las columnias hiciese callar á los émulos. Lleno de tristeza con estas noticias hizo correr la voz en el exército de que la plaza de Badajoz estaba en muy mal estado porque habían entrado en ella muy pocas provisiones y refuerzos; y con esta noticia que él mismo había procurado extender y publicar informó á la Reyna que, aprovechándose de las circunstancias que le prometían una suerte feliz, pasaría con el ejército al otro lado del Guadiana y atacaría por la parte de Castilla la ciudad. Persuadida la Reyna que era verdad lo que escribía Vasconcelos le envió orden para que sin dilatar atacase la plaza.

Luego que la recibió la puso en ejecución. El 15 de Julio pasó el Guadiana, se apoderó de un montecillo llamado el monte de Viento, y plantó en él una batería. Atacó con vigor los fuertes, y resolvió asaltar el día de S. Miguel destinando los regimientos que debían ejecutarlo, los cuales provistas de escalas, granadas, y los demás instrumentos necesarios para ello, esperaban con impaciencia que se diese la señal de acometer. Dada ésta partieron al momento con el mayor ardor. Los Castellanos enviaron socorros que fueron rechazados y no pudieron llegar al castillo. D. Luis de Meneses les cargó con la caballería, y mató y hizo muchos prisioneros, y el fuerte después de una resistencia vigorosa capituló. Los Portugueses tuvieron muchos heridos y muertos, entre los cuales había personas de distinción.

Rendido este fuerte se acercaron al cuerpo principal de la plaza, y levantaron segunda línea de circunvalación que fué acabada muy pronto. Entre tanto los Castellanos preparaban un convoy en Albufera para introducirlo en la plaza. Andrés Alburquerque salió por la noche con la caballería para ponerse en emboscada al otro lado del río Calamon para interceptarle. Mas luego que supo por las espías que había pasado, mandó á D. Luis de Meneses que los siguiera con su compañía, y que si los encontraba trabára con
ellos alguna escaramuza para dar tiempo a que llegara todo el destacamento. Este oficial hizo tanta diligencia que los alcanzo, pero como estaban escoltados de tres escuadrones de caballería no se atrevido atacarles y se retiró. Por el camino encontró a D. Juan de Silva de Sousa con una partida de caballería, y los dos juntos volvieron a atacar el convoy y se apoderaron de él. Los soldados se echaron con impaciencia al saco, y habiéndose encendido por una rara casualidad los carros de pólvora saltaron con un estruendo espantoso haciendo morir mucha gente.

El sitio continuaba con el mayor ardor haciendo frecuentes salidas los de la ciudad, en las cuales peleaban unos y otros no con valor sino con rabia y desesperación, animados por el espíritu de venganza y de orgullo que dan una exaltación extraordinaria a los ánimos. La corte de Madrid persuadida que los Portugueses no se atreverían a poner sitio a Badajoz, aun cuando pasasen el Guadiana, no se dio mucha prisa en socorrer la plaza. Mas quando supo que estaba cercada se llenaron todos de indignación y pedían gritos que se les diese armas para ir a la frontera, entrar en Portugal, y llevarlo todo con sangre y fuego no dejando sino montones de cenizas, vengando de este modo la osadía de unos hombres que después de haberse rebelado querían subyugar a los que les habían mandado. Esta insolente temeridad merece un castigo ejemplar. Reducidos a un pequeño espacio sin fuerzas y sin experiencia acometen las empresas más atrevidas. Es preciso hacerles conocer sus desatinos con el castigo, pues el esclavo no conoce su error sino cuando siente el látigo sobre sí.

Así se hablaba y se discurría en la corte y en los pueblos de Castilla, mas el Rey y su Consejo consideraban la cosa con más reflexión y les parecía más grave de lo que era en sí, creyendo que algunos resortes políticos muy poderosos los hacían obrar de este modo. No podían persuadirse que en el estado de abatimiento en que estaban, pensasen emprender por sí mismos lo que habían tenido por imposible los años precedentes cuando estaban con el mayor entu-
sismo, y con mayores medios para ejecutarlo; y así tenían por cierto que esta era obra de alguna potencia extranjera. La Francia y la Inglaterra hacían un armamento formidable por mar y tierra, y esto les hacía creer que habría algún tratado secreto entre las tres potencias contra la España. Estos temores llenaron de tristeza el ánimo del Rey y de inquietud a los Ministros por la falta de recursos en las circunstancias que se hallaban, y no pudiendo resolver nada por sí mismos persuadieron al Rey que se consultara a los hombres más sabios y acreditados de la corte, para tomar con su parecer una determinación prudente y acertada.

Se convocó el Consejo con orden que asistieran todos los Ministros, y se deliberó mucho tiempo sobre el partido que debía tomarse en circunstancias tan apuradas, y de qué medios debían servirse para librar a Badajoz, pues tomada esta plaza los enemigos tenían la puerta abierta para entrar hasta el centro de la España. El Duque de Medina de las Torres cuando le llegó el turno de hablar dijo, „que para asegurar a los pueblos, y librarles de los temores, era necesario que S. M. marchase en persona al socorro de ella llevando consigo toda la nobleza, la cual tomaría las armas con el mayor entusiasmo por la defensa de la patria viendo el Rey su frente, que de otro modo consideraba como imposible poder librar la plaza que era tan importante, pues perdida no habia ningún otro punto para contener á los enemigos ni impedirles que llegasen hasta la corte.”

Esta proposición llenó de consternación á D. Luis de Haro favorito del Rey, porque si salía de la corte para esta expedición las riendas del gobierno quedarian en manos de la Reyna, que le aborrecia y detestaba, y procuraria derribarlo de su destino haciéndole perder el grande imperio y confianza que tenía en su espíritu. Se acordaba este Ministro que otro viaje igual había causado la ruina del Conde Duque su tío, y por esta razón aborrecía á los que hacían semejantes proposiciones. Tampoco podía sofrir que se propusiera la salida de él mismo en persona.
para ponerse a la frente del ejército, porque no era General ni entendía nada en el arte de la guerra; y sobre todo temía que estando ausente, los cortesanos sirviéndose de alguna intriga le hiciesen perder el favor del Rey, y preparar poco a poco su caída.

La confianza y afecto que le mostraba no le libraban de sus temores, porque sabía muy bien que el afecto de los Soberanos por los súbditos, por firme que parezca, siempre es muy débil y se pierde con la mayor facilidad. El corazón de los Reyes en esta parte es muy diferente del de los demás hombres. Todo lo que el súbdito hace en su favor es una obra de justicia que excita poco el reconocimiento y la recompensa, y la mas leve falta nacida de la ignorancia o de malicia se reputa por un desacato y digna del mayor castigo. Estas son las ideas de los cortesanos que procuran imprimir en el corazón de los Soberanos, siempre susceptibles de todo lo que puede aumentar el poder y hacerlo independiente, no solo de las leyes políticas, sino aun de las impresas por la misma naturaleza en el corazón de todos los humanos. Llenos de envidia y de vanidad los que rodean el trono hacen frecuente uso de estos principios, y se gobiernan por estas máximas horrorosas para sacrificar a los que aborrecen, siendo muchas veces ellos mismos víctima de su infernal política. El favorito se daba por perdido si se ausentaba de la corte, y especialmente si los sucesos no correspondían a las esperanzas que se concebían. Todas estas ideas lo tenían en una inquietud mortal que no le dejaba gozar un momento de reposo ni de día ni de noche.

Viéndose en la necesidad de partir él mismo, o dejar salir al Rey, eligió como hombre prudente exponerse al peligro y hacer mérito de la necesidad, representándola como un efecto del celo mas puro y mas ardiente por su servicio; porque tal es el artificio de los cortesanos, cubrir con el velo de este celo su ambición y interés; y por esta razón se puede asegurar que rara vez dejan de tener bien merecidas las desgracias que sufren, porque por lo común ellos mismos son la causa principal de los desórdenes que se ven en los go-
biernos, y no los Soberanos. Hizo pues presente al Rey que la salud del Estado dependía de su conservación, y por esta razón no era justo que su sagrada persona se expusiera a las fatigas y peligros de la guerra; que él mismo se pondría a la frente del ejército, porque cuando se trataba del servicio de S. M. los sacrificios de su reposo y de su vida le eran muy agradables. El Rey oyó con tanto agrado las palabras y la resolución del Ministro artificioso, que le manifestó su reconocimiento con las expresiones más vivas y más tiernas, diciéndole: "Anda, no tengas cuidado; yo cuidaré de tu fortuna; no temas a tus enemigos; yo te estimo, y puedes estar seguro que nadie ocupará en mi corazón el lugar que tú ocupas."

El Ministro partió para Mérida donde debían juntarse las tropas, y el Duque de S. German tuvo orden de venir a esta ciudad con toda la caballería y los principales oficiales del ejército, dejando en Badajoz la guarnición suficiente para su defensa. Este General salió de esta ciudad, forzó un quartel de los Portugueses, tomó el camino de Alburquerque, y aunque Vasconcelos los hizo perseguir entraron en el pueblo sin que hubiese ninguna acción. Sin embargo de esto por el calor excesivo y la fatiga perdiéron más de doscientos hombres. Las enfermedades se introdujeron en su ejército, y en poco tiempo se disminuyó más de la tercera parte. El General Portugues que sabía los grandes preparativos que hacían los Castellanos para socorrer la plaza le obligó a apretar el sitio con mayor vigor. Mandó darle dos ataques a un mismo tiempo, y en los dos fueron rechazados con mucha pérdida. Habiéndose acercado a dos leguas de la plaza cinco compañías de la caballería Española, Andrés de Alburquerque fué a atacarles con quinientos caballos y cinco regimientos de infantería, y no habiéndolos encontrado por haberse retirado a Montijo, saqueó algunos pueblos y se puso en emboscada para sorprender un convoy de artillería que los Españoles enviaban de Albufeira a Olivenza. Después de tres días que lo esperó se retiró, y en el camino encontró a Pe-
dro Navarro que había salido para escoltarle, le atacó, y le hizo prisionero.

Estas acciones no podían recomponer la pérdida que sufría el ejército delante de Badajoz por las enfermedades y por el valor de los sitiados; de manera que cansados todos de un sitio tan largo y tan perjudicial, murmuraban altamente y deseaban que se levantase desesperando de poder reducir la plaza. Vasconcelos se obstinó en continuarle despreciando sus clamores, porque su honor y el de la Reyna estaban interesados en el buen éxito de la empresa. Fatigaba sus tropas teniéndolas siempre en acción y ocupándolas en empresas inútiles o poco ventajosas, aumentándose con ellas las enfermedades. La discordia se introdujo en los Generales por el disgusto y las incomodidades que sufrían, y fue necesario que la Reyna nombrase otros para reemplazar los que habían muerto y los que estaban enfermos.

Nombró para General de artillería a Jacobo Magallanes, el cual viendo cansados a los soldados de un sitio largo y tan pesado, procuró persuadir al General que le levantase, pues el ejército perecía por el contagio que se había introducido, y no era justo mirar con indiferencia una desgracia tan fatal. Le hizo presente que en iguales circunstancias muchos Generales lo habían practicado así: que los Portugueses se habían llenado de gloria en los diferentes encuentros que habían tenido con los Españoles: que si se obstinaba en permanecer en el sitio todo el mundo condenaría su temeridad, y las consecuencias fatales que resultasen se atribuirían a su imprudencia: que la mayor parte de los oficiales estaban enfermos, los soldados sin fuerzas para tener las armas, y que en este estado esperar al ejército Castellano que viene a socorrer la plaza es quererlo sacrificar y dejar nuestro reino indefenso entregándolo a los enemigos: que para prevenir estas desgracias era preciso levantar el sitio sin pérdida de tiempo, y enviar las tropas a los quintales para descansar y reparar sus fuerzas, haciendo de nuestra propia voluntad lo que nos obligarían a hacer por fuerza. Así conservaríamos
nuestro honor sin exponer el rey no, y especialmente la provincia de Alentejo, a los furores de un ejército que nos habría arrojado vergonzosamente.

Vasconcelos conmovido con estas reflexiones juntó los Generales, y habiéndoles expuesto estas razones concluyó diciendo que la Reyna le había permitido poner sitio pero no levantarlo, y que no podía hacer esto sin exponerse a perder la cabeza. D. Luis de Meneses le respondió: "Pues bien, expondré por la salud de la patria." El General le replicó: "Yo la sacrificaré para avergonzar a la fortuna la traición que hace a mi valor." Despidió el consejo, escribió a la Reyna las razones que tenía para levantar el sitio, y sin esperar la respuesta mandó trasportar a Elvas las provisiones de boca y guerra. Antes de levantar el campo tuvo aviso que el ejército de los enemigos se acercaba formado en orden de batalla, y que la caballería de la vanguardia estaba ya muy cerca. Esta noticia le llenó de consternación, y dió las órdenes para que los soldados se retiraran de los puestos que guardaban, y mandó hacer saltar el puente que estaba sobre el Xevora para retardar la marcha del enemigo. El oficial encargado de la ejecución, habiéndose adelantado por la campiña para tomar noticias ciertas, supo que lo que había causado tantos temores no eran sino algunas compañías de caballería que se habían acercado a forrugar, y que los espías habían creído que era la vanguardía Española.

Vasconcelos con esta noticia suspendió la marcha hasta la noche, en cuyo tiempo la ejecutó con mucho orden y prudencia. El ejército que se componía de nueve mil hombres de infantería y dos mil caballos pasó el Guadiana con mucha tranquilidad, y llegado a Elvas fue distribuido en las plazas vecinas. El Gobernador de Badajoz, viendo que levantaban el sitio, envió correos a Don Luis de Haro que había llegado a Talavera con el ejército avisándole esta novedad; pero fueron interceptados por unos destacamentos del enemigo que habían quedado en las cercanías de Badajoz para este efecto. Y así el Ministro de España no pudo saber nada de lo que pasaba hasta
que todo el ejército estuvo en seguridad. Sin embargo cuando recibió la noticia se llenó de alegría, porque tenía pocas ganas de exponer su honor a la suerte de una batalla. Luego que supo que no había con quien pelear aceleró su marcha y entró triunfante en la ciudad. Los viles adularores que le acompañaban le dijeron con la mayor impudencia el título de libertador de Badajoz, y le llamaban el apoyo y el restaurador de la monarquía Española.

Desde Mérida escribió al Rey que Badajoz estaría libre antes de ser socorrida, porque estando los Portugueses faltos de todas las cosas en su campo se veían en la precisión de levantar el sitio: que él mismo estaba resuelto de ir a sitiar a Elvas antes que los Portugueses pudieran poner la en estado de defensa introduciendo en ella tropas y municiones: que aunque el Consejo de guerra aprobaba este proyecto lo sometía al examen de S. M.; y que no lo ejecutaría sin que se dignase comunicarle sus órdenes, dando con su puntual obediencia pruebas de su zelo y fidelidad. El Rey le respondió que lo dejaba todo a su arbitrio; y cuando recibió la carta la comunicó a todos los Generales mostrando la mayor parte, para adularle, mucha alegría y anunciándole un éxito feliz.

El Duque de S. German era de parecer que no se emprendiese el sitio de la plaza porque era muy fuerte, y tenía una buena guarnición de tropa veteranía con provisiones abundantes de boca y de guerra. Por otra parte la estación, decía, está tan adelantada que es de temer que las enfermedades nos hagan perder más gentes que los enemigos. Concluía de todo esto que sería mucho mejor sitiar a Campo-Mayor o a Jurumena. Estas razones eran muy poderosas para manifestar que la empresa era peligrosa, y disuadir a D. Luis; pero S. German estaba bien persuadido que se rendiría la plaza acotándola con tantas fuerzas si algún accidente imprevisto no lo impedía. El ejército se componía de catorce mil hombres de infantería y cinco mil caballos, todos animados del deseo de la gloria, y estaba bien provisto de todo lo necesario.
Seguido pues el sitio de Elvas se enviaron algunas partidas de infantería y caballería para reconocer el país, y se apoderaron de dos pequeños castillos que había en sus inmediaciones. Después de esto se embistió la plaza, se apoderaron del convento de S. Francisco guardado por una compañía de Portugueses, los cuales hicieron alguna resistencia, pero después se rindieron a discreción. Vasconcelos se empeñó en echarlos de esta posición, y todos sus esfuerzos fueron inútiles. Cuando estaba ocupado en discutir los medios más eficaces para defender la plaza, llegó la orden de la corte que le privaba del mando por haber levantado el sitio de Badajoz sin consentimiento de la Reyna, la cual estaba tan indignada que le hizo prender y formar causa. Andrés de Alburquerque fue nombrado General del ejército, oficial de mucho valor y prudencia que conocía muy bien el arte de la guerra, porque desde muy joven se había criado en el estrépito de las armas.

Mientras que en Elvas estaban atónitos por la injusta y desgraciada caída de Vasconcelos, los Castellanos trabajaban sin cesar en las líneas de circunvalación. Tomaron el fuerte que está sobre la montaña de nuestra Señora de Gracia, y colocaron en él dos cañones para batir el reducto que había en ella. Se distribuyó la tropa en cuatro quartales que se comunicaban entre sí para ayudarse mutuamente en caso de ataque. Antes de tomar el enemigo estas posiciones, Andrés de Alburquerque se preparó para salir de la plaza con todos los enfermos, heridos, y todas las bases inútiles para su defensa. Nombrado Gobernador de ella D. Sancho Manuel se puso en marcha para Jurumena, no queriendo seguir el consejo de D. Juan de Silva que le persuadía que fuese a Campo-Mayor porque el camino era más seguro y más cómodo. Los Españoles le persiguieron luego que supieron su salida, y habiéndole alcanzado le atacaron y pusieron en desorden; de modo que la caballería dividida en tres cuerpos huyó para refugiarse en Jurumena, y uno de ellos volvió a entrar en Elvas que dos días después salió con algunos oficiales sin ningún tro-
piezo para juntarse con el ejército que debía so-
correr la plaza.

Empezado el sitio con todo rigor, la guarni-
ción hacía algunas salidas para impedir los tra-
bajos y retardar los progresos. Las enfermedades
que se introdujeron en la plaza y en el campo
hacían perecer infinitas gentes. El contagio se
comunicaba rápidamente, sin que ni los soldados
ni los oficiales pudieran librarse de él. La ciudad
estaba en la mayor consternación porque apenas
había quien pudiese hacer las fatigas que exigía
el servicio. Los soldados Españoles expuestos a la
inclemencia de la estación, y cansados de tantas
fatigas, desertaban y se pasaban a los Portugue-
ses, que tratándoles bien incitaban a otros a ha-
cer lo mismo. D. Luis de Haro, que no estaba
acostumbrado a las fatigas de la guerra, empeza-
ba a cansarse de estar tanto tiempo en el campo
privado de las comodidades que gozaba en la
corte.

Alburquerque juntaba las tropas en Estremoz
para el socorro de Elvas, y habiéndose levanta-
do algunas competencias entre el Gobernador y
las demás autoridades de esta provincia con el
General, la Reyna dió el mando al Conde de
Castafieda, hombre de mucha autoridad y valor
que entendía muy bien el arte de la guerra. Lle-
gado a Estremoz encargó a Andres Alburquer-
que los preparativos necesarios para ejecutar el
proyecto de atacar a los Españoles y obligarles a
levantar el sitio. Nadie era más a propósito para
esta comisión que Alburquerque, porque era ac-
tivo, infatigable, de mucha experiencia en la
guerra, de valor y fidelidad, y muy estimado de
la tropa porque la trataba con suavidad y cariño.

Visitó las plazas y pasó revista a los soldados
para saber los que podían ponerse en campaña,
y los halló en un estado tan miserable que no
pudo juntar sino dos mil de infantería y ochocien-
tos caballos. Informado el General de las pocas
tropas que había para una empresa tan difícil no
desesperó. Escribió a la Reyna que sin embargo
de los grandes obstáculos que había, tenía espe-
ranzas de librar a Elvas, pero que no bastaba
solo el valor sin tener los medios suficientes: que
la plaza estaba muy apretada y era necesario socorrer la provincia de Alentejo, pues el bien del Estado debe preferirse al de los particulares. Se deliberó en el Consejo de guerra sobre lo que informaba, y el Conde de Sousa propuso que para animar a todos los Portugueses a tomar las armas convendría muchísimo que la Reyna pasase a Estremoz, pues los males extremos piden prontos y eficaces remedios. Este consejo fué muy aplaudido por el pueblo, pero fue reprobado por todos los hombres de juicio; y persuadida que no solamente era inútil sino peligroso y poco conveniente desistió de la empresa, y se dijeron las órdenes más activas para que las tropas de las demás provincias del reyno pasasen a Estremoz.

Quando estaba trabajando con la mayor actividad en esta grande obra recibió carta del Gobernador de Elvas, el cual le aseguraba en nombre de toda la guarnicion que estaban resueltos a sepultarse bajo las ruinas de la plaza antes que rendirse a los Castellanos: que la tropa que había estaba reducida a solos mil hombres útiles que apenas eran suficientes para las fatigas del servicio necesario; pero que sufrían con tanta paciencia los trabajos, que primero serían víctimas del furor de sus enemigos que esclavos: que todos les suplicaban que acudiera al socorro de la plaza, no para conservar su vida, sino para que no cayera en manos del enemigo que acaso le abriría la puerta para penetrar en lo interior del reyno y apoderarse de él. Este noble y generoso entusiasmo de que estaba animada la tropa de Elvas mereció los elogios del gobierno y de toda la nación.

La guerra se hacía vigorosamente en las otras partes de la frontera del reyno. La guarnición del fuerte de S. Luis Gonzaga situado entre Dueño y Miño, y los pueblos de Galicia, hacía frecuentes incursiones dentro de ella causando muchos males, y para contener estos excesos construyéron los Portugueses cuatro pequeños fuertes; y no contento con éstos el Conde de Castel Melhor, formó el proyecto de apoderarse de la ciudad de Tuy que estaba poco fortificada. Antes de ejecutar esta resolución la propuso a la Reyna, y no habiéndola aprobado, el Gobernador se aplicó
únicamente a perfeccionar los quatro fuertes, y a oponerse a los planes que habían formado los Españoles, que según se decía se preparaban para hacer entrada en su provincia con mayor número de tropas que hasta ahora lo habían hecho. Los temores se verificaron, pues el 25 de Agosto pasaron el Mio por un puente de barcas protegidos de la artillería del fuerte de S. Luís, y sentaron su real entre éste y el campo de los Portugueses.

El Marqués de Viana mandaba este ejército, y tenía por Tenientes generales a D. Baltasar Rojas Pantoja, el Marques de Peñalba, D. Francisco de la Cueva, D. Juan Taboada y D. Cristóbal Zorrilla. El Conde de Castel Melhor que no tenía sino mil hombres a su disposición, porque los demás guarnecían las plazas, llamó a los auxiliares que estaban en la provincia, y juntó un ejército de quatro mil de infantería y trece compañías de caballería. Los nobles y personas principales viendo que estaba en peligro su patria se ofrecieron voluntariamente a su defensa.

Este pequeño ejército estaba cerca del de los Españoles, y no había ningún día en que no tuvieran algunas escaramuzas y combates. El General conociendo su debilidad resolvió hacer alguna conquista considerable. El primero de Setiembre envió un destacamento de seis escuadrones de caballería con seiscientos fusileros a apoderarse de un puesto que estaba a la derecha del campo de los Portugueses. Habiéndose encontrado con las avanzadas de los enemigos se trajo un combate muy vivo y muy largo, que fué ocasión que los dos ejércitos viniesen a las manos, y se diese la batalla de poder a poder peleando todos con la mayor obstinación. Quedaron muchos muertos y heridos en el campo, hasta que cansados se retiraron atribuyéndose entrámbas partes la victoria. Los Portugueses porque impidieron a los Castellanos apoderarse del punto que habían intentado; y los Españoles por haberles matado mucha gente.

Pocos días después envenecidos los Portugueses con la victoria anterior acometieron un convoy de los Españoles, y atacaron la escolta. Apenas se había empezado el combate una gran par-
El ejército que estaba previsto para este salió a reforzarla, y los Portugueses fueron enteramente derrotados con una pérdida tan grande, que no considerándose seguro en su campo, el General lo abandonó y se retiró a la montaña de Coura, mandando fortificar todas las avenidas. Al mismo tiempo avisó a la Reyna el peligro en que estaba la provincia sin le enviaba pronto socorro. El Marqués de Viana no sacó de esta victoria el fruto que debía por haberse estado en la inacción hasta el fin de Setiembre. El 2 de Octubre se presentó delante del castillo de Lampella situado sobre las riberas del Miño entre Valencia y Monzao, intimó la rendición al Gobernador, y no habiendo querido entregarlo, al amanecer le dió el asalto y fue rechazado con alguna pérdida. Le puso sitio en forma, y á pocos días capituló.

Conquistado este fuerte puso sitio a la plaza de Monzao que está sobre el Miño, la cual fué defendida y atacada con la mayor intrepidez y valor por los dos partidos perdiendo mucha gente, que fué uno de los más memorables que hubo en toda la guerra de Portugal. Los Españoles le dijeron muchos asaltos, pero siempre fueron rechazados, de modo que desesperando Viana de poderla tomar había resuelto levantar el sitio; pero los demás Generales persuadidos que esto llenaría de orgullo á los enemigos, le hiciéron desistir de su proyecto y se continuó. En las provincias de Beyra y Tras-lós-Montes no hubo ninguna acción digna de contarse, sino algunas correrías que se hicieron de una y otra parte, y aun éstas con menos furor y con mayor moderación que en los tiempos pasados. En Africa el Conde D. Fermando de Meneses Gobernador de Tanger resiste con mucho valor á todas las empresas de los Moros. En las Indias Orientales los Holandeses los baten por tierra y mar, y hacen con la mayor perfidia sus conquistas.

1659 Los Españoles continuaban sin interrupción los sitios de Elvas y de Monzao, defendiéndose las guarniciones con tanto valor que los Generales desesperaban del buen éxito de sus empresas. Al principio de este año el Conde de Castañeda
avisó a D. Sancho Manuel Gobernador de Elvas, que a pesar de todos los obstáculos, esperaba que muy en breve podría socorrerle y librare de sus enemigos, y que deseaba para el mejor acierto que juntase los oficiales y les hiciera saber su modo de pensar sobre esto, porque estaba incierto si atacaría el campo de los enemigos, o se contentaría con introducir los socorros de cualquiera manera que pudiera conseguirlo. Oído el parecer de los oficiales de la plaza que le envió D. Sancho Manuel resolvió atacar el campo Español. D. Luis de Haro que tuvo noticia de esto fortificó las trincheras, redobló las guardias, aumentó las patrullas, y anduvo tan vigilante, que el General Portugues y el Gobernador estuvieron algunos días sin tener ninguna comunicación ni poderse dar ningun aviso, hasta que dos oficiales se arriesgaron a salir de Elvas para ir a Estremoz y lo executaron con felicidad.

Entretanto el Gobernador de Jurumena avisaba al Conde que el exército Castellano recibía todos los días nuevos refuerzos. Esta noticia la tuvo muy secreta para que no se apagara el ardor que la tropa tenía por esta empresa, de la cual dependía la salud del Estado. El 11 de Enero salió de Estremoz con su exército compuesto de ocho mil hombres de infantería y dos mil y quinientos de caballería con siete piezas de artillería. Se puso en la retaguardia el bagage, las municiones y los víveres para Elvas. El 13 el exército ocupó las colinas de Azomada habiéndose retirado los Españoles. Desde este lugar se descubría la plaza, y luego que la guarnición llegó á verlo se renovó su ardor y sus esperanzas. El Conde de Castañeda examinado el campo enemigo mandó hacer fuego con toda la artillería para advertir á los sitiados que estaba cerca el socorro. Los de la plaza respondieron con una salva general, y llenos de entusiasmo hicieron una salida y destruyeron las guardias avanzadas.

D. Luis de Haro envió á D. Juan Pacheco con algunos esquadrones a reconocer el campo de los Portugueses, y habiendo subido á la altura del monte Amoreyra, entendió que el enemigo intentaba socorrer por esta parte la plaza como lo
habían querido hacer con la de Olivenza. Con esta noticia se redobló la vigilancia en el campo para no ser sorprendidos. Los Generales Portu-
gueses empezaron a desconfiar de su empresa con esta noticia y la de haber entrado un refuerzo de tres mil hombres de infantería y quinientos caballos. Sin embargo el Conde de Castañeda les hizo presente que era preciso socorrer la plaza, que su retirada sería ignominiosa para ellos y para toda la nación, y más fatal que el ataque, y así que era preciso vencer o morir. Todos los oficiales aprobaron la noble resolución de su Gena-
ral. Se observó con el mayor rigor el órden de batalla que habían tenido en su marcha; y ha-
iendo comido muy temprano las tropas, el día siguiente se prepararon para executar su empresa.

D. Luis de Haro juntó el consejo de guerra al qual asistieron los principales oficiales, y les propuso salir de las líneas para dar la batalla al enemigo que era muy inferior en número y de gente colecticia, juzgando por esta misma razón que sería fácil vencerlos. "Nosotros, decía, tenemos catorce mil hombres de infantería y tres mil y quinientos caballos que podrán obrar eficaz-
mente en campaña rasa, y si nos estamos dentro de las trincheras muchos se quedarán en la inacción por la situación del lugar. Además, que combatiendo en el mismo campo los sitiados pueden hacer una salida estando en el calor del ataque, y apoderándose de algun quartel introducir la confusion el(desorden), y de este modo perderse todo en un momento." Todos los Generales se opusieron á este dictámen, persuadidos que era mejor estar dentro de las trincheras por lo mismo que eran superiores en fuerzas, pues de este modo las podrían defender mejor renovando las tro-
pas que sostendrían los puestos atacados. Oído el parecer de los Generales, se resolvió esperar á los enemigos en el mismo campo. Se enviaron al-
gunos regimientos de infantería y caballería al quartel de los Myrtos, porque era el más débil y se creía que lo atacarían. Se dió órden á D. Juan Quintanal Comisario general de estar preparado para resistir á los sitiados si durante la acción hacían alguna salida, y se encargó á Juan Pache-
Este General se acercó al campo la noche del 13 al 14 de Enero, y viendo que todo estaba en la calma más profunda se volvió, e informó a D. Luis que nada había que temer el día siguiente. Sin embargo de esto al amanecer tomó las armas y se formó en batalla. El Conde de Castañeda antes de ponerse en marcha habló a los oficiales, y les dijo: "Que había tomado el mando para sacrificiar su vida por la salud de la patria en una edad en que debía ya descansar. Sirvamosla, pues, y salvemos a Elvas del furor de los Castellanos, ó perezcamos hoy combatiendo generosamente. Me prometo la victoria porque os veo a todos impacientes de venir a las manos con ellos, y creo que les haremos experimentar los terribles efectos de nuestra indignación. Vosotros nada tenéis que temer porque los habéis vencido muchas veces, y la superioridad del número no ha servido sino para aumentar vuestro triunfo. Su General no tiene conocimiento del arte de la guerra. Criado en la corte, y acostumbrado a una vida deliciosa, apenas oirá el estruendo de las armas huirá ignominiosamente, y su huida hará perder el ánimo a los oficiales y soldados valerosos del ejército. Los habitantes de Elvas os colmarán de alabanzas, y entréis triunfantes en su ciudad proclamados libertadores de la patria. Todo el reyos aplaudirá, y todo el mundo confesará que los Portugueses son invencibles cuando combaten por la gloria y la salud de la patria."

Dicho esto se puso en marcha el ejército con la mayor alegría. El Gobernador de la plaza mandó al mismo tiempo que una parte de la guarnición que había pasado toda la noche en la contra-escarpa se adelantase hasta la ribera del Chinchés, y que se formase allí y observara los movimientos del enemigo. Ciento cincuenta caballos con cincuenta hombres armados con alabardas salieron también a juntarse con la infantería. Dos destacamentos de infantería mandados por Miguel Carlitos de Tabora y Juan Hurtado de Mendoza se acercaron más al campo de los Españoles con orden de informarle cada momento de sus
movimientos para tomar las providencias correspondientes. Fernando de Silva que era muy intrépido quiso acompañarles, sin embargo que algunos se lo procuraron disuadir haciéndole ver el peligro a que se exponía.

Luego se oyó en el campo Español el ruido de los tambores y el sonido de las trompetas, y se vió el ejército Portugués que venía formado en batalla, y al instante montaron a caballo los Generales y distribuyeron los regimientos en los parages que debían ocupar para combatir. Esto se ejecutó con alguna confusión, porque los unos iban a una parte y los otros a otra no oyéndose sino gritos confusos. El espanto sucedió a la audacia viendo la cercanía del peligro. Como nunca creyeron que los Portuguéses intentasen atacar las trincheras, la valentía con que se presentaron les causó la mayor sorpresa.

D. Luis de Haro que estaba mas turbado que las tropas se retiró al fuerte de Gracia donde podía ver la acción sin ningún peligro, no teniendo valor cuando se retiraba mas que para decir á los Generales que defendiesen las trincheras, y se acordasen del honor de la nación y de la gloria de las armas. El Duque de S. German y Moxica se pusieron á la frente de los batallones, y los llevaron á los puestos. El Duque de Osuna se puso delante de la caballería, pero le fue muy difícil ponerla en orden de batalla. Los voluntarios fueron á sostener el honor donde era mayor el peligro. Aun no se habían preparado del todo cuando ya los enemigos estaban en la orilla del foso. En un momento se vio todo el espacio que hay desde S. Francisco hasta el fuerte cubierto de Portuguéses, los fosos cegados con fagina, las empalizadas destruidas, y á pesar del fuego vivo que les hacía nuestra tropa dos regimientos saltaron las trincheras. La caballería los acometió, y se trabajó un combate muy sentido que duró mucho tiempo sin que se conociera ninguna ventaja por alguna parte, hasta que habiéndose reunido un nuevo cuerpo de caballería fué preciso á los Portuguéses retirarse, pero sin perder la formación.

Estos atravesando el Chinches acometieron
las trincheras que tenían en frente, y apoderándose de ellas y hallándose los Castellanos entre dos fuegos, se vieron en la precisión de abandonar sus puestos para salvar su vida. D. Luis de Haro que vió que todo estaba en la mayor confusión montó a caballo y se huyó a Badajoz, dejando en el fuerte a D. Luis Mexica que poco tiempo después imitó el ejemplo que le había dado el General. La victoria de los Portugueses en el ala izquierda fue completa, mas en la derecha hallaron mayor resistencia. El Duque de S. German combatía con el mayor valor con su infantería, y el de Osuna con su caballería. Por una y otra parte se perdía mucha gente. Uno de los fuertes de la trinchería hacía un fuego tan vivo que Fernando Mesquita con su regimiento no podía rendirlo por más esfuerzos que hiciere, mas habiéndosele juntado otros dos lo tomaron por asalto, y pasaron a cuchillo los pocos soldados que había en él.

El Duque de S. German puso la mayor diligencia en sostener otro fuerte que había a poca distancia del que se había perdido enviando a él tropas de refresco. El regimiento de D. Luis de Sousa y Meneses que lo atacaba, viendo una obstinación tan grande y que perdía muchísima gente, empezaba a ceder a pesar de los esfuerzos que hacía su Maestre de Campo, que aunque estaba herido procuraba reanimar los soldados. Andres de Alburquerque se arrojó en medio de ellos con su caballo, y les detuvo echándoles en cara su cobardía. Luego los lleva al pie de la empalizada, y los enseña cómo deben arrancarse las estacas. Avergonzado el soldado cobra nuevo espíritu y renueva el combate con furor. Alburquerque cae herido mortalmente. Jorge de Franca proveedor general del ejército, y Antonio Torres tesorero, corren a su socorro, y hallándolo sin vida se llevan su cuerpo a Elvas.

El Duque de S. German fué herido al mismo tiempo en la cabeza de un tiro de mosqueto y fue preciso que se retirase. Desde este momento penetraron los Portugueses por todas partes, y la misma retaguardia que quiso tener parte en esta famosa victoria pasó por medio del campo.
con los víveres que llevaba para el socorro de la plaza. D. Sancho Manuel acompañado de los principales oficiales de la guarnición salió a recibir al Conde de Castañeda, dejando para mandar a Pedro Jacobo de Magallanes que no había contribuido poco para la victoria. El Conde habiendo hecho acampar el ejército en el valle entre el fuerte de Gracia y la ciudad, hizo su entrada solemne en Elvas con las aclamaciones del pueblo, y fue en derechura a la Catedral para hacer cantar el Te Deum en acción de gracias al Todo-Poderoso por la victoria que le había dado, y volvió al campo para acabar de tomar los otros fuertes que ocupaban los Españoles.

El ejército se retiró por la noche a Badajoz, y al amanecer los persiguió con la caballería Sancho Manuel y les hizo muchos prisioneros. Todo el campo con los bagages, tiendas, alhajas, víveres, municiones y artillería quedó en poder de los vencedores. Los fuertes capitularon porque retirado el ejército no les quedaba esperanza de socorro. El ataque de las trincheras duró casi todo el día. Los Españoles perdieron mas de cuatro mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, habiendo entre estos últimos algunos oficiales de distinción. Los Portugueses compraron bien cara la victoria, pues quedaron muertos en el campo mas de dos mil hombres, entre los cuales había muchos principales personajes, y un gran número de heridos. El Conde de Castañeda dió en esta batalla pruebas de su habilidad en el arte militar, se llenó de gloria, y entró como en triunfo en Lisboa aclamándole todo el pueblo como libertador de la nación.

D. Luis de Haro escribió al Rey desde Badajoz diciéndole que se había visto en la precisión de retirarse sin darle noticia de la pérdida que había tenido; pero las cartas de los oficiales rebelaron este misterio y la corte se llenó de luto, quejándose amargamente el pueblo de la conducta del favorito, y los Grandes aprovechándose de esta ocasión procuraron hacerle perder el favor del Rey. Sin embargo de esto le envió una orden para que volviera pronto a la corte, y le recibió con mucha benevolencia, alabó su celo, le
consoló en su desgracia, y le dió pruebas evidentes de no haberse disminuido nada el afecto que le tenía. Después de la batalla de Elvas los Españoles y Portu- 
gueses estuvieron tranquilos en esta provincia algún tiempo, los unos llenos de satis- facción por la victoria, y los otros de ira y de deseo de lavar su ignominia, pero sin las fuerzas necesarias para ninguna empresa conside- rable; y así volvieron a incomodarse mútuamente por las correrías como tenían de costumbre, no solamente en esta provincia de Alentejo, sino en las fronteras de Tras-los-Montes y de Beyra. Algunas veces se encontraban las partidas y peleaban con el mayor furor.

El sitio de Monzao que se empezó a fines del año pasado se continuaba en éste con el mayor vigor. Empeñado el Marqués de Viana en tomar la plaza, la tenia tan apretada que estaba reducida a los últimos apuros sintiéndose dentro de la villa todos los horrores de un sitio; pero como había durado tanto tiempo, los habitantes estaban tan acosumbrados a sufrir el hambre, los temores, los sobresaltos, y las vigilias, que se habían hecho insensibles a estas calamidades. Hasta las mismas mugeres, las cuales llenas de patriotismo llegaron a tomar las armas, y ponerse en la brecha para resistir a los enemigos. El Conde de Villanueva que era Gobernador de la provincia, y habida hecho cuanto podía para salvar la villa, empezó a desesperar de poderla librar, porque el fuerte que los Castellanos habían construido en la ribera del río impedia que las barcas pudieran llegar a la plaza para llevarle los socorros necesarios de víveres, municiones y hombres.

Estando ocupado el Marqués en reducir la plaza recibió la noticia de la derrota de los Españoles en Elvas, y el Rey le mandaba que levantase el sitio y se retirase, temiendo que el ejército victorioso no fuese a socorrerla y le obligase a dejarla con ignominia. Recibió con el mayor dolor esta orden, porque le frustraba las esperanzas de conquistar lo que le había costado tantos trabajos cuando estaba tan próximo a recibir la recompensa, no solamente apoderándose de Monzao sino de Salvatierra, que no podía sos-
tenerse rendida la primera. Junto pues el consejo de guerra para deliberar lo que había de hacerse en estas circunstancias. Unos decían que debía levantarse inmediatamente el sitio sin exponerse a que se les obligara a hacerlo con poco honor y decoro. Otros opinaban que se debía dar inmediatamente un asalto general y hacer los últimos esfuerzos para tomarla, pues no era justo que después de muchos meses de trabajos, cuando estaban precisamente en el momento de conseguirlo que se habían propuesto, lo dejasen escapar de las manos.

El Marqués adoptó este último dictamen como más conforme a su carácter y a su reputación, y cuando se preparaba a ejecutarlo, un sargento que trataba de salir de la plaza le informó que estaba ya en el último extremo: que la guarnición se había comido los caballos; que si uno de ellos no se hubiera opuesto habrían hecho lo mismo con los que habían sido muertos en la brecha; que las mujeres estaban reducidas a treinta solamente, y ya no podían prestar ningún auxilio; y así que no dudaba que si se atacaba con vigor la tomarían, principalmente no estando el Gobernador preparado para el asalto porque no creía que lo dieran. Reducido a este extremo resolvió informar de su estado al Vizconde de Villanueva para excitarle con la pintura de los males que sufría, y del peligro que le amenazaba, a hacer algún esfuerzo para socorrerle. Otro sargento se ofreció a llevarle el pliego sin embargo de los peligros a que se exponía; y habiéndolo cogido los sitiadores, no pudiéron obligarle ni por las esperanzas ni por el temor a descubrir el estado de la plaza ni el objeto de su salida.

El Vizconde fué informado por sus espías de los preparativos que se estaban haciendo en nuestro campo para dar el asalto, y desde luego procuró dar aviso a los sitiados por un gran número de billetes que puso en las calabazas que echaba al río para que alguna de ellas llegase a la plaza, y en efecto llegó una a Monzao y se vio lo que contenía. El Gobernador no despreció la noticia y se preparó para resistir a los enemigos; y aunque no tenía sino quinientos hombres, los más
inútiles por sus heridas y enfermedades, todos se ofrecieron ponerse en las murallas queriendo morir sepultándose debajo de sus ruinas que caer en manos de los enemigos. Los Españoles resolviéron dar el asalto el primero de Febrero atacando con el mayor vigor de parte de la Iglesia de S. Benito, y amenazando por las demás para dividir las fuerzas de los sitiados.

Llegado el día destinado lo ejecutaron con mucha intrepidez. La guarnicion que ocupaba la muralla por donde principalmente diéron el ataque resistió con un valor heróico, que aunque muchos sitiadores llegaron hasta lo más alto, desde allí fueron precipitados con tanto impetu que con su caída arrastraron consigo muchos al suelo. Sin embargo de estos esfuerzos generosos que hiciéron, los Españoles dueños del camino cubierto continuaron batiendo las demás fortalezas; y cuando estaban para dar un nuevo asalto, no teniendo fuerzas para resistir el Gobernador, pidió capitulación el 7 de Febrero y se suspendieron las hostilidades. Se aceptaron las condiciones que propuso, y habiendo salido la guarnición con los honores de la guerra entraron los Españoles a ocupar la plaza. Salvatierra se rindió poco tiempo después, y el Marqués se preparó para atacar el ejército Portugués en su mismo campo. Villanueva avisado por los espías abandonó la posición que tenía, y se puso en marcha con orden resuelto a combatir si era atacado.

Llegado a una altura poco distante de donde había partido sentó en ella su real, y puso la caballería para impedir el paso del río a los enemigos. El día siguiente continuó su retirada con seguridad porque los Españoles no pudiéron pasar tan pronto como deseaban, y unos y otros se fueron a descansar de sus fatigas distribuyendo la tropa en los pueblos vecinos de la frontera. El Vizconde se ocupó en fortificar la plaza de Camignam que estaba más expuesta que las demás.

La corte de Lisboa que no había podido socorrer al Vizconde por hallarse ocupadas las tropas en defender a Elvas, libre de cuidados por esta parte, y asegurada la provincia de Alentejo, ya no pensó sino en la defensa de la de entre
Duero y Miño donde los Españoles tenían mayores fuerzas y hacían más progresos. Envió a D. Juan Nuñez de Acuña de Gobernador con órden de levantar nuevos regimientos, hacer nuevos almacenes de provisiones de boca y guerra para la manutención de un ejército, encargándole particularmente no solamente de defender la provincia sino de llevar la guerra al interior de Galicia. Desempeñó con mucha inteligencia esta comisión, y con su vigilancia, industria y actividad salvó el país, e impidió las invasiones de los enemigos. Pero no dejaron de apoderarse por sorpresa del fuerte de Portella, acabando con esta conquista el Marqués de Viana su gloriosa campaña. En las provincias de Tras-las-Montes y de Beyra gozaron de una profunda paz, ó las incursiones de parte de unos y otros fueron de tan poca consideración, que los historiadores no las han juzgado dignas de que se haga mención de ellas.

El reyno de Portugal sin embargo que la guerra que sostenía desde su revolución era de tan poca consideración que no había pasado de la frontera, se hallaba en la mayor miseria y debilidad, resintiéndose todas las provincias, pueblos y ciudades de sus terribles y funestos efectos. El comercio, la agricultura y la población todo iba en decadencia y amenazaba una ruina total. Conociendo la Reyna que no podía defender su independencia sin el socorro de alguna potencia extranjera, recurrió a la Francia aunque hasta ahora no había recibido sino promesas que no habían tenido ningún efecto. Envió de Embajador al Conde de Sousa con órden de representar con la mayor viveza á aquella corte el estado infeliz en que se hallaba sin dineros ni soldados, y que si no se le socorria pronto caería indefectiblemente en poder de los Españoles: que procurase concluir la liga ofensiva y defensiva que tantas veces se había propuesto sin llevarse á efecto, siendo tan útil para las dos naciones; y suplicar sobre todo que le enviase quatro mil hombres de infantería y mil caballos con dos Generales buenos, de cuya fidelidad respondiese el Cardenal Mazarino. Estas pretensiones no se propusieron
porque antes que el Embajador llegase a aquella corte estaban suspendidas las hostilidades con la España, y se trataba de hacer una paz sólida y concluir el matrimonio de Luis XIV con la Infanta Doña María Teresa que hacia tanto tiempo que era el objeto de sus negociaciones.

Luego que se supo en Madrid la liga que por influjo de los Embajadores de Francia se había hecho entre los Príncipes y los estados del Imperio, llamada del Rhin, para obligar a Leopoldo que acababa de ser elegido Emperador a cumplir las promesas que había jurado, y conservar la paz de Westfalia, los Ministros empezaron a tratar seriamente de la paz. La España destituida del auxilio del Imperio no podía sostener los estados de Italia ni los de Flandes. La guerra que tenía en sus fronteras había de causar necesariamente su ruina siendo sostenida por la Francia y la Inglaterra. Las colonias habían de ser presa de la última. En fin no le quedaba mas arbitrio que hacer la paz o perecer. En estas circunstancias dió oídos a las proposiciones que tantas veces se le habían hecho, y la imprudencia y vanidad del Ministro había deseado con desprecio. Lo que principalmente determinó al Rey D. Felipe a tomar esta resolución, fué el viaje que el año anterior hizo el de Francia a Leon con orden a la Duquesa de Saboya de venir a esta ciudad con las Princesas sus hijas, insinuándole Mazarino que quizás elegiría la mayor por su esposa. Esta voz que de propósito se hizo correr en público por el artífice Cardenal para obligar a la corte de España a ceder sobre el artículo del matrimonio de la Infanta Doña María Teresa, produjo el efecto que deseaba; porque temeroso el Rey que se eligiese por esposa de Luis a la Princesa de Saboya envió inmediatamente a Leon al Marqués de Pimentel para ofrecerla con condiciones tan ventajosas, que no se dudó que serían admitidas y se concluiría la paz. La Duquesa de Saboya conociendo que no servía sino de pretexto para otra negociación, se volvió muy descontenta del Cardenal a Turín revolviendo en su ánimo irritado mil medios para vengarse del insulto que le había hecho.
TABLAS CRONOLÓGICAS.

| Año de | Fe \n|---|---|
| J. C. | Era de España |

Mientras se estaba tratando por Pimentel en
asentar los preliminares que habían de servir de
base para la paz, no dejaban de hacerse en Flan-
des preparativos para la campaña inmediata.
D. Juan de Austria tenía orden de venirse a Es-
paña para encomendarle la guerra de Portugal,
creyendo el Rey que lo remediaría todo, y las
tropas de Flandes quedaron al cargo del Archi-
duque Sigismundo hermano del Emperador, el
qual había traído consigo doce mil Alemanes.
Condé tenía una división no pequeña. Los de-
más, que no eran pocos, estaban a cargo del
Marqués de Caracena.

Dispuestas así todas las cosas para defender-
se de los Franceses que orgullosos con las victo-
rias de la campaña pasada se prometían conquis-
tar con facilidad toda la Flandes, salió de Brus-
selas D. Juan el primero de Marzo y pasó por
Francia con el salvo conducto. Visitó á la Rey-
na madre en París en el convento de monjas de
Valdegracia á presencia del Rey y del Cardenal.
El 11 de Marzo dejó aquella capital para venirse
á España, haciéndole en todas las ciudades por
donde pasaba los mayores honores. El 12 de
Abril llegó á Aranjuez donde estaba la corte, y
no se trató sino de paz, porque las dos naciones
la necesitaban y la deseaban con ansia.

El Marqués de Pimentel siguió al Rey quan-
do se volvió á París, y habiendo tenido algunas
conferencias con el Cardenal Mazarino y el Mar-
qués de Liona, fijaron los preliminares de la paz
sin concluir nada porque no tenían poder para
esto, aunque convinieron en una tregua el 8 de
Mayo, y se determinó que los dos Ministros de
Francia y España darian al tratado la última
mano en la frontera de los dos reynos. Las con-
ferencias se tuvieron en la isla que hay en me-
dio del rio Bidasoa llamada de los Faisanes
desconocida hasta entonces, la qual se hizo céle-
bre por este tratado. En ella se levantó una es-
pecie de tienda con un gran salon que corres-
pondía la mitad á la España, y la otra á la Fran-
cia, porque estaba colocado sobre la línea diviso-
ria, y por la parte de los dos reynos tenía cada
Ministro su puerta. En esta sala se tuvieron vein-
re y quatro conferencias desde el 23 de Agosto hasta el 17 de Noviembre. D. Luis de Haro que tenía instrucciones particulares para no abandonear a Condé, propuso en la tercera conferencia el negocio de este Príncipe, pero sin poder conseguir nada, porque Mazarino estuvo siempre inflexible diciéndole algo enfadado que se temía que la negociación tendría el mismo fin que la que se había entablado tres años antes, pues siendo esta pretensión contraria a lo que se había convenido en los preliminares, no podía persuadirse que se propusiera sino con el ánimo de desvanecer el tratado con este pretexto. D. Luis le respondió que el Rey Católico su Señor no faltaría á su palabra, y que le recomendaría con el gobierno de los Países-Bajos, dándole estados en la frontera con título de soberanía.

Mazarino que temía tenerlo tan cerca del reyno con fuerzas bastantes se conmovió con esta proposicion. Respondió inmediatamente que si quería ceder á la Francia el equivalente de lo que se quería dar al Príncipe, el Rey le daria el gobierno de Borgoña y de Bresa, y á su hijo el Duque de Enghien el cargo de Gran Maestre de palacio. Mientras se tenían las conferencias el Marqués de Grammont vino á Madrid á cumplimentar al Rey, y pedir la Infanta para el de Francia. Entró en la corte no con la magnificencia de un Embajador sino como un correo de gabinete precedido de una maestro de postas y de un cierto número de postillones seguidos de sesenta gentiles hombres, todos montados en soberbios caballos Españoles ricamente enjaezados.

La entrada se hizo desde la puerta de Fuencarral hasta palacio corriendo como las postas dispuesto todo con el mejor órden. Un inmenso gentío estaba en los balcones y ventanas viendo este espectáculo curioso y nuevo. A la puerta de palacio fué recibido por el Almirante de Castilla y los Grandes que estaban en este tiempo en la corte.

El Rey lo esperaba en la sala donde se recibían los Embajadores, adornada con la mayor magnificencia, y puesto en su trono. Tenía á sus dos lados los Grandes, y un poco mas distante muchísimas otras personas de distincion. Des-
pues de las ceremonias usadas en semejantes casos, consintió el Rey en lo que pedía, y se volvió a Francia lleno de satisfacción con esta alegre respuesta. Las conferencias que en este tiempo se habían continuado se acabaron el 7 de Noviembre, y se concluyó el tratado que comprende 124 artículos. Los 22 primeros tienen por objeto el comercio. Por el 23 se estipula que S. M. Christianismo casará con la Infanta Doña María Teresa, hija primogénita de S. M. Catholic, exigiéndose por parte del Rey su padre que renunciase a la sucesión de la monarquía mediante la promesa de dote que se le hacia de quinientos mil escudos. María Teresa renunció a la sucesión, pero sus derechos no dejaron de revivir, y dándoles vigor la fuerza de las armas su posteridad ocupa hoy el trono.

La España cedió el Rosellón, Confins y una parte del Artois. El Rey renunció sus pretensiones sobre la Alsacia que estaba ya cedida por el tratado de Munster. Vercelli se restituyó al Duque de Saboya y Juliers al Duque de Neuburg. La Francia debía restituir las conquistas hechas en Cataluña, en el Milanesado, y en los Países-Bajos, estipulándose al mismo tiempo que no prestaría auxilios a Portugal. También se convino que el Príncipe de Condé sería restablecido en todos sus derechos mediante la cesión que hacía la España de algunas plazas en la frontera, estableciéndose en varios artículos las que debían quedar para la España.

Se fijó la línea de demarcación de los dos reinos en los Pirineos por comisionados de una y otra parte. Los Catalanes fueron reintegrados en todos sus derechos y privilegios publicándose una amnistía y olvido general de todo lo pasado. Carlos IV Duque de Lorena fue restablecido en sus estados con condición que no tendría tropas, y que se demolearian las fortificaciones de Nancí. El desgraciado Carlos II de Inglaterra por mas esfuerzos que hizo no pudo conseguir ser comprendido en el tratado, sin embargo que estaba destronado y fugitivo, y era pariente de los dos Reyes. Ninguna de estas potencias quiso interesarse por él. Pasó a Fuente-Rabia luego que supo que se tenían las
TABLAS CRONOLÓGICAS.

Los Presbyterianos, que eran enemigos suyos, se declararon por él porque conocían que el zelo por la libertad los había arrastrado más allá de los justos límites. Sufrieron con impaciencia el imperio de los Republicanos que con sus novedades lejos de mejorar su condición la habían puesto en peor estado, y habían reducido todo el rey no a una esclavitud intolerable. Por esta razón deseaban unirse con los nobles, que eran afectos a la casa Real, para restituirles una corona que se le había quitado con el pretexto de hacer feliz al pueblo. Se formó una conspiración general en todo el rey no que hubiera puesto fin a las desgracias que sufrían de los crueles y ambiciosos Republicanos si el caballero Willis no la hubiera descubierto.

Todas las esperanzas de Carlos se desvanecieron como el humo; pero casi de repente pasó del mayor abatimiento al trono por la industria y el valor del célebre Jorge Monk que á la sazon era Gobernador de Escocia; y por su dulzura, rectitud, afabilidad, y otras virtudes, se había hecho estimable al pueblo y había ganado la confianza de los soldados. Mientras la Inglaterra estaba ocupada en estas agitaciones, toda la Europa deseaba con impaciencia ver el tratado de los Pirineos. En Francia y en España se censuró mucho porque estas dos naciones se creían agravadas por las cesiones que hacían, aunque las circunstancias en que se hallaban exigían tales sacrificios. El Rey de España quedó muy contento por dos causas, la primera porque veía puesta su hija en uno de los principales tronos de la Europa, y la segunda porque libre de los cuidados y gastos que le ocasionaba la guerra con la Francia podía emplear libremente todas sus fuerzas contra Portugal. Se lisonjeaba con la esperanza que intimidados los Portugueses de verse amenazados con fuerzas tan superiores se so-
meterían, contentándose voluntariamente la casa de Braganza con gozar tranquilamente de los estados que eran propios suyos sin exponerse al peligro de perderlo todo.

Con efecto la Reyna de Portugal viéndose expuesta a toda la indignación de la España, y sin las fuerzas necesarias para poderle resistir, procuró desarmarla haciéndole ofertas ventajosas. Ofreció al Rey que tendría a Portugal como feudo de la corona de Castilla pagando un millón anual de tributo, y obligándose a dar cierto número de bágeles y de tropas siempre que él ó sus sucesores lo exigieran. Desechadas estas promesas, insistió en que se quedaría con solo el reyno de los Algarbes y el Brasil obligándose a pagar cierto tributo. Ofertas harto humillantes, que tampoco fueron admitidas por la corte de Madrid, que confiando en la superioridad de sus fuerzas tenía por cierta la conquista de aquel reyno, y trataba a la Reyna como a un súbdito rebelde a quien se le hacía demasiada gracia con dejarle en la posesión de sus estados después de haber cometido un delito tan atroz. La regenta del reyno Luisa de Guzman, que en todas ocasiones había mostrado una alma grande y generosa, y un ánimo superior a su sexo, respondió a Felipe que su hijo después de haber sido Rey no podía quererse de particular, y que la suerte de las armas decidiría de su fortuna. Colmó de honras y gracias a su Ministro porque había trabajado con tanto esmero en concluir este tratado, dando segun decía pruebas de su talento y habilidad para negociar. Le dió el título de la Paz para perpetuar la memoria del servicio considerable que había hecho a su patria, pues consiguió poner fin con este tratado á una guerra que hacía veinte y cinco años que se seguía con el mayor esfuerzo, y consumía enteramente la nación.

El famoso Monk que en secreto estaba decidido por el desgraciado Carlos salió de Escocia con su ejército para restablecer en Londres el parlamento antiguo, sin el cual no podía llevar á efecto su proyecto. Las tropas abandonaban á los Republicanos. Regimientos enteros levantándose contra sus géferes exaltados se pasaban al Go-
bernador Escocés. Por todas partes era recibido con las mayores aclamaciones de alegría, pidiéndole con grandes instancias que restablezca el gobierno, y pongo fin a la funesta anarquía que extienda por todas partes el desorden y sus funestos efectos. Luego que llegó a Londres descubrió sus verdaderas intenciones, se unió con la ciudad para reparar los males públicos, destruyó el nuevo parlamento obra de los anarquistas, y llamó a los miembros del antiguo que estaban en la mayor miseria y abatimiento; y sin derramar una gota de sangre mudó casi de repente el gobierno, porque el pueblo estaba cansado de las violencias y del desorden.

Hizo venir con mucho secreto a Carlos que estaba en Bruselas, porque aunque todos los miembros del parlamento estaban decididos a su favor, los Republicanos llenos de furor hacían esfuerzos para juntar gentes y resistirles. Mas sus esfuerzos fueron vanos, y no sirvieron sino para hacer más odiosa su causa. Las gentes oían con horror el nombre de Cromwell, pero no se atrevían a pronunciar el de Rey. Carlos envió delante de sí a Granville con cartas para el parlamento declarando sus intenciones, de manera que no dejaban la menor inquietud en sus ánimos de conservar su libertad prometiendo concurrir con el parlamento para este efecto, y adoptar y seguir las medidas que le propondría. Se le proclamó Rey con la mayor pompa y solemnidad, y Monk salió a recibirle a Douvres para traerlo a la capital. Jamás se ha hecho una revolución mas pronta y con menos violencia. Los males que causó la anarquía convencen a los pueblos que solo un gobierno legal es el apoyo de la libertad y felicidad de los ciudadanos. Carlos II instruido por sus desgracias conoció los artificios de las cortes, y lo poco que hay que faltar en ellas. Era de mucho espíritu y penetración, de un genio amable, lleno de bondad y de dulzura, y alegre y afable con todos prometía el reynado más glorioso. Tomaba consejo de las personas más ilustres que merecían la estimación del público por sus talentos y su virtud, lo que contribuía considerablemente a formar una idea alta del gobier-
no del Rey, pues regularmente se juzga del mérito de los Príncipes por la elección que hacen de las personas que honran con su confianza y su valor.

El Rey de España manifestó por una embajada el gozo que le había causado su exaltación al trono, mandó que le restituyesen los bageles que se le habían apresado cuando la invasión de la América, y se concluyó una paz sólida entre las dos naciones cediendo á Dunquerque y la Jamaica. El Conde de Fuensaldáña concluyó un tratado de paz con el Duque de Módena, que ratificó Phelipe con mucha alegría, porque quedaba también por esta parte libre de todos cuidados, y ocuparse solo en la guerra de Portugal después de haber celebrado las bodas de la Infanta. Salíó de Madrid con la corte el 15 de Abril para ponerla por sí mismo en manos del Rey de Francia que la esperaba en las fronteras. A fines de Mayo llegó á S. Sebastian, y el día siguiente se desposó D. Luis de Haro en nombre de su esposo haciendo la ceremonia el Obispo de Pamplona. Phelipe y Luis tuvieron algunas conferencias en la isla del Bidasoa, y confirmaron la paz de los Pyríneos. El 7 de Junio se despidieron volviéndose el rey de Francia á París con su nueva esposa, y Phelipe á Madrid donde llegó el 26 del mismo mes.

Todos juzgaban que la Españía hecha la paz con todas las potencias del Norte volvería sus armas contra Portugal, y que este pequeño reino sería en poco tiempo conquistado y agregado á la corona de Castilla como había estado antes de su levantamiento. Los Portugueses, aunque abandonados á su suerte, estaban resueltos á hacer los mayores esfuerzos para sostener su independencia, y obligar á sus enemigos á hacer la paz. Estas dos potencias emplearon todo lo que restaba de ayo en hacer los preparativos para empezar la guerra con el mayor ardor. Aumentaron las tropas, fortificaron las plazas de la frontera, y no perdonaron los Portugueses alguna diligencia para proporcionarse nuevos aliados que les ayudasen á defender su causa. Por esta razón las operaciones militares fueron este año de poca consi-
En la provincia de Alentejo hubo una pequeña acción con unos esquadrones de caballería que entraron en este país para saquear los pueblos como tenían de costumbre. El Conde de Prado Gobernador de la de entre Duero y Miño procuró ponerla a descubierto de los insultos. El Conde de S. Juan que mandaba en la de Traslóz-Montes tomó por asalto la villa de Alcañiz y saqueó todos los pueblos inmediatos. Manuel Freyre de Andrade impidió las incursiones en las frontera de Beyra, y se apoderó del castillo de Albergaria.

Sin embargo de la paz con Francia el Conde de Soure Embajador de Portugal sacó al Conde de Schomberg con otros muchos oficiales para el servicio de su reyno, y por mas que el Embajador del Rey Católico se quejó de la contravención a lo estipulado en el tratado de los Pirineos no fue oído. El Portugues se fué con seiscientos hombres que tenía alistados a Havre de Gracia donde se embarcó el 29 de Octubre, y el 11 de Noviembre llegó con ellos a Lisboa. Francisco de Melo no fué tan feliz en Inglaterra al principio de su comisión, pero después consiguió más de lo que podía prometerse. Se le permitió levantar en los tres reynos de Inglaterra diez mil hombres de infantería y dos mil y quinientos caballos, y fletar veinte y quatro bageles de guerra con tal que fueran montados por los oficiales Ingleéses que él nombrase. Se le concedió igualmente el permiso de comprar todas las armas necesarias para las tropas de mar y tierra, de nombrar todos los oficiales superiores y subalternos, y pasar con ellos a Portugal quando quisiera, con la condicion precisa que esta tropa ni los bageles no servirían jamás para hacer la guerra a su patria. Este tratado llenó de alegría a la Reyna, porque le proporcionaba medios para defender su reyno y ofender a sus enemigos. El Conde de Miranda, Embajador de Portugal en el Haya, concluyó después de muchas conferencias un tratado con la Holanda cuando estos republicanos hacían esfuerzos para apoderarse de los establecimientos que tenían los Portugueses en la India, y perseguían sus bageles por aquellos mares.
Nuestras costas estaban todos los días amenazadas. Los piratas de Argel y de Berbería infestaban el Mediterráneo, y nadie podía navegar sin exponerse a caer en la más dura esclavitud, hasta que una flota de Ostende y las galeras de Nápoles salieron a perseguirles. En poco tiempo los derrotaron apresándoles varios buques, y obligando a los demás a estarse encerrados en sus puertos. La colonia de piratas conocida con el nombre de Flibutiers compuesta de los hombres más malvados de varias naciones, especialmente de Ingleses, Franceses y Holandeses, se estableció este año en las Antillas. Eligieron sus jefes, constituyeron leyes, y le dieron la forma de una nación arreglada. Esta colonia hacía incursiones en los establecimientos Españoles, y era el terror de las Américas.

El 9 de Marzo murió el Cardenal Mazarino a los cincuenta y nueve años de su edad, el cual gobernó la Francia con tanto despotismo y arbitrariedad como Richelieu. No era tan soberbio y vengativo como él; pero era mas astuto, artístico y circunspecto. Este hombre ambicioso era de un carácter disimulado, de una constancia inalterable en la adversidad, de un genio fecundo en recursos, especialmente en las negociaciones, y flexible como la cera para todo lo que le convenía si conocía que de este modo había de sacar partido. Prometía con mucha facilidad, aunque no se podía hacer caso de lo que decía, porque pocas veces guardaba buena fe ni hablaba con sinceridad, y estaba dominado de la avaricia más córdida. En la historia de la rapacidad de los infames Ministros que han sido la peste y la ruina de las naciones y de los tronos, se hallarán pocos que hayan amontonado tantos caudales. Se dice que dejó ochocientos millones de reales. Agitado al fin de su vida de los más crueles remordimientos, viendo que el estado estaba en la mayor miseria, hizo al Rey donación de todos sus bienes; y no habiéndolo querido admitir dejó estos inmensos caudales a su sobrina la famosa Hortensia Mancini, célebre por su hermosura y sus talentos, y por los incidentes extraordinarios de su vida.
Entre tanto se había formado por el Rey Católico un ejército poderoso para atacar á Portugal, y se nombró General á D. Juan de Austria, que aunque era de treinta y tres años de edad tenía mucha experiencia en el arte militar, porque había hecho la guerra en Nápoles, Sicilia, Cataluña y Flandes con los mejores géneros de su tiempo. Los soldados le amaban y le respetaban, porque trataba á todos con mucha afabilidad y sabía recompensar el mérito. Se eligieron para mandar bajo sus órdenes sujetos que se habían distinguido por sus talentos y su valor.

El Conde de Atougia que gobernaba la provincia de Alentejo dio aviso á la Reyna de estas novedades, para que se dieran las providencias más prontas y más activas para proveer de municiones y enviar tropas á la provincia, porque los Españoles dirigían todas sus fuerzas contra ella. El Conde Schomberg que estaba en Lisboa partió luego, y una gran parte de las tropas del reyno. Este que debía servir de Maestre de Campo general se informó exactamente de las fuerzas de los Castellanos, del estado de las plazas de la provincia, y mandó poner en todas ellas las guarniciones necesarias para sostener un sitio, y con la demás tropa de su infantería y caballería estar en Estremoz para observar los movimientos del enemigo y acudir donde la necesidad lo exigiese. Visitó por sí mismo todas las plazas de la provincia, y á su vuelta tuvo un consejo de guerra en Elvas manifestando con razones muy poderosas que era menester más gente que la que tenían para defenderla.

Entre tanto D. Juan de Austria pasó de Zafra á Badajoz con los Generales que debían servir en el ejército, los cuales estaban persuadidos que conquistarian á Portugal, y vengarian las injurias que la España había recibido de esta nación vana y orgullosa. El Duque de Veraguas debía atacar al mismo tiempo por mar á Portugal con una esquadra considerable. Cuando se hizo á la vela fué acometida de una tempestad horrible que la dispersó, y estrelló contra las costas de Andalucía nueve galeras cargadas de tropas de desembarco; y así se frustró este gran
TABLAS CRONOLÓGICAS.

proyecto que había puesto en consternación todo aquel reino. Luego que D. Juan llegó a Badajoz, se fué a reconocer a Campo-Mayor con tres mil caballos y seiscientos infantes. Se acercó hasta el pie de la muralla a pesar de la artillería que disparaba sin cesar, y se volvió sin ánimo por entonces de atacarla porque no tenía fuerzas bastantes para esta empresa. Estaba ya entrado el mes de Junio, y el Rey le envió orden para que empezase la campaña. Viendo que no la ejecutaba con prontitud, el Duque de Medinaceli le escribió que se estoraba mucho en la corte su lentitud, y que el Rey estaba muy inquieto porque no se cumplía lo que había mandado.

D. Juan pasó revista al ejército que se componía de diez mil hombres de infantería y cinco mil caballos, y el 13 de Junio se puso en marcha. En dos días llegó al territorio de Aronches que no tenía fortalezas para su defensa, y estaba desprovista de víveres y municiones y con muy pequeña guarnición, y así a la primera intimación se rindieron cien hombres que había en ella. La mandó fortificar para hacerla plaza de armas, y desde ella hacer incursiones por la provincia de Alentejo, emprender otras conquistas, y entrando en la Extremadura Portuguesa era fácil que llegase a Lisboa, porque es un país abierto y sin ninguna fortaleza que se lo pudiera impedir. Los Portugueses no conocieron la importancia de esta plaza hasta que estuvo en poder de los Españoles, y por este motivo la habían dejado tan abandonada.

Después de muchas deliberaciones en el Consejo de guerra de Lisboa sobre lo que se debía hacer, se resolvió juntar todas las fuerzas y dar la batalla a los Castellanos. El General Portugues dejando Gobernador de Elvas a D. Luis de Menezes se puso en marcha el 17 de Julio con diez mil hombres de infantería y tres mil caballos, y todos los días llegaban tropas auxiliares que lo aumentaban. Se acercó a la plaza de Aronches, pero estaba tan bien provista de todo, y con tan buenas fortificaciones, que no se resolvió atacarla. El ejército Español no hizo ningún movimiento, ni quiso salir de su campo, y
los Portugueses pusieron fin a la campaña sin haber tenido ninguna acción retirándose a sus cuarteles.

El Conde de Schomberg salió de Elvas con ochocientos caballos para provocar la caballería Española, atacó las guardias avanzadas, y taló el país. D. Juan salió con la caballería, y habiendo encontrado a los enemigos se trabó un combate muy refido del cual resultaron algunos muertos y heridos de ambas partes, y los Generales se retiraron a sus plazas de armas. De parte de los Españoles murió Pacheco que era muy estimado de la tropa. D. Juan se fue a Zafra muy disgustado de haberse encargado del mando de este ejército, porque las importunaciones de la corte querían exigir de él lo que no era posible con las fuerzas que tenía. Pedia refuerzos con muchas instancias manifestando el estado de su ejército y el de los enemigos; pero los Ministros que le aborríen, especialmente D. Luis de Haro, le ponían en mal concepto con el Rey su padre y no se hacía caso de sus solicitudes, causando en su ánimo esta indolencia de la corte la más profunda tristeza. Mandó atacar el castillo de Alconchel el 26 de Noviembre y se rindió a la primera intimación. En esta parte no hubo sino acciones de poca consideración entre las partidas de caballería de uno y otro ejército que no podían decidir nada ni tener alguna consecuencia.

El Marqués de Viana entró en la provincia entre Duero y Mino con diez mil hombres de infantería, mil ochocientos caballos, y diez piezas de artillería. El Conde de Prado que mandaba las tropas Portuguesas tenía once mil hombres de infantería, mil y quinientos caballos y seis cañones. Los dos ejércitos se buscaban con gran deseo de venir a las manos, y después de dos días de marcha estaban solo una legua distantes uno de otro. El Marqués fué a sorprender a Valladolid del Mino, y habiéndola hallado bien preparada para su defensa le puso sitio en forma. El Conde sentó su campo sobre un monte vecino desde donde no podía socorrer la ciudad, y por dictámen de los Generales resolvió ocupar el puesto llamado Villar-Sururgeyra situado a igual
La distancia de la plaza y del campo Español, que el Marqués por descuido había dejado abandonado siendo tan importante para sostener el sitio.

Los Portugueses se pusieron en marcha por la noche con mucho silencio para no ser sentidos de los enemigos. La mañana siguiente el Marqués conoció su error y envió una partida de caballería para apoderarse de aquel punto; pero ya estaba ocupado por los Portugueses, los cuales se fortificaron de manera que no se podía atacar su campo. Conociendo el Español quan difícil sería reducir la plaza, no siendo dueños de un punto tan necesario para que los convoyes llegaran con seguridad a su campo, desesperó de su empresa. Los dos ejércitos estaban a la vista y había frecuentes escaramuzas entre las partidas, muchas veces encontrándose por pura casualidad, otras saliendo del campo de propósito y provocándose mutuamente sin que los oficiales lo estorbaran para aumentar la emulación y el ardor de los soldados.

La víspera de Santiago sorprendieron los enemigos cuatrocientos caballos que estaban acampados fuera de las trincheras bajo la protección de la artillería, y fueron en un momento dispersándose de la mayor parte de ellos. La guarnición de la plaza hizo al mismo tiempo una salida, y mató o hizo prisioneras a todas las guardias avanzadas que estaban de parte de la ciudad, derramándose el terror en el campo Español que lo puso todo en confusión, no sabiendo los oficiales dar las órdenes correspondientes en esta turbación, ni los soldados ejecutar ninguna cosa. Este feliz suceso al paso que encendió el valor y la audacia de los Portugueses abatió el ánimo de los Españoles. El Conde de Prado hizo acercar las baterías y disparaba sin cesar para consternarlos; mas el de S. Juan con una fuerza división interceptaba los convoyes, y no les dejaba salir del campo para ir a fortasear. De modo que se halló nuestro ejército sitiado en su campo y en peligro de perderse enteramente por la pequeña inadvertencia y descuido del Marqués en no haber ocupado el punto de Villar. Reducido a estas tristes circunstancias resolvió
La vista de un exército considerable que mandaba. Repasb el Mifio, y yá no se atre
1
rirarse, y el 19 de Agosto por la noche levan
tó su campo con tanto secreto, y marchó con tan

buen órden y diligencia, que a la mañana siguien
te cuando los enemigos lo advirtieron toda la
vanguardia estaba en la fortaleza de S. Luis Gon
zaga. Persiguió la retaguardia con mucho ardor
el Conde de S. Juan, y no habiendo podido al
canzarla se volvió a su campo. El Conde de Pra
do mandó destruir las fortificaciones del campo
de los Españoles, y fué a embestir el castillo de
Belen que la guarnicion entregó sin hacer nin
guna defensa, llenando de indignación y de tris
tezza esta acción tan vil al Marqués por haberse
cometido a la vista de un ejército considerable
que mandaba. Repasó el Miño, y yá no se atre
vió a emprender ninguna expedición en lo res
tante de la campaña.

El Duque de Osuna que tenía órden de ata
car la provincia de Beyra se fué con diligencia
to Ciudad-Rodrigo, de donde salió con todo el
exército el 23 de Julio dirigiendo su marcha al
país de Ribacoa. Se apoderó del fuerte de Valde
mula no sin pérdida de alguna gente por ha
ber dado un asalto con poca precaucion; y sin
pasar mas adelante porque el ejército que man
daba el Conde de Mesquitella era superior en
 fuerzas, se retiró saqueando los pueblos que esta
ban cercanos al camino. Se acercó al castillo de
Albergaria, y a la primera intimación que le hizo
capituló después de haberse defendido poco rato,
y quedó dueño de todo el país. A la redonda. Po
có tiempo después se aumentaron las tropas Por
tuguesas, y sin aguardarlas se volvió a Ciudad-
Rodrigo a tomar quartele de invierno. D. San
cho Manuel, la Reyna hizo Conde de Villa-
flor, se juntó con Feyo, y entrando con sus tropas
en tierra de los Españoles para vengar los agra
vios que el Duque les había hecho, saquearon los
pueblos, exigieron de ellos fuerzas contribuciones,
y después de esta expedición de ladrones ó de
salvages, y no de gentes civilizadas, se volvieron
triunfantes y alegres a sus respectivos distritos.

Entre tanto se trataba en Londres del matri
monio del Rey con la Infanta de Portugal Doña
Catalina por D. Francisco de Melo que estaba
encargado de esta negociación. Después de muchas conferencias se terminó felizmente, y aprobado por el parlamento se efectuó. El Embajador de España procuró impedirlo de mil modos sirviéndose de todos los artificios que le dictaba su política sin que pudiera adelantar nada, pues el Rey estuvo siempre inflexible, y se hizo sordo a todas las promesas. Mandó a las personas de su mayor confianza arreglar las condiciones del tratado y fué firmado con la formalidad debida, y lo mismo hizo la Reyna de Portugal a la cual se envió para este efecto. Se dió en dote a la Infanta dos millones de cruzados, y se cedió a la Inglaterra la ciudad y la fortaleza de Tanger. Concluido este tratado se renovó la alianza antigua que había entre las dos naciones, y el Rey de Inglaterra se obligó a ayudar a los Portugueses en la guerra que tenían con los Españoles y ser mediador para hacer la paz con la Holanda, para lo cual se envió de nuevo al Conde de Miranda, pues había dado pruebas de la habilidad que tenía para las negociaciones en la primera comisión que había tenido el año anterior.

Los disgustos que le causaba al Rey la guerra de Portugal con la mala fe de los Ingleses y Franceses que prestaban armas y socorros a la Reyna, se templaron con el nacimiento del Príncipe Carlos que fue el 6 de Noviembre en Madrid, cinco días después que murió D. Phelipe Próspero, por cuya razón fue mayor la alegría en la corte y en todo el reyno, pues no había quedado ningún hijo varón para ocupar el trono después de la muerte de su padre. La Reyna de Francia, Doña María Teresa dió también á luz al Infante D. Luis padre de Phelipe V, que ocupó el trono de España.

D. Luis de Haro murió poco tiempo antes á la edad de sesenta y tres años. Este favorito lleno de ambición, no tenía talentos ni para la guerra ni para la paz, pero poseía el arte de adulador; y por este medio y el zelo que mostraba por el servicio del Rey conservó hasta el fin de su vida el favor del Monarca, no obstante de tener que luchar con enemigos muy poderosos. Se puede decir en su favor que no era cruel ni vengativo, que era...
afable con todos, y que no oprimió a los pueblos. Estas virtudes le grangéaron la estimación pública, aunque conocían que ocupaba un destino que era incapaz de desempeñar bien. Los empleos del gobierno que obtuvo se distribuyeron después de su muerte entre el Cardenal de San- doval, el Duque de Medina de las Torres, y el Conde de Castrillo.

El Marqués de Liche, primogénito de D. Luis de Haro, irritado porque no había conseguido ninguno de los empleos que su padre había tenido, no pensó sino en buscar medios para vengarse. Formó el horrible proyecto de asesinar al Rey por un medio que había de envolver en su ruina infinitas personas. Hizo poner unos barriles de pólvora en una mina del teatro del Buen-Retiro con intención de darle fuego cuando el Rey estuviese viendo la comedia. Por fortuna se descubrió la conjuración antes que se pudiera poner en ejecución. Los cómplices fueron presos, y perdieron la vida en un cadalso; pero el Rey que tenía un corazón generoso y se acordaba del zelo y fidelidad con que su padre le había servido le perdonó. Avergonzado este delincuente de su delito después le sirvió con la mayor fidelidad, y mereció por sus servicios ocupar los empleos más distinguidos. La guerra contra Portugal se hizo este año de un modo más glorioso que los anteriores, aunque nuestros Generales mancharon su reputación con las atrocidades que permitieron cometer a los soldados contra los Portugueses. El hierro y el fuego dejaban por todas partes por donde pasaban señales de su bárbara ferocidad. Antes de empezarse las hostilidades la Infanta de Portugal, que se había casado por poderes con el Rey de Inglaterra, se embarcó el 3 de Mayo en la esquadra Inglesa que había venido a buscarla, y el 24 llegó a Portsmouth donde el Rey la esperaba. En esta misma ciudad se ratificó el matrimonio el 31 del mismo mes.

D. Juan de Austria abrió la campaña el 7 de Mayo, habiendo tenido antes la caballería algunas escaramuza cuando se encontraban las partidas de las dos naciones, exciando de este
mismo su ardor para emprender cosas mayores. El Conde de Schomberg interceptó un gran convoy que pasaba de Talavera a Badajoz. El Marqués de Marialva, que era el General de las tropas Portuguesas, las había mandado reunir en la provincia de Alentejo para resistir a los Españoles, y dadas las órdenes para este efecto y para las provisiones de boca y guerra necesarias, salió de Lisboa para ponerse a la frente del ejército que estaba reunido en Estremoz. Desde aquí pasó a Elvas, visitó a Jurumena, y dejó Gobernador de esta plaza a D. Manuel Lobato Pinto que era un militar valiente, pero no tenía las luces ni la prudencia necesaria para mandarla.

Luego que Marialva supo que D. Juan de Austria se había puesto en movimiento se fue a Elvas con cinco mil hombres de infantería y dos mil caballos. En el camino supo que los Españoles habían pasado el Caya, mas no por esto dejó de continuar su marcha. Pasado este río el General Español hizo la revista de la tropa, y halló que se componía de nueve mil hombres de infantería, cinco mil caballos, diez y seis cañones, tres morteros, y todos los instrumentos necesarios para el sitio. El 9 de Mayo continuó su marcha, cogió tres guardias avanzadas de los enemigos, y sentó su real en las torres de Sequeyras, continuando desde allí hasta los olivares de Campo Mayor. Marialva se volvió a Estremoz, los Españoles le siguiieron, y en la fuente de Sapatayros mataron un cuerpo de guardia que quiso defenderse. Desde este pueblo un destacamento de infantería y caballería bajo las órdenes de D. Juan de Zuñiga fue al lugar de Villaboum y lo quemó. D. Juan continuó su marcha, y habiendo interceptado un correo del General Portugues, se lo envió con órden de decirle que él mismo iba a verle y que se preparase para recibirle. Marialva estaba acampado cerca de Estremoz teniendo comunicación con la plaza por dos líneas que se habían construido, y el campo estaba bien fortificado y puesto en estado de defensa.

Por el correo que envió D. Juan se supo que los Españoles estaban cerca, y todos se llenaron de consternación. Se deliberó en un consejo de
guerra lo que se debía hacer, y aunque muchos opinaron que se abandonase el campo y se retirasesen dentro de la plaza, ó fuesen a Évora, el General conformándose con el parecer de algunos que mostraron mayor intrepidez, resolvió esperar en el mismo campo a los enemigos. El 12 de Mayo el ejército Español se presentó en dos colinas, y encendiendo su vista la cólera de los Portugueses, todos deseaban y pedían que se diese la batalla. Se tomaron las disposiciones convenientes colocando las baterías en los lugares oportunos, y distribuyeron la tropa de manera que pudiera defender el campo en el caso que fuese acometido. Se empezó un fuego de artillería muy vivo que no dejó de causar mucho daño en una y otra parte, pero los Portugueses sufrían mucho más que los Españoles, mas no por esto se turbó la disposición y el orden que se había dado a las tropas. D. Juan animó a las suyas para atacar el campo Portugués porque creía que lo podía hacer fácilmente teniendo mayor número, y su honor estaba empeñado por el aviso que había enviado a Marialva por el correo.

D. Luis Poderico Maestre de Campo le hizo presente que no se podían atacar las trincheras de los enemigos sin exponerse a perder las mejores tropas; y cuando las llegase a foscar, lo que sería muy difícil, no resultaría ninguna utilidad, pues después de haber hecho perder la vida a una gran parte del ejército se entrarían en Estremoz. Haced pues atención, concluía, a lo que os dice un soldado viejo lleno de zelo por el servicio de su Rey y de afecto por vuestra Alteza serenísima. Persuadido de estas razones desistió de su empresa, y fue a apostarse fuera de tiro del campo de los enemigos.

Marialva temiendo que ésta sería una retirada fingida con el ánimo de atacar la plaza por la parte opuesta a su campo hizo entrar en ella refuerzos. Por la mañana se vio que se dirigían a Borba por un camino angosto y escabroso, y el Conde de Schomberg les fue picando la retaguardia y les quitó mucha gente. Llegados allá los Castellanos intimaron la rendición al Gobernador del castillo D. Rodrigo de Acuña Ferreyta, el qual no dió
había querido defender un pue... contra el... Real matando algunos soldados. Entregó al saco la ciudad, y en el tiempo que estuvo en ella saqueó y quemó todos los pueblos que estaban al rededor. Pasó adelante para apoderarse de Jurumena por ser una posición admirable en una eminencia sobre el Guadiana sin haber nada que le domine. Esta plaza que era la mejor de la provincia estaba provista de todo y tenía dos mil y quinientos hombres de guarnición, y una compañía de coraceros.

D. Juan de Austria antes de emprender el sitio quiso reconocerla, y se acercó tanto a las fortificaciones que le mataron a su lado algunos soldados; mas no por esto se retiró, sino que continuó con mucha tranquilidad su empresa dejando llenos de admiración a los más intrépidos. Concluida esta operación emprendió las obras del sitio con tanta actividad, que en muy poco tiempo tuvo sentado su campo de manera que no podía ser forzado por los enemigos. Colocó sus baterías, y echó un puente de barcas sobre el río para conservar la comunicación con Olivenza. D. Manuel Lobato Gobernador de la plaza mandó hacer un fuego muy vivo para impedir los trabajos sin causarles mucho daño. Marialva resuelto a socorrer la plaza, y atacar el campo de los enemigos, quiso oir antes el parecer de los Generales en el consejo de guerra, y aunque los más prudentes y de mayor experiencia opinaron que no podía atacarse a los Españoles sin exponerse a ser derrotados, prevaleció a su juicio la opinión de los que juzgaban lo contrario, y empezó a tomar las disposiciones para ponerse en marcha.

Entre tanto el sitio se apretaba, y el 26 de Mayo atacaron los nuestros el camino cubierto, pero fueron rechazados con gran pérdida y obligados a retirarse, haciendo al mismo tiempo la guarnición una salida que mató alguna gente. Pocos días después los sitiadores se alojaron en el camino cubierto. Marialva salió de Estremoz pa-
ra socorrer la plaza el 12 de Junio con diez mil hombres y quatro mil caballos, casi toda gente colecticia y con muy poco uso de las armas. Schomberg arregló la marcha que se hizo con la mayor prudencia y precaución, y en quatro días llegó a la ribera del río Jurumena, y sentó su campo a una legua de la ciudad desde donde hizo señal a los sitiados que iba a socorrerlos. Don Juan hizo venir las guarniciones de Olivenza y Badajoz para reforzar su ejército. El Portugues no pudiendo sufrir que a su vista se rindiese la plaza, y creyendo su honor interesado en no retirarse sin embargo de que el campo de los Españoles estaba tan bien fortificado, resolvió atacarlo contra el parecer de los mejores oficiales. Nadie se atrevía a contradecirle por no exponerse a su resentimiento, pero D. Luis de Meneses superior a todos los respetos humanos le dijo: “que si atacaba a los enemigos se perdía el ejército, y quizás también el reyno.” Otros muchos apoyaron este sentimiento y persistió en su resolución.

Desde luego destinó los capitanes de la tropa que debía ejecutar este proyecto, y dió las instrucciones correspondientes. Dispuestas así todas las cosas se puso en marcha; y el General puesto sobre una eminencia para ver cómo atacaría el fuerte que los Españoles tenían, uno de los que estaban á su lado le dijo: yo no emprendería socorrer la plaza por la parte que V. E. ha mandado, porque es la mas peligrosa y menos segura. Marialva tomando aparte al soldado le preguntó por qué parte le parecía mas fácil y mas segura la empresa, y le respondió: yo haría pasar el Guadiana á quinientos caballos con quinientos infantes por frente de Jurumena, y entrarian con facilidad. Mandó suspender el ataque, y habiendo propuesto en el consejo de guerra este medio se desechó como impracticable. En este tiempo recibió un pliego del Gobernador avisándole que si no le socorría pronto se vería en la dura necesidad de rendirse, que esto se podría ejecutar atravesando el pequeño río Fatalao. Dió las órdenes á D. Luis de Meneses para marchar ácia aquella parte, y luego siguió todo el ejército.

La caballería de los Castellanos salió de las
trincheras y tuvo una acción muy reñida contra la de los Portugueses, en la cual quedaron muertos muchos de una y otra parte sin tener otra consecuencia. Luego que llegó Marcial con el ejército a la ribera del Fathala explicó su intención a los Generales, y le respondieron francamente que era imposible ejecutar lo que se proponía sin exponerlo todo. No viendo medio ninguno de socorrer la plaza avisó al Gobernador que capitulase con las condiciones más honorosas que pudiese, se fue a Villaviciosa, y mandó construir una ciudadela para su defensa.

Entre tanto D. Juan de Austria atacó a Jurumena con mayor vigor, y le intimó la rendición con la amenaza que si se resistía pasaría a cuchillo toda la guarnición. Intimado el Gobernador juntó el consejo de guerra y resolvió entregarse con la condición de salir con todos los honores militares, y que se le daría todo lo necesario para trasportar a Villaviciosa los enfermos, heridos, y todo el bagage; y habiéndolo concedido, y firmado la capitulación, salieron de la plaza el 9 de Junio. Pocos días después la caballería Española atacó a la Portuguesa junto al río Cellas y la derrotó, matándole mucha gente y haciéndole algunos prisioneros. La victoria acompañó a D. Juan toda esta campaña coronándole de gloria en todas las empresas. Veyros, Ocrato, Fonteyra, Acumar, Onguela, Monforte y otros muchos pueblos cayeron en sus manos, y cansado de coger palmas se volvió a descansar a Badajoz. Los Generales Portugueses se fueron a Lisboa, donde llegó un refuerzo de caballería e infantería Inglesa. En las provincias entre Dueño y Miño y la de Beyra no hubo ninguna cosa considerable, porque la tropa de estos países había pasado a la de Alentejo que los Españoles acometían con la mayor parte de sus fuerzas. El Duque de Osuna tomó a Escalona, D. Pedro Acuña Arzobispo de Santiago conquistó a Portella y Castel-lindoso, y aunque los Portugueses intentaron recobrarlos no pudieron conseguirlo. La Reyna de Portugal cansada de tantas contradicciones como le oponían los favoritos del Rey, resolvió poner las riendas del gobierno en ma-

TOMO XVIII.
nos de su hijo, y retirarse para pasar la vida con
mas tranquilidad; pero no abandonó enteramente
los negocios, temiendo que la imprudencia de su
hijo no precipitase el reyno en el desorden, y for-
mándose algun partido contra el lo entregase á
los Españoles. El Principe no tenia los talentos
necesarios para gobernar en tiempos tan dificiles
estando dentro del mismo reyno los enemigos con
fuerzas formidables, y por otra parte estaba do-
mado de las pasiones mas violentas. Se en-
tregaba á todos sus caprichos, y trataba con la
mayor familiaridad á las gentes mas viciosas que
insensiblemente lo llevaban á su perdicion. Por
mas esfuerzos que hizo la Reyna para separarlo
de ellos todos fueron inútiles. Antonio Conti Vin-
timiglia era uno de los que privaban mas con el
Rey. Le prohibió la entrada de palacio, y esta
medida no sirvió mas que para encender en el
uno los deseos de verle, y en el otro el afecto que
le tenia. El favorito burlándose de las
órdenes de la Reyna, entraba disfrazado para no ser cono-
cido. El Principe se puso de tan mal homor que
para contentarle fué necesario permitir que entra-
se con toda libertad. La condescendencia que se
tuvo con todo lo que deseaba desde niño le preci-
pitó en los desórdenes que después ocasionaron
su ruina.

La guerra de Portugal era el único cuidado
que aquejaba a el Rey y a los Ministros, porque con
todos los esfuerzos que hacian lejos de poderlos
reducir no se conseguía sino perder gentes in-
útilmente. Sin embargo este año se hicieron mayo-
res preparativos que en los anteriores, y D. Juan
se puso en campaña el 6 de Mayo con doce mil
hombres de infantería, seis mil y quinientos ca-
ballos, diez y ocho piezas de artillería, tres mor-
teros, y tres mil carros cargados de toda especie
de municiones y de víveres. El Rey de Portugal
nombró General de las tropas de la provincia de
Alentejo, que era el ejército principal que tenía
al Conde de Villafior, el qual fué con mucha
presteza á Estremoz donde se trasportaron los vi-
veres y municiones necesarias. Se reforzó á Evo-
ra temiendo que D. Juan la iría á atacar.

El Conde de Schomberg le fué siguiendo con
doscientos caballos para observar sus movimientos, y no dudando que se dirigiera a ella le envió mas tropa antes que llegara el enemigo. El 14 de Mayo se presentó con todo el ejército delante de esta ciudad que D. Diego Caballero había ya embestido con dos mil caballos, y se empezó a trabajar en las obras del sitio para atacarla pronto. Los sitiados avisaron al Conde de Villaflor que la plaza no podía salvarse por la división y emulaciones que había entre los jefes, que el Conde de Vimoso no había podido reducir la concordia por mas que lo había procurado, y que se necesitaba un pronto socorro porque los enemigos la atacaban con el mayor ardor. Esta representación puso en gran cuidado al General, y después de haber propuesto muchos medios en el consejo de guerra para socorrerla, que todos eran inútiles, resolvió ponerse en marcha para atacar a los Españoles en su mismo campo, y forzando las líneas introducir el socorro.

Salió de Estremoz el 22 de Mayo con once mil hombres de infantería y sesenta y cuatro escuadrones de caballería con un tren proporcionado de artillería. Todos los soldados y oficiales estaban llenos de ardor y deseo de combatir contra los enemigos, y por esta razón se prometía un suceso feliz. En el camino supo que se había rendido, y que los Españoles la ocupaban habiendo entrado D. Juan en triunfo en ella, y que trataba a sus habitantes con la mayor suavidad. Con esta noticia se llenó de dolor y se puso tan confuso que no sabía qué partido tomar teniendo tantas fuerzas como ellos, y después de una larga deliberación se resolvió ocupar a Landroal para interceptar los convoyes de los Españoles, y cubrir las plazas de Monzaraz, Villaviciosa y Terena que eran muy importantes.

D. Juan exigía contribuciones de todos los pueblos vecinos, y al mismo tiempo envió tres mil caballos y dos mil infantes para apoderarse de Alcazar-do-Sal, villa situada sobre el Sado y poco distante de Setubal. Con esta noticia se llenó de consternación Lisboa creyendo que tenían los enemigos a las puertas de la ciudad. Sus habitantes iban por las calles alborotados, pero
nunca tomaba las armas, y se acusaba al nuevo gobierno de todos los males que sufrían. Los ministros y los favoritos del Rey procuraron aplacarles, y tomaron las providencias más activas para defender la ciudad y librarla de una sorpresa. El pueblo continuó en su alboroto y saqueó las casas de algunos Ministros cometiendo en ellas muchos desacatos, pero ninguno fue víctima de su furor porque tuvieron la precaución de huirse o esconderse antes que descargase esta tempestad que amenazaba desde que empezó a formarse con la noticia de la pérdida de Évora.

Aplacado el pueblo Castel-Melhor envió orden al General que atacase a los Españoles antes que le llegasen las tropas que se juntaban en Badajoz. Villafrán levantó su campo, pasó el Degeba que nace en la montaña de Osa y entra en el Guadiana, y luego que llegó al llano de Rego de Vargea que dista media legua de Évora se formó en batalla. D. Juan se estuvo quieto, y envió a buscar al Teniente general de la caballería para que viniera con todas las tropas, con las cuales fué superior a los Portugueses. Éstos sin esperarle repasaron el río, y se apostaron en las eminencias que le dominan. El General Español se acercó con ánimo de pasarle protegido de la artillería. Los Portugueses colocaron tres baterías desde donde podían batir el campo de los enemigos, y mudaron la disposición del campo para librarse de los tiros de los Españoles. Todos estos movimientos se ejecutaron con mucho orden y diligencia por la noche, y los enemigos no observaron nada hasta el día siguiente.

Sin embargo de esta noticia intentaron pasar el río, pero fueron rechazados, y obligados a retroceder y abandonar su empresa, persiguiéndolos los Portugueses que se habían llenado de confianza con este suceso feliz. El río dividió los dos ejércitos. Schomberg elegía tan bien las posiciones y disponía los cuarteles de manera que se comunicaban fácilmente, y no era posible atacarlos sin exponerse a perder mucha gente. En fin viendo D. Juan que con un General tan hábil sería muy difícil se le presentase ocasión oportuna para atacarlo con ventaja, resolvió retirarse.
A Badajoz dejando por Gobernador de Évora al Conde de Sertirana, oficial muy hábil en el arte militar y de mucho valor y prudencia, poniendo á su disposición tres mil infantes y ochocientos caballos para defenderla.

Schomberg y algunos otros Generales de caballería pasaron el río para quitarle á D. Juan algunas guardias avanzadas. El General Frances lo ejecutó con mucha felicidad sin perder gente, mas no los otros á quienes les costó bien cara su empresa. Entre tanto los habitantes de Évora impacientes de llevar el yugo Español se rebelaron, y con el castigo de los mas facciosos se apagó el fuego de la sedición y volvieron á la obediencia, unos por la severidad y los castigos otros por la dulzura y las recompensas. Apaciguado el alboroto D. Juan volvió al ejército para emprender su marcha. Hizo partir primero el bagage que era muy considerable amenazando por la noche el campo Portugues para que no advirtieran su marcha y le persiguieran, y cuando estaba ya libre y puesto en seguridad levantó su campo. Los Portugueses le incomodaron en su retirada causándole mucho daño.

Los dos ejércitos marchaban sin perderse de vista y pasaron el Tera antes de anochecer, y no dudando que se presentaría pronto ocasión de venir á las manos, se animaban mutuamente los soldados y oficiales. D. Juan evitaba la batalla por no exponer la conquista que había hecho y su reputación, teniendo por cierto que si la perdía todo estaba perdido. Villaflor tenía los mismos temores, pues si los Españoles lo derrotaban, la provincia de Alentejo necesariamente había de caer en su poder, y la guarnición de Évora hubiera hecho excursiones hasta las puertas de Lisboa. Por esta razón se respetaban y temían mutuamente. A pesar de estas reflexiones el deseo de combatir y de humillar á los Españoles, y la esperanza de la victoria que todos se prometían, le hacía continuar su marcha de modo que habiéndose detenido los enemigos en Ameixial, llegó tan cerca de su campo que no estaba distante de él sino una media legua.

Villaflor resolvió dar la batalla: atacó una
eminencia que ocupaban los Españoles sobre el llano, y los arrojó de ella siguiéndolos con tanto impetu que los puso en desorden; pero temiendo que cayese sobre él un cuerpo de caballería se retiró a las alturas que habían ocupado los enemigos. La confusión y desorden que este accidente causó en el ejército Español hubiera dado una victoria completa al General Portugués si hubiera sido un poco más atrevido, pero se dejó llevar de la timidez, y se le escapó de las manos. Los Portugueses se acamparon sobre las alturas, y D. Juan sentó también sus reales sobre dos eminencias enfrente de ellos sin que entre los dos hubiera más que un valle muy angosto. D. Juan puso en él la caballería y el bagaje, y colocó en la parte inferior de las colinas que ocupaba el ejército unas baterías para defenderlo. Los Portugueses hicieron lo mismo, y se empezó el fuego que duró hasta las tres de la tarde en que disparaban los Españoles con alguna lentitud, lo que hizo creer a los enemigos que se iban a poner en movimiento y resolvieron atacarle.

Dadas las órdenes para formarse en batalla se empezó el combate, y la acción se hizo luego general. Los Españoles se defendieron con mucho valor para conseguir una victoria de la cual dependía la suerte de Portugal y el éxito de tantos años de guerra. Los Portugueses animados del amor más ardiente de la patria y de su independencia combaten con furor y la consiguen completa. La noche separó a los combatientes, y hasta el día siguiente no se conoció la pérdida de los Españoles. El campo se vio cubierto de muertos y heridos, y no se oían sino lamentos de los moribundos que enternecían el corazón. Entre los muertos había algunos Generales, Coronel, muchos oficiales subalternos, algunos Grandes, y entre estos el Marqués de Liche. Quedaron en poder de los vencedores dos mil carros cargados de municiones y de inmensas riquezas, ocho cañones, un mortero, infinitas armas, venderas y estandartes, un número grande de prisioneros, entre los cuales mil y cuatrocientos caballos. A los Portugueses les costó la victoria cinco mil hombres, y se debió principalmente al famoso Schomberg.
a las tropas Inglesas y Francesas. Esta famosa batalla, que por haberse dado en Ameyxial ó en el valle llamado el Canal, se llama con este nombre, aunque otros con menos propiedad llaman la batalla de Estremoz, se dió el 8 de Junio.

D. Juan de Austria se fué al principio a Aronches; después dejando guarnecida esta plaza pasó a Badajoz, desde donde escribió una carta al Rey dándole la triste noticia de su derrota, quejándose de los Generales y de las tropas de la nación, acusándoles que no se habían portado con el honor debido ni peleado con el valor propio de ella; pero qué había de decir para justificarse de una desgracia que se debía más á su imprudencia que á ninguna otra causa? Los Portugueses libres ya de todos sus temores, no pensaron sino en reconquistar las plazas que conservaban los Españoles, y el 14 de Junio se fueron á sitiar á Villafior. Schomberg distribuyó en dos quarteles la tropa y se abrió la trinchera, y aunque los sitiados hiciéron un fuego terrible se adelantaron las obras con tanta presteza que luego se vieron en los mayores apuros, y no teniendo esperanza de socorro capitularon con condiciones honrosas. En Aronches se encendió el almacen de la pólvora, y hizo saltar más de dos mil Castellanos; y sin embargo de esta desgracia, el Conde de Schomberg no pudo entrar en la plaza ni se atrevió á atacarla.

Mientras se sitiaba á Evora D. Juan fué á atacar á Elvas, y habiendo sido rechazado con alguna pérdida se volvió á Badajoz, y desde esta ciudad pasó á la corte. El Duque de Osuna que mandaba la tropa que estaba en la frontera de la provincia de Beyra intentó apoderarse de Almeyda con seis mil hombres que tenía á su mando, mas no pudo conseguirlo; y á su vuelta tuvo una acción muy gloriosa contra doce mil Portugueses que le seguían y le atacaron cerca de Valdemula, y se defendió con tanto valor que los derrotó obligándoles á huir vergonzosamente dejando en el campo muchos muertos y heridos, y hiciéndoles algunos prisioneros. Con este combate que se dió el 30 de Diciembre terminó la campaña de este año. En Galicia perdimos á Castel-lindoso.
El Rey se llenó de dolor con tantas pérdidas, y se apoderó de su ánimo tan terrible melancolía, que yá no había ninguna cosa que pudiera distraerle. Se terminó la negociación del matrimonio de la Infanta Doña Margarita con el Emperador Leopoldo, y se firmaron las capitulaciones el 18 de Diciembre; pero no se efectuó el casamiento hasta después de la muerte del Rey.

D. Juan informó al Rey su padre de todo lo que había sucedido, las causas que habían influído en las desgracias de la campaña pasada, y las providencias que se debían tomar para reparar el honor de las armas que se había perdido en la batalla del Canal. Después de haber tenido una larga conferencia volvió a Badajoz con la esperanza de mejorar de suerte. Los Portugueses llenos de orgullo se prepararon para recibir a los Castellanos, persuadidos que si llegaban a combatir aumentarían el número de sus triunfos. El Marqués de Marialva juntó en Estremoz su ejército que se componía de seis mil hombres de infantería y cinco mil caballos, inferior en número al de los Castellanos, pero superior en ardor y confianza por las victorias que habían coronado sus esfuerzos. Juntó algunos oficiales para determinar el plan de la campaña, y después de muchas reflexiones, Schomberg propuso que debían apoderarse de la villa de Codiceyra para interceptar los convoyes. Tomada esta plaza convenía arrojar a los enemigos de Onguela y apostarse entre el Caya y el Cayola, lugar muy fértil para proveer al ejército, y abundante de forrajes para la caballería. Además que distando muy poco de Badajoz, les proporcionaba observar todos los movimientos del enemigo.

Este plan fue en parte aprobado por la corte, y se envió orden a Marialva para que sin pérdida de tiempo y sin atacar las dos plazas se aposetasen con el ejército entre los dos ríos. El 8 de Junio se hallaba con todo el ejército en este país, y por dar reputación a las armas Portuguesas y no dejar la tropa en la inacción, resolvió situar a Valencia de Alcántara ciudad situada en un país fértil y abundante, sobre una eminencia rodeada de una vieja muralla y mal fortificada. Estaba
TABLAS CRONOLÓGICAS.

en ella de Gobernador D. Juan de Ayala Mexia, y tenía de guarnicion tres regimientos de infantería. El exercito Portugues se presentó delante, y trabajó con mucha actividad en las obras del sitio. Colocada la artillería para batirla, llegó D. Diego Correa con cinco mil caballos para defender a Alcántara y a Brosas de los insultos de los enemigos, y hacer entrar algun refuerzo a Valencia; mas habiéndose acercado a su campo, y conociendo que no podría forzar las líneas, se retiró abandonando los sitiados a su suerte. Pocos días despues intentó lo mismo, pero fue inútil. Los sitiados se defendieron con mucho valor, pero estando abierta la muralla por dos partes, y preparándose para dar el asalto, intimaron la rendición al Gobernador, el cual pidió quatro días de tiempo ofreciendo que se rendiría si no se le socorria, y no se le dió sino uno. No habiéndose rendido diéron el asalto, subiéron a la muralla por varias partes, y llegaron a plantar sobre ella los estandartes; pero fueron rechazados con tanta pérdida que se retiraron dejando los fosos llenos de muertos.

La noche siguiente batiéron la plaza con mayor furor por la pérdida que habían tenido el día anterior, y ensanchada la brecha resolvieron dar nuevo asalto que acaso habría sido tan funesto para ellos como el primero, porque el Gobernador y la guarnicion se habian obstinado en su defensa hasta sepultarse debajo de las ruinas. Una bomba que cayó en el almacén de pólvora hizo perecer mucha gente, y hallándose sin municiones fué preciso rendirse, pero con la condición de que no siendo socorridos dentro de quatro días. Esto les fué concedido por el General Portugues por no reducir a la desesperación una gente tan animosa que en el estado en que estaban les hubieran hecho comprar bien cara la plaza. En este tiempo avisó el Gobernador a D. Juan la situación en que se hallaba, mas no habiéndole socorrido en el término señalado salió la guarnicion con todos los honores.

En el rigor del calor cesaron las hostilidades, y los Españoles abandonaron a Aronches y a Còdiceyra. En el mes de Setiembre empezaron a ha-
cer correrías unos y otros, y tuvieron varios encuentros. En la provincia entre Duero y Miño, y la de Tras-los-Montes no sucedió cosa que de contar sea. No así en la de Beyra donde se hizo con mayor calor la guerra. El Duque de Osuna que estaba con una división hizo construir un fuerte en la aldea de Bispo con el fin de hacer desde aquí con seguridad correrías por la provincia. Alfonso Hurtado de Mendoza reunió las tropas de la provincia, y fue a atacar la fortaleza con ánimo de destruirla y retirarse; mas habiendo sido informado en su marcha que Osuna tenía siete mil hombres de infantería y dos mil y quinientos caballos, se retiró resuelto a reducir sus operaciones, a cortar los víveres al enemigo, acometer a Ciudad-Rodrigo, y quemar sus arrabales. La caballería Española que salió a escoltar los convoyes derrotó a los Portugueses y les obligó a retirarse. El Duque rompió el puente que estaba sobre el Ribacoa, desoló el país circunvecino, y se volvió a Ciudad-Rodrigo.

Pocos días después puso sitio a Castel-Rodrigo, le dió el asalto, y fue rechazado con tan ta pérdida, que los soldados se llenaron de consternación y perdieron la confianza de tomarla. Jacobo Magalhaes juntó las tropas para socorrerla, y aunque inferior en número inspiró tanto valor en ellas que pidiéron gritos que los llevara a combatir contra los Españoles estando resueltos a vencer o morir. Osuna no podía imaginar que se atreviese a acometerle con tan poca gente, y persuadido que se le habrían juntado las divisiones de Alfonso Hurtado de Mendoza y la del Conde de S. Juan, dió las órdenes para formarse en batalla; pero el terror que se había apoderado de sus tropas les impedía ejecutarlas, y todo el campo estaba en la mayor confusión no pensando el soldado en pelear sino en huir para salvarse. El enemigo atacó nuestro campo, forzó las líneas, y derrotó el ejército quedando más de mil doscientos muertos, entre los cuales había muchas personas de distinción, y el hijo del Duque D. Juan Giron que era capitán de Guardias murió peleando. Su padre se salvó por los pies acompañado de un corto número de ca-
<table>
<thead>
<tr>
<th>Año</th>
<th>Evento</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>1571</td>
<td>Magalhaes Después de esta victoria entró en tierra de los Españoles con dos mil hombres y setecientos caballos, saqueó y quemó la villa de Cerralbo, y se volvió lleno de riquezas. Pasados algunos días acometió la villa de Freyxneda, y tuvo la misma suerte siendo saqueada y quemada. Estas atrocidades llenaron de consternación a los soldados que guarnecían los pequeños fuertes que estaban en la frontera, y los abandonaban para salvar sus vidas antes que se acercase el Portugues. La corte de Madrid estaba en el mayor abatimiento por estas pérdidas sin encontrar medio ninguno para repararlas. Cuando trataba de hacer venir tropas de Italia para este efecto, la Francia que estaba empeñada en destruir la España soñorriendo en secreto a los Portugueses violando el tratado de los Pirineos, procuró impedirlo con un artificio que no llegó a entender el gobierno Español. El Emperador de Alemania que estaba amenazado de los Turcos pidió socorros a la Francia y a la España. El Frances se los ofreció con la condición que el Español le enviase igual número de tropas de las que tenía en Italia con el pretexto que el socorro llegaría más pronto, pero en realidad para que no se pudieran reforzar los ejércitos de la frontera de Portugal con estas tropas veteranas. El Emperador que no deseaba sino salir del peligro en que se hallaba, se sirvió de la Reyna y de su confesor el Padre Nithard para persuadir al Rey que accediera a esta condición, lo que no les fue difícil por el odio que tenían a D. Juan de Austria, y el poco interés que tomaban por las cosas de España. Y así consiguieron que socorriera al Emperador manteniéndole doce mil hombres y seis mil caballos para poder resistir al Turco, puesto que no podía enviarle los soldados de Italia por no dejar aquellos estados sin guarniciones. No contenta con esto la Reyna sacrificaba una gran parte de las rentas de España a favor de su casa con el fin de que no se dieran a D. Juan los socorros que pedía para continuar...</td>
</tr>
</tbody>
</table>
la guerra. Por mas quejas que dio este General de que no se podía adelantar nada por falta de medios, viveres, refuerzos, municiones, y lo demás necesario, nunca llegó a oídos del Rey esta solicitud. Todas las desgracias se atribuían a su falta de prudencia y habilidad, y de este modo consiguieron que su padre le mirara con desafecto, y le permitiera dejar el mando y retirarse a Consuegra. Así sacrificaron a este hombre que teniendo los auxilios necesarios hubiera conquistado a Portugal.

El Duque de Osuna fue también separado, condenado a pagar cien mil ducados, y puesto en prisión, sin hacerle mas cargos que exigía contribuciones de los pueblos para mantener el ejército; siendo así que el gobierno no le daba para ello, ó si lo libraba no llegaba a sus manos, sino que iba a Alemania sin que el Rey tuviera noticia de esto. En fin el Duque justificó completamente su conducta, y fué absuelto de todos cargos. El Marqués de Caracena fué nombrado General del ejército de la frontera, el cual fué más desgraciado que sus predecesores; porque debilitada la España con tantas pérdidas; los soldados nuevos y sin práctica del arte militar; y abatidos sus ánimos y llenos de temor a la vista de los Portugueses, no hubiera podido emprender nada con semejante tropa. Era preciso formarla de antemano, y inspirarles confianza y valor. Mas todo se conjuraba contra la España, especialmente la Reyna y el P. Nithard que por el excesivo amor a la casa de Austria empobrecían la nación, le quitaban las fuerzas, y contribuían á su ruina mas que las demás potencias de la Europa. Si por malicia ó por ignorancia no es fácil determinarlo; pero es cierto que tenían engañado al Rey, y no dejaban llegar á su noticia sino lo que querían.

Los Portugueses se preparaban para continuar la guerra con el mayor vigor. Al principio de Marzo se empezaron las hostilidades en la provincia de Alentejo donde mandaba en lugar de Marialva Gilles-vas-Lobo. Alejandro Farnesio que mandaba la caballería extranjera en el ejército Español salió de Alburquerque con cuatro
mil y quinientos hombres de infantería y caballería, y se fué a acometer la plaza de Valencia, creyendo que con el auxilio de los que había dentro de ella podría sorprenderla; mas descubierto este proyecto, el Gobernador de la plaza tomó las disposiciones correspondientes para su defensa, y le rechazó con mucha gloria. Marcialva volvió a tomar el mando del ejército de esta provincia confiando que podría adelantar sus conquistas dentro de España. Tanto ánimo le habían inspirado las victorias pasadas!

Los Castellanos estaban con la esperanza de reparar sus pérdidas porque su ejército se componia de las mejores tropas de Italia, Flandes y Alemania, y se tenía en la corte grande opinión de D. Luis de Benavides Marqués de Caracena. Este General decía con mucha confianza que puesto a la frente del ejército se iría en derechura a Lisboa, y que tomada esta capital lo demás del reyno se sometería fácilmente. Antes de partir para Badajoz hizo presente al Rey que para facilitar la conquista era necesario atacar a Lisboa por mar y tierra, y se dispuso una esquadra en Cádiz dando esta comision al Duque de Aveyron que la había de mandar, el qual aunque Portugues estaba al servicio de España.

Caracena llegó a Badajoz a principios de Mayo, visitó las plazas de la frontera y pasó revista a la tropa. Se informó del carácter de aquellas gentes, de la calidad de su país, del estado en que tenían los fuertes, de su ejército y de la habilidad de sus Generales, y conoció que era más difícil la conquista de lo que pensaba. El 22 de Mayo se puso en campaña con quince mil hombres de infantería y seis mil y quinientos caballos, catorce piezas de artillería y dos morteros. Tenía por oficiales generales a D. Diego Caballero Maestre de Campo, a D. Diego Correa General de la caballería Española, y a Alejandro Farnesio de la extrangera; D. Luis Ferrer, de la artillería; D. Francisco Alarcon, D. Manuel Garafa y D. Francisco Rosa, los dos Italianos, eran Sargentos mayores de batalla. La esquadra que se armaba en Cádiz no pudo salir tan pronto a la mar. Por esta razón desistiendo.
del proyecto de ir a Lisboa y Setubal, fué a poner sitio a Villaviciosa que tenía por Gobernador a Cristóbal Brito Pereyra, el cual no se descuidó en prepararse para la defensa, y Marialva reunidas las fuerzas voló a su socorro. Asentó su campo en un lugar llamado Montesclaros que dista una legua de la villa. Caracena levantó el sitio y fué a atacarle. Luego que llegó a la vista del enemigo se preparó para el combate. Se empezó un cañoneo vivo por los dos ejércitos, y luego se hizo general la acción peleando unos y otros con mucho furor y obstinación, de manera que estuvo mucho tiempo indecisa la victoria inclinándose unas veces a los Portugueses y otras a los Españoles, hasta que al fin cansados éstos fué a coronar los esfuerzos de aquéllos, que peleando por la independencia la resistencia que encontraban encendía mas su valor. La batalla duró ocho horas: quedaron muertos en los llanos de Montesclaros cuatro mil Españoles y otros tantos prisioneros, entre los cuales estaba D. Diego Correa y otros muchos oficiales distinguidos. Se perdió la mayor parte del bagaje, catorce piezas de artillería, y muchos estandartes. Los Portugueses tuvieron dos mil muertos y otros tantos heridos. Marialva entró a descansar en Villaviciosa, y Caracena con los restos del ejército se fué a Jurumen y desde allí a Badajoz, donde envió tropas para reforzar las guarniciones de las plazas de la frontera. Escribió al Rey la derrota que había padecido, informándole al mismo tiempo que los Portugueses habían perdido la flor de su ejército, y que si se le enviase refuerzos conquistaría todo el reyno. El Rey se llenó de dolor con esta infausta noticia, dejó caer la carta de las manos sin pronunciar mas palabras que decir con gran resignación: Hágase la voluntad de Dios, le dió una congoja y cayó.

Luego que se hizo pública esta derrota, el pueblo de Madrid se llenó de indignación censurando públicamente la conducta del Ministro por haber puesto en manos de un General inepto la suerte de aquel ejército tan florido que había costado sumas inmensas a la nación, apartando del mando a D. Juan de Austria que había dado
tandas pruebas de su valor y prudencia: que si había sido derrotado era porque se le escaseaba todo lo necesario para la campaña, siendo así que al Marqués de Caracena que era un hombre loco y temerario, imprudente, incapaz de formar un plan bien concertado de campaña, y sin habilidad para ejecutarlo, se le había prodigado todo lo que había pedido; y que con un ejército tan brillante y soldados y oficiales tan buenos se había llenado de ignominia, perdiendo el honor de las armas y la gloria de la nación; y lo que era todavía peor, exponer toda la España a ser presa de los Portugueses; que jamás había hecho ninguna acción gloriosa; que era uno de los adocenados; que a fuerza de años y de importunaciones había conseguido el bastón, siendo sus talentos tan limitados que apenas había podido aprender con tanta experiencia el ejercicio de las armas, sino la materialidad de una táctica que el soldado más rudo aprende en quince días. Estas y otras cosas decía el pueblo de Madrid en el momento de su indignación en que los hombres hablan sin consultar más que su pasión.

No se puede dudar que la batalla de Villavicenciosa fue fatal; pero también es cierto que costó bien cara la victoria a los Portugueses, y su conducta misma prueba con evidencia que no quedó tan destruido el ejército Español como lo representan los historiadores extranjeros cuando no se atrevieron los enemigos a perseguirle, y se retiró con tan buen orden. Lo que ciertamente no hubiera hecho ni Marialva que era un General sabio y prudente, ni Schomberg que había dado tantas veces pruebas de valor y de su habilidad, y por otra parte estaban devorados del deseo de la gloria. Qué ocasión se les podía ofrecer más oportuna para que su nombre volase con admiración por toda la Europa, que destruir enteramente un ejército tan arruinado, y no detenerse después en sus conquistas hasta apoderarse de Madrid? Si no lo hicieron teniendo deseos tan vehemente, es porque no pudieron, o por estar enteramente derrotado el ejército Portugues, o porque el Español no padeció tanto como se ha dicho.
Marialva después de esta victoria se fue a Lisboa dejando el mando del ejército a Schombberg, el cual fué a socorrer al Conde de Prado que mandaba las armas en la provincia entre Duero y Miño que estaba acometida por los Españoles. Habiéndolos hecho retirar se volvió a la de Alentejo, y nombrado Gobernador general de ella, entró en el condado de Niebla y exigíó de sus habitantes muchas contribuciones. Se apoderó de S. Lucar que está sobre el Guadiana, saquéo todos los pueblos de este país, y taló los campos causando pérdidas incalculables a los labradores.

La esquadra que se estaba armando en Cádiz, al fin de un año salió a la mar bajo el mando del Duque de Aveyro. Se presentó delante de Sagres y fué rechazado. Solamente hizo dos miserable conquistas, es a saber, del fuerte de Baleyeira y de la Isla de Berlinga que está a tres leguas del Cabo de Peniche, de las cuales no debía hablarse porque ni diéron gloria a nuestras armas ni al que las mandaba, por ser de tan poca importancia y no tener gente que las defendiera. Jamás se había visto la España en una situación tan crítica. Los Ministros habían perdido toda la confianza del Rey porque la experiencia había abierto sus ojos, y las desgracias dispertándole del letargo en que había estado hasta entonces conocia que eran incapaces de gobernar, y que ellos mismos por sus pocos talentos habían puesto la nación y el trono en el estado deplorable en que se hallaba.

Phelipe se afligió con estas consideraciones que le hacían francamente los que estaban a su lado, y no hallando remedio a tantos males se apoderó de su espíritu la melancolía más profunda. Su salud que hacia mas de dos años que estaba muy quebrantada se fué debilitando con la mayor precipitación, viéndose en él síntomas que eran anuncios de que la muerte iba a poner muy pronto fin a su vida. El 12 de Setiembre fué atacado de una disentería tan violenta, que al cabo de dos horas le dejó sin fuerzas y le puso en peligro. Con el auxilio de la medicina se restableció un poco, y el día siguiente hizo su testa-
mento con mucha presencia de espíritu; mas po-
cos días después se redobló su mal, y el 17 des-
pues de haber recibido los sacramentos con mu-
cha piedad y devoción espiró en Madrid á los se-
senta años, cinco meses y nueve días de su edad,
y á los quarenta y cuatro de su reinado.

Su muerte causó el mayor sentimiento, no
solamente en la corte sino en todo el reyno, por-
que todos conocían que los males que sufrían
los pueblos era obra de la incapacidad de los
Ministros, que abusando de las intenciones del
Soberano, de su autoridad, y del poder que les
había confiado para gobernar con justicia, no
se servían de ella sino para satisfacer su orgu-
llo, su vanidad, su ambición, su avaricia, y
acaso otras pasiones mas vergonzosas. Cuando
los Reyes no velan sobre la conducta de los Mi-
nistros, rara vez dejan de ser oprimidos los pue-
blos, y gobernados con cetro de hierro. Entre mil
de ellos apénas se hallará uno que se interese
y haga servir la autoridad suprema que exerce
para la felicidad de la nacion. Les importa muy
poco que el Rey sea aborrecido y detestado de sus
pueblos, y que el Estado se pierda. Todo lo sacri-
фикian á su ambición, á su avaricia, y á las demás
pasiones que les dominan. Phelipe tenía talentos
naturales, un corazón compasivo, mucha clemencia,
deseo de engrandecer la España, y de aliviar
los males de los pueblos; amor á sus súbditos y ge-
nio para gobernar; se enteraba con mucha facili-
dad de los negocios mas difíciles; pero era natu-
ralmente flojo, inaplicado, y voluptuoso. Estos
vicios los fomentó y aumentó el ambicioso Con-
de Duque de Olivares por no perder la autori-
dad que le confiaba. Con mejor educación que la
que tuvo, y Ministros mas hábiles y amantes del
bien del estado y del Rey, su reinado hubiera
sido mas glorioso, y la nación poderosa y feliz.

Los artificios del Conde Duque le separaron de
la aplicación al gobierno, y no le ocuparon si-
no en diversiones y en cosas poco decentes, te-
niéndole siempre en la ociosidad, la molicie y la
indolencia. Quando conoció que era necesario
enterarse por si de los negocios, esta carga se le
hizo intolerable.

TOMO XVIII.
Era de una presencia magistosa, hablaba bien, y algunas veces se explicaba con energía en las materias de Estado. Tenía afición a las artes y a la agricultura. En una palabra las disposiciones naturales de su alma y cuerpo eran las mejores para ser un gran Rey si no hubiera tenido tan malos Ministros a su lado. Nombró regente del reyno y tutora de su hijo a la Reyna su madre; y para formar su consejo seis suyos recomendables por sus luces, virtud y prudencia, y por su dignidad y práctica en los negocios, para que oyendo su parecer en todos ellos pudiera resolverlos con más acierto.

Este consejo se formó del Presidente de Castilla, que lo era entonces el Conde Castrillo; el Vice-Canciller de Aragón, que lo era Don Cristóbal Crespy, el Arzobispo de Toledo e Inquisidor General, que entonces lo era el Cardenal de Aragón, comprendiendo en este nombramiento los que ahora y en adelante ocupasen estas dignidades; añadiendo, que en el caso de no haber nombrado Vice-Canciller de Aragón, el Regente más antiguo de este consejo asistiese á la junta hasta su nombramiento. De los Grandes nombró personalmente al Marqués de Aytona, y de los consejeros de estado al Conde de Peñaranda. De Doña Isabel de Borbón su primera muger tuvo muchos hijos, pero no le sobrevivió sino Doña María Teresa que casó con Luis XIV Rey de Francia. De Doña María Ana de Austria tuvo tres hijos y una hija, la cual fue Reyna de Hungría, y de los hijos no sobrevivió sino Carlos que le sucedió en el trono. Además de éstos tuvo otros siete de madres no conocidas sino Don Juan de Austria, a quien mostró siempre mucho cariño, y le consultaba frecuentemente en los negocios del gobierno, y le nombró Presidente del consejo secreto. Pero la Reyna que le aborrecía le hizo perder el afecto, de modo que no se acordó de él para nada en su testamento. Su cuerpo fué llevado al panteón del Escorial, que es el sepulcro de los Reyes de España, el cual hizo reedificar con la mayor magnificencia, porque el que Phelipe II había construido no correspondía á la suntuosidad...
y grandeza de aquella obra maravillosa; y fue, concluido este soberbio edificio de los muertos, el año 1655. Este Monarca fue entonces menos llovido de sus súbditos que algunos años despues.
